

rara avis



Fredrika Bremer Los vecinos



ALBA

LOS VECINOS



FREDRIKA BREMER

Traducción
Carmen Montes Cano

rara avis
ALBA



Alba rara avis

Título original: *Grannarne*

© de la traducción: Carmen Montes Cano

© de esta edición: **Alba Editorial, s.l.u.**

Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona

www. albaeditorial.es

Diseño: Pepe Moll de Alba

Primera edición: noviembre de 2019

Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-629-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos

NOTA AL TEXTO



En 1828 Fredrika Bremer publicó un volumen que recogía cuatro relatos extensos bajo el título general de *Teckningar utur hvardagslifvet* [Escenas de la vida cotidiana]. Seis años después comenzó *Nya teckningar utur hvardagslifvet* [Nuevas escenas de la vida cotidiana], cuya tercera parte, *Los vecinos*, vio la luz en 1837 (talleres de Lars Johan Hjerta, Estocolmo).

Para esta traducción, y para buena parte de las notas al pie que en ella figuran, hemos seguido la edición que el Svenska Vitterhetssamfundet publicó en el año 2000, a cargo de los profesores Carina y Lars Burman, de la Universidad de Uppsala.

LIBRO PRIMERO

FRANSISKA W. A MARIA L.



Rosenvik, 1 de junio de 18...

Aquí me tienes, Maria querida, en mi propio hogar, sentada ante mi escritorio con este oso solo mío. Y ¿quién es el oso?, te preguntarás. ¿Quién había de ser, si no mi marido? *Oso* lo llamo, que de otro modo no ha de ser. Estoy sentada cerca de la ventana. Se está poniendo el sol. Dos cisnes nadan en el lago y van pintando surcos en el claro espejo del agua. Tres vacas —mis vacas— pacen en la verde orilla, tranquilas, orondas y meditabundas, aunque pensar no piensan en nada, claro está. ¡Qué gratas me son! Ahí va la criada, trípode y herrada en mano. ¡Qué deliciosa sabe la leche en el campo! Pero ¿qué no es bueno en el campo? El aire y la gente, la comida y los sentimientos, la tierra y el cielo, todo es aquí sano y alegre. Ahora te guiaré hasta mi hogar, pero ¡no!, debo empezar más allá, en la cumbre de esa loma, desde la que vi por vez primera el valle donde se encuentra Rosenvik. La loma se adentra varios kilómetros en la región de Smolandia. ¿Ves en la cima un carruaje polvoriento? En él viajan el Oso y su mujer, que se asoma a mirar curiosa, pues ante ella, en la calma vespertina, se extiende un valle hermosísimo. Abajo se yerguen verdes arboledas que bordean lagos cristalinos, campos de cereales que, en sedosas ondulaciones, rodean montes cenicientos, y blancos caseríos se atisban amigables entre los árboles. En las proximidades de las colinas boscosas se erigen columnas de humo en busca del claro cielo vespertino. Parecen volcanes, pero solo son pacíficas hogueras. Tanto da: es hermoso y yo estoy encantada, me inclino hacia delante, se me viene a la imaginación una familia en plena naturaleza, el Paraíso, Adán y Eva, cuando mi Oso me rodea con sus zarpas y me abraza tan fuerte que casi pierdo el resuello, mientras me besa y me ruega que «esté aquí todo a mi gusto». Yo me irrité un poco pero, al ver el propósito del abrazo, no pude por menos de quedar contenta. Aquí, en el valle, se encontraba mi futuro hogar; aquí vivía mi nueva familia; aquí se alzaba Rosenvik; aquí viviría yo en lo sucesivo con mi Oso. Subimos pendiente arriba y el coche iba rodando raudo por una calzada lisa. Oso me iba indicando el nombre de algunas de las fincas que veíamos aquí y allá. Yo lo oía como en sueños cuando me arrancó de mis reflexiones diciendo con cierto énfasis: «¡Ahí vive *ma chère mère!*», y el carro se dirigió a una finca y se detuvo delante de una casa de piedra tan grande como hermosa.

—¿Cómo! ¿Acaso habíamos de parar aquí?

—Sí, querida mía.

Para mí no fue ni por asomo una sorpresa grata. Habría preferido ir antes a mi casa y haberme preparado allí para el encuentro con la madrastra de mi marido, que me inspiraba cierto temor después de lo que había oído contar de ella, y habida cuenta del respeto que yo sabía que Oso le profesaba. Aquella visita me parecía del todo *mal à propos*[1], pero Oso es muy suyo, y en la cara le vi que no tenía el menor sentido resistirse.

Era domingo, y cuando el coche se detuvo, oí un violín.

—¡Ajá! —dijo Oso—. ¡Tanto mejor! —Bajó del coche de un brinco con aquel corpachón y me sacó en volandas. En las cajas y los paquetes no había que pensar por el momento. Oso me cogió de la mano, me condujo escaleras arriba desde el fastuoso zaguán y me llevó hacia la puerta, donde ya se oían la música y el baile.

«¡Mira por dónde! —pensé yo—. Ahora resulta que también tengo que bailar con esta indumentaria.» A mí me habría gustado ir a algún lugar donde limpiarme el polvo de la nariz y el sombrero, donde al menos pudiera mirarme en un espejo. ¡Imposible! Oso me llevaba del brazo y me aseguraba que mi aspecto era «totalmente adorable», y me sugirió que me mirase en sus ojos. No pude por menos de cometer la descortesía de decirle que eran «demasiado pequeños». Él me aseguró entonces que eran tanto más claros, y abrió la puerta del salón de baile. Disimulando con cierto buen ánimo mi desesperación, le dije:

—Ya que me has traído a un baile, tendrás que bailar conmigo, ¡Oso!

—De mil amores, ¡qué demonios! —gritó Oso, y en un santiamén estábamos en la sala.

El espanto que sentía se atenuó enseguida al comprobar que en la espaciosa sala no se veía más que un grupo de doncellas y criados bien vestidos, que bailaban animosos en parejas. Tan enfrascados estaban en la danza que apenas advirtieron nuestra presencia. Oso me llevó al otro extremo de la sala y allí, sentada en un elevado sillón, vi a una mujer alta y recia, de unos cincuenta años, que con cierta afanosa seriedad tocaba un violín enorme mientras marcaba decidida el ritmo con el pie. Llevaba en la cabeza un extraño gorro alto de terciopelo negro, que llamaré «casco», por la palabra que se me vino a la cabeza en cuanto lo vi, y tampoco conozco ninguna mejor. Tenía una apariencia agradable pero estafalaria. ¡Aquella mujer era la generala Mansfelt, la madrastra de mi marido, *ma chère mère*! Enseguida posó sobre nosotros aquellos ojos castaños, paró de tocar en el acto, dejó arco y violín y se incorporó con porte orgulloso, pero con una expresión de sincera alegría en la cara. Oso me acompañó hasta ella. Yo iba presa de cierto temblor, le hice a *ma chère mère* una profunda reverencia y le besé la mano. Ella me besó la frente y posó en mí una mirada tan penetrante que tuve que bajar la vista, con lo que volvió a besarme cariñosamente en la frente y en la boca, y a abrazarme casi tan bien como Oso. Le tocó entonces el turno a él: le besó respetuosamente la mano a *ma chère mère*, ella le ofreció la mejilla y a los dos se los veía muy cariñosos.

—¡Bienvenidos, queridos míos! —dijo *ma chère mère* en voz alta y con un tono algo masculino—. ¡Qué considerados habéis sido al pasar a verme antes de ir a vuestra casa! Os lo agradezco. Claro que, de haber estado avisada de antemano, os habría obsequiado con mejor recepción, pero sé bien que no hay plato más suculento que una buena acogida. Confío, queridos míos, en que os quedaréis hasta la cena, ¿no es así?

Oso nos excusó, dijo que teníamos ganas de llegar a casa cuanto antes, que yo estaba cansada del viaje, pero que no habíamos querido, pese a todo, pasar ante las puertas de Carlsfors sin presentarle nuestros respetos a *ma chère mère*.

—Bueno, bueno —dijo *ma chère mère* satisfecha—. Enseguida pasaremos a hablar ahí dentro,

pero antes tengo que decirle unas palabras a esta buena gente. ¡Prestad atención, amigos míos! — Y dio unos toquecitos con el arco en el fondo del violín, hasta que reinó el silencio en la sala—. ¡Hijos míos! —continuó solemne—, tengo que deciros... ¡Por todos los demonios! Tú, sí, tú, el del rincón, ¿no querrás callar de una vez? Tengo que deciros que mi querido hijo Lars Anders Werner ha traído a esta Fransiska Burén, la mujer que veis a su lado, como su legítima esposa. Los casamientos se deciden en el cielo, queridos míos, y nosotros pedimos que el cielo bendiga su obra en este matrimonio. Esta noche brindaremos todos a su salud. ¡Adelante! ¡Ya podéis seguir bailando! ¡Ven, Olof! ¡Ven aquí, coge el violín y toca lo mejor que sepas!

Mientras un murmullo de júbilo y parabienes recorría la concurrencia, *ma chère mère* me cogió de la mano y nos condujo a Oso y a mí a otra sala. Allí ordenó que llevaran ponche y copas. Se apuntaló entretanto de codos en la mesa, apoyó los puños bajo la barbilla y se me quedó mirando fijamente, más apenada que amable. Oso, que veía que su forma de mirarme me inquietaba, empezó a hablar de la cosecha y las tareas del campo. *Ma chère mère* soltó un par de suspiros tan hondos que más parecían jadeos, después de lo cual, parecía que a su pesar, respondió a las preguntas de Oso y, cuando llegó el ponche, bebió a nuestra salud al tiempo que, con mirada y tono graves por igual, decía: «Hijo mío, nuera mía, ¡por vosotros!». Luego se puso más cariñosa y añadió con un toque jocosos que le favorecía mucho:

—Lars Anders, no creo que pueda decirse que te hayas casado a ciegas. Tu esposa no parece ni mucho menos una atolondrada, y tiene un par de ojos como dos luceros. Es menuda, muy menuda, cierto es, pero «de centella pequeña, nace la gran hoguera».

Me eché a reír, como también *ma chère mère*: empezaba a hacerme a sus modos y maneras. Conversamos animadamente unos instantes y le conté algunas peripecias del viaje, que la divirtieron mucho. Un rato después nos levantamos para despedirnos, y *ma chère mère* dijo con una cálida sonrisa:

—No quiero entreteneros esta noche, por más placer que me dé veros. Bien puedo imaginar que el hogar tira. Quedaos en casa mañana si queréis, pero venid pasado y almorzad conmigo. Por lo demás, de sobra sabéis que sois bienvenidos a cualquier hora. Y ahora, llenad las copas y brindemos a la salud del pueblo. Las penas más vale guardarlas para sí, pero las alegrías han de disfrutarse en amor y compañía.

Entramos en la sala de baile con las copas llenas, *ma chère mère* haciendo las veces de heraldo. Todos nos aguardaban con las copas servidas y *ma chère mère* se dirigió a aquellas gentes con estas palabras:

—No conviene cantar victoria antes de haber cruzado el arroyo, pero, cuando uno se embarca en el navío del matrimonio con temor de Dios y con cordura, se impone el dicho de que lo que bien empieza bien acaba. Y ahora, amigos míos, brindemos por esta pareja, que aquí veis ante vosotros, y deseemos que ellos y sus descendientes vivan siempre en el huerto de nuestro Señor. ¡Salud!

—¡Salud! ¡Salud! —corearon de todos los rincones. Oso y yo apuramos las copas y estrechamos la mano a un puñado de personas hasta que empezó a darme vueltas la cabeza. Después del brindis y listos ya para partir, apareció *ma chère mère* detrás de nosotros en la escalera con un paquete o bulto en la mano, y nos dijo con dulzura:

—Llevaos este asado de ternera, hijos míos, para el almuerzo de mañana. Ya criaréis y comeréis las vuestras. Pero recuerde, nuera querida, que el paño me lo tiene que devolver. No, moza, no, no va a ser ella quien lo lleve, bastante tiene con el bolsito y el abrigo. Lars Anders

llevará el asado. —Y, tal que si Lars Anders fuera aún un muchacho, le encasquetó el petate y le indicó cómo debía llevarlo, y Oso... Oso hizo como le mandaba. Sus últimas palabras fueron—: Recuerde que el paño lo quiero de vuelta.

Yo miré a Oso algo sorprendida, él sonrió y me ayudó a subir al coche. En mi fuero interno me sentía contenta de haber conocido a *ma chère mère* tan de improviso. Presentía que, de haberse celebrado el encuentro con más preparativos y solemnidad, me habrían cohibido su mirada y su actitud.

Más que encantada me fui, además, con la ternera, pues no sabía en qué estado se encontrarían las despensas de Rosenvik. Más que encantada iba también de poder llegar por fin a mi hogar, de poder verle la cara a una criada y una cama hecha, pues llevábamos recorridos más de cien kilómetros aquel día, y estaba agotada. Fui dando cabezadas los veinticinco kilómetros que separaban Carlsfors de Rosenvik. Tan oscuro estaba cuando llegamos, a las once de la noche, que no pude ver cómo era mi Edén. La casa se veía algo gris y no muy grande, en comparación con aquella de la que veníamos. Pero ese detalle no tenía importancia alguna: tan bueno era mi Oso, y tanto sueño tenía yo. Al punto me despabilé del todo, pues me ocurrió como en los cuentos de hadas. Entré en una salita elegante y bien iluminada, en cuyo centro vi preparada una mesa para el té, sobre la que relucían plata y porcelana. Y de pie junto a la mesa se encontraba la más preciosa de las sirvientas, con la indumentaria de gala, un traje que es propio de las muchachas de esta tierra. Di un gritito de entusiasmo y se me quitó el sueño por completo. Un cuarto de hora después me había sentado a la mesa del té como señora de la casa, y admiraba el bello tapete adamascado, la tetera, las tazas, las cucharillas, en las que pude leer las iniciales del nombre de Oso y las mías también, y le servía té a mi Oso, que parecía hondamente satisfecho.

Y atardeció y amaneció: día primero[2].

Cuando, al alba, abrí los ojos, vi que mi Adán ya estaba bien despierto y que, con cierta devoción en el semblante, dirigía la mirada a la ventana, por donde un rayo de sol hacía su entrada a través de un agujero en la cortina de rayas azules. Oímos maullar a un gato.

—¡Mi caro esposo! —comencé solemne—. Quería darte las gracias por la hermosísima música que has preparado para darme la bienvenida. Supongo que habrás mandado venir una tropa de jovencitas del lugar, todas vestidas de blanco, que irán esparciendo ramas de abeto a mis pies. Estaré preparada para recibirlas enseguida.

—He previsto algo mejor que esa anticuada ocurrencia —dijo Oso con regocijo—. Asesorado por un gran artista he dispuesto una vista panorámica que te mostrará cómo es... ¡la desierta Arabia! No tienes más que abrir esta cortina.

Como puedes imaginar, enseguida me llegué a la ventana y, con cierto secreto temor, descorrí la cortina. ¡Ay, Maria! Allí, ante mi vista, se extendía bajo el esplendor de la mañana un lago claro como un espejo; verdes prados y arboledas se desplegaban aquí y allá y, en medio del lago, flotaba un islote sobre el que crecía un alto roble, y sobre todo aquello resplandecía claro el sol, ¡era todo tan apacible, tan hermoso y paradisíaco! Tan sobrecogida quedé con aquella visión que no pude en un primer momento decir una sola palabra. Me limité a cruzar las manos mientras se me llenaban los ojos de lágrimas.

—¡Sé feliz aquí! —me susurró Oso, y me estrechó fuerte contra su corazón.

—Ya soy feliz... ¡Feliz de más! —dije, profundamente conmovida y llena de gratitud.

—¿Ves esa isleta? Svanö, se llama, la isla del Cisne. Allí te pienso llevar en el bote de remos este verano. Nos llevaremos comida y cenaremos allí.

—¿Por qué no el desayuno? —pregunté yo, en un raptó de inspiración—. ¿Por qué no vamos a tomar allí el café hoy mismo, a esta hermosa hora matutina? Enseguida me...

—No, por la mañana no —dijo Oso, sonriendo ante mis ansias—. Debo ir a la ciudad a cuidar de mis pacientes.

—¡Ay! ¿Por qué no podrá la gente conservar la salud? —exclamé irritada.

—Y ¿qué iba a hacer yo entonces? —dijo él poniendo cara de cómico pavor.

—Pues ¡ir conmigo a Svanö!

—Volveré para media tarde, a las tres, y esta noche podríamos... ¡Maldito agujero ese de ahí arriba! Nunca creí que las cortinas estuvieran tan deterio...

—El agujero seguirá ahí mientras yo esté en esta casa —atajé yo enseguida—. Nunca olvidaré que, a través de él, vi por primera vez el sol de Rosenvik. Pero, dime, ¿qué es esa vieja fortaleza que tan gris asoma por este lado, en la otra orilla del lago, donde tan negro es el bosque?

—Es Ramm. Una gran mansión.

—Y ¿quién la habita?

—Nadie, hoy por hoy. Hace quince años pertenecía a *ma chère mère*. Pero ella se sentía allí a disgusto, se mudó a Carlsfors y vendió Ramm. La hacienda la compraron campesinos, que cultivan la tierra, sí, pero permiten que se echen a perder la casa y los jardines. Ahora dicen que, para el verano, la ha arrendado un extranjero que quiere dedicarse a la caza en esta zona. Y una buena oportunidad le ofrecen los jardines mismos, que alcanzan más de diez kilómetros de circunferencia, y donde los corzos llevan tiempo reproduciéndose en imperturbable calma. Algún día tendríamos que ir de visita, pero ahora, mi querida esposa, debo desayunar y luego despedirme de ti por unas horas.

Después de tomado el café y con Oso ya en marcha, empecé a tratar de orientarme en aquel mundo que era el mío. De la casa, sin embargo, y de los exteriores, hablaré más tarde; antes debo hablar de su señor, pues tú, Maria, ¿no conoces a mi Oso! Tengo aquí delante la carta que me enviaste, esa carta tan grata, que recibí unos días después de la boda. Gracias, dulce y adorada Maria, por tan cariñosas palabras, por tan sabios consejos. Bien escondidos los guardo, donde nunca los he de olvidar. Pero me referiré ahora a tus preguntas, que quiero responder puntualmente. Primero, Oso. Aquí tienes su retrato. De estatura mediana, pero de grosor y anchura suficiente, no desagradable. Hermosa cabellera rubia y rizada, hecha por la mano misma de nuestro Señor. Cara grande de color de rosa, pestañas doradas y ojillos gris claro de mirada un tanto penetrante bajo espesas cejas boscosas de gris áureo. La nariz, bien, aunque algo gruesa; la boca, grande, provista de buenos dientes, oscurecidos —¡horror!— por el tabaco; manos grandes, pero bien formadas y cuidadas, pies grandes, con andares como de oso. Con todo ello no te harás, no obstante, una idea del aspecto físico de Oso, tienes que verle también en la cara esa expresión de bondad, abierta, cordial, que al punto inspira confianza. Una expresión que habla cuando calla la boca, que es lo que esa boca tiene por costumbre hacer. Tiene la frente despejada, la cabeza en la postura que imaginamos propia de un astrónomo; la voz, de un bajo grave, que no desmerece en el canto. Ahí tienes a Oso descrito por fuera. El interior, querida Maria, aún lo tengo yo que estudiar. Después de dos meses prometida, después de catorce días de casada, no he alcanzado a profundizar en la personalidad de un hombre que, por lo general, está callado, y al que no conozco más que desde hace medio año. Espero, pese a todo, y creo solo lo mejor.

Me preguntas si le profeso amor, *amor verdadero*, y medio en broma, medio en serio, me pones los ejemplos más variopintos para que haga la prueba. «Si siento un vacío insoportable

cuando se ausenta. Si, en calidad de “señora de L.”, me quedo pálida y pasmada cuando él se une al grupo de personas con las que yo conversaba. Si tiene algún defecto, alguna manía, que en cualquier otro pudiera atormentarme, pero que me agrade en él.» No, Maria, de todo eso nada veo ni siento. El amor, Maria... Verás, por descontado que me agradó físicamente, que hallé que era un hombre excelente, de otro modo no me habría casado con él, pero amor... Mmm... En primer lugar, es mucho mayor que yo. Anda cerca de los cincuenta, y a mí aún me faltan tres para los treinta. Además de eso, lleva muchos años de soltería, tiene sus costumbres buenas y malas, y las segundas no me son gratas en absoluto. En todo caso, no ensombrecerán la felicidad familiar, así me lo he propuesto. A algunas me haré yo, de otras conseguiré que él se deshaga. Así, lo primero, tiene la costumbre de andar soltando mínimos escupitajos por todas partes, ya sea en bellas alfombras, ya en grises suelos de piedra. De tal costumbre se tiene que desprender, pero le pondré bacinillas en todas las habitaciones. Lo segundo, fuma una barbaridad. A esa costumbre me haré yo, pues sé bien lo necesaria y grata que es la pipa para quienes la han tenido por compañera a lo largo de buena parte de su existencia. Pero firmaremos un contrato que rezará: «Con buenos ojos veré la pipa encendida, pero *rara vez* en el saloncito y *nunca* en la alcoba». Oso puede dedicarse a echar humo libremente en su cuarto y en el salón. Tercero, tiene la extraña costumbre de hacer, mientras calla, las más horrendas muecas, a veces para acompañar sus propios pensamientos, a veces las palabras de otros. Sobre ese particular llegaremos a un acuerdo. En ocasiones podré decirle: «Oso, para ya de tanto mohín horrendo». Pero la mayoría de las veces dejaré que haga muecas en paz, porque evitarlas sería para él un tormento, y, seguramente, un imposible oponerse a ese baile de gestos, que tan arraigado tiene desde antiguo. Además, constituye una especie de lenguaje, las más de las veces muy expresivo, y es más gracioso que aburrido. Cuarto, Oso tiene un tallercito de carpintería, y le gusta sentarse allí por las tardes a labrar y encolar la madera, y lo pone todo perdido, el suelo, la mesa y las sillas. Y a esa costumbre me pienso amoldar yo de corazón, y simplemente mandaré barrer a conciencia todas las mañanas. Es muy grato, a mi juicio, que un caballero se dedique a algún trabajo manual, y, como tras un día entero en la consulta termina agotado, encuentra placentera esa distracción. Mientras él esté tallando, yo le leeré novelas, afición que lo entretiene muchísimo. Quinto, tiene costumbre de decir ciertas palabras gruesas. De ese hábito lo voy a apartar lento pero seguro; sin embargo, a lo que estoy firmemente decidida a acostumbrarlo es a que se sienta feliz, a que encuentre agrado y placer en su hogar. Pues, Maria, ¿sabes qué? Yo era pobre, tenía que ganarme el pan con el sudor de mi frente: enseñar música no es tarea fácil; ya no era joven, no tenía belleza ni talento —salvo cierta facilidad para la música—, y él, que es de familia distinguida y que goza de buena posición, él, que tan respetado es por su forma de ser, sus conocimientos y su capacidad, me eligió a mí antes que a otras más acaudaladas, más hermosas, mejores que yo. Mientras sufrí aquella fiebre terrible, me cuidó con tanta bondad, y cuando mi madre quiso compensar sus esfuerzos con nuestros últimos ahorros, él los rechazó y pidió mi mano. Se portó luego tan bien con los míos, agasajó a mis hermanos con presentes y llevó la prosperidad a mi casa, otrora tan humilde. ¿No habría yo de estarle agradecida, no habría de quererlo, no habría de aspirar a hacerlo feliz con todas mis fuerzas y mi inteligencia? ¡Oh, sí! Es lo que quiero, es lo que haré. Con sus virtudes y sus defectos, en lo grave y en lo cómico, en lo bueno y en lo malo, quiero hacerlo feliz, y una voz interior me dice que lo voy a conseguir.

Mañana del martes, 3 de junio

¡Ay de nosotros, pobres mortales! ¿Qué valen nuestros buenos propósitos si no tenemos poder sobre nosotros mismos? Anteayer me vanagloriaba yo de lo feliz que haría a mi marido, ayer... por castigarme, te lo contaré todo. Vuelvo a la noche de anteayer, cuando tan ufana de mí estaba. Oso estaba fuera visitando a un enfermo del vecindario, y escribía. Volvió, yo dejé de escribir, le hablé de todo, entre bromas y veras; convinimos varias reglas de funcionamiento doméstico y, entre bromas y veras, redactamos y firmamos el contrato que había de regular su afición a fumar tabaco. Hasta ahí, todo bien. Y terminó ese día.

Al día siguiente, es decir, ayer, íbamos a almorzar en casa de *ma chère mère*. A mí me dolía un poco la cabeza, y tanto daba cómo me pusiera el sombrero y cómo me colocara los rizos, nada me quedaba bien, se me veía vieja y ajada, o eso me parecía. Tengo para mí que Oso pensaba lo mismo, pues me miró sin decir nada, lo que me infundió cierto desánimo, ya que temía no agradar a *ma chère mère*, y bien sabía yo cuánto ansiaba Oso que me ganara su aprobación. Hacía un tiempo desapacible, yo tenía unas ganas atroces de quedarme en casa, pero, a la mínima señal que hice en ese sentido, reaccionó Oso con tal mueca de horror que desistí del intento. Me sentía, además, más reacia que indispuesta, de modo que subimos al birlocho y partimos bajo un paraguas en medio de la llovizna.

Ma chère mère nos recibió amable, pero no parecía de buen humor. Tenían invitados a comer: unos señores y señoras de edad a los que yo no conocía, y que me parecieron particularmente pesados. El almuerzo era espléndido, pero yo no tenía apetito.

Por la tarde, después del café, Oso bajó con los caballeros a la sala de billar. Me quedé sola con *ma chère mère*, las añosas damas, que hablaban sobre todo entre sí, y cierto magistrado Høk, un hombre alto, viejo amigo de *ma chère mère*, que, sentado a su lado, tomaba rapé. Ella guardaba silencio y hacía un solitario con cara muy seria. Yo decía alguna palabra de vez en cuando, pero fui quedándome cada vez más callada, pues me dolía la cabeza, la lluvia azotaba las ventanas y, a decir verdad, estaba desencantada con Oso, que bien podría, a mi juicio, haberse ocupado un poco de su mujercita, en lugar de abandonarse por completo a sus viejas costumbres horribles de hombre soltero, a jugar al billar, fumar y beber. En ese ánimo sombrío fue avanzando la tarde. Hacia la hora del té, *ma chère mère* me pidió que interpretara algo de música. Yo me senté al pianoforte, interpreté un preludio y empecé a cantar esa pieza tan hermosa que se titula *La juventud*[3]. Pero el calor, el dolor de cabeza y el desánimo me hicieron desafinar. Primero canté con voz temblona, luego canté con voz destemplada y para rematar me perdí precisamente en un fragmento que habré cantado cien veces. En la sala reinaba un silencio mortal, y yo estaba a punto de llorar. No quería, sin embargo, mostrarme tan melindrosa a mi edad. Toqué un par de acordes finales y dejé el instrumento con una excusa y una alusión al dolor de cabeza que me aquejaba. Entonces empezó *ma chère mère* a tratarme a las mil maravillas, me pidió que me sentara a su lado en el sofá, mandó que me trajeran una buena taza de té bien cargado y me trató como se trata a una criatura enferma. A estas alturas yo ya estaba muy contrariada, pues aquello, sumado a la cortesía del bueno del magistrado Høk, me resultó harto desagradable. Se me antojó que era la culminación perfecta del endeble papel que había representado todo el día, y pensé que *ma chère mère* se estaría diciendo para sus adentros que Lars Anders había elegido mal y había llevado a casa una mujer añosa e infantil, melindrosa y enfermiza. Me sentía sumamente desgraciada. Por fin apareció Oso y pudimos volver a casa, pero el resquemor se me había asentado en el ánimo. Estaba disgustada conmigo, con Oso, con el mundo entero. Y él fue en silencio todo el camino, sin

preocuparse siquiera mínimamente por mi dolor de cabeza. En cuanto me preguntó: «¿Cómo estás?», y yo respondí: «¡Mejor!», no nos dijimos una palabra más.

Al llegar a casa, tenía yo un asunto que atender en la cocina y, cuando volví al saloncito, encontré a Oso repantigado en el sofá echando largas espirales de humo, mientras leía la prensa. Huelga decir que no había elegido el momento más propicio para incumplir así nuestro contrato. Yo levanté cierto revuelo, por más que en un tono animoso, pero en el fondo no estaba de buenas. Sentía dentro una suerte de deseo maligno de que Oso pagara por el día tan penoso que había pasado yo. Él respondió jovial: «*Pardon*», pero siguió sentado sin inmutarse con su pipa. Yo no pensaba permitirlo. Me parecía que el viejo solterón ya había campado bastante por sus respetos aquella tarde. Oso pidió «solo por esta vez» la paz para la pipa en el saloncito, pero yo no quería ni oír hablar de negociaciones, sino que lo amenacé diciéndole que, si no dejaba la pipa de inmediato, yo pasaría en la sala lo que quedaba de tarde. En un principio, me pidió de broma que lo dejara tranquilo; ahora se puso más serio. Me rogó fervientemente, de corazón, me pidió que lo hiciera «¡por él!». Yo me percaté de que quería ponerme a prueba, me percaté de que en verdad quería de todo corazón que cediera por esta vez, pero yo, ¡miserable de mí!, no quise. Me mantuve firme, aunque siempre con tono alegre, en mi resolución, y recogí al cabo mi labor dispuesta a irme. Entonces dejé la pipa. Si al menos se hubiera mostrado agrio y desabrido, ¡sí!, si no hubiera dejado la pipa, sino que hubiera salido con ella, orgulloso como un nabab, y hubiera cerrado de un portazo y no hubiera vuelto en toda la tarde, en fin, entonces habría tenido yo alguna excusa, algún consuelo, un «estamos en paz», y yo habría podido dejar pasar esa historia aciaga. Pero nada de esto hizo él. Dejó la pipa y se quedó sentado en silencio, y yo empecé enseguida a tener remordimientos. Tampoco hizo ninguna mueca, sino que se puso a leer sus diarios con una expresión seria, serena, que me llegó al corazón. Le rogué que leyera en voz alta, y así lo hizo, pero en su voz resonaba algo que yo no soportaba oír. En una suerte de asfixiante resentimiento contra mí misma, me volví más tiránica si cabe con él. Le arrebaté el diario de un tirón —como por juego, ya me entiendes— y dije que quería leer yo misma. Él me miró y me dio el gusto. Empecé entonces a leer con tono suficiente y animado acerca de no sé qué debate en la Cámara de los Comunes de Inglaterra. No aguanté, sin embargo, demasiado: rompí a llorar, me abracé a su cuello y le pedí que perdonara aquel humor disparatado y ruin. Sin pronunciar palabra, él me estrechó en sus brazos con muchísima ternura, lleno de perdón. Vi que, por las mejillas, le rodaban lentísimas unas lágrimas. Nunca lo he querido como lo quise en aquel instante, en ese instante sentí por él amor verdadero. Quise iniciar una breve explicación, pero él me selló los labios. Le rogué entonces, «si de veras me amaba», que volviera a encender la pipa y terminara de fumar allí mismo, a mi lado. Él no quería, pero le supliqué tanto y tan fervorosamente, pidiéndole que lo hiciera como señal de que me perdonaba, que, a la postre, terminó por complacerme. Yo me quedé con la nariz tan metida como pude entre las bocanadas de humo, que era para mí el aroma sacrificial de la reconciliación. Por un momento estuve a punto de dejar escapar un resoplido, pero lo convertí en un suspiro y dije:

—¡Ay, mi Oso querido, tu esposa no se habría enojado tanto si no la hubieras tenido olvidada toda la tarde! Perdí la paciencia de tanto echarte de menos.

Él se apartó la pipa de la boca, me miró bondadoso, aunque como reconviniéndome, y dijo:

—No te había olvidado, Fanny, sino que estaba en la granja vecina, asistiendo a un doloroso lecho de muerte. Eso es lo que me tuvo alejado de ti.

Me cubrí la cara con las manos, avergonzada en lo más hondo de mi alma. Yo, que había

sospechado de él errónea y falsamente, aparecía ahora como una necia, ¡ay, indigna de mí! Yo, que tan feliz pretendía hacer a mi Oso, ¿qué dulce alivio había sabido procurarle a aquel pobre hombre cansado y afligido? La idea de mi absurdo comportamiento me atormenta aún ahora, en este instante, y mi único consuelo es que siento que mi Oso y yo nos queremos más que antes desde aquel incidente. ¡Mi Oso querido, mi Oso bueno! Antes de volver a darte otro mal rato, veré que fumes a diario en el saloncito, en la alcoba, sí, en la cama misma si así lo quieres. Le pido a Dios, en todo caso, que nunca llegues a desearlo.

Vuelvo ahora, pues, a tu carta y a la pregunta que en ella me haces. Si, como mujer casada, te escribiré con el mismo gusto y la misma franqueza que de soltera. Sí, Maria querida, ten la certeza de que así será, que otra cosa no puedo hacer. Han pasado siete años del día que te conocí, y desde aquel momento has sido para mí como mi conciencia, como un yo mejor. Eras el claro espejo en el que me veía tal como era, siempre fuiste sincera, aunque clemente siempre, y, si bien hace dos años te fuiste lejos surcando los mares, para mí eres la misma. Y te ruego, ¡sigue siéndolo, Maria! O temeré perderme a mí misma. Bajo tu mirada y con tu ayuda me convertí en su día en una persona de verdad; bajo tu mirada y con tus consejos quiero instruirme para ser también una buena esposa. Me es sumamente grato, Maria, y enriquece mi vida poder vivirla teniéndote a ti por testigo y, por así decir, contigo, por más que nos separen países y océanos enteros. Oso no es, además, de esos hombres que sienten celos de las amigas de su esposa; ni piensa que haya que sacrificar una amistad por haber tomado mujer o marido. No será él quien me angoste el corazón, es demasiado bueno, demasiado racional. Estoy por pensar que suscribiría de buen grado las palabras de un maestro muy querido que me instruyó en la doctrina cristiana: «Pasa con el corazón del hombre como con el cielo: cuantos más ángeles, más espacio hay para ellos».

¡Ah, mira! ¡Ahí viene mi Oso! «Lee lo que he escrito y firmalo.»

Oso

Viernes, 6 de junio

Entre *ma chère mère* y yo están las cosas en orden, ¡gracias a Dios! ¡Qué distinto no puede ser un día del siguiente! El martes tan penoso; ayer, tan apacible. Le propuse a Oso ayer tarde que fuéramos a visitar a *ma chère mère*, lo cual lo satisfizo mucho. Por el camino le referí cuán melindrosamente me había comportado la última vez, y le dije lo mucho que deseaba borrar la impresión que debí de causar en ella. Oso se echó a reír, hizo una de sus muecas, puso cara amable... Y allí llegamos por fin. En la casa andaban en pleno trajín. Todo el mundo iba de aquí para allá, *ma chère mère* era como la rueda y el resorte de todo movimiento. Se había puesto manos a la obra a acondicionar las alcobas de sus dos hijastros que lo son por entero —mi Oso solo lo es a medias—, y sus jóvenes esposas, cuya llegada esperaban a no mucho tardar y que iban a instalarse en la casa; una pareja por varias semanas, la otra para siempre. *Ma chère mère* nos recibió con suma amabilidad, proveyó a Oso con unos diarios y algo de tabaco de Virginia y me nombró su ayudante para aquella tarde. Yo respondí encantada y dispuesta, y acerté a complacerla. Mudábanse muebles, colgábanse cortinas, todo se hacía con diligencia y a la perfección a las órdenes de *ma chère mère* y gracias a mi asistencia. Despachamos un montón de trabajo y quedamos las dos la mar de contentas. Fui aderezando la charla de *bon mots*[4] que agradaron a *ma chère mère*. Ella me daba palmaditas, me pellizcaba las orejas, reía y respondía con gracia. En términos generales, disfruté mucho con ella. Tiene en el talante y en la forma de ser algo del todo

original y fresco. Tiene, no cabe duda, una gran inteligencia y mucho ingenio natural. A los miembros de la servidumbre los trataba como esclavos a la par que como niños, con rigor y con cariño a un tiempo, lo cual se me antojaba extraño. Aun así, todos parecían serle muy leales y obedecer a la menor señal. En una única ocasión estuvimos *ma chère mère* y yo a punto de sufrir un desencuentro menor, a propósito de las mesas de tocador de las jóvenes casadas, que yo habría querido menos sencillas. *Ma chère mère* se enojó entonces, empezó a maldecir contra el dichoso lujo, tantas pretensiones de las jóvenes casadas..., y me aclaró que las mesas de tocador debían estar tal como ella las había dispuesto, con esas toallas y esos espejos: quedarán más que satisfechas, etcétera. Guardé yo silencio mientras ella hablaba, y pronto volvieron las aguas a su cauce, aunque no tengo por cierto que las toallas no las cambiara luego, pues *ma chère mère* se encaminó después a toda prisa a los armarios de la ropa blanca. Al acondicionamiento de los dormitorios siguió un sinfín de tareas domésticas más duras, en las que *ma chère mère* me invitó a participar, «que puede serle provechoso, querida niña, ver cómo se organiza una casa en condiciones, quizá necesite aprender alguna que otra cosa de la administración doméstica. Los pajarillos fritos no vuelan solos a los platos, hay que procurar que haya algo en la despensa, si uno quiere ver algo en la mesa, etcétera». Yo seguí a *ma chère mère* a la despensa, adonde se dirigió con un buen trozo de tiza roja en la mano, y fue dejando unas cuantas marcas y símbolos, para mí de cábala, en cántaros de anchoa y cubas de arenque seco. Pero *ma chère mère* me lo iba explicando todo y dejándome mirar en todos los rincones de aquella cámara subterránea tan bien provista. Subimos luego al desván: allí participé en la inspección de cajones de pan, en el torrente de maldiciones contra las ratas y el peso de innumerables sacos de harina. A la postre, tuve que consentir que me pesara a mí, y ella se rió cuanto quiso cuando se comprobó que no pesaba más de cuarenta y dos kilos y medio, amén de asegurar que, en los tiempos de Carlos XI, habrían quemado por bruja a toda mujer que pesara menos de cuarenta y dos kilos y medio. Yo me tomaba todo aquello con bastante filosofía, aunque sin contenerme a la hora de prodigar palabras de admiración ante el orden y el buen gobierno de *ma chère mère* en lo doméstico. Lo decía de corazón. En verdad, una casa como aquella, cabalmente equipada y ordenada, de lo mayor a lo más pequeño, donde todo está en el lugar que le corresponde y debidamente numerado, un pequeño universo como ese es digno de contemplarse y admirarse, así como digna de admiración es la señora, que es el memorando vivo de todo, y conoce lo suyo tan bien como un general conoce sus fuerzas armadas.

Terminados ya preparativos y tareas, nos sentamos a descansar en un sofá, donde *ma chère mère* me habló como sigue:

—Solo de tarde en tarde, querida Fransiska, hago un examen tan concienzudo de mi casa. Consigo así infundir respeto al cuerpo de casa y poner las cosas en orden. Pongamos el reloj a su hora, y no habrá que ir luego por ahí haciendo tictac como un péndulo. Recuérdelo, Fransiska querida. Señoras hay que se hacen las interesantes y andan en todo como entrometidas llavero en mano, entrando y saliendo de la cocina a la despensa: negligencia es, Fransiska, ni más ni menos, majadería y torpeza. Vale más que una señora cuide la casa con la cabeza que con los talones: es lo que más agrada a un hombre, y, de no ser así, será un bobo, y la mujer no podrá entonces por menos de, aun en nombre de Dios, atizarle con las llaves en las orejas. Algunas señoras andan siempre pisando los talones a sus criadas. Eso no puede ser. El servicio debe gozar también de libertad y tranquilidad. «No has de amordazar al buey que está trillando en el campo.» Hay que dejar que los criados sean responsables de lo que hacen. Es bueno para ellos, y también para la

señora de la casa. Hay que cultivar su fidelidad por cariño o por honor, y darles generosamente lo que merezcan. El trabajador merece su salario. De tres a cuatro veces al año, sin embargo, y nunca en tiempo fijo, conviene caer sobre ellos como el juicio final y revisar todos los rincones y todos los riñones[5], rugir cual tormenta y dejarse caer aquí y allá en el momento oportuno: eso mantiene la casa limpia por muchas semanas; «de no ser por la tormenta, los duendecillos nunca nos darían tregua».

Esta era la teoría doméstica de *ma chère mère*. Giró luego la conversación hacia Oso, y dijo:

—Pues a fe, querida Fransiska, que puede usted decir que se ha llevado un marido que es un buen hombre a la hora que se levante. No obstante, es, además, bien obstinado a su manera, y tendrá con él sus más y sus menos, al igual que los he tenido yo. Bueno, bueno, ya veremos cómo se desenvuelve usted. Es menuda, pero veo que se las arregla bien, y una cosa le voy a decir, que haga lo que haga, no hallará en él más que un hombre de honor, y por eso le daré un único consejo: no se le ocurra nunca decir una mentira para salir de un atolladero; por pequeña que fuera, no podría ser mayor. La mentira solo conduce a una mentira mayor, pues ahuyenta de las casas la confianza.

Enseguida le dije animosa a *ma chère mère* lo que yo pensaba de todo eso y, recíprocamente satisfechas, nos dirigimos a la sala de estar, donde Oso bostezaba sentado con sus periódicos. La señorita Tuttén (a la que *ma chère mère* llama soldado Tuttén) estaba preparando la mesa para el té. *Ma chère mère* me pidió que cantara (se conoce que la buena mujer había olvidado mi última interpretación magistral), y canté, y yo misma sentí que lo hacía bien. *Ma chère mère* rió de corazón con algunas cancioncillas jocosas, mientras yo veía los ojos de mi Oso que nos observaban con total complacencia desde detrás de su diario. Después del té jugamos con Tuttén la partida de boston de *ma chère mère*, que fue una de las más entretenidas que he visto. *Ma chère mère* y mi Oso estaban particularmente animados el uno con el otro, y hacían burla de mí, por las torpezas que cometía en el juego. Pero, para mí, fue eso mejor que si hubiera jugado como una maestra, y reíamos y chillábamos como niños.

Cuando, después de cenar, llegó el momento de despedirnos, *ma chère mère* me dio una palmadita alentadora en el hombro, me besó y me dio las gracias «por un día encantador». Cuando mi Oso y yo salimos a la escalinata, hacía un tiempo tan agradable que decidimos recorrer parte del camino a pie, y mandamos que el birlocho se adelantara hasta una estación del camino. El paseo fue animado y, después de unas cuantas bromas inocentes, conseguí por fin que Oso se cayera en la cuneta. Aún me rió al recordarlo. ¡Se parecía tanto a un oso de verdad, allí tirado a cuatro patas...! (Dicho sea entre nosotras, no estoy segura de que no *se dejara caer*). ¡El bueno de mi Oso!

Pero no quiero hablar contigo eternamente de mi Oso y de su pareja. Algo tendrás que saber también de la residencia y la familia. Esta última es algo enrevesada de desentrañar. Intenta tú, Maria querida, comprender lo que voy a esforzarme por referir.

El general Mansfelt se desposó en primeras nupcias con una viuda, que le procuró dos hijastros. El mayor era mi Oso, el segundo —Adolph Werner— falleció hace unos años. Esta señora tuvo además dos hijos propios con el general, los hoy con vida Jean-Jacques y Petter Mansfelt. Eran ellos aún muy niños cuando falleció su madre. Un año después, el general contrajo matrimonio con la acaudalada y orgullosa señorita Barbara B., la hoy no menos viva *ma chère mère*. Oso, que contaba por entonces trece años, hallaba escasa complacencia en tener una madrastra de veinte años. Esta se condujo, con todo, de forma ejemplar, y se convirtió en una

madre excepcional, aunque severa, para los cuatro hijastros, cuyo amor y veneración supo ganarse pronto, pese a cierta tendencia a la parquedad y el ahorro a que los tenía sometidos, pero que hallaba justificación en el despilfarro del general, que había abocado sus negocios al mayor desorden; y solo en virtud de las capitulaciones matrimoniales logró *ma chère mère* proteger su propia fortuna. Con ella costó la educación de los hijos, sin escatimar nunca lo más mínimo. A los hijos los educaron en el más estricto respeto en el seno de la casa paterna. Les enseñaron cierta cumplida cortesía y algo de francés. Todas las mañanas, a la hora prefijada, debían ir a ver a los padres y, besándoles la mano, decir: «*Bon jour, mon cher père; bon jour, ma chère mère*». De modo parecido debían ir todas las noches a una hora concreta y, después del besamanos, declarar: «*Bon soir, mon cher père; bon soir, ma chère mère*». (De ahí viene el llamarla *ma chère mère*, que se convirtió en la única fórmula en boca de los hijos.) Ese besamanos pervive incluso hoy, cada vez que se encuentran madre e hijos, pero el saludo francés lo han abandonado. Aquella, por lo demás, estricta madre concedía a los hijos mucho tiempo y libertad para juegos y ejercicios gimnásticos, para que estuvieran al aire libre, y otras actividades. Le interesaba que reforzaran el cuerpo junto con el alma, y los jóvenes tuvieron, en suma, una juventud gozosa. El general Mansfelt era un hombre apuesto y un soldado aguerrido, pero, por lo demás, era dado a la fiesta, violento e irresponsable. Rara vez preguntaba por sus hijos y disipaba su fortuna. El casamiento de *ma chère mère* con el general no fue nada gozoso, y cuando el hombre falleció, los hijos no heredaron nada suyo. *Ma chère mère* hizo, pues, una acción muy noble, sin grandes alharacas. Sin distingos de ninguna clase entre los hijos y los hijastros de su marido, se comprometió a pagar, a cada uno de ellos, una vez cumplida la mayoría de edad, cierta renta anual no desdeñable, en tanto que ella se hacía cargo de la administración de sus propiedades, por extensas no menos embargadas. Oso, que ya había conseguido buscarse la vida y, habilidad y esfuerzo mediante, había ganado un puesto honorable, rechazó, aunque respetuosamente, los dones ofrecidos, pues prefería no depender de nadie, y mucho menos de *ma chère mère*, cuyo despótico temperamento no casaba bien con su anhelo de independencia. Esto, sumado a ciertos encontronazos que Oso y *ma chère mère* habían protagonizado en varias ocasiones, le ha granjeado ser independiente y estar a bien con ella, en tanto que los demás hermanos se ven obligados a poco menos que *plegarse* a su voluntad. Oso y ella se sienten un sí es no es intimidados el uno por el otro, pero observan visiblemente el mayor respeto mutuo. Sea como fuere, ella le tiene dicho que nunca querrá verlo en su casa como médico; por ella, al cuer... con las medicinas y los médicos, no quiere tener que vérselas con ellos jamás, y sustenta esa voluntad en el dicho: «Ningún médico se hace bueno sin antes haber llenado un cementerio».

Como quiera que he empezado a relatarte la historia de *ma chère mère*, dibujaré también aquí su retrato. ¿Te imaginas una dama muy alta, de constitución fuerte pero bella, cuyas formas aún conservan la potencia y curvatura de la juventud, muy derecha, algo tiesa, casi con la expresión y el porte de un general? Tendría hermosa la cara de no ser los rasgos tan recios y la piel tan gris, y hasta la barbilla es demasiado grande y salediza. En la boca, provista de grandes dientes blancos, le baila casi siempre una sonrisa franca y afable, pero cuando la embargan sentimientos menos amables, se le sube en la cara el labio inferior, se le extiende sobre el superior y le confiere de este modo un aire de estricta resolución, que no es grato en una mujer. Pero *ma chère mère* es caso único. El pelo del todo gris le asoma a ratos por debajo del casco, que, según he podido saber, ella ha bautizado con el nombre de cofia. Nada de rizos. La cofia corona en solitario la frente alta y seria, las más de las veces ensombrecida. Nada de oropeles, nada de adornos en el vestido,

aunque sí mucha elegancia, un aire totalmente correcto y apropiado. *Ma chère mère* no se encorseta. (Dicho sea esto entre paréntesis, me pregunto si no será el corsé una de las razones que hacen nuestra compañía menos agradable: no puede el espíritu sentirse de verdad libre cuando el cuerpo está aprisionado.) El vestido es, por lo regular, guateado y liso de color marrón o gris. Un pañuelo le cubre el cuello, aun hermoso, por las mañanas; por la tarde lo cambia por un collarín. Tiene las manos grandes pero bonitas de forma, blancas aunque toscas, y no siempre se utilizan para labores pacíficas. *Ma chère mère* es de voz recia y de hablar alto y claro, recurre con frecuencia a palabras peculiares y tiene la lengua abastecida de un buen repertorio de dichos. Camina con paso largo, con botines, las más de las veces, y mueve los brazos en molinetes. Sin embargo, puede, en cualquier momento, adoptar un porte refinado y culto. Hay quienes la acusan de avaricia, de husmear en vidas ajenas, de desdeñar las buenas formas; corren sobre ella toda clase de historias. Sea como fuere, todos observan, en el mismo grado, el máximo respeto por su persona, y su palabra vale como la de un rey. En general todo el mundo conviene en que es inteligente, íntegra y fiel para con sus amigos. Y bien está, digo yo. A mí me recuerda a Götz von Berlichingen[6]. Sin embargo, a ratos se me antoja que, bajo esa superficie de dureza, podrían habitar sentimientos más tiernos, y entonces, creo, podría quererla. Hasta el momento ha regentado sus propiedades ella sola (y ha administrado sus bienes de manera excepcional), pero ahora es su deseo que Jean-Jacques le ayude en esa tarea. Es el hijo que ha estudiado explotación agrícola en el extranjero, se ha casado recientemente y va a instalarse en Carlsfors con su joven esposa. Mi Oso niega con la cabeza ante el consorcio de *ma chère mère* y Jean-Jacques.

Resulta imposible hablar de *ma chère mère* sin hablar al mismo tiempo de su doncella Elsa. Las dos viven juntas desde hace cuarenta años y no parecen poder prescindir la una de la otra. Elsa es para *ma chère mère* esclava a la par que tirana. Es tan tacaña que apenas permite a su señora ponerse sus vestidos siquiera, y la regaña ante cada pañuelo que la ve sacar. Sin embargo, no tiene igual en lo tocante a orden, pulcritud y lealtad, y en virtud de ello le tiene *ma chère mère* cierto respeto, y en más de una cuestión controvertida termina por imponerse siempre la voluntad de Elsa. Amén de todo eso, trabaja al servicio de *ma chère mère* día y noche si falta hiciere. *Ma chère mère* es su destino, los aposentos de *ma chère mère* son su ámbito de actuación, las palabras de *ma chère mère* son para ella ley, la persona de *ma chère mère* es su verdadero yo. Pues nada es Elsa sin su ama. En una ocasión le dio permiso para ir a visitar a su familia y ausentarse ocho días. Antes de cumplirse dos, había regresado Elsa junto a su señora, «pues estando lejos se encontraba a disgusto». Dicen que, esa misma noche, *ma chère mère* le propinó una bofetada por algún descuido a la hora de vestirla, pero que Elsa tragó y calló, y nunca más se alejó de ella tras aquel intento. Elsa es seca y tiesa, sus hechuras son un puro filo. Cuentan que sabe más de *ma chère mère* que ningún otro mortal, pero que sabe callar como una momia. Merece que la embalsamen.

Sombra de una sombra, ¡da un paso al frente, Tuttén! Elsa es una sombra rembrandtiana, Tuttén es una de esas criaturas indeterminadas, que, sin tener carácter propio, tampoco puede, sin embargo, adoptar el carácter determinado de ningún otro. La belleza de Elsa radica en el vigor de su fidelidad. Tuttén siempre pregona: «La generala dice, la generala piensa, la generala quiere...», pero luego la difama a escondidas y la obedece sin afecto. Sumisa a ratos hasta la propia anulación, se muestra al punto dispuesta a alzarse en exceso, si la mano férrea de *ma chère mère* no la tuviera a raya, al tiempo que la obliga a desplegar esa capacidad que tiene de salir de su penumbra a través de su talento para lo doméstico. Tras un vaso de su insuperable cerveza, me

siento casi inclinada a exclamar: ¡que viva Tuttén! Pero ¿cómo va a vivir ella en un mundo en el que ya nadie hace pan ni fabrica cerveza? Donde no se ven vasos de espumeante cerveza y donde no hay bizcochos esponjosos, ¿cómo podrá ella ordenar sus pensamientos? Pero demos ya respiro a Tuttén y a la transmigración de las almas: no quiero apartarme en exceso de mi hogar.

De mi amado hogar, de mi querida Rosenvik, debo hacerte ahora una semblanza. Rosenvik es una granja arrendada de Carlsfors. Se encuentra a sus buenos setecientos metros de W., cuyo médico principal y más querido es Oso. *Ma chère mère* le ha arrendado tan adorable morada, puesto que, al igual que yo misma, él también adora el campo, de suerte que tenemos Rosenvik más por placer que por provecho. Yo tengo, pese a todo, mis planes para el huerto, del que se puede sacar mucho, aunque ahora se encuentre casi en estado silvestre. El huerto, una arboleda de abedules, un prado, donde pastan tres vacas y un caballo, son las propiedades de Rosenvik. El porqué de que haya recibido ese nombre de Rosenvik, Golfo de la Rosa, es algo que no me explico. Cierto es que se encuentra junto al golfo de Helgasjö, pero no verás ahí un solo arbusto de rosa silvestre, y sí, por el contrario, hisopo y saúco en abundancia. Todo esto se ha de conservar, pero no se ha de descuidar lo otro, y yo espero que Rosenvik vuelva a hacer honor a su nombre. Lo bello no debe, sin embargo, estorbar a lo útil, así que tengo pensado plantar groselleros, guisantes y judías en abundancia. En suma, me agrada más haberme mudado a un lugar en el que hay algo que hacer que a uno perfectamente acabado. Mi carácter y mi temperamento precisan mucha actividad, y sé bien lo mucho que se quiere *aquello* por lo que mucho se trabaja. La casa es pequeña, pero amueblada con toda comodidad. Disponemos de cuatro habitaciones y una cocina en la planta baja. Oso las ha amueblado más que bien. En particular el saloncito, con la tapicería de calicó azul y las cortinas de muselina blanca, un saloncito de lo más encantador. Sobre él hay dos cuartos de invitados bien decentes. Hallé la cocina y la despensa pobremente equipadas, pero eso tenía remedio, gracias a Dios. En lo referido al dinero, Oso ha ideado un arreglo que me llena por igual de satisfacción e inquietud. Él va poniendo todo su dinero en un cofrecillo, para el que ha mandado hacer dos llaves. Una la tiene él, la otra es mía, y tengo además plenos poderes para coger dinero de ese cofrecillo, en cualquier momento y cantidad, sin la obligación de poner al tanto a mi marido. Esa prueba de su total confianza en mi prudencia me llena de alegría, aunque esa misma confianza me ata con más rigor de lo que lo haría su avaricia. Y es que tengo miedo: miedo de tomar de más, miedo de no ser lo bastante ahorrativa, miedo de satisfacer mi corazón o mi estado de ánimo con dispendios menores pero extraordinarios; pues yo no he aportado a ese cofrecillo ni una moneda de cobre, Oso es el dueño de cuanto contiene, que es el salario por su trabajo. Creo que me sentiría más libre, y que sería mejor, si él me asignara mensualmente una cantidad para que yo la administrara. Así se lo propuse un día cuando, con lágrimas en los ojos, le desvelé mis escrúpulos, pero él no quiso ni oír hablar de tal propuesta: «¿Acaso no somos uno? Y ya me he percatado de que eres una diligente administradora». En lo tocante a los escrúpulos, me aseguró que ya *remitirían* cuando nos conociéramos mejor, y que entonces comprendería que, entre nosotros, no había ni mío ni tuyo. Tentada estoy de creer en el presagio de un hombre tan bondadoso, pero, tanto por la paz de mi conciencia como por el orden mismo, he resuelto llevar rigurosamente la cuenta de todos mis gastos.

La joven doncella que Oso me ha traído, y que será *mi doncella particular*, me agrada muchísimo. Es una joven campesina con una presencia tan alegre e inocente, aunque también hermosa, que me hace bien contemplarla. Es callada y hacendosa, tiene buenas entendederas y buen corazón, e instruirla será para mí un placer. Si nuestro Señor me da hijos, Sissa los cuidará.

La instruiré para que sea una auténtica *bonne*[7] para los pequeños, y así pueda estar tranquila aunque no los tenga en mis brazos. Los recuerdos de mi propia infancia me dicen lo importantes que son esas primeras impresiones. La pureza, la bondad y la sensatez velarán sobre la cuna de mi criatura: allí comenzarán a anidar en su alma. Y no se entibian con facilidad los sentimientos que nos inspiran los amigos de la infancia.

Digo que formaré a mi doncella, pero créeme, Maria querida, que no voy a dejar de formarme yo también. ¿Por qué se extingue tan fácilmente el fuego en el altar del matrimonio? Debido a que los esposos olvidan «alimentar la llama». Tenemos que desarrollarnos y que formarnos a medida que vivimos: de este modo la vida misma se convierte en desarrollo del amor y la felicidad.

Mi primer cometido será ahora organizar mi casa, de modo que puedan habitarla la paz y el bienestar. Deseo convertirme en la sabia legisladora de este mundo mío, menor en tamaño, pero no en importancia. ¿Y sabes qué ley pienso promulgar y aplicar con la máxima observancia? Una «ley sobre cómo tratar a los animales», la cual incluirá lo siguiente:

Todos los animales de la granja recibirán los mejores cuidados, y un trato amable y cariñoso. Deben vivir felices.

Su sacrificio deberá producirse de modo que sufran lo menos posible.

A ningún animal se debe torturar en la cocina, ni se descamará el pescado vivo ni se arrojará a la cazuela dando coletazos, ningún ave debe colgar de un clavo aleteando medio muerta. Un golpe de cuchillo les permitirá morir en el acto y los librárá de la tortura.

Tales directrices y algunas más incluirá esa ley mía. Pues ¿cuánta crueldad innecesaria no se practica a diario, solo porque nadie piensa en lo que está haciendo? Y ¡cuán irracional, cuán indigna no es la crueldad contra los animales! ¿No es bastante que, en el actual orden del mundo, estén condenados a servirnos mientras están vivos y a alimentarnos después de muertos? ¿Acaso habríamos de recrudescer nosotros una suerte tan cruel? Ya nos vemos obligados, en multitud de ocasiones, a conducirnos con hostilidad contra los animales: pero enemigos *crueles* no tenemos por qué ser. ¿Cuán infinitamente menos dolor no sufrirían si los tratáramos con humanidad en todos los aspectos que tienen en común con el ser humano, si nos compadeciéramos de ellos en la debilidad de la vejez, en el dolor de la enfermedad y en la muerte?

En el mundo antiguo existían leyes que hacían de la dulzura con los animales una obligación sagrada para las personas, y su incumplimiento recibía un duro castigo. Y nosotros, Maria, nosotros, que profesamos la religión del amor, ¿vamos a ser con los animales peores que los paganos?

¿No nos dice Aquel que instauró en la tierra el reino del amor que «ni un solo pajarillo caerá a tierra sin que vuestro Padre que está en los cielos lo vea»[8]? (Toma nota, Maria, de que no dice que el pajarillo *no deba caer*, solo que nuestro Padre *lo ve*.) Y sí, del mismo modo ve todo ese sufrimiento inútil que la glotonería de los hombres, su ligereza o su crueldad infligen a los animales: hay quien oye sus quejidos y sus lamentos. ¿Acaso no habrá por ello, en el otro mundo, un eco de venganza que añada otro padecimiento al infierno y estorbe la paz en el cielo del hombre mismo?

¡Ah, Maria! No permitamos nosotras, mujeres y madres de familia, merecer tal castigo. ¡Que, al presentarnos ante el tribunal del Padre supremo, vayamos libres de ingratitud y maltrato a los seres vivos que Él creó! ¡Que, en un mundo mejor, merezcamos ver a nuestro lado un reino animal ennoblecido, y vivir con ellos en esa relación de amor que ya hemos comenzado en la Tierra!

Aquí viene Oso, que me avisa de que pronto iremos a visitar a los vecinos —los tenemos a

montones—, y asegura que hay quienes están deseando conocerme; gente muy buena y sensata, según dice. Prepárate, pues, Maria, para conocer nuevas amistades. Como también podré presentarte muy pronto a cuñados y cuñadas. Ya me congratulo de su llegada. En particular, me alegro de poder conocer a Peter Mansfelt, el hermano más querido de Oso, que tiene, según dicen, un talante amabilísimo, y que es un jurista extraordinario. Pasado un mes esperamos en Rosenvik un invitado. Gracias a todo esto y, en particular, a mi Oso, espero tener una vida alegre y gozosa. Casi me entran ganas de escribir con todo ello una novela. Las novelas suelen terminar en boda. ¿No debería empezar así la verdadera novela de la vida humana? Considerada en su totalidad, podríamos decir que la vida de cada ser humano constituye una novela, un episodio menor de la gran novela *El libro de la vida*, escrita por el autor original de *El mundo*. Así pues, Maria, puedes dar por sentado que te estoy escribiendo una novela. Procúrale, mi querida y benévola lectora, un lugar en tu corazón. Alegre o triste, que sea como haya de ser, con tal de que no la rechaces. ¡Ten salud! Y piensa cariñosamente en tu romántica y devota amiga,

Fransiska

CARTA II



Rosenvik, 9 de junio

Ayer hacía un tiempo fresco y despejado. Me senté en el birlocho al lado de mi Oso cuando, a las ocho de la mañana, como de costumbre, puso rumbo a la ciudad. Me dejó en Carlsfors y prometió que me recogería a la vuelta, «a menos que se le olvidara».

—¿Olvidarlo? ¿Cómo? ¡Ah, Oso malísimo!

Con esa despedida partió de allí. Yo recorrí a pie el largo y precioso paseo que conduce al cuerpo principal de la casa. En el jardín había una figura alta y extraordinaria. Llevaba una pelliza ancha de color gris y una capota verde, y agitaba a su alrededor algo que parecía una varita mágica, mientras exigía con voz potente: «¡Eh, traedlo aquí!, ¿me oís? ¡Traed aquí el coche celestial!».

Dirigí sin querer la vista al cielo, y la visión del carro del profeta Elías se me vino a la cabeza, aunque se me fue tan pronto como, en la persona que gritaba bajo la pelliza gris, reconocí a *ma chère mère*. Al acercarme a ella la oí reñir furiosa al mozo (porque se había terminado la avena), y acompañaba la reprimenda blandiendo vigorosamente la fusta, por más que solo en el aire. Mudó enseguida el semblante al verme, me cogió afablemente la mano, la estrechó entre las suyas y dijo con voz amigable:

—Pero ¡qué alegría! Buenos días, querida Fransiska. No podía llegar usted más a tiempo. He resuelto ponerme hoy mi Januarius —dijo al tiempo que señalaba la pelliza—, pues me parecía que hacía frío. Pronto llegarán mis tordos con el coche celestial, y entonces iremos a dar un paseíto juntas.

Dicho esto, aparecieron en el jardín cuatro caballos enganchados a un vehículo impresionante, provisto de un «cielo» que sustentaban cuatro postes de no poca altura. Aquel era, pues, el coche celestial. *Ma chère mère* me indicó que subiera, hizo luego lo propio y cogió las riendas. Un criado iba de pie en la parte trasera. *Ma chère mère* blandió la fusta con un restallido terrible y partimos. Yo tuve miedo al principio, pues corríamos a todo galope y el coche celestial iba ni más ni menos que «por los cielos». Llegó un punto en que los caballos se mostraron reacios. *Ma chère mère* incorporó en el coche y les hizo sentir el látigo hasta que volvieron a obedecer. Y exclamando muy ufana: «¡Por todos los demonios! ¡Ya les enseñaré yo!»., volvió a sentarse. Al ver que había palidecido por completo rompió a reír. Siguió, sin embargo, más despacio, y empezó a

parlotear tan tranquila, y me pidió que le hablara de mis cuitas domésticas en Rosenvik. Convencida a estas alturas ya de que *ma chère mère* era un cochero excelente, recobré la tranquilidad y me animé yo también, y me abandoné a ese placer espontáneo que siento siempre que me hallo en su compañía. Contemplamos numerosos campos de cultivo, tierras recién labradas, acequias de regadío... *Ma chère mère* conversó con algunas personas, a unas reñía, a otras ensalzaba. Y me pareció que la relación entre señora y labriegos era de lo mejor, amén de que se entendían particularmente bien, respondiendo el uno con un refrán al refrán del otro.

A lo largo del trayecto estuvimos a punto de arrollar al magistrado Hök, que venía traqueteando en su *désobligeant*[9], y cuyo cochero quedó tan atónito al ver el coche celestial que confundió izquierda y derecha, para, finalmente, apartarse girando hacia nuestro lado. Poco faltó para que volcara el *désobligeant*.

—¡Diantre! ¿Qué formas de conducir son esas, señor magistrado? —gritó *ma chère mère* con voz atronadora, mientras refrenaba las caballerías con la fuerza de sus manos y, por un brusco giro lateral, evitaba el desgraciado accidente. El coche celestial y el *désobligeant* quedaron al punto amigablemente puerta con puerta y, recobrado el buen humor, *ma chère mère* se dirigió, entre risas y bromas, al magistrado Hök, que, del todo consternado, asomaba detrás de las verdes cortinillas —: ¡Querido magistrado! ¡Ha contagiado usted al cochero de tantas fantasías poéticas que el hombre ha confundido las normas de la vía!

«¡Mal rima el magistrado Hök con fantasías poéticas!», pensé yo.

—Ante un coche celestial —dijo el magistrado Hök, más poético de lo que yo lo hacía—, ¿quién atina a recordar las normas de la vía?

Así bromearon *ma chère mère* y el magistrado Hök, hasta que el coche celestial y el *désobligeant* retomaron su rumbo.

Cuando hubimos llegado a casa, *ma chère mère* estaba de bastante buen humor, de suerte que entablamos una viva conversación sobre maridos, esposas y matrimonio. La doctrina de *ma chère mère* para las mujeres casadas no se decantaba, ciertamente, por la coquetería, y podía resumirse en estas palabras: «Actúa de forma que tu marido y todos los hombres te respeten; de esta suerte lograrás paz en el hogar y honra en la vida». (Respeto y buena reputación constituyen, para *ma chère mère*, el bien supremo en la vida.) Verdad es que las normas que gobiernan la conducta de las jóvenes en el trato con los hombres son, por lo común, rígidas de más. Me trajeron a la memoria una cancioncilla que solía oírle cantar a una tal señorita Regina, cuyos versos aún me resuenan en la cabeza:

Si un joven muy apuesto os ofreciera su brazo,
con una reverencia, respondió:

«Se lo agradezco, pero no, sola ya sé pasear yo».

Y, si un joven muy apuesto os ofreciera bailar un vals,
con una reverencia, respondió:

«Se lo agradezco, pero no, sola ya sé bailar yo».

Le recité los versos a *ma chère mère*. Ella se echó a reír; sin embargo, con tono grave, advirtió:

—No es tontería esa canción, querida mía. No quiero yo suscribirla punto por punto, pero sí recalcar que un paseo y un vals con otro señor que el legítimo marido puede traer sus

complicaciones. Para una joven casada, ¡recuerde siempre mis palabras!, toda precaución es poca en lo tocante a su conducta, y no debe exponerse nunca. Debe ir con cuidado, querida Fransiska, debe ir con sumo cuidado. Reconozco que impera, en estos tiempos que vivimos, más moralidad de la que reinaba en mi juventud, cuando el rey Gustavo III, de feliz memoria, trajo a nuestro país modas francesas y costumbres francesas también. Y soy de la creencia de que hoy existen en el mundo menos negadores de Dios y adoradores de Asmodeo[10], pero ya le digo yo que debe andarse con cuidado, Fransiska. El tentador puede acercarse a usted igual que se ha acercado a tantas otras. No a causa de su hermosura, porque hermosa no es en absoluto, y sí, además, de muy baja estatura, pero ese rostro de abril tiene sus encantos, añádase que no canta mal, en suma, que algunos talentos sí tiene. Y de presentarse un buen día algún joven petimetre que quiera lucirse ante usted, siga mi consejo: manténgalo a raya, manténgalo a raya con un comportamiento digno. Y si eso no bastara, si se le acercara y se dirigiera a usted con palabras falsas y seductoras, mírelo de frente con la máxima extrañeza en el rostro y dígame: «¡Se equivoca usted, caballero! No puede usted referirse a mí». Si no se diera por satisfecho, si volviera una vez más, vaya en el acto adonde se encuentra su marido y dígame: «Querido, esto ha pasado; esto he hecho yo. ¡Ahora actúa tú como convenga!». Y créame, Fransiska querida, que enseguida verá Coridón[11] que ha llegado la hora y seguirá su camino con no poca vergüenza. A usted, en todo caso, no le reportará el incidente vergüenza alguna, sino honor, y hallará que una conciencia tranquila alegra el semblante, que una conciencia tranquila es el más rico pastel.

Los buenos consejos de *ma chère mère* me deleitaron lo indecible. Por desgracia, había invitado a almorzar a dos señoritas viejas y pobres, que vivían en parte de lo que ella les daba. Llegaron en el momento en que *ma chère mère* y yo más animadamente hablábamos. Una de ellas llevaba de adorno dos hileras de cintas fruncidas. A *ma chère mère* se le ensombreció el rostro ante tal visión, y apenas se había sentado y saludado la desafortunada dama cuando *ma chère mère* se dirigió a ella bastante seca a propósito de los adornos.

—Una cinta era innecesaria —dijo *ma chère mère*—. Pero dos son algo imperdonable.

La pobre señorita se llevó una reprimenda terrible. En vano trató de excusarse, aduciendo que la banda superior iba sobrepuesta para esconder con ella una costura.

—Le diré, amiga mía —gritó *ma chère mère*—, que, cuando uno no se tiene por tan principal como para aceptar limosna, tampoco debe tenerse por tan principal como para que no se le vean las costuras; sí, desde luego, así lo pienso como lo digo. No es vergüenza ser pobre, no todo el mundo ha nacido con una cuchara de plata en la boca, pero la vanidad en la pobreza es como «meter el demonio en el barco». Vamos, vamos, deje de gimotear por eso, las reconvenciones no son piedras miliare, ni tampoco muerden. Descosa esas dos bandas y ya procuraré yo que le den un vestido sin costuras.

La añosa señorita pareció tranquilizarse del todo al oír estas palabras, y *ma chère mère* pareció recobrar del todo el buen humor, y cuando yo —al oír el birlocho— me puse en pie para despedirme, dijo con toda cordialidad:

—¡Ah, pero si ya se va Fransiska! Supongo que no tiene ningún sentido que la invite a quedarse a cenar con su marido. No, claro, bien, bien, váyase, por Dios bendito, pero vuelva pronto, pues, ¿sabe qué, niña querida?, su compañía hace mis delicias, y cuantas veces venga serán pocas. Vamos, vamos, ya está saliendo. Detesto que la gente se quede ahí de pie prolongando la despedida. Adiós, adiós.

Me alejé a toda prisa riendo mientras corría. Y yo también te digo ahora: «Adiós, adiós», pues

voy a dar la bienvenida a mi Oso, que ya regresa. Podré tenerlo conmigo un par de días.

El 11

Aquí estoy sentada pluma en mano, y con cierto gusanillo que me impulsa a escribir, aun sin tener nada concreto que contar. Todo está en orden en la casa y en los asuntos domésticos. En la cocina han puesto unas pastas a hornear. Hace un tiempo plúmbeo: las hojas y las aves están mustias. Las gallinas yacen en la arena delante de la ventana. El gallo está solo, sobre una pata, y contempla su harén con la expresión de un sultán soñoliento. Oso está sentado en su despacho escribiendo cartas. La puerta que lo comunica con mi salita está abierta. Lo oigo bostezar. Se me contagia. ¡Aaaah! ¡Aaaah! Tengo que provocar una riña sin importancia con Oso, para que nos despabilemos los dos. Resulta que ahora mismo necesito un pliego de papel sobre el que hornear un bizcocho de azúcar. Oso es de un tacaño atroz con el papel y, por eso precisamente, ahora me tiene que dar una cuartilla.

Algo más tarde

¡Hecho! ¡Una riña perfecta! Tras ella, los dos tan despabilados. Tú, Maria, tienes que quedar entrada de todo, así verás cómo pueden darse las cosas entre una pareja de legítimos esposos.

Entré en el despacho de Oso y le dije con una calma total:

—Queridísimo Oso angelical, deberías tener la amabilidad de darme un pliego de papel sobre el que hornear un bizcocho de azúcar.

Oso (*harto estupefacto*): ¿Un pliego de mi papel de escribir?

Yo: Sí, amigo mío, del mejor que tengas.

Oso: ¡Del mejor que tenga! ¿Has perdido el juicio?

Yo: Desde luego que no; pero sí creo que tú no estás en tus cabales.

Oso: ¡Bicho miserable! Ni se te ocurra tocar mi papel. ¡No te daré una sola cuartilla!

Yo: ¡Bestia miserable! Quiero el papel y me lo vas a dar.

Oso: ¿Que te lo voy a dar? No me digas. Veamos cómo consigues imponer tu voluntad. (*Y ese Oso tan bruto me agarró las dos manitas con sus zarpas gigantes.*)

Yo: ¡Oso malo! Eres peor que los que van a cuatro patas. Suéltame las manos ahora mismo. Que me sueltes te digo, ¡o te morderé!

Y como no me soltaba... Le di un mordisco —sí, créeme, Maria, le mordí de verdad— en la mano. Pero él me sonrió burlón y dijo:

—Ya ves, ya ves, mujercita mía, lo que les pasa a quienes se rebelan sin tener capacidad de reaccionar. Vamos, ¡coge el papel! ¡Venga, cógelo!

—¡Ay! ¡Suéltame, suéltame!

—Pídemelo educadamente.

—¡Oso bonito!

—Reconoce tu impotencia.

—¡La reconozco!

—Pide perdón.

—¡Oh, sí, perdón!

—¡Promete que te enmendarás!

—Sí, sí, me voy a enmendar.

—Bien. En ese caso, te perdono. Y ahora, mujercita mía, nada de malas caras. Al contrario, abrázame y dame un beso.

Y yo le di... una leve bofetada, le arrebaté un pliego de papel y me fui de allí volando, exultante de alegría. Oso me siguió hasta la cocina refunfuñando terriblemente, pero allí me volví hacia él, bien armada con dos pastelillos deliciosos, con los que le apuntaba a la boca, donde, de hecho, desaparecieron. Oso quedó entonces en silencio absoluto, se olvidó del pliego y logramos la reconciliación. Y es que, Maria querida, no hay mejor remedio para cerrar la boca de estos caballeros dichosos que llenarla con un buen bocado.

Esta tarde vamos a iniciar nuestra ronda de visitas a los vecinos. Me vestiré bien, tengo un sombrerito de paja con lilas que es de lo más elegante, y ya verás con qué satisfacción me presenta Oso: «¡Mi esposa, mi esposa!». Siempre dice «mi esposa» con un tono muy particular de contento absoluto. Pero «mi esposa» no puede seguir hablando por más tiempo. Tiene que ir a sentarse a cenar y a cuidar de su marido.

Después de la comida

Otra batallita. Es peligroso despertar al león dormido.

La escena tiene lugar ante los barquillos del postre.

—Querida mía, ¿qué sombrero habías pensado ponerte esta tarde?

—El sombrerito de paja que lleva un adorno de lilas.

—¿Ese? ¡Oh, no! Ponte la cofia de crepé blanca, que es una preciosidad.

—¡La cofia blanca! ¡El único sombrero que tengo para las grandes ocasiones! Pero ¿cómo se te ocurre, ángel mío? Quieres que vaya con ese sombrero en el birlocho, entre nubes de polvo, ¡y puede que hasta llueva!

—¡De ser así no habrá polvo!

—¡Mira que eres avisado! Sin embargo, eso de nada servirá a mi sombrero.

—Mi querida Fanny, sería para mí un gran placer que te pusieras ese sombrero.

—Entonces me lo pondré, Oso mío, aunque el tiempo se presente lluvioso y polvoriento a la vez.

De modo que ahora voy a ponerme el sombrero blanco: ¿qué diría la señora Folcker si lo viera ir en el birlocho por la carretera? El joven jardinero hace las veces de criado por el momento, con levita gris y cuello de terciopelo verde.

Viernes 12

—Pero ¡qué preciosa estás con ese sombrero! —exclamó Oso en cuanto vio a su esposa ataviada para la visita—. *Ma chère mère* tiene que verte con él. Tenemos que pasar por Carlsfors antes de seguir adelante. Es una monería.

—¡Cielos! ¿En serio? En fin, como quieras, queridísimo. Siempre y cuando no lleguemos tarde a las otras visitas.

—Sea como fuere, *ma chère mère* tiene que ver a mi preciosa mujercita.

Y ahí tienes a la «preciosa mujercita» con el precioso sombrerito sentadita en el birlocho, mirando con preocupación, casi implorante, a un cielo que se cierne bastante negro sobre el precioso sombrero. En todo caso, llegamos a Carlsfors sin que nos cayera una sola gota. Vimos que había visita en el salón. *Ma chère mère* se nos acercó contenta y cariñosa, me besó, me miró, me dio una palmadita en la mejilla y dijo que parecía una luna nueva. A Oso le dijo:

—Tienes una esposa menuda, Lars Anders, pero de ella se puede decir «el buen perfume en frasco pequeño se vende».

Oso se mostró de lo más satisfecho. (Me resulta un tanto enojoso que *ma chère mère* me encuentre tan bajita: a veces cabría pensar que no me considera un ser humano completo. A pesar de todo, lo soy.) Apareció otra visita y me senté a observar al grupo. Mis ojos se prendaron enseguida de una joven menuda (con seguridad, más bajita que yo), aún joven, y con un aire de extraordinaria vivacidad. Tenía la piel oscura, los ojos castaños despiertos, una nariz algo grande y corva, la barbilla un tanto salediza. No era hermosa, pero tenía un toque de picardía, y su vestido, a la moda aunque vistoso de más, iba muy en consonancia con su figura menuda y vivaracha. Oso y ella se dieron la mano con suma amabilidad, y al punto se fijaron en mí sus ojos vivaces y penetrantes. Oso hizo amago de ir a presentarnos, pero en ese instante me apartó de allí *ma chère mère*, que me dio la vuelta, me condujo al piano y... enseguida tenía yo que cantar y tocar para los presentes. Cumplido ese deber, aquella dama menuda vino y se sentó a mi lado. Me dirigió una mirada penetrante, pero amable, casi amigable, y me preguntó cuánto tiempo llevaba en la región, si no encontraba a los habitantes «espantosamente atrasados» en comparación con los habitantes de Estocolmo. Al responderle yo animadamente, dijo, sin apartar de mí su mirada penetrante y curiosa:

—Se parece usted mucho a su madre, una mujer encantadora, antes la veía con frecuencia. Y a usted también la conozco más que bien, señora Werner, pese a que nunca la había visto en persona.

La miré extrañada y ya tenía a punto las palabras «¿Con quién tengo el honor de...?», pero ella se me adelantó y me preguntó si ya había visitado a algunos de mis vecinos.

Le dije que, precisamente, en ello estaba.

—Bien, en ese caso, tiene usted bastantes personajes curiosos que conocer, muchos como sopa aguada, otros como el rábano. Sería una lástima que no pudiera disfrutar de un aperitivo de lo que se va a encontrar. Cuando llegue a casa de los Von P., la nobleza que más recientemente se ha instalado en Holma, hable de cultura y de arte. Mencione de pasada las amistades distinguidas que tenga. Es decir, si quiere usted estar a bien con los Von P. ¿No ha tenido nunca la sensación, después de pasar unas horas con un grupo de personas, de haber quedado como aguada o, por así decir, exprimida?

—¡Ya lo creo! —respondí riendo.

—Compruebe bien cómo se siente después de haber visitado a los Von P. No hable de arte en Adamsro, «el Sosiego de Adam», la casa del mayor Stålmarm. Esto es, si quiere usted estar a bien con ellos. El aire libre, la libertad, la sencillez son allí el lema. Mi querida amiga, la mayora, no quiere hablar de otra cosa que del servicio y los asuntos domésticos. El mayor es puro sentido común y vigorosa fuerza. Me encantará que me cuente un día si la animó la visita. Hay platos fuertes que no fortalecen nada. Procure, sin embargo, que los adamitas jóvenes no le gasten ninguna broma poco paradisíaca. Los mayores, me figuro, estarán en los establos.

»Como buena amiga, le aconsejo que no pase de largo ante la casa de la vieja señorita Hellevi

Husgafvel, que hallará sentada en su Fågelbo, su “Nido”, cerca de la ciudad, pues no se lo tomaría muy bien. Con una figura angulosa y una lengua bien afilada, recuerda a un pájaro carpintero y a una pastita de pimienta al mismo tiempo. Claro que, ahora que lo pienso, quizá la conozca ya.

—No, aunque he oído hablar de ella; cuentan que es algo malvada y ridícula.

—¿Malvada? ¿Ridícula? —repitió mi vecina un tanto dudosa—. Humm... Sabe Dios si no será eso mucho decir. ¿Malvada? Dice lo que opina de la gente con bastante sinceridad, pero lo hace abiertamente, y nunca hiere los sentimientos de nadie. ¿Ridícula? En fin, sí, eso podría ser verdad. Tiene sus debilidades, como todo el mundo, si no más. En todo caso, hallará usted sin duda mi símil acertado.

—A mí me gustaría saber —dije, encantada con sus ocurrencias, que, viniendo de ella, resultaban menos maliciosas de lo que pueden parecer puestas por escrito—, en fin, me gustaría saber qué dice usted de mi marido y de mí, con qué nos compara.

—¿Quién puede ver al bueno del doctor Werner sin pensar en un *pudding* de Navidad? Y usted, mi querida señora, es la dulce salsa caliente que lo acompaña, sin la cual él no resultaría ni la mitad de sabroso; pero lo que yo quería añadir sobre sus futuras amistades es que no habrá visto nada verdaderamente digno de veneración hasta haber conocido a los ancianos Dahl, y no se formará una idea clara de lo que es la amabilidad antes de conocer a su nieta Serena, la flor de los valles, como la llaman.

—¿Serena? —repetí yo—. Es un nombre curioso.

—No se lo parecerá cuando la conozca. Se diría que la hubiera bautizado el mismísimo Jesús. En fin, ahora tengo que dejarla, tengo que irme. Y si, después de esta conversación, fuera usted diciendo que estoy loca o que soy malvada, quiero que sepa que poco me importa. Sea como fuere, usted me gusta, y espero volver a verla pronto.

Dicho esto, me estrechó la mano muy amigablemente, se levantó y se despidió rápidamente de todos. Una vez que se hubo marchado, advertí que tenía chepa, y que no se tomaba la menor molestia en ocultarlo.

—Pero ¿quién es, quién es? —pregunté cuando se hubo marchado.

—¡Madre mía, Fransiska! —dijo *ma chère mère*—. ¿No conoce a la señorita Hellevi Husgafvel? En tal caso, he cometido una tontería no presentándolas.

Yo me quedé como tocada por el rayo.

—¿La señorita Hellevi Husgafvel?! —exclamé por fin—. Si yo creía que la señorita Husgafvel era mayor.

—Es lo que ella misma va difundiendo —dijo *ma chère mère*—. Son bromas tuyas, y pone tanto interés en hacerse pasar por anciana como otras se preocupan de parecer jóvenes. Según ella misma asegura, tiene cuarenta años, pero con total seguridad no pasa de los treinta y cinco. No tengo su hogar Fågelbo en muy alta estima, pues no me interesan todas esas caracolas y gusanos y mariposas que colecciona, pero ella es una persona ingeniosa y amable, que yo aprecio muchísimo.

«¡Ay! Pero ¿qué va a pensar de mí?», me dije mientras, abrumada por mi imprudencia, volvía con Oso al coche. Mi sombrero había causado poca impresión, y yo había cometido una tontería. Nuestro periplo no había empezado precisamente de un modo brillante.

¡Bah! Me consolé. La señorita Husgafvel es una persona despierta. Y yo no soy ninguna necia, después de todo. Seguro que lo arreglamos. Ya lo dice La Bruyère: «*Le sot ne se retire jamais du*

ridicule, c'est son caractère: l'on y entre quelque fois avec de l'esprit, mais l'on en sort»[12]. Y así se alejó tranquilamente el birlocho camino de Adamsro, la residencia del mayor Stålmarm. A un trecho de la finca apareció una joven de unos catorce años montando a pelo un poni de Öland. Tenía el pelo rojizo y, al igual que el vestido, en completo desorden.

—¡Buenos días, señorita Malla! —dijo Oso a la joven amazona—. ¿Están en casa papá y mamá?

—¡Vaya si están! —respondió ella—. Yo voy al prado con Putte.

Se alejó de allí a caballo, nosotros seguimos.

—¡Por Dios bendito! ¿Se supone que es una señorita? —me lamenté yo.

—Sí —respondió Oso lacónicamente.

Llegamos a la explanada que se extendía ante la casa. Había muchísimo alboroto. Tres jóvenes caballeros en traje de caza lo recorrían todo con una decena de perros. Al ver a Oso y su mujer osa, la compañía de ladrones se volvió hacia nuestro inocente carruaje, pero los jóvenes los ahuyentaron, para felicidad mía y en beneficio del heroísmo del caballo, y aquel coro animado aunque discordante se alejó de nosotros. Este lugar debería llamarse «el Desasosiego de Adam», pensé. Mientras iba por el zaguán, algo se me cruzó entre los pies y a punto estuve de caer al suelo. Creí ver que se trataba de un tronco de madera para la chimenea, miré a mi alrededor y descubrí en un rincón una diminuta pareja de pillines que, con una mueca, se preparaban para bombardear de nuevo a los pacíficos huéspedes. Los amenacé con el tronco y sentí unas ganas indescriptibles de hacer que aquellas dos fierecillas se familiarizaran a fondo con él. Pero Oso, que ya estaba en el zaguán, me llamó, y tuve que entrar, apremiando el paso y zafándome de algo, Dios sabe qué, que con no poco alboroto me venía pisando los talones. Me sentía contrariada, pero no pude por menos de reír. Oso se enojó al oír lo que me había sucedido, volvió a abrir la puerta de acceso al zaguán, cerró el puño en dirección a los adamitas y los amenazó con un «lavatorio», creo, si no dejaban en paz a la gente. Superado el contratiempo, después de que Oso refunfuñara y yo riera de buena gana, entramos en las dependencias y, en un salón encantador, encontramos a dos personas con ese aspecto que suele acompañar a cierto rango y fortuna. Yo me sentía inclinada a llamar reputada aquella apariencia. Eran el mayor y su esposa: él, un hombre no joven, aún apuesto, de naturaleza agradable y refinada. La mayora, una mujer bien gruesa, aún joven, no hermosa, pero con un no sé qué de particular franqueza y sinceridad. Oso presentó a «mi esposa», y «mi esposa» recibió una acogida casi tan delicada como el mismísimo Oso. Los señores empezaron a conversar mientras caminaban de un lado a otro de la sala. La mayora y yo debíamos trabar amistad sentadas en el sofá. Me miró, la miré. Su rostro me resultaba familiar, su voz más todavía; esta, en particular —que tenía acento finlandés—, me causó una impresión de lo más extraña. No podía apartar la vista de aquella mujer. Le vi en el cuello una cicatriz minúscula y, de repente, se me vino a la memoria todo un episodio de mi vida pasada. Volví a vivir algo que tú debes volver a vivir conmigo, si es que has de entender lo que a continuación sucedió.

Acompáñame primero a mis salas de deporte y de gimnasia, a aquel tiempo en el que yo era muy joven, cuando la sangre no discurría tan serenamente como ahora (aunque Oso asegura que no me haría ningún daño que discurriera más lenta si cabe), a un tiempo en que sentía un hastío muy sincero de ver siempre el mismo sol y las mismas caras, en que deseaba correr aventuras a cualquier precio, en que un incendio, un tumulto eran para mí un alivio verdadero, en que *Bataille de Prague*[13] y *Bataille de Fleury*[14] eran mis piezas musicales preferidas, en que lloraba por no ser hombre y poder partir a la guerra, en que sentía una suerte de necesidad de cometer

excesos, bebía cinco tazas de té aguado en casa del tesorero Arbells, cuya esposa, en una suerte de rabiosa amabilidad, aún quería endosarme una sexta taza.

Tenía yo por entonces dieciséis años y, por suerte para mi espíritu inquieto, justo por aquel entonces empezó a sobresalirme el omoplato derecho. Era un tiempo en el que estaba de moda la gimnasia como remedio para toda suerte de dolencias, y mis padres decidieron permitirme practicarla. Ataviada con unos *pantalons* con adornos de encaje y un *bonjour* de paño color verde, y en la cabeza un gorrito de tul con cintas color de rosa, me presenté un buen día ante una congregación de entre treinta y cuarenta figuras, vestidas todas quien más quien menos como yo, y que iban dando extraños bandazos en grupo por una sala enorme, llena de cuerdas, de escaleras de mano y de barras. Resultaba de lo más extravagante, y un tanto aterrador. Yo me mantuve en calma el primer día y aprendí de una de las maestras «flexión de espalda» y «movimiento de brazos y piernas». El segundo día empecé a tutear a algunas de las muchachas, el tercer día competí con ellas en cuerdas y escaleras. Y al final de la segunda semana estaba al frente del segundo pelotón y empecé a animar a todo el mundo a embarcarse en todo género de empresas.

Por aquel entonces yo estudiaba la historia de Grecia. Sus héroes y hazañas me inspiraban en las salas de gimnasia. Les propuse a los miembros de mi escuadra que adoptáramos nombres masculinos de la Antigüedad, y que a partir de aquel momento solo nos interpeláramos por los nombres de Agamenón, Epaminondas, Pelópidas, y así sucesivamente. Para mí elegí el nombre de Orestes, y a mi mejor amiga la llamé Pílates. Una joven alta y escuálida, que tenía un marcado acento finlandés y que me desagradaba particularmente, se complacía en mostrar una tosca independencia de mí y de mi persona, independencia que siempre andaba declarando; tuvo a bien mofarse del cambio de los nombres y, entre risas, nos llamaba a mi amiga y a mí «Orre» y «Pylle». Esto me disgustaba profundamente, tanto más cuanto que de esta forma le arrebatava a toda la tropa el espíritu griego que yo quería imprimirle. Mi larguirucha enemiga no quería, bajo ningún concepto —según dijo—, llamarse nada más que Brita Kajsa. Yo, desde luego, seguí llamándola Darío. Se añadieron a este otros motivos de rivalidad. Aunque enamorada de la historia de Grecia, no era menos partidaria de la de Suecia. Carlos XII era mi ídolo, y muchas veces entretenía a mis amigas de filas con el relato de sus hazañas, y yo misma me encendía con el más ardiente entusiasmo. Como un jarro de agua fría, se presentó un día Darío y se me opuso diciendo que el zar Pedro I era más grande que Carlos XII. Yo acepté el reto con ciego entusiasmo y con furia interior. Mi oponente desplegó con saber y frialdad una serie de hechos en abono de su afirmación, y cuando yo, derribándolos, quise elevar a mi héroe victorioso hasta los cielos, siempre se interponían en mi camino Poltava y Bender[15]. ¡Ah, Poltava, Poltava! ¡Muchas lágrimas se han derramado sobre tu campo de batalla ensangrentado, pero de todas ellas, las más amargas, las que yo vertí cuando —como el antiguo rey Carlos— sufrí allí mi derrota! Eran lágrimas cargadas de un dolor que hoy no soy capaz de entender. Mi oponente se volvió en verdad odioso. Lo odiaba como al mismísimo zar Pedro I, y como al pueblo sobre el que este imperaba.

Una tercera chispa, y prendió la llama. Una muchacha joven, hermosa y coja, cuya feminidad y timidez no lograba atenuar la vestimenta masculina, atrajo mi ánimo caballeresco y me ofrecí como su... caballero. Un día en que me hallaba inmersa en la tarea de recitarle versos de Racine, apareció el odioso Darío a mi lado y dijo con impertinencia:

—¡Me declaro tu rival!

Yo le lancé al rival una mirada exterminadora y respondí con desdén:

—¡Brita Kajsa, vuelve a tus labores!

Esto hirió a Brita Kajsa, que enrojeció mientras mis partidarios rompían en una sonora y unísona carcajada.

Algo después estaba yo sentada en la escalinata, contemplando desde la altura el bullicioso grupo cuando de pronto sentí que una mano fuerte me agarraba el pie, y vi a mi larguirucha enemiga, que había alargado el brazo y me sujetaba mientras gritaba con sorna:

—¡Ay de ti! ¡Defiéndete cual Orestes o quédate ahí lamentándote como un gallito!

Ignoro qué habría hecho Orestes de encontrarse en una situación como la mía, pero la ira que sentí, mis gritos y ademanes recordaban seguramente más a un pájaro atrapado en la celada que a un héroe prisionero, pues una risa indescriptible resonó a mi alrededor y me dio una rabia indecible. En voz alta, llamé a Pílates para que viniera en mi ayuda. Pílates parecía un cobarde, hizo unos ademanes a mi enemigo, pero sin fuerza ninguna.

—¡Te estoy retando! ¡Te exijo resarcimiento! —le grité a Darío, que, riendo sin más, dijo:

—¡Bravo, gallito, bravo! Ved, así retuvo el zar Pedro el Grande a Carlos XII en Bender[16].

Yo estaba a punto de emprender alguna acción desesperada cuando apareció una de las maestras, puso fin enseguida a aquel espectáculo y me liberó. Sin embargo, en mi fuero interno yo ardía de amargura. Me acerqué a Pílates y le dije:

—Te has conducido como un ser lamentable, Pílates. Ven conmigo al momento, quiero retar a esa fanfarrona, pues me ha ofendido: serás mi padrino.

Pílates parecía temblar como una liebre, pero no se atrevió a negarse.

(Me figuro, querida Maria, que habrás observado que llamo a la misma persona ya en masculino ya en femenino, pero acepta esa confusión, pues caracteriza el batiburrillo que reinaba entonces en mi cabeza.)

Fui entonces en busca de Darío, a quien, con frialdad retadora, hallé canturreando apoyado en una pared. Con el ceño fruncido, me acerqué a ella y le pregunté:

—¿Qué has querido decir hace un momento?

Brita Kajsa me sostuvo la mirada orgullosa y respondió:

—¿Qué he querido decir? Pues exactamente lo que he dicho.

—En ese caso, ¡yo también tengo unas palabritas que decirte! —exclamé colérica—. Me has ofendido de la manera más indigna, y te exijo que, en presencia de todo el equipo, me pidas perdón, y reconozcas que Carlos XII fue más grande que el zar Pedro, o lucharás conmigo, si es que sabes lo que es el honor y no eres un miserable.

Brita Kajsa se puso colorada, pero dijo con una frialdad aborrecible:

—¿Que pida perdón? No, no pienso hacer tal cosa. ¿Pelear? Sí, ¡eso sí! Pero ¿dónde? Y ¿cómo? ¿Con alfileres, o quizá...?

—A espada, a menos que tengas miedo. Y aquí. Podemos llegar media hora antes que las demás. Yo traeré las armas. Pílates es mi padrino. Elige tú el tuyo. —Dije estas palabras con un orgullo inmenso.

—No me tomaré la molestia siquiera —respondió Brita Kajsa con una soberbia insoportable—. Me basto y me sobro contra las dos.

—¡Tienes que tener un padrino! —grité dando un zapatazo en el suelo con mi piecillo—. Son las reglas.

—Sea, pues. ¡Grönvall, ven aquí!

Elisabeth Grönvall era otra muchacha muy alta, boba y torpe, con el labio caído, a la que, por

mofa, había llamado Néstor. La joven se acercó, quedó enterada de todo y, con una expresión de orgullo, aceptó enseguida ser el padrino de mi oponente.

—¡Mañana a las nueve de la mañana! —dije mientras me alejaba.

—¡A las nueve! —repitió Brita Kajsa con una sonrisa de burla en la cara.

Camino a casa me ocupé de infundir valor a Pílates y, con amenazas y consejos, conseguir que sujetara la lengua. Pílates, que de verdad me apreciaba, prometió —después de sugerirme una serie de absurdos supuestos—, con lágrimas en los ojos, callar y serme fiel hasta la muerte.

Me hervía la sangre, pero no negaré que, tan pronto como me fui a la cama por la noche y todo quedó en silencio, me invadieron las dudas y cierto pavor, a causa de la acción que me había propuesto llevar a cabo. Ceder, en todo caso, dejar a Carlos XII en la estacada y mi propia ignominia sin venganza, merecer el escarnio de mi enemigo y la subsiguiente persecución, ¡jamás! ¡Antes la muerte! Claro que entonces pensé en los Mandamientos —y en mis padres—, en lo mucho que llorarían si yo muriera. Mi oponente se me antojaba alto y fuerte como el zar Pedro, y yo, ¡ay, qué bien sabía yo!, no era ningún Carlos XII. Mientras pensaba en las lágrimas de mis padres, empecé a llorar yo misma amargamente, y llorando me dormí. Cuando me desperté ya era pleno día y estaban dando las ocho y media. Poco había faltado para que me perdiera el duelo; sin embargo, mientras ahuyentaba el sueño frotándome los ojos, fue como si alguien me hubiera anunciado en el oído con un trombón: «¡A las nueve!» Me levanté de un salto. El combate se me representaba en la cabeza a la perfección. Cinco minutos después me había vestido. Eché mano de las dos finas espadas, que ya había sacado la noche anterior del dormitorio de mi hermano ausente. Pero en ese momento caí de pronto en la cuenta de que debería haber escrito una carta a mis padres, por si caía en la lucha. En un trozo de papel escribí a lápiz: «Queridísimos padres. Cuando estas líneas lleguen ante vuestros ojos»... ¡Qué desesperación! Ya eran las nueve menos cuarto: llegaría tarde si me demoraba en partir. Guardé enseguida la carta recién empezada en el cajón de mi escritorio, me arrojé, como César, en los brazos de mi fortuna, y partí rumbo a la sala de gimnasia, con las dos espadas escondidas bajo la pelliza.

Como a buen seguro comprenderás, yo no tenía ningún conocimiento del arte de la esgrima, pero eso a mí no me preocupaba gran cosa: abalanzarme con los ojos cerrados me parecía tan simple como fácil. Por lo demás, reconozco que, de camino al lugar del encuentro, fui pensando lo menos posible en general. Cuando entré en la sala, mi enemigo y su padrino ya estaban allí. De Pílates no había ni rastro. Dije mil pestes de él para mis adentros. Darío y yo nos saludamos con orgullo y contención. Le permití elegir entre las espadas. Él cogió una, y la manejaba con tanta facilidad y soltura que se diría que estuviera acostumbrado a usarla. Yo ya me veía atravesado de parte a parte. Entonces llegó Pílates, pálido y aterrorizado. Lo miré furibundo y cerré con llave.

—¡Cielos! —gritó entonces—. ¡No os matéis! ¡Es una locura!

—¡Silencio! —grité encolerizado, y, mirando a Darío, añadí—: ¿Perseveras en no querer reconocer tu error y pedirme perdón?

—¡Persevero! —respondió Darío, al tiempo que, con una sangre fría sin parangón, probaba la espada doblándola contra el suelo—. ¡El zar Pedro fue un gran hombre!

—¡Muerte al zar Pedro! ¡Larga vida al rey Carlos XII! —grité enardecido, y me coloqué en posición. Darío hizo lo propio.

—¡Aguardad, aguardad! —gritaba Pílates lleno de angustia—. ¡Aguardad! ¡Tengo que dar la señal!

—Pues ¡adelante, rápido!

—¡Un momento, un momento! Estoy pensando en... ¡Un momento!

—¡No pienso esperar! —respondí—. Amigo del ruso, contaré hasta tres y ¡a pelear! Uno, dos ¡y tres!

Nuestras espadas entorchocaron y en el mismo instante quedé desarmado y derribado en tierra. Darío se inclinaba sobre mí, y creí que había llegado mi hora. Cuál no sería mi sorpresa cuando vi que mi enemigo arrojaba la espada, me daba la mano y me levantaba, mientras anunciaba alegremente:

—Bien, ya tienes lo que querías. Más vale que seamos amigas. ¡Eres una personita muy valiente!

Pílates estaba de rodillas, a punto de desmayarse. Néstor gritaba sentado al final de la escalera. Yo era presa del mayor de los desconciertos y me había quedado mirando a quien hasta hacía un momento era mi enemigo, que sangraba profusamente de una herida en el cuello.

—¡Estás sangrando! —grité al fin—. ¡Te he dado muerte!

—¡Bah! Un simple arañazo, que no tardará en sanar. Por lo demás, te diré que a mí los rusos no me gustan más que a ti, estaba fingiendo porque... —Palideció, balbució algo y tuvo que sentarse.

—¿Qué he hecho, desgraciada de mí! —dije fuera de mí, y me arrojé al suelo, rodando de un lado a otro junto a la moribunda—. ¡Perdón! ¡Oh, perdóname!

En ese mismo instante se oyó que aporreaban la puerta con estruendo. Pílates se arrastró hasta allí, abrió y enseguida entraron el maestro de esgrima y tres maestras. Fue entonces cuando perdí la calma.

Varias semanas después supe que Pílates me había traicionado, y aquella misma mañana había escrito a una de las maestras para suplicarle que impidiera mi loca empresa. Sin embargo, la nota llegó tarde a su destino, y la aterrada maestra llegó tarde para evitar el duelo.

Brita Kajsa —pues a partir de ese momento dejé de rebautizar a los demás— sanó por completo de la herida en muy poco tiempo, pero yo estuve en cama gravemente enferma más de un trimestre. La enfermedad me hizo bien y aplacó benéficamente el ímpetu de mi temperamento. Cuando recobré la salud, supe que Brita Kajsa había regresado con su familia a Finlandia, donde residían, y que me había visitado varias veces durante mi enfermedad; que lamentaba haberme provocado y verse obligada a abandonar Suecia antes de verme recuperada y de habernos reconciliado totalmente. Yo también lamentaba no haberme podido despedir con una palabra amable, pero mi terrible enfermedad —la mayor parte de la cual pasé delirando— había debilitado mis antiguas impresiones, y ahora se presentaba una multitud de nuevas circunstancias: muerte, penurias, la necesidad de ganarme el pan y otras muchas que resultaban dolorosas, pero que surtían un efecto benéfico sobre mi carácter. Olvidé el pasado; basta ya, pues, de referirlo: vayamos ahora al presente.

Doce años habían transcurrido. Yo había perdido de vista por completo a mi antiguo enemigo. Había olvidado mi valentía pretérita. Me había convertido en una persona que sabía valorar al zar Pedro I y que deseaba lo mejor a todo el mundo, incluidos los rusos. Me había convertido en la dulce esposa de mi Oso, y lo acompañaba en el birlocho a sus rondas de visitas, tan sensata y serena cual si fuera la mismísima doña Prudencia. ¡Sea como fuere, Maria! La mayora, en cuyo sofá me encontraba yo en aquellos momentos, aquella mujer gruesa de rostro grave pero franco, que tan extraña y tan familiar me resultaba a un tiempo, ¿quién era, di, si no mi antigua y flaca enemiga de gimnasia, Darío, el zar Pedro, Brita Kajsa, en una palabra? Su voz y la cicatriz del

cuello me permitieron reconocerla cumplidamente. No puedo expresar qué extraña sensación experimenté entonces. Me quedé atónita, conmovida, pero, sobre todo, sentí un regocijo que me impulsaba a romper a gritar y a reír. El espíritu de la broma se apoderó nuevamente de mí. Cogí una varilla de ovillar que había en la mesa, me planté en posición marcial delante de la mayora y exclamé:

—¡Viva Carlos XII! ¡A luchar! ¡Uno, dos, tres...!

La mayora me observó un instante, como si me creyera loca, pero al minuto gritó ella también:

—¡El zar Pedro fue un gran hombre! —agarró otra varilla y se colocó en posición frente a mí. Acto seguido, bajamos las dos nuestras armas para caer, entre risas, cada una en brazos de la otra.

Imagínate —te reto a imaginarlo— el asombro que aquella escena causó en mi Oso y el mayor, aunque sí podrás figurarte fácilmente todas las preguntas, exclamaciones, explicaciones, muestras de asombro y las risas que siguieron.

Brita Kajsa y yo nos observamos de nuevo.

—¡Dios, cómo has envejecido desde entonces! —exclamó.

«Pues tú no te has vuelto más amable», pensé yo, pero dije:

—¡Tú, en cambio, pareces más joven!

Y así era, en verdad: aquella mujer gruesa de color blanco era más hermosa que la jovencita renegrída y flaca de antaño.

Después de preguntarnos y contarnos y de reír de lo lindo, pasamos al capítulo de las diversiones y las bromas de la infancia en general. Los caballeros se animaron a referir sus travesuras y sus andanzas. Brita Kajsa aseguró que nunca lo había pasado tan bien como en los días de su infancia. Los tres parecían de acuerdo en considerar ese tiempo como la edad de oro de la vida.

—Sí, sí —convino Oso al fin con un suspiro—, fue una época espléndida. ¡Y nunca volverá!

—Pero ¡querido! —dije yo algo impaciente ante tanto entusiasmo por la infancia—. No te hagas la idea de que fue tan excelente. ¿No es la infancia para el ser humano adulto como un paisaje, visto en perspectiva? Se ve muy hermoso tan solo porque se encuentra lejos. Estoy convencida de que, de niño, pasaste muy malos momentos con tareas del colegio, castigos, penitencias, prohibiciones para ir a jugar y mucho más a lo que ahora no te expones. —Oso se rió—. Por lo que a mí se refiere, nunca alabaré los días de la infancia. Toda aquella época la pasé yo en sentidos ayes por mi deseo de hacerme mayor. ¡Ay, qué maravilla hacerse mayor y librarse del castigo cuando me rompo el vestido! ¡Ay, quién fuera mayor para poder tomar café día sí día también! ¡Ay, qué felicidad ser mayor y poder ir al baile como mi madre, con un vestido de tul y un ramillete de flores! ¡Ay, quién fuera mayor para poder leer novelas! ¡Ay, ay, ay, quién fuera mayor! Estoy convencida de que todos los niños profieren más o menos los mismos ayes. Y, si somos felices también de niños, ¿en qué consiste tal felicidad? Una alegría fugaz, consciente solo a medias, y solo a medias, precisamente, la podemos disfrutar. Y, cuando por fin alcanzamos la meta de nuestros lamentos de la infancia, cuando por fin somos mayores, tomamos café, leemos novelas y vamos al baile, ¡ay!, para entonces el lamento mismo ha arraigado en nuestros corazones, y albergamos demasiado desasosiego para disfrutar del auténtico sosiego. ¡Ahí tenemos la tan loada felicidad de la niñez y la juventud!

—No anda muy errada la señora Werner —observó el mayor muy serio—. Y, desde luego, todas las etapas de la vida conllevan sus dificultades. Y condenadamente bien dicho lo de la

perspectiva, sí señor. ¡Sí, sí! Tiene su parte de verdad.

Pero Oso me miró con tanto asombro como preocupación y dijo:

—¿No disfrutaste tú, pues, Fransiska, de tu primera juventud?

—En verdad que no —respondí—. Y es que era demasiado inquieta, demasiado insensata. Y sin sensatez y sosiego no existe la felicidad verdadera.

—¡Muy bien, muy bien! —dijo el mayor.

Trajeron el té, y con él entraron los jóvenes caballeros, tres jovencitos vivaces y dispuestos, aunque de aspecto demasiado rústico. Eran los hijastros de Brita Kajsa. Los jóvenes hablaron de caza, liebres, caballos y perros. Luego, la conversación recayó en el nuevo habitante de Ramm. Decían que era americano.

—Además —añadió uno de los hijos— dicen que es muy rico y que ha corrido las aventuras de un auténtico héroe de novela.

—¡Ya, claro! —dijo la mayora, negando con la cabeza—. Pues yo estoy convencida de que es como todo el mundo. Pero tú, Robert querido, siempre exageras.

Robert se puso colorado como si hubiera dicho algo totalmente indecoroso. En ese mismo momento, entraron los adamitas como un par de tábanos, y se sentaron a la mesa del té, donde pretendían acaparar todo lo comestible. La mayora trató de defenderse con una riña sobre el buen comportamiento, pero poco importaba todo eso a aquellas fierecillas, que no pararon hasta haber satisfecho sus necesidades. Me habría gustado que Oso hubiera presenciado aquello, pero estaba en otra sala con los caballeros.

—No hay que imponerse demasiado a los niños —me dijo la mayora—, sino dejar que actúen libremente. De este modo, serán luego más naturales, y no artificiales y forzados como tantos otros. ¿Has conocido a las muchachas Vón P.? ¡Bendito sea, qué ridículas me parecen cuando, sentadas con sus guantes blancos y la boca fruncida, veo que se consideran muy nobles y superiores!

En ese momento empujaron la puerta del salón y, al abrirse, dio paso a un personaje al que no se podía reprochar ir compuesto de más, sino más bien descompuesto. El porte, el peinado, la ropa, todo parecía haber pasado por un huracán. La mayora exclamó:

—¡Ven aquí, Mally!

Y me presentó a su hija (hijastra). Mally se inclinó con un aire tan reacio como rústico, y se dirigió hacia sus dos jóvenes hermanastros, que se encontraban alrededor de la mesa del té, donde los tres no tardaron en empezar a discutir, sin que yo pudiera dejar de oír algunas de sus deliciosas expresiones:

—¡Vergüenza debería darte! ¿No dejarás en paz mis pastas? ¡Cara de cochino! ¡Bicho maleducado! ¡Se lo pienso contar a mamá!

Estalló entonces un clamor:

—¡Mamá, mamá, mamá!

Sin embargo, la madre no hizo ni caso. Llegaron los caballeros y, mientras los adamitas comían y discutían y Oso y yo vimos la ocasión de salir sanos y salvos de aquella casa, aprovechamos para despedirnos. Brita Kajsa y yo nos estrechamos la mano muy amigablemente, y nos felicitamos mutuamente por ser vecinas. No obstante, yo me propuse tardar un poco en volver a exponerme al peligro de que me mataran con un tronco de leña o al dudoso placer de que me alabaran por mi avejentado aspecto. El mayor me acompañó al coche; al birlocho, diría yo. Fue

muy educado y parecía perfectamente satisfecho conmigo. En general, yo lo había pasado muy bien con la visita. Sin embargo, dejé aquella casa con dos espinitas en el corazón. ¿Quieres saber cuáles? En primer lugar, me dolió un poco que Oso se declarase tan tremendamente feliz en su niñez, y que lo dijera entre suspiros, como si el ahora se le antojara pesado como el plomo. En segundo lugar, temía haber hablado de más y con más ardor del conveniente en un sitio que visitaba por primera vez. Temía que Oso estuviera descontento conmigo, y que pudiera inclinarse por contraponer al «¡Muy bien, muy bien!» del mayor un «Muy mal, muy mal». Habría dado cualquier cosa por saber lo que pensaba, pero allí iba ahora a mi lado el bueno de mi marido, del todo inmerso en su silencio, con ojos solamente para las riendas. De algún modo tengo que saberlo, dije entre mí, pensando en cómo plantear la cuestión, pero en el instante mismo en que iba a abrir la boca, habló mi Oso como sigue:

—Me duele en el alma, Fanny, que no hayas tenido una infancia feliz.

—Pues ¡más me duele a mí —exclamé yo a punto de echarme a llorar— que la tuya fuera tan maravillosa! Tanto que ya nunca te sentirás tan feliz como antaño, y todo lo hallarás más penoso de sobrellevar en comparación. ¡Disfrutabas más de la pelota que de tu esposa!

Oso me miró con una expresión de extrañeza, que me tranquilizó enseguida.

—¡Locuela mía! —dijo—. ¡No puedes creer tal cosa! No puedes creer que sea tan insensato. En fin, claro que aquella época fue buena, pero ¡la actual es mejor aún!

—¡Gracias a Dios! —dije yo despacio, y llena de gratitud.

—Con todo —continuó Oso—, pocos niños habrán sido más felices que yo. Cuando recuerdo cómo todo en el mundo me sonreía, cuando recuerdo cómo me sentía tumbado en la hierba, mirando al cielo y oyendo el rumor del bosque; cuando pienso en cómo paseaba por los bosques de Ramm y cuanto me rodeaba estaba lleno de vida y de placer... En esos momentos, Fanny, querría que tú hubieras podido sentir lo mismo, que tú también hubieras tenido una infancia y una juventud tan felices como yo.

—Pero la vida, Oso querido, tiene a veces, como el año, un verano tardío, y yo siento que el mío ya ha empezado.

Oso apretó mi mano entre las suyas. Nos quedamos sentados, en silencio pero felices, y el birlocho siguió avanzando alegremente por aquella carretera tan pareja. Nos dirigíamos a casa.

—¡Qué región más lúgubre! —dije al cabo de unos minutos—. No se parece a nuestro valle. ¿Dónde estamos? Aquí solo hay cerros y bosque.

—¡Nos encontramos cerca de Ramm! —dijo Oso—. He tomado este camino a propósito, para que vieras el lugar en el que pasé mi juventud. Además, la casa en sí es muy digna de verse, al igual que los jardines. Me alegro de que alguien vaya a habitarla. Es triste ver desiertos los lugares donde pueden instalarse las personas y disfrutar de la vida.

—Y ¿quién iba a disfrutar de la vida aquí precisamente, Oso, con lo negro y lúgubre que es todo? El paseo mismo que conduce a la casa es oscuro como un mausoleo. Y allí, donde termina... ¿es esa la casa? ¡Ay! Parece una antiquísima fortaleza gobernada por espectros.

—Pese a todo, en otro tiempo reinó aquí mucha alegría, mucha felicidad, aunque, verdad es, también mucha tristeza...

—¿Acaso ocurrió en la casa alguna desgracia?

—Sí... Una desgracia. ¡Hay que ver cómo se ha cerrado la vegetación!

—Al igual que la cicatriz sobre una herida cerrada —respondí.

—¡Verdad! —dijo Oso—. Verdad, ¡alabado sea Dios! Hace muchos años que no vengo por aquí y apenas reconozco el lugar. Y la casa ¡cómo ha ennegrecido!

—¡Te digo que está encantada! He visto una figura gris asomada a una ventana.

—Es harto probable que el nuevo inquilino haya llegado ya.

—Pues si no es más alegre que el sitio...

El birlocho se detuvo y nos bajamos. Con cierto sentimiento de veneración y temor, alcé la vista hacia el imponente y lúgubre edificio, que, con su alta fachada de tres plantas, de cuerpo rematado por un negro torreón, y dos alas de gran tamaño anexas al edificio central, asemejaba una lechuza acechando su presa. Altos robles crecían en derredor, y parte de los hijos más jóvenes del bosque, serbales, álamos y sauces, se habían abierto camino y habían alcanzado los muros y se asomaban a las ventanas, como personas que quisieran admirar una cena de la realeza. A la izquierda vi una superficie plateada brillar entre los árboles. Era el lago Helga, las mismas aguas a cuya orilla se alza tan alegre la modesta Rosenvik. En la explanada crecían las malas hierbas en abundancia. Había en el centro un redondel empedrado donde un inválido, Neptuno, rodeado de un poco de agua musgosa, revelaba que en otro tiempo hubo allí decorativos chorros. Todo se veía ruinoso y lúgubre. En la casa, sin embargo, había movimiento, y no de fantasmas, según comprobamos enseguida. La magnífica puerta de entrada estaba abierta de par en par y, gracias a un artesano que por ella salía, supimos que estaban disponiéndolo todo para el nuevo residente, que llegaría a no mucho tardar. Entramos en la casa y quedé sorprendida del tamaño de las alcobas y salones y de las vistas desde la otra fachada del edificio, y a punto estuve de exclamar, como una señora de mundo: «¡Oh, qué preciosidad! ¡Árboles aquí y pretendientes allá!». Pero me contenté con contemplar la vista despejada de un gran prado, rodeado a lo lejos de montañas cubiertas de bosque. En el ala izquierda se ve el lago Helga; en verdad, el lago llega casi al pie del muro, que descansa aquí sobre una roca de escasa altura, coronada de alisos. Las olas baten contra la roca con una música deliciosa. En una de las salas más hermosas de esta ala me sorprendió la imagen de un órgano enorme y fastuoso, que parecía que hubieran instalado recientemente.

—El señor de Romilly adora la música —dijo el encargado, quien, con la máxima cortesía, nos acompañaba por las dependencias.

—¿De qué nación es? —preguntó Oso.

—Portugués —fue la respuesta—. Fue partidario de don Miguel[17], heredó a un tío de las Indias Occidentales y quiere, según dicen, disfrutar su enorme fortuna en nuestro país, que ahora es el único tranquilo y seguro en el mundo entero.

Con un poco de suerte, pensé para mis adentros, tendremos por vecino en Ramm al mismísimo don Miguel.

No pude contenerme y quise probar el órgano, que tiene un son divino, aunque casi potente de más. Y se diría que logró embrujarme, porque allí seguiría sentada aún hoy si Oso no me hubiera recordado que pronto anochecería.

—Pues sabe —dije— que lo único agradable de esta casa es el órgano, y después, las vistas a Rosenvik. No querría vivir aquí por nada del mundo, pero una noche de otoño al resplandor de la luna sí podría recorrer la casa, siempre y cuando tú me acompañaras, para comprobar si no hay aquí, tal como he leído que hay en los viejos castillos, paredes móviles, sombras fantasmagóricas, manchas de sangre imposibles de eliminar, ovillos de bramante que le van pisando a uno los talones hasta que, finalmente, se transforman en sangrientos puñales... —Ahí me detuve, pues Oso

suspiraba, y vi en su semblante, por lo común tan sereno, una expresión tan sombría que me sorprendí y, estremecida, me volví sin querer, para comprobar si venía de camino algún ovillo. Nada vi, gracias a Dios, y con escondida premura seguí a Oso fuera de la casa. Tan pronto como llegamos a la escalinata, una bandada de chovas salió volando de la torre con horrisono griterío, sobrevoló nuestra cabeza y se adentró en el bosque.

—¡Y pensar en la felicidad y la belleza que imperaba aquí...! —suspiró Oso—. Era un hogar para la juventud, los juegos y la vida —volvió a suspirar.

—Pero ¿por qué sufrió un cambio así? —pregunté yo—. ¿Por qué abandonó *ma chère mère* un hogar muy superior a Carlsfors en magnificencia, y que, como dices, era otrora alegre, habitado por huéspedes más alegres que las chovas?

—Porque... Porque... *Ma chère mère* vivió aquí un sufrimiento enorme. No hables con ella de Ramm, Fanny; no le digas que hemos estado aquí. En otra ocasión te diré por qué te pido tal cosa. ¡Mira el parque! Todo ese bosque hermosísimo de cerca de diez mil metros de perímetro es, o por mejor decir, era un parque. Ahora estarán los senderos cubiertos de maleza. Algún día vendremos a visitarlo.

—Pero ¡esto es muy lúgubre! —dije.

En ese momento, un rayo del sol poniente se abrió camino y arrojó un resplandor dorado sobre la negrura de la casa y lo sombrío de los árboles del bosque. No sé por qué el nombre de «Serena» se me vino al pensamiento en ese instante, como una traducción literal de aquel rayo de sol. Pero enseguida se extinguió en la oscuridad.

—¡Así, así era! —dijo Oso como para sí, mientras, con una sonrisa melancólica, contemplaba la casa un instante antes iluminada, ahora a oscuras. Y le vi una lágrima en los ojos.

En silencio subimos al carro, en silencio enfilamos la carretera camino de nuestro hogar. Yo respiré aliviada cuando llegamos a parajes más alegres. Cuando me pareció que habíamos callado suficiente en memoria del viejo nido de chovas y desgracias, templé la voz y pregunté:

—Oso, ¿dónde está Serena?

Se extendió entonces por su semblante una sonrisa, como un rayo de sol por el bosque, y dijo:

—¡Oh, sí, qué bonita es!

—Seguro que sí, pero ¿dónde se la puede ver?

—Vive en la ciudad, y es la joven más bonita y la mejor de la región.

—Pero, Oso, ¡si nunca me la habías mencionado siquiera!

—Yo creo que lo mejor es dejar que las personas y las cosas hablen por sí mismas. Pronto la conocerás. Uno de estos días iremos a visitar a los ancianos Dahl.

Yo deseaba hacer más preguntas, pero una gota de lluvia enorme se me estrelló en la nariz, y luego vino una segunda, y una tercera, y al final se juntó un aguacero. Buscamos el paraguas: lo habíamos olvidado, y ahí salieron en volandas pañuelos y chales para cubrirme el sombrero; ¡ah, vano empeño! Mi sombrero de más pompa, el de crespón, el de las grandes ocasiones, estaba hecho una completa ruina cuando llegamos a casa. Forma, color, frescura, gasa, flores, todo, todo empapado y deforme. Sin embargo, la única mala cara que ese percance causó fue la de... ¡Oso!

Así terminó el primer día de visitas.

El segundo día

¿Qué hace el ave migratoria? Se lanza al mundo y busca inquieta un sitio donde forjarse un hogar en el que vivir. Pues no halla sosiego —¿y quién lo encuentra?, cabe preguntarse— antes de procurarse una morada, un mundo propio donde, según su especie, poder vivir en paz y libertad. Y, cuando encuentra la ribera, el árbol en el que desea quedarse a descansar, reúne hojas y lana y paja, y se construye un techo y un lecho. Solo entonces se apacigua, se acomoda en su nido, contempla desde allí el mundo, y canta. Así, hasta la siguiente migración.

Tras este breve anticipo, migrarás conmigo a Fågelbo, el «Nido» de la señorita Hellevi Husgafvel. Debo decir que no subía la escalinata con el corazón leve como una pluma. Las palabras «malvada y ridícula» me pesaban en la conciencia, pero, ya en el último peldaño, la señorita Husgafvel salió volando hacia mí y me abrazó riendo, y yo le devolví el abrazo de todo corazón y pensé: «¡La señorita Husgafvel es una persona muy despierta!». Y, cuanto más me familiarizaba con Fågelbo, más me ratificaba en tal opinión.

Aquella casa tan coqueta era un perfecto museo en miniatura. Excelentes grabados y cuadros de grandes maestros adornaban las paredes; hermosos bustos de escayola y de bronce se veían dispuestos con un gusto exquisito; en una sala podía uno disfrutar de una biblioteca, otra contenía colecciones de conchas, minerales y una serie de curiosidades del reino natural, expuestas bajo cristaleras. Todo estaba en buen estado y en orden. Dondequiera que uno mirase, hallaba objetos que reavivaban el pensamiento y los sentidos. Y la vivaz señorita Husgafvel, que, a saltitos de alegría, nos guiaba por la casa dando perfecta cuenta de cuanto allí había, no era lo menos interesante de la colección.

Yo me sentía feliz y reanimada después de haber visto todo aquello.

—¡Esto es divino! —exclamé—. ¿Cómo podría alguien aburrirse en un lugar como este?

—Sepa, querida señora Werner —respondió muy animada la señorita Hellevi—, que me complacen muchísimo sus palabras. Mi mayor deseo es, en efecto, alejar al fatal enemigo: el tedio, con su cortejo de bostezos y vapores. Cuanto he reunido en Fågelbo a lo largo de diez años tiene como único propósito impedir que mis amigos (y ante todo, que yo misma) se aburran aquí. Y mi principal ocupación y entretenimiento diario es ir añadiendo de continuo un granito de arena a mi hogar, y equiparlo cada vez mejor. Observe este grabado de san Juan de Domenichino[18], y esa cabeza de Venus en escayola: me los trajeron ayer, y hoy no podrían hacerme más feliz. No soy lo bastante rica para adquirir obras maestras originales, pero copias sí puedo permitirme, y así, a cambio de un escaso precio, traigo a mi hogar las ideas de grandes artistas.

—Cierto, pero ¡«estas» obras maestras son originales! —dije yo mientras salíamos del gabinete de historia natural.

—Sí —respondió la señorita Husgafvel—, y por ello son también las máspreciadas de cuantas poseo. El principal artista, nuestro Señor, ejerce aquí, como en todo, en *grand seigneur*, diseminando sus piezas irrepetibles por playas y desiertos, y en los fondos marinos. La tierra está llena de ellas: los hombres no tienen más que salir a recogerlas.

Esta reflexión me resultó un tanto insólita.

—¡Oh, señorita Husgafvel! —exclamé—. Tiene usted razón, el mundo es rico, y cuánto más rica no sería nuestra vida si saliéramos ahí fuera como coleccionistas, y cada día, al igual que usted, tratáramos de traer a casa nuestro granito, como usted lo llama. Sin embargo, las más de las veces vamos por ahí como si fuéramos ciegos, y nada vemos.

—¡Sí, es una desgracia! Si los médicos pudieran combatir esa suerte de cataratas...

—Solo eso no ayudaría —dijo Oso—. Se precisa también otro tipo de operación.

—¡Madre mía! ¿A qué se refiere, doctor Werner?

—A que muchos muestran una indolencia, una gravedad de ánimo, que...

—¡Yo detesto toda gravedad! —gritó la señorita Husgafvel, al tiempo que se levantaba de un salto, como un pajarillo asustado—. El mero sonido de la palabra me carga de plomo el corazón. He luchado con denuedo solo por evitarla; por horror a ella he volado al refugio de Fågelbo. Sin embargo y por desgracia, también aquí me veo obligada a experimentar que hay en el mundo una ley, que se llama la «ley de la gravedad», y que, según ella, el cuerpo debe aferrarse a la tierra. Yo he aspirado, no obstante, a liberar el espíritu, y de ahí que me haya rodeado de objetos que le permitan volar, como un pajarillo, alrededor del mundo, y beber el rocío de todas las flores del Edén. Si fuera yo una Corina[19], o la misma Madame de Staël, pudiera ser que lo abandonara todo y que me bastara con mis ideas. Viviría sola en Fågelbo, lira en mano y, como el ruiseñor, deleitaría a mis amigos tan solo con mi propia música. Pero solo soy Hellevi Husgafvel, pobremente equipada en cuerpo y alma; y dado que, pese a todo, quiero que la gente se divierta en mi compañía, he convocado en mi ayuda a estas criaturas de la naturaleza y del arte. Y si mis invitados se aburren con ellas, estoy en disposición de afirmar que ellos mismos son los culpables.

Así hablaba la animosa señorita, mientras nos llevaba al jardín, donde entramos en los invernaderos de emparrados y aromáticos melocotoneros, además de ver una serie de plantas muy hermosas y poco comunes, que la señorita Hellevi cuida y llama hijas suyas. Fågelbo consta solamente de la casa y el jardín, que es grande y con abundancia de árboles, arbustos y flores. En un precioso cenador tomamos una colación exquisita. Mientras en ello estábamos, llegaron varias visitas de la ciudad, entre las cuales se encontraba el magistrado Hök, al que la señorita Husgafvel recibió con cordialidad singular. Todos participamos en la conversación, que pronto derivó hacia el futuro vecino de Ramm. Sobre él circulaban los rumores y supuestos más variados. Una tras otra, todas las naciones lo habían visto nacer, y la causa de su viaje a nuestra tierra se atribuía a las más diversas intenciones. Según la suposición más aceptada, era un espía; pero qué habría venido a espiar, nadie lo sabía, así que empezamos a figurarnos todo tipo de cosas extrañas, hasta que la señorita Husgafvel dijo:

—¿Saben qué, damas y caballeros? Apuesto a que nuestro mal reputado vecino no es ni más ni menos que un buen hombre, que se ha cansado de su patria y ha venido a Suecia con la intención de distraerse cazando liebres y corzos. Yo llevo diez años en Fågelbo y no he visto en ese tiempo ni espías, ni apóstatas ni héroes de novela. Y me parece que son especies que van escaseando cada vez más en el mundo. En cambio sí he visto mucha gente que, presa del hastío, quiere distraerse de la pesadumbre de la vida. Quiera Dios que también esta clase se extinga. En todo caso, yo no tengo nada en contra de que nuestro nuevo vecino sea un hombre así; a decir verdad, incluso lo desearía. Animaría toda la región y tal vez diera origen a alguna novela interesante.

La conversación continuó un buen rato por esos derroteros, y resultó bastante animada. La señorita Husgafvel es una de las poquísimas personas que son verdaderamente capaces de animar una conversación, y de conseguir que la gente diga cosas interesantes. Yo misma quedé asombrada al oír a Oso tan vivaracho. Él y la señorita Husgafvel discutían tranquilamente, y se lanzaban pullas como dos viejos amigos. Cuando ya nos marchábamos, la señorita Hellevi mandó traer el coche hasta el portón del jardín, y nos acompañó allí personalmente. Yo tenía buena gana de decirle unas palabras de disculpa por aquellas con las que tan irreflexivamente me había dejado caer la última vez que nos vimos, y creo que me vio en los ojos la intención, pues, cogiéndome la

mano, me dijo muy amablemente:

—Querida señora Werner, volverá a menudo por Fågelbo, ¿verdad? No me interesa nada si la gente dice que la vieja señorita Hellevi Husgafvel es ridícula y malvada, yo misma lo he oído decir, pero para usted, señora Werner, ella querría tener otra consideración, de ahí que, con toda osadía, le pida que vuelva por aquí siempre que pueda. Y espero que el doctor Werner acompañe a su esposa: solo con verlo me encuentro mejor. Tengan en cuenta, no obstante, que no quiero forzarlos, detesto cualquier imposición en las relaciones sociales. Y si usted, querida señora Werner, le dijera algún día al doctor: «¡Ay, querido! Tendríamos que ir a visitar a la señorita Husgafvel. Es un fastidio, pero nos lo rogó tanto...», en ese caso, ¡les ruego por Dios que no vengan! Y, si nunca más vinieran a ver a la señorita Hellevi Husgafvel, ella seguirá diciendo: «Los Werner son una familia maravillosa, y para mí sería una alegría poder verlos a menudo».

—Tenga en cuenta —dije yo— que los Werner son menos liberales, e insisten de verdad en verla a usted en Rosenvik. Y no hablarán muy bien de usted si no viene pronto.

—¡No es posible! ¡Bien, en ese caso, iré a la primera ocasión!

Y aquella criatura tan vivaz nos besó la mano y se alejó volando. La señorita Husgafvel se asemeja mucho a un pájaro, sus movimientos son veloces, pero tan bruscos que carecen de encanto.

Mientras el birlocho nos llevaba despacio en la calma de la bella noche estival, fui explorando para mis adentros las impresiones recibidas de Fågelbo y de su propietaria. Había disfrutado mucho. Me gustaba la señorita Husgafvel. Primero, por la amabilidad con la que perdonó mi imprudencia; después, por su Fågelbo y su filosofía de vida. Y, a pesar de los pesares, no estaba del todo satisfecha. Un pero tras otro contra Fågelbo se me amontonaban en el alma; entonces venían otros peros, que se oponían a aquellos, y para salir de aquella batalla de objeciones, decidí implicar en ella a Oso.

—Fågelbo —comencé— es muy bonito, agradable e interesante, sí, pero...

—Ajá, ¿pero?

—Pero hay algo que echo de menos en ese museo en miniatura cuando lo imagino como un hogar. Me parece que, en conjunto, hay algo árido, algo egoísta en todo ese aparato.

—¿Por qué? —preguntó Oso, prestándome atención.

—¿Cómo diría...? Al amar las conchas creo yo que a la postre se reseca el corazón. ¿A quién hace feliz la señorita Husgafvel con sus exposiciones y su vida? ¿A quién beneficia con ello?

—Fanny, querida —dijo oso—. No deberíamos ser jueces demasiado severos ni interpretar la palabra «beneficio» en un sentido demasiado simple. Verdad es que la señorita Husgafvel lleva una vida muy placentera ella sola, pero también hace placentera la de sus amigos. Sin la señorita Hellevi y sin Fågelbo, esta región sería menos cultivada y agradable. Las veladas de los miércoles en casa de la señorita Husgafvel son amenas e interesantes. Deberíamos ir alguna vez.

—Sí, Oso, claro, está bien que entretenga a la gente. Está muy bien que alguien se tome esa molestia. Y, aun así, a mí me parece que Fågelbo sería el doble de encantador si tuviera... ¿Cómo diría yo...? Algún interés humano, algo con corazón.

—Tampoco eso falta, aunque esté oculto.

—¿Cómo?

—La señorita Husgafvel tiene una hermana menor, que no casó bien y fue, a consecuencia de ello, muy desgraciada. Desde que enviudó y perdió toda su fortuna, la señorita Husgafvel se hizo

cargo de ella y de su hija, y se convirtió en un apoyo y una amiga espléndida. Esa mujer, que es una madre digna de todo respeto, se ha convertido en virtud de sus desgracias en un ser tímido. Si algún día visitas la primera planta de la casa, verás un cuadro de naturaleza muerta que da una visión de la vida no menos interesante que la señorita Hellevi y su museo: no es posible quererle más de lo que se quieren esas dos hermanas.

—Si ese «Nido» alberga huevos así, me doy por totalmente satisfecha. Ya ves, Oso mío, sin corazones amantes no puedo imaginarme un nido feliz, ni aunque estuviera lleno de obras de arte y piedras preciosas. ¡Que vivan, pues, la señorita Hellevi Husgafvel y Fågelbo!

Tercer día de visita

Un día pobre en una casa rica. La casa aspira a ser magnífica, pero es solo bonita. El señor aspira a ser *grand seigneur*, pero alardea de las arañas de cristal y de los tapices franceses. La señora aspira a tener mucho estilo y una conversación de lo más interesante, y de tal combinación surge una extraña mezcolanza. Las hijas quieren ser cultas, desplegar mucho talento, ser desenvueltas, y despliegan una suerte de jerga que produce un gran vacío. El hijo aspira a ser un hombre importante, y no es más que un caballero bajito y rubio con el pelo no muy arreglado. La familia entera es un cúmulo de pretensiones frustradas.

Una gran herencia, un certificado de nobleza (*Nota bene*: el señor V. P. asegura que él se ha limitado a incorporar a la nobleza sueca su título alemán), un viaje a París han elevado a la familia V. P. muy alto en el mundo, según lo ven ellos mismos. Hace dos años se instalaron en Briteberg, pasaron allí el verano, pusieron una casa imponente, querían encontrarse en el pueblo como el águila entre las avecillas, pero, para pasmo suyo, tuvieron que comprobar que *ma chère mère* los miraba por encima del hombro.

La señora V. P. era, pese a todo, una mujer muy educada, aunque cierto toque de desdeñosa amabilidad conmigo me arrebató el placer de sus atenciones. Había allí de visita unos jóvenes, y hablaban y reían mucho con las señoritas Emelie y Adele, que llevaban unos vestidos extraordinariamente elegantes, con guantes franceses, y movían las cabecitas como si estuvieran sentadas sobre alfileres. La señora V. P. me preguntó enseguida por la generala Mansfelt, además de comprobar mi parentesco con ella, comprobación que la llevó a averiguar que yo no era familia de *ma chère mère*. Nunca había pensado en ello hasta ese momento, y casi me dolió constatarlo. Empezamos luego a hablar de Estocolmo y de conocidos que tuviéramos allí, y ¡mira por dónde!, todos los amigos y conocidos de la señora V. P. eran condes y condesas. En particular me habló mucho del conde L. El conde L. había visitado Briteberg recientemente. Los V. P. estaban invitados a pasar parte del verano en casa del conde L., en H...näs. Los V. P. y el conde L. hicieron un viaje juntos a Uddevalla el verano pasado, compartieron techo en Gustafsberg[20]. La condesa L. era una persona inmensamente encantadora, a la que la señora V. P. quería como a una hermana. Las jóvenes L. eran bonitas e instruidas, *tout à fait comme il faut*[21].

—¿Conoce usted al conde L., señora Werner?

—No. —La señora Werner tuvo que reconocer que no.

—En la residencia del conde L. hemos conocido a lo mejor de la sociedad de Estocolmo. Allí fue donde me presentaron a la familia del barón N. A ellos quizá sí los conozca...

—No.

—¿No? Son personas de la máxima elegancia. Pero me estaba preguntando si no la habré visto

una noche en casa del conde B.

—Eso sería imposible, pues nunca he estado allí.

—Y yo que estaba prácticamente segura... Disculpe, pero ¿puedo preguntarle cuál es su apellido de soltera, señora Werner?

—Burén.

—Bure... Burén... Una antigua familia noble, ¿cierto?

—No sé... Yo creo... —Enrojecí. Yo sabía que mi familia no era noble, pero una miserable debilidad se había apoderado de mí.

—Sí, sí —continuó la señora V. P.—. De fijo que es un nombre de prosapia, pero en estos tiempos azarosos se confunde todo un poco. La nuestra, por ejemplo, que es una antigua familia de la nobleza alemana (ha habido incluso príncipes y condes del Sacro Imperio con ese nombre), nuestra familia, decía, también había olvidado su rango, y vivió de forma totalmente anónima en Suecia hasta que el conde L. le dijo a mi marido: «Esto no puede ser, caro amigo. Usted, con su inmensa fortuna y con sus méritos, debe tener sillón y voz en la Casa de los Caballeros». Y tanto insistió el conde L. que nos animó a hacer valer nuestra antigua nobleza. Claro que el asunto es en sí una bagatela, máxime en estos tiempos. Aquel que conoce su tiempo comprende fácilmente que la verdadera aristocracia la otorga hoy la educación, y el arte es prácticamente un título de nobleza. Vivimos en una época ilustrada, querida señora Werner, y mi amiga la condesa L. siempre decía: «La educación confiere verdadero rango». En fin, sí, no cabe duda, debemos alegrarnos y dar gracias a Dios porque no nos llamamos Bäckström o Wallqvist, Löfgren, Sjögren ni nada por el estilo: tener un nombre bonito siempre es una alegría, al igual que poseer algo de fortuna. Si el destino te coloca a una altura determinada, es más fácil elegir las amistades y acceder a ciertos círculos. La hermana de Amalie L., la condesa W., dijo en una ocasión... ¿Conoce usted a la condesa W.?

—Pues... Quizá... un poco.

—Dígame, ¿no es un primor? La propia Amalie suele decir: «*Ma soeur vaut mieux que moi!* [22]». Me agrada saber que conoce a una señora tan distinguida. ¡Ay, pero dígame, señora Werner, qué otras conocencias tiene en Estocolmo! Quién sabe si no pertenecen también a mi círculo de conocidos.

Reconozco ante ti mi debilidad, Maria. Rebusqué en la cabeza nombres de condes y condesas. Creo que la señora V. P. me mordió y me contagió su obsesión por la nobleza. Y al cabo mencioné a la baronesa R.

La señora V. P. pareció reaccionar con cierto desdén.

—No la conozco... —dijo—. Estará probablemente *retirée du monde*. En casa del conde L. y en la nuestra verá siempre a lo mejor de la alta sociedad. El *corps diplomatique* tiene su hogar en casa de L. y en la nuestra.

De pronto vi a Oso, que me miraba con una expresión traviesa en los ojos. Y esa mirada, sumada al fracaso de mi intento con la baronesa R., ahuyentó aquella obsesión, y a fin de liberarme y acabar con ella enseguida, mencioné alegremente como conocidos míos en Estocolmo a la familia de su excelencia el señor O.

La señora V. P. dio un respingo en el asiento.

—Ajá... Vaya... —dijo despacio—. Pues sí, yo también he estado en su casa... Dos o tres veces.

—Ah, yo iba dos o tres veces por semana —dije sonriendo.

—Ya veo... Una familia de lo más distinguida. ¿No será la condesa O. amiga íntima de mi muy querida señora Werner?

—No, no, yo apenas la vi en muy contadas ocasiones. Daba clases de música a sus hijas.

—¡Ah, ya veo! Por amistad, doy por hecho.

—No, por dinero. Yo entonces era pobre, y así me mantenía.

La señora V. P. se sonrojó, y parecía totalmente turbada. Pero Oso sonrió; verlo me envalentonó el ánimo y continué:

—Mi cuñado Bergvall y mi amiga, la señora Wallqvist, me consiguieron, a través de la gobernanta de su excelencia el señor O., el puesto de profesora de música de las hijas de tan distinguida familia.

—Ya veo... Ya veo... Ya veo... —dijo la señora V. P., visiblemente conturbada; y, cambiando el tema de conversación, continuó—: Hijas mías, queridas, ¿no querréis cantar algo para nosotros?... ¡Alguna de las piezas que interpretabais con las jóvenes L.!

Las señoritas reaccionaron solo después de que dos de los jóvenes caballeros apoyaran la propuesta de la señora V. P., y enseguida empezaron a cantar piezas francesas e italianas, que arruinaban con su amaneramiento y con su natural afectado y vulgar. Mientras tanto, la señora V. P. hablaba de matices, de Weber, Rossini y Meyerbeer.

—Weber —decía— es extravagante, Rossini es pobre en melodías. Meyerbeer, en cambio, los supera a los dos. Es verdaderamente *le Prince de la musique*. Señora Werner, no crea que yo no valoro la práctica de todo arte. Según mi opinión, solo el arte nos permite vivir una vida más elevada, de ahí que haya dado a mis hijas la misma educación que recibí yo: hablan cuatro idiomas, tienen unas aptitudes extraordinarias y no hace mucho que volvimos de París, donde han estado perfeccionando sus habilidades. ¿Ha estado usted en París, señora Werner?

—No.

—¡Oh, tiene que ir pronto! —dijo—. *On vit à Paris, et l'on végète ailleurs*[23]. Adele, querida, canta esa cancioncilla que te envió el conde B. ¿Conoce usted al conde B., señora Werner?

—No.

—Vendrá a vernos este verano —continuó—. Un joven muy distinguido.

—¿Conoce usted al comerciante Dahl? —pregunté entonces, cansada de ser siempre la que respondía.

—No... algo, quizá... Nos movemos en círculos muy diferentes. Buena gente, muy buena gente, creo. Los he visto ocasionalmente en alguna reunión. La familia del comerciante... ¿cómo se llamaba? ¿Dall? ¿Dalhén? No se relacionan mucho con la alta sociedad.

—Porque son muy ancianos ya, supongo. De su nieta, la señorita Löfwen, he oído hablar mucho. Se conoce que es una joven encantadora.

—Es una muchacha pasable, pero esa pobre criatura desgraciada, deforme y enfermiza no vivirá mucho tiempo. La casa entera es una ruina.

«¿Esa pobre criatura desgraciada, deforme y enfermiza?», repetí para mis adentros. Pero ¿qué diantre...?

No tuve, sin embargo, tiempo de persistir en mi sorpresa, pues alguno de los caballeros mencionó «al nuevo vecino de Ramm» (pronto me hartaré de oír hablar del nuevo vecino), y la

señora V. P., que parece presa de cierto temor a que la conversación cese de pronto, se entusiasmó con el tema y se lanzó a intervenir.

—¡Oh, he oído decir que es un hombre interesante! ¡Un auténtico *héros de roman*[24]! Se llama Romanus o Romulus, es italiano, de linaje principesco. Asesinó a su primera esposa, luego secuestró a una bella inglesa y huyó con ella a América. Allí se batió en duelo con el hermano de la joven y le dio muerte, de modo y manera que la amante murió de dolor. Ahora se dedica a viajar a lo largo y ancho de este mundo para aliviar su sufrimiento y hacer el bien. Dicen que su caridad es tan inmensa como su fortuna.

Yo estaba boquiabierta.

—Ese tipo de sucesos —continuó la señora V. P., hablando con gran artificio— son tan propios de estos tiempos excéntricos y apasionados que no se pueden juzgar conforme a las leyes de una moral muy estricta. Una naturaleza profunda, apasionada, byroniana, por así decir, precisa una medida propia. También hay que considerar el clima, y no exigir de un hombre bajo el sol ardiente del sur lo mismo que se le pide en nuestro frío norte.

Yo estaba asombrada del discurso de la señora V. P., y en particular de su expresión «estos tiempos excéntricos y apasionados», pero enseguida comprendí que todo el conocimiento que la señora V. P. tenía de nuestro tiempo procedía exclusivamente de las novelas. Toma nota, Maria querida, de que he dicho «exclusivamente», pues la lectura de novelas desorienta solo si se excluye toda otra lectura. ¡Que vivan, pues, las novelas, los lectores de novelas, los escritores de novelas! Sobre todo ahora que yo misma me he convertido en novelista.

Mais revenons à nos moutons.[25] Las jóvenes cantaban y gorjeaban, y parecían haber olvidado que existiera la palabra terminar. Me acerqué a ellas y deslicé maliciosamente la pregunta de si no sabían cantar también en sueco. A lo que respondieron que no. Acto seguido, se pusieron a hablar de París, de la Malibrán[26], de su madre..., sin hablar bien de ninguno.

Afectación, cultura superficial, petulancia, ¡cómo os detesto! De ahí que salga huyendo del nido de las tres hermanas búho.

La señora V. P. se despidió de mí con tanta ceremonia como frialdad, y no me invitó a volver. Supongo que mis clases de música y los apellidos en «qvist» y «vall» de las personas de mi entorno llevaron a la señora V. P. a pensar que yo no encajaba en su círculo.

Y sí, puede que tenga razón. De camino a Rosenvik nos cruzamos con algunos coches cargados de artículos que iban en dirección a la casa del nuevo vecino. Si, después de todo lo que se ha dicho de él, resulta que ese hombre es una persona normal y corriente... ¡me llevaré un disgusto!

El 14

Ayer tarde nos quedamos en casa disfrutando del descanso. Oso estuvo trabajando como un auténtico carpintero mientras yo le leía lo que había escrito sobre nuestras visitas. Le divertió escucharme, se rió, pero me reconvino por haberme expresado tan duramente acerca de algunas personas, y no se mostró nada satisfecho con mi opinión sobre la familia P.

—Dices que son un cúmulo de pretensiones frustradas —dijo—. Y solo los has visto una vez. Mi dulce Fanny, es muy difícil juzgar a una persona, incluso tras una larga relación; después de una única visita, resulta imposible. Además, la gente muestra distintas facetas en momentos distintos: yo he advertido no poca afectación y una actitud ridícula al tratar a personas a las que

luego he admirado cuando las he visto postradas por la enfermedad; y he conocido a muchas, aburridas y pretenciosas en unas circunstancias, y sencillas y honradas en otras. Hay quienes, durante un tiempo, presentan un comportamiento de lo más peculiar, pero que luego abandonan por completo. Muchos esconden su lado mejor y llevan a cabo discretamente las más bellas acciones mientras el mundo se ríe del sayo de bufón que visten por fuera. Y así podría ser también con esta familia.

—De acuerdo, de acuerdo, Oso querido; y te prometo que, en cuanto tenga ocasión de ver ese lado bueno, lo pintaré con los mejores colores de mi paleta.

—Y, hasta entonces, ¿no sería mejor dejar los defectos más en la sombra? Precisamente así, con esos juicios precipitados, es como perjudicamos al prójimo, pues quien los oye no se detiene a considerar que un defecto no afea a la persona entera.

—Pero, Oso, ¿qué pretendes? ¡Me estás desmoralizando! ¿Quieres que arroje al fuego todo lo escrito?

—No, déjalo así. Tu lectora quizá tenga en cuenta lo que acabamos de decir...

—Y, a mayor abundamiento, Oso, y a fin de aliviar mi conciencia, le pondré también por escrito nuestra conversación.

Y eso acabo de hacer, Maria querida. ¡Ay! Supongo que siempre seré una criatura igual de apresurada, que juzga por la primera impresión. ¡Perdóname! Y quiere pese a todo a tu

Fransiska

CARTA III



16 de junio

Vengo de... un mundo mejor. ¡He estado en el reino de los cielos! ¿Quieres saber cómo era? Había allí un patriarca y su esposa. Ante la sola visión de la anciana pareja, se te llenaba de paz el corazón. La calma presidía su frente, una alegre sabiduría sus labios, y en la mirada se leían amor y sosiego. Los rodeaba un coro de ángeles: algunos, vírgenes florecientes; otros, unos niños. Una de las vírgenes, que se correspondía del todo con la representación que me había hecho yo de un serafín, atrajo particularmente mi atención, no porque todos la rodearan, no porque fuera hermosa (porque hermosa no era), sino por el aspecto tan puro y amoroso que tenía, y porque parecía estar dispuesta a atender a todo el mundo. Ya la veías junto a los patriarcas, y un amor mutuo les sonreía en la mirada y los ademanes; ya cogía en brazos a los angelicales pequeñuelos, los besaba y los abrazaba; ya decía a las angelicales vírgenes palabras alegres y dulces. Era un ser amable, celestial, cuya dicha parecía nacer del amor que daba. A una señal suya llevaban néctar y frutas exquisitas, y ella misma procuraba que los niños cogieran tantas como les cupieran en las manitas. En su frente blanca y levemente arqueada brillaba un resplandor de inocencia que me conmovió y suscitó en mí el presentimiento de una visión celestial. La mirada de aquellos hermosos ojos azules era clara y piadosa, y reflejaba esa franqueza tímida y serena que tanto nos agrada en los niños. No he visto nunca una mirada que expresara una bondad más profunda. De vez en cuando irradiaban aquellos ojos suaves algo que me decía que todo su mundo era pura dicha. Tenía el cabello de un color castaño claro, de brillo sin par y de sin par belleza, la piel blanca y transparente. Jamás he visto un cuerpo más parecido a un alma bella, ni he conocido una forma de ser que recordase tanto la música. Supe que aquella criatura adorable se llamaba Serena, y que los niños se habían reunido allí para celebrar su cumpleaños. Todos se acercaban a Serena, todos la necesitaban, todos querían oírla y ser oídos por ella.

—¡Ay, Serena! —decían los ángeles vírgenes—. Canta para nosotros esa preciosísima balada, *La recolectora de flores*[27].

—¡Oh, Serena! —rogaban los ángeles niños—. Toca para nosotros, que podamos bailar.

—Haré todo lo que queráis —respondía la amable Serena—. ¿Qué queréis que haga primero? Creo que debo obedecer a los niños y tocar para que bailen. Luego podemos pedirle a la señora que cante esa bella balada, creo que ella la cantará mejor que yo.

Y Serena se sentó a tocar, y la juventud se puso a bailar, y los ancianos sonreían, pues daba gusto contemplar aquello.

Después del baile, volvieron a circular las cestas de fruta, y Serena se me acercó y me pidió en nombre de todos que cantara *La recolectora de flores*. Yo me dirigí al pianoforte. Toda la concurrencia, con frutas en las manos, se apretujó a mi alrededor. Las mejillas sonrosadas y la mirada alegre de los presentes animaron mi canto, y cuando terminé, empezaron a rogarme desde todos los rincones: «¡Ah, otra vez, una vez más!».

Y yo canté una vez y dos veces más. Los ángeles no se cansaban de oír *La recolectora de flores*. Los patriarcas me dieron las gracias por la balada tan sinceramente como los ángeles, y yo di las gracias... al poeta.

Serena propuso distintos juegos. Todo era diversión y risas. Yo estaba sentada con los patriarcas. Durante el juego, uno de los angelitos (que conservaba buena parte de la terrenal tacañería) se escabulló y cogió algo de las provisiones de su hermana. Serena, que en ese momento estaba sirviendo néctar a los patriarcas, siguió a la criatura con la mirada. Muy despacio se acercó luego a la niña, la llevó aparte, se la sentó en el regazo y, mirándola seria a la par que dulce, le dijo:

—Dime, Eva, chiquilla, ¿por qué le has quitado a tu hermana esa manzana? ¿Es eso justo? ¿Está eso bien?

Horrorizada y a punto de llorar, la pobre Eva balbució:

—Ella tenía dos, y yo ninguna.

—Porque tú te habías comido las tuyas, pero no tenías ningún derecho a cogerle la fruta a tu hermana. ¡Eso ha estado muy mal hecho, Eva!

—Creía que nadie me veía —respondió entre lágrimas la pequeña.

—Pero, aunque nadie más te viera, te vería Dios, y él no quiere a los niños que no se portan bien. Así que ve y devuelve la manzana a su lugar, Eva.

La pequeña Eva fue y dejó la manzana donde estaba. (¡Ojalá la Eva adulta hubiera hecho lo propio!) Con las mejillas anegadas de lágrimas, le dijo a Serena:

—¿Ya no me vas a querer?

—¿Me prometes que no lo volverás a hacer, que nunca cogerás sin permiso nada que no te pertenezca? —dijo Serena con la misma mirada amable pero seria.

—¡Oh, sí, lo prometo! —sollozó la niña—. No lo volveré a hacer.

—En ese caso, yo te querré igual, ¡y volverás a ser mi Eva querida! —dijo, sentándose a la niña en las rodillas y dejando que llorase tranquilamente en su regazo.

Esta escena, que yo había observado secretamente, mientras conversaba con los ancianos, me dio una imagen y una enseñanza que no olvidaré jamás.

También en casa de los Dahl se hablaba del esperado huésped de Ramm, pero no con vanos infundios. Refirieron algo bueno y noble que, según decían, sí había hecho aquel caballero en el mundo (está claro que ese hombre no es don Miguel), y todos se alegraban de ello en el reino de los cielos.

En aquel reino de los cielos había un gorrión y, desde luego, nunca he visto otro igual. Era dócil y amante de los humanos. Los ángeles niños le tenían particular aprecio. Todo eran risas, griterío y regocijo cuando el gorrión revoloteaba alrededor de sus cabecitas, y coros jubilosos repetían el nombre «¡Perlita de oro! ¡Perlita de oro!».

Así se sucedieron juegos, baile, canto y risas toda la velada. En un momento vino todo el coro de ángeles, bajo la dirección de Serena, y formaron, bailando, un corro alrededor de los patriarcas. También Oso y su pareja quedaron incluidos en aquel hermoso y animado círculo, que, entre cantos, se disolvía para formar otros grupos nuevos.

Por bello y gozoso que fuera el reino de los cielos, teníamos que pensar en volver a nuestra humilde morada terrenal y, después de haber cenado con los ángeles, nos pusimos en marcha y partimos en el birlocho. Pero los honorables patriarcas y la bella Serena nos rogaron tan de corazón que volviéramos cuanto antes a pasar con ellos un día entero que tuvimos que hacerles promesa de que así sería. Confieso que nada me agradaría más. Por el camino de regreso no fui capaz de hablar más que de Serena, y me dormí con su imagen beatífica en el alma.

Quién sabe si un día no veré yo esa casa bajo una luz más prosaica, y llegaré a transmitirme una imagen menos poética. La vida lleva con más frecuencia el traje de diario que el de los días de fiesta. Por ahora solo sé que he tenido una visión celestial.

18 de junio

«Bien se estará fuera de casa, pero en casa se está mejor.» Eso me habré dicho cien veces en los dos días espléndidos que he pasado tranquilamente en mi hogar. Voy domesticando a mi Oso y a mis animalitos. Todo marcha. Seis gallinas, tres patos y dos gansos son mis más íntimos amigos. Hoy he estado acariciando y dando de comer a las vacas. ¡Criaturas del Señor! A la mayor y más hermosa la he bautizado con el nombre de Audumbla, en memoria de ese bello mito nórdico acerca del cual he leído en el libro de la simbología de las Eddas[28].

Mi Oso es un caso singular. A la par que consigo que abandone algún que otro mal hábito sin importancia, él va adquiriendo (¡Dios sabe cómo!) más influencia sobre mí. Ciertamente es un hombre bueno y razonable. Ayer noche entró en la salita con la pipa en la boca, pero se detuvo en la puerta y me miró con una cara de interrogación de lo más cómica. Yo me levanté corriendo y los abracé a él y a su pipa y los metí dentro. Me alegré tanto de que la pipa no detestara aquella salita... Aunque... ¡Demasiada amabilidad...!

El 19

La señorita Hellevi Husgafvel, máxima animación, cena en Svanö: ahí tienes resumida la tarde de ayer. La señorita Hellevi es una persona vivaz e ingeniosa, casi demasiado vivaz para mí. Para mí es como la confitura de jengibre. Cuando la sirven de vez en cuando, se entusiasma uno y exclama: ¡qué exquisitez! Pero nadie quiere tomarla todos los días. ¡Oso! ¡Ven aquí, ángel mío! ¿Qué me dices de este símil?

—Que es una maldad, y que el jengibre eres tú, ¡so bicho!

—¿Yo, jengibre? Eso lo serás tú, ¡so oso!

El 20

Ya están aquí las cuñadas. Ayer de mañana, precisamente cuando Oso y yo estábamos en pleno desencuentro, recibimos un billete de *ma chère mère*, en el que nos invitaba a los dos aquella

tarde. En primer lugar, porque deseaba vernos; y en segundo lugar, porque así recibiríamos con ella a «los hermanos políticos», que esa noche llegarían a Carlsfors. Y añadía: «Si tu querida esposa quisiera venir con algo de antelación, me complacería mucho, y para ese menester enviaré mis caballos tordos con el coche de Norrköping a que pasen por Rosenvik después del almuerzo. Por esta vez, caerá sobre mi conciencia separar a marido y mujer; aunque, si pueden venir juntos, me será más grato».

Yo tenía mucha curiosidad por ver a mis cuñados y a sus esposas. Oso estaba contentísimo de volver a ver a su querido hermano Petter. Sin embargo, a causa de varios pacientes, no pudo ir a Carlsfors hasta la tarde, de modo que yo monté sola en el coche de Norrköping, que iba muchísimo mejor que el coche celestial.

Hallé al magistrado Hök con *ma chère mère*. Tiene por costumbre visitarla una vez por semana y cenar con ella, y suele llevarle de la ciudad, donde él reside, diarios y documentos legales, pues *ma chère mère* tiene un estricto sentido de la justicia y varios procesos en curso. Siempre hablan mucho de los negocios de *ma chère mère*, que preocupan al magistrado más que los propios. Esa conversación empieza a la hora del café (pues, durante la comida, *ma chère mère* es únicamente una anfitriona atenta con todos sus invitados) y se prolonga hasta las seis de la tarde. En ese momento le dice: «Querido magistrado, ahora vamos a pasear». Dicho esto, se levantan los dos y empiezan a deambular de un extremo a otro de la amplia sala. Ese espacio de tiempo se considera de reposo. Mientras transcurre, no intercambian los paseantes una sola palabra, pero *ma chère mère* camina con las manos cruzadas a la espalda y va diciendo sin cesar, aunque muy bajito y con el solo movimiento de la lengua: «¡Tralalán, tralalán, tralán; tralalán, tralalán, tralán!». Este paseito, que se llama tralalán, dura alrededor de media hora, después de la cual *ma chère mère* dice: «¡Y ahora, magistrado, sentémonos!». Y entonces se sientan y empiezan a conversar, pero no de negocios, sino de los viejos tiempos y de personas excelentes que vivieron otrora, y a contar anécdotas y a tomar té. Y paseando, tarareando y conversando de ese modo llevan más de veinte años. En ocasiones el magistrado Hök sufre extrañas distracciones. Por ejemplo, va y se planta junto a una puerta o delante de una pared, y se queda allí absorto en sus pensamientos y sin moverse en un rato largo. A veces, en la mesa, cuando va a servirse vino o agua, no se percata de que la copa está llena, sino que sigue vertiendo hasta que cae sobre el mantel. A *ma chère mère* no la complace mucho verlo, como imaginarás, pero ella nunca tiene una palabra desagradable para el magistrado Hök, se contenta con bromear sobre sus «distracciones poéticas». En todo caso, cuando ve la larga mano del magistrado acercarse a una jarra o a una botella, procura adelantarse a toda prisa siempre que puede.

Pero estoy dejando correr la pluma de un asunto a otro cual gallina atolondrada. Te hablaba de la tarde en la que llegaron «los hermanos políticos». Tanto *ma chère mère* como la casa lucían sus mejores galas. El casco le coronaba con orgullo la frente grave y, con la expresión y el porte de un general, cruzaba los amplios salones acompañada del magistrado Hök. Estaban en plena ejecución del tralalán. Las puertas se hallaban todas de par en par, criados con libreas se afanaban trajinando por las escaleras. Todo tenía un aspecto de lo más solemne.

—¡Ah, bienvenida, querida Fransiska! —dijo *ma chère mère*, dándome la mano con aire señorial—. Ahora tendrá ocasión de conocer a su nueva familia. Ya veremos cómo son estas jóvenes casadas. Vamos a averiguar cómo son, por descontado que sí. Pero, querida mía, haga lo que quiera mientras yo termino el tralalán.

Aproveché el permiso para ir a echar una ojeada al cuarto de las cuñadas. Y encontré que

habían sustituido aquellas toscas toallas por otras mucho más delicadas, con lo cual me sentí muy complacida. Las alcobas estaban, por lo demás, cumplidamente amuebladas. Todo era práctico, útil y elegante: pero yo echaba en falta una gota de poesía, un ápice de ese lujo sin el cual la vida y el hogar no son más que lugares insípidos. «*Ma chère mère* —pensé—, querrá dejar ese capítulo a las propias jóvenes, querrá que ellas mismas embellezcan el mundo que las rodea a su antojo.» Aun reconociendo que eso pudiera ser lo mejor, no logré resistir la tentación de adelantarme un poco a las cuñadas. Bajé al jardín, recogí un puñado de flores, que crecían allí en abundancia, hice rauda dos coronas y las colgué de los espejos de las jóvenes casadas. Puse flores también en unos jarrones, y disfruté complacida de tan grata visión. En ese mismo momento oí a mi espalda una voz severa que decía:

—¡Vaya, señorita! ¡Conque se entretiene en bajar a mi jardín y arrasar entre mis flores! ¿Qué espera usted que diga ahora?

Yo me di media vuelta y vi aterrada el rostro severo de *ma chère mère*.

—Vamos, vamos, ¿a qué viene esa expresión tan *hébétéé*[29]? Solo una cosa pensaba decirle, que es usted de lo más poético, y que si quiere poetizar con las flores del Señor, e inundar con ellas las alcobas de sus cuñadas, es asunto de ellas y no mío. Además, ese arreglo ha quedado monísimo; ya veo, querida, que no carece usted de gusto. Venga conmigo, si le apetece una taza de té, pues mi almirante en jefe —que así llama ella a su estómago— no está dispuesto a esperar a jóvenes damas y caballeros. Hök se ha quedado plantado en una de las puertas del salón, inmerso en una de sus fantasías, pero ya lo despertaremos nosotras.

Acompañé a *ma chère mère* y, cuando entré en el salón, oí los pasos de Oso en la habitación contigua. Solo tuve tiempo de susurrar:

—Cuando pregunte por mí, ¡dígame que no me ha visto!

Y me escondí a toda prisa detrás de una puerta que vi abierta. *Ma chère mère* hizo un gesto de aprobación a aquel ardid sin importancia, y en ese momento entró Oso. Casi en el mismo instante en el que saludó y besó la mano de *ma chère mère*, preguntó:

—¿Dónde está mi mujer?

—No he tenido noticia de ella —respondió *ma chère mère* muy seria—. ¡Ni tampoco la he visto!

—¡Dios mío! ¿Dónde estará entonces? —dijo Oso con una expresión de tal turbación, de una consternación tal que no pude soportar seguir viéndolo y cuando, tras echar un vistazo por todas partes, se volvió para abandonar el salón, le salí al paso y lo estreché entre mis brazos. ¡Ah, qué delicia saberse amado! Y gracias a Dios que es así.

—¡Jajaja! —rió a sus anchas *ma chère mère* al ver cómo nos abrazábamos.

Oso se sentía completamente eufórico por haber recuperado a su mujercita, y por poder abrazar a su querido hermano. *Ma chère mère* se sentó al fondo del gran salón, en su sillón tapizado de damasco rojo, me ordenó que me sentara cerca y, acto seguido, dispuso a su alrededor un semicírculo con Oso, el magistrado Hök y Tuttén.

Comprendí que quería componer una gran escena, y que deseaba impresionar a las jóvenes casadas.

Para poder llegar hasta ella, tendrían que cruzar todo aquel largo salón. Te aseguro que el corazón me palpitaba de piedad por ellas, y de corazón alabé para mis adentros la sensatez de Oso, al propiciar que conociera a *ma chère mère* de forma tan repentina, evitando así que pudiera

poner a prueba la fortaleza de mi carácter con una presentación solemne, que habría sido para mí un espanto y una traba enorme.

La fortaleza de sus nervios le impedía seguramente a *ma chère mère* concebir tales sentimientos, y mientras nosotros ocupábamos nuestros puestos, ella nos contó con vivacidad y desparpajo el día de su presentación en la corte, cómo había estado ensayando reverencias ante cinco sillas vacías, y cómo ejecutó luego esas reverencias ante unas cabezas coronadas. Describió toda la escena y a los personajes principales con tanta vivacidad y tanta fuerza que, por un momento, olvidé dónde me encontraba y por qué. Se oyó entonces el rodar de un coche, *ma chère mère* guardó silencio. Yo me puse de pie, enardecida, y Oso hizo lo propio, pero ella posó en mi hombro la mano y detuvo mis movimientos, y nos dijo a Oso y a mí:

—¡Quietos! Esta anciana será la primera en darles la bienvenida a su casa, y quien los aguarde aquí mismo.

Tenía un aire solemne, y yo me senté de nuevo con el corazón bombeándome en el pecho. Oso parecía inseguro pero, cuando se oyeron voces y tumulto en la antesala, dijo:

—¡Es Jean-Jacques! —Y se sentó él también. Ya se oían pasos, y un criado anunció alto y claro:

—¡El barón Jean-Jacques y la baronesa!

Se oyó el frufú de un vestido de seda y, acompañada por un caballero, hizo su entrada una dama más o menos de mi edad, pero más alta. Su aspecto era enteramente *comme il faut*, andaba con paso raudo y con cierta decorosa seguridad y llegó hasta *ma chère mère*, que se incorporó, se irguió mayestática y, con un aspecto de lo más imponente, dio tres pasos hacia la recién llegada mientras esta se le acercaba. La cuñada hizo una profunda reverencia y le besó la mano, tal como hice yo en su día. *Ma chère mère* también la besó a ella, pero solo en la frente, y la abrazó, al tiempo que rogaba a la joven dama que se sintiera «bienvenida y que se encontrara a su gusto en aquella casa». Acto seguido saludó a Jean-Jacques del mismo modo en que había saludado a Oso. Vinieron luego las presentaciones entre nosotros y los nuevos miembros de la familia. Yo me senté al lado de la cuñada. Al principio nos sentíamos algo *alteradas*, pero no tardamos en calmarnos, empezamos a tutearnos e iniciamos una grata conversación, y lo cierto es que Jane-Marie me gustó mucho, me gustó muchísimo, a decir verdad. No es hermosa, pero tiene un punto de distinción en su aspecto, y su físico es exquisito. Su persona y sus palabras testimoniaban una gran dulzura y sensatez. También el atuendo era muy apropiado y elegante: vestido de seda marrón, una gran cadena de oro con reloj (y con una llave), un gorro sencillo pero moderno, con una cinta azul claro, que armonizaba muy bien con la luminosidad de la piel y del pelo. Me gustan las damas que saben vestirse bien. Es signo de sentido común y de buen gusto.

—Pero ¿dónde está Petter? —había llegado a preguntar Oso alarmado hasta siete veces seguidas, antes incluso de haber concluido con la primera ronda de saludos. Finalmente respondió Jean-Jacques:

—Petter no vendrá hasta más tarde, si es que llega hoy. Ebba tuvo la ocurrencia de echarse a dormir en E., donde paramos a almorzar, y no quería que la despertaran bajo ninguna circunstancia. Petter la llamó y trató de convencerla, sin éxito. Finalmente, mi esposa y yo tuvimos que dejarlos allí, de suerte que *ma chère mère* no nos esperase en vano esta tarde. A mi parecer Ebba habría podido dormir en el coche, pues no soporta la visión del paisaje campestre, sino que se queda inmóvil con su doble velo cubriéndole la cara.

Ma chère mère arrugó un poco la frente, pero Oso frunció el ceño. Yo miré a Jane-Marie, que

sonrió y se encogió ligeramente de hombros. Casi en ese instante se oyó un coche que se acercaba y se detenía allí mismo.

—¡Ahí está! —gritó Oso, se incorporó y, lo mismo que una bomba, salió por la puerta a la carrera, para recibir a su querido hermano, antes de que *ma chère mère* pudiera detenerlo. Ella negó con la cabeza y parecía enojada, pero yo quise más a mi Oso por lo mucho que él quería a su hermano.

Estate atenta ahora a la cuñada número dos.

Una figura bajita, menuda, se acerca como flotando altanera a la par que garbosa. Tiene los ojos entornados y lleva el sombrerito de paja colgado del brazo. El minúsculo gorrito con cintas color de rosa le cubre una oreja, y deja sobresalir al otro lado, como al desgaire, unos rizos de cabello castaño. Su marido la sigue con la mirada, mientras Oso lo atrapa de nuevo en su abrazo. *Ma chère mère* se pone de pie, mayestática como la primera vez, y da tres pasos hacia la grácil sílfide, pero, para asombro indescriptible de todos, esta pasa como flotando por delante sin levantar la vista, y se deja caer con descuido en el sillón que acaba de dejar libre *ma chère mère*, al tiempo que exclama:

—¡Ay, estoy tan cansada... tan cansada que me muero de cansancio! ¡Uf!

La delicada capa de seda desapareció volando y dejó al descubierto un precioso vestido de hilo blanco, que, por un lateral, desvelaba el par más fino y delicado de pies y pantorrillas.

Tendrías que haber visto a *ma chère mère*. Se quedó como tocada por el rayo, pero Petter se acercó presuroso, cogió a Ebba de la mano, tratando de levantarla del sillón, al tiempo que le susurraba:

—¡Ebba! ¡Por Dios, por mí, piensa un poco! Ebba, ¡esa es *ma chère mère*!

—¡Cielos! —dijo Ebba, como quien despierta de un sueño. Y con un par de hermosos ojos castaños, miró a *ma chère mère*, más o menos como se mira la torre de una iglesia. *Ma chère mère*, por su parte, se le acercaba con una expresión que parecía decir: «¿Qué clase de bicho raro eres tú?».

Cuando *ma chère mère* llegó al lado de Ebba, esta se soltó rápidamente de la mano de Petter, se subió a la silla de un salto, le echó los brazos al cuello y la besó con el deleite y el desembarazo de un niño. Esto pareció causar impresión en *ma chère mère*, que tomó a Ebba por la cintura con sus grandes manos, la elevó y se la acomodó en el brazo como si fuera una niña, fue con ella hasta colocarse debajo de la araña de cristal, que entonces rebrillaba bajo los rayos del sol poniente, y contempló aquella cabeza de querubín bañada de luz. Ebba reía, todos reíamos sin poder remediarlo, y entonces resonó también la risa poderosa de *ma chère mère*, ¡jajajaja!, por encima de la de todos. Palmeaba y pellizcaba las mejillas de la bella aunque maleducada criatura, hasta que esta empezó a fruncir las finas cejas oscuras y a decir impaciente, una y otra vez: «¡Suélteme!». Pero *ma chère mère*, que tal vez quisiera castigarla un poco, siguió paseando un buen rato por allí con ella en brazos, jugando igual que se juega con un niño. Pero cuando las lágrimas empezaron a brotar de los ojos de Ebba, *ma chère mère* la zarandeó cariñosa, le besó la frente, la dejó en el suelo y le dijo a Petter estas palabras:

—Hijo querido, mete en vereda a tu mujer, o te meterá en vereda ella a ti.

A mí Ebba me dedicó un saludo de lo más grosero, a Oso ni lo miró, sino que se tiró en un sofá, subió los pies y se puso a contemplar con expresión indiferente el salón y a los presentes. *Ma chère mère* dejó pasar aquello, pero lo observaba todo con una cara de disgusto que, a mi entender, quería decir: «Ya te meteremos en cintura, niña impertinente».

Sea como fuere, Ebba es, de pies a cabeza, el ser más bonito que he visto jamás. Más que a un ser humano se asemeja a un hada niña, pero le afea la cara un aire arrogante y respondón, que se refleja principalmente en las aletas tensas de la nariz y en la terquedad que expresa la boquita. Bien es verdad que aún es muy joven, pero se me antoja que será una niña harto difícil de educar. De la misma opinión parecía Oso, que los observaba a Petter y a ella con la inquietud en el rostro. Petter está a todas luces terriblemente enamorado de su caprichosa mujercita, que no parece preocuparse mucho por él. Y no me extraña que él no pueda inspirar amor a un ser tan joven e infantil. Es feo, tiene una nariz larguísima; el pelo, gris amarillento, apunta en todas direcciones. Es taciturno e introvertido. Tiene, no obstante, los ojos bonitos, y una mirada expresiva e intensa. Se pasó la tarde en el sillón, como enfrascado en sí mismo, apretándole a veces la mano a Oso y mirando de continuo a su mujercita, que se había dormido tendida en el sofá. La tarde habría transcurrido un tanto lenta de no haber sido por Jean-Jacques. Acaba de volver de un viaje por el extranjero, y nos contó montones de cosas interesantes sobre empresas industriales y mecánicas, ferrocarriles, el camino que discurre bajo el Támesis[30]...

Jean-Jacques es apuesto y de conversación amena, y parecía lleno de vida y de conocimientos. *Ma chère mère* disfrutaba mucho con los relatos de Jean-Jacques, y los demás escuchábamos con sumo interés. En honor a la verdad, lamenté muchísimo que la llamada a cenar lo interrumpiera. Buscamos a Ebba; la vimos en el sofá, sumida en el mejor de los sueños, y estaba indescriptiblemente bella allí tendida como un capullo de rosa entre verdes hojas. Yo dije algo al respecto mientras la contemplábamos. Petter me dio las gracias con una hermosa mirada. Luego se inclinó, besó a Ebba en la mejilla a fin de arrancarla del sueño y dijo:

—¡Ebba, ángel mío, despierta!

—¿No puedes dejarme en paz? ¡Eres insufrible! —fue la dulce respuesta de Ebba. Y habría vuelto a dormirse de no haber elevado *ma chère mère* su potente voz, diciendo:

—Escuche bien, querida niña, si no nos acompaña a la mesa ahora mismo, la dejaremos aquí y se quedará sin comer. ¡No vaya a pensarse que nadie se preocupará por usted!

La joven abrió sus ojos castaños con una expresión de pasmo absoluto y se incorporó, y *ma chère mère* la cogió de la mano sin más y la condujo al comedor. Ebba se dejó llevar, pero con una cara de mal genio indescriptible. Como quiera que fuese, *ma chère mère* se portó con ella con amabilidad sorprendente, la sentó a su lado en la mesa y le dispensó mil atenciones de toda clase. Tiene la amabilidad de *ma chère mère* algo tan irresistiblemente alentador que incluso Ebba terminó por rendirse, y se abrió como una rosa se abre a los rayos del sol. Se le borró del semblante la expresión agria, que sustituyó por otra alegre y bondadosa. Se volvió al hacerlo infinitamente hermosa, y su cabecilla de Cupido se me antojó adorable. La joven comía, reía y hablaba con *ma chère mère*, que le dedicó mucha atención. Petter parecía enteramente dichoso. Jean-Jacques le hablaba a Tuttén (que no parecía menos dichosa) del auténtico *roast beef* inglés, y de la *omelette soufflée* francesa. Oso guardaba silencio y hacía muecas sentado al lado de Petter. Yo sostenía una conversación pareja con Jane-Marie, cuyo natural afable y cuya agradable charla me complacían cada vez más.

Al final de la cena, *ma chère mère* mandó traer una ponchera de humeante contenido, nos sirvió las copas a todos y despachó luego al servicio con un gesto de la mano. Callamos todos de repente, cual si esperásemos que ocurriera algo insólito. Tras aclararse la garganta con varios carraspeos, elevó su sonora voz y, con energía y solemnidad, habló como sigue:

—Queridos hijos e hijas, hay algo que quiero deciros, puesto que por vez primera os tengo

reunidos a todos aquí, en mi hogar y a mi mesa; hay algo que quiero deciros, hijos míos, pues deseo veros a menudo como a tres matrimonios unidos y felices. En un antiguo reglamento de la milicia de guerra, que poseía mi difunto marido el general Mansfelt, leí en su día que, en el momento en que se desataba la batalla, los hombres recibían una sola orden: «¡Esforzaos al máximo!». Esta regla puede valer también para un matrimonio. Los libros de conducta, los consejos de padres y madres, los preceptos de los tutores nos acompañan hasta el altar de Himeneo. Ahí se detienen, sin embargo, y a los recién casados les dicen solamente: «¡Esforzaos al máximo!». Pues en verdad que no es fácil dar en esto directrices de ninguna clase. Cada matrimonio constituye una logia propia, distinta a todas las demás, y donde no es bueno que se inniscuyan los no iniciados. Aun así, hijos míos, algún que otro consejo le aguantaréis a una mujer de edad madura, que ha visto algo de mundo y que lleva un buen tiempo trabajado en la logia del matrimonio. Y si tomáis *ad notam* estos consejos en el vuestro, encontraréis que son para bien. Si queréis ser felices, hijos míos, poned cuidado en evitar malas caras y cambios de humor. Son comportamientos que meten en casa al mismísimo Diablo. «Una nube diminuta puede ocultar al sol y a la luna.» Sí, hijas mías, guardaos de lo que puede llamarse «tiempo de nublos» en el hogar; y vosotros, mis hijos queridos, cuidaos de ser la tormenta de noviembre que lo provoca. Recordad el dicho: «La concordia nutre, la discordia pudre». Ya he visto entre vosotros, hijos míos, comportamientos que me desagradan, sí, sí, ya los he visto. Espero, sin embargo, que sean pasajeros y que mejoren, por lo que no seguiré abundando en la cuestión. No os digáis mentiras, ni en lo grueso ni en lo menudo. Una mentirijilla de nada ha destruido a veces toda una vida de matrimonio. «Una piedra pequeña es capaz de volcar un cargamento grande.» No os quedéis de brazos cruzados, sentados y ociosos. «La pereza es la almohada del demonio.» No faltéis mucho de casa. «La presencia de aquel a quien no se echa en falta tampoco es deseada.» «El hogar propio vale más que el oro.» Recordad que «temprana cosecha, tarde aprovecha».

»Muchos matrimonios, amigos míos, han comenzado cual aurora y han caído cual pellejo. «¿Por qué?», diréis. Pues sí, porque los esposos han descuidado agradarse mutuamente después de la boda, como lo procuraban antes. Esforzaos por complaceros el uno al otro, hijos míos, pero tened a Dios siempre presente. No derrochéis todo vuestro afecto en un solo día. Recordad que en el matrimonio hay también un mañana y un pasado mañana. Guardad leña para el invierno. Considerad, hijas mías, lo que significa vuestra posición en el hogar: la mujer casada es la fe del marido en el hogar. De ella ha de poder fiarse cuando se encuentre en su casa, a ella ha de poder confiar la llave de su corazón y el candado de la despensa. Su honra y su casa están a su cuidado, su bienestar, en manos de ella. ¡Recordadlo! Y vosotros, hijos míos, sed hombres fieles y buenos padres de familia. ¡Procurad que vuestras esposas puedan amaros y respetaros! Y ¿qué más puedo deciros, queridos? Aplicaos en la lectura de la palabra de Dios: os apartará de la tormenta y de la calma chicha, y os llevará a puerto. Y por lo demás, «¡esforzaos al máximo!». Así lo he hecho yo. ¡Dios os ayude y os bendiga, hijos míos, a todos, a todos y cada uno!

Ma chère mère extendió acto seguido los brazos, como bendiciéndonos, inclinó solemnemente la cabeza y apuró luego la copa.

Ebba fue tan impertinente que soltó un sonoro bostezo. No tocó la copa siquiera, sino que se retrepó en el respaldo de la silla y cerró los ojos. Jane-Marie bebió con una expresión muy digna. Yo tuve, al principio del discurso, cierta dificultad para contener la risa al ver las horribles muecas que Oso hacía sin parar, pero poco a poco me fueron atrapando la seriedad y la fuerza de las palabras de *ma chère mère*. También Oso escuchó atento y, terminado el parlamento, nuestras

miradas se cruzaron y bebimos a nuestra salud y a la de *ma chère mère*.

Apuradas las copas, nuestra anfitriona le arrancó a la suya un claro tintineo con el cuchillo. Entró el servicio y, cogiéndose del brazo del magistrado Høk con la más aguerrida expresión de general, nos pidió que desfiláramos ante ella por parejas, como si pasara revista. Cuando llegó mi turno, me dio una palmadita en el hombro y dijo: «¡Tú sigues siendo la más bajita!». (Eso no es verdad, pues me he medido con Ebba, y le saco media cabeza, pero *ma chère mère* quiere hacerme rabiar.) Solo Ebba se resistía a cumplir las órdenes: quería pasar sin su marido y, para escapar de él, fue dando saltitos como un pajarillo a nuestro alrededor y entre nosotros. *Ma chère mère* y el magistrado Lagman cerraban el cortejo.

Después de la cena seguimos conversando un rato, al cabo del cual la anfitriona acompañó a las jóvenes parejas a sus cuartos. Yo los seguí, y lo propio hizo Oso, que no quería quedar fuera. El bueno humor de Ebba aún perduraba, pero se manifestaba ahora en su burla de lo anticuado de los muebles. *Ma chère mère* le dio entonces una lección, que Ebba escuchó atenta, y tras la cual le besó la mano, se inclinó y le dio las gracias con cómica humildad. Es una criatura dulce pero consentida a más no poder, y se diría que conviene mal a Petter, tan apacible y grave. Jane-Marie, en cambio, parecía por entero satisfecha con todo; además, advirtió complacida mis flores, y su sensatez y sus buenas maneras destacaban en perfecto contraste con la falta de consideración de Ebba. *Ma chère mère* estaba de excelente humor y bromeaba con todos nosotros, no de la forma más refinada, precisamente, pero con verdadero ingenio. Y es que tiene algo de lo más peculiar que hace que todo el mundo se encariñe con ella. Durante la velada noté que, con su forma de ser resuelta, clara y precisa, da satisfacción y seguridad a cuantos la rodean. A cada cual pone en su sitio de inmediato. Seguir sus reglas resulta fácil y agradable.

Ma chère mère nos ha pedido a Oso y a mí que vayamos a cenar mañana «con la familia». Me ha dado una gran alegría, pues tenía mucho interés en tratarlos un poco más. Tengo el presentimiento de que encontraré una amiga en Jane-Marie. Y siento en el corazón la necesidad de amistades femeninas. Desde que tú, Maria, te mudaste tan lejos de aquí, he sentido un gran vacío en mi vida (pues escribir no es suficiente) y, si llego a sentir cariño por Jane-Marie, no te tendré por eso menos a ti.

Pero volvamos a la noche pasada, a Oso, a Rosenvik. De nuevo allí, lo hice partícipe de todas mis observaciones sobre cuñados y cuñadas. Estaba él, sin embargo, sumido en una profunda reflexión y, a cuanto yo decía, respondía solo con un suspiro y con las palabras: «¡Pobre Petter!». Un tanto impaciente por su eterno «¡Pobre Petter!», dije al fin:

—Pobre Petter, pobre Petter... Petter tendrá que hacer como un Oso que yo conozco, habrá de domar a su mujer con sensatez y bondad, antes de someterse a su tiranía.

Oso me miró con ternura, me dijo cosas muy bonitas, pero terminó recayendo en su «¡Pobre Petter!».

A Ebba le tiene cierto horror, la llama bicho, y se niega incluso a reconocer que es bonita. Jane-Marie, en cambio, lo complació mucho, igual que a mí.

Y ahora voy a vestirme para la cena. Te mando mil besos y envío la carta.

CARTA IV



Rosenvik, 21 de junio

La cena de ayer transcurrió bien. *Ma chère mère* se mostró contenta y amable. Ebba se comportó como es debido y estaba más bonita que el rocío. Jane-Marie iba de lo más elegante y bien vestida, por más que yo habría preferido un poco de desenfado y el gran Sévigné[31] «fuera de» la frente. No me gustan los adornos que ocultan la frente. Jean-Jacques mantuvo viva la conversación con sus apasionantes relatos. El magistrado Hök vertió media jarra de agua en la mesa, y debió de quedar extraordinariamente turbado por tal suceso. Poco después, Jean-Jacques le describía con gran emoción un automóvil de vapor provisto de alas, con el cual podía uno volar por los aires. El magistrado Hök lo escuchaba con suma expectación. Animado al verlo, Jean-Jacques empezó a describir el automóvil con más entusiasmo, con más detalle, cuando el magistrado Hök lo interrumpió y, con expresión preocupada, dijo:

—Perdóneme... Perdón... Pero... ¿a qué jarra se refiere el barón?

Ma chère mère se rió y Jean-Jacques lo miró con no poco desconcierto.

Jean-Jacques habla demasiado. Hoy me ha parecido algo pesado, sobre todo después de la comida. Al final ya solo oía como un rumor incesante del que surgían palabras como «ferrocarril», «Mánchester», «túnel», «máquina de vapor» y «*Penny Magazine*», que así alcanzaban mi oído. Cuantas más descripciones hacía Jean-Jacques, tanto más me adormilaba yo y, a la postre, él abandonó a tan indigna oyente. No mucho después, un suceso extraordinario me despertó de mi somnolencia. *Ma chère mère* estaba sentada en el sofá y había dispuesto sus desgastadas cartas del solitario para la *blocade de Copenhague*[32]. A su lado el magistrado Hök tomaba rapé. Jane-Marie estaba aleccionando a Ebba, lo cual podía considerarse de lo más apropiado, aunque de poco parecía valer. Un joven criado recorría la sala con unas tazas de café, y Jean-Jacques exclamó:

—¡Cielos! ¡Se parece a Bruno!

En ese preciso momento, la mesa de *ma chère mère* recibió un empujón, de modo que cayó derribada con la *blocade de Copenhague*, y ya nadie podía hacer otra cosa que mirarla. Primero palideció, luego se puso amarilla. Se le afiló la nariz, se le amorataron los labios y la respiración se oía como un silbido profundo y fuerte. Se levantó como una rugiente ola aterradora, alargó el puño hacia Jean-Jacques con gesto amenazador, los ojos, perplejos y terribles, iban como a salirse

de las órbitas, y el casco parecía elevarse por encima de la cabeza. Jean-Jacques palideció también, y se apartó. *Ma chère mère* ofrecía en verdad una visión horrenda, y, casi sin resuello a causa del miedo, me quedé aguardando un espantoso desenlace. Pero *ma chère mère* se quedó como paralizada en aquella postura amenazante: inmóvil, muda y terrible, como presa de un embrujo fatal (como si un fantasma atroz se hubiera aparecido a su vista). Así siguió un buen rato y solo su respiración ruidosa y violenta revelaba la intensidad de la emoción que sentía, angustia o ira, ignoro cuál de las dos. Mientras así se hallaba, mi pavor se transformó en angustia, y a punto estuve de llegarme a ella corriendo, pero Oso me retuvo firmemente y, rodeándome con el brazo la cintura, se quedó sentado observándola atento en silencio absoluto. Nadie más trató de acercársele, y al cabo de unos instantes aquella tensión aterradora cedió finalmente por sí sola. Cayó el puño, parte del color vital volvió al rostro y a los labios lívidos, los ojos se tornaron más dulces. Respiró hondo varias veces, pero cada vez más lentamente, como suspirando, y sin pronunciar palabra ni mirar a nadie, salió de la sala despacio y cerró de golpe la puerta tras de sí. Yo la habría seguido, pese a todo, de no haber sido porque Oso me lo impidió y, al verme tan inquieta y alterada, me llevó a un aparte y me aclaró el porqué de tan extraordinaria y dolorosa escena con estas palabras:

—*Ma chère mère* tuvo un hijo llamado Bruno, y ese hijo...

—¿Murió? —lo interrumpí yo.

—¡Sí!

—Y ¿por eso causa su nombre, su recuerdo, *ese efecto* en ella? —dije con curiosidad y sorpresa.

—No solo por eso. Ese hijo fue para ella motivo de gran dolor, y cuanto se le trae a la memoria, en particular la mención de su nombre, la altera muy hondamente. Sin embargo, hay que dejar pasar esos episodios como inadvertidos. Ella no soporta que se les preste atención, y pasan con más rapidez cuando la dejamos totalmente sola.

—Pero ¿qué fue, pues, lo que le pasó a su hijo?

—Es una larga historia, Fanny, ya te la contaré algún día.

—«Algún día» es un granujilla. Detesto «algún día». ¡No podré esperar más allá de esta noche, Oso!

—Bien está, pues, ¡esta noche! Pero ahora no podemos seguir aquí susurrando.

Así que volvimos con los demás.

El magistrado Hök estaba sentado en el sofá ante la mesa del solitario, y vi que trataba de componer la *blocade* exactamente igual que estaba en el momento en que la mesa volcó, a fin de que, a su regreso, nada recordara a *ma chère mère* la escena que había tenido lugar. Una vez que consiguió colocar las cartas en orden, volvió a tomar una pulgarada de rapé y estornudó nueve veces seguidas, lo que provocó en Ebba una estentórea carcajada. Me conmovió la consideración que le manifestaba a *ma chère mère*. Es un hombre de una amabilidad extrema. Así han de ser los amigos. ¿Te he dibujado ya el retrato del magistrado Hök? No lo creo. Aquí tienes un apresurado borrador. Rondará los sesenta años, es delgado y alto, tiene los pies largos, las manos largas, el cuello largo y larga también la cara, en cuyas arrugas y picaduras de viruela hallarás fealdad pura, hasta que llegas a la altura de una gran nariz hökiana, y te ves frente por frente de un par de ojos que, desde sus profundas cuencas, poseen una mirada apacible, buena y grata. Se asemejan a esas luces amables que, en un día nublado de otoño, vemos resplandecer en las ventanas de una posada. Se diría que tiene una varilla en cada articulación, jamás he visto una espalda tan larga y

tan recta, y cada vez que lo miro me pregunto si se lo podrá acusar de abrigar «fantasías poéticas». Pero *ma chère mère* parece tener una idea muy clara sobre el particular. Por lo demás, poco juicio puedo tener yo sobre él. Rara vez habla con nadie, excepción hecha de *ma chère mère*. Su voz y sus maneras son suaves, pero, aunque es persona taciturna y tranquila, no resulta fácil olvidar que se encuentra en la sala. Es, desde luego, una buena persona, pero toma tanto rapé, tantísimo, que siempre verás algún montoncillo cerca del lugar en el que él haya estado. Como fuere, no hay en ello nada de malo.

Mientras el magistrado Høk ordenaba el solitario, y Jane-Marie, Jean-Jacques y yo hablábamos de música, vio Ebba ocasión de hacer gala de sus buenos modales. Después de sacar las agujas de la calza que yo estaba tejiendo, de volcar la cajita de rapé del magistrado y de cometer todo jaez de travesuras menores en los dormitorios, se escabulló por detrás de Petter y de Oso, que, por estar tratando algún tema importante, habían juntado las cabezas, y unió con una costura los faldones de las dos levitas. Nada sospecharon los buenos de los dos hermanos; y tampoco yo, cuando, viendo el buen tiempo que hacía, propuse que diéramos un paseo. Hubo acuerdo, los dos hermanos se pusieron de pie y ¡ris, ras!, resonó al separarse los faldones violentamente. Oso dio un brinco desesperado con cara de espanto. Imposible me fue contener la carcajada, y en el paroxismo del goce infantil rodaba Ebba entre risas por el sofá. Petter no sabía exactamente cómo tomárselo. Oso se enojó un poco con Ebba al principio, y también conmigo, según creo, pero luego nos riñó a las dos con humor y con tono bonachón. Jane-Marie negó un poco con la cabeza, aunque tampoco pudo evitar una sonrisa. Sin embargo, cuando vio el bello tapiz que ella misma estaba bordando, y descubrió que Ebba también había estado haciendo de las suyas con él, y que había dado unas puntadas a tontas y a locas, se puso muy colorada y, lanzando a Ebba una mirada severa, dijo con palabras muy desabridas algo sobre «una insolencia imperdonable». Y vaya si era irritante ver arruinado un trabajo tan bien hecho. Más fácil me resultaba a mí pensar en las agujas que había sacado de la labor. El magistrado Høk guardaba silencio mientras intentaba recoger el rapé esparcido. A fin de acabar con semejante situación, volví a proponer el paseo. Todos se mostraron dispuestos, salvo Ebba. Tendida en el sofá con pose descuidada aseguró que ella jamás pondría un pie fuera mientras estuviera en el campo, que detestaba el campo y el polvo de los caminos, que le lloraban los ojos con el verdor del paisaje... En vano tratamos de convencerla, en vano trató de hacerle ver Jane-Marie su infantil falta de juicio. Insistió, porfiada, en su determinación. Y Petter... Petter se quedó con ella. En ese punto no pude por menos de repetir como lo hiciera Oso: «¡Pobre Petter!». Tampoco el magistrado Høk se movió de su sitio, de seguro a la espera del regreso de su amiga. Con el pretexto de ir en busca de un chal, me escabullí discretamente hasta la puerta de la alcoba de *ma chère mère*, y escuché unos instantes embargada de sincera preocupación por ella. Me dijeron que sufría terribles vapores y largos bostezos espasmódicos y, mucho más calmada, me uní al grupo para salir a pasear.

Hacía un tiempo espléndido. Jean-Jacques le hablaba a Oso de los arreglos que tenía intención de hacer en la hacienda, y reprobó las formas anticuadas de *ma chère mère*, a lo cual mi marido respondía con extrañas muecas, al tiempo que exhalaba torbellinos de humo con la pipa. Yo entablé con Jane-Marie una conversación sobre las excelentes novelas de Bulwer[33] y de *miss Martineau*[34], y disfruté muchísimo escuchándola. Vi que Jane-Marie era mujer muy leída, que habla varias lenguas; y acordamos leer juntas la *Commedia* de Dante. ¡Será divino! Mientras nos regocijábamos con la sola idea, tomamos un hermoso sendero que bajaba bosque a través hasta un molino, cuyos caños de agua oíamos cantar entre el follaje. De repente me percaté de algo que

hizo que me detuviera, y le tiré a Oso de la manga, a fin de que él se fijara también. Nos paramos todos y nos quedamos mirando hacia la izquierda, donde el sol brillaba sobre un tramo verde y despejado. Entre los robles caminaba un hombre de porte robusto, casi atlético, que vestía traje de montar oscuro y noble. Caminaba despacio, con los brazos cruzados y la cabeza gacha, como sumido en profundas cavilaciones. A su lado, o más bien detrás de él, iba un hermoso y reluciente caballo negro, con la brida ricamente engalanada de conchas blancas. Las riendas colgaban sueltas, y la hermosa cabeza ora se inclinaba hacia la hierba, ora se elevaba acariciando el hombro de su señor, que parecía hecho a ello y dejaba plena libertad a su fiel compañero. No pudimos sino atisbar el perfil del caballero, pues caminaba de espaldas a nosotros, pero nos permitió intuir un rostro ensombrecido y triste. Así iban hombre y bestia, juntos en amistosa paz, adentrándose cada vez más en el bosque, hasta que desaparecieron de nuestra vista. Sin embargo, los siguieron nuestras conjeturas, y pronto llegamos a la conclusión de que acabábamos de ver al celeberrimo y misterioso vecino de Ramm. Se llamara Romulus o Romanus, y estuviera o no justificada la novelesca historia de la señora P., era innegable que tanto el modo en que apareció ante nosotros como su aspecto tenían un aire de lo más romántico. Reconozco que siento una curiosidad enorme por saber más de él. Estoy convencida de que, con una sola vez que pueda verlo *en face*[35], sabré decir en el acto si es un espía o solo un buen hombre presa del abatimiento; si es un don Miguel o si es un Howard[36], pues el relato que oí en «el reino de los cielos» hace que me incline más bien por lo segundo.

Al cabo de casi una hora de paseo llegamos a casa. En la sala se encontraban *ma chère mère* con su solitario, y el magistrado Høk a su lado. Todo aparecía como si nada extraño hubiera sucedido. Solo que *ma chère mère* estaba pálida y más seria que de costumbre. Nos saludó amablemente, pero a nadie dirigió la palabra. Tuttén nos sirvió el té. Jane-Marie se sentó al pianoforte e interpretó una pieza difícil de Herz[37]. Más difícil que hermosa, a mi juicio. Pero ¡cómo toca! Una maestra consumada al pianoforte. Es una lástima que no tenga voz. De lo contrario, cantaríamos juntas. Sin embargo, puede acompañarme, eso sí. Es una suerte tenerla de cuñada. ¡Qué diferencia entre Jane-Marie y Ebba! En todo caso, Ebba estuvo encantadora toda la tarde, aunque insistió a todo el mundo para que saliera a bailar y, como nadie quiso, empezó a bailar ella sola en la sala contigua, y a cantar con una voz preciosa. Petter la devoraba con los ojos. Y no me extraña. La muchacha es como una joven Gracia cuando se porta bien y está contenta. En parte por darle gusto y en parte seducida por un secreto deseo de bailar, me uní a ella al cabo de unos instantes. Convencimos a Jean-Jacques y, finalmente, al mismísimo Petter, y estuvimos bailando un rato con alegría en el corazón y para regocijo indescriptible de la propia Ebba. Pero cuando los caballeros, ya cansados, nos abandonaron, y Ebba, acurrucada a mi lado en un sofá, empezó a referirme todos los bailes a los que había asistido aquel invierno en Estocolmo, cómo iba vestida, cuántas veces le habían pedido bailar, en particular este y aquel, se apoderó de mí un ataque irrefrenable de bostezos, el cual me habría arrojado en brazos del sueño si unas voces que oí en la salita no me hubieran permitido interrumpir el parloteo de Ebba e ir a ver qué ocurría. *Ma chère mère* estaba jugando una partida de boston con Jane-Marie, el magistrado Høk y Oso, y en aquellos momentos estaba riñendo de lo lindo a Jane-Marie que, me figuro, jugaba mejor que yo y había conseguido que perdiera. Solo oí las siguientes palabras:

—¿Cómo se le puede ocurrir pasar, cuando tiene cuatro cartas de triunfo y el rey de picas en la mano?

—No tengo intención de asistir, puesto que veo que no puedo hacer mi jugada —respondió

Jane-Marie con sumo disgusto.

—Claro, y por eso he de perder yo —replicó *ma chère mère* enojada—. ¡Y eso que había hecho renuncio en tréboles y usted en rombos!

Desde luego, tenían un buen conflicto. La escena se vio interrumpida por el tenedor de libros, que llegó quejándose de dos mozos, los cuales se negaban a obedecer sus órdenes en las caballerizas. *Ma chère mère* dejó que explicara con detalle la naturaleza de la orden y la negativa de los mozos y, al entender que esta última podía considerarse de arrogancia grave, se le ensombreció el semblante y se levantó impetuosamente. También Jean-Jacques se puso de pie, pero ella lo sentó de nuevo diciéndole:

—¡Ahí quieto! —Y al tenedor de libros—: ¡Espere!

Salió y volvió un instante después con el Januarius y el gorro puestos y, seguida del tenedor de libros, salió a grandes zancadas en dirección a las caballerizas. Al cabo de diez minutos volvió, del todo restablecida, después de ejecutada la tarea.

—¿Cómo ha ido la cosa? —preguntó Oso.

—¿Cómo había de ir, si no bien? —respondió *ma chère mère* animosa—. Les he soltado un buen rapapolvo sin miramientos. Así sabrán cuál es su sitio, y ya se verá si osan no obedecer con la mayor diligencia. Queriéndolo yo, ya pondrán ellos a trabajar manos y pies, por todos los demonios. Nada, que no era para tanto. Tannerström también ha sido demasiado indolente, y ya me ha oído, ya. Pero así son las cosas: «Todos quieren que trabaje el hacha, pero nadie quiere sujetar el mango». «Todos quieren ser señores, pero nadie quiere cargar con el saco.»

Anunciaron la cena y *ma chère mère* se condujo como siempre en la mesa, como la anfitriona educada y alegre que era. De la escena de aquella tarde no quedaba el menor vestigio.

Cuando Oso y yo, ya entrada la noche, llegamos a nuestro apacible y humilde hogar, le pedí que me refiriese los sucesos que tanto habían alterado el ánimo de *ma chère mère*, y aquí tienes, casi con las mismas palabras con que me lo contó él, un relato extraño y horrible:

—*Ma chère mère* tuvo con el general Mansfelt un solo hijo, al que llamaron Bruno, por su padre. Su nacimiento estuvo a punto de costarle la vida a la madre, y aquel ser que tanto le costó le era más querido que la vida misma. En más de una ocasión se vio a la madre arrodillada junto a la cuna del hijo, como venerándolo. Muchas noches, cuando alguna indisposición menor le traía un sueño inquieto, ella se sentaba junto a su lecho y lo velaba en silencio. Ella misma lo amamantó, nadie más que ella podía cuidarlo o tocarlo siquiera. Su regazo era la cuna de la criatura, sus rodillas eran su asiento, sus brazos eran su mundo. Y así rodeó de un amor infinito a aquel niño, que pronto se mostró salvaje y despótico, pero que, por otro lado, se aferraba al cuello de su madre con impetuosa ternura, y no parecía hallar descanso más que junto a su pecho. Era una hermosura verlos juntos. Eran la leona y su cría, que, en una mezcla de fuerza salvaje y honda ternura, luchaban y se besaban al mismo tiempo. Pero, ya desde la cuna, la relación entre madre e hijo fue extraña y, de cuando en cuando, hostil. Un día se puso al pecho al retoño, que tenía a la sazón nueve meses de edad. El niño, por hambre o por enojo, le dio un buen mordisco con sus jóvenes dientes. Irritada por el dolor, la madre le atizó un sopapo. El niño soltó el pecho enseguida y... jamás volvió a tomarlo. Hubo que acostumbrarlo a otro alimento, pues su madre no soportaba la idea de que lo amamantase una extraña. Tiempo después, en una ocasión en que la madre quería aplicarle al niño, que ya tenía ocho años, un castigo bien merecido, él se volvió hacia ella como un joven león y ¡la golpeó!

»Entre tales manifestaciones de conducta salvaje, sin embargo, también se apreciaban otras

que eran expresión de un cariño ilimitado. Ella se interponía enseguida entre el niño y cualquier tipo de peligro. Él besaba el suelo que ella pisaba. Cuando volvían a verse tras un breve período de separación, lo hacían siempre entre arrebatos del amor más intenso. Un instante después, sin embargo, algo podía abocarlos al enfrentamiento. Este tipo de relación se fue intensificando con los años. Ambos tenían una voluntad firme y apasionada. No parecía que pudieran vivir ni juntos ni separados.

»Era imposible encontrar a un joven más apuesto, pero por más que su madre lo adorase con toda el alma, su sentido de la justicia era tan acusado que jamás lo favorecía en detrimento de los hermanastros, ni siquiera en asuntos menores. Ni se libraba más que ellos de los castigos, ni salía ganando en recompensas y placeres. Nada tenía que no tuvieran ellos, a excepción de las caricias de su madre.

»Todos en casa estábamos sujetos a unas normas muy estrictas, y a mucha limitación en lo tocante al dinero. Yo siempre tuve tendencia al ahorro; pese a todo, me veía obligado a recurrir a alguna actividad inocente a fin de procurarme algún peculio para el correo, y medios para algún que otro gasto menudo, que *ma chère mère* consideraba superfluo. De modo que, secretamente, aprendí el oficio de carpintero. Bruno era, por naturaleza, más despilfarrador que yo y más proclive al desorden. A fin de satisfacer su paladar y su deseo de placeres, recurrió pronto a una tarea no tan inocente: empezó a birlar aquello que no le daban de buen grado, primero a sus hermanos, después al cuerpo de casa. Nadie osaba, no obstante, castigarlo ni poner a su madre al corriente de lo que sucedía. Dotado de una fuerza hercúlea, aquel joven habilidoso y forzado aventajó pronto a sus hermanos, que enseguida empezaron a temerle, al igual que todos en aquella casa. Quererlo, nadie lo quería, menos yo. No sé bien qué fue lo que me inspiró ese apego. Yo admiraba su enorme talento natural; sus ocurrencias disparatadas pero ingeniosas me arrancaban casi siempre una sonrisa al tiempo que debía censurarlas, lo que seguramente más me influía era que él... Él me tenía un aprecio sincero.

Oso dijo esto con la voz conmovida y guardó silencio unos instantes; luego retomó el relato:

—Debo hacerle justicia y reconocer que nunca desoía las cosas que se le decían con sentido común y con dulzura, y en más de una ocasión desistió, a un ruego mío, de acciones indignas, o lloró amargamente ante mis razonamientos, a la par que confesaba su infausta iniciación en el camino del pecado. En aquella época, sin embargo, yo rara vez estaba en casa. Al ser mucho mayor que Bruno, ya había terminado mis estudios cuando él comenzaba los suyos, y me encontraba casi permanentemente fuera de casa ejerciendo mi profesión de médico.

»Extraordinario fue el dominio que, de los trece a los dieciséis años, ejerció sobre Bruno una criatura, una niña. Fue la misma Serena Löfwen que tanto te cautivó la última vez que estuvimos en la ciudad. Ella era, a la sazón, una niña preciosa y tranquila, pero enfermiza. *Ma chère mère*, que siempre ha tenido en muy alta estima a la señora Dahl, la convenció de que, durante tres años seguidos, pasaran en Ramm los meses de verano, por ver si el agua de manantial y el aire fresco del campo fortalecían la salud de la frágil Serena. El ingobernable Bruno se encaprichó entonces con aquella niña angelical, y era extraordinario ver la violencia y las privaciones a las que se sometía por ella, cómo lo dejaba todo para pasearla por los bosques de Ramm, para hacerle arrumacos o sentarse a contemplarla mientras dormía. Los días festivos, cuando estaba ocioso, acostumbraba a salir de la casa por la mañana temprano, con una cesta de viandas en la mano y con Serena del brazo, y rara vez volvíamos a verlos antes de atardecido. Con estos hábitos de vida mejoró la salud de Serena, y Bruno se tornó más dócil. Un ruego de la voz infantil de la niña,

sus lágrimas eran para él un resorte más eficaz que las órdenes de su madre y de su maestro.

»De haber advertido esa inclinación de Bruno a oponer resistencia a la severidad y ceder a la bondad, y de haberlo tratado conforme a ella, estoy convencido de que habría llegado a ser un buen marido y un hombre excelente, capaz de honrar a su familia. Pero su maestro, un hombre de carácter estricto e inflexible, y más aún su madre parecían haberse propuesto doblegar su carácter indisciplinado solo con violencia.

»*Ma chère mère* no sospechaba, en todo caso, el peligroso camino que Bruno había tomado, y nada recuerdo haber temido en la vida tanto como que ella lo descubriera. Ella, tan orgullosa, tan sensible a todo lo relativo a la honra, tan estricta en sus principios y en la moralidad que debía regir su vida... La belleza floreciente de Bruno, su gran talento para los conocimientos teóricos y prácticos, su habilidad para el ejercicio físico, su arrojo y la osadía misma de su fuerza constituían el orgullo de su madre. Y a ella le brillaban los ojos de alegría al verlo, o con la sola mención de su nombre. Oír decir de él algo deshonesto sería para ella un golpe mortal. También el propio Bruno tenía orgullo y sentido del honor, deseaba la aprobación de su madre con celo indescriptible, pero el ímpetu de sus pasiones y su incapacidad para dominarlas lo arrastraban siempre a cometer actos delictivos.

»Comenzó entonces, con todo, una época en la que todo pareció haber tocado a su fin. Pasé en Ramm un par de meses de verano. Bruno se había confirmado aquella primavera. Lo encontré extraordinariamente sensato y sosegado. La relación con su madre era más pacífica y amorosa que nunca, y yo abrigaba la esperanza de que se hubiera apartado por completo de sus errores. A mí me dijo él que así era. Pronto noté, pese a todo, que seguía teniendo dispendios secretos y mayores de lo que debería. Desde hacía ya un tiempo, me encontraba en situación de poder asistir a Bruno con dinero, y confiaba así en evitar que se lo procurase ilícitamente. Empezó entonces a recurrir a mí de cuando en cuando, y yo le prestaba lo que podía, pero un día me pidió una suma de tal cuantía que, con cierta sorpresa e indignación, se la negué (tampoco me habría sido posible obrar de otro modo), y le reproché tanto despilfarro. Bruno guardó silencio, pero apretó los dientes y se marchó. Era el último día que pasaríamos en Ramm. Al día siguiente partiríamos los dos, él a la universidad, yo a S. Salió él a caballo de buena mañana rumbo a la ciudad para despedirse de los ancianos Dahl y de su joven prometida, como él llamaba a Serena. No lo esperaban de regreso hasta la noche.

»Poco después del almuerzo, el tenedor de libros anunció que una suma notable de dinero, que aquella mañana tenía él en el despacho, había desaparecido, y aseguraba que no cabía sino sospechar de alguien de la casa, pues solo una persona que la conociera bien podría estar al tanto de dónde guardaba él ese capital.

»Que *ma chère mère* supiera, era la primera vez que algo así sucedía bajo su techo. Abordó el asunto con toda diligencia y emprendió al punto la inspección de la casa. Seguida del tenedor de libros y de dos de sus más antiguos y fieles criados, revisó personalmente la casa entera, escudriñó cada rincón y registró a la servidumbre con el máximo rigor. Los dos criados mayores hubieron de someterse al examen igualmente. Viendo que en ningún sitio hallaba el menor motivo de sospecha, dio en pensar que el ladrón bien podría ser el propio delator, de modo que las pertenencias del joven tenedor de libros, e incluso la ropa que llevaba, se registraron con más rigor aún del aplicado a los otros. Este joven era enemigo personal de Bruno y, ya fuera cierto que sospechaba de él, ya quisiera solamente dar rienda suelta al resentimiento que le había despertado la conducta de *ma chère mère*, dijo con amargo rencor:

»—La señora tal vez encontraría más cerca de sí aquello que busca.

»—¿Qué quiere decir? —preguntó *ma chère mère* con una mirada de espanto.

»—Pues ¡sí —continuó el irritado sirviente—, que en la carne de su carne y la sangre de su sangre podrá encontrar la señora lo que injustamente sospecha que encontrará en personas inocentes!

»—¡Mientes, hombre! —dijo *ma chère mère*, pálida de ira, agarrándolo del brazo y zarandeándolo.

»Más alterado aún y casi furibundo, este replicó:

»—¡Yo seré un mentiroso si uno de los hijos de la señora no es un ladrón!

»—¡Seguidme! —dijo *ma chère mère*, y echando fuego por los ojos, pálidas las mejillas, subió, seguida del tenedor de libros y de los dos criados, a nuestros aposentos. Yo había estado fuera, acababa de volver, y apenas me habían puesto al tanto de lo sucedido cuando *ma chère mère* entró en mi alcoba con su séquito. No puedo describir qué sensación se apoderó de mí en ese momento. Una intuición de lo que de verdad había ocurrido se me pasó por la cabeza. Palidecí y me senté sin pensarlo en el baúl de viaje de Bruno, que estaba allí preparado junto al mío. *Ma chère mère* clavó en mí una mirada penetrante, dio un respingo y palideció aún más. Acto seguido nos dijo con voz firme a mí y a mis hermanos, que también estaban allí:

»—¡Hijos míos! Por el honor de esta casa, debéis someteros al examen que todos han pasado hoy. No tengo que deciros que esto es una formalidad, y que estoy convencida de vuestra inocencia.

»Acto seguido, me lanzó una mirada inexplicable, pasó por delante de mi baúl y examinó las pertenencias de mis hermanos. Volvió luego a mi alcoba y se dirigió a mi baúl. Lo revisaron a conciencia. Nada hallaron que no debiera estar allí. Mis herramientas de carpintería se encontraban al fondo. Una vez que lo hubieron examinado todo, *ma chère mère* me dirigió una mirada llena de amor maternal y de alegría. ¡Ay! Había sospechado de mí, el hombre asentado, antes que del desastrado joven, pues levantó la cabeza y en aquel semblante fuerte y expresivo se leía un “¡Gracias a Dios! ¡Ya estoy tranquila!”.

»—Ya solo faltan las pertenencias del joven barón —dijo respetuosamente uno de los viejos criados—, pero su baúl está cerrado y, además, es innecesario...

»—¡Lo estará, sin duda! —exclamó *ma chère mère*—. Pero él debe correr la misma suerte que los demás. ¡Hay que abrir el baúl!

»—Pero el joven barón... no está en casa —dijo, temeroso, el criado—. No podemos...

»—¡Lo manda su madre! —atajó ella acaloradamente.

»Y así se hizo. Con su propia mano, la madre fue sacando libros y prendas de ropa, que, en gran desorden, había allí amontonadas. De repente apartó la mano como si se hubiera quemado con un hierro candente: había dado con un fajo de billetes. Era... la cantidad que el tenedor de libros había echado en falta. Cogió el dinero, le dio la vuelta en la mano, lo observó como si no pudiera dar crédito a lo que veían sus ojos, y empezó a palidecer cada vez más. Un grito de horror indecible y unos lamentos salieron finalmente del fondo de su pecho:

»—¡Mi propia sangre! —gritó—. ¡Sangre de mi sangre y carne de mi carne! —Y, sin un suspiro, cayó al suelo como muerta. La sacamos de allí, y nuestros cuidados lograron finalmente que volviera en sí. Su despertar fue terrible. No derramó, sin embargo, una sola lágrima, ni pronunció una palabra de ira ni de queja. Se mostró fuerte y resuelta.

»Enseguida mandó buscar con un mensajero al pastor Rhen, que lo era de aquella diócesis. Era un hombre de hierro, estricto, vigoroso, dispuesto a luchar por la ley con palabras y con hechos y, por si fuera poco, un amigo honrado y fiel de *ma chère mère*. A él se confió ella, y entre los dos acordaron cómo había que proceder. Yo adiviné sus propósitos y traté inútilmente de usar la influencia que tenía a veces sobre *ma chère mère* para inducirla ahora a adoptar unas medidas no tan duras o, siquiera, tan impetuosas. Mis intentos fueron vanos. Y *ma chère mère* respondió solo con estas palabras:

»—El delito sin castigo induce a repetirlo. La amargura causada con amargura se paga.

»Al anoecer, hacia la hora en que esperaban la vuelta de Bruno, nos llamaron a mis tres hermanos y a mí, a los viejos criados y al tenedor de libros para que nos presentáramos en la salita de *ma chère mère*. Estaba solo tenuemente iluminada y, allí, en medio de aquel cuarto triste y oscuro, con el pastor Rhen a su lado, estaba sentada en un amplio sillón la madre de Bruno, en cuyo rostro podía leerse el dolor que llevaba en el corazón. Pero sobre el dolor y la vergüenza y la ira se imponía una determinación tan firme que aún no he vuelto a ver en un rostro humano. Allí se encontraba reunido el tribunal, menor pero temible, ante el que sería juzgado el joven Bruno. Allí lo estuvimos esperando durante una hora tremenda. Nadie habló. Al débil resplandor de la luz, vi una perla de sudor frío en la frente de la desdichada madre.

»Era una noche de finales del mes de septiembre. Soplaban el viento contra las ventanas, que temblaban y tintineaban sin cesar. Por un instante todo quedó en silencio y, en ese momento, se oyó en el patio de la casa el fogoso retumbar de cascos de caballos. Vi temblar a *ma chère mère*. Jamás había visto tal cosa. Oí un repiqueteo terrible, no de ventanas, sino de rechinar de dientes. Mis hermanos lloraban. Los viejos criados estaban allí plantados, mudos y con la mirada abatida. En el rostro del tenedor de libros había un viso de arrepentimiento. El mismísimo pastor Rhen, aquel hombre de hierro, parecía contener la respiración. Se abrió entonces la puerta de repente y entró Bruno. Lo veo como si lo tuviera delante de mí en este instante. Venía acalorado de la carrera y la tormenta, rebosando salud y fuego. Nunca lo había visto más apuesto. Se acercó a su madre, ansioso de arrojarle en sus brazos después de un día entero separados. Así llegó. Pero se detuvo luego en la puerta misma y, sobresaltado, clavó en su madre una mirada de horror. Ella se cubrió el rostro con las manos. Bruno palideció, recorrió con la mirada a los presentes, volvió la vista hacia su madre y, en esta ocasión, sí le dio de lleno el relámpago de su mirada, y él bajó la suya. Inclino la cabeza, palideció más aún, allí estaba... Un criminal. Y entonces se alzó la voz de su madre, terrible, severa, y lo acusó de “robo”. Señaló el baúl cuya cerradura habían forzado, la suma de dinero allí hallada, a los testigos, y le exigió una confesión.

»Con una soberbia incomprensible y obstinada, Bruno se reconoció culpable.

»—¡Arrodíllate y recibe tu castigo! —dijo la estricta jueza.

»Pero Bruno se quedó inmóvil. Una conciencia que le aniquilaba toda su fuerza parecía haberse apoderado de él después del primer instante de altiva confesión. Estaba lívido, con la cabeza vencida sobre el pecho, los ojos clavados en el suelo. El pastor Rhen se le acercó.

»—¡Joven! —le dijo a Bruno en voz baja—. Ha pecado usted gravemente contra los sagrados mandamientos de Dios y contra su madre. Confiese su falta y sométase a nuestro castigo.

»Bruno seguía aletargado y mudo. El pastor tomó su silencio por consentimiento y, con voz potente y solemne, comenzó a leer el humillante interrogatorio de la confesión pública. Bruno seguía inmóvil, era evidente que ni veía ni oía. En ese momento, el pastor preguntó con voz severa:

»—¿Reconoce que, con su delito, no solo ha pecado gravemente contra Dios, sino que también ha causado gran escándalo en su comunidad?

»Al oír estas palabras despertó Bruno de su aturdimiento. Alzó altivo la cabeza, sus ojos lanzaron una mirada de fuego, y nada respondió. Una vez más resonó la pregunta, una vez más quedó todo en silencio. *Ma chère mère* se levantó:

»—¡Arrodíllate, pecador! —exigió con voz aterradora.

»Bruno la miró, sombrío y amenazador. Así lo miraba ella también.

»—¡No pienso hacer tal cosa! —dijo al fin Bruno con tono desafiante—. ¿Qué tiene que ver conmigo este pastor? No lo he mandado venir yo. Si se trata de la confesión de los pecados, otros tendrían que confesar, no yo... No me provoquéis o...

»—¡Calla! —dijo *ma chère mère* con expresión sombría—. Y responde solo a lo que se te pregunta. ¿Te reconoces responsable único del robo?

»Bruno guardó silencio y miró lúgubre a su madre.

»—¡Responde! —dijo ella con determinación—. Responde, ¿comparte alguien más esa culpa contigo?

»Bruno le sostuvo de nuevo la mirada a su madre un buen rato. Luego, respondió con voz firme:

»—¡No! ¡Yo soy el único culpable!

»—Pues arrodíllate, desgraciado. Tu madre, a la que has cubierto de ignominia, te ordena que sufras la deshonra de la que te has hecho merecedor. ¡De rodillas!

»Bruno pateó el suelo con fiereza, apretó el puño y miró a su alrededor con expresión brava y retadora.

»—¡Obligadlo a arrodillarse, doblegado! —gritó *ma chère mère* con furia aterradora—. ¡Pastor, si eres hombre, doblega a este joven rebelde y maleducado! ¡Haz que se humille ante la ley de Dios!

»Yo quise interponerme, pero el pastor ya había posado su mano poderosa sobre el hombro de Bruno, y, en el mismo momento en que eso sucedió, se la apartó el joven con tal violencia que el pastor hizo un giro completo sobre sí mismo.

»—¡Te atreves a atacar a un servidor del Señor! —gritó el pastor Rhen colérico y, olvidándose de quién era, agarró a Bruno con sus brazos nervudos. Este tenía, sin embargo, la elasticidad y la fuerza de un león y, tras una breve lucha, acabó el pastor tendido en el suelo.

»—¡Apresadlo! ¡Sujetadlo! —gritaba *ma chère mère* fuera de sí por la ira.

»El tenedor de libros y mi hermano, que fueron a retener a Bruno, no tardaron en quedar tendidos sobre el cuerpo del pastor. Bruno dio un par de pasos raudos hacia atrás, echó mano de un bastón que había apoyado en la esquina, lo giró sobre su cabeza, dio un golpe con él y, con la más rabiosa cólera pintada en la cara, amenazó a cualquiera que se atreviera a acercársele.

»Nadie osó, salvo... Salvo su madre.

»—¡Quietos! —les dijo a los demás, y, con paso firme y porte sereno, se acercó a su hijo, le posó la mano en la cabeza, se la inclinó profundamente hacia abajo y, con una voz que me heló la sangre en las venas, le preguntó si quería someterse a su voluntad ¡o aceptar su maldición!

»Madre e hijo se miraron con ojos desafiantes y furibundos. Así siguieron un buen rato. Una vez más, ella repitió la pregunta, y después siguieron palabras terribles por ambas partes. Al cabo de unos instantes, se hizo el silencio. Cesaron las maldiciones de sus labios, se apagaron las

miradas ya sin fuego. Madre e hijo se vinieron abajo los dos, con una profunda impotencia, y los llevaron a sus aposentos.

Oso guardó silencio.

—¡Oh, qué horror, qué horror! —dije yo apoyando estremecida la cabeza en su hombro.

Estaba pálido y calló unos instantes con la mirada perdida. Luego retomó el relato:

—Los dos recobraron la serenidad, pero ya no volvieron a mirarse a la cara esa noche. Yo quería hablar con Bruno, pero él fingió estar dormido, y finalmente me dirigí a mi alcoba yo también. Por la noche, cuando todo estaba a oscuras y en silencio, se oyó de repente del cuarto de Bruno un grito salvaje, sostenido y penetrante. Subí corriendo y me apresuré a entrar. La madre de Bruno se encontraba allí sola, con el pelo suelto y desordenado y a todas luces destrozada. Bruno no estaba. La ventana abierta parecía indicar que había huido, pese a que el salto desde una altura tal parecía casi increíble. Así había sido, pese a todo. Bruno huyó aquella noche del hogar materno y no volvió jamás. Jamás supimos nada más de él. Cuantas búsquedas se emprendieron fueron en vano. Bruno había desaparecido, como erradicado del mundo de los vivos. Diecisiete años han transcurrido desde aquel momento aciago, y no hemos hallado ni rastro de su vida, de modo que hemos dado por cierta su muerte.

»Bruno no se llevó en su huida nada, ni lo más insignificante, salvo la ropa que vestía y algunos documentos. En la mesa había dejado una nota en la que, con visible premura, me había escrito estas palabras:

»He afrontado la dureza con indocilidad, la violencia, con violencia; y eso me ha hecho parecer más criminal de lo que soy. Pero ante ti, hermano Lars, que nunca has sido conmigo duro o poco razonable, ante ti, que, según creo, me tienes aprecio, ante ti no quiero aparecer más ruin de lo que soy. Atiéndeme, pues, esta última vez: ese último robo (y prometido tenía que había de ser el último) no era tal exactamente. Pasado mañana se iba a restituir el dinero. Habla con el señor E. de W., si es que quieres comprobarlo. La suma tampoco era para mí, era para esa criatura desgraciada... pero ¿qué remedio tiene eso ahora? Mi madre se negaba a prestarme, así que cogí... de lo que, en todo caso, sería mío en su día. Se descubrió, y ella... Sobre ella recae la culpa de lo que ha acontecido y de lo que acontecerá. ¡Adiós para siempre!

Bruno

»*Ma chère mère* me arrancó el papel de las manos y leyó lo que decía.

»—¡Conque ha robado varias veces! —dijo alterada—. ¡Conque yo he traído un ladrón al mundo!

»Y rompió el billete en mil pedazos. A partir de aquel instante no volvió a pronunciar palabra en más de tres años. Se encerraba en sus aposentos, mandaba que los oscurecieran, no soportaba la luz ni la vista de otro ser humano. Comía y bebía escasamente, apenas dormía nada, no hablaba con nadie y nadie, a excepción de Elsa, se le podía acercar siquiera. Cuando alguno de nosotros se atrevía, contra su prohibición, a entrar en su cuarto, estallaba en un violento ataque de ira y despachaba de allí al intruso. O se pasaba las horas sentada sin moverse, cubriéndose el rostro con las manos, en pertinaz silencio y sorda a cualquier súplica.

»El magistrado Hök, mientras tanto, con la ayuda del pastor Rhen, cuidaba de sus asuntos. En manos de hombres tan honorables estaban a salvo. Un supervisor competente y conecedor del

lugar administraba las fincas bajo la vigilancia de los dos. Sin embargo, dado que el estado de hipocondría de *ma chère mère* se prolongaba de tal modo y amenazaba con prolongarse para siempre, decidí, después de conferenciar con los mencionados caballeros, reunir a todos los parientes de *ma chère mère* y, de común acuerdo, decidir cómo debían organizarse las cosas entonces y para el futuro. La asamblea se celebró en Ramm, el mes de octubre de 18..., tres años después de la huida de Bruno.

»Un día en el que todos estábamos reunidos en el gran salón debatiendo vivamente, se abrieron de pronto las puertas y allí apareció *ma chère mère*, noble, sosegada, serena y más venerable que nunca. Se dirigió a la asamblea con su habitual tono solemne y poderoso, confesó que conocía su fin, dio su beneplácito, teniendo en cuenta lo prolongado de su enfermedad, pero declaró en ese momento “disuelta la conferencia”, pues estaba totalmente recuperada y se sentía en perfectas condiciones de, como antes, gobernar su propiedad y a su familia. Con una gravedad que a todos conmovió, dio las gracias: a los amigos, por su ayuda y su paciencia con ella, “a quien el Señor tan duramente había golpeado”. Luego invitó amablemente a todos sus familiares, les pidió que se quedaran por un tiempo y que, como en el pasado, disfrutaran en Ramm felices y contentos.

»Es difícil describir el efecto que aquella aparición causó en los que allí nos habíamos reunido. Sorpresa, respeto y compasión fueron los sentimientos de la mayoría. El mío fue de alegría sincera, pues yo quería de verdad a *ma chère mère*.

»A fin de cumplir su deseo, toda la familia se quedó unos días más en Ramm. Sin embargo, de aquel hogar había desaparecido ya toda alegría, y *ma chère mère*, aunque fuerte y capaz como antes, deambulaba apenas como una sombra de lo que fue en su día. Tenía la piel transformada, el pelo se le había encanecido por completo. Su rostro, antaño hermoso y saludable, mostraba ahora rasgos del sufrimiento más horrendo. Su carácter, que tan alegre fuera otrora, se había vuelto lúgubre y pesadoso. Siempre vestía de gris oscuro y desdeñaba todo adorno. De vez en cuando le sobrevenían ataques de honda melancolía, y se pasaba entonces horas enteras sentada y muda, con el rostro oculto entre las manos.

»El primer uso que hizo del recuperado dominio de sí misma fue mudarse de Ramm a Carlsfors. Poco después, vendió la casa. A Bruno parecía darlo por muerto, jamás mencionaba su nombre y no soportaba nada que se lo recordara. A los viejos criados los despidió con sendas pensiones: renovó prácticamente todo el cuerpo de casa. Solo Elsa se quedó. Pasaron los años y, poco a poco, fue cediendo la honda pesadumbre de su ánimo y, desde hace unos años, ha recuperado gran parte de su antigua jovial naturaleza. Siempre que se evite cuanto pueda afectar a la herida que tiene en el corazón. Seguramente no sanará nunca del todo en esta vida.

»La huida de Bruno causó un gran revuelo en la comarca, pero tanto quería y respetaba su gente a *ma chère mère* que la ignominiosa causa de la desaparición de su hijo no se llegó a conocer públicamente. Unos cuantos rumores que corrieron aquí y allá se extinguieron enseguida, y las gentes del lugar terminaron por adoptar la creencia de que el choque entre los temperamentos de madre e hijo fue la única causa de tan violenta separación. Y así fue en el fondo. Sin embargo, con un trato diferente durante su infancia, el destino de Bruno habría sido probablemente muy otro. Ahora, en cambio... ¡pobre Bruno! Siempre sentiré pena y compasión por él.

Así concluyó Oso, con lágrimas en los ojos y con un hondo suspiro. Yo quedé horrorizada y triste después de oír esta historia, pero debo confesar que, a mis ojos, dio a la persona de *ma chère mère* un interés mayor. Ahora veía un corazón materno herido y sangrante en los abismos de

su ser, y su desgracia era mayor que sus defectos. Me sentí más unida a ella y pensé que podría llegar a quererla.

El 22

Me dispongo ahora a enviar este puñado de cartas, pero antes de hacerlo te diré que me he quedado sola en casa. Oso se ha ido con Petter unos días para arreglar en G. unos asuntos de dinero. Ha ahorrado una buena fortuna en los veinte años que lleva con la consulta y ahora, siguiendo los consejos de Petter, la piensa depositar en la gran casa de comercio de E. Esto quiere decir que, por ahora, yo sola tengo el mando y el imperio sobre Rosenvik, sobre el birlocho y sobre Polle. Oso me ha pedido en más de una ocasión que use estos últimos para ir a Carlsfors. Petter me pidió muy amablemente que «le echara un ojo a su querida Ebba». Pienso cumplir sus deseos, pese a que preferiría quedarme en mi querido hogar y ver cómo florecen mis guisantes.

A finales de la semana que viene recibiremos en Rosenvik una visita que me tiene algo preocupada. Se trata del joven barón Stellan S., hijo del amigo y compañero de juventud de Oso, el hoy difunto gran mariscal S. Oso ha sido tutor legal del hijo y lo aprecia por su padre pero también por méritos propios. El joven Stellan S. es chambelán, acaudalado, apuesto y de mucho talento. Nada de eso causa pavor, naturalmente, pero lo que he oído de su elegancia, su tono y su indumentaria me infunden el mayor espanto y me pregunto si podré recibir debidamente en este hogar humilde y sencillo a un caballero tan refinado. No veo cómo podrá encontrarse aquí a su gusto y, pese a todo, querría que el amigo de Oso se sintiera bien en su casa.

Todo irá bien, sin duda, pero ¿cómo irá mi novela? No consigo ningún nudo, ningún enredo y, por ende, nada que desenredar. Solo me vienen nuevos personajes. ¿Cómo voy a abrirme paso con todos ellos, cómo podré mantener unidos esos hilos sin caer en un lío inextricable? Y ahora, además, aparecen dos nuevas figuras, ambas muy aptas para héroes de novela: el brillante Stellan S. y el misterioso De Romilly. Todo esto me deja sin aliento. ¿Qué será de mi novela? En todo caso, acabe como acabar quiera, yo seguiré siendo siempre tu

Fransiska

AL LECTOR, DE UNA DAMA DESCONOCIDA



Espero, distinguido lector, que cuando recibas esta carta te encuentres en buen estado de salud y también de buen humor. Y, en consecuencia, espero también que puedas excusar que se cuele entre estas misivas alguna «carta de una joven casada» y alguna otra de «un caballero», y espero igualmente que no te ofenda el que una señora soltera tome alguna que otra vez la pluma para dirigirse a ti. Todo esto no tiene otro propósito que evitarte molestias y, de hecho, ignoro cómo tú, amigo lector, y la joven casada habríais podido «desentrañar» esta maraña de los vecinos.

Siempre con el mayor afecto por ti, querido lector,

Una desconocida

BRUNO MANSFELT A ANTONIO DE R.



Ramm, en la noche del solsticio de verano de 18...

Aquí me tienes otra vez, en el lugar donde nací, donde jugué y amé de niño, de muchacho. Entre el entonces y el ahora se extiende un mar, un mar lleno de... pero ¡qué más da! Aquí me encuentro de nuevo. Los robles siguen igual de verdes, la montaña se alza igual de alta, sobre ella se arremolinan las nubes igual que antes. Sentimientos, pensamientos, actos... todo eso también son nubes: se precipitan, huyen, las engulle el espacio. ¿Las engulle? ¡No! Algo permanece. Siento que es así.

He ascendido a la cima de la montaña. Me he plantado allí donde solía pararme de niño; allí donde, con el pecho jadeante, contemplaba cómo las olas del mar se rizaban al viento; donde veía los altos montes azules alzarse al otro lado de la playa mientras intuía, buscaba y añoraba el mundo que había más allá. Me he visto junto al mismo arbusto de pino, que me ha sobrepasado en estatura, aunque tiene las raíces en la montaña. Había a su lado una pila de piedras. La reconocí. Aquel muchacho de antaño había formado con ellas una pirámide en la cima de la montaña y había clavado en ella su bandera de la libertad. La pirámide se había desmoronado, y el hombre se encontraba ahora allí, contemplando la obra del muchacho y sonriendo: una sonrisa amarga.

He recorrido el bosque, los campos, la playa. He ido a muchos lugares concretos, he reavivado muchos recuerdos. Los tormentosos me parecen ahora serenos; los delictivos, inocentes. Y tú puedes muy bien comprender cómo es posible. He revivido aquí toda mi primavera. He disfrutado, he llorado. ¡Qué delicia!

Ahora ya es de noche y todo está en paz, y yo mismo he encontrado un momento de calma. Como siempre se agitan las hojas de fresno al viento nocturno y golpean despacio las ventanas; como antaño surca el halcón el cielo sobre la pradera. Una niebla blanca y delicada se extiende sobre campos verdes y animales en reposo. Oigo el canto monótono del rey de codornices: no conozco ninguno más bello. Con ese canto me dormía yo de niño cada noche de estío, de cara al cielo nocturno, rojizo como el de ahora, y veía el cielo dorarse y relucir más claro cuanto más hondo descendía el sol..., al igual que las acciones de una vida noble después de que se haya hundido en las profundidades. ¡Ah!

Y cuando cerraba los ojos, cuando las imágenes de la vida empezaban a entretejerse con sueños, entonces aparecía todo, una noche sí y la otra también, alguien se acercaba a mi cama, y unas manos amables me arropaban el pecho y los hombros con el cobertor, que yo solía dejar caer

descuidadamente... Una brisa cálida me acariciaba la mejilla. Bien sabía yo a quién tenía tan cerca, era ¡mi madre! ¡Ah, cómo se estremece, cómo tiembla cada fibra de mi alma al oír ese nombre temido y adorado! ¡Mi madre! Era una mujer hermosa y noble. Yo me sentía orgulloso de llamarme hijo suyo. En ocasiones retiraba de pronto la capa con la que tan primorosamente se había envuelto y, de un salto, me arrojaba a su pecho y la abrazaba y la besaba como aún hoy no he besado a ninguna amante. Y ella me acogía entre sus brazos: aquello... ¡aquello era amor! A veces me quedaba inmóvil y fingía que dormía, y entonces la veía arrodillarse junto a mi lecho. Rezaba. ¡Rezaba por mí! ¿Cómo fueron atendidas sus plegarias?

He mandado adecantar y amueblar estas habitaciones. No quería que se parecieran demasiado a las antiguas. Temía que un espíritu infantil deambulase por ellas vestido de inocente blanco y... me asustara. Tan solo la alcoba de mi madre ha quedado como estaba. No he querido entrar ahí. No he podido. Ahora está cerrada con llave.

Después de esto, ¿me reconocerás de nuevo? ¿No me vas a acusar de haberme convertido en un ser débil y pusilánime? ¡Óyeme bien! Contento estoy de poder sentir de nuevo humanamente. Contento de que esa paz de criatura momificada no me haya helado el corazón. Pero no habrá sentimiento, ya viniera del mismísimo abismo, ni deleite ni dolor, que me debilite o que me venza.

Demasiado bien lo sé: nunca seré feliz. Nunca hallaré la paz, nunca olvidaré... ¡Tanto da! He de cargar con ello. Yo solo he de cargar con aquello que solo yo he roto. Más de un tono podrá arrancarle la vida a mi pecho, pero nunca el de la queja. Planto cara al dolor, también al mundo. Por si fuera poco, siempre puede uno poner término, si se cansa de esta broma miserable que llaman vida.

A veces he pensado: ¡quizá todo mejore; quizá vengan días claros que borren las sombras del pasado; quizá amaine la tormenta, quizá se adormezca... y esas voces de queja y de reproche se extingan para siempre...! ¡Los años, las tareas del campo, la costumbre y tal vez la dicha del hogar...! Sonríes, Antonio; también sonrío yo, pues estaba soñando un sueño infantil. Y puede que así sea, pero, en la vigilia, voy buscando algo pese a todo: quizá también un sueño y nada más.

¿Has oído hablar de un hombre que buscaba su sombra?[38] La había perdido y, desde entonces, no se hallaba en el mundo. Yo soy ese hombre. Yo soy el que busca su sombra perdida. Busco respeto, consideración, en el mismo lugar en que rompí por primera vez las leyes de los hombres. Quiero ganarme la corona cívica y expiar con buenas acciones mis malas acciones pasadas. ¿Podrá ser? Ante el mundo, ¡sí! Ante el juez que habita dentro de mí...

Una cosa más quiero, y sin conseguirla, todo lo demás queda en... ¡nada! Si no lo consiguiera, dejaría una vez más el hogar de mi niñez y una vez más partiría a recorrer el ancho mundo y seguiría... condenado. ¿Por qué marcó el cielo la frente de Caín con un desasosiego eterno? *Porque lo maldijo su madre.* Yo sé lo que sentía Caín. También yo sufro la maldición de mi madre y voy sin sosiego por la tierra. Y ahora, en esta frente sobre la que se asienta gravosamente su maldición, es mi deseo, es mi voluntad, que ella pose sus manos y anule la maldición para imponerme su bendición. ¡Ah, solo entonces se enfriará su fuego! ¿Podré apoyar la cabeza en ese pecho que me procuró en su día el alimento primero? ¿Podré ver el perdón en esa mirada durísima? ¿Podré volver a besar amorosamente los labios que me maldijeron un día? ¡Ah, me consume la sed de un placer así, la sed, el fuego, el deseo...!

¿Conoces un nombre sublime, sagrado, adorable, temible, un nombre que se convierte en una lucha a vida o muerte, un nombre que el propio Dios pronunció con amor y con dolor humanos? Pues ese nombre quiero yo gritar hasta llegar al alma de quien me ha rechazado: ¡madre, oh,

madre!

¡Madre, madre mía! ¿Querrás reconocer al hijo criminal, querrás perdonarlo? No me atrevo a responder, mucho menos a confiar en que ocurra. Ella debería, sí. En gran medida fue culpa suya. Rigor con rigor, amargura con amargura: no podía ir bien. Pero si ahora ella quisiera ser afectuosa, si quisiera perdonar, me retractaría yo de todo, postrado a sus pies.

Tú conoces mi pasión por la música. Aquí puedo satisfacerla. En una de las salas he mandado construir un órgano. Suena bien. Ante él me siento cada tarde, cuando irrumpe el crepúsculo, y toco hasta la noche. Cuanto más profundo es el silencio, cuanto más oscuro el atardecer, tanto más se eleva el resonar del órgano. Y eso me serena. Me colma y me reconforta el espíritu. En esos torrentes de notas ahogo los brutales recuerdos que se reavivan en el abrazo de la noche. La música es cosa divina. Es una embriaguez, una delicia, un mundo en que vivir, en que luchar, en que descansar; un mar de doloroso deleite, inaprehensible, infinito como la eternidad.

En esos momentos tengo a veces una visión. Se me antoja como si de ese mundo sonoro, sobre ese mar de bramantes tonos ascendiera... se elevara flotando... ¿cómo lo llamaré?, una esperanza, una belleza, un espíritu celestial, un genio conciliador que, del torrente de las notas, atrajera lo más hermoso, lo más etéreo, tejiendo con ello su forma pura. Cuanto más desciende la fuga en su precipitación, tanto más se eleva esta imagen, clara como la estrella en la noche que oscurece. Se atenúa entonces la tormenta, se apacigua mi alma, todos los ruidos, todos los sufrimientos se debilitan, y la figura celestial sobrevuela sola, reluciente, el mar en calma. Ahí, sin embargo, se extingue también ella y desaparece. No soy capaz de retenerla. Ascende sobre las alas de las notas y se hunde con ellas. Tampoco puedo invocar esa visión onírica, y a ratos es solo tinieblas. Albergó, en todo caso, un deseo indescriptible de contemplarla. Una realidad tan hermosa como esa visión no me la ha concedido jamás la vida. Rara vez me retiro a dormir antes de que los rayos del sol hayan empezado a bailar sobre el lago Helga. Para entonces tengo el alma desfallecida por la lucha y el deleite de la noche. Y ya puedo descansar unas horas.

¿Atenderán un día los oídos de mi madre el canto de mi corazón, el *Miserere* que mi alma eleva para ella? Pero antes de que oiga mi voz, quiero enviarle un mensajero que, en tono amable, le hable del forastero. Oirá cómo lo elogian y lo celebran, así se horrorizará menos al reconocer en él a su hijo.

Aun así, si ella no quisiera, Antonio, jugando una partida de *rouge et noir*^[39], pronto verás de nuevo a

Tu amigo

CARTA V



Rosenvik, 25 de junio, por la noche

¡Uf! Un día tempestuoso, un auténtico «día aciago». Y eso que empezó bien. Ayer me invitaron a cenar y al baile del solsticio de verano en Carlsfors, pero mi dolor de cabeza me impidió ir. Di permiso a mis criadas para que fueran al baile (excepción hecha de Sissa, que bajo ninguna circunstancia quiso dejarme sola) y pasé este bello día de solsticio estival tumbada en el sofá. No fue agradable, pero me alivió pensar en todos aquellos que estaban disfrutando. Esta mañana me encontraba otra vez plétorica de chispeante vida y salud. Sentía vivas ganas de dar un largo paseo y, con el cesto de labor en el brazo, me puse en marcha camino de Carlsfors. El día estaba algo nublado, pero sereno y agradable. El campo se encontraba en todo su esplendor estival. Aún no había pasado la guadaña por la hierba cuajada de flores, las mariposas las sobrevolaban con sus brillantes alas, las aves cantaban... También yo iba cantando mientras pisaba la tierra hermosa, y me sentía feliz de ser una de las pequeñas criaturas que, desde un pecho ligero y lleno de gratitud, podía elevar su voz alabando al Creador. Empezar un paseo así, sola, sin compañía, es uno de los mayores placeres que conozco. Luego siempre me siento liviana y despreocupada como un pajarillo, y olvido todos los pesares del mundo gracias al aire, las flores, el verde de los árboles, el azul de las olas: hago mía la vida de la naturaleza.

Ya en Carlsfors, hallé a *ma chère mère* atareadísima con su torno. Pareció alegrarse de verme, me abrazó cariñosamente, me riñó por ese «dolor de cabeza tan tonto» y pronto nos vimos enfrascadas en una animada y jocosa conversación, mientras ella seguía con su trabajo y yo admiraba su maestría. Me produce verdadera satisfacción comprobar que *ma chère mère* y yo estamos cada vez más unidas. Hay entre nosotras algo que concuerda muy bien. Me gusta su forma de ser y siempre me siento libre y cómoda en su compañía. Es una mujer juiciosa e íntegra, aunque estricta, y una de las pocas personas que saben lo que quieren. Un tipo de persona que tiene sobre mí un efecto benéfico. Mi natural inquieto se vuelve sereno y se ve apaciguado por el suyo. En dos o tres ocasiones a lo largo de la conversación me tuteó, y ese tú adquiere, en su boca, un tono particularmente grato y sincero. En general ella usa el usted con todas las señoras, y a Jane-Marie la llama siempre «nuera». Ese tú me satisfizo especialmente, como también me agradó el presente que me hizo de una cajita torneada, que terminó ante mis propios ojos. ¿Habrá en la comarca dos personas capaces de entablar conversación sin mencionar al nuevo vecino de Ramm? Yo lo creo imposible. También *ma chère mère* lo ha mencionado hoy. Ese hombre extraordinario parece

haber hecho su entrada en el lugar con una pingüe donación para la construcción de una escuela, que ya llevan tiempo necesitando. El viejo, honorable y, pese a su avanzada edad, más que activo señor Dahl se ha encargado de su dirección, junto con el pastor D. de W. *Ma chère mère* hablaba como si también ella tuviera intención de tomar parte en las tareas directivas, y contribuir a su acondicionamiento aportando madera de roble y buenos consejos. Unas palabras que, con motivo de la escuela, ha dicho *ma chère mère* sobre la educación y la ilustración me han llenado de alegría por la sensatez y la claridad de pensamiento que entrañaban. Además, dimos un paseo al sol, pero hacia el mediodía se formaron nubes.

Jane-Marie estuvo como de costumbre infinitamente agradable y solícita conmigo, aunque a Ebba la trataba con un tono altivo, que recordaba al de una gobernanta y que ni a ella favorecía ni beneficiaba a Ebba. Por lo que a esta se refiere, estaba de un humor insufrible; ni un amante habría podido calificarlo de otro modo. Descuidando porte y atuendo, se sentó retrepada en la silla con un aire de lo más enfurruñado, se negó a probar bocado de los distintos platos, quiso luego que le sirvieran algo de comer, fue haciendo mohínes a las viandas, arrojó cuchillo y tenedor, armando jaleo y refunfuñando a diestra y siniestra y comportándose en general de un modo de lo más impropio. Jane-Marie le reñía y la reconvenía, pero en vano. *Ma chère mère* no decía nada, pero yo vi en alguna que otra mirada suya que la tormenta no estaba lejos. En una ocasión respondió Ebba en un tono bastante irrespetuoso a una pregunta de *ma chère mère*, y esta le soltó un «¡Oiga, oiga, amiguita!», a modo de seria advertencia a la desconsiderada joven. Yo me sentía angustiada, como siempre que se avecina un temporal doméstico, y hacía lo que podía por desviar lo que amenazaba con suceder, pero Jane-Marie se comportaba de un modo extraño. Parecía que más quería evidenciar que disimular las faltas de Ebba. La niña empezó a canturrear.

—¡En la mesa no se canta, Ebba! —dijo Jane-Marie mucho más alto de lo necesario.

Ma chère mère parecía querer ponerse de mi parte y apaciguar el temporal, y se dirigió a Ebba con toda amabilidad a la vez que con cierta ironía. Ebba guardó silencio y la miró con una mueca impertinente.

—¡Ebba, no es de recibo mirar a *ma chère mère* de ese modo! —dijo Jane-Marie con tono aleccionador.

—Bueno, un gato puede mirar a un león —dijo *ma chère mère*, aún de buen humor, aunque declaró con cierta gravedad que había creído tener a la mesa a una señora y no a una niña, y otras cosas por el estilo. Ebba empezó de nuevo a canturrear una romanza.

—¡Ebba, deja de cantar! —dijo Jane-Marie—. ¡Y escucha cuando te habla *ma chère mère*!

—Pues ¡no entiendo por qué tengo que hacer tal cosa! —respondió Ebba con insólita impertinencia.

—¡Porque es tu deber, dichosa niña! —atronó enseguida *ma chère mère*, aporreando la mesa con el puño, de modo que vasos y botellas tintinearón con el golpe—. Y, si no lo conoces, ya me encargaré yo de que lo aprendas, ¡maldita sea!

Dicho esto, se irguió, se le afiló la nariz y se le puso pálida mientras le silbaba el resuello en el pecho. Y se habría disipado la tormenta de no haber transgredido la torpeza de Ebba todos los límites. He advertido que, en las nimiedades, le gusta a Jane-Marie aventajarnos a Ebba y a mí, la complace pasar la primera por la puerta, que la inviten a sentarse a la mesa en primer lugar, y minucias así. En una ocasión, la oí decir a los criados: «Recordad que siempre tenéis que servirme a mí antes que a la señora Ebba». Yo lo dejo pasar de mil amores, pues Jane-Marie es más instruida y mejor que Ebba y que yo, pero la joven señora aprovecha toda ocasión para

desafiar la autoridad que ha asumido Jane-Marie. Un cuenco de leche, que, por desgracia, dejaron en medio de las dos cuñadas, se convirtió entonces en motivo de enfrentamiento. Con aire de superioridad, Jane-Marie iba a apropiárselo cuando Ebba le echó mano con tal violencia que la leche salpicó y se derramó en el vestido de muselina de Jane-Marie. Ya no tenía remedio. Jane-Marie profirió un grito de auxilio, *ma chère mère* retiró la silla, se acercó sin pronunciar palabra a donde estaba Ebba, la cogió del brazo y la sacó del comedor. Yo estaba muerta de vergüenza ante aquel espectáculo y me habría gustado encontrarme muy lejos de allí.

Todas nos pusimos de pie. Jane-Marie fue a cambiarse el vestido y luego nos reunimos en el saloncito, donde, al cabo de unos instantes, también apareció *ma chère mère*; de la mano llevaba a Ebba, que tenía las mejillas muy coloradas y apenas podía contener los sollozos. La condujo hasta Jane-Marie y le recitó una súplica de perdón que Ebba fue repitiendo, después de lo cual las dos cuñadas se abrazaron, aunque sin rastro de cariño. Acto seguido, Ebba se retiró rápidamente a otra sala, se echó en un sofá y estuvo llorando hasta dormirse.

Después del café, *ma chère mère* le propuso a Jane-Marie «que intentaran tocar juntas una pieza». Jane-Marie me lanzó una sonrisa medio sarcástica, pues no tenía en muy alta estima el talento musical de *ma chère mère*, pero accedió a la petición e interpretó una sonata de Mozart que *ma chère mère* le puso delante y que ella misma acompañó al violín, con ejecución bastante habilidosa, aunque sin gracia. Pero la música mozartiana me entusiasma siempre. Jane-Marie no quiere tocar otra cosa que Herz y Czerny[40], que, para mi gusto, son demasiado abigarrados y coloridos. El talento superior de Jane-Marie y el entusiasmo y la mucha práctica que tenía con «su Mozart», como suele llamarlo, consiguieron que la sonata fuera bastante bien, y la propia *ma chère mère* exclamó: «¡Bravo!».

Después de Jane-Marie llegó mi turno, pero, por un lado, *la Grande sonate par Steibelt avec accompagnement de violon* me era totalmente desconocida, y por otro, yo no era sino una completa aficionada en comparación con Jane-Marie, de modo que salí mal parada. En vano iba marcando el ritmo *ma chère mère*, en vano arrancaba al violín tales acordes que sentía los tímpanos a punto de estallar, íbamos desacompañadas. Volvimos a empezar, lo retomamos de nuevo, ella se impacientó, yo me impacienté también, y terminamos con un auténtico *charivari*[41]. Finalmente, *ma chère mère* dejó el violín, al tiempo que me calificaba de «algo torpe».

—Distinto es —añadió— cuando Jane-Marie y yo tocamos juntas. ¡Eso sí que puede llamarse armonía!

La armonía entre ella y Jane-Marie no tardó en alterarse, pese a todo. Se enzarzaron por una cuestión doméstica. Para fabricar grandes cantidades de cerveza, *ma chère mère* siempre ponía «un barril y medio de malta por cada dos barriles de refresco y media medida de cerveza».

Jane-Marie aseguraba que, según su método, podía ponerse un tercio menos de malta y obtener la misma cantidad de refresco de buena calidad, y también de cerveza.

Ma chère mère dijo que eso era sencillamente imposible, que, para tal cantidad de bebida, o se usaba más malta o el refresco quedaría más flojo.

Jane-Marie insistía en su afirmación, y así estuvieron discutiendo un rato hasta que Jane-Marie se dejó caer con la insinuación de que *ma chère mère* no conocía bien el arte de la destilación. Esto no gustó.

—¿Quiere el huevo enseñarle a poner a la gallina? —dijo *ma chère mère* con acritud—. A mí se me dan un bledo vuestras artes modernas y vuestras ocurrencias para el destilado. Habrá en

ellas algo de destreza, pero poca cerveza. Quien ha puesto algo en práctica algo sabe, y yo llevo vistos muchos más años y he hecho más cerveza que usted, nuera Jane-Marie. «Es el viejo aquel que tiene más edad», recuérdelo.

Jane-Marie se aplicó a coser en el bastidor, tenía la cara encendida, pero guardó silencio con aire de superioridad.

Nada de eso resultó muy grato. Mientras tanto se había despertado Ebba. Vino al salón como un pajarillo después de un chaparrón. Como sentí la necesidad de animarla, propuse una partida de algún juego divertido. *Ma chère mère* lo aprobó encantada, y nos sentamos todas en torno a una mesa redonda. Al principio mismo de la partida, sin embargo, Jane-Marie y Ebba se enzarzaron en una disputa de lo más vehemente a raíz de alguna de las reglas del juego. Ebba me miró implorante y yo... Yo le di la razón, con una broma sobre la opinión de Jane-Marie. Esta se ofendió y me replicó con tono punzante. Dios sabe cómo fue, pero el termómetro me subió varios grados, se me acaloraron las orejas, respondí cortante y nos dedicamos a reñir unos instantes con no poca acritud, hasta que *ma chère mère* clavó en mí un par de ojos abiertos de par en par. Quedé perpleja, me sonrojé y traté de enmendar mi precipitación con algún comentario complaciente para Jane-Marie. Jamás se ha visto una partida de cartas menos animada. Jane-Marie se quedó allí sentada como si estuviera en la iglesia y acogía con un frío helador las bromas más o menos finas de *ma chère mère*. Cuando avisaron de que ya había llegado el birlocho, me alegré infinito.

A la hora de despedirme de Jane-Marie, ella se retiró para evitar el beso que yo, tan de corazón, quería darle en los labios, y apenas estrechó fríamente la punta de mis dedos. Comprendí que aún estaba muy enfadada conmigo, lo cual me apenó mucho. *Ma chère mère* me acompañó al recibidor y me dijo:

—Querida Fransiska, ¡hoy hemos estado todas bastante penosas!

—¡Ay, sí! —respondí, con tanto sentimiento que *ma chère mère* se echó a reír, me abrazó y dijo al tiempo que me miraba muy fijamente:

—Desde luego, tú no te has portado mejor que las demás, hija.

—¡Tampoco tú, madre! —dije yo en broma, aunque, algo espantada de mi atrevimiento, añadí de corazón—: ¡Perdón! —Y le besé la mano.

Ella me dio una levísima palmada en la mejilla, se rió y dijo bondadosa:

—Vamos, vamos, vuelve mañana y trataremos de comportarnos mejor. ¿Querrás venir? Ven, hija mía. Enviaré en tu busca el coche de Norrköping, y mandaré que luego te lleve a casa. A los caballos les sentará bien algo de ejercicio.

La tierna escena del recibidor me alivió el corazón. Siento que *ma chère mère* va tomándose cada vez más cariño. Pero ¿Jane-Marie? ¿Qué será de nuestra amistad y de la *Divina comedia*? Sin embargo, no quiero condenar nada del día de hoy. Hay días malos en los que a todos se les agría el humor como se agría la leche en la lechería cuando el aire amenaza tormenta. Yo misma, como bien ha dicho *ma chère mère*, no me he portado mejor que las demás.

Mañana espero que todo vuelva a su ser entre Jane-Marie y yo.

El 26, por la tarde

¡No! Las cosas no han vuelto a su ser entre Jane-Marie y yo. ¡Asombroso! ¿Cómo puede nadie seguir enojado tanto tiempo por una bagatela, por un arrebató menor, que, además, lo fue por

ambas partes? *Ma chère mère* me recibió hoy, más que amable, cariñosa. Jane-Marie, por el contrario, estuvo seca, forzada, descortés. No me hablaba, y apenas respondía cuando le hablaba yo. A mí se me encogía el corazón. También Ebba me tenía preocupada. Se la veía pálida, abatida, aunque no de mal talante, y como si no supiera qué hacer ni de sí misma ni de la vida. Me pareció que necesitaba una amiga, y decidí que haría lo que estuviera en mi mano para llegar a serlo. Advertí, además, que las reprimendas de Jane-Marie no le hacían ningún bien, y que la insistencia con que ella y Jean-Jacques la exhortaban a «ser sensata» y a «salir a pasear» no hacía sino reafirmar el terco cerebro de la niña en el propósito que se había hecho de no poner un pie fuera de la casa y de ser tan poco sensata como pudiera.

Aproveché un instante en el que nos habíamos quedado solas y le dije a Ebba:

—¿Te gustaría tomar leche recién ordeñada y calentita mañana temprano en mis establos? Tengo una vaca que se llama Audumbla y que da una leche exquisita, y es, además, tan mansa que, si quieres, comerá pan de tu mano. ¿Te gustaría?

—¡Oh... sí! —dijo Ebba sorprendida, abriendo de par en par sus bellos ojos, que enseguida se iluminaron.

—Bien, entonces vendré a buscarte mañana temprano. Pero... ¿podrás estar en pie a las seis?

—¡Y a las cinco y aun a las cuatro si falta hiciera! —dijo Ebba muy ansiosa.

—Sí, pero no aguantarás la caminata. De aquí a Rosenvik y vuelta habrá cerca de tres kilómetros. ¡No, es demasiado!

—¡No, no! Seguro que no. Soy bien capaz de caminar diez kilómetros, y más. Soy fuerte. ¡Si puedo pasarme una noche entera bailando!

—Bien, en ese caso, vendré a buscarte mañana, a las seis de la mañana, y te tendré conmigo todo el día. Haremos nosotras mismas las tortitas de la cena y, por la noche, te traeré en el birlocho. Polle es tan bueno que estoy segura de que podrás conducirlo tú.

—¡Por Dios, cómo vamos a disfrutar! —exclamó Ebba encantada.

—Sí, pero antes tenemos que contar con el permiso de *ma chère mère*, Ebba.

—Oh, claro, claro, ¡voy volando a hablar con ella!

Y allá se fue Ebba corriendo. El aborrecimiento del campo, el propósito de no salir de la casa... todo quedó olvidado ante la expectativa de beber leche en el establo y de llevar a Polle.

Yo me alegraba de esta pequeña victoria, así como de tener a Ebba un día para mí sola. Algo me dice que alberga no solo un buen corazón, sino también sentido común, los cuales, no obstante, solo se desvelan en las circunstancias idóneas.

Cuando, algo después, entré en el gabinete de *ma chère mère*, vi que tenía sentada en las rodillas a Ebba, quien, con el desembarazo alegre de una criatura, hablaba sin parar de ahuecarle y recolocarle la cofia. *Ma chère mère* reía y la dejaba hacer. Reinaba entre ellas la mejor relación que pudiera imaginarse.

Ma chère mère me miró afable y me dijo:

—Bueno, bueno, querida Fransiska, tengo entendido que mañana llevarás contigo a Ebba a beber leche recién ordeñada con las terneras de tu granja. Doy por sentado que la llevarás en globo aerostático, pues ya sabes que no soporta el polvo de los caminos ni el verde césped.

—¡Ah, qué bien lo vamos a pasar, qué bien! —exclamaba Ebba palmoteando las manos mientras se alejaba del gabinete dando saltitos.

—No tiene maldad ninguna —dijo *ma chère mère*—, pero es una niña consentida y necesita

que la metan en cintura. Si lo hubieran hecho antes, no sería menester hacerlo ahora. Si algún día tienes hijos, Fransiska, recuerda las palabras del Libro de Sirácida[42]: «¡Si tienes hijos, mételos en vereda!».

Yo dije algo acerca de que también se podía influir en los hijos solo con la razón, y educarlos para que piensen y sean buenas personas.

—Todos los caminos llevan a Roma —dijo *ma chère mère*—, pero el camino de la vara es más rápido que el de la razón. Tratar de razonar con los niños es perder la voz sin conseguir nada. «Enséñale al lobo el *Pater noster*, él aullará cordero de todos modos.» A los hijos de mi cuñado Reinhold iban a educarlos así, con el método de la razón, e iban a ser magníficos. ¡Y se volvieron insoportables! Esas criaturas despóticas eran un suplicio para todos los miembros de la familia. Un día había visita en casa de mi cuñado, y los niños no paraban de correr y alborotar como diablillos. Uno de los invitados dijo no sé qué de «negro como un cuervo», y uno de los chiquillos de Reinhold chilló con voz estridente: «¡Los cuervos son blancos!». «No, hijo mío, los cuervos son negros», dijo la madre. «¡No! ¡Los cuervos son blancos!», gritó el niño enojado. «¡Los cuervos son negros!», repitió la madre. «¡Los cuervos son blancos!», volvió a gritar el niño. Y ¿qué podía hacerse? ¿Acaso tenían a mano un cuervo para poder convencer a su razón? No. De modo que el niño tuvo la última palabra. Ya me habría gustado a mí tenerlo a mano, y no habría tardado mucho en aprender bien aprendido que los cuervos no son blancos. ¡Ah, no, Fransiska! La razón es buena cosa, pero con los niños no es suficiente. «Aquel que no quiere obedecer a su padre y a su madre, ¡tendrá que obedecer a toque de corneta!»

El relato y el énfasis de *ma chère mère* me hicieron reír de corazón, pero la idea de la mala fortuna con la que había aplicado su doctrina a la educación de su propio hijo me infundió un hondo sentimiento de tristeza y, algo pensativa, dije:

—Lo cierto es que habría que adaptar el trato a cada niño.

—Puede ser... —dijo *ma chère mère*, y una negra nube le cubrió enseguida la frente, pero la disipó al punto y, de nuevo animada, añadió—: En todo caso, Fransiska, me complace que te comprometas a cuidar un poco de esa preciosidad de chiquilla. A su edad, las palabras sensatas rara vez se reciben en vano. «Lo que en la nieve se esconde, con el deshielo se expone.»

«Esa preciosidad de chiquilla» estuvo bastante animada y se portó muy bien todo el día. Jane-Marie, en cambio, lo pasó tanto más disgustada, al menos conmigo y con Ebba. No parecía sino que pensara que nos habíamos confabulado contra ella. Yo sentía un deseo enorme de demostrarle que no era ese el caso, que nada deseaba más que volver a ser amiga suya, pero entonces tuve la oportunidad de observar en ella un rasgo que la apartó de mi corazón, pues desvelaba una gran falta de bondad y de verdadera sabiduría.

Fue hacia la tarde. Estábamos hablando de Bellini[43]. A Ebba le encantaban sus romanzas. Jane-Marie dijo que Bellini era demasiado uniforme, que sus melodías no tenían vida.

—¡Oh! —exclamó Ebba—. Deja que te cante un fragmento suyo que es divino y que aprendí el pasado invierno con el señor B. ¡Tienes que oírlo!

Corrió a sentarse al pianoforte y cantó con verdadero encanto un fragmento precioso del maestro melódico. Yo escuchaba muy complacida, pero precisamente mientras Ebba estaba ejecutando un expresivo *morendo*, Jane-Marie retiró la silla con estrépito y salió de la sala abriendo y cerrando la puerta de golpe. Ebba se puso colorada, y yo también, ciertamente, pues el comportamiento de Jane-Marie, manifiestamente calculado para despreciar a Ebba, resultó hiriente. Por la mirada de *ma chère mère* comprendí que pensaba como yo y, una vez que Ebba,

con lágrimas en los ojos, hubo terminado su canción, le dio las gracias y la elogió mucho; seguramente más de lo que lo habría hecho de no haber mostrado Jane-Marie tanta animadversión.

Jane-Marie es objeto continuo de alabanzas por ser dama de formación muy superior. «¡Ay! —pensé yo ante aquel comportamiento—, ¡cuán superficialmente no se toma a menudo esa palabra tan hermosa y tan profunda!» Y ya no volví a sentir ningún deseo de esforzarme por la reconciliación con Jane-Marie. Llegará cuando tenga que llegar.

Pero ¡oh!, ¿qué acabo de recibir, para deleite mío y alegría? Una carta tuya, Maria querida, una carta muy hermosa, rebosante de las cosas que me hacen feliz. ¡A pesar de que ya es tarde, no puedo irme a dormir sin antes haberme desahogado un poco de los sentimientos y las palabras que me has evocado en el corazón...![44]

El 27 por la noche

A las cinco de la mañana de hoy, salí camino de Carlsfors para recoger allí a Ebba. No habría podido desear un tiempo mejor. Llegué a las seis y hallé a Ebba ya vestida y aguardándome con mucha ansiedad e impaciencia. A excepción del servicio, nadie más estaba despierto. Nos pusimos en camino. Al principio iba saltando, riendo, cantando y disfrutando de la vida cual las avecillas, pero, cuando a mitad de camino hacia Rosenvik llegamos a una amplia y hermosa arboleda, la joven guardó un silencio absoluto. Y en verdad que la escena que nos rodeaba no podía sino infundir pensamientos dulces a la par que graves. Reinaba una calma perfecta. De las hojas de los árboles colgaban grandes gotas de rocío y, con dorados rayos, irrumpía el sol atravesando el bosque y otorgando al follaje múltiples matices de luces y sombras. El aire era de una pureza y una exquisitez que no es posible describir. Sin darse cuenta, Ebba empezó a caminar más despacio, y yo iba a su lado en silencio. Me resultaba un ambiente de lo más solemne. De vez en cuando echaba una ojeada a Ebba. Cierta dulce palidez se le había extendido por el bello y joven rostro, cierta emoción que podía leerse en él. Tenía empañados de lágrimas los ojos, que, lentamente, iban contemplándolo todo como si descubrieran con asombro un mundo desconocido. En ese momento un pajarillo empezó a trinar con un canto maravilloso y divino; podría decirse que vivificara su canto un espíritu racional.

—¡Oh! ¿Qué es eso? —preguntó Ebba, y se detuvo llena de asombro.

—¡Es un ruiseñor! —respondí, estremecida yo misma de alegría ante aquel canto amado, aunque rara vez oído. Ebba escuchó largamente, miró largamente y atenta a cuanto nos rodeaba. Era como si el oído de su alma se hubiera abierto por vez primera al cantar de los cantares de la vida.

—¡Dios mío! —susurró—. ¡Qué solemnidad, qué prodigio, qué hermosura!

Y, como susurrando, repetí estos versos de Tegnér[45]:

¡Oh! Cuando tanta belleza en cada vena
de la Creación y la vida se revela,
¿cuán bella no ha de ser la fuente clara,
que eternamente mana?

Ebba se me abrazó al cuello con lágrimas en los ojos, y yo, con amor de hermana, correspondí al abrazo.

—¡Ay, Fransiska! —dijo—. No sé qué será esto. Soy feliz y, aun así, no puedo evitar el llanto. Es tan hermoso, tan inmenso, tan prodigioso todo cuanto me rodea... Dime, ¿a qué se parecerá?

—¡A la vida! —respondí.

—¿A la vida? —repitió Ebba extrañada—. Pero la vida ofrece mucha variedad, muchas formas distintas...

—Sí, pero lo que en estos momentos contemplamos se parece a la verdad de la vida, a su realidad más íntima, llena de gravedad y, pese a todo, alegre.

Ebba se llevó la mano a la frente.

—No te entiendo bien —dijo—, pero creo que intuyo qué quieres decir... Me recorre por dentro un torbellino de ideas, pero no soy capaz de ordenarlas.

—Con el tiempo, querida Ebba, las comprenderás mejor.

—Y, cuando comprenda ese sentido de la vida del que me hablas, ¿podré seguir estando alegre y reír tan a menudo como ahora?

—Pues ¡claro, Ebba! Solo entonces podrás sentir verdadera alegría, felicidad verdadera. No será entonces tan frecuente como ahora tu mal humor ni sufrirás tantos ratos de aburrimiento.

—Pues ¡yo quiero entender el sentido de la vida! —dijo Ebba muy animada—. Pero ¿quién me lo puede enseñar? Jane-Marie no puede. Tú sí, pero yo me iré pronto lejos de aquí...

—Ebba, ¿sabes a qué se parece también esta escena del bosque?

—¿A qué?

—¡A tu marido!

Ebba se me quedó mirando con ojos chispeantes.

—¡Creo que tienes razón! —dijo.

—Sí, también él tiene el alma grave, pero clara. Y si quieres conocer el sentido de la vida, la belleza de la vida... ¡Vive para él, Ebba! ¡Oh, Ebba, sé como un ruiseñor en la vida doméstica, sé para tu marido como el rayo de sol entre esos árboles! ¡Vive íntimamente unida a él, déjate guiar por él, hazlo feliz, y tú también lo serás, y comprenderás qué es lo mejor de la vida! Y serás digna y valiosa ante ti misma, ante Dios y los hombres.

Ebba estaba pálida, me besó la mano y rompió a llorar. Pero ¡oh, qué bellas eran aquellas lágrimas en sus jóvenes mejillas! Presagiaban el alba de la mujer en una criatura hasta ahora infantil.

Dejé a Ebba con sus reflexiones, y las dos seguimos el paseo hasta Rosenvik. Llegamos al establo, y solo entonces salió de su callado ensimismamiento, y la espumosa leche que las dos tomamos en vasos que llenamos de la lechera nos pareció bebida de dioses. Para Ebba era de todo punto inconcebible que la leche de Audumbla fuera como la corriente, y yo no intenté convencerla de lo contrario.

El tiempo que pasé con ella lo que quedaba de la jornada me reforzó en mi opinión. Poseía muchas cualidades excelentes que, una vez desarrolladas y cultivadas, la convertirían en una joven bondadosa y querida por todos. Hay en ella, cierto es, muchos rasgos infantiles, pero tengo buenas razones para perdonárselos y achacarlos a sus diecisiete años, pues yo, a los veintisiete...

Un instante cayó Ebba en hondas y, según parecía, tristes cavilaciones. Le pregunté cariñosamente qué la afligía.

—¡Ay! —dijo ella suspirando con mucho sentimiento—. ¡Si al menos no se llamara Petter!

No pude evitar reírme de semejante motivo de aflicción. Pero Ebba seguía apesadumbrada:

—Jane-Marie también piensa que Petter es un nombre feísimo, y dice que Jean-Jacques suena mucho mejor. ¡Qué lata que precisamente él tenga que llamarse Petter!

Intenté consolar a Ebba recordándole todas las grandes figuras de la historia que habían llevado ese nombre. El apóstol Pedro causó en ella poca impresión, al igual que el zar Pedro; el señor Peder, de la canción popular, en cambio, le otorgaba al nombre cierto matiz poético, y casi se reconcilió con él cuando le dije que considerara que Pedro y Petter eran el mismo nombre, y que un emperador recientemente fallecido[46], pariente próximo de nuestra casa real, también lo llevó. Ebba se propuso llamar Pedro a su marido; yo le sugerí a mi vez varios apelativos y las dos acabamos riéndonos con mucha gana, y Ebba se reconcilió con el nombre de Petter tanto como yo lo hice en su día con el harto menos poético nombre de Lars Anders.

Acabamos el día haciendo pompas de jabón al aire libre y blando de la tarde, riendo y disfrutando como niñas. Acompañé después a Ebba en el birlocho de vuelta a casa, y a ratos la dejé llevar las riendas, para entusiasmo suyo.

Tenía yo no poca curiosidad por ver si Jane-Marie seguía aún enfadada. Se me antojaba imposible, pero ya al primer saludo comprobé que así era. Me sentí totalmente abatida, y apenas quedaba ya nada de la esperanza que había abrigado en nuestra amistad y en el placer de su compañía, pues me es imposible apreciar a quien no es ni modesto ni bueno. Tamaña grisura, con tanto tino referida con el horrible nombre de rencor, convierte la vida en un día de nublos otoñales. Mil veces preferibles son, en comparación, los arrebatos de cólera de *ma chère mère*. Puede explayarse con duras palabras, pero una vez dicho lo que había de decir, se acabó y no hay más, y vuelve a ser totalmente amable y no pone mala cara a quien se le haya enfrentado. En todo caso, me alegro de no tener que plegarme a diario a su cetro y, cuanto más comparo a Oso con otros, tanto más se me antoja un ángel de paz.

A *ma chère mère* la hallamos esta tarde ocupadísima con el asunto del nuevo vecino de Ramm. En parte, había oído sobre él una serie de rumores de lo más favorables; y en parte, él mismo le había dado muestras de una educación exquisita. No hacía mucho que *ma chère mère* había mencionado en público que le encantaría comer venado, y que deseaba tener un par de corzos, para que pastaran y criaran en el parque de Carlsförs. Y es que, antes de su desgracia, *ma chère mère* había sido gran amante de la caza y había derribado, con sus propias manos, a más de un velocísimo corzo. Ocurrió, pues, que su nuevo vecino le envió el más delicioso de los asados de jugoso corcino, que él mismo había cazado, así como un par de ejemplares vivos, que habían logrado atrapar con lazo. Venía el regalo acompañado de un exquisito billete en lengua francesa, firmado por el vecino mismo, que decía que por azar había llegado a sus oídos el deseo de la antigua propietaria de Ramm, y que se consideraba muy afortunado de poder satisfacerlo, máxime teniendo en cuenta que, a no mucho tardar, él mismo se convertiría en propietario de la hacienda, y que nada ansiaba más que tener una relación amistosa con su respetada vecina, en confirmación y prueba de lo cual le rogaba que aceptara el envío, que solo entonces cobraría valor a sus ojos. La carta llevaba la firma de «Antonio de Romilly».

Ma chère mère quedó encantada con el hecho de que la carta viniera escrita en francés, con los corzos y, ante todo, con la elegancia del nuevo vecino.

—¡Ved, eso es lo que se llama *savoir vivre*! —exclamó chasqueando los dedos—. Desde luego, los sureños son únicos para estas cosas. Tenemos que conocer a ese hombre. Pienso invitarlo a la primera gran cena que dé. Incluso aunque no venga antes a visitarme. Una deferencia como esta es mejor que siete visitas. Tengo que responder enseguida al billete, y en francés, claro

está. Fransiska me lo corregirá luego. A Dios gracias, yo aprendí la gramática francesa y hablaba y escribía esa lengua tan bien como cualquiera, pero últimamente la tengo un tanto olvidada. Me encanta la idea de poder practicar francés con el elegante *monsieur* de Romilly. ¡Será un placer entablar amistad con él!

Y yo digo como *ma chère mère*: «Será un placer entablar amistad con ese hombre», pues alguien de quien todos hablan y a quien nadie ve, que hace buenas acciones y se comporta educadamente y a quien, pese a todo, nadie conoce, es, sin duda, una persona excepcional e interesante.

Ma chère mère estuvo trabajando un buen rato en el francés de su misiva. Me costó lo mío, mientras la leía, no sonreír: tan altisonante y anticuada era. Era también, sin embargo, en parte, como ella misma, y en parte estaba escrita toda entera en un estilo tan anticuado y expresaba, además, su parecer con tanta claridad, que consideré imposible e innecesario cambiarla. De modo que dejé como estaban expresiones del tipo «*Monsieur et très honoré voisin*», «*politesse magnanime*», «*présent gentil et courtois*», entre otras palabras y expresiones algo peculiares. Le dije que estaba bien, y ella, que hasta ese momento me había estado observando con cierta preocupación, quedó muy satisfecha consigo misma, con la carta y también conmigo.

El 30

¡Ah, vuelvo a respirar! El aire vuelve a estar despejado entre Jane-Marie y yo. Y el soplo del sur que ha despejado la bruma se llama ¡lisonja! Anteayer llegó Oso a casa satisfecho consigo mismo, con su hermano, su viaje, sus negocios y, ante todo, con su mujercita, que, por su parte, estaba lejos de sentirse insatisfecha con él. La tarde de ayer hubo baile dominical en Carlsfors. *Ma chère mère* nos había pedido que asistiéramos, pues quería brindar a la salud de las dos parejas de recién casados que no hacía mucho habían llegado a la comarca, y pronunciar el discurso que quedó suspendido el día del solsticio de verano, puesto que Petter y Oso habían salido de viaje. *Ma chère mère* estuvo tocando el violín para el baile casi toda la velada. Ebba bailaba con frenesí, al igual que yo. Jane-Marie, que había estado con su marido en una ronda de visitas, volvió tarde, y se limitó a ser espectadora del baile. Yo derramé un torrente de alabanzas sobre su atuendo, que era, en verdad, muy elegante; por fin se disipó la nube gris que se interponía entre nosotras y, para grandísimo alivio mío, Jane-Marie volvió a ser tan amable como antes. Como fuere, de la lectura de la *Divina comedia* que había de consolidar nuestra amistad nada se supo, lo cual me llena de pesadumbre. Yo deseaba encontrar una amiga entre mis muchos vecinos. Ebba es demasiado infantil. La señorita Husgafvel es demasiado pajarillo. *Ma chère mère* es... ¡*ma chère mère*! A la larga será escaso el placer de verse rodeada de muchos vecinos, pero ninguna amiga.

Después del baile, *ma chère mère* mandó buscar las poncheras y todos brindamos por los recién casados. También pronunció un discurso, sembrado de dichos y refranes, pero, en general, me pareció uno de los discursos menos logrados de *ma chère mère*.

Oso va a llevar la carta a la ciudad, de ahí que la termine a toda prisa. Me pregunto si habrá quien escriba cartas tan largas como las mías... Pero por esa razón eres tú mi Maria y yo soy tu

Fransiska

CARTA VI



Rosenvik, 3 de julio

Cual abeja que va de flor en flor, así voy yo de vecino en vecino, recolectando miel para mi colmena. Hoy la cosecha ha sido abundante, y no es de extrañar, pues he estado en casa de la flor del valle[47], de la buena, la amable Serena.

Oso me recordó esta mañana que les habíamos prometido a los ancianos Dahl que iríamos a pasar con ellos un día. Me propuso, pues, que lo acompañara por la mañana a la ciudad. De ese modo, me dejaría en casa de los Dahl, y él volvería para la cena, una vez hubiera atendido a sus pacientes. En un principio, me horrorizó el plan, y me opuse al hecho de que me «dejara» allí como un frasco de píldoras o cualquier otro material médico, a hora tan temprana. Tampoco me parecía que fuera lo más elegante del mundo irrumpir en casa de unos extraños y acomodarse allí un día entero, en tanto que ellos quizá preferirían ver a la inopinada visita en Nueva Zembla. Pero Oso respondió con suma elocuencia en su laconismo, y derribó mi resistencia. Me atraía, además, secretamente, el recuerdo de Serena y la imagen del «reino de los cielos». Me vestí con un atuendo sencillo pero elegante, según el gusto de Oso, y allá partió el birlocho con Oso y su mujer.

Me «dejé» por fin en el lugar previsto. A Oso se le había metido en su terca cabeza no entrar... conmigo, sino que debía presentarme sola. En vano le argumenté que yo ni siquiera era tan afortunada como un frasco de medicina, que al menos lleva una nota escrita con la explicación de «para qué se ha de usar», y que la familia no sabría qué hacer de mí. Oso me pidió que me limitara a saludarlos de su parte, y me aseguró que esto, acompañado de mi semblante, surtiría el efecto deseado. Nos despedimos enfurruñados.

Cuando subí sola las escaleras, me sentí tan miserable como quien va a un lugar con intención de pedir dinero prestado, pero aún no había cruzado el umbral cuando tentada estuve de considerarme la crema y nata, o un regalo largamente deseado, de tanto como me celebraron y me recibieron y me abrazaron, y en mi agradecido espíritu sentí que todo era mérito de Oso.

Era, cuando llegué, la hora del café. Comí, bebí, hablé y me vi tratada como los niños de la casa.

Y ahora, Maria querida, te daré una descripción en prosa del hogar que tan poéticamente te describí en su día. Existe entre las dos la misma relación que entre los días normales y los festivos, pero todos pertenecen al reino de los cielos. Y no hablo ahora solo partiendo de mis impresiones, sino al tenor de las informaciones que me dieron la señorita Hellevi Husgafvel y *ma*

chère mère.

El hogar

Por más de medio siglo han habitado los ancianos esposos esta casa, las mismas estancias. Allí contrajeron matrimonio y allí celebraron las bodas de oro. Las alcobas y demás dependencias no han cambiado, los muebles son los de hace cincuenta años y, así y todo, presentan un aspecto elegante, agradable, amable, como si la vivienda tuviera solo un año de antigüedad. En todo caso, es más sencilla que las viviendas de nuestros días. No sé qué espíritu de paz y de dicha me inunda en este hogar. ¡Ay, cincuenta años han transcurrido entre estas paredes, como si de un hermoso día se tratara! En ella ha vivido, ha amado y ha trabajado codo con codo un matrimonio ejemplar. En ella ha florecido a raudales la sincera alegría, y cuando llegó el dolor, no fue amargo. El temor de Dios y el amor iluminaban los más negros nubarrones. De aquí partieron muchas nobles acciones, muchas iniciativas benéficas. Aquí crecieron niños felices, reunieron fuerzas al ver el ejemplo de los padres, y salieron al mundo y se construyeron un hogar como ellos, y triunfaron, y se convirtieron en personas buenas y felices. A menudo vuelven a la casa paterna con amor y alegría, para bendecirla y recibir la bendición del padre. ¡Ay, María querida! Siento que de nuevo voy cayendo en la vena poética, pero... ¿qué quieres? Hay estampas de la vida cotidiana que siempre, por más vueltas que se dé, siempre, siempre se ven bajo una luz poética. Aun así, intentaré mantener algo más los pies en el suelo. Te decía, pues, que la progenie, tres hijos y dos hijas, vienen como poco una vez al año con ricos presentes y con sus propios hijos, a visitar a sus queridísimos padres, y llenan de nueva vida el hogar de su infancia. Y es que este hogar sigue siendo el mismo para ellos, igual de amoroso, igual de bueno. La única diferencia es que se ha vuelto más silencioso, más apacible, pues anochece, y las sombras de la sepultura empiezan a ascender rodeando a los venerables ancianos.

Y ahora, una estampa de ellos dos.

El anciano

Se diría que una larga vida de probidad, tesón y beneficencia hubiera quedado impresa en su bella frente, en su naturaleza franca y benévola. Aún tiene la figura firme y no le vacila el paso. Luce calva la alta coronilla, pero la rodea una corona de rizos de un blanco plateado que adorna la honorable cabeza. No hay en la ciudad quien vea esta cabeza sin inclinar la suya en amable y respetuoso saludo. En el pueblo y en la comarca entera lo quieren todos como benefactor y lo honran como patriarca. Él solo es el artífice de su fortuna, ha sacrificado mucho por el bien general y, pese a las múltiples adversidades y las múltiples pérdidas, no cayó en el abatimiento. Conserva la vivacidad de espíritu y de palabra, e incluso la chispa, pero de unos años a esta parte se le ha debilitado la vista, y la gota lo pone a ratos de un humor quisquilloso. ¡Ah, la prosa de la vida...!

Pero en torno al sofá en el que lo aprisionan los tormentos se mueve un ángel. Le vendan y cuidan los pies unas manos blancas, suaves. La sala donde se encuentra el enfermo se esclarece, como también la mirada del anciano, ante... ¡Serena!

En el hogar donde ella esté presente no saldremos de la poesía.

La anciana

Un rostro envejecido, una espalda vencida: ves a una anciana; pero muéstrale algo hermoso,

háblale de algo digno de aprecio, y su semblante, su sonrisa irradian algo de esa juventud eterna que, inmortal, habita en esta alma sensible. Sin poder contenernos, exclamamos: «¡Qué anciana más bella!». Cuando, sentada a su lado, contemplamos sus dulces y apacibles ojos, nos decimos que querríamos abrirle toda el alma, y creer en sus palabras como en las del Evangelio. Ha vivido mucho, es rica en experiencias y pese a todo asegura que quiere seguir viviendo para aprender. ¡Y sí, todos hemos de aprender, pero de ella! Su porte y sus modales revelan verdadera educación y mucho conocimiento de la naturaleza humana. Sola ha educado a sus hijas, y aún sigue pensando en hijos y nietos, y obrando por ellos; aún lleva sobre sus hombros la responsabilidad de los asuntos domésticos, si bien ahora se apoya en Serena. Desde la muerte de la menor de sus hijas, se la ve algo melancólica. No se aprecia en sus palabras, pero sí en lo mucho que suspira. Al igual que su marido, es venerada y querida en todas partes, y todos convienen en decir que no se concibe una unión más perfecta que la de esos dos esposos.

¿Quieres ver, en unas pinceladas, una miniatura del conjunto?

Cada noche, el anciano pone a asar dos manzanas. Cada noche, cuando están listas, le ofrece una a su «bella esposa», como él llama a su mujer. Y así llevan cincuenta años compartiéndolo todo.

La buena de la anciana me llamó enseguida «Fransiska» y me trató de tú, con un bondadoso tono de abuela que me caldeó el alma. *A ma chère mère* le tengo aprecio, pero a esta bondadosa anciana podría quererla.

Y ahora, la tercera persona, que representa la vida y la belleza de este hogar:

Serena

Su madre se llamaba Benjamine y era, como el Benjamín de la Biblia, la hija menor y más querida de sus padres. Recién cumplidos los dieciocho años, casó con un joven, dueño de su amor y digno merecedor de él. Aquella unión era hermosa como un día de primavera, pero pronto se vio interrumpida. La hija que, al cabo de dos años, nació fruto de ese amor, recibió el nombre de Serena. Con su nacimiento se colmó esa unión aquí en la tierra. La madre bendijo a su hija y, acto seguido, falleció. El padre la siguió al cabo de pocos meses. No pudieron estar separados mucho tiempo. La cunita de la huérfana fue trasladada al hogar de los abuelos. Serena se convirtió en su consuelo, y pronto también en su más dulce alegría. Y no solo de ellos, porque todos sus amigos y conocidos querían a la niña. La hermosa vida de sus padres y su temprana muerte habían arrojado sobre la huérfana ese velo de dolor que tan fácilmente provoca el llanto en las buenas personas. Sufrimiento fue su niñez: un mal de cadera, que la retuvo mucho tiempo como presa y la condenó a verse apartada de los juegos infantiles, le empalideció las mejillas y le imprimió pronto en la boca esa sonrisa de serena melancolía que aún hoy se le demora a veces en los labios con la fuerza de un secreto encanto. Todo ello, unido a su callada paciencia, a lo íntimamente amable de todo su ser, avivaba el interés de todos y el cariño de sus corazones.

Creyeron por un tiempo que aquel ángel anhelante extendería sus alas y seguiría a sus padres en su ascenso a los cielos, pero no fue así. El afecto y los cuidados la mantuvieron aquí en la tierra. Como una rosa a la luz del sol sobre una lápida, como una joven vid que enrosca sus débiles ramas alrededor de troncos firmes y añosos, así creció Serena, bajo la mirada atenta y amorosa de sus amigos, con el cariñoso apoyo y con la guía de quienes también fueron el sostén de sus padres. Sanó, sonrió, jugó, se desarrolló y maduró andando el tiempo hasta convertirse en una criatura hermosa y equilibrada.

Todo lo aprendía con cierta dificultad, pero, una vez aprendido, lo conservaba fielmente en la memoria. Siempre algo temerosa al emprender una nueva tarea, nunca la abandonaba sin haberla cumplido, y bien cumplida. Sus maestros siempre empezaban impacientándose, pero terminaban siempre satisfechos. No era Serena una joven de honda inteligencia; sin embargo, lo que tenía que hacer, lo hacía muy bien y además, ¡era tan buena, tan honrada, tan cariñosa!

La niña creció, se hizo adulta y se convirtió en... ¡la flor de este valle! Gracias a la honestidad de su espíritu y a la claridad de su sensatez vivía alegre. Alegre con la alegría de los ángeles, esa alegría limpia, vivificante, que se transmite.

—¡Mirad a Serena! —decían a sus hijas las madres de la comarca. Y las hijas miraban y trataban de parecerse a ella, pues no podían sino amarla.

Pero ¡la prosa de esta imagen, el rasgo terrenal de esta angélica figura! ¡Ay, que también eso debo desvelar! Serena está coja. La sola palabra me causa horror. A punto he estado de gritar: «¡No!», a lo que acabo de decir. Y si, a partir de ahora, ves en Serena a una criatura que cojea y camina a saltitos, habré de gritar con todas mis fuerzas: «¡No, no, no, no!». No es así. Imagínate una figura agradable, perfectamente hermosa, cuya leve inclinación al caminar en modo alguno la desfigura. Es un sutil movimiento ondular que más se asemeja a una grata excepción a la regla que a una falta verdadera. ¿Será el recordatorio del sufrimiento o el tono de todo su ser lo que tan por completo disimula este defecto? Sea como fuere, no infunde en quien la contempla otro impulso que un deseo irresistible de servirle de apoyo.

La apariencia de Serena en otros aspectos la recordarás de la descripción anterior. La inocencia de su frente, la claridad de su mirada infantil, con la estrella en el cielo azul, me cautivaron como en el primer instante, y me pareció casi más hermosa con el traje de diario que con el vestido de fiesta.

No puedo olvidar a Perlita de Oro, que de continuo volaba gorjeando alrededor de su bella dueña. Al preguntar cómo podía ser que aquel minúsculo animalito estuviera ya tan domesticado, respondió la señora Dahl:

—El duro invierno que sufrimos hace dos años encontró Serena al pajarillo medio muerto en el zaguán. Ella lo recogió, le dio alimento y cuidados. El gorrión se recuperó y se encariñó con Serena, como si fuera capaz de expresar gratitud. Verdad es también que Serena sabe darle cariño y atenciones, como a todo aquello que queda a su cargo. Perlita de Oro vuela a su jaula cuando quiere comer, pero, salvo por las noches, nunca está encerrado.

Y ahora, mi turno, pues ¡no puedo olvidarme de mí misma! La señora Dahl me pidió que cantara. A fin de cuentas, ¡es una maravilla tener algún talento, por pequeño que sea! Yo obedecí, coseché aplausos y me dieron las gracias profusamente. El anciano Dahl exclamó con entusiasmo:

—¡Ahora tiene que cantar Serena también!

—¡Ay, abuelo! —dijo ella sonrojándose—. ¿Y cómo sonará, después de lo oído?

—Querida niña —dijo el anciano con una sonrisa—. ¡No vaya a creer la señora Werner que eres vanidosa!

—¡Desde luego que no! —respondió Serena alegremente—. La señora Werner habrá de soportar mi áspera y débil vocecilla.

Enseguida se sentó al piano y cantó un fragmento precioso y genuino de Lindeblad[48]. No tenía la voz áspera, pero sí endeble, y a todas luces poco educada, pero cantaba con tanto sentimiento, con tanto sentido en tonos y acordes, que lo disfruté con auténtico placer.

—Lo cierto es —dijo el anciano, visiblemente satisfecho en lo más íntimo— que esta música me complace mucho más que todos esos Catalani, Mara, Dulcamara[49], o como quiera que se llamen, que son, más que cantantes, instrumentos. Esto al menos lo comprendo, con el corazón y con la inteligencia. De haber tenido Serena la ocasión de aprender... —El anciano hizo un gesto harto significativo.

—¿Acaso no hay maestro de canto en la ciudad? —pregunté yo.

—Ninguno, salvo el viejo E., que desafina que es un horror. Varios de nuestros parientes han querido llevar a Serena a Estocolmo, para que allí pudiera perfeccionar sus talentos, pero ella no quiere dejarnos. Sabe bien que, sin ella, no nos arreglaríamos. Por eso se le ha estancado la voz en la garganta y hasta se le enronquece, de tanto leer latín.

En este punto le dio cariñosamente la mano a Serena, que lo abrazó con infantil espontaneidad. Los dos rieron.

—Si no estás cansada después del canto —continuó el anciano—, acércate, niña querida, y léeme un poco de latín, de ese libro nuevo, ya sabes, de Viktor... Bah, siempre se me olvida cómo se llama. ¿Querrás, hija mía?

—¡De mil amores! —respondió Serena, y acto seguido salieron los dos.

—¿Acaso lee latín la señorita Löfwen? —pregunté yo algo sorprendida a la señora Dahl.

La buena mujer sonrió y respondió:

—¡Ah, son sus locuras! Desde que mi marido ha empezado a perder la vista, Serena le lee a menudo en voz alta. Sus libros favoritos son los relatos de viajes, y también las novelas, que, según dice, «lo mantienen joven de espíritu». Cuando, en esos libros, figuraba algún pasaje que a Serena no le parecía adecuado para leer en voz alta, se lo saltaba; y cuando no era posible saltárselo, decía: «Ahora pone algo en latín». Mi marido, que daba alguna que otra cabezada mientras ella leía, dio por buena al principio la excusa del latín, si bien le resultaba extraño que ocurriera tan a menudo. «¡Vaya forma más curiosa de expresarse han adoptado nuestros autores modernos! —decía a veces—. ¡Menuda pedantería!» Y otros comentarios por el estilo, y se mostraba bastante irritado. Un día, no obstante, era tanto el latín que salpicaba el pasaje en cuestión que, extrañado de más, empezó a indagar sobre el asunto. Una vez concluida la lectura y después de que Serena se hubiera marchado, cogió unas lentes dobles que tiene y se aplicó a examinar personalmente los pasajes latinos aducidos. Enseguida descubrió su naturaleza, y el latín se convirtió a partir de entonces en un tema repetido de sus bromas con Serena, a la que logró convencer de que fuera menos escrupulosa con esos fragmentos latinos.

Un buen rato aún seguimos hablando de Serena, y la buena mujer escuchó con placer cuanto yo tenía que referirle de su querida niña. Finalmente, dijo con un suspiro:

—Pese a todo, no es hoy tan hermosa como lo ha sido. De un año a esta parte se me antoja que está muy desmejorada, y a veces la oigo toser. Temo que la vida de encierro que lleva con nosotros sea perjudicial para ella. El doctor Werner le ha prescrito aire libre y ejercicio.

»Algunos de nuestros conocidos han sido tan amables de invitar a Serena a su casa de campo, pero ella no quiere dejarnos, y nosotros no sabemos cómo podríamos vivir sin ella. Mi marido, en particular, no quiere ni oír hablar de que vaya a separarse de nosotros. De ahí que hayamos pensado alquilar para el verano una casita de campo en la que Serena pueda estar con nosotros al tiempo que cuida su salud. Mientras tanto deberá montar a caballo por el campo siempre que pueda, y mi marido y yo la acompañaremos en el coche. Pensamos empezar con este régimen la semana que viene, cuando le traigan un caballo dócil y seguro.

Aquí aproveché yo la ocasión para preguntar si Serena no podría llegarse en sus paseos a Rosenvik, y alguna que otra vez quedarse allí conmigo a pasar el día. Yo la cuidaría a las mil maravillas, pasearíamos al aire libre, beberíamos leche recién ordeñada, cantaríamos... Todo esto dije y Dios sabe cuántas cosas más, pues me sobrevino de pronto una oleada de elocuencia.

La dulce anciana me dio las gracias, me miró satisfecha a medias y a medias inquieta, sin saber muy bien si sería posible, suspiró y dijo al cabo:

—Ya veremos qué dice mi marido, hablaremos con él.

«Yo hablaré con mi Oso —me dije—, y si consigo que esté de mi parte, ¿quién podrá, entonces, oponerse?» Me invadieron de pronto las más vivas ansias de ejecutar aquel plan.

Llegó Oso. Enseguida, en la puerta misma de la sala, lo abordé y le conté mi proyecto.

—Mi Oso querido, si me quieres, debes apoyarme, tendrás que repetir y respaldar mis palabras, decir que Serena tiene que poder venir a Rosenvik, y quedarse allí a pasar el día. Tiene que ir a caballo con el fin de hacer ejercicio, ¡como tú mismo le has prescrito, ángel mío! Prescríbele ahora también que venga a visitarnos a caballo. Di que conviene a su salud. Yo la cuidaré, yo cantaré con ella. Díselo a los ancianos, habla con ellos y haz que consientan. Tú también lo quieres así, ¿verdad, Osezno mío?

—¡Válgame! ¡Qué *flux de bouche*[50]! ¿No va a poder uno ni respirar? ¡Uf! Bien, ya veo que te sientes totalmente a tus anchas con la familia, ¡so bicho!

—¡Todo mérito mío y de nadie más, so Oso!

La familia dio a Oso la bienvenida y lo agasajó como a amigo muy querido y apreciado. En ocasiones como esa, siempre se comporta casi como un pachá, y recibe toda amabilidad y agasajo como un aprecio merecido. Y a buen seguro que no le falta razón.

Desde el prosaico punto de vista en el que hoy me he instalado, mantuve durante la cena una mirada atenta sobre esa parte de la organización doméstica sin cuya perfección la poesía de la vida aquí, en los países nórdicos, al menos en el ámbito familiar, se disipa como espuma de champagne. Descubrí que, en este ámbito, tendría yo no poco que aprender de Serena, en lo tocante a platos, preparación y demás. Hace ya unos años que está a cargo de ese aspecto de la vida doméstica, y de forma inmejorable. La dulce muchacha era una anfitriona grata y atenta a toda la mesa, sin dejar de atender al abuelo medio ciego con denodado esmero.

Después de la cena, empecé a presentar el proyecto que había ideado para Serena. Oso expuso el mismo propósito con mucha sensatez y mucha fuerza, y triunfamos en nuestra empresa. El anciano Dahl parecía en un principio algo dudoso, pero, cuando le dije que Serena y yo practicaríamos canto, consintió de mil amores, me estrechó la mano y dijo que «sería una buenísima cosa». Al oír que sus abuelos lo aprobaban de corazón, Serena también demostró su alegría, me abrazó y, dejando escapar una lágrima, me dijo que yo era «demasiado buena, por querer ocuparme de ella y de su voz».

Yo me sentía complacida de corazón y animada de espíritu, y todo lo demás me pareció muy grato. Transcurrió la tarde en amena conversación. El señor Dahl habló animosamente de la gran donación hecha por el señor de Romilly, y de todas las ventajas que una escuela de la clase y el alcance que ahora sería posible instaurar reportaría a la región. Aquel hombre anciano pero vigoroso ya había empezado a desplegar toda su actividad como director. Y es que a sus setenta años es capaz de reunir el mismo entusiasmo por el bien de sus semejantes que un joven de veinte. Y ver algo así infunde deseos de vivir muchos años.

Serena tiene una conversación infinitamente grata. Ciertamente, no cabe atribuir a sus palabras

un contenido en modo alguno extraordinario, pero dimana de ellas una suerte de espíritu elevado que me inclino a llamar feminidad. Me encantaría que fuera mi hermana. ¡Ah, si lograra que llegara a ser mi amiga! Es un deseo que se ha avivado en mi pecho. Verdad es que, comparada conmigo, ella es mucho más joven, y no ve por ello la vida como la veo yo, pero me atrae, con una fuerza irresistible, a su apacible mundo angelical.

Por el camino a casa, Oso y yo apenas hablamos de otra cosa que de ella. Oso se mostró sobre el particular más elocuente de lo que suele ser en relación con ningún otro asunto.

—En verdad, es una joven bondadosísima —decía, entre otras cosas—. Resulta conmovedor para cualquiera ver cómo se sacrifica en todo por sus abuelos y cómo, por ellos, se olvida de sí misma. Como médico de la familia, he tenido buena ocasión de comprobarlo. Hasta cuatro propuestas bastante favorables sé bien que ha rechazado ya, dicen que incluso más, siempre con la objeción de que no habría podido amar al pretendiente, pero el principal motivo es, sin duda, que no desea abandonar a los ancianos. Ellos no pierden ocasión de dejar ver bien a las claras que no quieren separarse de ella. Hace dos años la pretendió un joven caballero inglés de amabilidad sin par que estaba mortalmente enamorado de ella. Lo rechazó, como a los otros, pese a que todos creen que a Serena no le era indiferente. Él no ocultó su desesperación, se entregó a una vida disipada y, un año después, tuvo un final desdichado. Lo atribuyeron al mal estado de sus negocios, pero de fijo que el fracaso amoroso fue la principal razón de su desgracia. Sea como sea, es sabido que el suceso causó en Serena una fuerte impresión, y que desde entonces tiene el carácter menos alegre y más pálidas las mejillas. Su serenidad y amabilidad, en cambio, no la han abandonado.

—¡Ojalá pueda, en Rosenvik, cosechar rosas y alegrías! —exclamé.

5 de julio

¡Lo he visto, lo he visto! Al hombre del bosque, al espía, a don Miguel, la amabilidad personificada, la beneficencia, el misterio: en una palabra, al vecino de Ramm, ¡al señor de Romilly! Lo he visto y, si viviera cincuenta años más y no volviera a verlo nunca, no me sería posible olvidarlo. ¿Tan hermoso es? No lo sé. ¿O tan feo? No lo sé. ¿Es tan agradable? No lo sé. ¿O tan desagradable? No lo sé. ¿Cómo es? No lo sé. ¿Es un héroe de novela? No lo sé. ¿Qué es, pues? No lo sé.

Así me ha asaeteado hoy a preguntas la señorita Hellevi Husgafvel, y así le he respondido yo. Atiéndeme bien, Maria querida.

Ayer por la tarde recibí la grata sorpresa de la visita de mis cuñados y cuñadas. Ya les había permitido toda suerte de incursiones destinadas a descubrir mi entorno, ya empezábamos a animarnos y a sentirnos cómodos en la mutua compañía y a bosquejar planes sobre una cena en Svanö, cuando la puerta se abrió súbitamente al tiempo que oscurecía el vano una figura alta y sombría. Reconocí al hombre del bosque a la primera ojeada, y quedé al punto sin resuello, no me explico por qué, mientras gritaba en mi interior: «¡Samiel! ¡Samiel[51]!». Oso se acercó al recién llegado con la franca amabilidad habitual en él y le dio la bienvenida. El forastero dijo su nombre con una voz que se me antojó algo disonante. Oso me lo presentó y nos sentamos.

No hay persona en el mundo menos inquisidora que Oso, y los forasteros, en particular, pueden ser para él un misterio eterno. No es este el caso de Jean-Jacques. Él enseguida pregunta a la gente, si bien de un modo educado que no ofende a quien no sea sensible de más. Al cabo, pues,

de unos minutos, ya había preguntado al señor de Romilly cuánto tiempo llevaba en Suecia, cuánto tiempo pensaba quedarse, cómo se encontraba aquí, entre otras cosas. Forzoso era reconocer que el caballero no alentaba sus ansias de saber, pues nunca había oído yo a nadie dar respuestas tan escuetas, imprecisas y disuasorias. Me vi, pese a todo, como contagiada del afán de Jean-Jacques, y pregunté yo también, hablando, como los demás, en francés, si no se le antojaba la lengua sueca dura al oído. Respondió él entonces, para gran sorpresa mía, en sueco, si bien con acento extranjero y con voz totalmente cambiada y melódica:

—Todo lo contrario, me parece una lengua hermosísima, en particular, en boca de una mujer.

—¡Habla usted sueco! —dije sorprendida.

—Hace unos años —respondió con la misma suavidad de tono—, pasé un invierno en Suecia y tuve ocasión de aprender su bella lengua.

La conversación continuó en sueco a partir de ahí, pero el señor de Romilly participaba en ella escasamente, pese a que Jean-Jacques hacía cuanto estaba en su mano por atraer al forastero abordando temas que deberían resultarle familiares, en particular todo cuanto refirió en relación con Portugal, su comercio y sus colonias. De ahí derivó la conversación hacia las razas del hombre, tema acerca del cual Jean-Jacques departía con conocimiento e interés. Era, sin embargo, en mi opinión, injusto con lo que él llamaba la raza etíope, que ponía a la altura de los animales, amén de declarar a los negros totalmente incapaces de un grado superior de civilización. Petter arguyó parcialmente en contra de tal aserto. Salió a relucir el comercio de esclavos. Para sorpresa mía, Jean-Jacques hablaba *a favor*, aduciendo que el negro solo podía adquirir algo de valor y disfrutar, además, de cierto grado de felicidad, en tanto que esclavo del europeo. Petter se mostró totalmente contrario, y ello con buenas y cimentadas razones. Jean-Jacques citó unas palabras de Tarleton y Gascoyne[52] para apoyar su tesis. Petter las rebatió airosamente con declaraciones de Wilberforce y Canning[53]. El desconocido no pronunció una palabra a lo largo de todo aquel debate, pero seguía a todas luces la conversación con vivísimo interés. Ya le asomaba a los labios una suerte de amarga sonrisa burlona, ya le relampagueaban los negros ojos con un fuego extraño. Yo no podía apartar la vista de él, pero por lo que a su pensamiento atañía, era incapaz de intuirlo. Me pareció, pese a todo, que escuchaba a Jean-Jacques con más satisfacción, en particular durante el largo y encendido discurso en el cual, a partir de una serie de ejemplos, trató de demostrar el nivel singularmente bajo de los negros, ante todo en el plano intelectual, así como que la naturaleza misma les había impuesto una barrera infranqueable.

—Haced con el negro lo que gustéis —dijo Jean-Jacques para concluir su discurso—. Colmadlo de educación y de luz, su entendimiento siempre será esclavo del entendimiento del hombre blanco; desarrollad todas sus capacidades, y no será, pese a todo, sino una máquina en manos del hombre europeo. Está, por naturaleza, destinado a servirlo.

De los visajes que hacía Oso deduje que este discurso le desagradaba sobremanera y, una vez terminado, dijo con vehemencia:

—Ignoro si el negro puede alcanzar un alto desarrollo intelectual, e ignoro si será eso lo esencial en la cuestión de la formación del ser humano; lo que sé es que es «humano», ¡y como tal, hermano mío!

—¡Hermano! —exclamó De Romilly en un tono que me hizo saltar de la silla de tan extraño, horrendo y casi amenazador como sonó.

—¡Sí, hermano! —rugió Oso, cada vez más encendido—. ¡Y quien comercia con su libertad y con su vida es un monstruo, peor que un asesino!

—¡Un asesino! —volvió a repetir el forastero, contrayendo las cejas como entre espasmos, y con una voz tan lúgubre que, involuntariamente, todos clavaron en él la mirada. Volvió a cambiarle la expresión del rostro y, con voz serena pero grave, le dijo a Oso:

—*Monsieur, je pense entièrement comme vous*[54].

Acto seguido volvió a callar, estuvo absorto en sí mismo y pareció no conceder ya el menor interés a la conversación, que, con su natural ligereza, Jean-Jacques ya había orientado hacia otros asuntos.

Al cabo de un rato, reiteré mi propuesta de hacer una excursioncita a Svanö, y sugerí que el grupo se dirigiera allí enseguida, mientras yo preparaba una pequeña colación antes de reunirme con ellos. El señor de Romilly no debía de sentir predilección alguna por las comidas campestres. Se excusó de asistir a la nuestra, se despidió y, cuando nos encaminábamos a Svanö, lo vimos montar su hermoso caballo negro y, después de saludarnos cortésmente, se perdió entre el verdor de los árboles. Yo sentí un gran alivio cuando desapareció y, al mismo tiempo, seguí mirándolo, aun sin querer, con el deseo de entrever un atisbo de aquella hermosa figura. Nos dirigimos a Svanö y pasamos allí una tarde muy amena. La verde hierba parecía neutralizar las pretensiones y las disputas de rango. Jane-Marie y Ebba bebieron leche del mismo vaso. Como sea, yo ahora no puedo hablar sino del forastero, ni pude pensar en otra cosa en toda la tarde —y Jane-Marie no perdió ocasión de importunarme por mis distracciones— ni puedo quitarme su imagen de la cabeza. Ya he visto al famoso vecino *en face* y, aun así, no sé qué decir de él. En una primera impresión se diría que su sencillez corre pareja con su fuerza, pero es una fuerza casi opresiva. Me trae a la cabeza la imagen de una hermosa nube de tormenta. Es muy alto, de complexión fuerte, más grueso que delgado. Tiene el rostro poderoso y viril, y la color muy oscura. Algunas cicatrices, como de heridas de sable, no lo afeaban. En la boca tiene a veces un gesto agradable, pero lo que le estropea todo el rostro, lo que le da una expresión horrenda y casi malévol, es su costumbre de fruncir unas cejas pobladas, negras, que casi se funden en una sola línea recta por encima de la nariz. Cuando se separan se le ilumina el semblante hasta el punto de que uno se siente impulsado a decir: «Es hermoso». Debajo de las cejas hay un par de ojos que no consigo entender. Tuve la impresión de que alternaban entre el negro y el anaranjado. A veces pasan largos ratos sin mirar al frente, incluso aunque la boca esté hablando; a veces vuelven a clavarse con una mirada tan aguda y penetrante que, sin querer, tiene uno que bajar los suyos. Y a veces miran raudos, negros como una noche cuajada de relampagueantes llamas. Así miraban cuando pronunció las palabras «¡Hermano!» y «¡Asesino!». Estas variaciones extrañas y súbitas también se aprecian en su voz, y me pregunto si no son más profundas aún. Un no sé qué que se me antoja inquietante, pues lo he observado en algunas personas muy apasionadas, es una vena que tiene en la sien y que reproduce talmente la silueta de un rayo, sobre todo en el instante en que estalla con fuerza. Por lo demás, me agradó. Es muy sencillo, sin vislumbre alguno de artificio ni de pretensiones de ninguna clase y, pese a todo, no hay en él nada abierto, nada que infunda confianza. Se me antoja como una fuerza de la naturaleza: no sé si es buena o mala, si traerá ruina o dicha. Pero si esos ojos misteriosos se clavaran en alguien por amor, si esa voz hablara enamorada... creo que entonces sería peligroso. En general, puedo decir que no he visto a nadie que se asemeje tanto a un secreto. Siento un inmenso deseo, aunque también cierto recelo, de llegar a comprenderlo mejor.

Pero ¡gracias a Dios que mi Oso no es ningún oscuro secreto, que su alma es clara y abierta como el día que nos dio el Señor! Ahí residen, ciertamente, la dicha de la vida en común y la paz

del hogar.

6 de julio

Mañana llega el barón Stellan S. No puedo decir que me alegre su visita. Oso anda como loco con los preparativos para recibirlo. A duras penas encuentra nada lo suficientemente exquisito que ofrecerle. Piensa cuidarlo y cubrirlo de atenciones tal que si de una condesita coqueta se tratase. Un caballero tan elegante y consentido debe de resultar un huésped de lo más quisquilloso, sobre todo para recibirlo en mi rústica casa de Rosenvik.

—Ya verás, Oso, le ofreceré tus pantuflas turcas. El aguamanil de porcelana fina. ¡Sí, sí, querido! Ese niño mimado tendrá todo lo que quiera.

¡Yo habría preferido que el joven chambelán se hubiera ido a Constantinopla! Pero Oso está contentísimo. Él ama a las personas, y por él quiero mostrarme amable yo también.

10 de julio

El barón Stellan ya está aquí. Y en fin, todo va de maravilla con nuestro primo. Es educado, agradable, con todo se muestra satisfecho, y resulta infinitamente fácil convivir con él. Sale a pasear con Oso: habla con él de física y de política. Me lee en voz alta o me distrae con su amena charla mientras yo coso. Enseguida se familiariza uno con él, como si llevara tratándolo varios años. Cierto es que la vida en el campo contribuye bastante, máxime habida cuenta de que pasamos juntos el día entero. Oso me ha pedido que me quede en casa por el primo Stellan, y que procure que se sienta cómodo y a su gusto en nuestro hogar. Quiere en verdad, de corazón, a su antiguo pupilo. A continuación verás, con unas pinceladas, su retrato. Tentada estoy de calificarlo como la antítesis del señor de Romilly. A este lo comparé con un paisaje natural inmenso pero salvaje. Al primo Stellan lo asemejaría más bien a un hermoso parque inglés perfectamente cuidado. La buena educación recibida lo ha pulido y ha sacado lo mejor de él. Su porte elegante y grato habla fácilmente por sí solo. La desenvoltura de su trato realza los dones que le ha otorgado la naturaleza. La boca, en la que aflora a veces una sonrisa delicada, un tanto sarcástica, muestra, cuando se abre, unos dientes preciosísimos, cuya blancura realza lo oscuro del bigote. Los ojos no son grandes, pero su mirar es hermoso, y sobre la blanca frente cae el pelo castaño claro en agradables sortijillas. La indumentaria es cuidada en extremo y de un gusto exquisito. ¿Qué más puedo decir? El primo Stellan posee varias habilidades, sabe dibujar, canta bien, es grata su conversación y muestra, de este modo, al menos aquí en el campo, una modestia de tono y de modales que merecen gran reconocimiento, en particular si consideramos su posición en la vida y sus expectativas. Algo de más diríase que lo entretiene el acicalamiento, pero no hay en ello mal alguno. Es del todo natural cuando se es joven, rico y apuesto.

El 12

Como fuere, resulta extraño nuestro querido primo Stellan, y no consigo explicarme qué es en realidad. En primer lugar, veo que no es del todo cristiano. Anoche habló sin parar de la religión de Mahoma. Y dijo que era la más sabia, la mejor de todas las religiones. Alababa el Corán como

el más sabio de los libros. Reconoció sin tapujos que querría con todo su corazón haber nacido turco o persa, y vivir todos los días de su vida en oriental parsimonia, poseer un serrallo... A mí me enojó no poco el oírlo, argumenté contra el Corán, pese a que no conocía mucho de su contenido, y expresé un gran desprecio por todas aquellas ideas turcas. El primo Stellan no pareció ofenderse, sino que declaró abiertamente cuáles eran sus ideas sobre la más alta dicha del hombre. No fue, desde luego, nada edificante de oír. Me enojé un poco y, además, me irritó tanto mi acaloramiento como la frialdad de Stellan, así como la de Oso, que no dijo una palabra, sino que se limitó a hacer las muecas más horrendas, sin dejar la talla de su reina de ajedrez. El anuncio de la cena vino a interrumpir la conversación, que no retomamos después. Pero antes de que Oso pudiera retirarse a descansar, debía responder ante mí de la moral del mimado de su sobrino. He de decir que tampoco quedé del todo satisfecha con la de Oso. Al menos, por el momento. Salió con demasiado empeño en defensa de Stellan, y aseguró que, ideas turcas aparte, era un tipo de lo más recto, que en la vida sería capaz de hacer nada malo. Su único defecto, decía Oso, era cierta frivolidad en lo tocante a las mujeres, «pero es ese un defecto tan generalizado entre los jóvenes que no debemos reprochárselo con excesivo rigor».

—¡Mi buen Oso! —dije yo—. Me grabaré estas palabras en la memoria, y si, en tu ausencia, él tratara, con cierta frivolidad, de ganar mi corazón, pensaré que no es sino lo normal entre los jóvenes, y no seré muy dura con él.

Oso me miró entonces tan sorprendido, tan turbado, que no pude sino reírme para mis adentros y abrazarlo para sacarlo de su desconcierto. Terminó por coincidir conmigo en que sería cosa «harto beneficiosa» que Stellan pudiera seguir unos principios más sensatos, que sentara la cabeza y se casara como es debido. Su madre y toda su familia deseaban vivamente que contrajera matrimonio, pero Stellan no daba indicios de la menor disposición en este sentido. Oso me animó a que hablara con él sobre la dicha del matrimonio. Y desde luego, no pienso dejar de hacerlo, como tampoco me privaré de darle un poquito de catequesis. Aún no es ningún sultán y ha de poder, pues, oír la verdad.

El 13, por la tarde

Es cierto, dulce Maria, que poseo varias de las cualidades de un buen pastor: fe, seriedad, celo, pero ¡ay!, no la de convencer a mi auditorio. ¿Querrás, Maria querida, oír ahora mi sermón y sus consecuencias? Como de costumbre, Oso pasó la mañana en la ciudad con sus pacientes. Yo cosía sentada al lado de la ventana abierta. Tenía el corazón alegre, trabajaba cantando al ritmo de los pajarillos que poblaban los arbustos de lilas. Entonces llegó Stellan, se sentó a mi lado y empezó a romper en pedazos unas preciosísimas rosas orientales que había en un jarrón encima de la mesa. Yo pensé aprovechar la ocasión, y me sentí en lo más íntimo inclinada a soltarle un discurso. Para iniciar la conversación empecé, acaso sin mucha sagacidad, por reprocharle que destruyera unas flores que, enteras, le procurarían mayor placer. Él respondió mientras continuaba con la tarea:

—En todo caso, no iban a tardar en marchitarse. Y es precisamente su condición perecedera lo que hace que me sean gratas. No hay para mí flor más aburrida que la siempreviva.

Ya te puedes figurar hacia qué derroteros acababa de abrirse la puerta. Yo entré sin preámbulo y orienté la conversación al capítulo del matrimonio. Ataqué enseguida las ideas favoritas de Stellan y alabé los deleites perdurables y puros de la vida, por oposición a los placeres pasajeros,

al fugaz aleteo de la mariposa. Con los colores cálidos de la paleta, que escogí del fondo de mi corazón, pinté la hermosa dicha infinita que brota por sí sola en un matrimonio feliz.

El primo Stellan solo respondió al principio con evasivas, a veces con una broma, a veces con cumplidos del tipo «si todas las mujeres fueran como Fransiska, me convertiría al punto en un hombre casado... Si todos los matrimonios fueran así...».

Yo fingí no oírlo, sino que, movida por mi deseo de verlo casado, fui sacando a relucir una por una a todas las jóvenes bellas y buenas que conocía, pero en todas hallaba él algún fallo. La primera tenía las manos demasiado grandes, la segunda tenía muy feos los dientes, la tercera tenía mal gusto en el vestir, la cuarta tenía la piel mortecina, la quinta tenía la voz chillona... Finalmente me indignó tanta objeción y le pregunté si se consideraba un ser de superioridad extraordinaria.

—¡No quiera Dios! —respondió con esa erre gutural suya tan agradable. Pese a todo, le vi en el rostro que se sentía muy satisfecho consigo mismo. Y, como quiera que yo no podía negar que él era extraordinariamente apuesto y grato, empecé a hablar del hombre interior, le reproché su superficialidad, dije que las prendas externas no eran más que materia perecedera y alabé la belleza del alma, en particular la de dos de las jóvenes, aquellas cuyas manos y dientes él había menospreciado. Al hilo de todo ello, dije cosas hermosísimas de la vida de familia, que alabé y celebré con la misma pasión que la difunta señorita Rönqvist[55]. Yo misma me encendí con mis descripciones, pero Stellan me echó un jarro de agua fría con un bostezo impostado y ¡se puso a cantar *Gubben Noach*[56]! Esto casi me enfureció, y le dije que era un pagano y un orangután, que no era digno de la mano de una muchacha noble, que no merecía saborear la dicha más elevada y pura de la tierra.

Stellan se puso entonces muy serio y dijo:

—Pero dígame, Fransiska, ¿existe acaso esa dicha de la que usted habla en la realidad? ¿No es, como el ave Fénix, solo un bello poema para los mortales? Fransiska, usted, que parece estar tan segura, tan hecha a ello, nombre, entre las familias a las que conoce, a una sola que sea de verdad feliz, de verdad unida, y que bendiga los lazos que unen a sus miembros, no solo por un instante, sino en los altibajos que arrostrarán a lo largo de la vida entera. ¡Dígame el nombre de una sola de esas familias, Fransiska!

Stellan me miraba intensa y fijamente, y yo empecé a reflexionar y a pensar en algún nombre. ¿No es lo más fatal del mundo que, a menudo, la palabra o la idea que necesitamos se nos escape, y que, cuanto más buscamos, tanto mejor se nos oculte? Eso es lo que me ocurrió con «la familia feliz». Pensaba que conocería muchas. Ahora, sin embargo, no me venía a la cabeza una sola. Buscaba y rebuscaba en la memoria, fui corriendo mentalmente de casa en casa entre mis conocidos, empecé a angustiarme y a acalorarme, pues en ningún lugar encontré lo que buscaba. Con secreta alegría, Stellan estuvo mirándome, a la espera. A fin de salvarme yo y de salvar también la dicha familiar, pensé declararme en contra de lo excesivo de sus expectativas y comencé:

—La dicha perfecta no existe en ningún lugar del mundo...

Stellan me interrumpió y dijo:

—Tiene usted razón, Fransiska. Y mucho menos en el seno de la vida familiar. El ser humano, como la libélula, solo puede gozar en el mundo de cierta alegría, de cierta felicidad, siempre con la condición de vivir como la libélula, de que, al igual que la mariposa, se balancee en las ramas de los árboles, succione la savia de las flores, pero sin aferrarse, como ellas, a la tierra. De

hacerlo así, caerá enseguida presa de humus y gusanos. Todo cuanto tiene la vida de molesto y desagradable, la pesadez y la tristura de su prosa, recae sobre nosotros. Caen las alas de Psique, la mariposa se convierte en oruga. Créame, Fransiska, yo he visto más que usted de la vida familiar, y he visto demasiado para poder alabarla o desear para mí el papel de *père de famille*. La familia es un instrumento que, forzosamente, se desafina tarde o temprano, está en la condición misma de las cuerdas, y en la relación que guardan entre sí. Y quiero ilustrárselo con el ejemplo de algunas familias que conozco. Podría empezar por la propia, pues también yo, Fransiska, he tenido padres y hermanos, también yo he oído disputas matrimoniales y he discutido yo mismo, he sentido envidia de personas de mi sangre y he reñido con ellas; pero todo eso ha quedado atrás, pues nos han separado ya el hogar y los intereses de cada cual, y así hemos llegado a ser... buenos amigos. Le hablaré de los A. Resistieron, creo, mejor que bien, hasta que crecieron sus hijos. Esos niños recibieron una educación demasiado laxa. Fueron por mal camino. Sus padres viven hoy, por ellos, pobreza y sufrimiento.

»Los B. tomaron un rumbo distinto. Eran estrictos y despóticos. Hoy están solos. Los hijos han huido del hogar y abominan de él más que de una cárcel.

»La principal preocupación en la vida de los C. fue la buena educación de los hijos. Los enviaron a aprender de todo, les procuraron maestros de todas las disciplinas sin reparar en gastos, y, por un tiempo, se alegraban y se enorgullecían de los progresos de sus hijos. Estos se convirtieron en personas llenas de conocimientos y de talento, pero... despreciaban a sus padres, que eran ignorantes en comparación. Con lúgubre silencio caminan los ancianos padres cual sombras junto a sus brillantes hijos.

»Con los D. todo presenta mejor apariencia. No tienen hijos, son ricos. Aún hoy, igual que hace treinta años, dan fastuosas cenas. Pero si los mira usted de cerca, se siente el vacío, el frío que hay en sus vidas... ¡Ay! La comida que sirven en su mesa es lo único que aún los caldea y los une.

»En casa de los E. pareció reinar mucho tiempo el regocijo. Eran alegres, amables, hospitalarios. A sus hijas las llamaban las tres Gracias. Todo eran fiestas y pretendientes. Transcurrieron los años. Las Gracias envejecieron en el hogar familiar. Se agostaron juntas. Las olvidó el mundo. Se quedaron solas, riñendo entre sí a lo largo de una vida de pobreza. Por las noches se sientan a una mesa redonda, encienden las velas y esperan a que las visiten, pero nadie va.

»De la familia F. no quiero hablar. El marido tiene una voluntad, la mujer otra, siempre impera el temporal. Sus hijos suelen decir: “Cuando no sopla del norte, sopla del sur, pero siempre es un viento gélido”.

»“¡La cuestión es saber amoldarse!”, decía la buena de la señora G., después de reparar la brecha que su violento marido había abierto en el hogar. En esa familia se han pasado la vida tratando de amoldarse hasta renunciar a toda clase de vida acogedora y ordenada. Aún aguanta el molde, aún resiste, no se quiebra. Esa familia se encuentra en un estado de disnea permanente: no se asfixia, tampoco está viva.

»Mi madre quería que buscara esposa en la casa de los H. Fui allí una noche. Todo parecía maravilloso. Las hijas eran hermosas e iban bien vestidas. El ambiente estaba perfumado y era agradable. Volví una mañana. En una silla del salón había un par de medias, no limpias. Me recibió un hedor infame a cola rancia. Entré en otra dependencia. Las señoritas se levantaron al punto de los telares... La vida doméstica es cosa excelente, pero tejer arruina penosamente la

indumentaria, y el olor a cola rancia me resulta de todo punto detestable. La cola rancia y la dicha doméstica no concuerdan para mí.

—Pero ¡todo eso son niñerías! —exclamé yo—. Con esa facilidad exagerada para sentir repulsión no vale usted para vivir en este mundo.

—En fin —respondió él—, puede parecer una mezquindad, lo reconozco, pero confieso que tal es mi forma de ser. La cola rancia de la vida doméstica me intimida y me impide convertirme en padre de familia.

»Mi amigo J. llevaba cuatro años casado, y yo, todo ese tiempo sin verlo. No hace mucho viajaba yo por la zona en la que vive, y acepté la invitación que me había hecho de visitar su “idílico hogar”. En la primera dependencia había dos criadas fregando tiradas en el suelo con las piernas desnudas. En la otra estuve a punto de caer al tropezar con un cordel mediante el cual sujetaban el telar al pie de una estufa. De la tercera se oía a un niño dando alaridos. Aguardé unos minutos a que cesara el llanto, pero terminé por cansarme y, medio sordo, me alejé de aquel idílico hogar a toda prisa, esquivando a saltitos los cubos de fregar.

—¡Mal elige usted las horas de visita! —dije yo enojada—. ¿Acaso no hay que fregar en las casas? ¿Y no pueden llorar los niños de vez en cuando? ¿No hay que tener paciencia con las criaturas?

—Pienso que sí, Fransiska. No obstante, dado que carezco de esa bendita paciencia y que no hallo tan apetecibles los placeres de la vida familiar, no me considero en modo alguno apto para el matrimonio. Hay en los seres humanos algo que los aleja eternamente unos de otros. Cuanto más íntima y pareja es la relación, tanto más sentimos esos escollos, tanto más nos hieren los ángulos y las aristas. Las circunstancias externas contribuyen a ello: es fácil abrumar al otro, nos estorbamos mutuamente, y las consideraciones que tenemos y que hemos de tener con él son otros tantos lastres para la libertad y el placer. Cuando dicen que viven el uno para el otro, ocurre que ninguno vive feliz y plenamente por sí. No niego que una gran dicha, y duradera, pueda darse en el seno del matrimonio y la vida familiar, pero esas vidas familiares corresponden a contadas excepciones, a los ecos, que aún resuenan, de un paraíso perdido. Y a propósito, ¿qué me dice de la manzana que aparece en la historia de Adán y Eva? La hemos recibido en herencia, y la mayoría de las familias de este mundo tienen una manzana que morder, que es fuente de discordia y de miserias. ¿Quiere usted saber, Fransiska, dónde reside la mayor necesidad, el mayor hastío, la mayor envidia, la mayor amargura y el odio más íntimo y profundo? ¿Quiere saber dónde se encuentran los ojos más anegados en lágrimas, las mejillas más pálidas, los corazones más afligidos y cansados? Todo eso se lo mostraré en el ámbito del matrimonio, en los círculos domésticos, en una palabra, ¡en el seno de la vida familiar!

Soy incapaz de decir cómo me sentí mientras oía las descripciones de Stellan, pues, sí, en efecto, no pude sino reconocer la mucha verdad que encerraban sus retratos y, aunque me parecía limitado su punto de vista, aunque no pude sino sonreír ante algunas de sus pinceladas, como por ejemplo la de «la cola rancia», otras me dieron una punzada en el corazón. Me llenó de espanto pensar en cuánta pobreza espiritual, cuán honda miseria palpataba en la vida familiar. Sin embargo, yo amaba la idea de la vida familiar, creía en esa idea, que había crecido a la par que lo mejor de mí misma. Ahora tenía la impresión de que Stellan lo había profanado todo; sentí ira, sentí angustia y dolor, y la conjunción de mil sentimientos me hizo romper a llorar mientras casi gritaba:

—Pues ¡yo soy feliz, Oso es feliz, los dos somos felices!

—Sí, ahora, en los primeros meses de matrimonio, durante uno, dos o quizá incluso tres años —dijo el despiadado Stellan—, pero ya verá cuando vengan los años, los hijos, los problemas... Figúrese que tiene diez hijas. ¿Qué hará con todas ellas? Sin dinero, sin posibilidad de casamiento... Una de las hijas es coja, la otra escrofulosa...

—¡Diez hijas! —Me horroricé. Las veía a todas a mi alrededor, exigiéndome que les diera la dicha igual que les había dado la vida. Veía a una tullida, otra escrofulosa... Me hundí ante semejante carga, que me superaba, y, mientras lloraba sin poder pronunciar una palabra, Stellan se levantó, arrojó la última de mis rosas orientales y salió, ¡el muy despreciable! Casi deseé no volver a verlo jamás.

¡Diez hijas! Durante un buen rato no pude hacer otra cosa que pensar en estas palabras y llorar. Traté, sin embargo, de ir calmándome paulatinamente y empecé a considerar todo el asunto muy en serio y como cristiana. Y poco a poco le fui viendo una cara totalmente distinta. Ya no me aterraban mis diez hijas, me reconcilé con ellas por entero. Me dedicaría a ellas en cuerpo y alma, haría de ellas personas piadosas y diligentes. Serían alegres y buenas. Se querrían y afrontarían el mundo con buen ánimo. Cuanto más me recreaba en mi cuadro familiar, tanto más amable se tornaba. Empecé a querer a mis diez hijas de verdad, profundamente, y sobre todo a la coja y a la escrofulosa. No me hacía ilusiones, pero en mi corazón, ya reforzado, sentí que de verdad saldría bien, que, con la ayuda de Dios y de Oso, conseguiría que mis diez hijas fueran felices, y pensé en cómo, en el día del Juicio Final, me acercaría con toda aquella riqueza y diría:

—¡Padre! Aquí me tienes, con mis hijas, ¡las hijas que tú me diste!

Eso pensaba, eso sentía, y me tranquilizó y me regocijó el ánimo. Salí al prado de abedules para refrescarme los ojos enrojecidos y las mejillas. Luego me dirigí a la cocina y la despensa, donde debía atender algunas tareas, y, entre lo uno y lo otro, casi llegué a olvidar a mis diez hijas. Cuando Oso llegó a casa, sin embargo, se me vinieron encima las diez a la vez como un gran peso en el corazón. Volví a caer en un comportamiento bastante infantil. Cuando Oso se me acercó para besarme, me eché a su cuello y, entre llantos y risas, le dije:

—¿No es cierto, Oso querido, que tú me querrás y estarás satisfecho y que tú y yo vamos a ser felices aunque tengamos diez hijas? ¿Y que las querrás a todas, incluso a la que sea coja o escrofulosa?

Apenas pude concluir la frase. ¡Pobre Oso! Puso cara de espanto y reaccionó como si ya se le hubieran venido encima las diez hijas. Pero, al verme tan alterada, se preocupó de verdad, me dio un vaso de agua y me pidió que «¡hablara sueco!», seguramente porque eso de las «diez hijas» le sonaba más bien a hebreo. Le expuse con detalle la cuestión en sueco cristalino, y entonces se echó a reír con ganas y me aseguró que siempre viviríamos felices, que él siempre me querría, y que querría a todos los hijos que yo le diera. En ese momento entró Stellan. Pareció perplejo y triste al verme tan alterada, pero, movida por la alegría que me inundaba el corazón, le di la mano y grité:

—Vamos a ser felices, mi Oso y yo, vamos a ser felices incluso con diez hijas, aunque fueran todas tullidas. ¡Nos querremos los dos, y las querremos a ellas!

Stellan quedó conmovido de verdad. Se ruborizó, me besó la mano y me pidió perdón por haberse burlado de mí tan rudamente. Oso se portó conmigo como un ángel, y no quiso sentarse a la mesa hasta que no me hube calmado. Yo me apresuré cuanto pude, pero luego no fui capaz de tragar la comida. Creo que se me habían atragantado mis diez hijas. Además, me pareció que Oso me miraba de vez en cuando con cierto asombro. ¡Diez hijas! ¡Diez hijas eran muchas!

No quiero seguir pensando en estas cosas. Mientras Oso y Stellan dan un paseo, y la tarde pinta de sepia y sombra el escenario de la naturaleza, quiero volver sobre los lamentables retratos de la vida familiar que ha pintado el primo Stellan. ¿Son, acaso, verdad esos retratos? En algún caso aislado... ¡ay, lo son! Pero en general... ¡No, de ninguna manera! Y aun si hubiera más sombra que luz en los hogares terrenales, ¡oh, Tú, artista omnisciente, que a tan esplendorosa luz has pintado el gran cuadro de la vida!, Tú nos enseñarás a distribuir mejor los colores sobre nuestro humilde lienzo. Pero ya nos has enseñado, Gran Maestro. Y a nosotros corresponde ahora la tarea. Si trabajamos con seriedad y verdad, también será hermoso el cuadro de nuestra vida familiar, y digno de ocupar un lugar en el museo de los bienaventurados.

«Hay —según Stellan—, entre los humanos, algo que siempre los aleja unos de otros.»

Lo reconozco, hay envidia, presuntuosidad, arbitrariedad, penalidades, mil escollos menores y mayores que pueden inspirar sentimientos amargos. Reconozco que los sentimos con más agudeza precisamente allí donde el círculo es más estrecho: en la vida familiar. Pero ¿qué, pues? ¿Acaso no existe también una fuerza, suave y poderosa, cuya función es equilibrar, endulzarlo todo, y sí, incluso transformar el mal en bien? ¿Quién no recordará aquí la enseñanza del apóstol: «El amor es paciente y benigno...», quién no ha bendecido su enseñanza mil veces a lo largo de su vida?

Quiero referirme a dos de las escenas familiares que pintó Stellan. Dejaré intactas las circunstancias externas, pero introduciré en el seno de esas familias a las angelicales hermanas Verdad y Amor. ¡Observa cómo cambia el cuadro! Observa, por ejemplo, a la familia que se compone de unos hijos talentosos y unos padres no muy ilustrados. La verdadera educación, la verdadera ilustración ha ennoblecido a los hijos. No se les ocurrirá siquiera despreciar a unos padres buenos y honrados, pese a ser mucho más ilustrados que ellos. Saben que el verdadero valor del ser humano reside en la bondad de costumbres, en una conducta intachable. Rodean a sus ancianos padres de veneración y gratitud, y con sus talentos animan su hogar y embellecen sus días.

¡Y qué decir de las tres Gracias! Un cuadro, en verdad, harto penoso. No puedo sino bostezar solo de pensarlo; pero no fueron los lazos familiares, sino la frivolidad, la vanidad y el vacío interior lo que las ha reducido a esa condición de marionetas.

Como quiera que Stellan desvincula la dicha de la familia, me gustaría saber con qué la relaciona él. Le preguntaré qué hombre y qué tipo de vida considera el más afortunado. ¿El de un hombre soltero, quizá? Este debería, no obstante, ser un egoísta, que niega todos los vínculos naturales. Yo no envidio este tipo de felicidad, pero pienso preguntarle a Stellan si él es feliz.

El 13

Ya le he preguntado a Stellan. Quiso él al principio librarse de responder, bromeando con ingenio, pero sin alegría. Y al ver que, con seriedad creciente, yo lo instaba a que dijera la verdad, se puso serio él también y dijo:

—No soy feliz. La vida se me antoja pobre, y a menudo siento en mi interior un vacío casi insoportable.

—¡Oh, a Dios gracias! —exclamé yo, a un tiempo entusiasmada y conmovida por entero. Él me miró extrañado—. Entonces —proseguí— no es usted un indigno egoísta, que es lo que se precisa para ser feliz pensando como piensa. Me ha pintado usted la vida matrimonial de un modo que es para echarse a llorar; pero yo, Stellan, podría pintarle la vida de un soltero, y la hallaría

usted tan miserable, tan árida, que no daría por ella ni una pulgarada de rapé. Pero no es necesario, Stellan. Es usted un hombre bueno y reflexivo, comprenderá por sí mismo el verdadero valor de la vida, renunciará a sus pretensiones exageradas y a su excesiva sensibilidad. Será feliz dedicándose a tareas nobles, con una mujer digna de su amor, gracias al hogar y a la vida familiar.

Él sonrió con un punto de melancolía, meneó la cabeza y aludió a la «cola rancia».

—Pero, primo Stellan —dije yo entonces—, también en mi casa se hacen tareas domésticas, también aquí tejen, encolan y friegan. ¿Tan desagradable es?

—¡Si todas las mujeres casadas fueran como Fransiska...! —repitió Stellan. Me tomó la mano y la besó, dijo algo de «esta mano tan blanca y hermosa», volvió a besarla una y otra vez, se sonrojó y me lanzó una mirada de lo más extraña. Yo también me puse colorada y me sentí muy rara, retiré la mano, empecé a hablar del tiempo y me escabullí acto seguido a la cocina. ¡Qué escena más tonta, toda ella! No puede volverse a repetir sin contestación. ¡No! ¡Como que mi Oso vive y yo soy su Fanny! Figúrate que la lección de *ma chère mère* me fuera de utilidad un día, si de verdad se me presentara la ocasión de decir: «¡Se equivoca usted, caballero...!»). Sin embargo, en ningún caso iría yo a mi marido a decirle: «Querido, ha pasado esto y lo otro». Una mujer que ama a su marido y que ama su deber debe saber protegerse. No por eso es preciso convertirse en guardia de sí misma. Aun así... Quizá sea eso lo que estoy haciendo en este momento, al asustarme por tan poca cosa.

Mientras tanto me produce cierta satisfacción saber que Stellan, con su forma de pensar y de sentir, no es feliz. Y, de haber reflexionado bien, ni siquiera habría necesitado preguntarle. Stellan es, con sus numerosos dones, un *ennuyé*[57]. Abre un libro, lee un poco, bosteza, lo deja de lado, coge un diario y hace otro tanto. Comienza un dibujo y lo abandona inacabado. No siente verdadero deseo ni interés por nada. Le agrada estar al aire libre, ama la naturaleza, las flores, pero cualquier nimiedad lo importuna enseguida. Ya hace demasiado frío, ya demasiado calor. A veces sopla el viento, y el viento es algo que detesta. ¡Qué extraño! Este hombre, tan quisquilloso y tan cómodo en lo cotidiano, es en los momentos de peligro, según parece, a juzgar por lo que le he oído a Oso, tan resuelto como audaz. Tiene buena cabeza, amplios conocimientos, podría acaso llegar a ser un hombre excelente, si quisiera tomarse la molestia de estudiar en serio, pero seguro que olerá la «cola rancia» de los libros también. Y en esto no le falta razón, en más de un sentido.

El 14

Pues no, no andaba yo tan errada en lo de «convertirse en guardia de sí misma», en estar alerta. En los asuntos menores es donde hay que estar atento, pues verdad es el dicho: «De chica centella se hace gran hoguera». ¿Cuántas jóvenes no ven su honra mancillada, merecida o innmercidamente, por el mero hecho de no haber sido cuidadosas en lo menudo?

Habíamos pasado la tarde de ayer en Svanö. El primo Stellan estaba particularmente animado y amable. Cuando, a última hora de la tarde, volvimos de la isla, nos alentó a Oso y a mí a jugar a lanzar los aros. Yo acepté encantada, y pronto empezaron a volar los aros, adornados con lazos color de rosa, entre el verde de los árboles, y nosotros, ágiles y alegres, los ensartábamos en los bastones. Oso lanzó su aro varias veces, pero enseguida se sintió cansado y sudoroso, resoplaba sin cesar y, finalmente, dijo que «al demon...» con «tan agotador divertimento», y entró en la casa. ¡Reconozco mi error, Maria! Como mujer juiciosa y fiel, habría debido acompañar a mi marido, pero estaba disfrutando de veras del juego, y no tenía ganas de dejarlo. Acalorados, llenos de

entusiasmo y casi como locos seguimos Stellan y yo lanzando nuestros aros. Mientras jugábamos, nos íbamos alejando cada vez más de la casa, empezó a oscurecer, por lo que ya no podíamos estar seguros de la dirección que tomaban los aros, y el de Stellan quedó colgado de las ramas de un abedul. Corrí hasta allí y empecé a saltar para alcanzarlo cuando, de pronto, sentí que Stellan me rodeaba lentamente con sus brazos mientras sus labios susurraban junto a mis rizos:

—¡Fanny, dulce Fanny!

Me acaloré entonces con mil sentimientos extraños, pero me zafé en el acto y dije, curiosamente, con las palabras de *ma chère mère*:

—Barón S., ¡se equivoca usted! Ahí, en el árbol, está su aro. —Y lo dije con tal seriedad que me comprendió inmediatamente.

—¡Ah...! —dijo Stellan algo desconcertado, según me pareció, mientras recogía el aro.

—Ya refresca —dije—, más vale entrar.

Y sin mediar más palabra, me apresuré a volver a casa. Stellan me seguía despacio, tarareando un aria de *Fra Diavolo*[58].

Media hora tardó en volver. Estaba yo sentada al lado del bueno de mi Oso, contándole que lo quería, confesión que él recibió con su apacible cara de pachá, cuando apareció Stellan. Llevaba en la mano un ramillete de rosas silvestres, que me ofreció diciendo:

—¡He quitado todas las espinas!

—¡Muchas gracias! —dije yo, cogí el ramo y lo puse... junto a mi pecho. No, Maria, no puedes creer algo así, y tampoco fue lo que ocurrió: se lo prendí a Oso en el ojal de la levita. Stellan volvía a tararear su aria, y no mucho después nos despedimos con cierta frialdad.

¡Oh, no, Oso mío! Nunca abusaré de tu confianza en mí, y nunca la traicionaré en lo más mínimo. Mis diez hijas heredarán de su madre por lo menos la reputación intachable de un buen ejemplo que seguir.

Pero ¿qué haré a partir de ahora? Ya no tengo ningún deseo de pasarme los días haciéndole compañía al primo Stellan. Tampoco puedo abandonar la casa cuando Oso me ha rogado expresamente que me quede aquí. Mucho menos querría irme a él directamente y decirle: «Amigo mío, esto y aquello...», pues no haría sino alterar su paz y su relación con su joven amigo. Y no alberga este, pese a todo, ninguna mala intención, es más bien meramente irreflexivo. Ya sé qué haré, Maria. Esta mañana me esperan varias tareas domésticas. Después de mediodía iremos a Carlsfors para presentar a Stellan a *ma chère mère*. Mañana vendrá Serena, y luego pienso remover cielo y tierra para lograr que Serena se instale en Rosenvik de ocho a catorce días. Conseguiré que Oso tiranice a toda la familia Dahl. A Serena le hará bien, igual que a mí. Será maravilloso.

El 15

Es un fastidio que el primo Stellan se haya inclinado precisamente por el método de Jane-Marie para expresar su descontento. Ciertamente que alguna diferencia hay en las formas, pues Stellan no es hosco, precisamente, pero sí finge una indiferencia y una frialdad que son todo menos gratas, y se diría que quiere convencerme de que soy la persona que menos le interesa en el mundo. Yo trato a mi vez de convencerlo de que no me he percatado, pero siempre me causa cierta tristeza no tener una relación enteramente amistosa con las personas de mi entorno. Sea como fuere, ahora

trato a Stellan con frialdad; de lo contrario, podría pensar que quiero que vuelva a intentarlo.

Pasamos la tarde de ayer en Carlsfors.

Ma chère mère recibió a Stellan de un modo extraño.

—Yo conocí a su padre, querido barón —dijo—. Era un hombre honrado, aunque algo *bon vivant*. He oído decir que el hijo es digno vástago suyo. Y pese a que «debemos honrar el árbol que nos da sombra», debo decir que podría usted seguir mejor ejemplo. En fin, en fin... El padre cambió hacia el final de sus días, y espero que el hijo también lo haga, y que se asiente pronto con un buen casamiento. Sería juicioso que así lo hiciera, querido barón, pues como dice el dicho: «Nadie lamenta prometerse joven», y «Más vale un pastel en concordia que dos en discordia».

Stellan parecía más que atónito y algo ofendido por tan inesperada lección. Se conoce que *ma chère mère* no estaba de un humor muy pacífico y, después de una atenta ojeada a nuestro alrededor, vimos que la casa entera se encontraba enzarzada en una guerra. Jean-Jacques y *ma chère mère* habían reñido por unas nuevas medidas que él quería introducir en la finca, y por otras viejas, que quería suprimir. La lucha entre lo viejo y lo nuevo había estallado en Carlsfors, pero *ma chère mère* tenía bien sujetas las riendas del gobierno y, forzado como estaba a ceder, Jean-Jacques hallaba, no sin razón, harto incómoda su posición en Carlsfors. De todo ello se quejaba a Oso. Jane-Marie se encontraba en lucha abierta con Ebba, y me refirió con amargura cuantos agravios estaba sufriendo; agravios que consistían en una serie de nimiedades tales que más tentada estuve de reír que de llorar al oírla, pues en verdad que es tan ridículo como mezquino que unas personas que podrían vivir sin preocupaciones hayan de amargarse la vida con una montaña de enredos superfluos que ellas mismas originan. De la forma más discreta posible, traté de que Jane-Marie reparase en ello, pero mi observación no recibió buena acogida. Se alteró al oír que alguien pudiera considerar «nimiedades» aquello que ofendía su dignidad, y me dio a entender que ella sabía valorar cumplidamente lo que era o no importante en tales asuntos.

Yo había tomado la firme decisión de no permitir que las cosas se enturbiaran de nuevo entre Jane-Marie y yo, y sentía, además, en esos momentos, una necesidad tan viva de armonía que, ante lo altanero de la expresión y el tono de mi cuñada, me limité a responder:

—Cierto, querida Jane-Marie, pero tu educación, tu inteligencia te colocan, a mi entender, tan por encima de Ebba que podrías disculpar su infantil falta de juicio sin que ella abuse de tu bondad.

—Tú no conoces a Ebba —dijo Jane-Marie algo apaciguada—. Está llena de vanidad, pretensiones y despotismo. Se me subiría a las barbas si yo no me subiera a la parra.

Era aquella una época en la que yo creía que todas las personas poseían un fondo primordial de sensatez y sentido común; una época en la que creía que nada deseaban tanto como ser ilustradas; que no tenían más que oír la verdad para reconocerla y, una vez reconocida, corregirían sus defectos y, como consecuencia de todo ello, serían felices tan pronto como fueran ilustradas. En aquella época decía yo la verdad a muchos, no escatimaba en dar buenos consejos y me erigía de mil amores en mediadora de paz en las disputas, pero rara vez vi que prestara así ningún servicio a nadie, menos aún a mí misma. Y, a decir verdad, los favores recíprocos de la misma naturaleza que he recibido yo de algún que otro buen amigo han servido sobre todo para convencerme de que ese método de candidez excesiva no era ni por asomo el mejor en esos casos. Últimamente me he vuelto en extremo cautelosa a la hora de decirle a la gente la verdad, soy bastante parca en buenos consejos y siento verdadero pánico a entrar de mediadora en ninguna disputa o, en otras palabras, a verme «entre la espada y la pared». Cuando, pese a todo, sin yo

propiciarlo, me veo en tan lamentable situación, me guardo para mí lo que tengo en la cabeza y, buscando lo que más me conviene, aprovecho la experiencia cosechada en mis malogrados intentos. Y, por tanto, no le dije a Jane-Marie:

—¡Querida Jane-Marie! Eres tú, precisamente, la que se comporta con soberbia y vanidad. Y son precisamente tus defectos los que incitan a Ebba a exhibir los suyos. Si tú te comportaras con más sensatez, ella respondería con menos despotismo.

No pronuncié ninguno de estos íntimos pensamientos, sino que me limité a suspirar y dije:

—¡Pobre chiquilla! ¡Se conoce que ha recibido muy mala educación! Quienes la han recibido mejor deben excusarla. ¡Una educación endeble es una verdadera desgracia!

—Sí, una verdadera desgracia —convino Jane-Marie, me pareció que apaciguada con Ebba.

Sin embargo, también con *ma chère mère* estaba Jane-Marie bastante insatisfecha. *Ma chère mère* había mandado ayer enganchar el coche celestial y, acto seguido, dijo a Jane-Marie y a Ebba:

—Una de vosotras puede venir conmigo.

Cuando el carro apareció en la puerta y *ma chère mère* se hubo acomodado dentro, se acercaron al mismo tiempo Jane-Marie y Ebba, las dos dispuestas a acompañarla. Solo había lugar para una de ellas en el asiento al lado de *ma chère mère*; a las dos apetecía, sin embargo, el paseo. Al advertir que, delante del estribo, estallaba una acalorada discusión entre las dos cuñadas, *ma chère mère* dio un restallido y partió sola en el coche celestial, para gran pasmo y disgusto de las litigantes.

Caminando por el parque con Ebba, que, desde nuestro paseo matutino, se ha convertido en una amante del campo, tuve ocasión de oír todas sus quejas contra Jane-Marie. Jane-Marie la miraba con unos aires de grandeza insoportables. ¡Jane-Marie la había llamado «boba»! Jane-Marie siempre quería ser la primera. Jane-Marie siempre quería cruzar la puerta la primera, que, a la mesa, la sirvieran la primera. Jane-Marie quería que todo lo suyo fuera mejor y más grandioso que lo de Ebba, calificaba los vestidos y encajes de Ebba de mediocres, de gusto sencillo, siempre hallaba algún defecto en Ebba y en todo lo suyo, mientras que lo propio lo ensalzaba y lo llamaba exquisito, «distinguido» y excelente. La pobre Ebba lo lamentaba profundamente. Yo también lo lamentaba, aunque por otro motivo. Ya habíamos llegado a la orilla de un arroyo cantarín de bordes ricamente adornados de hojas y flores. Todo era extraordinariamente hermoso, fresco y apacible. Yo estaba de veras conmovida y sentí que podía hablar con Ebba de un modo muy distinto a como hablaba con Jane-Marie. La rodeé súbitamente con mis brazos y le dije:

—Dulce Ebba, ¿quieres ser feliz?

—¡Claro que sí! —respondió Ebba mirándome con extrañeza.

—¡Ay, Ebba querida! —proseguí suplicando fervientemente—. No repares entonces en menudencias así, no permitas que te molesten. ¿No ves lo adorable, lo hermoso que es todo a nuestro alrededor? No lo has disfrutado, apenas has reparado en ello, solo porque Jane-Marie pone «caras de superioridad» y tiene cosas más preciosas que tú. Mi dulce Ebba, ¿no es muy de lamentar que desaprovechemos todo lo bueno y lo bello que tiene la vida?

Repetir cuanto dije en mi entusiasmo me obligaría a extenderme demasiado. Baste con decir que hallé en Ebba un oído atento, y le describí lo insensato de esas batallas, y la angustia de la amargura que causan, hasta el punto de que Ebba lloró, pero también rió al oírme. Se mostró serena y comprensiva y prometió que, «por mí», concedería pacíficamente a Jane-Marie todas las

prerrogativas menores a las que aspiraba.

Mientras tanto estuvo Oso por su lado «entre la espada y la pared», o sea, mediando entre *ma chère mère* y Jean-Jacques. Gracias a su influencia, logró arreglarlo todo de tal forma que Jean-Jacques prometió que, en lo sucesivo, no abrumaría tan impetuosamente a *ma chère mère* con sus propuestas de reforma, a la par que conseguía que ella «se aviniera» a considerar las propuestas de Jean-Jacques. ¿Qué hizo el primo Stellan mientras todo eso sucedía? Se entretuvo con quienes habían quedado libres de la disputa, desplegó sus lindezas entre todas las señoritas, una tras otra, menos conmigo, y consiguió agradar a la perfección a todas, incluida *ma chère mère*, que me dijo:

—¡Dios, qué educado es el tal barón S.! Hace enteramente justicia a su fama. Es un joven de lo más elegante.

Me encantó observar a Ebba a lo largo de la tarde, pues cumplió su promesa mejor que bien, y en lugar de disputar a Jane-Marie sus amados privilegios, los satisfizo en varias ocasiones. Jane-Marie pareció al principio sospechar en tal conducta alguna clase de estratagema, pero cuando comprobó que la amabilidad de Ebba era auténtica, también Jane-Marie cambió por completo en relación con ella, y se bajó bastante de «la parra».

¡Qué locura la nuestra! ¡Cómo torturamos a los demás y a nosotros mismos! Con lo fácil que nos sería muchas veces darle la vuelta al cuadro, cambiar guerra por paz, desazón por sosiego.

Cuando Oso y yo llegamos a casa, nos contamos mutuamente «nuestras misiones», y cómo habíamos estado mediando cada uno por su lado. Y comprendimos con alegría que, entre nosotros, nadie tendría nunca que mediar y verse «entre la espada y la pared».

Acabo de recibir la noticia de la muerte de la tía Ulla. ¡Querida Maria! No pude, al leerla, decir sino «¡Bien está!», en particular cuando supe lo bien que murió. La tía Sofie, que ha sido la que me ha escrito, añade: «Anne-Marie podrá mudarse ahora a la habitación de la tía, que es mucho más espaciosa y alegre que aquella con la que había tenido que conformarse hasta hoy». Hay personas, seres inofensivos, inocentes, cuya desaparición es buena sobre todo porque deja espacio. Esta idea me causa tristeza. ¡Ay! Si yo algún día robara el espacio a mis familiares, si alguno de ellos añorase ocupar mi espacio, ¡ese día querré irme, eso querré! Aquí me tienes, llorando ante esa imagen, y ante el recuerdo de mis diez hijas.

CARTA VII



Rosenvik, 17 de julio

Ayer empezamos Serena y yo nuestros ensayos de canto. A las diez de la mañana, un caballito pardo precioso llegó danzando hasta mi puerta con una carga ligera y deliciosa. Una imponente calesa, antigua como su propietario, traía a los patriarcas, y entró siguiendo el rastro de la amazona. Me llenó de contento ver a la honorable pareja, y de felicidad dar la bienvenida y poder retener a Serena, que, animada por la cabalgata y por la belleza de la mañana, ya parecía respirar una vida más saludable.

Había preparado un frugal desayuno, y mis huevos, mi mantequilla recién hecha y mi espumoso chocolate no recibieron pocas alabanzas, no. Después de desayunar y de ver Rosenvik, partieron los ancianos, y yo me quedé a Serena para todo el día. Rogué y supliqué que no mandaran a buscarla hasta las nueve de la noche, y así me lo prometieron. Los dulces abuelos abrazaron cariñosamente a su querida niña, que los acompañó al coche entre mil amorosas atenciones.

Después tuvimos una hora de canto. Serena tiene una voz de alto débil, pero pura. Nuestros ejercicios consistirán principalmente en trabajar la voz y la lectura musical, pues su expresión y su pronunciación de las palabras son ciertamente extraordinarias. Es algo que el alma misma de Serena y su buen gusto le han enseñado mejor de lo que habría podido hacerlo ningún maestro. Me era muy fastidioso llamar a Serena señorita. Es una de las criaturas a las que siento un deseo irrefrenable de dirigirme con esa palabra tan grata que es tú. Le pedí que me permitiera dirigirme así a ella, y le propuse que me llamara tía, que es el título más triste que conozco, puesto que mi edad, superior a la suya, recomendaba cierto respeto. Serena se negó entre risas a respetarme por mi edad, y me rogó, si los años eran lo único que estorbaba, poder tratarme de tú ella también. Acepté encantada y comprobé con asombro que tan solo nos separaban cuatro años. Serena tiene veintitrés, por más que su piel y la delicadeza de su figura no lo revelen.

Después de acordados estos asuntos —¡no te rías!: en verdad que el tuteo es en Suecia un momento importante en toda relación, un gran paso adelante, a veces atrás...—, cogimos nuestra labor, salimos y nos sentamos en un banco a la sombra de las lilas y los tilos. Serena, cuyos finos dedos tienen una habilidad extraordinaria para varios tipos de labores delicadas, había recogido unas flores y practicaba reproduciendo con la máxima fidelidad el pericarpio y las partes más pequeñas. El primo Stellan se encontraba desde muy temprano en una partida de caza con los

hermanos Stålmarm. Yo me sentía gozosa de poder estar a solas con Serena. Tenía curiosidad por oírla hablar de Bruno, y pronto hice recaer en él la conversación. Ella suspiró al oír su nombre y, al preguntarle yo si creía que Bruno tenía mal corazón, respondió vivamente:

—¡No, de ningún modo! Es cierto que su corazón es bueno y tierno. ¿Por qué, si no, había de ser tan infinitamente bueno conmigo, que no era más que una chiquilla débil y enfermiza, y solo podía ser una molestia para los demás? ¿No ves Ramm allí enfrente, a la otra orilla del lago? Aún recuerdo a la perfección cómo me llevaba Bruno por aquellos bosques o cómo empujaba mi cochecito. Las primeras impresiones que tuve de la belleza de la vida y la naturaleza son de aquel tiempo. Recuerdo cómo me complacía el rumor del bosque y cómo adoraba las flores que él recogía para mí. Cuando él cantaba, cantaba yo también, y cuando, conmigo en brazos, saltaba de roca en roca, no sentía yo ningún temor, solo un leve cosquilleo que más revelaba placer que inquietud. Nunca fue impaciente o arisco conmigo, y nunca olvidaré aquella vez que lo vi presa de la cólera y dirigiéndose a golpear a uno de sus hermanos, pero se detuvo cuando lo llamé por su nombre y empecé a llorar. ¿Por qué era tan bueno conmigo, si no porque su corazón era en el fondo bueno y cariñoso? En una ocasión hasta me salvó la vida, con riesgo de la suya propia. Fue en los jardines de Ramm. Unos estorninos habían hecho allí su nido en un roble inmenso y, con infantil imprudencia, le pedí que me diera los huevos. Bruno me dejó en el césped y trepó al árbol, pero, a una llamada mía de socorro, bajó precipitándose de una de las ramas del árbol y, con un grito de horror, agarró una serpiente que se me había enrollado al cuello. Vi cómo estrangulaba al animal y cómo le aplastaba la cabeza con el pie. Luego me cogió en sus brazos, y recuerdo que lloraba, y que fui yo quien, con mis infantiles caricias de entonces, traté de calmarlo. ¡Ay! Bien puede decirse que no lo trataron juiciosamente, no tomaron en consideración su capacidad de amar. De otro modo, él no habría causado a su madre ese dolor, ni habría huido de su hogar y de su patria.

—¿Recuerdas qué aspecto tenía? —pregunté.

—No con claridad. Creo entrever como a través de la neblina a un muchacho de sonrosadas mejillas, de ojos grandes y bellos. Pero, si trato de fijar la imagen con más nitidez, palidece y se esfuma.

—Y ¿sabes tú qué fue lo que provocó que huyera del hogar?

—Un desacuerdo con su madre, según supe, y un trato muy duro por parte de ella. Se conoce que los dos son muy parecidos de carácter, y ambos respondieron con dureza a la dureza, a la violencia, con violencia. Dicen que Bruno murió en su destierro. ¡Pobre Bruno! Yo he llorado mucho su destino. ¡Era tan bueno conmigo!

Serena volvió a suspirar, con una pincelada de melancolía en el suave rostro. También a mí me recorrió un sentimiento de tristeza. Llevé la conversación a otras personas. Hablé de los abuelos maternos de Serena, y ella se alegró enseguida y se animó mientras los colmábamos de elogios. Por encima de todo otro sentimiento, creo que la gratitud es el que en más alto grado colma el corazón de Serena. Se diría que, de todos los recuerdos, prefiere retener aquellos que la mueven a amar. Incluso cuando hablaba de un libro, lo hacía expresando reconocimiento por todo lo bueno que le había aportado. Y además, sus palabras, todo su ser... ¡qué sencillez, qué delicia! Quería a Serena. Me hacía bien. Y confiaba en acabar yo misma plasmada en una de las hojas de su libro de recuerdos.

Para el almuerzo teníamos a Oso, buen humor, buen apetito y, sin ánimo de alardear, también buenos manjares. Por la tarde llegó el primo Stellan en ese estado que se me antoja el más

habitual después de una partida de caza, a saber, con un hambre atroz y sin pieza alguna. Al cabo de un rato de animada charla después del café, resolvimos hacer una excursión a Svanö, y tomar allí la cena. Serena y yo preparamos una merienda, llenamos un par de botellas de refresco, lo pusimos todo en una cesta, junto con un buen pedazo de asado frío, y nos dirigimos en animosa compañía rumbo a la playa, donde nos aguardaba una barca pintada de verde. Stellan remaba. Una leve brisa nos refrescaba y rizaba las olas. Serena y yo cantábamos *La biondina*[59]. Y así llegamos a nuestro destino. Bajo el gran roble, en el verde prado de tréboles rojos y blancos, yo entre mi Oso y mi cesta de comida, Stellan al lado de Serena. Y cuando los vi allí sentados en la verde hierba, tan hermosos y felices, mientras buscaban tréboles de cinco hojas y hacían coronas de flores, se me ocurrió la súbita y quizá pecaminosa idea de una posible unión entre los dos.

Oso fumaba su pipa tumbado en la fresca y olorosa alfombra de hierba, expulsaba despacio los remolinos de humo que ascendían hacia el cielo, y escuchaba a su mujer, que le refería Dios sabe qué locas historias sobre el Gran Mogol, entre otras. Entonces tembló de pronto el aire, y un rumor como de una lejana tormenta melódica alcanzó nuestro oído. Aquel sonido, solemne, sombrío, pero hermoso, nos causó una impresión extraña. Todos callamos y escuchamos. Todo quedó en silencio unos instantes, pero de nuevo sopló un viento cuyas alas volvieron a traernos un tono tembloroso, triste pero indescriptiblemente armonioso, que me llegó al corazón mismo.

—¡Es el órgano de Ramm! —exclamé—. El viento nos trae sus acordes. ¡Oh, quién pudiera escucharlo más de cerca! ¡Silencio, silencio! ¡Ya suena otra vez!

Prestamos atención. El sonido melódico, rumoroso, volvía una y otra vez a cada ráfaga ascendente que soplabla de Ramm, pero no podíamos percibir el conjunto. Los temblorosos acordes se elevaban y se extinguían cual suspiros de un espíritu sumido en la desolación; y mientras los escuchaba sentí lo que muchos de los pensadores del pasado debieron de experimentar cuando oían las melodías quebradas e incomprensibles del ser, y creían que el viento del destino jugaba con las cuerdas del arpa eólica de la vida.

Y me embargó una nostalgia, un ansia, que solo podrían comprender quienes comparten mi pasión por la música y el orden.

—¡Tengo que escucharlo más de cerca! —exclamé con resolución—. ¡Serena! Tú y yo podríamos remar hasta Ramm y averiguar qué música es esa. Me desespera oír esos sonidos sin saber a qué melodía corresponden. Oso, querido, tú quédate ahí tumbado, fumando tu pipa tranquilamente. Te lo ruego, déjanos partir. Y quédate aquí tú también, primo Stellan. Serena y yo queremos estar solas. No tardaremos mucho en regresar y servir la cena a los caballeros, pero ahora queremos distraernos solas un rato.

Los caballeros no parecían muy satisfechos. Oso murmuró algo, pero siguió tumbado. Stellan nos acompañó gruñendo hasta la barca; Serena y yo partimos alegres y ansiosas. Yo remaba ligero la ligera embarcación. Me llenaba de entusiasmo la velocidad, pues, cuanto más nos acercábamos, mejor oíamos la música. Me pareció que la barca se deslizaba sola, como si unas fuerzas invisibles nos impulsaran hacia tan maravillosos acordes. La tarde se volvió más apacible. Los rayos del sol atravesaban el bosque trémulos, de un oro cada vez más oscuro; la melódica tormenta ascendía sonando cada vez más alto. Serena y yo gozábamos, si bien cada una a su modo. A mí me latía con ímpetu el corazón y se me anegaban los ojos de lágrimas por una suerte de apasionado deleite. Serena estaba más tranquila, su blanca mano jugaba con las olas y sus claros y bellos ojos miraban alrededor apacibles, con infantil devoción, aunque con una expresión del más puro deleite. Las dos guardábamos silencio, pero en nuestro afán de escuchar con más claridad

aquella música encantadora, cada vez nos acercábamos más a Ramm sin darnos cuenta. ¿Qué quieres que te diga? Doña Curiosidad se había apoderado tanto de mí y de la embarcación que en vano alzó Serena la voz de alerta. La barca se fue deslizándose cada vez más cerca de los téticos muros de Ramm para, finalmente, detenerse silenciosa como un barco de contrabando a la sombra de unos alisos, debajo de una ventana abierta. Allí oímos, en unos tonos que no parecían fruto de una mano humana, la apreciada melodía de la *Polonesa de Necken*, intercalada con ricas variaciones que, por su belleza y su fuerza, superaban cuanto yo hubiera oído o imaginado hasta ese instante. Parecía evidente que eran hijas de una poderosa inspiración. Encantada, emocionada, apoyé la cabeza entre las manos mientras soñaba que el rey del mar, inspirado por la belleza de la tarde y del paisaje, vertía sobre nosotras las maravillas de su vida, esa vida que él vive en el misterioso abismo, en los palacios de cristal de las profundidades marinas. Pero callaron los acordes súbitamente y yo desperté de mis sueños al sentir una presencia. Cogí los remos instintivamente y, con un par de discretos golpes de remo, aparté a un lado la barca, alejándola de la orilla, pero en un impulso igual de instintivo levantamos Serena y yo la vista hacia la ventana abierta, para volver a bajarla de nuevo, pues se encontraba allí el oscuro De Romilly en toda su sombría presencia, sin apartar la mirada de nosotras. Nos sonrojamos, las dos cogimos los remos y regresamos, según creo, en menos tiempo del que habíamos tardado en llegar, pues nuestros remos marcaban ahora el ritmo sin acompañamiento: la música había cesado por completo.

Mientras tanto nos habíamos ausentado cerca de dos horas. El primo Stellan parecía muy somnoliento. Oso no se encontraba de muy buen humor, lo cual no me extraña, pero se recuperó por completo en cuanto le rogué de corazón que me perdonara. A veces siento cierta taimada satisfacción en el hecho de abusar de la bondad de Oso, para luego ganarme su perdón con caricias.

Degustamos la cena en paz y buen humor, aunque Serena, que pensaba en sus ancianos padres y esperaba que fueran a buscarla, volvía continuamente la vista hacia Rosenvik. Llegó allí su coche casi al mismo tiempo que la barca arribó al embarcadero, y Serena se despidió de nosotros después de haber acordado conmigo que el viernes sería el próximo día de canto. El primo Stellan la acompañó al coche muy cortésmente, y le dispensó numerosas atenciones. ¡Es extraordinario lo elegante que tal comportamiento resulta en un joven!

—¡Esperamos que no tardes en volver! —le grité a Serena mientras se alejaba, y sus bondadosos ojos azules, sonriendo debajo del sombrerito de paja, me respondieron alegres que sí y, despidiéndose con la mano, se alejó hasta perderse entre los verdes árboles.

—¡Qué joven tan encantadora! —dijo Stellan, que aguardó conmigo en el zaguán—. Lástima que cojee un poco.

Yo dije con una sonrisita:

—Aunque para usted, primo Stellan, cojea todo en este mundo.

—Debo confesar, no obstante, que apenas he visto nunca un fallo tan menor en una dama.

—Pienso como usted, primo Stellan. E incluso cabe la posibilidad de que la vista, en ciertas circunstancias, no vea más que auténtica belleza en un defecto así.

Stellan sonrió e hizo con la cabeza un movimiento, como reconociendo que yo podía tener razón. Estaba a punto de entrar en la casa cuando me detuvo, al tiempo que, con cierto tono de gravedad en la voz, me decía:

—Prima Fransiska, desde hace unos días no se comporta conmigo con la amabilidad de siempre. ¿La he ofendido de algún modo?

—Sí —respondí sin ambages—, pues casi he llegado a creer que no le importaba a usted mi estima, lo cual me ha entristecido.

—¡Perdóneme! —dijo Stellan amable, pero serio—. Y vuelva a tener buena opinión de mí. No quisiera tener que vivir sin su aprecio, Fransiska. ¡Deme la mano en señal de que me cree y de que ya no está apenada!

—¡Claro! —dije, y le di la mano alegremente, pero le impedí que la besara, y me fui con mi Oso, satisfecha de gozar del respeto de Stellan, pero no de sus cortejos, y un tanto satisfecha también conmigo misma.

Mañana se celebra un gran festín en casa de *ma chère mère*. Todos los vecinos se reunirán en Carlsfors. También el señor de Romilly está invitado, aunque aún no ha ido a presentarse. Tengo mucha curiosidad por volver a ver a tan misterioso personaje. Su música me ha templado el ánimo a su favor. Quien es capaz de producir tan mágicas melodías debe albergar sentimientos grandes y profundos.

El 18

Mis esperanzas de observar más de cerca al sombrío vecino de Ramm se vieron frustradas. Verdad es que fue a Carlsfors. Casi todos los invitados se encontraban ya reunidos, y su llegada causó cierta impresión. A mí me traspasó una sensación desagradable cuando vi aquella figura alta vestida de negro, que con una expresión casi amenazadora frunció las cejas al entrar en la sala. *Ma chère mère*, que vestía sus mejores galas y tenía, ciertamente, un aspecto espléndido, se le acercó con porte mayestático y pronunció en francés un discurso, tan cortés como grandilocuente, que el forastero no pareció entender mucho mejor que si le hubiera hablado en lapón. Se quedó inmóvil con los ojos entornados y, una vez que ella hubo concluido, dijo en voz baja una o dos palabras, que no conseguí oír, le hizo una profunda reverencia y se alejó rápidamente. Creo que no tuvo *ma chère mère* por muy edificante la cortesía extranjera, que ella tanto había alabado siempre y, como contagiada por De Romilly, frunció ella también las cejas mientras volvía a ocupar su sitio. Un instante después empezaron a producirse extraños movimientos al otro extremo de la sala. Los caballeros se agolparon todos muy juntos y, cuando se separaron, vimos que De Romilly, lívido y casi desfallecido, apoyado en dos personas, se esforzaba por abandonar la sala. Oso lo acompañó fuera y *ma chère mère* puso cuanto había en la casa a disposición del enfermo. Transcurridos unos instantes, me llevó consigo adonde él se encontraba.

El señor de Romilly estaba sentado en un rincón del sofá, y parecía haberse recuperado, pero se cubría la cara con un pañuelo. A las amables preguntas de *ma chère mère*, respondía el extraño con voz sorda, se quejó de una fuerte migraña y dijo que se veía en la necesidad de volver a casa, pues el dolor de cabeza lo incapacitaba por completo como compañía. *Ma chère mère* dijo lo que una anfitriona educada dice en una ocasión así, el forastero se limitó a inclinar la cabeza en señal de mudo agradecimiento y lo dejamos una vez que *ma chère mère* lo encomendó a los cuidados de Oso. Poco después oímos cómo partía de allí.

Siguen ahora unas palabras sobre los divertimentos del día. Empezaré por... saltarme la comida, que fue, como todas, algo pesada. *Ma chère mère* no estaba de buen humor, lo cual nos afectó a todos. La tarde, pues.

La señora V. P. me concedió a su llegada un brevísimo saludo condescendiente con la cabeza, pero no se ocupó más de mí en lo sucesivo. En cambio, sí que congenió mucho con Jane-Marie.

Jane-Marie interpretó ese pasaje suyo tan difícil de Herz. Es su *cheval de bataille*, y se trata de un caballo combativo, preciso es reconocerlo, así como que lo ejecuta íntegro con excelencia. Una vez concluida la pieza, la señora V. P. se apresuró a acercársele en tanto que exclamaba:

—*Charmant, charmant!* Solo nuestros compositores modernos son capaces de escribir algo así. ¡Qué efecto! ¡Qué coloración! ¡Ah, Weber es peculiar, Rossini suele resultar pobre en sus melodías, pero Meyerbeer los supera a los dos! Es, por así decir, le *Prince de la musique*.

—La pieza que acabo de interpretar es de Herz —respondió Jane-Marie algo seca.

—¡Oh, sí, Herz es excelente, excelente! —repitió la señora V. P.—. Desde luego, querida baronesa, el arte es lo único que eleva al ser humano por encima de los animales. La educación, que es la verdadera aristocracia, es lo que iguala todas las diferencias de rango y fortuna entre las personas. En verdad que vivimos en una época ilustrada.

Las señoritas Adele y Emelie se acercaron enseguida a Serena, hablando con artificiosa vivacidad y voz chillona:

—¡Oh, pobre Serena, qué alegría verte! ¿Cómo te encuentras, pobre Serena? ¿Aún te duele la cadera, pobrecita mía?

Serena respondió con una sonrisa burlona:

—Gracias, amigas mías, pero hace más de quince años que no me duele.

—¡No! ¿Es eso cierto? Dios, yo creía que siempre estabas enferma. Se te ve tan pálida... Claro que eso también es culpa del vestido. ¿Qué tejido es ese? ¿Cómo? ¡Seda levantina! Madre mía, ¡qué anticuada eres, Serena, qué trasnochada!

—¡No acabo de llegar de París, no! —dijo Serena con ese bondadoso buen ánimo que elimina toda amargura, tanto de su corazón como del corazón de los demás. Observó los vestidos de las jóvenes que la censuraban, los celebró, preguntó por París y escuchó con visible complacencia cuanto le iban refiriendo. Me pareció que, mientras conversaban con Serena, las dos hermanas se iban volviendo más agradables.

El primo Stellan deambulaba de un lado a otro. En primer lugar entabló con las señoritas V. P. una animada conversación, que, se conoce, no tardó en llenarlo de hastío; se arrimó luego a los hermanos Stålmarm, que se habían reunido con otros caballeros en un rincón de la sala, donde departían sobre caballos y perros; puso enseguida rumbo a unos terratenientes muy orondos que hablaban de barricas de aguardiente; sufrió en su periplo la persecución de la señora V. P. y, en castigo por sus pecados, tuvo que escucharla un buen rato mientras se explayaba hablando de arte y cultura. Finalmente logró zafarse de ella y se quedó con Serena, en cuya grata compañía pareció pensar: «Aquí me hará bien quedarme».

Mientras tanto yo recibí, de mi amiga Brita Kajsa, una lección sobre el gobierno de la casa y las criadas, me entró sueño y busqué la compañía de los Patriarcas, a los que comencé a introducir mi gran obra: Serena en Rosenvik, dos semanas enteras. No se me antojó imposible llevarlo a cabo. ¡Viva la elocuencia!

A la señorita Hellevi Husgafvel le había impedido asistir al banquete de Carlsfors una invitación anterior. Esta circunstancia, el humor serio de *ma chère mère* y el inmenso calor que hacía fuera y dentro, fueron la causa de que no reinara entre los reunidos mayor animación. Una vez que Serena se hubo marchado con sus abuelos, lo cual sucedió bien pronto, el ambiente empezó a resultar cada vez más pesado, y me alegré cuando volví a encontrarme en el birlocho con mi Oso, camino de nuestra acogedora Rosenvik.

¡Oh, qué irracional, qué horrible, qué cruel, qué atroz, qué aborrecible...! Enseguida sabrás de quién hablo.

El primo Stellan fue ayer tarde a la ciudad para hacer una visita a los Dahl. Oso y yo nos alegramos de quedarnos solos. Oso sacó su mesa de trabajo; yo había colocado junto al sofá mi costurero y acababa de abrir la tercera parte de *La vigía de Koatven*[60], que estaba leyéndole a Oso en voz alta. Es un libro espantoso, en mi opinión, y no puedo calificar mejor la impresión que causa que con la expresión del propio Oso: «ahogo». La única buena enseñanza que de él puede sacarse, diría yo, que lo he hojeado hasta el final, es la de comprender con claridad qué absurdo moral no sería la existencia de muchas personas y muchas cosas de este mundo si, por resolver su misterio, por la continuación de la historia, no mirásemos más allá de la tumba. Por lo que a mí respecta, arrojaría el libro al fuego de mil amores, pero Oso quiere que lo leamos hasta el final. Yo creo que todas las crueldades que encierra le divierten pese a todo. Ahora bien: volvamos al sofá, a la mesa, al libro. Estaba a punto de empezar a leer cuando se me ocurrió mirar hacia la ventana. Las hojas de las lilas se mecían al viento, los cisnes agitaban sus blancas alas, las nubes se deslizaban despaciosas hacia el oeste: tuve la sensación de que todo llamaba y susurraba: «¡Salid, salid!». Y sentí un deseo incomprensible de salir al aire libre y al campo. Sujeté a Oso por el lóbulo de la oreja y le susurré al oído cuál era mi deseo. Él gruñó un poco, se estiró y cogió el sombrero. ¡El bueno de Oso! En un abrir y cerrar de ojos me puse el chal y el sombrero, y me cogí del brazo de mi Oso. A punto estábamos de salir cuando él echó una ojeada alrededor con cara larga, como si hubiera olvidado algo, y yo, que, a estas alturas, tan bien conozco todos sus gestos, fui corriendo, cogí su pipa, la cargué yo misma y la encendí, para gran satisfacción de Oso. A él le apetecía dar un paseo por el bosque de Ramm. Buscamos un remero. Y qué fresco y agradable era navegar por el lago tranquilo. Oso echaba grandes torbellinos de humo con la pipa, yo iba cantando alegres barcarolas; de ese modo, sin sentir, dejamos atrás cerca de tres kilómetros, y llegamos a la sombría playa de Ramm. Atracamos bastante lejos de la casa y, cogidos del brazo, nos adentramos en la melancólica belleza del bosque. Me sentía feliz. Feliz de poder pasear por el sombrío bosque del brazo de Oso, de sentir el aire fresco y delicioso bailándome alrededor del rostro, de saber lo bueno que es Oso y de ver el cielo claro sobre nuestras cabezas. También él estaba feliz de poder caminar con su esposa entre los recuerdos de su niñez. Miró a un lado y a otro, respiró hondo y dijo lentamente, mientras se agarraba más fuerte de mi brazo:

—¡Qué bendición!

Y ¿sabes, Maria querida, que, cuando Oso dice una palabra, tiene más valor que cien en boca de otro?

Así fuimos adentrándonos cada vez más en el bosque. Los altos y frondosos árboles, la penumbra, el silencio, los recuerdos que parecían rezagados entre aquellas sombras, la soledad, y la imagen del lúgubre personaje solitario de Ramm, que, involuntariamente, aparecía como el genio del lugar, todo inspiraba solemnidad. Sin embargo, a medida que íbamos caminando despacio, oímos, primero algo apagadamente, luego cada vez más claro, pisadas y cascos como de briosos caballos que alguien tratara en vano de dominar. Yo no siento ninguna pasión por los caballos indomables, pero a Oso deben de serle gratos, pues apremió nuestro paso hacia donde se

oía el alboroto. Llegamos a un claro del bosque y, como hechizados, nos detuvimos ante la visión de la salvaje pero bella escena.

El mismo hombre, el mismo caballo, que vimos un día caminando en tan idílica paz, se nos ofrecían de nuevo a la vista, aunque en la más impetuosa contienda. El hombre iba ahora imperioso a lomos del animal, y quería obligarlo a saltar una profunda zanja. El bello animal retrocedía aterrado, cabeceaba a la izquierda, a la derecha, se alzaba encabritado, se resistía. Por su cuerpo negro y reluciente corría la espuma. El hombre seguía pese a todo sobre él como una voluntad inquebrantable y despótica, resuelto a apremiar, castigar, doblegar. El hermoso animal desplegaba toda la belleza de su raza en aquella lucha salvaje. Echaban chispas sus ojos, parecía arrojar fuego por las narices abiertas de par en par, mientras sacudía la tierra con las patas y, con cien brincos distintos, trataba de evitar aquel otro brinco al que se resistía. Con inusitada destreza seguía montando el jinete al animal, amoldándose a sus movimientos al tiempo que los iba dominando, por lo que una y otra vez se veía obligado el díscolo equino a volver al mismo punto, con la misma exigencia, y siempre se desataba el mismo combate. Así estuvieron luchando los dos por lo menos una hora. Pareció cansado entonces el caballo. Empezó a calmarse, aunque sin hacer ningún intento por cumplir la voluntad de su señor. La sangre le corría de los costados heridos por las espuelas. El hombre descabalgó y dejó sueltas las riendas. El caballo, inmóvil, miraba a su amo. Este sacó algo del bolsillo y lo acercó a la frente del animal.

—Es la tercera vez que luchamos —dijo con voz sorda—. ¡Adiós!

Se apreció una chispa en la frente del caballo, se oyó el restallido de un disparo y el animal se desplomó a los pies de su dueño. Oso y yo vimos cómo alargaba la cabeza moribunda, como si quisiera acariciarlos, y oímos un hondo gemido. Luego todo quedó en silenciosa calma.

Con una violencia que nunca le había visto a Oso, estreché mi brazo contra su cuerpo, se dio un puñetazo en la frente y exclamó en voz baja, al tiempo que retrocedía:

—¡Es Bruno! ¡Dios mío, sí, es él!

—¡Es el mismísimo Satanás, es Satanás en persona! —dije yo vivamente alterada—. Oh, Oso mío, alejémonos de aquí y de ese ser atroz. ¡No quiero volver a verlo jamás!

—¡Era Bruno! —repitió Oso mientras volvíamos al interior del bosque—. ¿Cómo no habré caído antes...? Claro que ahora se veía claramente que era él... Salvaje, ingobernable ante cualquier oposición que se le haga... ¡Y ese gesto en la frente y la boca! ¡Bruno, vivo! ¿Bruno, aquí...!?

—Pues ¡yo desearía que se encontrara lejos! —dije yo con vehemencia—. Es un ser detestable, y nos matará a todos si no hacemos todas las locuras que se le ocurran.

Estaba profundamente afectada, tuve que sentarme. También Oso se había quedado pálido, y repetía con una mezcla de preocupación, alegría y dolor:

—¡Bruno ha regresado, Bruno está aquí! ¿Qué... qué hará su madre?

—¡Ah, que lo deje ir! Ojalá estuviera en la bahía de Botany[61], ¡que es el lugar que le corresponde!

—¡No debes hablar así, Fanny! —dijo Oso—. Bruno no es malvado. Tiene sus momentos de furia, pero, si en alguna medida sigue siendo el que era, también tiene buenos momentos. La dulzura y el amor ejercen sobre él un efecto infinito. El hecho mismo de que haya vuelto, de que esté aquí, entre nosotros, es testimonio de su gran corazón.

Rara vez había oído hablar a Oso con tanto fervor.

—Y ¿qué va a ocurrir ahora? —pregunté yo, presa de la desolación.

—Tiene que reconciliarse con su madre. Tiene que convertirse en uno más de nosotros.

—¡Ese bandido, ese asesino!

—Veamos, esperemos a ver...

—Vayámonos de aquí, querido, o nos querrá pegar un tiro en cuanto vea que estorbamos su camino. ¡Volvamos a toda prisa a la paz de nuestro Rosenvik!

Eso hicimos. Yo tenía la impresión de ir surcando un mar tumultuoso, tan nerviosa, tan conturbada estaba.

Ya en casa, hablamos, es decir, yo hablé, de lo ocurrido, de qué podría hacerse, de qué podría ocurrir. Oso iba con las manos cruzadas a la espalda de un lado a otro de la sala, mientras lanzaba mínimos escupitajos a diestra y siniestra, sin que yo reparase ni por un momento en impedirselo, y repetía constantemente: «Mmm, mmm». Finalmente hube de convenir con él en que nada podíamos hacer más que guardar en secreto nuestro descubrimiento, y dar tiempo al tiempo. Oso no pegó ojo aquella noche. Yo tampoco, pero hacia la mañana me adormilé y soñé que Bruno clavaba una daga en el pecho de su madre. Yo oía los penetrantes gritos de *ma chère mère*: «¡Mi propia sangre! ¡Sangre de mi sangre y carne de mi carne!», mientras la veía hundirse en un negro abismo. Cuando desperté estaba tan alterada que no paraba de llorar. Y, una vez más, hube de dar rienda suelta a mis sentimientos y, desde el fondo de mi corazón, exclamar: «¡Ah, hombre violento, abominable, odioso y cruel!».

El 20

¡No! Pese a todo, no puedo odiarlo. Bruno tiene corazón, aun siendo, como es, cruel con los caballos. Vino a vernos anoche y, cuando llegó, se me rebeló contra él el corazón como si de un potro salvaje se tratara, y no fui capaz de decirle una palabra amable. La visita empezó con un silencio casi general, pero yo me percaté de que a Oso le estallaba en el pecho el corazón fraterno y no podría contenerse por mucho tiempo.

El primo Stellan había empezado a leernos poco antes un fragmento de *El judío*^[62], de Spindler, novela que él admiraba como una obra maestra de las novelas de terror. La llegada de Bruno interrumpió la lectura, y al cabo de unos instantes, Stellan dejó a un lado el libro. Bruno lo advirtió y pidió, ya que estábamos leyendo, poder unírseles como un oyente más.

El primo Stellan le refirió brevemente de qué trataba el fragmento del libro, le contó cómo el judío Zodick, ya iniciado en el camino del crimen, es bautizado a la fuerza por unos cristianos en el seno de una religión que él odia, pues esa misma religión lo ha ridiculizado y perseguido con barbarie; cómo, hallándose en esta circunstancia, su alma cae en la máxima desesperación; se siente rechazado en la tierra y en el cielo; «todos los paraísos están cerrados para él». «¿Estaré, pues, maldito? —se pregunta—. ¡Malditos cristianos, vosotros me habéis arrebatado mi alma! ¡Yo os maldigo, y os prometo la más horrenda de las venganzas!»

Ahí había detenido Stellan su lectura, a partir de ahí continuó:

Aquella idea animó al infeliz Zodick, a aquel hombre destrozado por las dudas y la angustia, con un fuego que no procedía del cielo, sino del abismo. Se levantó precipitadamente del suelo, miró con expresión salvaje y el pelo alborotado, aleteando al viento hacia las nubes que corrían vertiginosamente por el cielo y que en vano arrojaban

multitud de copos de nieve para entibiar aquella imagen de Moloch. «¡Rota está la alianza! —gritó con voz desgarrada, único ser vivo bajo la gélida lluvia—: ¡Samael! ¡Señor de las regiones salvajes, príncipe de la muerte y esposo de Lilit, la temible reina de la noche, madre de las más terribles criaturas y de todos los pecados! A ti me entrego. ¡Protégeme de la ira de nuestro dios! ¡Salvaguárdame de la cólera de Edom! ¡Enséñame a alzar mi espada contra esta ley que ya no es la mía! ¡Permite que venga a Israel, así como a Esaú, hasta el día en que te lleves mi alma en la tormenta de tu ira!»

El relato sigue narrando cómo Zodick se reafirma en infernales sentimientos. Se va calmando, empieza a intuir que, para aquel que ha perdido la otra vida, debe estar permitido en esta vivir el doble, para goce propio y para sufrimiento ajeno. Declara que todos son libres como pájaros y, ebrio de desatada alegría ante las horrendas imágenes que se representa en su espíritu, agradece al destino el suceso que le da la fuerza para apagar su sed de venganza y convertirse en enemigo de todos los hombres.

—¡Esto es terrible! —dijo una vez que Stellan hubo terminado—. Pero ¿es, también, natural? ¿Es, además, verdadero? ¿No es esta una de esas imágenes espantosas que recrean las novelas de hoy en día, sin contrapartida en la realidad? Delitos y delincuentes, eso lo puedo entender, pero no ese ennegrecido enemigo del hombre, no un diablo con disfraz humano.

El primo Stellan se encogió de hombros.

—Sea como fuere —dijo—, es una descripción lograda y llena de efecto.

—¡Y lo es, precisamente, puesto que es del todo verdadera, del todo natural! —recalcó Bruno—. El pecador se convierte en diablo cuando... ¡Cuando ya no le queda esperanza!

—Y ¿quién tiene que vivir sin esperanza? —dijo Oso, con la confianza propia de un corazón puro—. ¿Quién no puede, diré más, quién no debería tener esperanza?

—¿Acaso puede usted eliminar la carga del arrepentimiento o del dolor del pecho de un ser humano, a fin de que pueda entregarse a la esperanza? —preguntó Bruno con un tono de reproche—. ¿Puede acaso evitar la pasión de la destrucción, de la amargura? ¡Tener esperanza! ¡Elimine, con este fin, de este mundo, el castigo diez veces más duro de lo que merecía la culpa, elimine del alma palabras que, una vez dichas, abrasan eternamente!

Stellan fue requerido por los hermanos Stålmarm, que, en traje de caza y con un cortejo de perros, se alejaron por el jardín. Aún tenía, o llegaría a tener, ganas de salir a cazar, y allí nos dejó. No pudo, por tanto, oír cómo yo me enardecía contra Bruno, por el caballo y por mucho más, de modo que, con no poca acritud, le respondí:

—Elimine la soberbia, elimine la ira y la maldad del alma humana y verá que el castigo sirve para mejorar, que el infortunio, el dolor purifican y conducen a la humildad y la esperanza.

—¿El castigo? —intervino Bruno con melancólica vehemencia—. Créame, hay pecadores que nunca mejoran con el castigo. Se dan en el mundo formas de ser que, con la dureza, no hacen sino endurecerse. No hacen sino hundirse más aún en la punta de la espada que les han puesto en el pecho. Si quiere usted salvar a un criminal de esta naturaleza de caer en la perdición eterna, si quiere transformar el corazón que encierra su pecho, tiéndale la mano amorosamente, perdónelo, aun cuando no lo merezca, pero ¡no lo repudie ni lo rechace! Un corazón puede debatirse largamente entre el mal y el bien, y largamente ser susceptible de salvación, pero al final llega el momento en que se endurece para siempre. Si el único abrazo que añora en el mundo se le niega, también dará por cerrados todos los paraísos de la vida. Si un recuerdo horrendo, implacable

aflora una y otra vez, permanentemente, día y noche, a todas horas, en todo momento, si cae sobre el alma como una lluvia de hielo, entonces... ¡amargura, amargura, amargura...!

Bruno apoyó la frente entre las manos, parecía haberse olvidado de nosotros y de cuanto había a su alrededor. El rayo que se le dibujaba en la sien se le había tensado en obtusos ángulos. Un instante después, levantó la vista con mirada ardiente y continuó:

—¡Y en circunstancias tales, debe el ser humano ser mejor, ser bueno y tener esperanza! —Se rió amargamente—. ¡Ay, hombres buenos y felices! Id por el mundo, visitad las cárceles, las galeras. ¡Mirad en el fondo de esos corazones, más atados por cadenas de lo que lo están los cuerpos, y hablad luego de cómo han mejorado! Existen furias en la vida, y en el corazón; los relatos que el mundo antiguo hace de ellas no son fantasías. ¡Acercaos a los poseídos por esas furias y predicad esperanza, si tenéis valor!

—¡Sí, qué diantre! —gritó Oso dando en el suelo un zapatazo como de rabia, pues tenía lágrimas en los ojos—. Sí, esperanza, eso quiero predicar yo, en las prisiones marinas como en las terrestres. Gritaré al oído del malhechor moribundo; gritaré más allá de la muerte, más allá de la tumba; en el fondo de la infinita eternidad gritaré: «¡Ten esperanza! ¡Ten esperanza!».

Se ha excedido un poco, pero tiene razón, pensé yo conmovida y contenta por mi querido Oso.

—¿Habría usted también —dijo Bruno despacio, y le palidieron las mejillas mientras apoyaba la cabeza en la mano—, hablaría también de esperanza a quien tiene y merece la maldición de su padre o de su madre? —Le sonó la voz desfallecida al pronunciar estas últimas palabras.

—¡Sí, vive Dios que sí! —exclamó Oso apasionadamente, y continuó en un tono y de un modo que, por unos instantes, me dejaron atónita—: ¿A qué tantas dudas y cantos de Jeremías y tan lastimosa desesperación en un hombre y, además, cristiano? ¿Por qué ha venido aquí a llenarnos de desazón con cuestiones así?

Al rostro de Bruno afloró hirviente la sangre, mientras lanzaba a Oso una mirada inquisitiva.

Oso parecía desesperado y furioso cuando exclamó:

—Debo decir que encuentro de lo más extraordinario que usted, un extraño, llegue a la paz de mi hogar a alterar nuestro sosiego hablando de prisiones y galeras y furias, y todo tipo de atroces disquisiciones que en modo alguno nos afectan.

Bruno se incorporó sorprendido, herido y orgulloso, y clavó en Oso su extraña mirada penetrante y ardiente. Luego bajó la vista y, con una voz que desvelaba a un tiempo dolor e ira contenida, dijo:

—¿He estorbado yo el sosiego de este hogar? Pues ¡ya no estorbaré más! ¡Salud a todos!

Se inclinó ante mí y se encaminó a la puerta. Oso lo siguió, dirigiéndose a él en un tono aún más elevado.

—Sí, me resulta de lo más extraño, inexplicable y casi imperdonable que venga aquí como un forastero, que hable de desesperación, de desgracias irremediables, de repulsa, y todo en... —Aquí posó Oso de pronto la mano en el brazo de Bruno, cuando este, ya en la puerta, se volvió con una expresión como si le relampaguearan en el alma todos los rayos del firmamento—. Y todo en el hogar de un hermano, que también es *su hogar*, ante un amigo dispuesto a hacer cualquier cosa por... ¡Bruno! ¡Sí, es imperdonable...!

Oso lo estrechaba en sus brazos y lo apretaba contra su fraternal pecho. La tormenta desembocó en amoroso llanto. Bruno estaba desconcertado. Se turnaban en su rostro la palidez y

el rubor con un millar de sentimientos encontrados. Finalmente confluyeron todos en *uno solo*, de desbordante afecto. Abrazó con fuerza al hermano contra su pecho, lo besó, volvió a abrazarlo mientras balbucía:

—Hermano... ¡Hermano! Lars Anders... ¿Aún te acuerdas de mí? ¿Aún querrás reconocerme y amarme como antes...?

—¡Calla! —rugió Oso con la garganta atenazada por el llanto—. ¡Déjate de preguntas necias! Ven. Esta es mi esposa. Ella y yo somos uno, ¡abrázala!

Confieso que el fantasma del caballo se había esfumado de mi memoria por completo. Allí, llorando ante el abrazo de los dos hermanos, Bruno se me acercó y le ofrecí la mejilla. Me besó también la mano, y volvió a abrazar a Oso. Su corazón cálido y amoroso brillaba en sus ojos y en todo su ser. En ese momento, sentí por él un gran cariño. Apenas habíamos empezado a calmarnos cuando oímos que el primo Stellan volvía de improviso.

—¡Secreto! —dijo Bruno con énfasis en voz baja.

Adoptamos enseguida una pose tan indiferente y tranquila como pudimos. Tras la llegada de Stellan, Bruno guardó silencio un buen rato. Finalmente, dijo:

—Uno de mis sirvientes en Ramm se encuentra gravemente enfermo. ¿Podría el doctor Werner visitarlo, preferiblemente esta tarde, o quizá mañana?

—¡Preferiblemente esta tarde! —respondió Oso—. Y cuanto antes mejor, no vaya a ser luego demasiado tarde.

Enseguida se prepararon para partir, y al despedirse de mí, Oso me pidió en voz baja que no me preocupara si volvía ya entrada la noche.

Así me quedé sola con el primo Stellan, que debió de pensar que era la compañía más aburrida del mundo, pues, con el pensamiento, me hallaba muy lejos, y como quiera que él hablaba continuamente de Serena, seguí muda y distraída.

Oso no volvió hasta cerca de la medianoche, y he aquí poco más o menos lo que me contó:

De la documentación de Bruno, así como de sus propias palabras, se desprendía que pasó un tiempo sirviendo en la guerra con el ejército portugués. Alcanzada la paz, se despidió, viajó a las Indias Occidentales, se asoció al propietario de una plantación y amasó una fortuna con el comercio. Se hizo rico, llevó durante años una vida de mucho entretenimiento y actividad entre las plantaciones y los viajes, pero la añoranza de su patria, la necesidad de reconciliarse con su madre se apoderaban de él cada vez con más fuerza, y se acrecentaron, en fin, hasta el extremo de que la vida perdió para él todo valor. Resolvió entonces intentar liberarse de aquella maldición, que lo perseguía como una furia. Viajó a Suecia bajo el nombre que había adoptado y vino a Ramm. Una vez aquí, se informó sobre el estado de ánimo de su madre. Supo entonces del decaimiento en que cayó después de su huida, cómo luego olvidó todo recuerdo de él y aún hoy no soportaba oír su nombre siquiera; y le invadió el alma una honda desesperación. Parecía atormentado al contarlo, y se interrumpió diciendo:

—En todo caso, habrá un intento. Cuándo, no lo sé, pero no hablemos de ello por ahora.

Si consigue lo que pretende, traerá a Suecia su inmensa fortuna, comprará Ramm y se instalará a vivir allí. Si fracasa, regresará a las Indias y, para su familia y para su patria, será como si hubiera muerto.

Así están las cosas. ¿Cómo se desarrollará todo? «¡Ten esperanza!», le dijo Oso a su hermano. Pese a todo, el conocimiento que tiene del carácter de su madre y de su hermano lo llenan de

preocupación por lo que al desenlace se refiere. Y, pese a todo, Oso se alegra en el alma del regreso de Bruno y de haber encontrado en su corazón el mismo calor de antaño.

—Pero... ¿no le dijiste nada del caballo? —pregunté.

—Naturalmente que sí —respondió Oso—, pues le conté cuándo y por qué lo había reconocido. Bruno se sonrojó y me dijo: «Fue un momento aciago. Me había propuesto ver en aquel salto una profecía de cómo se resolvería mi destino, y quería que ocurriera. Como no fue posible vencer tal resistencia, me sentí frustrado, pero estoy arrepentido de lo que hice».

—¡Bien, al menos es humano! —exclamé yo—. Aunque no de los sensatos.

¡Ah, querida Maria! ¿Cómo acabará todo esto? Un hijo furioso e insensato, una madre inflexible, también con su pizca de furia en el alma, y entre los dos, ¡unos recuerdos como estos! ¿Qué ocurrirá? ¿Cómo acabará todo? Oso, que tanto habla de tener esperanza, no parece desde luego muy esperanzado. ¡Que Dios nos asista a todos!

CARTA VIII



Rosenvik, 28 de julio

He estado tan ocupada, tan animada y feliz estos días, que he dejado en el olvido la preocupación, la angustia, el amenazador futuro y, perdóname, dulce Maria, ¡casi la pluma! He vivido y disfrutado con excesivo entusiasmo en el presente. He tenido y aún tengo conmigo... a Serena. Cumplí mi propósito: yo logré imponerme a Oso, él logró imponerse a los patriarcas y al final conseguí a Serena, con el permiso de retenerla una semana entera, tal vez más.

¡Qué contenta estaba yo la tarde que llegó! Fue como si hubiera llegado a mi casa una hermana menor, para la que yo sería como una madre. ¡Qué felicidad la mía al ofrecerle los huevos de mis gallinas, mi mantequilla y mi pan de centeno recién hecho, y por la noche, en su cama, que he preparado en mi salita, extender las sábanas blancas y relucientes! Por las mañanas nos levantamos temprano, tomamos leche de Audumbla, luego vamos al prado de abedules, donde Oso ha mandado despejar sinuosos senderos, por lo que ahora es como un parquecito. He disfrutado con ella del aire libre y de las flores, y he visto cómo se iba poniendo más sana y más hermosa por días. Hemos estado leyendo, trabajando, cantando y conversando, y todo, con Serena, presenta un encanto nuevo y mayor.

El miércoles hubo café y té en Fågelbo. Una fiesta menor animada y alegre como su anfitriona, y donde cuerpo y alma fueron agasajados en la misma medida. ¡Es una buena cosa ser dueña de un museo!

El viernes siguiente la fiesta fue en casa del doctor Werner. Rosenvik no puede compararse con Fågelbo, aunque, como *ma chère mère* tuvo a bien decir de su anfitriona, y ¡disculpa mi jactancia!, tiene «su encanto». Como se trataba de la primera vez que teníamos invitados en casa, me sentía algo nerviosa por que todo estuviera bien y se desarrollara a las mil maravillas, en particular pensando en Oso, pues quería que estuviera satisfecho con «mi esposa». Por fortuna, todo fue a pedir de boca. El único incidente se dio porque yo, con unos días de antelación, le había prometido a Oso que, en esta fiesta, podría regalarse con unas tortitas de azúcar que «se derretirían en la boca». Por desgracia, se derritieron en el horno, así que la boca no pudo ni probarlas. Como fuere, todo estaba, por lo demás, riquísimo, y mis invitados se sirvieron cuanto quisieron. Jane-Marie interpretó esa pieza tan difícil de Herz. Yo canté unos fragmentos, luego bailamos un poco al ritmo del piano. Todos estaban animados.

Cuando se fueron los invitados, Oso y yo íbamos por la salita congratulándonos de que lo

hubieran pasado tan de maravilla con nosotros.

—¡Y cómo les ha gustado a todos la limonada! —exclamé.

—¡Y qué decir de las tortitas de azúcar —exclamó Oso a su vez, con una expresión de horror—, que se derretían en la boca al punto de que ni las vimos!

¡Dichosas tortitas!

Los días más felices y agradables, pese a todo, los hemos pasado solos en Rosenvik, y casi siempre hemos cenado en Svanö. El primo Stellan está con Serena *aux petits soins*[63]. ¡Vamos, vamos, primo Stellan!

Un par de tardes hemos estado en Carlsfors.

Desde su desgracia, *ma chère mère* no acepta invitaciones a cenar. Es muy buena y amable conmigo. Ahora ya me dice casi siempre de tú y me llama «hija». Y cuando las cosas están particularmente bien entre las dos, yo la llamo «madre», lo que parece complacerla. No hay confianza entre nosotras, no obstante. No invita ella a tanto, y a tanto temo yo llegar, por lo que su carácter tiene de berlichingeano[64].

Ebba partió el sábado con su marido. Lo lamento de veras. Me he encariñado mucho con ella últimamente. Posee tanta bondad natural... Y con el trato cada vez más juicioso de Petter, no hará sino perfeccionarse. Sus lágrimas al despedirnos me indicaron que yo tampoco le soy indiferente. Nos hicimos la promesa de escribirnos.

2 de agosto

¡Puedo quedarme a Serena otros catorce días! Los ancianos, los buenos de los Dahl, vinieron ayer. Fue una alegría ver cómo Serena se arrojaba volando en sus brazos, y cómo ellos la abrazaban amorosamente. Los colmó de felicidad ver las florecientes mejillas de Serena, y saber de sus progresos en el canto: yo alardeé de ella como la mejor tía. Y ellos mismos convencieron a la dulce muchacha de que cediera a las órdenes de Oso y a mis fervientes súplicas. A Serena parecía costarle dejar a los ancianos, pero cedió al fin a los ruegos de todos, ¡y yo tendré otros catorce días llenos de alegría!

Entre Jane-Marie y yo todo es armonía nuevamente. Siempre me complace hablar con ella, y su talento musical es insólito en verdad. Tengo la impresión, además, de que, desde que Ebba partió, es mucho más agradable. La relación entre las dos nunca fue del todo bien. A ciertas personas les ocurre lo que a ciertos tejidos, que pueden estar bien por separado, pero, si se juntan, se deslucen mutuamente y pierden color. Jane-Marie es cada vez más educada con *ma chère mère*, que, por su parte, es cada vez más amable con Jane-Marie, si bien la mantiene a cierta distancia, en particular en todo lo relacionado con los asuntos domésticos. Jane-Marie cobra verdadero mérito como esposa, y ella y Jean-Jacques están la mar de satisfechos el uno con el otro.

Hasta ahora solo te he dado sol: aquí viene una nube. Se llama Bruno. Últimamente ha pasado las tardes con nosotros. No sé por qué, pero cuando viene me angustio. Se me figura como si llevara dentro un poder maligno, y que pudiera acarreararnos alguna desgracia. El cálido rayo de sol que, tan hermoso, le nació por dentro al sentirse reconocido y recibir el abrazo de Oso se ha desvanecido a estas alturas. Vuelve a prevalecer su naturaleza tempestuosa, y se muestra sombrío y reservado. Esta criatura tan extraña ejerce, en todo caso, sobre nosotros, una secreta influencia. Temo que a Serena le afecte más hondamente de lo que yo querría, si bien no puedo asegurarlo con

certeza. A Bruno, en cambio, lo veo claramente cautivado por ella. La observa, escucha cuanto ella dice como si escuchara una música de la que no quisiera perderse ni una nota. Serena es con él buena y amable, pero igual se comporta con Stellan, y ¿con quién, cabe preguntarse, no se comporta así? En todo caso, he creído notar que experimenta con Bruno una timidez que no le he advertido en su trato con Stellan, y eso... Eso no es buena señal. Pudiera ser que tal actitud se siga con toda naturalidad de la diferencia de carácter y naturaleza de esos dos hombres. También yo me siento desazonada en su presencia. Ninguno de los dos me gustaría para marido de Serena, pero ¡preferible es Stellan que Bruno, pese a todo!

5 de agosto

¡Ajajá, primo Stellan! ¿Conque esas tenemos? ¿Qué te parece, Maria querida, que el que fuera enemigo del matrimonio, nuestro primo Stellan, se haya pasado una hora entera hablando de la dicha de una unión bien avenida, del placer y la alegría que pueden darse en la vida familiar? ¡Y acto seguido, suspiros y miradas melancólicas, e insinuaciones de que también él tendría por la más alta dicha formar un hogar con una mujer verdaderamente instruida y digna de amor! Y yo, lanzándole pullas por todas las dificultades que antes veía: «Pero, primo Stellan, ¿y qué hay de la cola rancia?». «Pero, primo Stellan, ¿y de los cubos de fregar?». «Pero, primo Stellan, ¿y del llanto de los niños?». «Todas las criaturas, aun nacidas de los padres más ilustrados, todas lloran.» «Y la manzana aquella... ¡que en todas las familias se encuentra!... Y todo lo demás. Stellan tenía ahora respuesta, y dicha respuesta incluía muy principalmente que, con una esposa sensata y en verdad digna de amor, todas las molestias terrenales deberían considerarse nubes dispersas que se atisban fugazmente en un cielo claro y que desaparecen sin tardanza. Yo era en todo de la misma opinión, y así lo confesé finalmente.

—Sí —dijo Stellan—, esto no se entiende a la perfección hasta que no encuentra uno a una... persona que, con su natural hermoso y armónico, transmita su gracia a cuanto la rodea. Solo entonces siente uno que es el interior del ser humano lo que conforma su mundo exterior, y lo que domina las circunstancias.

—Así es, en verdad, primo Stellan. Y confieso que hace algún tiempo que vengo observando ese cambio en su parecer.

—¿Cómo? —preguntó Stellan ruborizándose.

—¡Reconozca que hay una... persona en el vecindario que, muy particularmente, ha contribuido a que contemple usted el hogar y el matrimonio a una luz más favorable!

—Mmm... Cierto, sí, no puedo negarlo.

—Y así llevo viéndolo yo un tiempo, sí. Y no me extraña ni poco ni mucho, primo Stellan. ¡No ha podido usted mirar con frialdad a la señorita Hellevi Husgafvel y la hacienda de Fågelbo!

—¿Qué? ¿Quién? ¿Cómo? —El primo Stellan se levantó de un salto, presa del mayor desconcierto, ¡y me miró horrorizado!

No pude sino echarme a reír. Stellan se enojó y me dijo:

—Se burla usted, Fransiska, ¡y eso no está bien!

—Perdóneme, Stellan —respondí—, pero reconozca que Fågelbo no ofrece ninguna de esas cosas que tanto le desagradan: allí nunca olerá a cola rancia y, por descontado, solo se limpia una vez al año, además de que la señorita Hellevi es una persona con la que la vida jamás puede

resultar dura o aburrida.

—¡El Señor nos proteja! Su incesante animación me produce fiebre. En ocho días que pasara en Fågelbo, moriría de inflamación, y ella me embalsamaría sin duda, y tal vez se alegrara, para colmo de males, pues podría así añadir una momia a su museo. ¡Gracias, prima Fransiska, pero busque en otra dirección!

—Ya lo he hecho, primo Stellan, aunque se alza ante mí un gran «pero». Esta otra... persona es excelente, pero... ¡Es coja!

—La hermosa y renombrada La Vallière[65] también lo era.

—Ah, cierto es, y eso cambia enteramente el asunto —«para los cortesanos», añadí yo *in petto*[66].

—Creo advertir en ella, no obstante, un defecto mayor. Un defecto que detesto en una mujer...

—¡Por Dios bendito! ¿Y cuál es...?

—Me ha parecido que es de corazón frío. Hace gala en su manera de ser de una calma rayana en la indiferencia por agradar. Y ese es un gran defecto en una dama.

—Me sorprende usted, Stellan. Nunca he apreciado frialdad alguna en Serena.

—Pues yo creo que existe en ella; claro que me alegraría estar en un error, ya que es, ciertamente, una muchacha excelente, aunque las naturalezas gélidas terminan helándose a la postre.

El primo Stellan dijo esto con un tono calmoso y de cierta indiferencia, al tiempo que se marchaba.

¡Ah, primo Stellan! Es usted muy listo, pero ¡«su zorro no le echará el diente a mi ganso»! Me he dado perfecta cuenta de cuál es la situación. Stellan quiere que yo escudriñe a fondo en el corazón de Serena y luego vaya a contarle si se consume o no por él. En el primer caso, se dirigirá a ella con seguridad, en el segundo, se retirará so pretexto del «gran defecto de una dama», y entonces no habrá arriesgado nada, ni su comodidad ni su dignidad. Pero ¿ama de verdad quien con tanta cautela se conduce? Sea como fuere, me alegra comprobar cómo «la cola rancia» se vuelve dulce de pronto. Y por descontado que, desde el primer momento, trataré de averiguar si Serena siente inclinación o indiferencia por mi apuesto primo. Otra cuestión será que yo ponga en su conocimiento el resultado de mis averiguaciones.

El 6

¡Ya estoy enterada de todo! Y tú también te vas a enterar, querida Maria. ¡Ah, Serena! ¡Serena!

Ayer tarde estuve a solas con ella. Andaba yo pensando en Stellan, y le pregunté sin rodeos qué opinión le merecía nuestro joven huésped. Con cierta sorpresa creí advertir que era bien poco lo que Serena había reparado en él. Reconoció que era apuesto, agradable y de gran talento, pero expresó su opinión con desesperante indiferencia. Entonces empecé a criticarlo moderadamente. «El amor —pensé— recurre a misteriosos escondrijos, y sucede con frecuencia que, cuando no podemos engatusarlo con azúcar, conseguimos que asome con sal.» En vano sazoné yo mis observaciones sobre la pereza de Stellan, sobre su frivolidad y otros defectos: no fui capaz de atisbar en las respuestas de Serena ni un solo agujijón salido del carcaj del amor. Serena lo disculpaba como si fuera la personificación del amor cristiano, sin dejar de reconocer sus defectos.

—Eres con él sumamente amable, Serena —dije—. ¿Acaso no querrías ocuparte de su educación, en calidad de... esposa suya, por ejemplo?

—¡Oh, no, no! —respondió sonriendo.

—¿Y por qué «no, no», cuando estás reconociendo que tiene muchas y buenas cualidades, amén de excusar sus defectos con singular empeño?

—Sí, cierto, pero... como marido no me lo imagino.

—¿Y eso por qué, Serena?

—¿Qué puedo decir...? Lo tengo por hombre bueno y agradable, pero... pero... No lo creo capaz de amar de verdad a otra persona o algo que no sea... a sí mismo.

—¿Preferirías a mi Oso, Serena?

—Con lo bueno que es con todos y lo cariñoso, y con lo mucho que trabaja para otros, ¡oh, sí!

—Bien está, pues, que lo tenga yo a buen recaudo. Pero dime, dulce Serena, y perdona si me excedo en mis preguntas, ¿no hay ningún otro, que estorbe el camino de Stellan? ¿No habrás comprometido ya tu corazón? Me han hablado de un joven que hace un par de años pidió tu mano...

Serena se ruborizó profundamente al principio de mi pregunta. Al final de ella había palidecido, y respondió después de calmarse un instante:

—No —dijo—, yo no lo quería; sin embargo, de haber gozado de plena libertad para actuar, seguramente me habría convertido en su esposa.

—Y ¿por qué, si no lo querías?

—Porque creo que él me quería de verdad, y que yo habría podido hacerlo feliz. Y es hermoso poder hacer feliz a otra persona en este mundo.

—Pero tú has tenido varios pretendientes, ¿no es cierto? ¿Acaso no ha complacido ninguno a tus abuelos? ¿O no has sentido tú por ellos la misma compasión que por este?

—¡Ellos no la necesitaban! —dijo Serena sonriendo.

—¿Cómo que no? ¡Si ellos también te amaban!

—¡Ah, es que existen muchos tipos de amor!

—Eso es cierto. Veamos. En primer lugar pondría el amor atemperado, que se expresa más o menos como sigue: «Ahí tenemos a una muchacha amable y sensata. Será una buena esposa y no causará muchos dispendios. ¡Sería, desde luego, una esposa perfecta para mí!». ¿Y qué amor pondríamos en segundo lugar?

—¡El enamorado, quizá!

—¡Por descontado que sí! El enamorado, que lleva una venda en los ojos y queda encantado con el pie y con el calzado que lo cubre. Ese amor puede ser impetuoso como una tormenta de primavera, o moderado como la violeta silvestre y, como ellos, pasa rápidamente. Pese a todo, si la suerte le es favorable, también puede, como el amor atemperado, elevarse y convertirse en un amor más profundo, y llegar a ser pariente próximo de una clase de amor que me inspira respeto, me refiero a una franca amistad.

—¡Oh, ese amor es maravilloso! —dijo Serena—. Solo empieza a desarrollarse enteramente durante el matrimonio en sí, y en numerosas ocasiones he oído en mi propio hogar cómo se expresa, más con acciones que con palabras.

—Dime cómo es, dulce Serena, pues nada me complacería más que introducir ese lenguaje en mi hogar.

Si en estos momentos hubiera tenido Serena delante a un hombre, este se habría arrojado a sus pies, a tal punto resultó adorable y encantadora mientras decía:

—Tu bien es el mío, y mi bien es el tuyo. Haga la desgracia cuanto esté en su mano, no me hará desgraciada si puedo tenerte a mi lado. ¿Qué veo en tus ojos cuando yerro y cuando obro correctamente? Ahí están mi castigo y mi recompensa. ¿Adónde iría con mi felicidad, con mi dolor, si no a ti? ¿Adónde irías tú, si no a mí? ¿No lo tenemos todo en común? Si yerras, si a veces eres injusto, ¿qué importa? Te llevaré más aún en mi corazón y, sencillamente, nos querremos más. A tu lado tengo apoyo, hogar y alegría en todas partes. En todo el ancho mundo no hay nadie que me comprenda, que me convenga como tú.

Yo me enjuagué una lágrima y dije:

—Pero ¿qué podría decir, Serena, para superar lo que acabas de decir tú, el amor más elevado?

—¿El amor más elevado? —repitió Serena, y una suave palidez ahuyentó la púrpura de sus mejillas—. Ignoro qué podría decir, aunque sospecho lo que tal amor sentiría. Ese amor es un pulso más alto en las venas de la amistad, es la vida divina... —Serena se detuvo, se le anegaron los ojos de lágrimas, y la mirada, llena de exaltación, completó la frase que la boca no pudo pronunciar.

¿Y aquella criatura había de ser fría en el fondo?, pensé.

—Y tú, Serena —dije al cabo de unos instantes—, que tan bien entiendes la dicha suprema del matrimonio, ¿no tienes intención de probarla? ¿Te quedarás soltera por siempre?

—Eso creo —respondió Serena con renovada calma—, pero amar, sí amaré: a mis abuelos, a ti, a todas las personas buenas, y seré feliz por ello.

—Mi dulce Serena, ¡bien está así, mientras tu corazón no pertenezca a nadie!

Un estremecimiento, un temblor recorrió la bella y cálida mano que yo apretaba en la mía. Fue como si un latido hubiera atravesado volando las venas de Serena, y al mirarla vi que tenía las mejillas rociadas de rubor, y que se le había acelerado la respiración. A punto estaba de preguntarle a qué venía tan apresurado movimiento cuando recibí una dolorosa noticia. Oí el veloz retumbar de los cascos de un caballo y al punto apareció Bruno en la puerta. Serena debió de reconocer el paso del animal.

«¿Será posible?», pensé, y un estremecimiento de angustia como de mal presagio me recorrió cuerpo y alma. Apreté con más fuerza la mano de Serena, sentí la necesidad de abrazarla, de apretarla fuerte contra mí, pero desistí ante la ruidosa entrada de Bruno. ¡Siempre llega como una tempestad! En esta ocasión, sin embargo, me estrechó tan cordialmente la mano, contempló a Serena con tan dulce mirada, que la desagradable impresión que acababa de experimentar se desvaneció levemente.

Serena se entregó con afán al bordado que tenía en el bastidor, y Bruno posó la mirada en sus dedos y en las flores que de ellos parecían brotar.

—Hace un día precioso —le dije a Bruno.

—Cierto —respondió él con esa voz suya tan melodiosa—, pero hasta ahora no he podido apreciarlo.

Guardamos un largo silencio, y yo me alegré cuando nuestro trío se convirtió en cuarteto con la llegada de Oso, y poco después en quinteto, cuando se nos unió Stellan.

Pero esto no pareció complacer a Bruno. El joven se levantó y, después de recorrer un par de

veces la sala de un lado a otro, se sentó al pianoforte, en el otro extremo, y, lentamente, como sentimientos a duras penas contenidos, resonaron sus melodías con una vida maravillosa y llena de expresividad. Serena estaba como en sueños: no seguía la conversación, y solo volvió en sí cuando empezamos a hablar de las ya próximas bodas de oro de sus abuelos.

—Ha de ser hermoso —dije enardecida— volver la vista atrás para contemplar, desde un día como ese, la larga hilera de años vividos, y no encontrar sino recuerdos puros y buenas acciones.

Bruno hizo un movimiento, calló la música, se inclinó sobre el respaldo de la silla y me percaté de que nos escuchaba.

El primo Stellan suspiró y dijo:

—¡A pocos mortales les es dado gozar una dicha tal!

—Y ¿por qué, primo Stellan? —repliqué yo entonces—. Pues sí, porque muy pocos se desviven por conseguirlo. Porque muy pocos quieren conocerse y dominarse a sí mismos.

—Y ¿quién se conoce a sí mismo? ¿Quién puede lograr tal cosa? —preguntó Bruno levantándose de la silla.

—Pues... ¡confío en que muchas personas! —respondí algo abrumada por tan brusca intervención.

—Ya, sí, eso cree la gente —prosiguió Bruno con amarga vehemencia—. Creen que se conocen a sí mismos, pero solo porque no se han puesto a prueba, porque nunca han examinado las profundidades de su alma. Las circunstancias allanan el camino, la vida transcurre igual que un día soleado, y el espíritu apacible, jamás alterado por tempestad alguna ni ensombrecido por negra noche, se cree firme y luminoso. ¡Ciego! ¡Feliz! ¡Qué poco sabe de la vida! Pero ¿quién, que haya experimentado lo que en el mundo hay de tentaciones y de tormentos y de placeres, quién, que haya sentido el espíritu vapuleado por las pasiones, osa afirmar que se conoce a sí mismo, osa creer que puede ser y hacer lo que le plazca? ¿Y quién es siempre el mismo? ¡Ved la historia! ¿No mancillan quizá pecados y miserias la vida de los más grandes hombres? ¿No puede acaso el malhechor llevar a cabo nobles acciones? ¿No podemos a veces albergar en el corazón un paraíso de amor, otras sentirlo frío, pobre y desierto? ¿Conocerse a sí mismo? ¿No es saberse un campo para todas las contradicciones, todas las posibilidades, un juego de pelota entre el cielo y el infierno, con el que se entretienen ángeles y diablos? De mucho es capaz el ser humano, pero no de seguir siendo siempre el mismo. Es capaz de hacer lo más grande, lo más noble, pero solo unos instantes: la otra cara lo arrastra hacia abajo. ¡Conocerse es conocer la propia impotencia!

Cual impetuoso torrente, que se desborda veloz inundando las orillas y rompiendo todas las compuertas, así se precipitaba el discurso de Bruno. Y debo confesar que yo misma me sentí como desbordada por él. A mi muy cambiadizo y endeble corazón se presentaron cien testimonios de la triste doctrina de Bruno. Sentí que se me hundía el ánimo, pero Serena no había perdido el timón. Clavó sus claros ojos en el rostro de Bruno, que estaba frente a ella, y cuando el joven guardó silencio, le dijo con honda y reconfortante dulzura:

—Verdad es que hay contradicciones e incoherencias en todas las personas, pero ¿no cabe suponer que van disminuyendo a medida que intentamos ser mejores?

—¡Así debería ser! —respondió Bruno despacio y descansando la vista en el celestial rostro de Serena.

—¿Y no vemos, acaso, en un sinnúmero de ejemplos, que tal perfeccionamiento se produce de verdad? ¿No sabemos, quizá, que criaturas que han caído han logrado levantarse, que quienes han sufrido grandes tentaciones se han alzado vencedores de la batalla? ¿No lleva, pues, cada cual una

imagen secreta de Dios en su corazón, capaz de iluminar su ser, y que aspira a conducirlo a una vida más elevada?

—Sí, así es, yo así lo creo —dijo Bruno dulce pero sombrío. Fue a sentarse al lado de Serena.

—¡Tengamos, pues, esperanza para todos! —continuó Serena emocionada y conmovida—. Para algunas personas puede resultar más duro el camino que para otras, pero Él, que es luz y bondad y que es siempre el mismo, hará que su voz se oiga también entre ellas, y las elevará hasta la luz y la armonía.

—¡Amén, amén! ¡Que así sea! —dijo Bruno, apoyando la frente en la palma de la mano—. ¡Que todas las almas que sufren desasosiego alcancen la paz!

«Ante todo, la buena voluntad»[67], me dije, pero no quería intervenir con una cita del Evangelio tras la voz angelical de Serena.

Nos quedamos sentados un buen rato en silencio, cada uno acompañado de sus pensamientos. Todos coincidieron al fin en el *Don Juan* de Mozart, que propuso Stellan, y Bruno, que lo interpretó para nosotros, nos infundió a todos y cada uno algo de su poderosa inspiración. En verdad que me encantó esta noche. Y creo que todos estaban tan encantados como yo. Apenas nos tomamos tiempo para comer algo, sino que continuamos casi sin interrupción hasta las once. ¡Arte divina! ¡Maravilloso Mozart!

Gracias a él nos sentíamos todos tan amigos que, cuando Bruno se marchó, lo acompañamos un trecho del camino. El aire se notaba templado y el firmamento brillaba en todo su esplendor en la honda oscuridad del crepúsculo de agosto. Levantamos la vista involuntariamente, en actitud de muda admiración, y Stellan, que los últimos días parecía sentirlo todo más en profundidad, dijo:

—¡Bajo un cielo como este debió de intuir por vez primera el hombre la inmortalidad!

—O quizá más bien comprendió cabalmente su condición mortal, su dependencia de poderes externos —objetó Bruno—. ¿Qué le dice, si no, este cielo cuajado de estrellas, eternos caminantes por eternamente idénticos senderos, y mudos, como trapenses en su vida celestial? Ajenas a nuestros sentimientos, a nuestros tormentos, a nuestros placeres, giran ellas en eterna placidez y, a nuestras preguntas, parecen responder simplemente: «¡Pobre mortal! ¡Mídete con la inmortalidad y enmudece!». ¿Vida inmortal? No, ese alto pensamiento no nos llegará nunca de las insensibles alturas. El firmamento más nos hunde que nos eleva. ¡El mundo de la música, en cambio! ¿Pueden sumergirse en él y no intuir, no comprender, siquiera por un instante, su armonía y su infinitud? ¡Oh! —Y aquí adquirió la voz de Bruno un tono profundamente melódico—. ¡Oh, si algún gran fin tiene este universo, esta vida que vivimos, ha de ser por fuerza el que expresan los acordes! ¡Oíd esta fuga! ¡Oíd cómo una esfera canta a otra esfera, cómo una frase responde a la otra, cómo todo es múltiple y cómo, pese a todo, es uno solo el pensamiento que sustenta esa multiplicidad en fuerza y belleza. La fuga es el «¡Hágase!» del Creador, ¡así repitió esa primera palabra incontables mundos! ¡Escuchad una sinfonía de Beethoven, si queréis encontrar una explicación de la vida! ¡Oíd las notas, cómo viven, sufren, aman, se anillan entre sí formando de esta suerte todas las melodías indecibles de la existencia! ¡Oíd, en fin, cómo las disonancias se funden en armonías, cómo las tempestades, el desasosiego, los tormentos, los placeres, el odio y el amor se precipitan como los torrentes de la tierra para arrojarse al océano, donde todo se disuelve, todo se reconcilia en un único acorde lleno de armonía, y todo alcanza la paz!

Yo estaba impresionada y arrebatada por la efusividad de Bruno, si bien no del todo satisfecha con sus palabras. Nos dirigimos despacio hacia el paseo. El primo Stellan iba hablando conmigo, y tengo la impresión de que de pronto me salió otro par de ojos y oídos, porque lo escuchaba y le

respondía al tiempo que observaba con atención lo que sucedía entre Bruno y Serena, que caminaban unos pasos por delante de nosotros. Bruno cortó una flor, se la ofreció a Serena y dijo en voz baja, con un tono que tenía algo infinitamente suave a la par que débil:

—Las flores suelen darse junto con los buenos deseos. ¿Querrá usted aceptar los míos? ¡Ojalá siempre la acompañe esta paz que siente ahora! ¡Ojalá sus penas más amargas se asemejen a esta noche, colmada de luz celestial! ¡Ojalá sea usted tan feliz como es pura y buena! Sin embargo —y aquí bajó más aún su voz profunda—, cuando unos ángeles de bondad la lleven entre sus manos, ¡reze por quienes no hallan la paz, reze por ellos, reze por mí!

Más que oírla, intuí esta última palabra. Bruno se inclinó al mismo tiempo hacia la mano de Serena y me pareció que, en ese instante, también al primo Stellan empezaban a salirle dos pares de ojos y de oídos. Serena tenía el rostro vuelto hacia Bruno, pero no pude ver si respondía o no. Trajeron el caballo de Bruno, este se despidió brevemente de nosotros y enseguida desapareció de nuestra vista.

¡Bruno! A esa alma misteriosa no es posible ni entenderla ni llevarle paz. Y precisamente son las contradicciones que encierra, esos cambios bruscos, hielo y deshielo, tormenta y calma, noche y luego, de repente, día, lleno de vida y de calidez, las que lo convierten en un ser de un interés tan inquietante como irresistible. Inspira rechazo y atracción, sobre todo esto último, pues es un joven del todo natural.

Hondamente preocupada estoy, en todo caso, pensando que Serena se haya encariñado con él. ¿Qué hará el blanco lirio sobre el tempestuoso oleaje? ¿Será Bruno capaz de hacer feliz a una mujer? ¿Merecerá acaso una esposa como ella? ¡Imagínate que sea uno de esos criminales a los que defiende! ¿Qué es Bruno? ¿Qué quiere? Esto me pregunto yo, esto le pregunto a Oso. Él siempre piensa lo mejor, y a Bruno lo quiere de verdad. Sin embargo, Oso no termina de consolarme del todo. Me asaltan lúgubres presentimientos. Con el corazón así, pesaroso, me despido de ti por el momento, mi buena Maria.

CARTA IX



Rosenvik, 14 de agosto

Ocho días han pasado desde la última vez que te escribí, Maria querida. Por la novela que se está representando a mi alrededor, olvido que yo tengo que escribir la mía. Pero la necesidad de que veas cómo pasa mi vida, Maria, me ha llevado a retomar la pluma y el relato.

El primo Stellan se ha marchado. Debió de convencerse por completo de que Serena tenía «ese defecto que él consideraba el más imperdonable en una mujer», lo invadía una necesidad acuciante de bostezar en cuanto Bruno llegaba a Rosenvik, recibió una carta de Estocolmo, asuntos urgentes reclamaban allí su presencia, y... partió, acompañado de mis más sinceros deseos de felicidad. Me entristece, en todo caso, que su reforma se haya visto interrumpida precisamente al principio.

Sin embargo, Serena y Bruno me han entretenido tanto que no he dedicado mucha atención a nadie más que a ellos. Bruno ha convertido mi hogar en el suyo. Oso lo ve con alegría, y yo, aunque preocupada, no puedo ser indiferente a este ser tan extraño. Serena se encuentra como bajo el efecto de un secreto hechizo y, ¿qué te parece, Maria?, yo aún no he osado deshacerlo con una sola palabra. Se la ve tan feliz, tan contenta, tan profundamente confiada, que he temido decirle nada que pudiera alterarla, o que hiciera, acaso, que sentimientos aún adormecidos emergieran a la conciencia. Mientras tanto Serena, como una flor, se abre a una vida más hermosa. Su voz ha desarrollado los tonos más adorables; claro que también Bruno es totalmente distinto de mí como maestro. Su rostro, toda ella no habían mostrado hasta ahora tan encantadora vivacidad. ¿Y Bruno? Él guarda silencio, pero cualquiera puede ver que Serena lo absorbe por entero. La sigue allí donde va, se sienta cerca de ella. A veces posa sobre ella ese tipo de mirada que no lanza el hombre sin intención. ¡Ah, esa mirada, en sus ojos...! No me gusta. A veces tiemblo al verla.

Dicen que, cuando la serpiente quiere hacer de la alondra su presa, se yergue y le clava la mirada. La alondra mira al fondo de los ojos del reptil y se apodera de ella un encantamiento extraño y terrible. Temblando en su aleteo, vuela dando vueltas y más vueltas, cantando alrededor de la serpiente: nunca había sido su trino tan encantador, nunca habían temblado sus alas con tal alegría de vivir, y así va cantando y revoloteando alrededor de la serpiente, acercándose más y más, hasta que se hunde en sus fauces y calla para siempre.

¡Oh, Serena, Serena!

En verdad no se puede permitir que eso suceda. Debo avisar a Serena. Debe saber cuanto

sabemos nosotros sobre el peligro que entraña ese hombre. ¡Tengo que hablar con Oso!

Más tarde

Aquí tienes nuestra conversación:

—Pero Oso, querido, ¡no se puede permitir! ¡Te aseguro que de ahí ha de seguirse algo serio!

—Y bien... ¿qué, si así sucede? ¿Qué otra cosa podríamos desear más? Yo querría que fuera algo tan serio que acabara en matrimonio. De verdad pienso que esos dos están hechos el uno para el otro.

—Pero ¿merece él una esposa así? ¿Sabemos acaso si no habrá cometido alguna acción peor aún que las que cometió en su juventud? Tiene Bruno un no sé qué que me infunde espanto. No creo lo que dice. Hay ocasiones en que pienso que sería capaz de lo peor. Figúrate que fuera un asesino...

—¡Fransiska querida! —dijo Oso casi enfadado—. ¿Por qué dejarte engañar así por tu imaginación? ¿Por qué, sin el menor motivo, pensar así de un semejante? ¡Eso no es ser razonable, Fransiska!

—Perdóname, ángel mío, pero... ¿no eres tú demasiado indulgente? ¿Sin el menor motivo, dices? ¡Sabemos que sí robó!

—¿Y tú nunca robaste nada, siendo una niña?

Guardé silencio, reflexioné unos instantes, me ruboricé y seguí callada. De mis inocentes años infantiles se alzaban fantasmagóricos algunos panecillos y bombones, algunos trozos de cinta, cierta cajita de nácar... para prestar todos ellos declaración contra mí. Finalmente, dije:

—Pues sí, Oso, yo también robé, y reconozco mis pecados, pero... ¡a los quince años dejé de robar!

—Recuerda las circunstancias en las que se crió Bruno. Casi todos los niños roban algo, pero una buena educación, un trato adecuado extinguen ese instinto natural, aunque peligroso, de apropiarse de aquello que uno desea. Bruno recibió un trato inadecuado y debe ser juzgado en consecuencia. En todo caso, las últimas líneas que me escribió daban testimonio de que reconocía su error y quería enmendarse. Y es cierto que la terrible lección que recibió en la última escena con su madre lo habrá apartado de ese camino.

Yo suspiré y dije:

—Bueno, pero hemos visto que dispara a quien no sigue su voluntad. Aquel que es cruel con los caballos también puede serlo con los seres humanos.

—¡Existe una diferencia enorme, Fanny! En todo caso, no es mi intención excusar los defectos de Bruno. Es impetuoso, sí, e irracional, a veces, porque aún es como en su juventud, caprichoso, inestable, pero no malvado. Al contrario, tiene un corazón generoso, y estoy convencido de que llegará a ser bueno. Un ángel, como lo es Serena, es precisamente quien puede ejercer su influencia sobre él y convertirlo en un hombre bueno y sensato y, al mismo tiempo, hacerlo feliz.

—¡Oso mío! ¡Qué bellas palabras! Sin embargo, yo no me doy por satisfecha. ¿No deberíamos, al menos, procurar que Serena conociera al hombre con el que tan ciegamente se ha encariñado? ¿No debería ella conocer lo que nosotros sí conocemos sobre su juventud y sus aventuras?

—¿Por qué razón? ¿Con qué fin? Si lo quiere, saberlo no la apartará de él. Sin embargo, si

llega a ser su esposa, puede ser para ella doloroso saber que hubo un tiempo en que Bruno mereció el desprecio de los suyos. Sea como fuere, nadie salvo el propio Bruno debería ponerla al corriente. Cara a cara y corazón a corazón se pueden decir y perdonar muchas cosas.

—¡Ay! ¡Si al menos supiéramos algo más de los últimos años de la vida de Bruno!

—Yo he oído su historia, he visto sus documentos. Todo es legal y todo está en orden. He visto cartas que le han enviado varias personas excelentes. Todas ellas hablan en su favor. Además, aun cuando Bruno hubiera errado, ¿no vemos hoy en él con claridad el deseo del bien? Nuestro Señor no lo rechazaría, y tú, Fransiska, ¿tú querrías rechazarlo?

—Oh, no, no, Oso, pero Serena...

—Piensa en el ardiente corazón de Bruno, en sus grandes dotes, sí, en su genio, y además, ¡en su gran fortuna! ¿Por qué no habría de ser Serena feliz con él?

—¡Ay, Oso! Lo que hace feliz a una mujer casada, lo que hace grato el hogar no son el talento, la fortuna ni aun el fuego que aliente el alma del marido, que también puede incendiar la paz del hogar. No, la dicha de la esposa es que el marido sea cabal, bueno, sensato, razonable y formal. ¡Como tú, Oso!

Ya no discutimos más.

LIBRO SEGUNDO

FRAGMENTO DE UNA CARTA DE BRUNO M. A ANTONIO DE R.



Me aproximé a ella sin intención. No quería sino contemplar la belleza de su rostro, ese esplendor de inocencia que se extiende sobre él como sobre un cielo claro; solo quería escuchar aquella voz, aquellas palabras... toda aquella ternura. Lo que el frescor de las olas, lo que la melodía de una canción, lo que las caricias de mi madre fueron para mí era para mí su presencia. Me era grato oír su voz; bajo su mirada se aplacaba todo sentimiento tormentoso, todo pensamiento impío: me hacía mejor.

No ella, no yo, sino el poder que prendió un fuego volcánico en lo más hondo de mi ser es responsable de que este sentimiento se tornara de pronto en una llama devastadora.

Pero no la amo como amaba antes. No había aparecido aún ninguna Serena en mi camino nocturno. Ella es mi primer amor puro.

Precisamente por ser tan distinta de las mujeres que hasta ahora he buscado y conseguido, precisamente por eso es Serena tan cautivadora para mí. Su dignidad amable y virginal, que deja su sello en su presencia y en sus acciones con tan bello decoro, me ata a ella como una magia poderosa. Precisamente porque se encuentra muy lejos de toda coquetería, siento el impulso de arrodillarme ante ella y adorarla. Con deleite indescriptible descansan mis ojos en su boca, que no ha profanado ningún beso frívolo, que no han ensuciado palabras de ira o falsedad. «Pureza», una palabra que he aprendido a comprender demasiado tarde, pureza es el cielo que irradia su frente, el espíritu que emana de ella, y por su pureza la adoro yo, que... sí, yo que sé adorar, y esa es mi salvación. ¿Qué hay que siendo bello, siendo divino, no sea, además, puro? La luz, la virtud, el cielo... ¡eterna expresión de claridad! Oscura era mi vida, pero, en ella, ¡os amo a vosotros también! Ahí está Serena y, con ella, todos los ángeles de la vida, aquellos que yo he deshonrado y desdeñado. Virtudes calladas, paz, vida familiar, lazos sagrados que he menospreciado y ultrajado, ¡cuán fascinantes me hacen señas a través de ella!

No digas que es demasiado tarde. He ido dando tumbos entre los encantos salvajes de la vida. Como Fausto, bailé con las brujas del monte, y la vida de una, a la cual abracé, era cenizas; y de la boca de otra, la cual besé, surgió un animal repugnante; la tercera se transformó en una serpiente entre mis brazos, y me vi a la postre en el precipicio de mi vida, y cuanto había a mi espalda era abominable y tenebroso. En mis entrañas aún ardía el mismo agitado fuego, la misma sed, aunque... ahora buscaba otras fuentes. Necesitaba vivir intensa y plenamente. En la matanza,

en la lucha con furiosos elementos, sentía en mi interior una fuerza más elevada, una vida más poderosa; pero después... ¡vacío, vacío, vacío! No intuía que la plenitud de la vida pudiera existir en el pecho de un ser humano. Un pecho inmenso, lleno de amor, como el cielo, fiel, dulce y puro, ¡oh, es un mundo en el que vivir, pleno, hermoso y eterno! Ahí se purifica el fuego sin extinguirse; se serena el desasosiego, la fuerza se realza y se reafirma.

Si una esposa de tan magno y adorable espíritu caminara a mi lado, si su aliento celestial sobrevolara mi alma como una brisa de primavera todas las horas del día, si, en cuanto rodea mi cotidianidad, ella infundiera su vida pura y armónica, si yo pudiera recostarme en ella como... ¡oh, Dios mío, no oso decirlo!... «como en el pecho de una madre», ¡puesto que la mía me repudió! Pero si yo pudiera apretar contra mi pecho a una esposa en un abrazo firme y perdurable, y decir desde el fondo de mi corazón: «¡Eres un ángel, y eres mía!». ¡Ah!, ¿no crees que entonces podrían perdonarse viejos pecados, que podrían erradicarse amargos recuerdos, que el corazón vacilante podría afianzarse en un amor más elevado? ¿No crees que, sobre la tierra devastada, podría florecer un paraíso?

Miro a Serena y... no puedo sino creer que es posible. Me he dicho: «Ha de ser mía, ¡si quiero hallar la paz en la tierra!».

Pero ¿podrá ella, la pura, la buena, la amable Serena... podrá amarme a mí, querrá vincular al mío su destino? Y quienes están en disposición de decidir sobre ella, quienes, sobre todas las cosas, aprecian la limpieza de carácter, las virtudes ciudadanas y domésticas, ¿querrán ellos entregar su más bella posesión a un hombre cuya fama está, desde la infancia, mancillada, cuya vida está envuelta en oscuridad?

Te oigo plantear esas preguntas, y he aquí mi respuesta:

Hay en mí algo —llámame presuntuoso, soberbio o lo que quieras— pero yo sé que hay en mí algo que nadie resiste fácilmente: una fuerza, una voluntad capaz de partir el hierro; un fuego capaz de consumirlo todo, a fin de poder arder en el aire que busca. Lo he probado muchas veces, nadie ha podido resistirlo, excepto... ¡mi madre! Pues también por sus venas fluye la misma sangre. Sin embargo, madre, ¡nuestro combate aún no ha terminado!

He visto a mi madre. No me ha reconocido, y yo a ella, apenas. Era una mujer hermosa. Está muy cambiada y, a lo que me pareció, no solo por los años. Quise tratar de verla, tenía que verla, pero, cuando me encontré allí, delante de ella, como un extraño, cuando oí la voz que tan bien conocía... no lo pude soportar. No sé cuándo me descubriré ante ella. Aún no está lista en su fuero interno, ni yo tampoco. En su presencia, siento por dentro una oleada violenta y dolorosa, por eso la rehúyo... por el momento. Amo y temo, añoro y huyo. Así me hallaba, en dolorosa lucha, cuando apareció Serena. Me senté a su lado; a partir de ese instante, me sentí más tranquilo. Se atisbaba una esperanza, una luz. Si también mi madre... Mi madre no perdonaría... Caín había cometido un delito más grave que el mío, sobre él pesaba la maldición de una madre y, aun así, por el desierto en el que se adentró ¡lo acompañaba *su esposa*! Con él caminaba un ángel conciliador.

¡Serena! ¡Serena! Si no te amara tan hondamente, podría compadecerte, pues, así lo siento, no en vano he puesto mis ojos en ti. Pero quiero amarte como ninguna mujer ha sido amada todavía. Quiero rodearte de todos los placeres de la vida. Cada día tú nos harás felices a los dos, y tu noble corazón vivirá entre bendiciones. Hagar deberá someterse a su destino. Hace ya mucho que dejó de exigirme nada, y así debe continuar, incluso aunque siguiéramos juntos. Debe verme —y me verá— feliz con otra sin rechistar. Ella me conoce, no se atreverá... ¡Maldita sea, si exhala un

aliento ponzoñoso sobre aquella que...! ¡Ay! Cuando pienso en esta mujer pierdo el juicio, y no quiero. Quiero ser bueno, amoroso, tal como quiere Serena. Hay en mí bondad, hay ternura, la fuente no se ha enturbiado aún sin remisión. Requiere que la limpien, nada más, pero un ángel debe remover las aguas[68].

Pero ¿puede un ángel acercarse a aquel a quien la maldición...? ¡Mi madre! ¿Qué, si no me perdonara? ¡Qué idea tan devastadora! Ave de rapiña que me devoras el corazón, ¡fuera de aquí, fuera!

Pronto todo estará dicho y todo decidido, pues mi alma ansía saber. Tal vez fuera más sensato esperar, aguardar el momento oportuno, pero es algo que ni puedo ni quiero hacer. Siempre alcancé la felicidad tempestuosamente. ¡Que así sea también en esta ocasión!

CARTA X



Rosenvik, 17 de agosto

Ayer fue un día maravilloso, variado, entretenido y, pese a todo, desagradable. Lo pasamos en Ramm. Allí nos habían invitado hace unos días, junto con varios de los vecinos. *Ma chère mère* también estaba invitada, pero se excusó aduciendo que llevaba sin aceptar una invitación varios años, y que no podía ahora hacer una excepción. Serena había pasado el día anterior en casa de sus abuelos e iría con ellos a Ramm, adonde los había invitado Bruno, que, en razón de la nueva escuela y otros asuntos, había entablado una estrecha relación con el anciano Dahl.

A nuestra llegada lo hallamos todo inalterado por fuera: los árboles crecían como antes, salvajes y espesos alrededor de los renegridos muros. Bruno salió a la escalinata y nos recibió con grave amabilidad. ¡Tiene, en ocasiones, un no sé qué tan bondadoso en el rostro...! Oso estaba conmovido y pálido al abrazar a su hermano. Ninguno de nosotros dijo una palabra, y en silencio me condujo Bruno al interior, donde me sorprendió el lujo de los muebles. Mi querida Serena atrajo enseguida, no obstante, toda mi atención. No creo haberla visto nunca tan hermosa. El vestido de muselina celeste, el pañuelo de tul en el que envolvía el cuello blanco como la nieve le sentaban muy bien, y su rostro inocente irradiaba salud y regocijo. «En esas rosas tenemos alguna parte Rosenvik y yo», pensé satisfecha de mí misma. Y también los patriarcas me dirigieron las más amables palabras.

Llegaron los invitados. El magistrado Hök y la señorita Husgafvel llegaron en *désobligeant*. A punto estábamos de sentarnos a la mesa cuando se oyó en el jardín barullo de otro invitado que llegaba, y vi con asombro un birlocho tirado por un poni de Öland y conducido por una muchacha que, con su pequeño carruaje, hizo un vistoso giro por la explanada y, tras restallar con el látigo, se detuvo delante de la puerta.

—¡Ja, ja, ja! ¡Es Mally, mi pequeña Mally! —rió el mayor, que estaba conmigo en la ventana—. Ella sí que sabe estar en el mundo. Tiene afición por los caballos... Y hay que dejar que los niños cultiven sus aficiones, señora Werner, eso hace que vivan libres y fuertes. De nada vale obligarlos. Con el tiempo, entran en razón. Yo lo sé por mí mismo.

En ese momento entró Mally, el pelo revuelto, la tripa fuera, el andar patoso a la par que altanero. La señora Von P. lanzó una mirada primero a ella, luego a sus hijas, que parecía decir: «¡Gracias a Dios que las mías tienen educación y cultura!».

La buena de Brita Kajsa, aunque amante de lo natural, se sonrojó ante la entrada de su hija y

no parecía muy satisfecha.

—¡Vaya aspecto que tienes! —dijo mientras le atusaba el pelo y el vestido.

—¡Ay, madre, me hace usted daño! —dijo Mally llorosa, sacudiéndose para librarse.

Bruno condujo a la mesa a la señora Dahl. Los demás los seguimos por parejas. La cena fue espléndida. Bruno echará a perder las costumbres sencillas del lugar con tales manifestaciones de lujo. Ya se lo diré yo, ya. Fue un anfitrión extraordinariamente grato, sus atenciones con la anciana pareja de los Dahl tenían algo de reverente y casi filial, que le sentaba muy bien. Serena se alegró al percatarse.

Después de la cena, Bruno nos condujo al jardín, donde había montado dos grandes tiendas. Se conoce que habían tomado todas las precauciones para que los ancianos Dahl se encontraran allí a su gusto. En una de las tiendas habían dispuesto para ellos dos cómodas mecedoras, el suelo estaba cubierto de las más ricas alfombras. Fuera, una fuentecilla arrojaba al aire su fresco y tintineante rayo. Naranjos cuajados de flores y frutas se erguían a cierta distancia, y cada mínimo soplo de aire nos traía sus balsámicos vapores. Yo estaba encantada con todo aquel arreglo, que el insólito calor del día hacía más agradable si cabe. Seguí, con la imaginación, en aquel mundo ideal: me di a recrear una vida nómada en este entorno natural, y pastorcillas como Serena, y patriarcas y tiendas y huertos de naranjos y... Entonces se acercó la señora Von P. precipitándose hacia mí al tiempo que exclamaba:

—¡Oh, qué encantador es todo esto, mi buena señora Werner! Unas tiendas igualitas a estas tenía el conde L., y nosotros también, en Gustafsberg. Un día lo pasaban ellos con nosotros, otro día lo pasábamos nosotros con ellos, *tout familièrement*. ¡Era enormemente divertido! ¡Demasiado encantador! Los L. y nosotros nos relacionábamos poco con el resto de la alta sociedad. Teníamos bastante con nosotros mismos. Ah, me pregunto cómo estará H., nuestra adorable baronesa. ¡Una persona encantadora! Ella y yo lo pasábamos la mar de bien juntas. Naturalmente, nos hemos visto mucho en sociedad, y tenemos un puñado de conocidos en común.

—¡Aquí hace demasiado calor! —dije. Hacía en la tienda un fresco agradable, pero el parloteo de la señora V. P. me estaba dando un sofoco. Me incorporé. Mi seguidora hizo lo propio. Al salir de la tienda, nos encontramos con Bruno. La señora V. P. lo abordó:

—*Ah, mon chère Monsieur de Romilly, c'est charmant, c'est charmant!* Este parque suyo es divino. ¡Qué tonalidades las de estos árboles! ¡Qué macizos de flores! ¡Qué perspectiva! Mire, mi querida señora Werner, mire allí bajo el arco del puente, ¡qué efecto! No, tiene que agacharse un poco más, un poco más, bajo esa rama... ¿No es divino? —Yo estaba a punto de partirme la nuca —. ¡Qué conjunto, qué efecto!

Bruno se limitó a inclinar la cabeza muy serio ante la señora V. P. y se dirigió a la tienda. Yo pensé: «¡Ay, que la falta de naturalidad del ser humano pueda incluso arruinar para otros el disfrute de la naturaleza!». Las «tonalidades» y «efectos» de la señora V. P. habían destruido para mí la hermosura de la vista. En ese momento oí unos gritos y, cuando me apresuré a acercarme al lugar del que procedían, vi a los adamitas, que habían arrancado flores y frutas de los naranjos, y ahora trataban de combatir los impedimentos con que un par de jóvenes trataban de evitar su robo por la fuerza.

«Ese es el estado natural», pensé con un suspiro. Brita Kajsa salió, repartió pescozones y pellizcos entre sus criaturas y, por esta vez, pudimos disfrutar del café y las subsiguientes pastas en paz y tranquilidad.

Instantes después llegaron dos coches abiertos. Bruno propuso a la concurrencia dar un paseo

por los jardines. Los coches eran para los invitados de más edad. Los jóvenes irían a pie. Bruno le ofreció su brazo a Serena. Los ancianos Dahl, Oso y yo subimos a uno de los coches. La mayora, que, con la señora V. P., iba sentada en el otro, quería que sus hijos subieran también, pero los adamitas empezaron a gritar que no querían, y quedaron, pues, al cuidado de la hermana Mally durante el paseo.

Partimos. Hacía buen tiempo, y yo habría disfrutado del trayecto si hubiera podido dejar de pensar en Bruno y Serena. «¿Le dirá algo? —pensaba—. ¿Qué será lo que le diga?» Los patriarcas iban echando un sueñecito al suave vaivén del coche. Oso iba taciturno y pensativo en el asiento. Y así fuimos paseando una hora y media, tal vez.

A la vuelta vimos que también volvían en varios grupos los caminantes. Cuando Serena, seguida de Bruno, entró en la sala, sentí que se me encogía el corazón, pues vi enseguida que algo había ocurrido. Serena venía pálida y alterada. La cara de Bruno y su mirada volvían a irradiar vida. Después de saludarnos y de preguntar a los ancianos si el paseo había sido grato y el coche, de marcha suave, etcétera, se sentó al órgano e hizo resonar el imponente instrumento, con la misma fuerza, el mismo fuego que me embrujó aquella noche junto al lago, y ahora me sobrecogía el alma exactamente igual que entonces. Las señoritas V. P. se fueron del brazo a la sala contigua, hablando y riendo sin cesar con unos caballeros, manifiestamente ocupadas consigo mismas. La señora V. P. había iniciado una charla «incommensurable» con Jane-Marie, y, la verdad, no me explico cómo Jane-Marie, que tiene buen oído, pudo, mientras sonaba aquella música, pasar el rato hablando sobre Dios sabe qué. Más natural se me antojaba que la señorita Husgafvel, que no muestra el menor gusto por el arte melódico, se entretuviera con el magistrado Hök contemplando varios cuadros muy hermosos. Por lo que a Bruno se refiere, no le faltaban oyentes devotos. Entre ellos se encontraban Oso, los patriarcas y Serena, que se había sentado entre los dos. Yo estaba sentada de modo que podía apreciar el semblante de Bruno. En ese momento se veía extraño, poderoso, lleno de osadía, sufrimiento y amor. Y lo que allí se reflejaba lo vertía él en una fantasía donde todos los sentimientos, todas las fuerzas, todos los sufrimientos y placeres parecían luchar unos contra otros, y aquella lucha fue alzándose hasta llegar a la desesperación. Entonces hizo Bruno una insólita transición llena de osadía, y en acordes que recordaban a las palabras «¡Hágase la luz!», culminó en esa noble aria de la *Creación* de Haydn donde tanto las palabras como la música expresan cómo los elementos se ordenan bajo la mirada del creador. Miré a Serena. Una emoción profunda, a la par que una apacible explicación, se apreciaba en su adorable rostro. ¡Ah, en momentos así comprendemos la plenitud de la existencia, entonces se abre de par en par el cielo a nuestro espíritu, que asciende a las alturas sobre las alas de los acordes, abraza a todos los ángeles de la vida, concibe el amor de Dios y toda la belleza de la Creación, y desea morir de dicha!

La voz de Bruno no es lo que se suele llamar hermosa, pero es potente, masculina, expresiva. Evidencia de un alma poderosa. «¡Oh, Bruno! —pensaba yo—, ¿te han sido dados esos dones para que abuses de ellos? ¿Puedes cantar el puro esplendor de la vida, y no eres capaz de acogerlo en tu alma, en tu propia existencia?»

Cesó la música. Todos los presentes seguían sentados con lágrimas en los ojos, incluso la señorita Adele von P. se había quedado boquiabierta y como embrujada junto a la entrada. Entonces se acercó la inoportuna señora V. P. y abrumó a Bruno con observaciones sobre su arte, mencionando además a compositores antiguos y modernos:

—Weber —dijo la señora V. P.— es extravagante; Rossini es pobre en sus melodías;

Meyerbeer los supera a los dos, es, por así decir, *le prince de la musique*.

De un modo muy distinto mostró su satisfacción la anciana señora Dahl. Le apretó a Bruno la mano y dijo de corazón:

—¡Ha devuelto usted a esta anciana a su juventud! Hacía mucho que no disfrutaba tanto, y le doy las gracias de todo corazón.

—¡Me hace usted muy feliz! —dijo Bruno, le besó la mano respetuosamente y se sentó a su lado.

Se oyó entonces un ruidoso alboroto en la sala. Lo causaban los adamitas, que por fin volvían del bosque, sucios, harapientos, pero rebosantes de salud y de vitalidad. Habían espantado ciervos, habían matado una serpiente y atrapado una cría de ardilla, que traían a casa como un trofeo. Brita Kajsa trató de apaciguar aquel regocijo adamita, pero lo consiguió en parte solo gracias a Mally. Los dos niños menores corrían chillando y alborotando, saltaban con los pies sucios por encima de sillas y sofás —¡me habría gustado que *ma chère mère* los hubiera visto!— mientras se divertían ya soltando ya apresando a la pobre cría de ardilla. Sus padres dejaron finalmente de preocuparse por su salvaje comportamiento, pero Serena y yo cruzamos una mirada e intervinimos en el asunto. El resultado fue que yo liberé a la ardilla, mientras Serena, medio en serio medio en broma, llamó a los niños y logró que se calmaran mientras les recortaba una serie de carruajes y figuras de damas y caballeros, con lo que el arte demostró una vez más su capacidad para domar la naturaleza salvaje.

La animosa señorita Hellevi, que siempre procura que la gente esté en movimiento, propuso que jugáramos, y puso en marcha un juego de prendas que no tardó en resultar muy divertido. Se reunieron una serie de prendas y, para su recuperación, la señorita Hellevi se lució con propuestas alegres e ingeniosas. Fue indescriptiblemente divertido que Oso tuviera que bailar. Nunca me había reído tanto. ¡Tendrías que haber visto qué cómica gravedad la suya, y qué muecas!

—¿Qué debe hacer quien reconozca como suya esta prenda? —preguntaron después.

—Tendrá que contarnos un cuento —respondió la señorita Husgafvel. La prenda era mía, y sin pensarlo dos veces, empecé a contar lo primero que se me ocurrió, que fue esta leyenda:

—Dos niños pequeños fueron una noche de fiesta al arroyo, no muy lejos de la casa paterna. Una vez allí escucharon una bella melodía y vieron a Necken, que estaba sentado en las ondas azules, a la sombra de los alisos, tocando el arpa y cantando de todo corazón. Cuando llevaban ya un rato escuchando la música, los niños preguntaron: «¿De qué vale, Necken, que sea tan bello tu canto, si, pese a todo, nunca serás feliz?». Al oír estas palabras, Necken arrojó el arpa y se hundió en las profundidades del agua.

Hice aquí una pausa, pues había levantado la vista para mirar momentáneamente a Bruno, y me crucé con una mirada suya tan penetrante, oscura y llena de tristeza que prácticamente enmudecí. Tardé unos instantes en ser capaz de proseguir:

—Cuando los chiquillos llegaron a casa, le refirieron el suceso a su padre. Este les recriminó haber hablado tan duramente a Necken, pues él también podía llegar a ser dichoso.

»La tarde del segundo día, los niños volvieron al arroyo. Ya no oyeron ninguna música maravillosa, pero sí vieron a Necken, que lloraba sentado en las ondas a la sombra de los alisos. Y entonces le dijeron:

»—¡No llores, Necken! Dice nuestro padre que tú también llegarás a ser dichoso un día.

»Entonces Necken dejó de llorar, retomó el arpa y estuvo tocando una música maravillosa

hasta bien entrada la noche.

Yo volví a mirar a Bruno. Estaba pálido. Sus misteriosos ojos seguían, como antes, fijos en mí, pero ahora estaban anegados de lágrimas.

—La señora Werner recuperará su prenda, con nuestra admiración y gratitud por tan bonita historia —dijo la señorita Hellevi. Siguieron varias prendas que se recuperaron con todo tipo de divertidas locuras, hasta que le tocó el turno a una cuyo propietario fue condenado a recitar algo en verso o prosa. Era un pañuelo de seda. Al verlo, la señorita Hellevi exclamó:

—¡¿Cómo?! ¿Acaso no pertenece este pañuelo... a nuestro anfitrión?

—¡Sí! —gritó Malla Stålmark en voz alta—. Pero lo he cogido porque no tenía nada mío que dejar en prenda.

«Mally sabe arreglárselas», me dije yo.

—¡Hay que seguir las reglas del juego! —exclamó la señorita Husgafvel—. La prenda tiene que recuperarla su dueño. ¡Señor de Romilly! Ya lo ha oído.

—Pero... ¡yo no estaba participando en el juego!

—Pues ¡ahora ya sí! —exclamó emocionada la señorita Hellevi. Y al ver que también la señora Dahl se le unía para pedirle a Bruno que cumpliera la condición que se le pedía, él terminó por acceder amablemente. Se levantó y, sin el menor preparativo, se mostró de pronto totalmente transformado, alto y silencioso, como sumido en sombrías cavilaciones. Con su primer gesto, con sus primeras palabras, me recorrió el cuerpo un escalofrío. La escena era verdadera. Desde sí mismo, desde su propio lúgubre fuero interno envuelto en negras nubes, pronunció Bruno el célebre monólogo de *Hamlet*: «Ser o no ser, ¡esa es la cuestión!».

En verdad que no es Bruno una persona normal y corriente, sus aptitudes no son las más corrientes; aun así, ¡cuán superior no es mi Oso, precisamente como persona! Se hizo un largo silencio después de que Bruno concluyera, y se diría que nos costara volver a los juegos de la vida después de haber contemplado sus oscuras profundidades.

Mientras tanto se había hecho tarde, los viejos Dahl, que no querían quedarse a la cena, se despidieron de su anfitrión, al que dieron las gracias de corazón por un día tan agradable. Consigo se llevaron también a Serena, pero prometieron «llevarla a Rosenvik según lo acordado». Bruno los acompañó al coche. Después de su partida se me antojó todo triste y, para librarnos del eterno juego de las prendas, le pregunté a Adele von P., que justamente estaba sentada a mi lado, si no quería bajar al jardín. Aceptó con ciertas ansias. La tomé del brazo y salimos. Hacía una tarde preciosa: el crepúsculo, el silencio, todo cuanto nos rodeaba parecía invitar a esos pensamientos serios pero amables que la luz y la compañía tan fácilmente disipan.

—¡Qué hermoso es esto! —dije.

—Sí —respondió Adele—. Porque hay *solemnidad*, verdad.

Me sobresalté un poco ante la expresión con la que había pronunciado estas palabras, y miré a mi acompañante.

Adele von P. continuó con cierta emoción:

—La señora Werner habrá creído hasta ahora que soy una boba superficial y casquivana, y ahora comprendo que así he sido, en efecto. Hoy, no obstante, se ha despertado un sentimiento extraño, me siento al mismo tiempo humillada y elevada... Me gustaría poder empezar desde el principio, vivir y aprender... ¡Me gustaría poder volver a la naturaleza y a la verdad!

—Le gustaría volver de lo artificioso al arte auténtico, ¿no es así? —dije—. Le gustaría

comprender y reproducir la naturaleza, la vida, en la profundidad de su sentido, ¿quizá?

—Sí... Eso es. A menudo he intuido que mi formación no era más que superficial frivolidad, que... Pero, claro, me han desorientado mucho... Y ahora... ahora que lo he entendido todo mejor, ya he perdido mucho tiempo... Dios sabe si podré recuperarlo.

—¡No lo dude! —dije con entusiasmo—. Simplemente, conserve la impresión y el deseo que hoy se han despertado.

En ese momento se oyó una voz angustiada e inquieta que llamaba desde los jardines:

—¡Adele! ¡Adele!

Adele respondió y la señora V. P. se nos acercó a la carrera, al tiempo que, visiblemente horrorizada, decía:

—¡Adele, ángel mío! Tú aquí fuera, con esa tos y sin el chal. ¡Y con el rocío y el relente! Mi dulce niña, ¿por qué haces esas cosas? Ven, te lo ruego, ¡no puedes salir con tan poca ropa! Mira, coge mi chal, yo lo necesito menos que tú.

Y desoyendo la negativa de su hija, la madre la envolvió en el chal y se lo ajustó cuidadosamente sobre el pecho. Madre e hija se besaron luego amorosamente y se apresuraron a volver a casa.

¿Me había parecido ridícula la señora V. P. en alguna ocasión? De ser así, en aquel momento lo olvidé por completo. Lo único que vi fue a una madre tierna y amable, y pensé: «Esto no hace sino llevar agua al molino de Oso». Sin embargo, de haber sabido la señora V. P. cuán verdaderamente poética e interesante resultaba ahora, no le interesaría tanto intentar serlo por otros motivos.

Como fuere, me había quedado sola en el parque, y mientras volvía caminando despacio, me encontré al joven Robert Stålmark, que iba refunfuñando para sí o consigo mismo. Se ofreció a acompañarme y, con aspecto descontento, dijo al cabo de unos instantes:

—Qué absurdo es no gozar de ningún talento, no entender nada, no saber nada de lo que se llama...

—¿De lo que se llama cultura? —dije inquisitiva. Esta noche me sentía elegida para ayudar a mis semejantes en este mundo.

—¡Sí, exacto! —respondió el joven Robert—. Siempre estoy oyendo hablar de la naturaleza por aquí y por allá... Pero no tendría nada de malo contribuir con algo de arte, con algo de cultura.

—Claro, debemos distinguir entre la naturaleza en su pobreza, en su brutalidad, y la naturaleza en su manifestación más esplendorosa.

Robert me miró con una de esas miradas vivaces, inteligentes, en las que se refleja la revelación de una idea, pero enseguida dijo con un tono melancólico:

—Sí, sí, aunque si no tuviera yo ya tantos años... ¡Ahora lo mejor será olvidar todas esas ideas!

—¿A qué ideas se refiere? —pregunté con interés—. ¿Está pensando en gozar de un talento o en la cultura? ¡Querido señor Robert! Gozar de talento para practicar algún arte en concreto es algo relativamente pobre. En cambio, la capacidad de amar, de valorar lo que es hermoso, la capacidad de disfrutar de la compañía de personas cultas, de crearse una vida colmada de intereses nobles, eso no es cosa menuda, y usted es aún lo bastante joven para conseguirlo. No renuncie, por mucho esfuerzo que requiera, a una de las más ricas fuentes de dicha que hay en la

vida.

Ya habíamos llegado a la escalinata y solo oí a Robert decir, como para sus adentros:

—No, no, ¡no lo haré! Me lo voy a tomar muy en serio. ¡A partir de ahora, haré las cosas de otro modo!

Estas dos escenas me deleitaron en verdad. De forma repentina y maravillosa despiertan en ocasiones las nobles semillas que dormitan en el alma humana. El poderoso espíritu de Bruno había animado a dos criaturas a cobrar, como por arte de magia, una mayor conciencia de sí mismas. Y sí, la revelación de toda potencia noble es un grito de «¡En pie!» para el alma humana.

Pero volvamos a Ramm, a la hora de la cena. Yo me sentí feliz cuando terminó, y Bruno también, sin duda. No se parecía a la persona que había sido durante el día más de lo que noviembre se parece a mayo. Ya se le habían juntado las cejas profundamente hasta formar una sola, y parecía estar costándole un gran esfuerzo representar hasta el final el papel de educado anfitrión. ¡Qué alivio cuando el birlocho iba de nuevo camino de Rosenvik, y yo pude descargar en el oído de Oso todos los relatos que aquí he dejado por escrito!

Llegamos a casa a la clara luz de la luna. Encontré a Serena en el saloncito, delante de la ventana abierta, mirando hacia Ramm. Me acerqué a ella despacio y la rodeé con mi brazo. Ella apoyó la cabeza en la mía. El aire de la noche soplaba fresco, pero suave, y traía consigo melódicos acordes. Procedían de Ramm. Noté una lágrima en mi pecho, los labios de Serena me rozaron la mejilla al tiempo que me susurraba:

—¡Mi buena, mi querida Fanny! Debo dejarte. Llevo demasiado tiempo lejos de mi hogar. Permíteme que, mañana, vuelva con mis ancianos abuelos.

—Serena, ¡dulce criatura! —grité horrorizada—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué tienes? ¿Por qué...?

—¡No preguntes! —rogó Serena mientras posaba su delicada y febril mano sobre la mía—. No preguntes ahora. Algún día te lo diré, ahora no puedo. ¡Déjame partir mañana temprano con el doctor Werner!

—¿Y qué dirán tus abuelos cuando...?

—Yo les diré la verdad, los tranquilizaré. No estés preocupada, Fanny querida. Se quedarán tranquilos, se...

—¡Sí, ellos sí! De eso no me cabe duda —la interrumpí de pésimo humor—. Ellos, que lo sabrán todo, pero yo, que te pierdo sin poder saber nada... ¿Yo...? ¿Es que no tienes confianza en mí, Serena? ¡No me tienes ningún aprecio...!

Serena me rodeó el cuello con sus brazos y dijo:

—¡Oh, Fanny, me duele oír eso! ¡Sabes bien que no he tenido ninguna amiga a la que haya querido tanto como te quiero a ti! Lo que ahora te estoy ocultando no se lo he revelado a ninguna otra persona... aún. Un día, sin embargo, dejaré de tener secretos para aquellos que me son queridos.

—¡Bien está, Serena querida! He sido muy cruel. ¡Perdóname! Pero es que... ¿sabes, Serena? Me eres tan querida como una hermana, me preocupa tu bienestar como si fuera el mío y... y... — Me puse a llorar como una niña, al igual que Serena. Y así nos encontró Oso, que nos riñó por tener la ventana abierta. Así que la hubo cerrado con no poco estruendo, nos cogió las manos a las dos y preguntó con expresión amable y preocupada qué era lo que pasaba.

—¡Ay, Oso, se nos quiere ir! Serena quiere partir mañana temprano...

Oso se mostró al oírme tan consternado que me asusté un poco y pensé: «Bueno, bueno,

tampoco es una tragedia nacional, no sea que le vaya a dar una apoplejía».

Sin embargo, le cambió la cara enseguida y, con su calma bonachona, dijo:

—Bueno, bueno, si se va, ¡ya volverá otra vez!

Esa era una posibilidad que yo, en mi angustia, casi había olvidado por completo y, sintiendo de nuevo cierto consuelo, exclamé:

—¡Oh, sí, Serena, volverás, volverás muy pronto! ¿No es verdad? ¡No estarás lejos mucho tiempo...!

Pero no quiero malgastar papel describiéndote preguntas y respuestas sobre este asunto, y lo mucho, pese a todos los motivos de consuelo que me dieron, lo mucho que me costó separarme de Serena, pues era consciente de que este año no volvería ya a vivir conmigo. Partió esta mañana a las siete, con un gran ramo de flores en la mano, al lado de Oso, que iba maldiciendo entre dientes por un gran cesto de bayas que le había colocado entre los pies.

Serena ha dejado un vacío. Trato de olvidarlo escribiendo, pero no puedo. No es posible describir qué deleite, qué primavera siembra a su alrededor una criatura como ella. Era siempre tan amable, tan limpia de espíritu, tan buena. Vivir con ella me convertía en mejor persona. Gracias a ella aprendí a prestar atención a muchas de las cosas buenas que hay a mi alrededor, y que hay en la vida. Ahora nos escribiremos a diario. Algo es algo. Oso será nuestro mensajero. Me alegra pensar que también hoy me traerá un billete suyo. Pero aún no me es dado conocer el secreto de Serena. ¡Ese secreto me inquieta y me atormenta!

AL LECTOR, DE UNA DAMA DESCONOCIDA



Mi querido y curioso lector:

Sirviéndome de una disculpa ya expresada, y con toda mi compasión por la tortura que tú, lector, compartirás sin duda con la señora Werner, me dispongo, ya que casualmente sé alguna que otra cosa más que la buena de nuestra doctora, a decirte de tú a tú unas palabras sobre este secreto.

Por los jardines de Ramm va en coche la señora Werner, como ella misma ha referido. Nosotros, el lector y yo, vamos a acompañar a los caminantes en su paseo. Observamos entonces que, a pesar de su refinada nobleza, las señoritas V. P. se dignan coquetear con los hermanos Stålmarm de un modo que no revela ni elegancia ni delicadeza. Advertimos así que el exceso de cultura y la grosería pueden muy bien ir de la mano. Pero no nos detengamos demasiado en este cuadro sin gracia y sin decoro. Fijémonos más bien en Bruno, que va guiando a Serena con tal solemnidad y cuidado que, a tu mirada, perspicaz lector, desvela claramente qué le ocurre y qué es lo que siente. Siguen a continuación los adamitas, entre saltos y risas.

—Apóyese más en mi brazo —le ruega Bruno con voz queda y melodiosa—. Permítame que le sirva de apoyo, que pueda creer, por un instante siquiera, que soy algo para usted.

Caminaban en silencio. El bosque susurraba tenuemente inclinando sobre ellos sus frondosas copas. Invadía ahora el alma de Bruno (que en más de una ocasión ha señalado que precisamente esta sensación lo llenó de felicidad al lado de Serena) una paz que solo rara vez gozaba en la vida. Parte de la dulzura y la claridad que ella irradiaba parecía transferirse a su ser, sentía como si su lado bueno estuviera más presente, y el pulso benéfico de la vida, esos sentimientos amables, esos pensamientos puros, esa esperanza indefinida, y pese a todo tan poderosa, de un futuro más bello, esos alegres presagios primaverales, que no son del todo ajenos a ningún corazón que lata en un pecho humano, se presentaran todos como ángeles a saludar a su espíritu. Entonces se elevó en su pecho una voz, la del arrepentimiento, que gritaba: «¡Llora por el pasado, por lo perdido!». Mientras que otra, clara y fuerte como la misericordia, gritaba más alto: «¡No desesperes, pues ella está cerca de ti!». Y entonces contemplaba su semblante: era tan amable, tan claro... y solo la veía a ella.

De repente se oyó a los adamitas lanzar gritos de alegría mientras se alejaban corriendo hacia el bosque. Mally, su hermana, los llamaba para que volvieran mientras ella misma corría para alcanzarlos. Un corzo se cruzó delante de ellos corriendo esquivo. Todos desaparecieron. Bruno

se quedó a solas con Serena. Serena se detuvo indecisa. Se encontraban junto a un alto roble. En torno al tronco se extendía una agradable alfombra de césped rodeada de flores. Parecía un lugar cuidado con amor.

—¿No quiere descansar aquí un instante? —preguntó Bruno—. Podemos esperar a nuestros jóvenes amigos, que a buen seguro no tardarán en volver.

A Serena le pareció bien y se sentó. Bruno estaba de pie delante de ella y seguía atentamente su mirada, que observaba el paraje al tiempo que desvelaba cómo se le avivaban los recuerdos.

—Creo que reconozco este lugar, este árbol —dijo finalmente—. Sí, estoy convencida, aquí corrí un grave peligro hace muchos años. Yo no era entonces más que una niña, creo que fue precisamente debajo de este árbol. Una serpiente se me enroscó al cuello. Y me habría mordido o estrangulado de no haber sido por el valor y la presencia de ánimo de un muchacho que me salvó, poniéndose él mismo en peligro.

—¿Recuerda usted este suceso? —dijo Bruno profundamente conmovido—. Él también lo recuerda.

—¿Él? ¿Qué...? ¿Quién? ¿Cómo sabe usted...? —preguntó Serena sorprendida y rauda.

—Es amigo mío. Muchas veces me ha hablado de aquella niña a la que él llevaba en brazos por los jardines de Ramm.

—¡Oh! ¿Sigue vivo...? ¿Dónde se encuentra? ¿Qué sabe usted de él? —preguntó Serena vivamente alterada.

—Sigue vivo. Tal vez fuera mejor que no viviera. Su vida no ha hecho bien a nadie. Pero no alcanzará el descanso su corazón inquieto hasta que no haya encontrado otro corazón, uno mejor, al que unir el suyo. Pronto probó la desgracia, el crimen incluso, sufrió... el rechazo de su madre; anduvo luego mucho tiempo dando tumbos por el mundo y luchó con la vida, con los hombres y consigo mismo. Buscaba... no sabía qué, muy pronto se había perdido a sí mismo. Aquel que se apoya en el pecho de una madre o de una esposa, aquel que puede dar la mano a una hermana querida, no sabe lo que es, no puede concebir el vacío, la negrura de quien en todo el ancho mundo no tiene a nadie, nadie que lo quiera, que lo retenga con amor, que le ruegue dulcemente: «¡Vuelve!». Nadie que desee abrazar al arrepentido contra su pecho y decir: «¡Te perdono!». Aquel que ha sufrido tal desarraigo... no es de extrañar que, con el corazón naufrago, vaya a la deriva, abandonado a su suerte y extraviado... ¿verdad? ¡Serena! Usted no lo condenaría, ¿verdad?

—¡Yo?! ¡Ay, yo lloraría por él!

—Llore, pues, por él, Serena. Él bendice sus lágrimas, y... no es indigno de ellas. Bruno se extravió, pero no se hundió. Un lazo invisible lo mantenía a flote. ¿Sería aquel ángel, que, secretamente, le susurraba al oído hablándole de un mundo mejor? Quiero creer que sí. Cierto es que nunca la olvidó. En sus más bellos recuerdos, en lo mejor de sus sentimientos, en el fondo de su alma se encontraba ella a la luz resplandeciente de la inocencia... ¡Oh, Serena! Si él se hallara ahora ante usted y le dijera: «La ternura de la infancia se ha tornado ahora en amor, amor verdadero, eterno, ¡aquellos recuerdos son realidad!». La quiero, Serena, tanto como deseo la reconciliación con mi madre, como la esperanza del perdón de Dios... ¡Más, mil veces más que a la vida! ¡Serena! ¡Soy Bruno, su amigo de la infancia, quien le suplica! —Y con un amor infinito, Bruno se arrodilló ante su amada—. ¡Soy Bruno, que le pide la paz, la dicha, la vida! Serena, ¿me rechaza acaso...?

—¡Oh, Dios mío...! ¡Bruno! —exclamó Serena presa de una emoción indescriptible, y le

tendió la mano.

Él la cogió impetuosamente entre las suyas y le preguntó con una mirada, con una voz que parecía capaz de profanar secretos guardados en lo más hondo del alma:

—¿Es... compasión... es amor lo que me tiende al tenderme la mano?

—No es... compasión... ¡Ah, levantémonos!

Se oyeron voces, pasos que se acercaban.

Bruno apretó la mano de Serena fuertemente contra su pecho al tiempo que se ponía en pie y decía:

—¡Guardé mi secreto! Aún no ha llegado el momento...

Más no pudo decir. La señorita Hellevi Husgafvel, a la cabeza de un jovial grupo de caminantes, se les unió y no volvió a dejarlos solos.

Por la noche, cuando Bruno acompañó al coche a Serena, la retuvo un instante y le susurró, en un tono audible solo para ella:

—¡Una palabra, una palabra! «No es compasión...» ¿Era, pues, un sentimiento más bello? ¡Serena! ¡Una palabra! ¡Una mirada...!

Pero Serena no dijo una palabra, no le dio una mirada por respuesta. Retiró su mano de la de Bruno y, tímida como la avecilla que huye a su nido, se apresuró a sumarse a los dos ancianos. Bruno observaba sombrío el coche que se alejaba.

Y yo, querido lector, me despido amablemente de ti.

CARTA XI



Rosenvik, 22 de agosto

La nube que tanto tiempo llevaba cerniéndose sobre nosotros ha descendido aún más. Habrá tormenta, sin duda. ¡Quiera Dios que traiga bendición y no destrucción!

Ya se había ido Serena, y con ella mucha alegría, mucha distracción. Nadie lo sentía más que Bruno. Venía, como de costumbre, por las tardes, pero ya no parecía el mismo. Llegaba, saludaba sombrío, guardaba silencio, iba desasosegado de un lado a otro o se sentaba cerca del lugar donde solía sentarse Serena, con la cabeza apoyada en la mano. Así pasaba muchos ratos, y solo el rayo que le bombeaba en la sien era testimonio del combate que se libraba en su alma.

Oso posaba a menudo en él la mirada apacible y atenta del médico, que parecía comprobar el desarrollo de la lucha interior y aguardar el momento de la crisis. Yo era amable, fraternalmente amable con Bruno, pues veía que estaba sufriendo, que era desgraciado. A veces parecía querer decir algo, tenía la sensación de que quisiera pedir algo, o quizá confesar algo que le llenaba de pesadumbre el corazón; pero no nos aclaró nada él con palabras, y todas las conversaciones que iniciábamos las concluía con breves respuestas, o con el más absoluto silencio. He de decir, no obstante, que ni las formas ni el comportamiento de Bruno desvelaban ningún mal genio, ese demonio con el que los espíritus mezquinos atormentan a quienes tienen a su alrededor. Se trataba, era evidente, de un dolor más profundo, que lo dejaba sordo y mudo a cuanto allí ocurría. Resolvimos en fin dejarlo a su albedrío, y pasamos nuestras tardes como solíamos cuando estábamos solos, Oso con sus trabajos de carpintería, yo leyéndole en voz alta. Bruno podía, pues, prestar atención, si así lo quería.

La tarde de ayer vino más suave que de costumbre. Nos cogió las manos a Oso y a mí, las besó y dijo:

—No soy un huésped muy ameno para ustedes, queridos amigos, pero ¡sean indulgentes conmigo! —Se dio media vuelta, nos dejó y se sentó al pianoforte, donde se puso a tocar una pieza animada y ruidosa.

Llegó el té. Yo lo preparé y le serví a Oso una buena taza: él siempre usa una taza especial, con unos amorcillos azules feísimos, que es muy de su agrado. Como, al dársela yo, me besó la mano satisfecho, no sé cómo fue, pero sucede a menudo, que lo encontré tan amable, tan bondadoso, tan inmejorable que dejé a un lado la taza y la bandeja de las pastas y le cogí la cabeza y la apreté fuerte contra mi pecho con verdadero amor. Oso me rodeó la cintura con un

brazo, pero el otro, ¡qué descaró!, lo alargó hacia la bandeja de pastas. Yo estaba aún tan de buenas con él que no hice sino reprocharle en un tono de cariñosa broma que compartiera su amor. Oso me estaba respondiendo con el mismo tono, cuando un suspiro profundo, doloroso, casi como un grito contenido, nos sobresaltó a los dos. Levantamos la vista y nuestras miradas cayeron sobre Bruno, que, pálido y con una expresión imposible de describir, nos observaba.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —dijo despacio, llevándose la mano a la frente, como si sufriera un dolor indecible, y las lágrimas empezaban a rodarle, ¡no!, a salir a chorros de los ojos, con una violencia que me sorprendió y me conmovió a un tiempo. Oso se levantó y, con un movimiento conjunto, empezamos a acercarnos los dos a Bruno. Ya se había roto el cerco de su corazón. Extendió los brazos hacia nosotros y gritó con la voz ahogada en los más apasionados sentimientos:

—¡Mi madre! ¡Logren que me reconcilie con mi madre!

Oso y yo nos fuimos hasta él, le abrimos los brazos, lo abrazamos. Bruno estaba casi fuera de sí, nos apretó contra su pecho con irrefrenable ímpetu y, con frases entrecortadas, que parecían brotar de su alterado espíritu, exclamó:

—¡Actúen por mí! Yo no puedo... Estoy maldito. Intercedan, preparen el camino... Si puedo ir... Consigan que, cuando yo vaya... ¡no me rechace! Díganle que he sufrido mucho, mucho... Que pueda descansar junto a su pecho... o no alcanzaré la paz... Madre, madre...

Llorábamos todos. Le dijimos a Bruno palabras tiernas, tranquilizadoras, reconfortantes. Le prometimos que actuaríamos en su favor. Le dijimos que todo acabaría bien. Pero la tormenta que había estallado por fin no podría cesar rápidamente. Bruno se hallaba en el más violento estado de agitación y, tras pasar unos minutos dando vueltas de un lado a otro de la sala, nos dijo:

—Ahora debo dejarlos. ¡Perdonen mi comportamiento! Piensen en mí, por mí. Háganme saber cómo proceden, y... que lo que haya de suceder suceda cuanto antes. La espera es el infierno.

Un instante después, Bruno había montado su caballo y desaparecía a la velocidad del rayo.

Allí quedamos, pues, Oso y yo, cara a cara como si se avecinara el día del Juicio Final. Él se olvidó del té. Nunca lo he visto tan preocupado. Casi me sorprendió, puesto que me pareció que el asunto, si bien algo difícil de plantear, no podía sino tener un buen desenlace, y el hijo perdido volvería a ser acogido en el hogar materno.

—¿Acaso puede concebirse que una madre no abra sus brazos para recibir al hijo que regresa arrepentido?

—Verás... ¡tú no conoces bien a *ma chère mère*! —dijo Oso con una mueca antes de escupir, lo cual ahora solo hace en ocasiones extraordinarias—. En lo que a ciertas ideas se refiere, está, podría decirse, petrificada, ¡y qué decir de su humor...! Espero que reconozca a su hijo y que vuelva a acogerlo, si lo ve y comprende cuál es su estado de ánimo. Espero que así sea. Pero ¿cómo llegar hasta ahí? ¿Cómo prepararla, cuando la sola mención de su nombre la pone fuera de sí? No puedo garantizar que no vuelva a caer en aquel estado de delirio. Las personas como ella y como su hijo caminan, por mor de la virulencia de sus pasiones, siempre al borde del abismo de la locura. Una pequeña sacudida puede arrojarlos al fondo.

—¡Dios nos proteja! —exclamé yo.

—Sea como fuere —continuó Oso más tranquilo—, debe producirse un intento de reconciliación. Más vale que madre e hijo mueran locos que enemigos. Sin embargo, hay que ir con cautela. Hay que tantear la situación. Hay que sondear a *ma chère mère*, hay que tomarle el pulso. No es ni por asomo una paciente fácil de tratar.

Estuvimos un rato deliberando sobre cómo organizar el asunto. Hicimos y desecharos una serie de planes. Al final nos decidimos por lo siguiente:

Hace ya un tiempo que viene siendo habitual en Carlsfors leer a veces novelas o relatos entretenidos cuando, por las tardes, nos hemos reunido allí. Por lo general he sido yo la lectora, y *ma chère mère*, que no indaga gran cosa sobre libros, salvo los de cocina y la Biblia, ha parecido escuchar a ratos con placer. Oso y yo hemos decidido que, la próxima velada que pasemos en Carlsfors, propondré una lectura y llevaré preparado un relato que debería servir tanto para despertar los sentimientos maternales como para permitirnos explorar la disposición de *ma chère mère* con respecto a su hijo. De ser esta favorable, podríamos dar el siguiente paso. Sobre cuál había de ser la lectura, en cambio, no nos pusimos de acuerdo. Yo quería que el propio Bruno le escribiera a su madre, pero Oso lo rechazó por considerarlo una medida demasiado brusca y de resultado incierto. Oso parecía preferir colocarme a mí en la delicada posición de mediadora entre madre e hijo.

—*Ma chère mère* tiene la peculiaridad —dijo— de que lo que lee en el papel nunca ejerce gran influencia sobre sus sentimientos. Tiene que leer en la mirada, tiene que oír la voz, si las palabras han de alcanzar su corazón. Tú, querida Fanny...

—Gracias, dulce Oso... ¡Muchas gracias por tus buenas intenciones! Pero, si es posible, ¡ahórrame esta misión! No me siento con ánimo de verme entre esos dos gigantes. Podrían aplastarme fácilmente. ¿Recuerdas la fábula de la vasija de barro?

—¡Bueno, bueno, ya veremos! Tiempo hay de pensar en el segundo paso, una vez acometido el primero.

—Y por eso quiero prepararme de inmediato. Mientras estés mañana en la ciudad, buscaré o incluso fabularé yo misma un relato que convenga.

—Muy bien. Así tendremos las armas listas para el momento de la batalla. Pero recuerda, dulce Fanny, que el propósito no puede ser demasiado evidente. Si *ma chère mère* intuye una intención oculta, se opondrá.

—Haré cuanto pueda, Oso. En todo caso, tú leerás y reseñarás mi relato antes de ponerlo a prueba con *ma chère mère*.

Aquella noche —pues es en la oscuridad cuando suele una tener ideas brillantes— vi claramente qué texto debía utilizar, y cuando Oso partió por la mañana, saqué de mi librería, que Oso había provisto con lo más exquisito, los relatos de Fryxell sobre la Historia de Suecia, y empecé a leer y a considerar el relato «De Erik Stenbock y Malin Sture»^[69]. Cuanto más la leía, más satisfecha estaba, y apenas había terminado de leerla por segunda vez cuando llegó un mensajero de *ma chère mère* con una invitación a pasar la tarde en Carlsfors, «si no teníamos nada mejor que hacer». Le di las gracias y dije que iríamos. Y desde ese momento me encuentro como presa de la fiebre, y he tratado de apaciguar mi inquietud interior poniendo esto por escrito. Ya esta mañana, antes de partir, Oso le escribió a Bruno unas líneas para ponerlo en conocimiento de nuestro plan. La respuesta, que trajo de vuelta el mensajero, la he abierto yo en ausencia de Oso. Solo contenía las palabras:

¡Hagan como gusten!

Bruno

Oso ha leído el relato. Está satisfecho. Iremos. ¡Ay, Maria, esta tarde! Me siento abatida e inquieta. Voy a sondear las profundidades de un corazón, y es mucho lo que depende de ello. La sola idea me abrumba cuerpo y alma. *Adieu, adieu!*

El 23

Estábamos en Carlsfors. Ya había caído la tarde. Habían puesto velas en la mesa verde del saloncito. Y estábamos sentados alrededor. Había llegado la hora de la verdad. Yo me sentía angustiada, y los demás observaban un silencio y una tristura inusitadas. A Oso le habían dado un cortaplumas y, a falta de otra cosa mejor, se puso a tallar la mesa. *Ma chère mère* le golpeó los dedos, y le dio luego un puñado de lápices que afilar. Luego se sentó a anudar una red de pesca, que es su tarea vespertina habitual, pues tiene ya la vista algo débil y no le permite nada más fino. Y me dijo:

—Bueno, joven esposa, ya puedes leernos tu historia, pero procura que sea alegre. ¡Bastante hay ya que lamentar en el mundo, sin tener que llorar por lo que dicen los libros!

—No puedo prometer que sea alegre —respondí—, pero sí creo que será de sumo interés; y es, además, en todo, historia verdadera.

—Eso siempre es un mérito —dijo *ma chère mère*—, y sobre todo, tendremos que adaptar el paladar a lo que hay en la despensa.

Empecé a leer:

De Erik Stenbock y Malin Sture

(Extraído del manuscrito del libro genealógico de Malin.)

En la parroquia de Mörkö, en la región de Södermanlandia, junto a una bahía que se adentra profundamente desde el mar Báltico, hay una pequeña isla de forma triangular. Sobre ella se alza una roca de unos treinta metros de altura, desde la cual pueden contemplarse ampliamente los campos, los islotes y las aguas navegables que los rodean. Pronto se convirtió por ello en lugar frecuentado por los vikingos, y aún se ven allí profundas excavaciones practicadas en la roca que se cree que se utilizaron en su día como viviendas o calabozos. Hay quienes creen que fue aquí donde, en tiempos del rey Ingyald el Pérfido, el rey terrestre Granmar de Södermanlandia recibió al rey del mar Hjorvard Ylfing, y la hija de Granmar, la bella Hildegund, bebió con Hjorvard a la salud de Rolf Krake. Dieron al lugar el nombre de Sjimonsö, que algunos quieren remitir a Sjömansö, «la isla de los marineros». Posteriormente ha recibido el nombre de Hörningsholm, «el islote esquinado», por la forma misma de la isla, y se ha convertido, mediante la construcción de diques, en una península. Estuvo sucesivamente bajo dominio de las familias de los Folkung, los Örnefot, los Ulfv y los jóvenes Sture, quedó fuertemente fortificada y fue a menudo sitiada, tomada y destruida, la última vez, durante el reinado de Cristián el Tirano.

Svante Sture, hijo de Sten Sture el Joven, casado con Märta Lejonhufvud, mandó posteriormente construir en el antiguo territorio una fortaleza tan imponente por su forma

como resistente por su localización y defensas. Sobre unos cimientos de varias brazas de altura descansa el castillo, de cuatro plantas y con firmes torres en las esquinas. Podemos hacernos una idea de la riqueza de los Sture y, en general, de la nobleza de la época, cuando leemos que en la boda de Sigrid Sture con Thure Persson Bjelke, celebrada en 1562, se consumieron trescientas arrobas de vino, cuatro toneles de aloja, doce de licor de cereza, uno y medio de mosto, ocho barriles de cerveza prusiana, veinte cubas de cerveza sueca, cuarenta y cinco bueyes, doscientas ovejas, veintiún jabalíes, diecisiete terneros, cuatrocientas cincuenta y tres jarras de miel, etcétera. Mediante la confiscación de bienes a la Iglesia, la nobleza adquirió, en efecto, una gran cantidad de propiedades, y en particular la familia Sture, los únicos herederos de tantas familias poderosas. Gracias a estas riquezas y al esplendor inmaculado del nombre de Sture, la alianza matrimonial con Gustavo Vasa[70] y las excelentes cualidades de sus muchos hijos, la casa de Hörningsholm fue durante mucho tiempo la más notable del reino, por debajo solamente de la familia real, y un hogar de honor, orgullo y alegría. La alegría se desvaneció después de los terribles asesinatos de los Sture en 1567[71], pero la señora Märta mantuvo vivo el orgullo, pues su linaje había conservado el honor. Los dos hijos que quedaron, y las cinco hijas, prometieron reinstaurar también la alegría. Mientras crecían, la señora Märta gobernó la casa de Hörningsholm y todas las propiedades anejas con el buen juicio y la fuerza que le valieron el apelativo de «rey Märta». Destacó asimismo por su generosidad. Enrique XIV había asesinado a su marido y a dos de sus hijos. Cuando, después del cambio de dinastía, la mujer y los hijos del rey destituido se desperdigaron por el país sin defensa ni protección, la señora Märta acogió a Sigrid Vasa, de cuatro o cinco años de edad, y la crió con maternal amor y cuidado.

—Me gusta esta historia —intervino aquí *ma chère mère* aprovechando un instante en el que hice una pausa en la lectura—. ¡Es buena!

Ma chère mère se irguió con porte orgulloso, como si ella fuera la mismísima «rey Märta». Estoy convencida de que se sentía emparentada con ella. Proseguí:

Erik Stenbock, hijo del viejo Gustaf Olsson, de Torpa, y de Brita Lejonhufvud, visitaba con frecuencia Hörningsholm a causa de su parentesco, y así se enamoró perdidamente de la joven Malin, la segunda de las hijas. Ella correspondía a aquella pasión, pero la condesa Märta no quiso ni oír hablar del asunto, precisamente a causa del estrecho parentesco. En efecto, eran primos hermanos. Stenbock intentó conseguir su objetivo por las vías habituales. Colmó de presentes a madre, hermanas y criados, pero en vano. A muchos conmovió, pero no a la condesa. Se asesoró por carta preguntando al arzobispo Laurentius[72] de Upsala. Este se reafirmaba en la opinión expresada con motivo del tercer matrimonio de Gustav Vasa, y se oponía a esta unión, a partir de lo cual toda conversación con la condesa fue inútil. Así transcurrieron varios años. Los dos amantes veían esfumarse su juventud. El señor Erik cumplió treinta y cuatro; Malin, treinta y tres. Pese a todo, su pasión seguía igual de viva. Dado el fracaso de todos los medios para convencer a la madre, finalmente decidieron escapar juntos. Stenbock le confió su causa al duque Carl, de veinte años de edad, que le proporcionó la ayuda de doscientos jinetes. En marzo de 1573, Erik viajó a Hörningsholm con su hermana Cecilia (casada con Gustaf Roos), y ocultó a los jinetes a un trecho de allí, no sin antes darles órdenes precisas de lo

que debían hacer. Aquella misma noche acordó con Malin que huirían al día siguiente. Ella pasó una noche de angustia. Cuando, por la mañana, se quedó sola en la alcoba, se arrodilló ante una ventana y empezó a suplicar a lágrima viva. Entró entonces en la alcoba su hermana mayor, la señora Sigrid.

—¡Dios os bendiga por vuestra buena acción! —dijo.

—¡Dios quisiera que fuera buena! —respondió Malin.

—¿No ha de ser bueno rogar a Dios llorando? —respondió Sigrid.

—¡Ay! —exclamó Malin—. Si amigos y parientes terminaran por darme la espalda, vos no apartaríais de mí vuestro fiel corazón, ¿no es así?

—¿Por qué habláis así? —dijo la señora Sigrid.

—Ningún miembro de la familia de los Sture ha hecho nunca ninguna acción que merezca que apartemos de él nuestro corazón.

En ese momento, la anciana condesa llamó a Sigrid, pero Malin se dirigió a otro aposento. Enseguida entró allí el señor Erik, saludó a los presentes y le dijo luego a Malin:

—Querida mía, ¿queréis ver el caballo con el que quiero honraros? Se encuentra aquí abajo, en el patio del castillo.

Ella consintió y él la tomó del brazo para bajar. Cuando cruzaron la antesala, vieron allí sentada al ama de cría de Nils y Anna Sture, la señora Lucia. Malin le pidió que los acompañara, y ella así lo hizo. Abajo, en el pórtico, estaba el caballo atado a un trineo, en el que se sentaron Malin y su acompañante. Stenbock se situó detrás y partieron, mientras muchos sirvientes los miraban pensando que se trataba de una partida de caza. Pero cuando el ama se percató de que Erik tomaba el camino que bajaba al mar, y de la velocidad a la que conducía, empezó a desconfiar y a gritar:

—¿Qué hacéis, señorita? ¡Pensad en la ira que despertaréis en vuestra madre cuando vea lo sola que habéis partido!

Pero el señor Erik desenfundó una escopeta corta, apuntó con ella al ama en el pecho y dijo:

—¡Callad! O no volveréis a hablar nunca.

Abajo, en el mar, se acercaron los jinetes por ambos lados y rodearon el trineo, luego partieron a la velocidad que permitían los caballos hasta llegar a Svärdsbro. Aguardaban allí todo tipo de ricas telas, sastres y costureras, que tomaron las medidas y empezaron a trabajar en los vestidos de la doncella. Mientras esto hacían, la caballería montaba guardia alrededor del castillo, para que nadie entrara ni saliera.

En el preciso momento en que el señor Erik se dirigía a la orilla del mar, Margaretha Sture se había acercado casualmente a la ventana, lo vio todo y comprendió su partida. Empezó entonces a gritar:

—¡El señor Erik pretende raptar a mi hermana Malin!

La anciana condesa y la señora Sigrid salieron corriendo al oírlo, en primer lugar hacia la ventana y luego al patio, pero mientras bajaban la escalera la madre perdió el equilibrio y cayó. Después de haberse recuperado ligeramente, ordenó a la señora Sigrid que partiera tras ellos e intentara traer de regreso a los huidos. Mientras tanto, la señora Märta se había sentado en la escalera entre llantos y lamentos, incapaz de recuperarse del

todo. Allí llegó entonces rápidamente la hermana del señor Erik, la condesa Cecilia, lamentándose de que el señor Erik hubiera actuado en contra de la voluntad de la señora Märta, que ella nada sabía al respecto, pero que jamás habría creído que la señora Märta se lo tomaría tan a pecho. Esta volvió la cabeza con violencia y respondió:

—¡Dios os castigue a vos y a vuestro hermano, que me ha robado a mi hija! ¡Váyase al menos y estese con ella, para que no le sobrevenga ningún escarnio!

Y la señora Cecilia partió.

Cuando Sigrid —a la que la anciana madre también envió tras los huidos— llegó a Svärdsbro, solo ella, y no sin dificultad, pudo deslizarse en el patio del castillo. Comenzó entonces a contarle a Malin los lamentos y el dolor de su madre, así como a animarla a regresar, en cuyo caso la madre había prometido perdonarla. Malin no respondió, de modo que Sigrid volvió a animarla y a suplicarle con más ímpetu, diciéndole que, de lo contrario, ella sería la causa de la muerte de su madre. Malin respondió:

—Si me aseguráis que nuestra señora madre nos permitirá entregarnos el uno al otro, volveré de mil amores.

—No puedo hacer tal cosa —respondió la señora Sigrid.

—En tal caso —dijo Malin—, tanto vale el primer error como el último. —Y rompió a llorar enseguida.

Al ver que no podía convencer a su hermana, la señora Sigrid volvió a Hörningsholm, donde la madre yacía postrada entre llantos y lamentos. Unos y otros aumentaron al ver que Sigrid regresaba sola. Antes había alcanzado su casa la desgracia; ahora, también el deshonor. No veía consuelo ni ayuda posible, ni siquiera la esperanza de vengarse. Era una viuda sola, con muchas hijas, los hijos aún casi niños. El raptor, en cambio, era un hombre poderoso, hermano, por si fuera poco, de la reina viuda Cathrina, tenía el apoyo del duque y gozaba incluso del favor del rey. Pese a todo, la señora Märta resolvió no ceder.

La señorita Malin viajaba mientras tanto con la condesa Cecilia Roos y el señor Erik a casa de Per Brahe, su cuñado, que vivía en Sundholm, en Vestrogotia. Allí la dejó Erik, que se apresuró camino de Estocolmo. Antes que él, no obstante, había llegado allí una misiva con las quejas de la señora Märta. No había puesto allí el pie cuando se vio destituido de sus feudos y funciones, y apresado bajo arresto. Surgió así una intensa mensajería y disputa entre las familias Sture y Stenbock. Esta última llegó finalmente tan lejos que el señor Erik recobró la libertad. Hizo entonces cuanto estuvo en su mano por conquistar a los parientes de Malin, y con todos lo logró, salvo con su madre. Escribió a la Academia Luterana de Rostock, obtuvo respuesta y le envió la consideración de los teólogos de que el matrimonio entre primos hermanos estaba permitido, pero la señora Märta a ellos no los respetaba. Entonces empezaron el señor Erik y la señorita Malin a desesperar pensando que no podrían convencerla: hacía ya un año y tres meses de su huida. Cruzaron la frontera de Halland, allí los casó un sacerdote danés y volvieron el mismo día a Torpa, donde se festejó la boda. Al mismo tiempo acordaron que el rey Juan, la reina viuda, el duque Carlos, las princesas, el Consejo del Reino y todos los parientes de los Stenbock escribirían una carta a la señora Märta, intercediendo por el señor Erik y su esposa. Sin embargo, el dolor y la indignación de la madre se reavivaron con la noticia del casamiento, que se había producido sin estar ella enterada. Desatendiendo todos los ruegos, aseguró que nada quería saber ni de su hija ni de su yerno.

En este punto me detuve un instante para sondear el fondo del corazón de *ma chère mère*.

—¿Es posible —dije— semejante obcecación? ¿Cómo se puede ser tan inflexible, tan implacable?

—¡Es obstinación! —dijo Jean-Jacques.

—¡Es intransigencia! —dijo Jane-Marie.

—¡Es contra natura! —murmuró Oso con una mueca terrible.

—¡Es lo correcto! —exclamó *ma chère mère* con voz atronadora—. ¡No es sino lo correcto! Yo habría hecho exactamente lo mismo.

—¡Oh, no, madre, usted no habría actuado así! —dije suplicándole con la mirada.

—¡Que me lleve el demonio si no lo hiciera! —dijo con más vehemencia aún, y dio en la mesa tal puñetazo que temblaron los candelabros—. Y lo haría, Fransiska, incluso aunque tú misma fueras la pecadora y yo tu verdadera madre. Sí, te castigaría de ese modo. No te permitiría volver a presentarte ante mi vista jamás, ¡no! Ni aunque el mismísimo rey se arrodillara a mis pies y rogara por ti. Madre blanda, malas costumbres. Madre estricta, buenas costumbres.

A mí me estallaba el corazón. Sentía lo exagerado del punto de vista de *ma chère mère*, pero sus palabras —«Si tú fueras la pecadora y yo tu propia madre»— habían causado en mí una extraña impresión. Como si me hubieran identificado con la triste Malin y me hubieran puesto en su situación. De este modo, yo sufría y me arrepentía con ella. Sentía profundamente el horror que causa la ira de una madre, y solo haciendo un esfuerzo pude leer lo siguiente:

La ira materna llenaba mientras tanto de pesadumbre el corazón de la hija. Desde el día de la huida de Hörningsholm, Malin solo había vestido de luto. Su marido le había regalado varias joyas de piedras preciosas, pero ella no las llevaba nunca. Siempre escribía a sus amigos y parientes unas cartas tristísimas, rogándoles por Dios que mediaran por ella. Los ruegos incesantes de yernos e hijos y, en fin, las súplicas de todas las hijas, postradas continuamente a sus pies, lograron con el tiempo ablandar a la señora Märta, que dio su permiso para que volvieran los dos repudiados.

En este punto, *ma chère mère* dejó la red, se retrepó en el sofá, se cruzó de brazos e inclinó la cabeza hacia el pecho, prestando, según me pareció, gran atención. Me percaté de todo aquello con una fugaz mirada, y proseguí:

Hacía ya un año y medio de su casamiento y cerca de tres años de su huida. Pese a todo, no les fue permitido entrar en el castillo, sino que tuvieron que pasar varias semanas en la caseta del jardín. Finalmente, por los ruegos de los hermanos, la proximidad del invierno y la delicada salud de Malin, les concedieron instalarse en el castillo. Condujeron a Malin al gran salón, donde aguardaba la señora Märta en el alto sitio, rodeada de todos sus hijos. Cuando Malin apareció en el umbral, la madre exclamó:

—¡Ah, desgraciada hija mía!

Entonces cayó Malin de hinojos y se arrastró hasta su madre, suplicando entre lágrimas el perdón y apoyando la cabeza en sus rodillas.

Yo me detuve, con la voz insegura y al borde del llanto. Mi corazón era uno con el de Malin. En ese instante, *ma chère mère* apartó un poco la mesa, se puso de pie con el semblante pálido y,

sin una mirada a ninguno de nosotros, cruzó con paso largo la sala y cerró la puerta al salir.

Quedamos todos mudos y abatidos. No sabíamos qué pensar. ¿Estaría *ma chère mère* enojada o conmovida? ¿Acaso intuía alguna intención o...? Oso y yo nos miramos sin saber qué pensar. Estaba enfadada conmigo misma y con la emoción que me llevó a interrumpir la lectura en un pasaje tan decisivo. De ese modo, *ma chère mère* tuvo tiempo para pensar, y ahora no oiría precisamente lo mejor de la historia, su hermoso final. ¡Ay, si hubiera podido escucharlo! Le habría permitido darse cuenta de lo grato que es reconciliarse, y tal vez el ejemplo del «rey Märta» hubiera surtido efecto sobre su corazón. Yo sentía un deseo indescriptible de que volviera, pero transcurrió un cuarto de hora, y luego otro y otro, y *ma chère mère* aparecía. Del todo desolada quedé cuando anunciaron la cena y, enseguida, que «la generala no se presentaría a la mesa». Tenía jaqueca y se había retirado a su alcoba y nos deseaba a todos una buena cena y una noche tranquila. Yo estaba triste e inquieta, al igual que Oso. No sabíamos qué pensar. Inmediatamente después de la cena nos despedimos de Jean-Jacques y Jane-Marie. De camino a casa, nos sentimos algo menos disconformes con la velada. Nuestro intento no había sido un fracaso absoluto. El pasaje leído había causado una gran impresión, y la emoción que finalmente desató en *ma chère mère* podía a buen seguro interpretarse más para bien que para mal.

Resolvimos que, al día siguiente, Oso iría a Carlsfors so pretexto de tratar algún asunto con Jean-Jacques y aprovecharía para investigar más a fondo cómo estaban las cosas con *ma chère mère*.

Hablamos de los principios tan estrictos que había hecho explícitos. Yo me rebelaba contra ellos. Dije:

—¡No es la severidad más inflexible, sino más bien la sabiduría y el amor lo que trae al seno familiar la virtud, las buenas costumbres y la paz en la tierra!

—¡Esta es la hermosa doctrina de nuestro tiempo, Fanny querida! —respondió Oso—. Pero *ma chère mère* sigue anclada en otro, en el que los mejores pretendían poner coto, con un exceso de severidad, a la creciente relajación de la multitud. La educaron en unos principios muy estrictos. La naturaleza y las circunstancias han contribuido a que se reafirme en ellos. La base en sí es buena, es solo esa concepción limitada y esa aplica... ¡Madre mía! ¿Ya hemos llegado a casa?

Hoy ha ido Oso a Carlsfors, tal como habíamos acordado. *Ma chère mère* no estaba visible, seguía en sus aposentos y mandó decir con Elsa que no quería ver a nadie. ¿Cómo acabaría aquello? Bruno viene a casa esta noche. ¡Ay, si tuviéramos mejores noticias que darle...!

28 de agosto

Llevo varios días sin escribirte. He estado preocupadísima. Ningún cambio en *ma chère mère* desde la última vez que te escribí. Jean-Jacques, que, con la aprobación de Bruno, está al corriente de cuanto a este concierne, nos envía mensajeros a diario. *Ma chère mère* no quiere ver a nadie, sigue encerrada en sus aposentos, donde reina un silencio sepulcral. Solo Elsa entra y sale de allí como una sombra, y responde a todas las preguntas meneando la cabeza.

Bruno, en un estado de ánimo de todo punto lamentable, nos ha visitado todos los días. Viene cuando cae la tarde, nos hace siempre la misma pregunta, recibe siempre la misma respuesta, y se marcha con ese rayo de tensión en la sien, las cejas juntas en una profunda arruga y la mirada sombría fija en el suelo. A veces, por las noches, cuando el viento sopla procedente de Ramm,

oigo esas notas terriblemente tristes pero hermosas que tanto me cautivaron aquel día en Svanö. Ascenden primero, mueren luego cual melódicos suspiros. Tengo entonces la sensación de que un alma en pena fuera flotando sobre las aguas y quisiera hacerme partícipe de sus padecimientos. De ningún modo querría que Serena oyera esas melodías: le atenazan a una el corazón. Y para evitar llorar al oírlas, me tapo la cabeza con el edredón.

¡Serena, ay! Seguro que ha oído ya más de lo que conviene a su sosiego. Pero ¿qué? Lo ignoro. Es extraño que no me lo cuente. Y eso que no es de natural reservado.

Vino aquí ayer por la tarde con sus abuelos. Los buenos de los ancianos venían para, según dijeron, «dar las gracias por ella». Yo también les di a ellos las gracias por ella. Traían a Perlita de Oro, que también quería dar las gracias por la última visita, según bromeamos entre risas. El alocado pajarillo no iba, sin embargo, como otras veces, revoloteando alrededor de su dueña, sino que salía y entraba por la ventana aleteando inquieto, hasta que finalmente sobrevoló el lago rumbo a Svanö y lo perdimos de vista. Esperamos a que regresara, pero no volvía. Se hizo tarde y Serena, preocupada por su avecilla predilecta, decidió ir personalmente a Svanö por ver si conseguía traerlo de vuelta. Pero tardaba mucho, demasiado. Empezamos a preocuparnos, yo más que nadie, pues no sé qué presentimiento me decía que Bruno tenía parte en el retraso. No soportaba seguir en la incertidumbre, sino que le susurré a Oso unas palabras, lo dejé para que se ocupara de la honorable visita, bajé corriendo a la playa, tomé una barca y partí dispuesta a buscar a Serena. Llegué a Svanö justo a tiempo de recibir a Serena casi muerta en mis brazos, y de ver a Bruno allí, más como una estatua de sal que como un ser vivo. Llevé a Serena a casa. Volvió en sí durante el trayecto, y la calma espectral dio paso a un río de lágrimas. Lloraba de un modo tan sentido y doloroso que yo estaba fuera de mí.

—¿Acaso te ha ofendido ese hombre de algún modo, Serena? —dije—. De ser así, lo odiaré desde hoy y no querré saber más de él.

—¡Oh, no, no! —respondió Serena—. Pero... es tan desgraciado...

Y más no pude saber de boca de tan alterada criatura. Perlita de Oro gorjeó sobrevolándonos. Yo estaba indignada con el dichoso animalito.

A propósito fui remando muy despacio, para que Serena pudiera terminar de llorar tranquilamente. Cuando llegamos había oscurecido por completo. Los ancianos, satisfechos de haber recobrado a su querida niña, no siguieron indagando las razones de su larga ausencia. Serena se había tranquilizado y el crepúsculo ocultaba sus ojos enrojecidos por el llanto.

Hoy Oso me ha traído un billete suyo, en el que me decía que había recuperado la calma, rogaba que no me preocupara por ella, que «no preguntase ahora», que «más adelante me lo contaría todo». Por lo demás su misiva era tan afable, tan cordial, que resulta imposible enfadarse con ella. Es extraño, pese a todo, que las dos nos guardemos secretos y en ambos casos relacionados con Bruno.

Más tarde

Bruno acaba de estar aquí, y más abatido que nunca. Se fue con la mirada salvaje mientras decía: «No vendré más. Si se produce algún cambio, ¡háganmelo saber!». Se marchó sin despedirse.

Seis días han transcurrido desde la tarde en que leímos el relato de Erik Stenbock y Malin Sture, ¡y nada ha cambiado en *ma chère mère!* ¡Ay! ¿En qué acabará todo esto? ¡Que Dios nos

asista!

DE UNA DAMA DESCONOCIDA AL LECTOR, PERO EN PARTICULAR A LA JOVEN LECTORA



A ti, jovencita, que hasta ahora solo has explorado el territorio de las novelas y en él has hecho acopio de tus conocimientos sobre el mundo y sobre los hombres, y que, en el momento de entrar en sociedad esperas con tremenda alegría que los hombres se preocupen por ti, ya como la mariposa por la flor, ya como la araña por la mosca, a ti dedico estas palabras:

¡Estate tranquila! El mundo no es tan peligroso. Los hombres están demasiado ocupados con sus asuntos. Seguramente tengas ocasión de comprobar que no preguntan por ti más de lo que preguntan por la luna, y a veces menos. Te armas, joven de diecisiete años, para resistir las tormentas de la vida ¡ay!, es harto probable que más tengas que combatir la calma chicha. Pero no te desanimes. Vida y amor abundan en la tierra, aunque rara vez en la forma en que mayormente los pintan las novelas. La novela... destila la vida. Convierte diez años en un día, cien granos de cereal en una gota de líquido espirituoso. Es su labor. La realidad procede de un modo diferente. Los grandes sucesos, las intensas escenas de amor son en ella insólitas. En la vida cotidiana no constituyen la regla, sino la excepción. Así que, tierna criatura, no te sientes a esperarlos. Te aburrirás. No busques la riqueza de la vida fuera de ti. Créala en tu interior. ¡Ama! Ama el cielo, la naturaleza, el conocimiento, a todas las personas buenas que haya cerca de ti, y tu vida será rica, su aeronave se llenará de frescos vientos, y poco a poco ascenderá hacia el hogar de la luz y del amor.

¿Por qué te digo todo esto? Pues sí, porque yo, para ayudar a la señora Werner con su historia cotidiana —ella quería convertirla en una novela, pero no le ha sido dado conseguirlo—, debo describir ahora una de esas escenas de excepción que más se dan en los libros que en la vida.

Era por la tarde, una de esas tardes en las que se respira en la naturaleza una paz deliciosa y el hombre se ve involuntariamente abocado a intuir los días en que aún «todo era bueno». Ardiente y puro se combaba el cielo sobre la tierra, que se alzaba como una novia feliz coronada de arrayán bajo su manto, sonriente, tranquila y plena de belleza. El sol brillaba sobre doradas espigas y frutas sonrosadas. Frondosos y calmos se reflejaban los árboles en el lago cristalino. Suaves brumas envolvían como velos las alturas. Aquí se alzaba un trino de aves, allí un canto de voces infantiles. Todo parecía gozar.

Fue entonces cuando la ligera barca de Serena, como una hoja con su yema, se acercó deslizándose por las aguas tranquilas. Fue entonces, también, cuando desde la lúgubre Ramm, un

ojo, armado con un gran catalejo, se dirigió tenso y acechante hacia la inofensiva Rosenvik. Bruno ve cómo la pequeña embarcación se aleja de la playa, intuye a quién lleva y le inunda el pecho un impulso indecible, un poderoso deseo.

Su turbulento corazón, que tanto tiempo lleva desbordado de salvaje zozobra, ese sentir consumido que se ha ido carcomiendo a sí mismo a lo largo de tortuosos días y noches, reclama ser reconfortado, reclama reposo.

Hay un simún, más ardiente que el de los desiertos de África; hay un manantial más vivificante, más ansiado que el del oasis del desierto. Bruno es el peregrino abrasado por tormentosos sentimientos; Svanö es el oasis que lleva en su seno el fresco manantial de la vida.

Pues allí está ella, la del corazón puro, la de la mirada clara, celestial; y junto a ella, junto a esta dulce mujer, junto a Serena, desea Bruno hallar la paz, hallar la vida, lo desea y... parte de allí.

«¿Has estado tú allí de donde viene la nieve? ¿O has visto por qué camino se divide la luz?»[73]

«¿Has visitado las fosas marinas y has recorrido las profundidades abisales?»

Bien podía preguntar así el insondable creador de la naturaleza y el corazón del hombre, y bien podría el curioso humano mortal, como Job, «cubrirse la boca con la mano y callar»[74]. En el abismo que es el corazón humano, más que en ningún otro, se halla solo el ojo del Eterno, que ve cómo se desvanece la luz, cómo vienen la noche y las tormentas.

Bruno se asemejaba al clima bajo el ecuador. Una línea de fuego atravesaba su alma, y bajo su influencia se hallaban todos sus sentimientos. De ahí, a veces la calma muerta, a veces la impetuosa tormenta de fuerza devastadora, de ahí también aquel exceso de emoción, de vida y de amor, que a veces irrumpía con fuerza arrolladora, y como la exuberante vegetación que cubre una tierra carbonizada por la lava, y como el amor mismo, disimulaba cualquier ofensa.

Y ocurrió entonces que, mientras en la belleza del crepúsculo Bruno se deslizaba por las tranquilas aguas en dirección a aquella isla en que la bondad y la paz tenían ahora su remanso, sintió que una tormenta se le concentraba en el alma, que, como relámpagos, atravesaba ardientes sentimientos. Una ira secreta contra algo, un deseo infinito de algo, una fiebre, una angustia le bulle en el pecho. Hay allí palabras capaces de aniquilar, llamas capaces de redimir... Al igual que el espíritu del volcán, se detiene a la orilla de la isla.

Serena se encontraba junto al roble. Sobre la hermosa y clara cabeza de serafín se extendían amigables las frondosas ramas. Una nube de melancolía coronaba su cabeza inocente y, con melancólica sonrisa, contempló a Perlita de Oro, que, al sonido de su voz seductora, había ido volando de rama en rama hasta posarse en su mano. Sin embargo, súbitamente, la avecilla echó a volar y se alejó asustada de Serena, y ante ella apareció entonces la figura alta y oscura de Bruno. Ella se ruborizó y empezó a temblar, pero, inmóvil, levantó la vista hacia él con su clara mirada virginal. Bruno la miró a los ojos y se sintió al punto más sereno: reinaba en ellos esa maravilla indecible que solo experimentaba estando cerca de Serena. Este sentimiento, no obstante, cayó ahora como una rosa sobre las ascuas: mitigado el fuego unos instantes, enseguida halló en ella nuevo alimento.

—¿También usted huirá de mí? ¿También usted me ha de rechazar? —preguntó clavando en ella una mirada oscura y ardiente. Y al ver que ella seguía observándolo con la extrañeza y la tristeza en el semblante, añadió—: ¡Serena! Dígame una palabra amable. Mi alma lo necesita.

—¡Amigo de la infancia! —dijo Serena con voz angelical, y le tendió la mano.

—¡Oh, Serena! —dijo él, y se llevó la mano a los labios—. ¡Escúcheme, quiero hablar con usted! ¡Siéntese!... ¿No quiere? ¿No querrá conceder unos instantes a su amigo de la infancia?

Había tanta súplica, tanto dolor en el rostro y la mirada... Serena no pudo resistir. Se sentó en una piedra cubierta de musgo. Él se arrodilló ante ella. Había algo infantil, algo tierno y benigno en todo su ser. La miró, y las llamas de sus ojos se fundieron en sentimientos de una ternura indescriptible: brillaba en ellos el llanto. No hablaba, pero en sus bellos labios había prendidos pensamientos ardientes y dulces. Los abrió y dijo suplicante:

—¡Tutéame, Serena! ¡Oh, háblame como cuando éramos niños! ¡Niños, y felices, prometido y prometida!

Las lágrimas humedecieron los ojos de Serena, que, sin embargo, tardaba en responder.

—¡Tutéame! —imploró Bruno con más vehemencia, con más pasión—. ¡Serena, dulce, bella Serena, dime tú!

Serena seguía sin responder. Sentía en lo más hondo la importancia de aquella palabra, de aquel instante.

—¿No quiere? —preguntó Bruno, y ya le ardían en los ojos negras llamaradas que vinieron a sustituir a las otras más suaves, se levantó y gritó lleno de dolor—: ¡Serena! ¿Le soy totalmente indiferente?

—¡Oh, no, no! —dijo Serena, profundamente conmovida.

—¿No? —reiteró ardientemente Bruno, y le cogió la mano—. ¡Oh, Serena, no me torture más, no me deje en esta duda desgarradora, dígame, Serena, ¿querrá... podrá amarme, Serena?

Serena lo miró con los ojos llenos de lágrimas y dijo:

—¡Sí! —Toda su alma latía en esta respuesta.

—¡Oh, tienes que ser mía, criatura celestial! —exclamó Bruno, abrazándose a sus rodillas con apasionada alegría—. Serena, serás mía, has de ser mía. ¡No temas! ¡No me rechaces, dulce ángel adorado! ¡Sigue los dictados de tu corazón, atiende a mi amor, y la dicha será tu suerte en la tierra! ¿Por qué tiembles? Cuando eras niña y yo te llevaba en mis brazos por los bosques de Ramm, y corría contigo por abismos sin cuento, entonces no temblabas. ¡Oh, como en los días de tu infancia, así quiero yo llevarte en mis brazos toda la vida, para que estés segura junto a mi pecho! ¡Que toda duda, toda incertidumbre se desvanezca en este instante! Sellemos nuestro destino con este amor. ¡Serena, entrégame tu fidelidad, jura que me pertenecerás, jura que nada volverá a separarnos!

—¡Bruno, Bruno! —dijo Serena aterrada ante su vehemencia—. ¿Ha olvidado usted... a su madre... a mis abuelos?

—¿Olvidarlos? No, Serena, no los he olvidado, como tampoco he olvidado los usos y costumbres que aprisionan la vida del corazón. No los he olvidado, no, pero no me atan. Reconozco un poder superior al suyo. Conozco un mundo más alto que aquel en el que ellos atan y encadenan al hombre. Comprendo, no obstante, tu temor. Como la flor, has crecido en esta isla, y has vivido en la creencia de que el mundo termina en sus orillas. Pero ¡el mundo es grande, Serena! Y para dos corazones que laten juntos, hay en él cien paraísos abiertos. Hay tramos de cielo más hermosos que este bajo el que has nacido; otras religiones, otras costumbres. Pero el sol y el amor reinan en todas partes. Yo he visto mundos más bellos, he visto allí la vida libre de cadenas, millones de seres viven en un aire de libertad y obedecen solo los dictados del corazón.

—¿Y son felices, Bruno, están en paz esas criaturas, que han renunciado a todos los lazos del

deber, a todos los mandamientos del cielo? ¿Era usted mismo feliz en ese mundo que tanto ensalza?

—¿Feliz...? Feliz no era, no, pues no había encontrado aún a Serena. Ahora, en cambio... ¡Oh, escúchame, Serena, y piensa que mi vida depende de tu respuesta: si todo se alzara en contra de nuestra unión... ¿no querrás, Serena, ser mía, a pesar de todo? Pues dime, ¿qué puede ofrecerte la vida terrenal que sea mejor que un amor sin límites? La vida, Serena, es miseria, es desgracia cuando no la colma el amor. El ser todopoderoso que nos infundió la necesidad de dicha no nos ha ordenado que renunciemos a ella. Aquel que otorgó el amor a nuestro corazón como una estrella para guiarnos en la vida no puede querer que despreciemos el camino que nos marca. Serena, ¡yo te amo! Depositaré mi alma en tu mano y diré: «¡Haz con ella lo que te plazca, pero sé mía, mía por toda la eternidad!». ¡Oh, permite que te aparte de este angosto rincón del mundo, donde tu vida se agosta y se marchita, deja que te lleve a una vida de libertad y alegría! Dame la mano, como me has dado el corazón; en otro país, bajo un cielo más hermoso, sé mi esposa. Tu camino estará cubierto de rosas, y dispondrás de riquezas a tu antojo, cuando tú gustes darás tu mano y harás felices a los hombres, y yo te daré las gracias por todo, por todos, con un amor que no tiene igual en la tierra. De cuanta hermosura tiene la naturaleza, de cuanta bondad y alegría tiene la vida, crearé para ti un paraíso. Serena, ¿qué te faltará en él?

—¡Paz! —respondió Serena al tiempo que se levantaba con el pecho en violenta agitación—. ¡Paz conmigo misma, paz con el cielo!

—Ya veo —dijo Bruno despacio, levantándose él también y clavando la ardiente mirada en Serena con una expresión indescriptible de reproche burlón—. Ya veo, Serena —continuó—, que eres como cualquiera de esas mujeres corrientes. Tu amor no es más que una lámpara doméstica, una luz mate y temerosa que solo puede arder en un espacio bien cerrado y preservado. Tú no podrás hacerme feliz, no seguirás el dictado de tu corazón, pues ¡temes por tu salvación eterna! ¡Ah, no eres capaz de hacer el menor sacrificio por aquel que está dispuesto a darlo todo por ti! ¿Y a eso llaman virtud? ¡Oh, débil y miserable egoísmo! ¡Escúchame, pues! —Y se le acercó con brutal osadía—. Yo te enseñaré lo que es el amor, lo que es el amor verdadero. Aunque bien pudiera ser que no me entiendas, ¡niña piadosa! ¿Sabes qué sacrifica sin dudar por el ser amado aquel que ama de verdad? Sí, precisamente, ¡la salvación eterna! ¡Ah, ojalá te vieras condenada a las profundidades ardientes del infierno, que allí me arrojaría yo con goce infinito para condenarme contigo, y allí, contigo, contigo en el abismo, despreciaría el trueno celeste y la celeste salvación! Pero... tú no me comprendes, no sabes qué es amor.

Serena hundió la frente entre las manos, un intenso estremecimiento le sacudió el alma. Alternaban allí noche y tormenta. ¡Ay! Serena sabía qué era el amor verdadero, y las palabras de Bruno hallaron eco en su espíritu. Por un instante se enturbió su claridad, y el elevado sentido del sacrificio no se le presentaba tan claro. Solo con un sentimiento de angustia indecible alzó los ojos y las manos cruzadas al cielo y habló como para sí:

—¡Ellos serían desgraciados, se levantarían por la mañana y no me encontrarían, se irían a dormir llorando por su nieta!

Bruno vio lo que ocurría en el interior de Serena. Unas fuerzas demoníacas dominaron entonces su espíritu, exultantes al verla flaquear, y en su mirada ardían llamas y en su voz resonaban tonos insinuantes, audaces... Ante fuerzas así, ¡incluso los ángeles han caído!

—¡Oh, Serena! —dijo—. No permitas que una infantil debilidad te induzca a mentir a tu corazón. Sé fuerte, sé fiel a tu amor, y... confía en mí. Sé mía, y te resarciré cada dolor, convertiré

en dicha cada suspiro que te abrume. Fuera ese frágil temor, vence, Serena querida, vence la habitual debilidad de tu sexo. Hazme la promesa, el juramento que me elevará por encima de toda mudanza de la suerte, de toda amenaza del destino, que dará hogar al repudiado, al maldito, bendición, que traerá paz a mi corazón. ¡Oh, Serena mía! ¿Por qué dudar, por qué titubear? ¿Acaso no eres mía ya? ¿Acaso no están unidas nuestras almas desde la infancia? ¿No las caldea ahora la misma llama? Serena, tú y yo ya somos uno, uno solo, para aquel que vertió su amor en nuestros corazones. ¿O acaso crees que pueden separarse? ¡Absurdo, Serena, mi siempre amada, tú eres mía, mía! —Bruno le había cogido la mano, con fuerza apasionada e irresistible la llevó hacia su pecho.

Hay momentos de súbita, maravillosa inspiración, mediante los cuales el espíritu que, siendo puro, se ve tentado, cobra fuerza para vencer incluso lo más querido. Y uno de esos momentos vivió el espíritu de Serena, colmado a un tiempo de desesperación y de luz divina. A fin de resistir la fuerza de Bruno sobre ella, tuvo que desprenderse de Bruno para liberarse de él y, a sus palabras «¡Tú eres mía, mía!», respondió temblando:

—¡No! ¡Yo no lo amo!

—Puede que así lo creas —exclamó Bruno con una sonrisa demoníaca—, pero te engañas.

La abrazó, plantó fuertemente su mano en el corazón de Serena y prosiguió con una expresión de aterrador júbilo:

—Tú me amas, como yo te amo a ti. Por los latidos de este corazón juro que, si te resistes, palidecerán tus mejillas por este amor, y mi desgracia será la tuya. En vano te opondrás, en vano te engañarás a ti misma. Tan cierto como que tu corazón late bajo la palma de mi mano es que un poder superior ha vinculado nuestros destinos. No te le opongas. Es en vano, Serena. ¡Tú eres mía!

Serena seguía inmóvil, sus oscuros párpados descendieron hacia las pálidas mejillas: más y más débil latía su corazón bajo la mano ardiente de Bruno, pero cual susurro del espíritu, claras, pausadas, terribles y maravillosamente penetrantes, surgieron de sus labios estas palabras:

—¡No! ¡Yo no lo amo!

Un frío gélido recorrió las venas de Bruno. Una voz semejante, unas palabras así pronunciadas no las había oído jamás, y Serena seguía junto a su pecho como una marmórea estatua, tan fría, tan silenciosa, tan... ¿muerta? La soltó, la observó con aterrado asombro.

—¡Yo no lo amo! —repitió Serena, y retrocedió un paso. Más y más palidecían sus mejillas, cada vez más exánime latía su corazón.

—¡Serena! —invocó Bruno con una voz que habría podido despertar a un muerto del sueño eterno.

Serena exhaló un hondo, hondísimo suspiro.

—No, yo no lo amo —dijo una vez más, con voz más firme aún, aún más clara. Sus rodillas cedieron, y habría caído a tierra de no haber llegado Fransiska en ese instante para cogerla entre sus brazos.

BRUNO A SERENA



¡Una vez más... esas palabras! Dígalas otra vez y ningún suspiro mío de amor y de dolor volverá a estorbar su tranquilidad. Pero ¡Serena! Si me engañó, si se engañó a sí misma en aquel momento, si su corazón reniega de las palabras que pronunció su boca, entonces... présteme oídos una vez más. Mi ímpetu la ha ofendido. Perdóneme por ello, Serena. Ya ha desaparecido, estoy sereno y, aun así, este corazón desasosegado, este corazón sediento ansía creer que no late solo, y aunque indigno, yo necesito crearme amado. Me hallo en la crisis de mi vida. Solo el amor puede redimirme. Tengo una madre: le falté y me ha repudiado. No espero reconciliarme con ella, aunque lo pretendo. Si se me niega, dígame, Serena, ¿habré de desesperar? ¿No ha de haber una mano amada que me retenga sujeto a la vida? ¿No ha de haber un ángel que me siga hasta el desierto? ¡Oh, Serena! ¿Acaso me amas y no tienes valor para compartir mis desventuras? Ya ves, no pretendo adornar nuestro futuro; no quiero ofrecerte compartir dicha y alegría: dolor, lágrimas, eso es lo que te ofrezco. Pudiera ser que nuestro futuro se presente turbio, pudiera ser incluso que junto a mi pecho tu corazón jamás halle reposo, pudiera ser también que tus mejillas palidezcan con mis besos, pero aun así, aun así, Serena, te pregunto, ¿no tienes valor suficiente, amor suficiente para sufrir conmigo, por mí? ¡Serena! ¡Hay padecimientos, padecimientos mortales, que no son amargos, no, y que incluso procuran un maravilloso placer! Grande es el poder del amor, dar felicidad incluso en una noche de tortura. Di, pues. Si a tu lado respirase tranquilo aquel que fue repudiado; si sus ojos, gracias a ti, se alzarán al cielo, donde tienen su sede la misericordia y el amor; si esos ojos luego se posaran sobre ti con gratitud y bendiciones infinitas... Di, ¡Serena!, ¿serías acaso desgraciada? Y aunque palideciera tu mejilla, aunque apoyaras la cabeza en un pecho lleno solo de ti, y aunque en la muerte tu mirada encontrara un amor inextinguible que, al vivir solo en ti, con el tuyo se apagara, y al despertar de nuevo te buscara solo a ti... ¡Oh, Serena! Respirar juntos, vivir, sufrir, gozar, morir juntos, ser uno aquí y más allá, ese fue mi sueño al verte. ¿Fue un sueño, pues? ¡Oh, Serena! ¿Acaso fue un sueño aquello que sentí como la verdad de mi esencia, como la solución a su, hasta el momento, incomprensible misterio? ¡Serena, respóndeme con esa verdad que tan hermosa habitaba antaño tus labios infantiles! Por última vez te lo pregunto, ¿acaso fue un sueño? ¡Di que no! Y sé mía. ¡O repite tus últimas palabras!

SERENA A BRUNO



¡No, Bruno! ¡No las repetiré, no repetiré mis palabras! No son verdad. Las suscitó el miedo a mi propia debilidad. Si puede hacerle algún bien, Bruno, si puede servir de consuelo a su corazón, tenga esto por seguro: ¡yo lo amo! Compartir con usted vida y sufrimientos sería la dicha para mí. Pero atienda, además, a estas, mis últimas palabras: ¡oh, Bruno! Le escribo estas letras junto al lecho de mis abuelos. Los dos duermen tranquilos. Con el arrullo de mi voz los he acompañado al sueño. El resplandor de la lámpara incide en sus venerables cabezas e ilumina su pelo gris. ¡Bruno, aquí está mi puesto! No me apartaré de él, por más que mi corazón sufra. Procurar una vida tranquila y alegre a esos padres ancianos que velaron por mí en la infancia y a lo largo de mi vida entera hasta ahora es mi cometido, mi deber máspreciado. La lámpara que ilumina el ocaso de sus vidas la ha puesto en mi mano la Providencia. La velaré hasta mi último suspiro. ¡Oh, Bruno! Si quiere usted conquistarme, ¡conquístelos a ellos! Solo cuando ellos pongan mi mano en las suyas con alegría, podré yo pertenecerle con alegría y con la conciencia tranquila. El camino hasta mí debe ir a través de ellos.

Y, si esto ha de convertirse en un adiós a usted, ¡adiós, pues, Bruno! ¡Dios lo bendiga! Adondequiera que lo lleve su camino, piense que un corazón fiel lo acompaña compasivo, con bendiciones y buenos deseos.

¡Bruno! ¡Mi amigo de la infancia! Quería decirle unas palabras que le procurasen paz. Temo que me encuentre indiferente, fría... Y eso me duele. Pero sé bien que hay otro mundo, un mundo mejor. En él sabrá usted leer mejor mi corazón, en él sabrá usted perdonarme.

Serena

CARTA XII



Rosenvik, 31 de agosto

Dos días enteros, desde la última vez que te escribí, aguardamos sumidos en un gran desasosiego, pero como no se producía el menor cambio en el estado de *ma chère mère*, Oso se dirigió a Carlsfors y amenazó a Elsa para que hablara. La mujer reconoció entonces que «la generala estaba casi igual» que quince años antes. No dormía por las noches, no hablaba, apenas comía y bebía. Había mandado correr las cortinas de los cuartos, siempre andaba con la cara hundida entre las manos, y suspiraba a ratos como si se le fuera a romper el corazón. Por lo demás, le había prohibido a Elsa hablar de ella con nadie.

—Esto es insostenible —estalló Oso, una vez que me lo hubo contado todo—. Bien podría sufrir una recaída de la antigua enfermedad. Hemos de romper ese embrujo como sea, y debe hacerse gracias a... ¡a ti, Fanny!

—¿A mí? —pregunté alarmada. Estoy segura de que palidecí por completo.

—Sí, a ti. Ya sabes tú, bichito mío, que nadie se aviene tan bien con *ma chère mère* como tú. Nadie tiene tan sencillo el acceso a su corazón. Utilízalo ahora. Debes conseguir que te abra su puerta y su pecho. Sí, debes conseguirlo, y has de ser en tu empeño cuidadosa y audaz, como un ladrón nocturno.

—Pero ¿y la ganzúa, Oso, y la ganzúa? ¿Cómo voy a cruzar sus puertas bloqueadas y su corazón, ahora cerrado?

—¿Entrando en sus aposentos? Elsa dejará la puerta abierta. Ya lo he acordado con ella. Y, en cuanto a su corazón, deja que el tuyo se llene de cariño, y tu lengua hallará palabras capaces de atravesar huesos y médula.

—¡Ay, Oso!

—Y no debes dejarte amilanar por palabras bruscas o miradas furiosas. Ten valor, sé firme, fuerte y cariñosa. Piensa en Bruno. Piensa en la reconciliación entre madre e hijo. Sí, así es como debes considerarlo, así es como debes sentirlo, y vas a servir a una buena causa, Fanny, o al menos harás que purgue este dolor amargo, que, de continuar así, volverá a transformarse en locura.

Dulce es la voz de la lisonja, máxime cuando la oímos de nuestra mejor y más legítima mitad. Me dejé convencer de, como mínimo, atreverme a intentarlo. Por más que no me sintiera muy valiente. La idea de, contra la prohibición expresa de *ma chère mère*, invadir sus aposentos,

presentarme ante ella... ¡ay!

Seguidamente decidimos que, mientras yo hablaba con ella, Bruno aguardaría en el cuarto de Jean-Jacques, de modo que, si mi intento tomaba un giro favorable, él pudiera, sin dilación, arrojarse a los pies de su madre. No convenía ofrecer a sus, con suerte, entibiados sentimientos la posibilidad de enfriarse, era preciso fraguar mientras el hierro aún estuviera caliente.

Oso le escribió a Bruno poniéndolo al corriente de la propuesta, y él se limitó a responder: «Acepto, allí estaré».

El día siguiente era el señalado para la aterradora conversación. Yo no había pegado ojo en toda la noche, y en una ocasión estuve a punto de despertar a mi Oso durmiente y decirle que no tenía valor para «mediar» en el asunto. Volví a oír entonces, no obstante, la maravillosa, melancólica melodía del triste habitante solitario de Ramm. Resonaba suplicante, y recordé las lágrimas de Bruno y su plegaria: «¡Logren que me reconcilie con mi madre!», y tomé la firme decisión de amoldarme a lo que Oso me pedía. Me sentía, pese a todo, abrumada por las mil dificultades que se me presentaban para llevarlo a cabo. Debía decir «lo que me dictara el corazón», aseguraba Oso, pero mi cabeza también quería participar y ejercer la tutela de mi corazón, y rechazaba sus planes algo imprecisos y le dictaba palabras de las que este nada quería saber. Así estuvieron discutiendo cabeza y corazón hasta que llegó la hora de partir. Mi posición no era muy envidiable que digamos, pero nada le dije a Oso. No quería inquietarlo con mi inquietud.

Partimos. Era domingo. El repicar de las campanas resonaba en el aire con amable solemnidad. Campesinos vestidos de domingo y con el libro de salmos en la mano se cruzaban en nuestro camino. Se los veía muy tranquilos y serenos mientras se dirigían al templo del Señor. Yo los envidiaba y, cuanto más cerca estábamos de Carlsfors, más lejos deseaba encontrarme yo. Cuando Oso me tomó la mano para ayudarme a bajar del birlocho, temblaba de pies a cabeza. El muy sensato de Oso no dijo nada, no preguntó nada, pero me apretó la mano entre las suyas.

Bruno ya estaba con Jean-Jacques. Me sorprendió su palidez y lo cambiado de su aspecto, pero nada dije. Él también guardaba silencio. Jane-Marie estaba, diría yo, algo disgustada al ver que me confiaban a mí el asunto antes que a ella, y dijo algo de «creerse mejor que nadie». ¡Ah, Señor! ¡No era así, desde luego que no! Habría preferido estar en Mesopotamia cuidando cabras que presentarme como mediadora ante *ma chère mère*. Después de unos instantes hablando de nada en particular, y además, con largas pausas, fijó Oso en mí su mirada serena y grave. En ella se leía: «¡Ahora!». Me puse de pie. Me sentía como una víctima sacrificial. Temblando, avancé un par de pasos hacia la puerta. De pronto me vi entre los brazos de Bruno, que, con su voz profunda y penetrante, dijo:

—¡Benditos sean tus pasos! ¡Benditas las palabras de paz que llevan tus labios! De ellos depende mi vida.

Y esa criatura tan extraña me abrazó contra su pecho, y noté sus lágrimas en mi frente.

Yo estaba sorprendida a la par que conmovida, cuando Oso tiró de mí, me besó y dijo lentamente pero de todo corazón:

—¡Dios te bendiga!

Eso dijo. Y desde ese instante se apartó de mí todo temor, toda vacilación. Me vi como transformada. Mi corazón cobró fuerza y, con paso ligero y firme, me dirigí a los aposentos donde *ma chère mère* aguardaba sentada en la penumbra. Abandoné mis planes de qué decir y qué hacer. Lo dejé todo a la inspiración del momento.

Ante la puerta del gabinete estaba Elsa, callada, inmóvil, como una momia. Me hizo una seña de que conocía mi cometido y me deseaba suerte. Había dejado la puerta entreabierta, y me colé en el gabinete. Estaba vacío y a oscuras. Las cortinas estaban echadas. Muy despacio, fui abriendo la puerta de la alcoba, y cuando entré en lo penumbroso de la gran sala, me horroricé al ver a *ma chère mère* boca abajo en el suelo. Ella se levantó a medias al entrar yo y me miró con una expresión tan salvaje y desorientada que me estremecí. Pese a todo, di unos pasos hacia ella y dije con ternura y preocupación:

—¿Está *ma chère mère* enferma?

Ella se incorporó del todo y la cofia pareció elevarse sobre su cabeza. Se me acercó, con la nariz afilada y pálida, con la respiración sofocada y una postura tan amenazadora que habría asustado a cualquiera... menos valeroso de lo que lo era yo en aquel instante.

—¿Cómo osas irrumpir en mis aposentos? ¿Cómo osas importunarme? —preguntó con mirada salvaje y dura al tiempo que se me acercaba.

—No la he visto ahí fuera, por eso he venido —dije tan serena como pude y sin retroceder un ápice. Ella me observó un instante en tanto que parecía serenarse, y al cabo dijo más calmada y como para sus adentros:

—Habré olvidado cerrar la puerta... ¡Qué torpeza!

Se apartó de mí, abrió un cajón del escritorio y pareció querer guardar allí algo que tenía en la mano, pero se le cayó, rodó por el suelo y llegó a mis pies. Me agaché y lo recogí. *Ma chère mère* se me acercó con la expresión de una hiena, con la intención, según creo, de arrancármelo de las manos. Pero yo observé el pequeño medallón en el que había pintada una hermosa cabeza infantil, y dije con una temeridad que ahora apenas alcanzo a comprender:

—¡Qué criatura más hermosa!

Ma chère mère se detuvo. Parecía enojadísima, aunque algo más serena. Cogió despacio el medallón de mis manos, pero lo sostuvo de modo que yo pudiera contemplarlo con ella.

—Sí —dijo—, en verdad que es un niño hermoso. ¡Sí! ¡La joya de la corona! ¿Sabes tú el nombre de este niño, Fransiska? ¿Lo sabes? ¡Di! ¿Lo sabes? ¿Lo sabes...?

Me observaba el rostro con ansiedad extrema. Tuve que bajar la vista ante lo penetrante de su mirada.

—¡No! —respondí, diciendo verdad, pese a que adivinaba la respuesta.

—¡Se llamaba Bruno! —continuó *ma chère mère*—. ¡Era mi unigénito! ¡Mío, mío...!

Y diciendo esto, me agarró por los hombros con tal fuerza que creí que me rompería.

—Era mío... ¡mi único hijo! —continuó al tiempo que me soltaba y alzaba al cielo las manos cruzadas—. Tal día como hoy lo traje al mundo.

Guardó silencio y luego reanudó su lamento, como hablando para sus adentros y con una expresión que me desgarró el alma:

—Hace hoy treinta y tres años que lo traje al mundo. Entre dolores mortales le di la vida. ¡Oh, si yo hubiera muerto en aquel instante! ¡Yo o él! ¡Ay! Pero se convirtió en mi orgullo... mi ufana alegría, mi soberbia, mi esperanza, mi todo... ¡Era para mí más que Dios! ¡Ay! El Señor castigó mi soberbia... No, Él no, ¡fue el Diablo! ¡El Diablo anuló mi fuerza y se llevó a mi niño! ¡Ay! Llevamos a los hijos debajo del corazón antes del parto, y dentro del corazón después; y nos dan vida o muerte. ¡El mío me dio algo peor que la muerte incluso!

En ese punto, cruzó los brazos sobre el pecho e inclinó profundamente la cabeza, como

deshecha de dolor.

Cuando volvió a levantarla me dirigió una mirada aguda e inquisitiva mientras decía:

—Tú sabes lo que ha ocurrido, Fransiska: tú lo sabes todo de él. ¡No lo niegues! Tu marido lo sabe, y marido y mujer son uno. Tú sabes... ¡te lo veo en los ojos!

No lo negué. Mi mirada hablaba por mí. Me acerqué un poco a *ma chère mère*. Sentía un cariño enorme por ella. Posó la mano en mi hombro y me dijo:

—Dios te guarde, Fransiska, de sufrir nunca lo que he sufrido yo, de sentir nunca lo que yo he sentido, en fin, lo que aún siento, ¡Dios te guarde!

»¡Los hijos, los hijos! No trae nada bueno que el corazón de una madre se transforme para odiar lo que en su día tuvo bajo su corazón; que su pecho rechace lo un día bebió su leche. Óyeme lo que te digo, ¡no trae nada bueno! ¿Qué desea una madre feliz para sus hijos? Que vivan muchos años en la tierra; que construyan su hogar cerca de ella; que la vean exhalar el último aliento y que le cierren los párpados cuando le llegue la hora de partir de este mundo. Así es, eso desea cualquier madre. Sin embargo, yo, ¿qué deseo yo para mi único hijo? Pues sí, que... —y en este punto, su rostro adoptó una expresión aterradora— ¡que esté muerto! Que yazga profundamente enterrado bajo tierra, o en el fondo del mar. Que estos ojos no vuelvan a verlo, estos oídos no oigan ya más su voz... ¡Ah! ¡Que esté muerto, muerto... muerto!

Me estremecí ante palabras tan frenéticas, tan desesperadas, y con apasionamiento de ánimo desmedido continuó aquella madre infausta:

—Cuando el hijo sale de la casa paterna al ancho mundo, ¿qué le da una madre para el largo viaje? Su bendición, eso le da; y lo mejor que haya en la casa, y luego lo acompaña a la puerta entre lágrimas, besos y palabras cariñosas. Sí, así procede. Yo, en cambio, a mi único hijo le di... mi maldición. A excepción de la vida, solo esto se llevó al salir al ancho mundo. ¡Maldije a mi único hijo! ¿Te das cuenta? —continuó cada vez más desaforada—. Yo había depositado en su cabeza todo mi amor, mi honor, mi orgullo; y él... él arrojó vergüenza en la mía. Vergüenza, ¡eso arrojó él sobre la cabeza de su madre! ¡Mira! —Y se retiró la cofia de la cabeza y la arrojó al suelo violentamente: el pelo gris, casi blanco, le cayó ondulado sobre los hombros—. ¡Mira! Las cenizas del dolor las esparció sobre mi pelo. Antes era negro, pero cayó nieve una noche y se volvió blanco. El hijo ha dado lugar a que se blanquee la cabeza de su madre. Por él la señalaban con el dedo y decían que era madre de un ladrón. ¿Acaso no había de maldecirlo?

—¡Ay! Era tan joven aún... era... —balbucí, pues apenas podía hablar. *Ma chère mère* no me oyó, sino que prosiguió hablando para sí más que dirigiéndose a mí:

—Sí, el pelo se me volvió gris, pero ¿qué no se volvió gris, qué? Mi piel, mi alma, ¡el mundo entero! Después de pronunciada la maldición y una vez ido el hijo maldito, sin que nadie supiera adónde, vino una época extraña. Se hizo dentro de mí la negra noche, me hallaba inmersa en la oscuridad y fueron pasando días, meses y años, y yo solo sabía que todo estaba oscuro, oscuro como el delito y la maldición. Pensaba en que la chispa de la vida se apagaría en aquella oscuridad, pero... resultó ser más fuerte que la oscuridad, que el dolor... Y salí de la oscuridad y otra vez vi la luz. O al menos, aprendí a tolerarla. Intenté olvidarlo. Pensaba: «¡Está muerto!».

Mis lágrimas fluían como un torrente, sentía conmocionada el alma entera y exclamé:

—¡Oh, pobre desgraciado! ¡Iría vagando por el mundo como un repudiado, sin hallar, a buen seguro, pan ni morada! ¡Acaso murió en tierra extraña, pensando en su madre, deseando llevar su mano a los labios y ser perdonado! Y ella... ¡Ay, desgraciado!

Ma chère mère tenía una palidez mortal y temblaba horrorosamente; aún parecía con fuerzas

para respirar.

—¡Fransiska! —dijo al fin con voz potente—. Fransiska, desiste de tan innecesarios lamentos. Pan... no tenía que faltarle. Podía trabajar, era un hombre, y se hallaba en plena juventud, tan fuerte como un león. Casa... no buscaba. Su natural lo empujaba a recorrer el ancho mundo, y este le habrá dado lo suficiente. La maldición, en cambio —en este punto se me acercó con las lágrimas temblándole en los grandes ojos, y me puso la mano en la cabeza—, la maldición ya se la ha retirado mi alma. Una vez pronunciada, ansiaba yo retirársela, y lo habría hecho, Fransiska, la habría retirado entonces, si él hubiera aceptado pacientemente el castigo y hubiera cumplido la penitencia que su crimen exigía. De ahí que fuera en su busca de noche, pero él ya había desaparecido. Huyó del perdón, no quería ganárselo, pero... yo lo he depositado en su tumba. Allí reposa con el sol, con las flores, llevándole la paz. Aún hoy, cuando el recuerdo y el tormento hacen presa en mí, al punto de que me quiere estallar el pecho y el cerebro gira sin cesar en mi cabeza y no sé lo que hago... entonces, a veces, vuelvo a maldecirlo... Pero ¡luego lo bendigo! ¿O qué crees que hacía ahora tendida en el polvo como un gusano ante nuestro Señor, con el retrato de mi hijo apretado contra mi corazón? ¿Crees acaso que lo estaba maldiciendo? ¡Paz! ¡Paz para sus restos!

—¿Y si aún respirase? —dije con una sensación que no puedo describir—. ¿Si aún viviera y, con mucho sufrimiento, hubiera pagado los pecados de su juventud? ¿Si, muy por encima de todo el honor de este mundo, deseara el perdón de su madre, poder abrazarla contra su pecho una vez más...?

Ma chère mère retrocedió tensa y pálida, un fuego aterrador le llameaba en los ojos e hizo con la mano un movimiento de rechazo, al tiempo que decía:

—Si así fuera, Fransiska... ¿es que has oído que está vivo? —Y le temblaba la voz—. Si sabes algo de lo que quiere y pretende, dile que no vuelva a una tierra que se avergonzaría de él; que no ha de llevar el nombre que deshonró; que no ha de osar presentarse ante una madre a la que cubrió de ignominia, pero... Pero dile que le he retirado mi maldición... Que le enviaré la mitad de mi fortuna a tierra extranjera, que puede escribirme y pedir lo que quiera, y lo que quiera le enviaré. Pero... ¡en mi casa no ha de poner un pie!

Yo me arrodillé y me abracé a sus rodillas:

—¡Madre, madre! —exclamé casi fuera de mí—. ¿Es eso cristiano? ¿Es justo?

—¡En pie! —gritó ella con determinación—. Ni una palabra más. ¡Nadie puede juzgarme en este asunto! Lo que he dicho dicho queda. Te prohíbo que vuelvas a mencionármelo. No me hables de él, si no quieres... ¿Crees que el juego anda entre peras y manzanas? Te diré que aquí se dirime entre razón y locura. ¡No provoques el demonio que llevo dentro! ¡Fuera recuerdos tales, tales pensamientos, fuera, fuera!

Me puse de pie. Mi corazón rebosaba de sentimientos encontrados, pero la expresión y los ademanes desahogados de *ma chère mère* me decían que no era oportuno airearlos ahora. Me resistía, no obstante, a abandonar toda esperanza. La miré suplicante con las manos cruzadas, pero ella me dio la espalda.

—¡Vete! —dijo con dureza—. Ya hemos terminado de hablar. Deseo estar sola. ¡Vete! Es lo que quiero.

Me fui... con el alma llena de amargo dolor. *Ma chère mère* cerró con llave cuando salí. Al llegar al gabinete, vi allí a un hombre, con la frente apoyada en la pared. Era Bruno. Me acerqué a él aterrada y le dije:

—¡Por Dios bendito, Bruno! ¿Qué hace usted aquí? Tan cerca...

Bruno volvió hacia mí la cara muy despacio. Estaba pálido como la muerte, le cubría la frente un sudor frío. Tenía la mirada extraviada, me contemplaba oscura e indiferente. Sin embargo, volvió en sí de pronto y, con la mano en la frente, salió precipitadamente de la sala. Yo lo seguí, y di gracias a Dios cuando vi que aparecía Oso, le agarraba el brazo y conseguía que se calmara, con idea de que el servicio no sospechara nada. En aparente calma, dejaron juntos la casa.

Yo, por mi parte, fui a ver a Jean-Jacques. No quería referirles lo sucedido a él y a Jane-Marie. Me limité a confesar que había fracasado, que no me había atrevido a desvelar a *ma chère mère* cuán cerca se hallaba su hijo, pues no era ella capaz de conservar el juicio por completo ante el recuerdo de su persona. Jean-Jacques se metió las manos en los bolsillos del frac y se puso a caminar de un lado a otro diciendo:

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¿Cómo puede nadie ser tan poco razonable? ¡Y Bruno! Le dije, le rogué que guardara silencio pero, cuando oyó la voz de su madre, que, durante unos instantes, resonó hasta en esta sala, pareció obcecarse. Se soltó de Lars Anders, que quería retenerlo, y echó a correr. Suerte que no alcanzó a entrar en la alcoba de *ma chère mère*. ¡Se habría formado un buen escándalo!

Tampoco Jane-Marie podía explicarse que la gente no se dejara guiar por la razón, pero dijo que ella ya se había figurado cómo iba a desenvolverse el asunto, que jamás abrigó esperanzas de que el intento llegara a un buen desenlace.

Ninguno de los dos consiguió tranquilizarme. Echaba de menos a Oso. Solo de él esperaba consuelo y apoyo. Por fin apareció. Venía acalorado, alterado, y parecía triste. Me arrojé a su cuello y rompí a llorar. No pude evitarlo. Él me abrazó fuerte contra su pecho y se limitó a decir:

—No perdamos el ánimo, ¡no lo demos todo por perdido! Ningún árbol cae al primer hachazo.

—¡Ay! ¿Qué vamos a hacer? —dije con un hondo suspiro.

—Lo que vamos a hacer ahora mismo es ir a casa —respondió—. Luego hablaremos. El birlocho espera. ¡Adiós, Jean-Jacques! ¡Adiós, cuñada mía! ¡Ven, mi Fanny querida!

Ya en el coche le conté a Oso cuanto había sucedido entre *ma chère mère* y yo. Él se limitaba a decir: «Mmm... mmm...». Y luego continuamos en silencio, aunque yo sabía que él también iba pensando en lo mismo que yo, y con más inteligencia. Me hizo bien ir sentada a su lado en silencio, cruzando el rumoroso bosque. El tiempo que hacía armonizaba con mi estado de ánimo. Se había nublado, y las ramas de pinos y abetos se movían con una suerte de melancólico desasosiego.

—Con todo —dijo Oso una vez en casa, con la intención de consolarme—, con todo se ha conseguido una buena cosa. Ha salido del peligroso estado de apatía en que se encontraba y, por esta vez, no volverá a caer en él. Es una victoria, que puede allanar el camino para otras. No desesperemos. Mañana veré a Bruno.

—«Con todo», yo siento el alma y el corazón afligidos, y no sé qué otra cosa decir.

FRAGMENTO DE UNA CARTA DE BRUNO A ANTONIO



3 de septiembre

¿Qué es vivir? ¿Dejar pasar días anodinos sin interés ni placer, y venirse abajo poco a poco, como un edificio podrido por dentro? ¡No! Amar, desear, mirar con esperanza el futuro, al menos un mañana; eso es vivir. ¡Un mañana! Para mí no amanecerá ya ninguno, seguramente. La corriente de la vida se ha apartado de mí. ¿Por qué había yo de seguir pasando sed en el desierto? ¡Madre, madre, tú, que me rechazas, tú eres quien deseca mi mundo, mi corazón! Esta noche, sin embargo, pienso liberarme, pienso beber... venganza. ¡Madre mía! ¿Es el amor, es el odio que le profeso lo que me mueve? No lo sé, pero esta noche pienso presentarme ante ella y volar la capa de hielo que envuelve su corazón, o volarme la tapa de los sesos y que la rocíe mi sangre. Quiero despertar en su pecho... los remordimientos. Quiero provocar en sus ojos una lágrima que no cese. No quiere perdonarme, ¡sea! ¡Que lllore, pues! ¿Por qué había yo de vivir? ¿Para qué? ¿Para quién? He bebido el salvaje placer de la vida. Me repugna. A lo más puro, a lo mejor, me está vedado el camino. Vedado... por mi madre. ¡Amargo sentimiento que solo inspira maldiciones! Cerrado está el pecho materno, cerrado para mí está, pues, también, el cielo... el regazo de Dios, sí, también debe de estarlo, pues en mi corazón se ha concentrado toda la amargura del mundo. ¡Quiero vengarme de mi madre!

Y pese a todo... En estos instantes de oscuridad, se adentra sigilosamente en mi alma una sensación suave, de consuelo. ¡Serena! Su amado recuerdo me la inspira. Me ha rechazado, pero con ella no puedo enojarme. Ha sacrificado mi amor por su deber; me ha dejado solo y, pese a todo, mi alma siente clemencia por ella. Esa sensación me hace bien. A ella no quiero causarle ningún mal. Pero... al verla tan firme, tan fuerte... en ese momento se apartó de mí aún más. Al igual que la estrella palidece al resplandor de una luz más intensa, así palideció ella para mí en el momento en que se aproximó más a los ángeles. No puede contenerme: es demasiada la distancia que nos separa. Y aun cuando mi muerte le causara dolor... se envolverá en su blanco manto de inocencia, en su sagrado velo de virtud, y seguirá firme y tranquila. Dios está con ella. ¡Ángel de pureza, queda en paz! No me fue dado estrecharte contra mi pecho ardiente, pero desde ese cielo que es tu heredad y del que yo estoy desterrado, me contemplarás tú, quizá, con tus hermosos ojos claros y darás consuelo a mi corazón, pues nadie alcanzó nunca el poder que tienes tú. ¡Adiós! Nuestros caminos se separan para siempre. El mío desciende hacia las negras simas, el tuyo

asciende a las claras alturas, ¡adiós!

¡Adiós, sí, a mis sueños...! Mis dulces sueños de una vida más bella, de reconciliación y de amor. ¡Adiós también a vosotros, tiernos y amorosos sentimientos que habitaban mi espíritu, sentimientos que amé y cuidé como la mejor parte de mí! ¡Y vosotros, acordes, a los que tantas noches despertaba para que respondierais a las preguntas de mi alma, para que apaciguarais su sufrimiento, dormid, dormid! No os escucharé ya más. Cuando os reclamaba, aún tenía esperanza. Ya he dejado de tenerla.

No, Antonio, no tengo esperanza. La desesperación descansa en el fondo de la pregunta que, una vez más, quiero hacerle al destino. ¡Antonio, adiós! Gracias por tu amistad, gracias por haberme querido pese a todos mis defectos. Perdona mis faltas, queda en paz conmigo, como yo quedo en paz contigo.

Pero ¡tú, mi madre! No habrá paz contigo aún. Aún, esta misma noche, quiero sellar tus pálidos labios con un beso... de vida o de muerte. En vano te resistirás: ¡no escaparás a él! ¡Fuerzas más grandes me asisten... esta noche!

CARTA XIII



4 y 5 de septiembre

¡Oh, Maria! Mi dulce Maria, ¡qué sucesos, qué acontecimientos, qué transformación! ¡Cómo puede una noche cambiarlo todo...! Pero tengo que contártelo desde el principio. He visto de cerca la muerte, Maria, la cruel muerte aterradora. ¡Ay, aún sigue cerca, sí! Veamos, he de poner en orden mi alma y mis ideas.

Durante los dos días que siguieron a mi última conversación con *ma chère mère*, nada supimos de ella. El tercer día fue Oso a Carlsfors para averiguar cuál era la situación. Supo entonces que *ma chère mère* había mostrado un estado de ánimo de lo más agitado e inquieto. De noche la habían oído deambular sin pausa por sus aposentos; los días los había pasado llorando a lágrima viva entre suspiros. Ya estaba, pese a todo, mucho más tranquila, recibió a Oso con amabilidad, preguntó cómo «se encontraba su esposa», salió a la salita a la hora del té y pareció ir volviendo a su ser paulatinamente.

El relato del sufrimiento de *ma chère mère* me conmovió. Casi anhelaba volver a verla y oír de ella una palabra amable, y sentí verdadera alegría cuando, a primera hora de la mañana siguiente, que era el 3 de septiembre, recibí un billete suyo muy cordial, en el que decía que tenía intención de ir a la ciudad por la mañana, para comprar varias «cosillas», y proponía que la acompañara. Si me parecía bien, vendría a buscarme, y me devolvería a mi casa por la noche.

Precisamente, yo necesitaba comprar «tres embudos, un cernedor y un escurridor», y acepté de corazón la propuesta, después de una pequeña conversación con Oso, y de prometerle una buena cena, pese a que yo no vería cómo la disfrutaba. Oso no pareció caer en la desesperación, me abrazó y partió en el birlocho rumbo a la ciudad, donde concertamos una cita.

Pensaba yo en volver a ver a *ma chère mère*, pero no sin temor y preocupación. ¿Cómo sería nuestra relación después de aquel último episodio tan violento? ¿Qué podría decirle? ¿Cómo debía actuar? De tal incertidumbre me vi enseguida liberada, en cuanto llegó. Cierzo que no salió del coche, pero cuando subí yo, me dio la mano enseguida, con gesto serio pero abierto, me acercó, levantó el ala de mi sombrero y me besó en la frente y en los labios. Esto me apaciguó y, desde ese instante, sentí que desaparecía toda tirantez. Sin embargo, me sentía apenada. *Ma chère mère* estaba taciturna; el cielo, nublado; el aire, cargado. Nadie podría decir que el viaje fue alegre. Allí donde la carretera se bifurca por el desvío hacia Ramm, *ma chère mère* volvió la cara y miró al lado contrario. Se me revolvió el corazón por dentro ante tal signo de desinterés por la

reconciliación, pero, instantes después, cuando se volvió hacia mí con una pregunta insignificante, me sorprendió su palidez extrema, y no pude seguir enojada con ella: antes bien, sentí tal tristeza que a punto estuve de romper a llorar. Finalmente, llegamos a la ciudad.

—Vas a conocer a la viuda del pastor Rhen, un hacha en el gobierno de una casa —me dijo *ma chère mère* cuando cruzamos la puerta de la ciudad.

Bajamos delante de la casa de la pastora Rhen, donde *ma chère mère* dispone de una suerte de hospedaje siempre que va a la ciudad. No es posible ver a la pastora Rhen sin advertir al punto que es la personificación misma de la amabilidad, la personificación de la hospitalidad y también del incesante parloteo, y no es posible ver a su hija Renetta sin pensar: «No cae la manzana muy lejos de su árbol». No es posible ver la adulación que despliegan en torno a *ma chère mère* sin comprender que, para ellas, es una gran *puissance*[75], que temen tanto como aman. Gracias a ella, también me recibieron a mí con afanosa cordialidad, y la buena de Renetta estuvo a punto de estrangularme mientras, con todas sus fuerzas, trataba de quitarme la capa, cuya cinta yo había anudado muy torpemente.

La pastora Rhen había sido una suerte de gobernanta de *ma chère mère*, que le procuró el ajuar, la prometió y la casó con el pastor Rhen, quien, en este particular, se dejó guiar por ella como por el destino. Ignoro si el pastor tuvo motivos para lamentarlo. La pastora era en la actualidad una acomodada viuda, que consideraba un honor y un regalo poder, de vez en cuando, agasajar a la «honorable generala», que la llamaba a ella lisa y llanamente «Rhen».

La amabilidad de Rhen y de Renetta, las dependencias, tan impecables y ordenadas, dos hermosos cuadros que representaban a unos niños que jugaban con animales domésticos causaron en mí una grata impresión. El rico queso de Smolandia y una copita de Málaga, que enseguida pusieron sobre un mantel blanco como la nieve, me supieron de maravilla. Después del refrigerio, *ma chère mère* y yo salimos a nuestra ronda de compras. Ya estaba despejado, el aire era agradable: también yo me sentía cada vez más despejada por dentro. Se me despertó en el alma no sé qué alegre esperanza, y cuando el sol atravesó las nubes, pensé que no podía ser que existieran en la tierra desgracias irremediables y corazones irreconciliables: creí firmemente que todo se arreglaría. Así soy ahora, mi buena Maria, como un instrumento de cuerda, acaso demasiado fácil de «tocar». ¡Apréciame tal como soy! Yo aprecio a Byron precisamente porque llama al corazón *a pendulum betwixt a smile and tear*[76].

En la ciudad había mucha vida y movimiento. Era día de mercado, y llenaban la plaza mayor coches, carretas y gente. Me agradaba muchísimo ver el alegre barullo, me encantaba la idea de verme con Oso en la ciudad, y pensé que quizá tuviera tiempo de pasar a saludar a Serena. Todo se me antojaba agradable y animado. El aroma del heno fresco se extendía desde las carretas de los campesinos. Aquí alzaba el campesino su jamón ahumado ante la nariz de un aficionado que había mostrado interés, allá alardeaba una mujer de su mantequilla fresca; aquí separaban las zanahorias de los rábanos, que habían sido sus compañeros en el cesto, allá vendían peras a céntimo la pieza. Reinaba un rumor de alegres voces, de parloteo y risas, y en medio de la gente, los caballos y los carros se posaba aquí y allá en la plaza una encantadora bandada de gorriones que gorjeaban, recogían el maná caído, levantaban el vuelo en un suspiro cuando algún humano plantaba los zapatones en medio de la alada muchedumbre, para enseguida volver a posarse infatigables en el suelo. Mujeres rotundas se sentaban al hilo de las casas que rodeaban la plaza con sus cajones de harina, sus buenas hogazas, sus cestos de frutos y dulces, y reñían resueltas a los niños que, al pasar, a veces diciendo alguna impertinencia, trataban de salir indemnes pese a

no tener dinero. Me sentía con ánimo de gastar alguna broma. Tenía delante a un chicuelo desharrapado con cara de bueno, que, con un filosófico silbido, contemplaba la abundancia de la plaza. Detrás de él, en el bordillo, se hallaba su cesto vacío, sobre el que había extendida una red, indicio de que ahí había habido gallinas. El cesto no tardó en estar lleno de peras dulces, y la anciana que las vendía apartó ella misma la red muy obediente para que pudiera ponerlas allí, y me hizo luego una seña para indicarme que había entendido la broma. El chiquillo seguirá preguntándose y pensando mucho tiempo cómo han llegado allí esas peras. Más allá había un caballo amarrado a una contraventana; alargaba la flaca cabeza en busca de unas briznas de heno, pero no lograba alcanzarlas. Cogí un buen puñado de heno del carro y se lo di al animal mientras, algo asustada, buscaba con la mirada al dueño. *Ma chère mère* se reía, le dio también un puñado de heno: el caballo comió.

—¡Buena mujer! ¿Cómo me tientas con esas ciruelas tan ricas? Medio kilo voy a llevarme. ¡Pónmelas en el pañuelo! ¿Y el dinero? ¡Ay, no tengo cambio!

La mujer tiene que entrar en una tienda para cambiar dinero.

—Pero ¿quién va a vender peras y ciruelas mientras tanto?

—¡Yo!

La anciana se va y yo me siento en su silla y vendo con diligencia la fruta, y cobro las monedas. Ningún cliente es más difícil que *ma chère mère*, que quiere comprar mucho, pero regatea sin piedad, y protesta por mí y por mi fruta. Yo le respondo tan atinada y descarada como puedo. Por fin vuelve la anciana con el cambio, y queda tan satisfecha con mi forma de administrar su negocio que me regala un cuarto de ciruelas a cambio.

Estarás pensando en la paciencia de *ma chère mère* mientras tanto, pero esas cosas la divierten, y una de las cualidades que tan grata la hacen a mis ojos es esa forma tan amable y graciosa que tiene de entrar en cualquier tipo de broma inocente.

Pero pasaba el tiempo. La campana de la torre de la iglesia dio las doce. Teníamos que darnos prisa si queríamos terminar las compras antes del almuerzo. Miré por todas las puertas y esquinas por si veía a Oso, pero en vano. Entramos en un par de tiendas, vimos muchas cosas pero no compramos nada. *Ma chère mère* maldecía a los propietarios por vender tan mal género. Ellos trataban de alzar la voz en su defensa, pero ella los acallaba con la suya. Y mientras tanto dio la una. *Ma chère mère* dijo:

—¡No podemos permitir que se enfríe la sopa de Rhen!

Emprendimos el regreso, yo muy triste por no haber visto a Oso. Sin embargo, cuando íbamos calle abajo por R., ¿qué ven mis ojos en la esquina, algo para mí más querido que un castillo encantado y que un hada buena? Pues sí, una espalda ancha, gris, la de Oso, sin posibilidad de error. Eché a correr hacia él, lo sujeté y le dije:

—¡No te escaparás, Oso! Ya te tengo. Te vienes conmigo.

—Y almuerzas con nosotras en casa de la pastora Rhen, y no te irás hasta primera hora de la tarde —añadió *ma chère mère*.

Oso no fue difícil de convencer, cogió a su mujercita del brazo y se fue paseando con ella hasta la casa de la pastora Rhen, mientras le soltaba un sermón sobre su ocurrencia de ejercer de policía con él. Y aunque bromeaba, me di cuenta de que no estaba nada contento.

Rhen y Renetta iban y venían con el trajín de la mesa cuando llegamos al salón. Al ver a Oso, se le acercaron encantadas, y las bondadosas mujeres no cabían en sí de gozo. Nos sentamos a la

mesa. El almuerzo fue superior, al igual que mi apetito. Las anfitrionas fueron obsequiosas y parlanchinas. Yo me había divertido por la mañana, y habría querido estar contenta también ahora, pero Oso tenía un semblante tan serio que me llenaba de angustia. Comprendí que tenía a Bruno en la cabeza y en el corazón. Ahora me invadía su recuerdo también a mí, y así se esfumó mi buen humor. Incluso me censuré haber estado tan animada. Oso dirigía a menudo a *ma chère mère* una mirada atenta y penetrante, y me percaté de que ella trataba de evitar sus ojos. Esa forma que tenía Oso de ejercer su dominio sobre ella me satisfizo. Pero súbitamente le clavó ella sus grandes ojos oscuros, y él tuvo que bajar los suyos, grises y pequeños, y yo no pude sino reír para mis adentros ante semejante escaramuza ocular.

Poco después del café, Oso nos dejó para ir a visitar a algunos pacientes que aún lo esperaban. Luego partiría hacia Rosenvik. Yo lo acompañé al vestíbulo, pues en la sala, con Rhen y Renetta, no había forma de estar tranquilos.

—¡Oso, estás triste, preocupado! —dije apenada, y le tomé la mano.

—Hoy he visto a Bruno —dijo—. Mucho me temo que todo esto tendrá un final trágico.

—¡Dios mío! —exclamé.

—Sí, ¡que Él nos ayude! —dijo Oso—. Pues ningún otro puede ayudar en este asunto. Bruno parecía en disposición de acometer cualquier intento desesperado. Me fue imposible dilucidar qué tenía en mente. Tampoco querría convencerlo ahora de que desistiera de luchar por su propósito. Lo que no se puede doblegar se ha de quebrar llegado el momento. Pero ¡entra, Fransiska, entra!; esta noche más, esta noche te veré de nuevo.

Las palabras de Oso me enturbiaron del todo el ánimo, y se conoce que mis sentimientos se reflejaban en mi rostro, pues *ma chère mère* me preguntó preocupada «si me encontraba mal», y mis anfitrionas exclamaron que me veían «¡muy pálida, palidísima!». Yo lo achaqué a cierto mareo y, la verdad, todo me daba vueltas.

La pastora Rhen dio unos golpecitos en la ventana, la abrió luego y llamó:

—¡*Madam, madam!*

Dos caballeros echaron una ojeada, y un niño se asomó a la ventana.

—¡*Madam!* —gritó más alto aún la pastora—. ¡*Madam... Ål...!* Sí, veamos, no, era *madam* Follin... Óigame, mi buena *madam*, aquí tiene un billete de dos, tómelo enseguida y corra a la tienda de Bergström, y pídale un frasco de su mejor *eau de cologne* para la pastora Rhen. Uno con veinticuatro me ha de traer de vuelta. Mil gracias, mi buena *madam*.

Mis anfitrionas me abrumaron entonces con amabilidad, licor y agua olorosa, me pidieron que me sentara junto a la ventana a fin de que me distrajera un poco mirando la calle y la gente. En esos momentos no había fuera ni un alma, salvo un perro. Les di las gracias por sus buenas intenciones, pero les dije que seguramente me repondría mejor con el aire fresco. *Ma chère mère* se levantó enseguida y salimos.

Dos horas pasamos comprando y removiendo de tienda en tienda. *Ma chère mère* me hizo un regalo, demasiado ostentoso para mí, pero fue tan de corazón que lo aprecié muchísimo. Yo le compré a Oso unas cosillas que necesitaba, pero que él siempre olvidaba comprar. Habíamos prometido que iríamos a tomar el té a casa de la pastora. *Ma chère mère* no quiso permitir que me lo perdiera, y comprendí con tristeza que no tendría tiempo de ver a Serena. De vuelta a casa de la pastora cruzamos la plaza mayor, que tan animada habíamos visto por la mañana. Ahora estaba desierta y cubierta tan solo de los vestigios del mercado y de los hijos del aire. *Ma chère mère* se enojó por que las escobas no estuvieran ya en danza, y prometió que hablaría con el alcalde.

Tan solo una carreta seguía en un rincón de la plaza, y a su alrededor se había agolpado un grupo de personas. *Ma chère mère* se detuvo y preguntó a una persona que venía del lugar qué tenían allí. «¡Un lobo enorme al que han matado de un tiro hoy mismo!», fue la respuesta. «Eso tenemos que verlo», dijo *ma chère mère*, y se acercó y empezó a abrirse camino a través de los reunidos, que, en cuanto la reconocían, despejaban el sitio. Los hombres se quitaban el sombrero. Yo la seguía como sigue la barquilla la estela que va dejando la fragata. Una vez delante del carro, vimos en él un lobo de gran tamaño e insólita belleza. Había mucha aglomeración a nuestro alrededor, pero *ma chère mère* me rodeó con su fuerte brazo y, de vez en cuando, se volvía hacia la muchedumbre y decía: «¡Sin empujar!», lo que enseguida repetían unas cuantas voces, dándonos así más espacio libre. El campesino que llevaba la carreta contó, respondiendo a las preguntas de *ma chère mère*, cómo había salido por la mañana temprano con la escopeta cuando, en el lindero del bosque, vio dos lobeznos tumbados al sol junto a un pino. Él se acercó y les apuntó con el arma. En ese mismo instante, con un aullido terrible, salió del bosque su madre y se colocó delante de ellos. Salió el disparo, ella cayó, las crías se adentraron corriendo en el bosque. El cazador corrió al lado de la loba, que se debatía entre la vida y la muerte. Otro disparo acabó con su lucha y, contento, el cazador volvió a casa con su presa. Yo vi que el animal tenía la lengua casi totalmente destrozada a mordiscos.

—Se lo habrá hecho ella misma, presa del pánico al verse morir —dijo.

Por primera vez sentí compasión por un lobo. No pude contenerme y acaricié la cabeza del hermoso animal mientras decía quedamente:

—¡Qué buena madre!

—¡Vamos, Fransiska! —dijo abruptamente *ma chère mère*, y emprendimos la retirada por el mismo procedimiento que al llegar. *Ma chère mère* estaba sombría y, mientras cruzábamos la plaza, no pude por menos de decir, conmovida en lo más hondo de mi corazón:

—¡Qué sentimientos más bellos no albergan los animales, a los que, con todo, tan inferiores considera el hombre! ¡Una loba es capaz de morir por sus crías...!

—Las crías de la loba —dijo *ma chère mère* con una expresión de amargura— no habían causado a su madre ningún dolor. Murió orgullosa de ellas. Más vale morir con la lengua destrozada a mordiscos que vivir con el corazón destrozado por la pena.

De ahí en adelante, callamos las dos. Algo después llegamos a un pequeño prado verde dentro de cuya cerca alzaban sus temblorosas pirámides unos álamos hermosísimos. El sol los doraba al ponerse y una multitud de avecillas los llenaban con su canto. Fuera de la cerca habían puesto unos bancos, con la idea de que también un extraño pudiera disfrutar de la sombra de los árboles. En uno de ellos había sentadas dos personas que llamaron nuestra atención. Una era una mujer mayor con aspecto agradable e indumentaria pobre pero aseada. A su lado había un hombre, con el mismo aspecto aseado, el rostro alargado y pálido, el labio caído y cara de bobo. *Ma chère mère*, que tiene cierta curiosidad, fue caminando hacia ellos. Cuando estuvimos más cerca, vimos que el hombre era ciego.

—¿Es este su hermano, querida señora? —preguntó *ma chère mère*.

—¡Mi hijo! —respondió la mujer con un suspiro.

—¿Su hijo? ¿Cuántos años tiene?

—Veinticinco. —Aunque parecía tener cincuenta.

—Es ciego, y sordo también, diría yo —continuó *ma chère mère*.

—Ciego y sordo y también mudo —respondió la madre.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Desde que nació.

—¿Tiene discernimiento?

—Me cuesta saberlo, necesita que lo guíen, lo alimenten, lo limpien y lo cuiden como si de un niño pequeño se tratara. Pero sí llora a veces, y a veces también ríe.

—¿Y qué es lo que le hace reír?

—Cuando sale al aire libre se pone contento y ríe, y también cuando me paso un rato acariciándolo. ¡Gracias a Dios que a mí me conoce!

Dicho esto empezó la mujer a acariciar suavemente con la mano la mejilla del hijo, y a darle palmaditas en el hombro. Él empezó a sonreír cada vez más animado, más alegre, y su rostro casi adquirió una expresión de sensatez.

—¿Lo ve alguna vez malhumorado? —pregunté yo.

—Sí, a menudo, y entonces se pone furioso, pero yo sé que, pese a todo, tiene buen corazón. Rara vez duerme por las noches, sino que las pasa de un lado para otro entre las camas de sus hermanos, comprobando si están bien arropados. Si se les ha caído el edredón mientras dormían, él vuelve a cubrirlos con cuidado. En particular se preocupa por la menor de las hermanas, y cuando se percata de que la pequeña está llorando, se pone fuera de sí.

—¿No habrá usted, pues, de tenerlo más vigilado que a todos sus demás hijos?

—Sí, como puede comprender. Ellos tienen sentido común, pero él solo me tiene a mí. Rara vez puedo dejarlo solo.

En ese momento empezó el sordomudo a proferir unos sonidos terribles. Eran una suerte de berridos, pero el aullar de los animales salvajes podría considerarse música en comparación con ellos. El ciego lloraba a lágrima viva, y tenía anegado en llanto el rostro, que, por lo demás, no expresaba ningún dolor. El infeliz se lo iba secando con las manos.

—Y así llevan veinticinco años, ¡y aún puede durar más! —dijo *ma chère mère* con un tono de profunda consternación—. ¿No se cansa nunca, señora?

—¡No! Con la ayuda de Dios, nunca me cansaré de mi hijo, sino que aguardaré pacientemente el instante en que nuestro Señor tenga a bien liberarnos al uno del otro. ¡Lo único que pido es no morir antes que él!

—¿Cómo se llama usted, buena señora?

—Margreta Beck, viuda del panadero Beck.

—Buenas tardes, pues, señora Beck. ¡Que Dios la bendiga! Volveremos a vernos.

Ma chère mère se marchó mientras decía medio susurrando: «¡Veinticinco años!».

Yo no dije nada, pero confiaba en lo más hondo que aquel encuentro no quedara sin fruto en su corazón. Llevábamos caminando un rato despacio y en silencio, cuando *ma chère mère* levantó la vista rápidamente, como si quisiera desechar sus pensamientos, y dijo riendo y reprendiéndome a medias:

—Fransiska, vas a paso de tortuga, y así se nos está olvidando el tiempo. Tenemos que darnos prisa en llegar a casa de la pastora Rhen y tomarnos el té enseguida, si no queremos llegar a casa de noche.

Sin embargo, terminar rápido con la pastora y con su té resultó imposible. No acababa nunca de ofrecer panecillos y trenzas y bollos y galletitas de canela, y ya empezaba incluso a hablar de

la cena, y a decir que solo para ese fin se había hecho con un buen pavo, con la esperanza de que la generala quisiera probarlo y no le hiciera el feo de rechazar su guiso. Yo esperaba que *ma chère mère* se negara sin más, pero, para mi gran sorpresa, no respondió ni sí ni no, y cuando la pastora, en sus ansias, empezó a hablar de «noches claras», de «la luz de la luna» y, si no me engaño, incluso de «la luz del sol» y de la «aurora boreal», dijo finalmente con indiferencia: «Bueno, bueno, ¡ya veremos!». La pastora tomó estas palabras por aprobación, hizo una seña a Renetta y se apresuró a entrar con ella en la cocina. Yo estaba a punto de dirigirme a *ma chère mère* para recordarle mi miedo a la oscuridad y nuestra vuelta a casa, cuando comprobé que, con los brazos acodados en la mesa y con la cara apoyada en las palmas de las manos, había caído en uno de esos ataques de melancolía de los que había oído hablar, por más que aún no había presenciado ninguno. Yo ni quería ni me atrevía a importunarla, así que nos quedamos las dos inmóviles y en silencio hasta que la pastora Rhen entró con unas velas, seguida de Renetta, que llevaba una bandeja con barquillos y cerezas confitadas. *Ma chère mère* cambió entonces de postura, pero siguió sombría y taciturna. También yo estaba poco habladora, aunque la alegre pastora no preguntó el porqué. Ella y su hija hablaban sin cesar, contaban historias, se interrumpían mutuamente y cada una levantaba la voz más que la otra. Todos los chismorreos e intrigas menores de la ciudad se abordaron y relataron por lo menudo. Yo no pude por menos de encontrar divertidas algunas de ellas, y tuve que reír más de una vez no solo por el relato sino también por el entusiasmo de la narradora, que crecía con mi reacción. Ignoro si *ma chère mère* oyó algo de todo eso. A mí más me parecía que estaba totalmente ensimismada. Me llenó de asombro ver que, a la hora de la cena, pudiera dar tan buena cuenta del pavo y, al final, además, alabar la cocina de Rhen con un par de refranes.

Yo me sentía saciada de charla y de viandas, tenía unas ganas indescriptibles de volver a mi casa con mi Oso, y dije: «¡Gracias a Dios!» en cuanto nos sentamos en el coche. Mientras tanto se había puesto muy oscuro, y en lugar de arrojar sobre nosotras algo de la luz y el resplandor que la pastora había prometido, el cielo se había puesto un abrigo de nubes color gris, que no dejaba pasar ni el menor resplandor de las estrellas. Al oeste, en cambio, cerca del horizonte, se veían potentes y continuos rayos, aunque sin truenos. Eran lo que llamábamos los destellos de los relámpagos. *Ma chère mère* cogió las riendas de manos del mozo, que se sentó detrás del coche, donde no tardamos en oírlo roncar discretamente.

Hacía una noche cálida y tranquila, y el trayecto a la luz de los relámpagos no me habría sido desagradable, de no haberme encontrado yo de un humor tan angustiado, amén de algo asustada, pues la oscuridad era a ratos tan densa que no se distinguía el camino, y *ma chère mère* no iba tan despierta como de costumbre. Parecía encontrarse muy alterada de ánimo, y se llevaba a menudo el pañuelo a la cara. Ver en ella este movimiento me hizo bien, pero me inspiró desasosiego por nuestro viaje. En todo caso, transcurrió con seguridad, aunque demasiado lento, y pese a mis temores, pese a mi zozobra y mi angustia, finalmente, con el lento rodar del coche y su traqueteo, me entró sueño. Fui dando cabezadas y soñando, ignoro por cuánto tiempo, pero me despertó de pronto un violento zarandeo que sufrió el coche al rodar sobre un tocón o piedra. Eché un vistazo. Cruzábamos un bosque oscuro y denso. Yo estaba aterrada, pensaba que llevábamos viajando el tiempo suficiente para haber llegado a casa.

—Iremos por buen camino, ¿verdad? —dije algo dudosa—. Tengo la sensación de que llevamos ya demasiado tiempo de viaje. ¡Mira que si nos hemos perdido!

Ma chère mère pareció despertar entonces como de un sueño, y dijo rauda, como algo

ofendida:

—No te inquietes, querida mía, cuando quien conduce soy yo. ¿Cómo íbamos a errar el camino —añadió algo más amable— mis jamelgos y yo? Llevaré quince años viajando con ellos, y todavía no nos hemos perdido ni una sola vez.

Dio a los caballos una palmada, y los animales empezaron a correr más rápido. Yo iba angustiada y, a la luz de un cielo ya algo más claro, me parecía que todo era desconocido y extraño.

—¡No consigo entender dónde nos encontramos! —dije al fin, incapaz de ocultar mi preocupación—. No reconozco el lugar. No hay, cerca de Carlsfors, un bosque tan denso y tan alto.

—¡No seas agorera, Fransiska! —dijo enojada *ma chère mère*—. ¡Y no veas fantasmas donde no los hay! De noche, el bosque parece el doble de alto y denso que de día. No puedo decir con exactitud dónde nos encontramos, pero noto que mis caballos ya olfatean casa y establo. Así solo corren cuando están cerca de Carlsfors, ¡y ya oyes cómo resoplan! ¡Mira! ¿Acaso no hemos llegado ya a la gran alameda? Sí, sí, pronto habremos llegado. Ya me parece entrever la casa allá al fondo.

Y verdad era que estábamos ya en una alameda. *Ma chère mère* apremió a los caballos, que volaban a más velocidad cada minuto que pasaba. En ese momento se vio un rayo grande, muy grande, que duró varios segundos. Y como un espectro colosal se alzó en medio de la noche una casa enorme y sombría: no era Carlsfors, sino Ramm. Ramm, con su oscura fachada, sus grandes alas, se alzaba ante nosotras bañada por el resplandor del rayo. Se diría que extendiera hacia nosotras unos brazos amenazantes, y a cada instante que pasaba nos atraía más y más cerca.

Observé horrorizada a *ma chère mère*. La vi como petrificada, con la mirada fija y atónita. La mano que sostenía las riendas fue decayendo. Ahora todo volvió a ser noche, pero solo unos segundos. Cayó otro rayo, tan intenso que encendió árboles, arbustos y edificio. En ese instante se alzó ante nosotras de pronto una silueta alta y oscura. Los caballos, asustados y sin la sujeción ya de una mano que los guiara, se echaban a derecha e izquierda, y por el césped y los arbustos bajaron volando hasta el lago, que, al resplandor de los rayos, brillaba claro entre los árboles.

Con convulsiva vehemencia trataba *ma chère mère* de recuperar las riendas, que se le habían escapado de las manos.

—¡Socorro, socorro! —gritaba yo con toda la fuerza de mi desesperación.

Entonces apareció alguien ante los caballos y empuñó las riendas. Yo vi cómo se encabritaban, vi a un hombre que luchaba con ellos: a la luz de los continuos rayos reconocí a Bruno. Vi cómo los animales lo derribaban, me pareció que pisaban su cuerpo. Más no vi: me desmayé.

Cuando volví en mí, me hallé en los brazos de *ma chère mère*, vi sobre mí su pálido rostro, que tenía una mezcla de angustia y cariño que nunca, nunca olvidaré.

—¡Alabado sea Dios, ya vuelve en sí! —dijo *ma chère mère*, y me plantó un maternal beso en la frente. Un gran techo circular se alzaba abovedado sobre nosotras, iluminado desde lo alto por una lámpara. Una mujer alta y muy morena, que yo no había visto hasta ahora, también se encontraba allí, a mi lado, y me ofrecía agua de olor. No había recobrado yo del todo el claro uso de mis sentidos, y no era capaz de evocar en la memoria lo que acababa de suceder, pero en aquella penumbra de razón y de visión busqué a Bruno. En el más oscuro rincón de la sala estaba... ¿era un espectro sangriento lo que mi aterrada imaginación había invocado? ¿Sería una

figura humana de verdad? Mis ojos lo escrutaron a fondo. Se acercó: era Bruno. Pero ¡por Dios santo, qué aspecto el suyo! Le corría la sangre desde la frente al pecho descubierto, tenía el traje desgarrado, pálidas las mejillas, un salvaje desasosiego le ardía en la mirada, entre sus hoscas cejas parecían ocultarse ramas de brezo ardiente, y le fruncía los labios una firme resolución. Se acercó a nosotras. A una señal suya se alejó la mujer desconocida y nos quedamos los tres solos. Yo me liberé de los brazos de *ma chère mère* y me senté en el sofá. Había recobrado del todo la conciencia, tenía el alma en absoluta tensión y, presa de una angustia indescriptible, observé a madre e hijo, que ahora se encontraban cara a cara. Ambos guardaron silencio unos instantes, como si quisieran penetrarse mutuamente con la mirada. *Ma chère mère* parecía presa de un pánico atroz: dio un paso atrás. Bruno dio un paso al frente, y empezó a hablar despacio, como si se le hubiera entumecido la lengua:

—¡Están a salvo, gracias a Dios! Y a mí solo me queda... morir o... conseguir... el perdón. ¡Madre, madre! —exclamó con una voz que sonaba como si un ángel le hubiera desatado los sentimientos y también la lengua, al tiempo que, con una expresión desgarradora, se arrodillaba y se abrazaba a sus pies—. ¡Madre! ¿No querrás perdonar, no querrás bendecir a tu hijo? Aparta la maldición, retírala de mi frente, madre. ¡Cuánto he sufrido! He ido vagando por el mundo sin paz alguna; y buscando la paz sigo, buscando la paz por siempre, si me veo apartado de tu pecho. He sufrido, me he arrepentido... Puedo expiar mi culpa, quiero hacerlo. Pero para eso debes perdonarme, bendecirme, madre. ¡Retira tu maldición, madre mía! No sabes con qué intensidad me quema. Cubre mi cabeza con tu bendición. ¿No quieres, madre, detener esta sangre que por ti mana? ¿No ves, madre? —Bruno apartó unos rizos ensangrentados, y quedaron a la vista unos profundos orificios de los que corría sangre—. ¿Lo ves, madre? Si no me impones aquí la bendición de tu mano, juro por Dios que esta corriente de sangre no cesará hasta que desaparezca toda junto con mi vida y me lleve a la tumba, el único lugar donde querrás conceder tu perdón. Allí, solo allí hallaré la paz. ¡Ah, madre! ¿Tan imperdonable fue aquella ofensa, infligida en años de juventud y rebeldía? ¿No valdrá una vida futura de virtud, de amor, para expiar la culpa? Madre... ¡no me rechaces! ¡Deja que la voz de tu hijo penetre hasta tu corazón! ¡Concédele el perdón, el perdón absoluto!

Qué sucedía en el interior de *ma chère mère* durante este tiempo es algo que ignoro. Se diría que se trataba de una batalla a vida o muerte. Se quedó inmóvil: con la mirada fría y rígida miró al suplicante, y un temblor le sobrevoló los pálidos labios. Sin embargo, cuando la voz de Bruno calló, levantó la mano y la apretó fuerte contra su corazón.

—¿Hijo mío? ¡Oh... oh...! —dijo con voz apagada. Soltó un hondísimo suspiro, se puso pálida, se le cerraron los ojos, vaciló y sin duda habría caído al suelo si Bruno no se hubiera levantado enseguida para cogerla en sus brazos.

Así estuvo unos instantes, con su madre abrazada a su pecho, y contempló su rostro, sobre el que la muerte parecía haber moldeado su horrenda calma.

—Finalmente, así ha ocurrido —dijo él desconcertado y, a la par, sereno—. Así ha ocurrido, madre, que nos hemos reconciliado; que tú descansas sobre el pecho de tu hijo y él sobre el tuyo. ¡Estás pálida, madre! Pero pareces tranquila y buena. Buena como el perdón de Dios. No fue así como te vi la última vez. Ha pasado ya, sin embargo, el momento de la ira... ¿No es cierto, madre mía? La tumba se ha abierto, y los dos vamos a ella reconciliados, corazón con corazón, los dos somos uno en mi última hora, como lo fuimos en mi primer suspiro. —Y dicho esto, besó los pálidos labios y las mejillas de su madre con arrebatada ternura.

—¡Bruno, Bruno! —dije suplicante y, entre lágrimas, lo agarré del brazo—. Bruno, destruye usted la vida de su madre y la propia con ese proceder. Venga, echémosla en una cama, hay que conseguir que recobre la conciencia, hay que conseguir unirlos a los dos.

Bruno no respondió, pero cogió a su madre en sus brazos, la llevó a un dormitorio y la tumbó cuidadosamente en la cama.

—¡Hagar! —gritó, y la mujer alta y oscura apareció enseguida. Se le arrojó a los pies, le besó las manos entre lágrimas y le habló enardecida en una lengua que yo no comprendía. Él la apartó bruscamente, y entendí que le estaba pidiendo que se ocupara de *ma chère mère*. Ella obedeció entre sollozos. Ví que Bruno desfallecía y se apoyaba en el muro. Me acerqué a él.

—¡Bruno! —dije—. ¡Por su madre, piense en sí mismo! Debe tumbarse, debe permitir que le venden las heridas.

Él echó mano de un delicado sofá, lo arrastró para que quedara frente a la cama donde yacía su madre, y se tumbó en él. Tenía la cabeza en el mismo lado que ella, y la mirada fija en ella también. Hagar y yo estábamos entre los dos. Con cierto acento extranjero y extraordinariamente emocionada, Hagar me dijo:

—Véndele las heridas, véndeselas, de lo contrario morirá.

Yo doblé mi pañuelo, lo humedecí con agua fría y le dije a Bruno:

—Por su madre, permítame que le vende las heridas como pueda. De lo contrario se desangrará.

Quise convertir en hechos mis palabras, pero él me apartó la mano y dijo en un tono cuyo rigor se asemejaba en mucho al de su madre:

—Eso no puede suceder. Ella aún no me ha perdonado, no me ha bendecido. La sangre no ha de frenarse hasta entonces. Así lo he jurado.

Convencer a Bruno era impensable. Dirigí por tanto mi atención a *ma chère mère*, pero todos mis esfuerzos para que recobrarla la conciencia fueron en vano. Transcurrieron unos minutos de una angustia indescriptible. Yo temía ya en verdad a estas alturas que madre e hijo fueran juntos a la tumba.

—¡Si pudiera hacerse una sangría! —dije.

—¡Es posible! —dijo Hagar, y se alejó a la carrera. Casi en ese mismo instante, *ma chère mère* abrió los ojos y los clavó fijamente en mí:

—¿Dónde está? —preguntó ansiosa—. ¡No lo he soñado!

—Está aquí —respondí—, está muy cerca. Se está desangrando mientras espera la bendición de su madre.

—¿Dónde está? —preguntó otra vez. Yo me encontraba a su cabecera, precisamente entre madre e hijo. En lugar de responder a su pregunta, me retiré un poco y sus miradas se encontraron. Un rayo de luz divina, de amor indecible surgió de esas miradas: en él se fundieron sus almas.

Ma chère mère se incorporó rápida y le dio su mano, al tiempo que le decía con la más cariñosa expresión de amor materno:

—¡Hijo mío, ven aquí! ¡Quiero darte mi bendición!

Bruno se incorporó. Aquel hombre alto y robusto se dirigió a ella titubeando como un niño, y cayó de rodillas junto al lecho de su madre. Ella posó las manos sobre su cabeza ensangrentada y dijo con voz potente y con toda solemnidad:

—Retiro la maldición que un día eché sobre la cabeza de mi hijo. Le concedo todo mi perdón.

Ojalá repare el hombre lo que el muchacho quebrantó. Tomemos el pasado como si no hubiera existido. Reconozco que ahora le debo la vida a mi hijo, y le ruego a Dios todopoderoso que te bendiga, Bruno Mansfelt, hijo mío, como te bendigo yo. ¡Amén!

Y en ese instante le abrió sus brazos y él la abrazó: los pechos se juntaron, los labios se besaron, y así se quedaron, en un largo abrazo. No parecía sino que cada suspiro estuviera colmado de perdón, de amor, de dicha. Quince años de amargo sufrir acabaron rápidamente en olvido y en perdón. Yo, al lado de los dos, lloraba de alegría y de gratitud.

El regreso de Hagar interrumpió este instante de pura alegría. Bruno besó una vez más muy amorosamente las manos de su madre, hecho lo cual se levantó y exclamó feliz:

—¡Véndame! ¡Detén esta sangre! ¡Ya tengo la bendición de mi madre!

Se sentó en el sofá, se dejó cuidar como quisimos y estuvo tranquilo y sin moverse, como un niño bueno. Hagar lo curó con suma habilidad, y logró detener medianamente el flujo de sangre.

Mientras tanto fui en busca de papel y pluma y me apresuré a escribir un billete a Oso, para ponerlo al tanto de lo ocurrido. La casa entera se encontraba ahora en movimiento, y me fue fácil conseguir que un mensajero cruzara el lago rumbo a Rosenvik.

Volví luego con los dos reconciliados. Ya habían vendado a Bruno. Estaba muy pálido, pero tranquilo, y en su cara había una expresión de serenidad y de dicha que le veía por primera vez. *Ma chère mère*, en cambio, me pareció alteradísima, aunque trataba de estar serena. Le temblaba todo el cuerpo como si estuviera helada, pero tenía los ojos dulces y cariñosos. Apenas apartaba la vista de su hijo.

—¡Oigan lo que tengo que pedirles! —les dije a los dos—. Si quieren vivir el uno para el otro, deben separarse ahora y procurarse descanso cada uno por su lado. ¿No querrá usted, Bruno, dejarse acomodar en la alcoba contigua? ¿No querrá *ma chère mère* hacer lo que le pide su querida Fransiska?

Pero ella respondió:

—¿Quién sabe cuánto tiempo les queda por vivir a madre e hijo? Puede que se acabe en un suspiro. ¡Que no nos separen!

—¡Que no nos separen! —repitió Bruno con la voz desfallecida.

—Al menos deben tomar algún calmante. ¿Por qué no quieren vivir el uno para el otro?

Hagar me puso en las manos un frasco de opio. *Ma chère mère* se negó a tomar nada, pero Bruno cogió él mismo el frasco de mis manos, se lo llevó a los labios y tomó un trago considerable. Se conoce que estaba acostumbrado a aquel remedio calmante.

—Me gustaría quedarme sola con mi hijo —dijo entonces *ma chère mère*—. Si se duerme, ya lo cuidaré yo. Lo hice antaño, en esta misma alcoba. Tú, Fransiska, necesitas descansar. Vete, hija mía, y trata de dormir. Pero ¡atiende! Procura antes que se cuiden de mis pardos. En quince años no me han hecho mejor servicio que el de esta noche. ¡Y que atiendan también a Lasse, el lacayo! Ocupate tú, Fransiska. Buenas noches, hija mía.

Yo salí y cumplí con lo que me había pedido *ma chère mère*. Los caballos comían heno en los establos, el joven Lasse estaba sentado en la cocina con una buena rebanada de pan con viandas entre la mano y la boca. De él oí una larga y confusa historia sobre cómo el coche estuvo a punto de «ahogarse» en el lago, las muchas heridas que el señor había sufrido por culpa de los caballos, cómo, pese a todo, logró dominarlos, cómo *ma chère mère* me llevó al interior de la casa, mientras el señor sujetaba las caballerías, cómo el mozo no sabía si el señor estaba vivo o

muerto, etcétera. Después de oír todo esto, accedí a tomar una taza de café, y pedí que también subieran una a *ma chère mère*, pues le gusta muchísimo.

Muy despabilada por la estimulante bebida me fui... no a descansar, ¡no! Me encontraba demasiado alterada, demasiado inquieta, y sentía un deseo indescriptible de respirar un poco de aire fresco, de ver el cielo de nuestro Señor.

Y lo vi. Y me pareció que nunca lo había visto tan hermoso. ¡Ay! ¡Ahora extendía su bóveda sobre unos corazones reconciliados y dichosos! Estaba nublado, pero entre los claros brillaba el amable azul del cielo, y el aire era de una limpieza y una suavidad indescriptibles. Me senté en un peldaño de la gran escalinata de piedra y vi amanecer y pensé en los dos reconciliados. Unas llamaradas rojas se alzaban del horizonte y coloreaban las nubes grises, que se reflejaban rojizas en el lago, y en la lúgubre mansión se iban iluminando las ventanas una tras otra, con luces que parecían de color sangre en el incendio rojizo de la alborada. Un viento templado soplaba zumbando entre los altos robles, combando sus cimas. Por lo demás, todo estaba en silencio. Así estuve sentada un buen rato, gozando al máximo, pensando al máximo, viviendo al máximo esos instantes. Nunca hasta entonces se me había antojado la vida tan hermosa y tan llena de significado, nunca había amado tan profundamente ni había creído tan firmemente en la intervención de las fuerzas divinas en la vida, nunca había sido tan elevada mi vida como en este instante. Nunca lo olvidaré. Pensé en Oso con cariño y con orgullo. Me sentía feliz de vivir para él. Pensé en el futuro, y unos sentimientos extraños, presagios llenos de alegría a la par que de dolor, me afloraron en el alma... Más adelante quizá hable más de todo esto.

Los pasos de alguien que bajaba por la escalinata llamaron mi atención, me volví a mirar y vi a Hagar, que con una expresión de gran angustia, con las manos cruzadas sobre el pecho, se me acercaba al tiempo que angustiosamente y en su peculiar sueco preguntó:

—¿Usted qué cree? ¿Vivirá el señor? ¡Diga que sí! ¡Oh, diga que vivirá!

—Espero que sí, y así lo creo —respondí—. Mi marido es médico, llegará pronto y lo atenderá enseguida.

Hagar se apartó de mí y abrazó con sus brazos desnudos una de las columnas de granito de la galería, y apoyó en ella la frente. Transcurridos unos instantes, irguió la cabeza y miró al este, donde la alborada ardía ya encendida en todo su esplendor. Yo no había observado atentamente a Hagar con anterioridad; al hacerlo ahora me sorprendió su belleza. Ya no era joven, y tenía los rasgos demasiado marcados, pero tenían una forma muy pura. Solo los labios, grandes, voluptuosos, recordaban demasiado ese rasgo característico y, en mi opinión, no muy grato de la forma del rostro hebreo. El color oscuro de la piel se había aclarado con las llamas del cielo matutino. El pelo negro, que llevaba descubierto, le caía con descuido sobre los hombros. Por un instante olvidé todo lo demás por observar su figura, que parecía fundida con la columna de granito. La expresión de su rostro estaba llena de pasión y de dolor.

Varios minutos después, Hagar abandonó aquella postura y se me acercó.

—¿Cree usted...? —comenzó al tiempo que extendía su brazo hacia oriente—. ¿Cree usted que aquel que permite que salga el sol también escucha las plegarias de los hombres?

—¡Sí, sí lo creo! —respondí con serena confianza.

—¿Y cree que las cumple?

—Si tienen como fuente un corazón puro. Y si Él, en su sabiduría, halla que es para bien.

Hagar guardó silencio unos instantes, inclinó la cabeza y dijo:

—Si tiene usted un corazón puro, ¡recede por aquel que se está desangrando ahí dentro! ¡Ruegue para que pueda seguir con vida!

—Muestra usted un vivo interés por él —dijo, no sin curiosidad—. ¿No será pariente suya, o quizá...?

Ella me miró intensamente y dijo luego con una expresión de orgullo y de dolor:

—Hagar era una sierva[77]. Hubo un tiempo en que su señor la amó, y ella lo dejó todo por él, y se marchó con él a tierras extrañas y frías; luego le dio de lado por otra mujer, pero su corazón le siguió siendo fiel y, en el desierto al que la relegó, sigue pidiendo por él al señor de los cielos.

—Hagar —respondí yo imitando su modo de decir— no estaba sola en ese desierto. Al dirigirse a Dios en su dolor, Él hizo que corriera para ella un manantial de agua fresca.

Hagar meneó triste e incrédula la cabeza, y se llevó el dedo a los labios al tiempo que, con la otra mano, señalaba la casa y me dejaba a toda prisa.

Yo estaba a punto de seguirla, pues sentía que el aire empezaba a refrescar, pero me quedé allí, pues ¿qué crees que vi acercarse dando tumbos por la alameda, bamboleándose y abriéndose camino entre resoplidos, aleteando como un murciélago gigante por el bosque, si no al bueno y añorado Oso? Apenas me atrevía a creer lo que veían mis ojos, pues era imposible que el mensajero hubiera llegado ya. Además, ¿por qué venía cabalgando tan penosamente, en lugar de cruzar tranquilamente el lago en un bote? A punto estaba de negar lo que veían mis ojos, pero se acercó un poco, ya no podía seguir dudando, descabalgó y salí volando hacia él, igual que él hacia mí.

—¿De verdad eres tú mi Oso y no un murciélago?! —exclamé abrazándolo entusiasmada.

—¿De verdad eres tú mi esposa y no una princesa de mentirijillas medio loca, que está...?

—¡Ay, Oso, no hay tiempo para bromas! Dime, ¿cómo es que has venido? ¿Sabes lo que ha pasado? ¿Has recibido mi billete? Y ¿cómo es que has venido a caballo? ¡Estás muy acalorado! ¡Ay, entra, Oso, entra y te lo contaré todo, y tú me lo contarás a mí!

—Preciosa mía, a veces tienes un *flux de bouche* horrendo. Aunque ¡gracias a Dios que estás viva y no has perdido el habla!

Y, con lágrimas en los ojos, el bueno de mi marido me tuvo un buen rato así, abrazada contra su pecho.

Mientras subíamos, le referí sucintamente cuál era el estado de la cuestión, y supe por él cómo había llegado allí. Preocupado por mi larga ausencia, temió que hubiera ocurrido alguna desgracia y, como el birlocho se había estropeado, partió «a caballo, como un caballeresco don Quijote, rumbo a la ciudad, en busca de su Dulcinea». Por el camino se cruzó con un criado de Ramm, que también iba a la ciudad, y por él supo que *ma chère mère* se encontraba aquí, con otra señora, y que las dos estaban con vida.

—Más no esperé a oír —dijo para dar fin a su relato—. Apremié al tordo con el látigo y ¡heme aquí!

Nos abrazamos una vez más de pura alegría por el doble reencuentro, y Oso entró a ver a los enfermos.

Yo no lo seguí, sino que fui a familiarizarme con la cocina, con la intención de pedir allí un almuerzo vigorizante para mi Oso. Aquella buena gente aceptó de muy buen grado obedecerme, y media hora después tenía preparada en la sala una mesa con café caliente, mantequilla, pan, así como una bandeja con un espléndido y humeante filete. Se me hacía la boca agua solo de pensar en

lo mucho que disfrutaría mi Oso.

Mientras yo trajinaba en la mesa entró mi buen hombre, el rostro pálido, serio, aunque satisfecho.

—Bien, ¿cómo están las cosas? —pregunté sin resuello mientras me acercaba a él—. Aunque ¡no, no digas nada! Siéntate y come algo primero. Una palabra sola: ¿bien o mal?

—Bruno, bien, espero. Ha perdido mucha sangre, las heridas son profundas, pero, por lo que he podido advertir, no son peligrosas. *Ma chère mère*, no tan bien; al menos, en estos momentos. Sin embargo, puede mejorar. Yo creo que puedes entrar, Fanny. Mientras tanto, enviaré un mensajero a la ciudad para que vaya a buscar material y demás.

—¿Y el café? ¿Y el filete? —pregunté consternada.

—¡Ahora mismo no me atrevo a mirarlo! —exclamó Oso, y se apresuró a salir, mirando el filete de reojo, como si en él se hubiera encarnado el diablo mismo, para tentarlo. Cubrí el pobre filete, di un suspiro y me fui a ver a *ma chère mère*.

Tan pronto como entré pude comprobar con asombro que Oso había impuesto su criterio. Lo que mis súplicas trataron de conseguir en vano, lo había puesto él en práctica con su autoridad. Bruno había sido trasladado a la alcoba contigua a la de *ma chère mère*. Hagar estaba con él. La puerta entre las dos estancias se veía abierta. *Ma chère mère* estaba sola. Cuando entré, me tendió la mano y me abrazó luego con un cariño que me conmovió profundamente.

—Fransiska —dijo—, nuestro Señor ha transformado mi corazón. Antes era muy oscuro, muy extraño; ahora, sin embargo, lo siento claro y luminoso. ¡Los caminos del Señor son maravillosos! ¿Quién puede comprenderlos? ¿Quién tiene acceso al consejo de Dios?[78] ¡Resulta que vuelvo a tener un hijo, Fransiska! Ya no estoy sola. Bruno quiere enmendar lo que ha roto. Volverá a honrar a su madre y a su patria. Tiene razón la Biblia: «Un hombre puede caer siete veces y volver a levantarse»[79]. ¡Fransiska! ¡Lo cerca que ha estado de mí durante tanto tiempo, y yo sin saberlo! Tenía los sentidos cegados y el corazón cerrado por completo; pero la mano de nuestro Señor ha abierto las compuertas. Tu marido, Fransiska, ha ejercido aquí su tiranía, y yo lo he dejado hacer, pues aseguraba que, de lo contrario, no podría responder de la vida de Bruno. Sin embargo, avanzado el día, quiero yo ver a mi hijo. Que nadie piense que puede impedírmelo. Quiero verlo. ¿Quién sabe cuánto tiempo podré verlo en este mundo?

—Mucho, mucho tiempo, espero, siempre que *ma chère mère* haga cuanto Oso le prescriba.

—¡Mire usted! Ahí se ve cómo la buena esposa presume de marido y lo cree todopoderoso. Nuestro Señor hará seguramente pese a todo como le plazca, Fransiska.

—¿Acaso se siente enferma, madre? —pregunté con ternura y preocupación.

—No... Enferma no, pero... sí me siento extraña. No tengo fuerza en las piernas... Soy incapaz de levantarme. Hay en mi interior una lucha, un movimiento... que se me antoja precederá a la muerte. ¡Hágase la voluntad del Señor! Sea como fuere, he podido bendecir a mi hijo, y él me cerrará los párpados. Puedo morir en paz.

—Madre, usted no va a morir, ¡no, no! —exclamé angustiada—. Usted solo siga en todo las prescripciones de Oso.

Ma chère mère hizo sonriendo un gesto de desdén con la mano y se quedó en silencio, con los ojos vueltos hacia la puerta de la alcoba de Bruno.

Tanto como me alegraba del estado de ánimo de *ma chère mère*, me preocupaba su estado de salud. Me parecía sumamente febril, y tenía en la mirada un destello fijo y seco. La violenta

efusión de lágrimas que, en ella, solía seguir a toda agitación anímica no se había producido en esta ocasión. La tormenta se había desencadenado por completo en su interior.

—¡Ve a ver si está dormido! —me dijo señalando la alcoba de Bruno.

Obedecí. Bruno dormía en verdad un sueño apacible. Estaba muy pálido, pero se me antojó más hermoso de lo que jamás pude imaginar. Las cejas, tan fruncidas y juntas siempre, estaban ahora separadas y discurrían en suaves líneas sobre los amplios arcos de los ojos. Una lágrima brillaba clara sobre su pálida mejilla. Enfrente de él, con el brazo apoyado en la columna de la cama y la cabeza descansando en la mano estaba Hagar, sin despegar la vista de su cara. Las abundantes y negras trenzas le caían por los brazos, y solo me permitían atisbar el perfil de su rostro. Una vez más, no pude sino admirar su belleza oriental y proporcionada. Hagar no me vio y, en silencio, volví con *ma chère mère*.

—Está dormido —dije.

—¡El cielo bendiga su sueño! —replicó ella.

Al cabo de unos instantes oí algo que se movía en el salón y, pensando que sería Oso, le pedí a *ma chère mère* que me permitiera dejarla sola un momento.

Allí estaba, en efecto, mi Oso, entregado a los manjares de la mesa, aunque no tan ocupado que le pasara inadvertida mi presencia y me diera la mano cariñosamente. Yo me senté al lado de mi buen marido, lo vi mientras degustaba su comida, y me deleitaba siendo testigo de su apetito. Aplacada ya el hambre primera, empecé a referirle con más detalle los sucesos de la noche. A decir verdad, me parecía que, a lo largo de aquella noche, me había portado yo en más de un sentido como una semiheroína, y quería que Oso de verdad lo percibiera así, y necesitaba oír que me alababa un poco. Sin embargo, él observaba una obstinada mudez, y se limitaba a hacer, de vez en cuando, unas muecas horribles, que entendí que habían de servir de bastión para impedir que rodaran las lágrimas. Con todo, al llegar al relato de la reconciliación, estallaron igualmente. Dos grandes lágrimas cayeron en el plato y aclararon la salsa del filete. Callé un instante, a fin de darle a aquel buen hombre la oportunidad de caer en éxtasis por la actuación de su esposa, pero él nada dijo. Sin embargo, cuando llegué a mi ocurrencia del opio, exclamó de pronto:

—¡Qué barbaridad! ¡Esto es lo más inaudito! ¡Opio, a un hombre que está muriendo de extenuación!

Caí entonces como de las nubes. Me quedé sentada boquiabierta y sin poder hablar.

—Pero no, ni siquiera es lo más increíble —continuó protestando Oso—, la peor locura es que una mujer casada de treinta y un años, de la que cabría esperar más sensatez, salga en plena noche y se siente en una escalinata como cualquier loco...

—¡Calla, el más atroz de todos los osos! —lo interrumpí por fin, y recobré el uso de la palabra—. ¡Mientes con cada palabra que dices! En primer lugar, no soy una señora de treinta y un años, en segundo lugar...

—En segundo, tercero y último —gritó Oso al tiempo que me abrazaba—, eres mi esposa, y te prometo que, si en otra ocasión vuelves a dar muestras de tan poco juicio, me enfadaré seriamente.

¿Has oído algo así en tu vida, Maria? Yo, por mi parte, estaba tan sorprendida del giro que habían tomado mis expectativas de alabanza que no supe qué decir y me quedé callada cual dócil ovejita. Ni que decir tiene que esto agradó no poco a mi Oso y señor, y a partir de este momento se aplicó a seguir comportándose como un tirano, y me obligó a ir a descansar. Él, mientras tanto, cuidaría de los enfermos y adoptaría todas las medidas necesarias. ¿Qué podía hacerse? Debía obedecer, y confieso que me sentó bien. En un precioso gabinete decorado de damasco rojo y

blanco, situado al otro lado de la sala, disfruté de unas horas de sueño benéfico.

Cuando desperté vi que asomaba por la puerta la cabeza de Hagar. Su rostro irradiaba una alegría que parecía rayana en lo salvaje.

—¡No morirá! ¡No morirá! —exclamó dirigiéndose a mí. Se inclinó sobre mí y me besó impetuosamente las manos una y otra vez, se levantó luego, recorrió la estancia, palmoteó y rió casi convulsivamente, mientras repetía:

—¡No morirá! ¡No morirá!

Hagar causó en mí una extraña impresión. Lo salvaje y apasionado de su ser, unido a la idea que me había forjado de su relación con Bruno, me inspiraba rechazo, a la par que su amor y su belleza me atraían irremisiblemente.

Cuando llegué a la sala, la encontré llena de gente. Allí estaba Elsa, con un cargamento de cosas de su señora; allí estaba Tuttén; allí estaban Jean-Jacques y Jane-Marie. Oso estaba de pie como un pachá, si es que los pachás se quedan de pie alguna vez, en medio de la sala, respondiendo aquí, ordenando allá, mandando aquí y allá.

Con sorpresa y regocijo supe que a *ma chère mère* le habían aplicado una sangría. Ella misma había accedido a ello, siguiendo el consejo de Oso. Por extraño que parezca, tiene confianza en la cirugía, aunque desconfía enormemente de la medicina, y se niega a tomar medicamentos. Después de la sangría consiguió tranquilizarse, pero no conciliar el sueño.

A Jane-Marie y a Jean-Jacques tenía que contarles todo lo acontecido. Su modo de tomarse el asunto me complació de veras. Los dos se conmovieron y se alegraron de verdad de la reconciliación, pese a que esta alterará sustancialmente sus propias expectativas.

Elsa interrumpió nuestra conversación cuando apareció para avisar de que acudiera a la alcoba de *ma chère mère*. Allí dentro encontré a Oso.

—¡Quiere que duerma! —me dijo *ma chère mère*, no sin indignación—. Quiere que mis ojos se cierren en paz, y todavía hoy no he visto a la luz del día a mi único hijo, ¡el mismo hijo que, ahora, ha puesto en peligro su vida para salvar la mía! Pero sabed que, hasta que no lo haya visto, no alcanzaré ningún reposo ni en el cuerpo ni en el alma, y que me aspen si le pediría permiso a nadie de tener yo algo de fuerza en las piernas.

—¡Oso! —le dije en un aparte—. ¡No se lo impidas! Deja que haga su voluntad. «La voluntad del hombre es su reino de los cielos.»

—Querida mía, querida mía, ¡tú y tu reino de los cielos! —dijo Oso ceñudo, y rascándose la cabeza—. Esos reinos de los cielos pueden conducir a los del infierno, o por lo menos a la muerte, si se dan cuando no conviene.

—Pero tú mismo lo estás viendo, aquí no habrá reino celestial hasta que *ma chère mère* no consiga hacer su voluntad. Y además, es bien natural. Yo en su lugar no obraría de otro modo. ¡Permítele ver a su hijo! Bruno puede venir a su alcoba.

—¡No, qué demon...! Él no puede moverse de su sitio en todo el día. En tal caso, mejor sería llevarla a ella adonde está él, si es que necesariamente han de verse y alterarse mutuamente. Incomprensible, que la gente no pueda...

—¡No os quedéis ahí cuchicheando! —dijo *ma chère mère* indignada—. Venid aquí los dos y, si tenéis sensatez y sensibilidad, me ayudaréis a ir a la alcoba de mi hijo. Prometo que la visita será breve, y que no vamos a hablar.

Oso dejó de negarse. Le servimos de apoyo por un lado Elsa y yo por el otro, y así la

condujimos hasta Bruno, y la sentamos en una amplia mecedora que había junto a su lecho. Se desarrolló allí dentro una escena muda pero conmovedora. Madre e hijo se abrazaron en silencio. Seguidamente, ella se quedó sentada, mirándolo con la mano entre las suyas. Se apreciaba en los dos lo honda que era la reconciliación. Cuando llevaba unos diez minutos allí sentada, posó la palma sobre la frente y el pecho de Bruno, como bendiciéndolo. Él quiso decir algo, pero ella le selló los labios con la mano, y él la retuvo allí un buen rato. Una lágrima le humedeció la mejilla. ¡Ay, cómo ansiaba yo ver el llanto anegar los ojos de la madre! Pero siguieron secos, aunque llenos de ternura. Nos indicó con una seña que quería marcharse; ya era hora, pues estaba afectada en extremo y con una palidez mortal.

De nuevo en su lecho, se quedó unos instantes tendida, inmóvil por completo, con las manos cruzadas. Parecía rezar. Luego me indicó con la mano que me acercara, y me dijo con ufana alegría:

—¡Qué mayor está! ¡Un hombre muy apuesto, Fransiska! Ahora he podido comprobar que se parece mucho a mi difunto marido. ¡Un verdadero Hércules! Claro que tampoco tenía el niño a quien salir que fuera enclenque y feo, ni por parte de padre ni por parte de madre. Claro que todo eso es vanidad —añadió con un suspiro, que pretendía ser humilde—, y no constituye el valor de la persona.

Dejó luego que Jane-Marie y Jean-Jacques entraran, y fue con ellos sumamente amable. Cuando Jane-Marie supo que yo me quedaría en Ramm mientras *ma chère mère* hubiera de seguir allí, se puso muy agria conmigo y me dedicó una fría despedida. Me dolió.

Por lo que a mí respecta, he tenido que instalarme para quedarme aquí todo el tiempo que dure la enfermedad de *ma chère mère*. Ella y Oso lo quieren así, y yo no lo quiero menos. No sería capaz de dejarla, mientras su estado sea grave.

—Siempre y cuando logre dormir —dice Oso—, quedará fuera de peligro.

Sin embargo, el sueño, precisamente, no acude a sus ojos, y la agita sin descanso un desasosiego interior. He escrito estas líneas durante los dos días que llevo aquí. Esos dos días los ha pasado sin pegar ojo, y persiste en su empecinamiento de no tomar nada. Tampoco los ruegos de Bruno ejercen ninguna influencia. Dice que los medicamentos siempre han sido como un veneno para ella. Yo tengo mi escritorio en su alcoba. Eso la calma, según dice. Bruno está mejor, pero no puede levantarse y apenas hablar. Y es que Oso es un doctor muy estricto, según veo. No creo que lo tome por médico mío. Así se lo he dicho. Él se ha limitado a poner cara de burla y ha dicho:

—¡Eso ya lo veremos!

No me explico cómo puedo escribir con tanto ánimo, el estado de *ma chère mère* me tiene hondamente preocupada, pero tengo tantas distracciones... Además, ella se encuentra tan de buen humor y tan feliz que no cabe sino alegrarse al verla. Pero ¡quiera Dios que este suceso no tenga un triste final! ¡Ojalá en mi próxima carta pueda decirte que reina aquí una gran alegría porque hay salud!

CARTA XIV



Ramm, 6 de septiembre

Me veo totalmente abrumada de invitaciones, billetes, visitas de cortesía. Los rumores de lo ocurrido circulan por ahí transformando el vecindario en un puro comité inquisidor. Todos vienen aquí en tropel. Preguntan e indagan, y expresan sus buenos deseos y sus felicitaciones. *Ma chère mère* parece ser la más notable personalidad del lugar. Incluso el alcalde de la ciudad y sus consejeros han preguntado por su estado de salud. Se conoce que, poco a poco, han llegado a considerarla, punto más, punto menos, una personalidad de la magistratura, dado que con tanto empeño señala todos los desórdenes de la ciudad, y de vez en cuando organiza buenas cenas para el alcalde y su consejo.

El estado de *ma chère mère* sigue siendo, por desgracia, el mismo. Hoy es el tercer día que pasa sin dormir. Oso está muy contrariado, aunque más que oírlo, lo veo.

Acabo de recibir un billete de Serena, que te copio aquí mismo:

¡Mi buena Fransiska! Mándame unas letras y, si es posible, ¡que sean alentadoras, que sean de consuelo! Por aquí circula toda suerte de extraños rumores. Dicen que la generala Mansfelt ha corrido un grave peligro; que el señor, ya sabes a quién me refiero, ha sido quien la ha salvado; que ha reconocido en él a su hijo, que se han reconciliado, pero que ahora los dos están... ¡moribundos! Dicen que también tu vida está en peligro. Cuentan tantas cosas y tan disparatadas... Ayer fui a buscarte a Rosenvik, pero no estabas. Estabas en Ramm, me dijo tu Sissa. Tus flores parecían mustias. Traté de animarlas con un poco de agua fresca. De algo sirvió. Pero Fanny, también yo estoy mustia, y desde ayer todo lo que le leo al abuelo es latín para mí. Mi buena, mi querida Fanny, manda unas palabras de ánimo a tu

Serena

Claro, Serena, no solo unas palabras, sino muchas te he de mandar. Me reprocho no haberme anticipado a tu deseo. ¡Bondadosísima criatura! ¿Quién no querría darte satisfacción? Maria querida, te dejo ahora un rato, para escribir a Serena.

¡Todo igual sin variación! Sin sueño, sin descanso. Una vigilia obsesiva, un desasosiego incesante, que trae consigo algo indescriptiblemente doloroso para quienes rodean a *ma chère mère*. Ella misma está ya convencida de que va a morir, y ha mandado redactar hoy su testamento. Yo estuve presente mientras lo hacía y en verdad que es de admirar el estricto sentido de la justicia y el escrupuloso sentido de la fidelidad con que aborda todo aquello que tiene a su cuidado. Notable es, también, el orden que lleva hasta en lo más insignificante, y con qué pulcritud y claridad lo organiza todo. Es una suerte de orden férreo que lleva hasta la mezquindad, aunque en la despedida de lo terrenal resulta digno de respeto. *Ma chère mère* demostró ser en esto la misma que había sido toda su vida: escrupulosamente honrada e íntegra, benefactora, aunque sin hacer alarde, fiel a sus amigos y agradecida.

Sea como fuere, no soy capaz de reconciliarme con la idea de que vaya a morir. Oso parecía temer más por su juicio. Está considerando prepararle un somnífero, pero cómo conseguir que se lo beba es otra cosa.

Ma chère mère no quiere ni oír hablar de que va a vivir. Como ella dice, ya ha tomado partido y ha apostado seriamente por la muerte, y solo piensa en ir bien lista y preparada.

El 9

¡Extraño episodio! ¡Qué ideas tan estafalarias no pueden enredar en la cabeza de los hombres!

Ma chère mère había mandado venir a un carpintero, nadie se explicaba por qué. Cuando el hombre llegó, le pidió que entrara en su alcoba y le tomara las medidas para... ¡el ataúd!

Luego encargó la ornamentación con extraordinario cuidado, y me pidió que anotara lo que quería que dijera la placa. (N. B.: La puerta que da a la alcoba de Bruno estuvo cerrada mientras se producía este suceso.)

—Entonces, maestro Svensson —dijo una vez que todo estuvo listo—, ¿cuánto me va a costar mi ataúd?

Turbado y sorprendido por un negocio como aquel, el carpintero reflexionó unos instantes, y dijo al cabo:

—¡Cincuenta coronas en billetes de banco, señorita!

—¿Está usted loco, maestro Svensson? —dijo ella bruscamente—. ¿Cincuenta coronas en billetes? ¿Veinticinco coronas más de lo que cobró por el ataúd de mi difunto marido? Piense bien en lo que dice. Puedo enseñarle el recibo del ataúd del general, maestro.

—La madera de roble, señora, ha subido mucho de precio desde...

—¿Y quién demonios le ha pedido que utilice madera de roble? Por lo que a mí respecta, puede usted hacerlo con abedul o pino o la madera que le plazca. Este cuerpo miserable se convertirá en tierra ya descanse en un ataúd de roble o de pino. «Pobre o con dinero, en la muerte, son parejos.» Cierto es que yo soy de familia de rancio abolengo, y también lo era mi marido, el difunto general Mansfelt, pero ¿y qué, maestro Svensson?

Cuando Eva tejía y Adán araba,
¿qué era entonces una alta dama?

»Y, sobre todo, ¿qué es, una vez que el cuerpo está en la tumba? Use pino, o mejor, abedul, para mi ataúd, buen Svensson, y hágalo por cincuenta coronas de plata.

—¡Sesenta coronas, señora!

—¡Cincuenta coronas, maestro Svensson! Más no le daré, y tendrá que avenirse. Cincuenta coronas de plata es mi oferta. Ni un céntimo más. Lo invito, eso sí, al festín, que mi casa dará en mi entierro. Recuerde, Fransiska, que el maestro Svensson estará presente; o más bien, lo recordaré yo misma, cuando ordene las disposiciones del entierro. Adiós, querido maestro. Acordado queda. ¡Muchas gracias, maestro! ¡Bienvenido! ¡Adiós!

Por mucho que llevo visto de las peculiaridades de *ma chère mère*, debo confesar que semejante reacción me sorprendió no poco. Al mismo tiempo era muy consciente de que no la había movido a encargarse su propio ataúd y a regatear el precio ningún deseo de extravagancia, sino solo un deseo inapelable de orden y concierto. Diríase que a *ma chère mère* todo eso le parecía normal y, cuando se fue el carpintero, me dijo:

—Estos artesanos son unos animales insaciables. Hay que ajustarles bien las cuentas. Mas «no caerá mi ganso en las zarpas de su zorro».

Seguidamente, prescribió las condiciones de su entierro. Me fue dictando y yo fui escribiendo cómo debía suceder, cuántos kilos de bombones se habían de comprar, etcétera. Mandó enviar un correo al pastor de su congregación, con la petición de que acudiera a Ramm al día siguiente.

—Es mi deseo —dijo *ma chère mère*— morir como conviene y corresponde a un cristiano.

Cumplidos todos los preparativos, expresó una gran satisfacción al ver que «había dejado todo organizado y dispuesto», y me pidió que le diera algo de beber.

—De esa sopa rancia ya estoy bastante harta —dijo—. Me gustaría tomar otra cosa, pero no sé qué.

Una idea felicísima se me ocurrió en ese momento, y me apresuré a decir:

—Conozco la receta de una suerte de limonada, propiamente un tipo de pan aguado; en una palabra, una bebida muy refrescante y benéfica. ¡Me encantaría preparársela!

—Sí, Fransiska, ¡prepárala! No andas tú corta de ingenio. Siempre se te ocurre alguna solución, y un carácter así es una suerte. «Más vale falta de pan que de ingenio.»

Me fui corriendo en busca de Oso y le conté mi propuesta. Se mostró de lo más satisfecho con mi «inventiva» y empezó enseguida a preparar su brebaje somnífero y mi pan aguado, pues eran una y la misma cosa. Bruno, mientras tanto, se encuentra de un humor inquieto y sombrío, y no está aún libre de vértigos. En verdad que ama profundamente a su madre, y no quiere que muera. Oso trata de calmarlo con buenas y esperanzadoras palabras. Hagar anda muy pendiente de él, pero a él eso parece incomodarle. A menudo la trata con dureza, a mi juicio, pero ella lo sobrelleva todo con servil sumisión. Muy bajo, en verdad, tiene que haber caído la mujer que así se deja tratar, y que, como un perro, lame el pie que la trata a patadas. ¡Cuán distinta de esta visión servil no es la libre sumisión que una mujer respetada y amada bien puede dedicar al objeto de su amor puro! ¡Pobre Hagar!

Ma chère mère no soporta a Hagar, y Hagar evita su mirada dura y penetrante.

—¡Seguro que es su Dulcinea! —me dijo ayer—. Pienso hablar de ella con Bruno. No permito ese tipo de cosas.

Ya está lista la bebida soporífera, y yo misma la he de servir. ¡Que Dios me asista! Me parece que estoy representando para *ma chère mère* un papel engañoso, y la sola idea me atormenta.

Más tarde

¡Está hecho! Lo conseguí, pero no fracasó por los pelos.

Cuando cogí la copa con el somnífero de manos de Oso, dije con cierta angustia:

—Oso, tú estás seguro de que esto no la dormirá para siempre, ¿verdad?

—¿Me tomas por un matasanos, Fanny?

—¡Bien sabe Dios que no! Tú eres Escolapio en persona, pero... pero... ¡Ay, Oso, me da la impresión de que es difícil engañarla!

—¿Prefieres dejar que pierda la razón, o que sufra un derrame? Fanny, querida, no es posible seguir dudando. Hazlo rápido, y tanto mejor irá todo. Con la ayuda de Dios, este brebaje la salvará.

Yo me fui a la alcoba de *ma chère mère* y le ofrecí la copa, diciéndole con toda la seguridad que pude:

—¡Aquí tiene mi bebedizo!

—¡Ah, excelente! —dijo, se incorporó, probó la bebida, dio un respingo e hizo una mueca—. ¿Qué espanto de mejunje has preparado aquí, Fransiska? —exclamó—. ¡Sabe a veneno puro! —Clavó en mí su más penetrante mirada.

Si hubiera llevado en mi inocente mano una copa con veneno, no habría temblado más, ni habría parecido más culpable. «¡Desdichado Oso! —me dije a punto de llorar—. ¡Ahora tendré que apurar la copa yo misma para demostrar mi inocencia, así tenga que dormir hasta el día del juicio final!»

—¡Que Dios te proteja —continuó *ma chère mère* con la misma mirada— si estás confabulada con tu marido para engañarme!

—Si así fuera —dije yo rodeándole el cuello con el brazo libre, besándola y humedeciéndole las mejillas con mis lágrimas, brotadas a medias por el cariño y el temor—, incluso si así fuera, ¿no querría madre ser buena con sus hijos y tomar esta bebida por ellos, y confiar en ellos y creer que, aunque con cierto mal sabor, no le hará sino bien?

Ma chère mère se me quedó mirando unos instantes, seria pero amable, y dijo al fin:

—Eres una mujer ingeniosa, Fransiska, y una buena hija, y entiendes bien a esta anciana; y por estas tres razones te aprecio yo, y estoy dispuesta a hacerte el gusto, así ocurra lo que ocurra quiera. ¡Salud, hija mía! —Y dicho esto, apuró la copa de un solo trago.

Yo la abracé, le di las gracias y lloré de alegría. Ella me dio unas palmaditas cariñosas en la mejilla, como disfrutando de sentirse querida.

Corrí triunfante en busca de Oso y le mostré la copa vacía.

—Claro, claro... —dijo él entonces—. Ya me figuraba yo que saldría bien, que la bebida no tendría tan mal sabor, y desde luego que no ha sido fácil de preparar...

—¡Qué vanidad la tuya, Oso! —lo interrumpí—. ¡Deja ya de alabar esa bebida tuya tan odiosa!

Y le conté cómo había ocurrido todo, y debo hacerle justicia diciendo que convirtió las alabanzas del brebaje en alabanzas de mí misma.

Abrigo la secreta esperanza de que el bebedizo surta efecto. *Ma chère mère* no duerme, desde luego, pero está muy serena. Son las nueve. Esta noche la velaré yo.

A las once. ¡Está durmiendo! ¡Gracias a Dios! Duerme bien y profundamente. ¡Es un disfrute verla dormir! Oso ha amenazado a todos los de la casa para que guarden silencio. Nadie puede ni moverse ni rechistar. Está todo más callado que un sepulcro. ¡Ay! ¿Cómo ha llegado esta palabra a mi pluma? La borro ahora mismo. Hago guardia en la alcoba de *ma chère mère* con Elsa, cuyo incansable celo no puedo sino admirar. Oso está con Bruno, para que esté tan sereno como sea posible, mientras aguardan el desenlace de este sueño. Espera lo mejor. Por ver de mantener el máximo silencio, se ha cerrado la puerta entre las dos alcobas, pero hemos acordado que, al menor cambio en el estado de *ma chère mère*, se lo anunciaré a Oso con una nota escrita que introduciré por el ojo de la cerradura.

A fin de no perder los ánimos mientras tanto, voy a dibujar el perfil de Elsa, que, en estos momentos, sobre el etéreo fondo del resplandor de la lámpara, veo oscuro, marcado, como tallado en piedra, y mirando de hito en hito a la durmiente.

A las dos. *Ma chère mère* duerme todavía, duerme profundamente y empieza a sudar en abundancia. Se lo he indicado a Oso. «¡Buena señal!», me respondió él. Alabado sea Dios, ahora espero que todo vaya bien.

El dibujo de Elsa se le parece. El original sigue sentado en el mismo lugar y mira sin cesar al mismo punto.

A las cuatro. Elsa se me acercó hace un instante y me susurró con una voz apenas audible:

—¿Cree la señora que volverá a la vida? ¿Cree que se despertará?

—Sí, tengo la certeza de que sí.

—Si ella muere, quiero morir yo también.

—¿Y eso por qué, mi buena Elsa?

—¿Qué haría yo en este mundo sin ella? Y además, la generala puede necesitar a alguien en el reino de los cielos para que la cuide, para que esté disponible día y noche.

—Allí estará con los ángeles de Dios, Elsa.

—Sí, señora, pero ellos no sabrán adaptarse a su humor tan bien como yo. ¡Ellos no llevan cuarenta años viviendo con la generala!

Elsa volvió a su puesto y adoptó la misma posición de antes. Volví a distinguir el sombrío perfil sobre la luz del fondo. El apego fiel y firme de Elsa me conmovió hasta lo más hondo, y pensé en las palabras de Goethe: «*Nicht nur Verdienst, auch Treue wahrt uns die Person*[80]».

A las seis. *Ma chère mère* sigue durmiendo, duerme profundamente y, al rayar la luz del día, tiene en el rostro una palidez terrible. ¿Y si duerme su último sueño? Con motivo del sueño de *ma chère mère*, Oso y yo hemos tenido un intenso intercambio escrito por el ojo de la cerradura. ¿Quieres una muestra? Porque no quiero sobrecargar la carta con el conjunto.

Nota

1. ¡Duerme, duerme y duerme! Empiezo a temer que no despierte.
2. ¡Se despertará!
3. ¡No sería el primer oráculo que yerra!
4. Este no.
5. Hombre sabio, Oso y profeta,
dime, si lo sabes todo,
quién, en la noche callada,

te llama luz y tesoro.

6. Nadie sino mi mujer,
ella sola, créeme.

7. Hombre sabio, Oso y profeta,
dime, si lo sabes todo,
quién, en la noche discreta,
susurra tu vanidad.

8. Nadie, sino mi mujer,
yo sé leer su lenguaje,
por vanidad, leo genio,
y... ¡al cuerno con tanto verso!

¡Basta ya de niñerías!

A las nueve. ¡Fuera ataúd, dulces y sepelio! *¡Ma chère mère* está viva y viva seguirá! Se ha despertado, está tranquila, lúcida, se siente bien, aunque cansada en extremo. Oso responde ahora de su vida. Nos hemos abrazado a diestra y siniestra de pura alegría. ¡Y Bruno! No pude contener el llanto cuando lo vi abrazado a las rodillas de Oso. ¡Ay, voy a querer a Bruno, pues sabe amar! *Ma chère mère*, por su parte, parecía algo sorprendida, pero está satisfecha y serena. Le he llevado un té hace un momento. Al coger la taza de mis manos, me ha mirado con una expresión bondadosa y pícaro y me ha dado una palmadita en la mejilla. Ha vuelto a dormirse tan tranquila, y yo pienso ir ahora a disfrutar de algún descanso.

El 11

Todo va bien, muy bien, y todos estaremos sanos muy pronto, a menos que yo enferme de pura nostalgia de mi querida Rosenvik. *Ma chère mère* recobra fuerzas rápidamente, ya puede pasar algún rato levantada, pero no quiere partir hasta que Bruno se haya recuperado lo bastante para acompañarla a Carlsfors. Y, hasta que eso ocurra, yo tampoco podré irme a casa. «¡Paciencia!», dice Oso. ¡Odiosa palabra! En cuanto la oigo, me invade la impaciencia. Mientras tanto, te envío esta carta, te abrazo, Maria querida, y doy gracias a Dios por cuanto es.

CARTA XV



Ramm, 16 de septiembre

¿No te ha ocurrido nunca, Maria, que hayas tomado a una persona, como Robinson Crusoe tomaba su isla, por terreno frío y yermo y, de repente, un suceso, un viaje de exploración, te permite, como al mencionado Robinson, cobrar conciencia de que existe un hermoso paraje, rico en benéficos frutos? Los viajes de exploración en el mundo llamado «ser humano» se desarrollan, al igual que en otros lugares, también para mal, y no es infrecuente encallar, como el capitán Ross[81], en el hielo; a mí, sin embargo, me han llevado más bien a territorio amable. Y así ha sido también hoy. ¿Quieres acompañarme a uno de esos viajes? Mi isla se llama ahora «magistrado Hök».

Velo ahí, plantado en un taburete, como un pino en una roca, en la estancia de *ma chère mère* en Ramm. Ve también, hundida en un gran sillón Emma[82], como un pájaro en su nido, a la animosa señorita Hellevi Husgafvel. Ve, imponente y sola igual a sí misma, a *ma chère mère*, retrepada en un rincón del sofá, de nuevo con el casco alto sobre la alta frente. Ve a Bruno, que, cual una hermosa noche, ensombrece y embellece la otra esquina del sofá. Ve también a un par de figuras corrientes, sentadas fieles una junto a otra, como una pareja de palomas, o como un oso y su hembra. Ve un ambiente grato en la sala y serenidad en el rostro de quienes la ocupan, y oye lo que, en la semipenumbra del atardecer, discurre ligero del corazón a la lengua y de ahí, ahora, a tus oídos.

Señorita Husgafvel: ¡Tío Hök! Tiene usted esta noche un aspecto tan recto y tan perfecto que me siento totalmente deprimida. Sin duda me animaría que ahora, a esta luz penumbrosa, nos confesara algún defecto, alguna debilidad menor. Por ejemplo, estoy segura de que es usted tacaño con alguna cosa. Cada uno tiene sus preferencias, si se piensa sinceramente.

Ma chère mère: «Barre tu puerta antes de barrer la de tus vecinos», dice el dicho. Empiece por sí misma, prima Husgafvel, y confiese sus pecados.

Señorita Husgafvel: Yo, pobre y pecadora, confieso sinceramente que tengo por los alfileres y las maculaturas una debilidad rayana en la codicia.

Magistrado Hök (*con suma gravedad*): Y para mí no hay en el mundo nada máspreciado que las botellas, vacías o llenas, y me es muy difícil no darle a mi criado un bofetón cuando rompe una.

Señorita Husgafvel: ¡Oh, divino, divino! ¡Mi querido, mi extraordinario tío! ¡Eh, oigan, oigan,

queridos! No se crean mejores —ni peores— que nosotros. ¡Reconozcan sus pecados como es debido! ¿Su debilidad, querido doctor? ¿Los medicamentos, acaso?

Oso (*lacónico*): ¡El papel!

Señorita Husgafvel: ¡Bien! Menos recetas, pues. Pese a todo, no podemos vivir sin usted. ¿La suya, señora Werner?

Fransiska: Agujas e hilo.

Señorita Husgafvel: ¿No quiere la generala aportar su contribución a nuestro pequeño repertorio?

Ma chère mère: ¿Por qué no? Aunque temo que, si pusiera todas mis debilidades en la balanza, resultaría excesivo. Dense, en todo caso, por satisfechos con las cosas que no doy de buen grado: retales de cinta y sábanas viejas. Recordad, pues, amigos míos, que «el que no guarda una moneda, nunca tendrá dos»; «el que gasta más que gana, verá pronto vacía su despensa»; «el que guarda, halla».

Se hizo cierto silencio. Le tocaba ahora a Bruno el turno de confesar alguna inocente debilidad, pero bien porque no tuviera tal, lo cual resulta espantoso, bien porque no hubiera prestado atención a nuestro parloteo, lo cierto es que no mostró la menor intención de hacer ninguna confesión, y ninguno de nosotros sintió el menor deseo de pedirle que lo hiciera. Estaba sentado con la vista baja, calladamente sumido en sus cosas, y apoyaba en la mano la cabeza vendada. El magistrado Hök interrumpió el silencio un tanto incómodo y, en respuesta a las palabras de *ma chère mère*, dijo:

—Mucha razón tiene la generala, y cada uno debe ser en lo suyo como un coleccionista.

Señorita Husgafvel: Cuidado, tío Hök, ¡no vaya a convertir en virtudes nuestros pecados! Ya sabe, escrito está que hemos de hacernos tesoros allí donde ladrones no minan ni hurtan.[83]

Magistrado Hök (*animoso*): Allí, muchos, sí, pero unos pocos también aquí. Bien mirado, tiene su razón de ser.

Ma chère mère: Del mismo parecer soy yo.

Fransiska: ¿Qué es la humanidad entera, si no es una inmensa procesión de personas que buscan y atesoran? Pero ¡ay! ¡Cuántos son los que nada encuentran y nada guardan!

Magistrado Hök: Y todo porque no se han buscado ni se han encontrado a sí mismos. Pues en el fondo, todo ser humano busca principalmente la armonía consigo mismo, aunque ya se figuran lo que quiero decir.

Fransiska: Pónganos un ejemplo, magistrado Hök, uno vivo, de poder ser, así podremos entenderlo sin muchos rodeos.

Señorita Husgafvel: Usted, por ejemplo, mi digno tío, se ha encontrado a sí mismo, pues nunca había visto yo a nadie tan sereno, tan seguro y, permítaseme decirlo, tan sabio y bueno. Díganos cómo buscó y cómo encontró.

Fransiska: ¡Oh, sí, querido magistrado, díganoslo!

Magistrado Hök: ¿Saben bien lo que me piden, señoras mías? ¡Nada menos que lo principal de la historia de mi vida!

Señorita Husgafvel y Fransiska: ¡Oh, sí, sí, cuéntenos la historia de su vida!

Magistrado Hök: A dos damas tan adorables no puedo negarles nada. Debo, así, comenzar por la más difícil confesión, pues ignoran ustedes sin duda que este que aquí les habla es... ¡un escritor fracasado! Bien está que ya sea tan de noche. Veamos, una vez dado el tan difícil primer

paso, los demás serán más fáciles. Mi padre era un meritorio literato, y educó a su hijo para que emprendiera el mismo camino. Mis cualidades parecían favorecer su deseo. Muy pronto empecé a escribir versos y piezas teatrales para las celebraciones de santos y cumpleaños; recibía a cambio bombones, elogios, y olfateaba los laureles en la distancia. Me crié con las obras de los poetas a diestra y siniestra. Los leía una y otra vez, hasta que los aprendía de memoria, y tomaba sus pensamientos como propios. Mis padres eran ambiciosos y espoleaban mi avidez de reconocimiento. Algún que otro intento poético cosechó éxito entre el público y elogios en los periódicos y, ebrio de todo ello y gracias a los ánimos de mis padres y a las alabanzas de mis jóvenes amigos (entre los que destacaba en particular un caballero optimista como pocos llamado Alondra), resolví que, como Byron, me plantaría de una carrera en lo más alto del Parnaso del momento. Escribí una tragedia en cinco actos y... ¡aguarden! Debo detenerme un instante en este momento de aparente dicha. Los poetas verdaderamente grandes gozan, diría yo, de cierta serena calma en el instante mismo de la inspiración. Son devotos de su materia, y se entregan a ella con sagrada convicción. Cuando contemplan lo que han hecho, cabe que se sientan más inclinados a estar insatisfechos que satisfechos con sus criaturas. Eso sucede porque poseen una comprensión profunda de la grandeza de la vida. Precisamente que lo sientan así los hace grandes. Los genios menores, los escritores que se sienten muy satisfechos consigo mismos y con su trabajo, deberían tener miedo y recordar las palabras de Boileau: «*Le sot à chaque vers soi même s'admire*»[84].

»Yo no albergaba ningún temor mientras escribía mi tragedia. Me embargaba el entusiasmo, y confundí mi arrebato con el del público. Entraba en mi gabinete con paso ampuloso, declamando mis versos. En las partes más espectaculares, es decir, en las que a mí me lo parecían, me detenía y... oía el aplauso del público. Esto me estimulaba, me elevaba alto y... luego descendía enseguida, aunque no por ello entraba en razón. La parcialidad de mis padres y amigos favorecía mi estado de embriaguez. «¡Llegarás muy alto!», decía Alondra. Así lo creía yo: que solo una representación teatral me separaba de la gloria eterna.

»Esa representación se estrenó. Mis esperanzas estaban por las nubes; mi tragedia... por el suelo. Ni una sola palmada. Silencio, frío, unos silbidos, ¡incluso risas! Días después, las críticas de la prensa general, que no dejaron un solo pelo en la cabeza de mi *Christiern II*, trataron de arrebatarme toda esperanza de merecer un día siquiera un mínimo laurel. Pero bien sabía yo que lo mismo había acontecido a muchos que luego, pese a todo, llegaron a ser grandes y celebrados escritores, conque decidí no dejarme amedrentar por ello. En vano quise consolarme con la idea de la necesidad de los críticos y la mucha experiencia que los escritores tenían de ella. Mi crítico exterminador fue el público en general y, peor aún, ¡yo mismo! Es ese el más alto tribunal, al que no cabe recurso de apelación. Como fuere, de él me encontraba yo muy lejos en los primeros instantes posteriores a la caída de *Christiern*. Vencido, aunque más indignado que vencido, quise batallar contra mis críticos, contra el público. Castigar a los primeros con mordaces respuestas, al segundo, con otra tragedia. Pero en ese momento dio un paso al frente mi nunca suficientemente ponderada amiga la aquí presente generala Mansfelt, y me lo impidió con la poderosa sensatez por la que, ya en sus juveniles años, destacaba.

«—Querido amigo —dijo ella—, ¡mejor huir que luchar mal! De nada vale gritar ¡zape!, después de comido el pescado. Es inútil llevar leña al bosque. ¿Por qué echar mantequilla al fuego que lo consume? Deje que la gente grite, y mire a ver si no tienen razón. Yo no entiendo su obra, pero puedo decirle que no me gusta gran cosa. Se me antoja afectada. Pero si yo anduviera errada y el público también, pues ¡bien!, entonces su obra tendrá reconocimiento un día. No es la

primera vez que esto pasa, quiero decir, con libros y con personas. Sin embargo, si después de comprobarlo concienzudamente viera usted que el público tiene razón, bien, en ese caso, abandone la empresa. De nada servirá luchar por ella. “Aunque la mona se vista de seda, mona se queda.” Y si ha escrito usted un mal drama, ¡sea!, ya escribirá uno mejor. Y, si no puede, será que no vale para escritor, ¿y qué? ¿Es usted peor persona por ello? ¿No tiene, acaso, muchas vías expeditas para llegar a ser competente y feliz? ¡Querido Hök! Solo le pido que abra los ojos a tiempo. Lo ideal es hacer del primer daño hecho el último, y agradecer tan amarga lección.

»Yo agradecí la moraleja de mi querida amiga, me fui a casa y consideré con serenidad mi malograda tragedia. Fue entonces como si se me cayera el velo de los ojos. No fui lo bastante sensato para no dejarme embriagar, pero tampoco fui lo bastante loco para no volver al estado sobrio. Vi claramente que mi tragedia se parecía al divino canto de Schiller solo en la medida en que un mono se parece a un ser humano, y la arrojé al fuego. Tomar ese camino en mi caso no era, por lo demás, nada fácil. Yo me había preparado para una carrera literaria y ahora me veía obligado a ir reconociendo cada vez más mi falta de fuerza creadora, de talento poético. Carecía de inclinación por otra actividad, no sabía qué hacer en la vida, en qué me había de convertir, había perdido el norte. Mi buque iba a la deriva. A todo esto era preciso añadir el desánimo y la desolación de mis padres, el gran chasco de mis amigos y sus “¡Pobre Hök!”. También Alondra suspiraba: “¡Pobre Hök!”. ¡Era imposible de soportar! Y aquí acudió otra vez en mi ayuda mi extraordinaria amiga de la juventud, y consiguió de mis padres el permiso para que yo emprendiera un viaje por el extranjero para, en palabras suyas, “alejarme de todo aquello”.

»Viajé, a menudo a pie, pues carecía de medios, por buena parte de Europa. Viajé por un período de dos años, vi la vida en muchas de sus formas, reflexioné y comparé. Mi fracaso en el mundo de la creatividad me había fortalecido la razón, y el sufrimiento que había experimentado me infundió el apremiante deseo de comprender las cosas que, en cualquier parte y en cualesquiera condiciones de vida con cierto grado de cultura, procuran a la existencia paz e independencia. Entre las muchas observaciones que hice, no quiero mencionar más que una (por trivial que pueda parecerles), pues acabó teniendo gran importancia en mi vida: el mundo es rico en cosas excelentes y en cosas hermosas. La capacidad de, con justicia, comprender, valorar, admirar la belleza es un medio extraordinario para alcanzar ennoblecimiento, serenidad y dicha. Si el vanidoso afán creador que a tantas almas jóvenes y vivaces domina se convirtiera en deseo de conocimiento, en capacidad de admirar lo bello y lo excelente, su inquietud se transformaría en sosiego, habría en el mundo un número menor de personas incapaces e insatisfechas, y creaciones artísticas endebles. Los verdaderos talentos gozarían de más admiradores verdaderos y llegarían por esta razón más alto. El artista y el entendido se necesitan y se elevan mutuamente. A las mejores personas, a las más felices, las encontré entre quienes, a una actividad útil y estable en la vida civil, unían una gran sensibilidad por la belleza y la capacidad de disfrutar de las más nobles creaciones del arte.

»Al cabo de dos años de viajes y de observaciones, regresé, restablecido ya en cuerpo y alma, y comencé una nueva carrera. No abandoné, pese a todo, la belleza de la literatura; al contrario, cuanto más se asentaba mi posición, tanto más profundo era el amor que me unía a esa fuente vivificadora. Pero había llegado a conocerme a mí mismo. Ya no aspiraba a la fama del artista, a sus laureles y su corona de espinas, pero sí cultivé a fondo al ilustrado amante y conocedor del arte que llevaba dentro. Deseaba, ya que yo mismo no era capaz de crear lo bello, que nadie me superase en capacidad para apreciarlo y valorarlo de verdad. Me atrevería a decir que no he

fracasado del todo. Una vez que renuncié a esfuerzos vanos y que aprendí cuál era mi talento, quedé tranquilo y feliz. Ahora soy viejo, y cada año que pasa me aleja del mundo, pero no de la belleza eterna, que en él se renueva sin cesar en formas siempre cambiantes. A ella me aferro con amor, así mantengo joven mi corazón, así impido que mi pensamiento encanezca con mi pelo, y así puedo abrigar la esperanza de ser un suplicante no indigno llegada la hora, allí donde la belleza tiene su verdadero hogar.

Así habló el anciano Hök, y sus dulces ojos azules brillaban con una paz animosa. Le dimos las gracias de corazón, y yo, algo irreflexiva, exclamé:

—¡Oh, yo querría que todas las personas, las que han encontrado el camino y las que no, pudieran, antes de abandonar este escenario, hacer sus confesiones! Tengo la certeza de que no habría libro más divertido y útil que una colección de tales biografías. Se convertiría en una buena guía para quienes buscan su camino en la vida. ¡Mi buena señorita Husgafvel! ¿No querrá usted contribuir con su relato? Yo me comprometo a ponerlo por escrito. Es usted, tengo entendido, una de esas personas que han buscado y han encontrado.

—No puedo negarlo del todo —respondió la señorita Hellevi—, por más que aún falte mucho para que esté completamente en paz conmigo misma. Creo, sin embargo, que la catequesis me ayudará en ese empeño. Con todo, ya he encontrado en el mundo mucho más de lo que sospechaba en mi juventud y, si ustedes, damas y caballeros, quieren oír una historia triste, se la contaré gustosa:

»No he sufrido grandes desgracias, no tengo reveses que lamentar. He recorrido mi mundo con toda la tranquilidad deseable, pero he sufrido... tedio, un tedio implacable, y puedo por tanto decir que he soportado la mayor carga de este mundo. Mi padre, y tengan a bien, amigos míos, tomar nota de estas palabras mías, mi padre fue un hombre de honor, recto, sincero. Todos los descendientes de los Husgafvel por línea directa han tenido este carácter. Íntegros hasta lo inflexible, rectos de postura corporal y de principios morales, sin desviarse ni a la derecha ni a la izquierda, y lo cierto es que no me explico cómo es posible que yo haya resultado ser un descendiente tan indigno de mis honorables antepasados. Mi padre, como decía, poseía un carácter moral excelente, de ahí que ahora sea feliz en el reino de los cielos, pero tenía unos principios tan estrictos como anticuados en lo tocante a la educación de las mujeres. Creía que, para las jovencitas, era beneficioso aburrirse; o como él lo llamaba, “mortificarse”. Era un enemigo declarado de lo que él calificaba de frivolidad, aunque bajo ese epígrafe figuraba un buen número de inocentes distracciones. Asimismo, detestaba la erudición pedante en las mujeres, pero bajo esa rúbrica quedaba proscrita una serie de conocimientos útiles que aportan felicidad. Por encima de todo valoraba las virtudes domésticas, pero estas quedaban circunscritas a un angosto cerco. Las mujeres teníamos que tejer, hilar, coser, gobernar la cocina y la casa, estudiar a Kajsa Warg^[85] (solo con desagrado veía otro libro en nuestras manos), y así prepararnos para ser mujeres y amas de casa competentes. Él se dedicaba a ejercer una estrecha vigilancia sobre mí y sobre mis cinco hermanas. Y en fin, los días pasaban, por poco divertidos que fueran. Yo, en particular, los hallaba a menudo insoportablemente largos, especialmente a medida que pasaban los años. Tanto hilar se me antojaba de lo más inútil, pues sabía que éramos una familia acaudalada.

»Pasaron los años. A excepción de nuestros viejos parientes, nunca teníamos visitas en casa. Mis hermanas tejían y yo hilaba y, lo confieso, cada vez con mano más cansada. Me oprimía el vacío de mi espíritu y de mi vida. Sufría a menudo vapores y lloros; el porqué no lo sabía de

cierto. La buena de la tía Anna Stina, que sustituía a nuestra madre, era una genuina Husgafvel, obedecía en todo la voluntad de su hermano, creía en la sabiduría de sus principios, pero por lo demás era muy buena con nosotras. Siempre tenía en los labios *Consejos para mi hija*[86], y nos sermoneaba a menudo con estas palabras:

Nuestro hogar es nuestra república;
nuestra política, el acicalamiento.

»Junto con estas:

Y las bellas letras entre nuestro sexo
solo han de valernos como adorno.

»Vivíamos en una casa solariega aislada y solitaria.

»La vida en el campo puede ser una de las más ricas en el mundo; también una de las más pobres. Si el gran libro de la naturaleza está expuesto a la mirada del hombre e iluminado por la luz celestial, puede el ser humano desde su mínima parcela ver y disfrutar todo el esplendor del mundo. Si no ve en la naturaleza más que el patatal, que le proporciona alimento, la vena de oro de la naturaleza le estará vedada, y él mismo estará, como la planta de la patata, atado a la tierra. Nuestra familia vivía en cierto modo como la planta de la patata. Pero debo exceptuarme a mí. Temprano despertó mi admiración el orden de la naturaleza, y sus criaturas, mi ansia de conocimiento. Fui, si bien en el mayor de los secretos, precoz coleccionista de plantas, piedras y conchas. En las largas caminatas que mi padre emprendía por campos y sembrados a fin de comprobar cómo iba la cosecha, debíamos acompañarlo nosotras las más de las veces. Debía de ser muy edificante ver cómo íbamos una tras otra como una fila de becasas por el campo, a veces bajo el sol ardiente, a veces bajo la lluvia. Yo, por mi parte, me quedaba a menudo muy rezagada de las demás, entretendida observando alguna planta o algún insecto. A cuenta de estas distracciones, así como de mis ensoñaciones, hube de sufrir muchas veces las consecuencias de un modo que, aunque amable, hería profundamente mi frágil ambición. Ocurría con frecuencia que mi padre disfrutaba esbozando pequeños retratos familiares sobre cómo sería nuestra casa en el futuro. Y decía, por ejemplo: “Anne Marie devana la madeja, Lotta teje, Lisen lleva el azúcar y las especias para la cena, Josepha hila, Grete Marie da de comer a las gallinas...”, y siempre, al final del cuadro, añadía: “¡Y Hellevi se sienta a contemplar el sol!” (o alguna que otra ocupación inútil). Lo cual terminaba por afectarme al punto de que siempre rompía a llorar. ¡Ser el único miembro inútil de la familia! ¡No! Era demasiado insoportable, demasiado humillante. Cuando llegaba la semana de mi turno en el gobierno de la casa, hacía siempre mucho ruido con las llaves para que mi padre supiera el afán con que cumplía mi capital cometido. Pero, ¡ay!, de nada servía. En el siguiente retrato familiar volvía a decir: “... y Hellevi se sienta a contemplar el sol”. En el seno de mi familia, pues, siempre se mantuvo esta leyenda: “Hellevi nunca llegará a ser una buena ama de casa”. Y ¿para qué valdría entonces? En esa creencia murieron mi padre y mi tía. En esa creencia viven aún hoy mis hermanas.

»Ya he mencionado cómo pasábamos el día. Ahora debo decir unas palabras sobre la noche. A las siete, cada tarde, nos reuníamos en la sala de mi padre. Allí nos sentábamos a trabajar con los bordados y otras labores, en torno a una gran mesa redonda sobre la que había dos candelabros por los que siempre acabábamos en una disputa menor. Mi padre se sentaba a cierta distancia de

nosotras, a una mesa con un candelabro, y nos leía en voz alta. La lectura debería habernos entretenido, pero por un lado, lo que leía era la historia de Francia, desde hacía a saber cuánto y en una edición antiquísima, y por otro, leía con un ritmo particularmente lento y monótono. Cuando, en las noches de otoño o de invierno, repiqueteaban la lluvia o la nieve en las ventanas, y la tormenta silbaba su doliente cántico al son de las pesadas y monótonas palabras que resonaban allí dentro, a nadie podía extrañar que el espíritu del sueño se apoderase de nosotras, y que una tras otra empezáramos a cabecear sobre el bordado. Cuando alguna se abandonaba más profundamente en brazos de Morfeo, la tía Anna Stina hacía señas y guiñaba a las demás, como diciendo: “¡Vuestra hermana acaba de sucumbir!”.

»A las nueve nos despertábamos adormiladas y durmientes cuando nuestro padre apartaba la silla, y todas nos retirábamos en fila, de mayor a menor, que el rango de la edad siempre se ha tenido por sagrado en la familia Husgafvel, en dirección al comedor, donde tomaríamos la cena, que era frugal y no duraba más de diez minutos. Acto seguido, volvíamos a la sala paterna, donde seguiríamos hasta que hubieran dado las diez. Durante ese tiempo no podíamos trabajar, sino entregarnos por entero a la conversación. Cada una de nosotras tenía asignado su lugar. El mío era al lado de la estufa, donde el calor me permitía quedar más o menos indemne de la gélida conversación, pues todos los temas que pudieran hacerla algo más animada no estaban permitidos, y si yo, en alguna ocasión, osaba aventurarme por terreno prohibido, enseguida me apartaban de él con la advertencia de que una mujer no debía ocuparse de tales asuntos. Nuestros temas de conversación no podían tratar de nada que no fuesen los sucesos del día, preferiblemente los ocurridos dentro de la casa, algo sobre nuestros conocidos, el árbol genealógico, cuestiones domésticas, etcétera. De todo eso salía, para mi gusto, un guiso muy flojo, al que yo habría renunciado de mil amores, de no haber sido porque, durante aquella hora de conversación, no podíamos estar calladas. A la que pasaba un rato sin abrir la boca, la animaban amablemente a “decir algo”. A fin de variar nuestras distracciones sacaba mi padre a veces un viejo cofre en el que guardaba algunas rarezas, que íbamos sacando, examinando y admirando por vigésima vez. No era muy apreciada la hija que no se quedaba en pie junto a las demás contemplando lo que guardaba el cofre. Era una desgracia que mi padre no pudiera dejar de vernos como niñas pequeñas. Sin embargo, los sencillos broches y anillos, los perfiles del abuelo y la abuela, la cajita con las plumas de canario, que tanto entusiasaban a la niña de nueve años, la linterna mágica, que tanta curiosidad había despertado en ella, no podían en modo alguno interesar a la mujer de veinticinco años que ahora, obligada, observaba los tesoros del cofre con hastío e indiferencia en la mirada.

»Ya he dicho que, en las conversaciones de sobremesa, siempre había que decir algo, fuera lo que fuera. De ahí salían en ocasiones las ridiculeces más extrañas. Un ejemplo dará una idea. Mis hermanas y yo vimos un día desde nuestras ventanas cómo una piara de cochinitos sueltos se acercaba tranquilamente hacia la finca, donde los tres perros guardianes empezaron a perseguirlos. Conservamos fielmente en la memoria aquel precioso suceso de la vida real todo el día, para aderezar con él la conversación de la noche. Casualmente, llegado el momento, no entramos en el gabinete paterno en fila, sino con cierta distancia entre una y otra. Anne Marie, la primera que ocupó su lugar, refirió el suceso de los cochinitos y los perros. Otro tanto hizo Lotta, que llegó después. Otro tanto hizo Josepha, que la siguió. Otro tanto hizo Lisen, que entró después. Otro tanto hizo Grete Marie, que llegó luego. Cuando, en último lugar, entré yo, y ocupé mi sitio al lado de la estufa y empecé a contar la historia de los cochinitos y los perros, mi padre me

interrumpió diciendo, algo insatisfecho: “Pero bueno, ¿es la sexta vez que oigo la misma historia!”.

»Reconozco que esta reacción me impresionó mucho, y me permitió, más que nada de lo hasta entonces sucedido, abrir los ojos a la estrechura de la plantación de patatas que era nuestro mundo. Al morir mi padre dos años después, y comprobar que a mi querida tía le parecía del todo natural seguir viviendo como hasta entonces, “se sentó Hellevi de verdad mirando al sol y dijo: ‘No puede ser, sol bello, dador de vida, el mundo que tú iluminas no puede ser tan angosto, la vida que alientas no puede ser tan pobre. Las fuentes de la vida y de la virtud no manan solo de cocinas y despensas. No, ¡a tu encuentro he de ir, al aire libre, al mundo divino de la belleza!’”. Yo ya sabía lo que quería, sabía cuál era mi talento y mi lugar, y estaré eternamente agradecida al hombre honrado, al tutor bueno y sabio que me tendió la mano y me ayudó a alcanzarlos, haciendo caso omiso de la oposición que mi conducta independiente suscitaría en la familia Husgafvel. Tenía yo entonces veintisiete años, dije que tenía treinta, arrendé Fågelbo y ordené mis asuntos de tal modo que, en el plazo de dos años, pude comprarlo. Cómo he vivido desde entonces ya lo saben ustedes, mis queridos amigos. Desde hace diez años, miro al sol todos los días, incluso cuando lo ocultan las nubes, y doy las gracias por su existencia y la del mundo tan rico y maravilloso que alumbra. ¡Y por ello te doy las gracias, tutor y tío querido!

Una lágrima afloró a los ojos vivaces de la señorita Hellevi, al tiempo que le tendía la mano al magistrado Hök, que la estrechó y la besó cariñosamente.

—Y la suma y la conclusión de todo esto —dijo *ma chère mère*— es que no hay mal que por bien no venga, siempre y cuando suceda como tiene que suceder.

Fransiska: Sí, pero ¿por qué son tan pocas las personas que dan con la manera adecuada? Todo el mundo querría de mil amores que así ocurriera.

Magistrado Hök: De las razones para ello podría recitarse una larga letanía. Los hombres pueden atribuir su descontento muy principalmente a sí mismos, a su falta de valor, a su falta de osadía, en el sentido que antiguamente se atribuía a esta palabra. No imaginamos, por lo común, qué fuerza y agilidad ha otorgado el Creador a la naturaleza humana. No tenemos el valor de renunciar con firmeza, ni el valor de abrirnos camino con pertinacia. No queremos capitular, no queremos luchar y, mientras tanto, la tripulación se muere de hambre o ese enemigo que es la muerte viene y se lleva todo el fuerte.

—¡Muy bien dicho está eso, qué demonios! —murmuró Oso.

En este punto se levantó el taciturno Bruno. Todos se pusieron en pie. Las visitas se preparaban para partir.

La señorita Hellevi estaba junto a la ventana. Yo me acerqué y le expresé mi sorpresa ante la personalidad del magistrado Hök.

—¡Es un hombre de lo más amable e interesante! —dije.

—¡Me gustaría saber qué diría usted —respondió apasionadamente la señorita Husgafvel— si lo conociera como yo, y supiera cómo trabaja por el bien de las personas, cómo, en silencio, apoya a artistas con talento, pero pobres, y contribuye a que su trabajo salga a la luz! Sí, es una de las personas más nobles y más buenas que existen.

«Ya podría hacer testamento a favor de alguna de mis diez hijas», me dije yo. Hacía mucho que no pensaba en mis diez hijas, pero después de la conversación de esa noche las tuve muy presentes.

¡Gracias a Dios! Ya veo la hora de volver a casa. Están hablando de mañana o de pasado mañana. Añoro muchísimo y de corazón mi querida Rosenvik. Esta residencia es grande y espléndida, pero no estoy a mi gusto en ella. Es demasiado sombría, y en la vieja torre hay una cantidad horrenda de chovas que no paran de chillar. Me siento melancólica y se diría que me parezco cada vez más al viejo retrato familiar que hay en mi alcoba. Bruno y *ma chère mère* pasan mucho tiempo juntos. Hablan poco, pero se sienten felices de poder verse y estar en la misma habitación. Se conoce que Bruno ha logrado calmar los escrúpulos que *ma chère mère* tenía respecto de Hagar y a Hagar se la ve, desde que Bruno está mejor, bastante menos. Bruno se va ganando por entero mi corazón, tal es la ternura que tiene para su madre.

CARTA XVI



Rosenvik, 20 de septiembre de 18...

Llegué anoche. No puedo expresar lo feliz que me siento de estar aquí de nuevo, lo encantada que estoy con mis habitaciones, mis muebles tapizados de algodón, ¡con qué placer saludé esta mañana al agujero de la cortina y vi cómo el día me miraba a través de él! Respiro a grandes bocanadas el aire de mi hogar, pues el aire de un hogar querido tiene un encanto propio, reconfortante y conmovedor a un tiempo. Me he pasado el día subiendo y bajando como una llama en la hoguera, del desván al sótano, del cobertizo al huerto. He repartido reprimendas y elogios. Con Sissa estoy muy satisfecha, y con todas las cosas de las que se ha ocupado. La criada, en cambio, es una descuidada, y ya le he leído la cartilla. Audumbla ha tenido un ternero, al que, como es natural, he bautizado con el nombre de Bör[87]. ¡Es un ternerillo muy travieso! He estado saludando a mis flores y he quedado admirada de hallarlas tan hermosas y cuidadas. Me conmovió saber que Serena ha venido dos veces por semana para atenderlas. ¡La buena, la adorable Serena! Abracé mis flores, las besé, ¡estaban hechas una preciosidad! He picado coliflor para la noche. Había llovido un poco durante el día y, en el huerto, todo estaba fresco y aromático, pese a que la escarcha ha dejado algunas hojas amarillas. Ya es de noche y estoy sentada a mi escritorio. He visto los cisnes surcando el lago tranquilo mientras se dirigen a su nido en Svanö. He contemplado los muros grises de Ramm, entre los cuales tantas emociones he vivido últimamente. Me siento feliz y agradecida. Estoy esperando que mi Oso vuelva de la ciudad, donde ha pasado el día entero, y le he preparado un discreto banquete. Un pato del lago Helga campeará *Lebensgrösse*[88] en el centro de la mesita donde cenamos, y le seguirá una col y una ensalada muy fresca. Tortitas con mermelada de frambuesa serán el broche ideal. Como esta noche hace algo de frío, he mandado encender el fuego en la sala y he dispuesto la bata y las zapatillas de Oso cerca de la estufa. Quiero mimarlo. Y así, mientras espero al bueno de mi marido, quiero contarte algo de las escenas de ayer.

El magistrado Hök vino a Ramm para acompañar a *ma chère mère* a Carlsfors. Desayunamos *en famille*, y acto seguido vinieron los coches. Hacía un tiempo agradable y todos estábamos *in high spirits*[89]. Hagar nos asistió con el equipaje, pero se escondió detrás de todo el mundo cuando *ma chère mère*, con porte altivo y orgulloso, apareció en la escalinata. Bruno acompañó a su madre hasta su coche. Aún no se había subido cuando los caballos retrocedieron, ¡qué caballos más espantosos!, al ver un carro que, cubierto con un paño negro, se acercaba despacio y entraba

en el patio. Bruno le gritó con vehemencia que se detuviera. Así lo hizo, de hecho, y el hombre que lo conducía se acercó al coche de *ma chère mère*. Era el maestro Svensson, el carpintero. En el carro llevaba el ataúd que ella le había encargado, y que, curiosamente, todos habíamos olvidado cancelar.

Este extraño encuentro nos dejó a todos un tanto confusos. *Ma chère mère* fue la primera en reaccionar y dijo al carpintero con voz potente:

—Querido maestro Svensson, como ve, aquel día había hecho yo mis planes sin contar con quien de verdad manda. Yo pensaba morir, pero complació más a nuestro Señor dejar que viviera. ¡Bendita sea su voluntad! Y se retrasa, no se anula. El ataúd será útil un día. El precio será, en todo caso, el del acuerdo, y a una celebración, ¡a una celebración festiva, maestro Svensson!, lo invito yo el domingo en Carlsfors. Ya puede llevar el ataúd allí, adonde yo misma me dirijo.

El maestro Svensson se quedó totalmente perplejo. Su caballo estaba cansado; además, tenía que atender un encargo en otro sitio.

—En ese caso —dijo *ma chère mère*—, dejemos el ataúd aquí en el desván por el momento. Mandaré a recogerlo un día de estos.

Bruno gritó: «¡Hagar!». Le dijo unas palabras a la mujer y, a una señal de esta, acudieron unos hombres que sacaron el ataúd del carro y, dirigidos por Hagar, lo llevaron a los altos de la casa.

—¡Recuerde mis palabras! —dijo Hagar al pasar a mi lado—. En esta casa no tardará en ocurrir una desgracia. ¡Este ataúd no saldrá vacío de aquí!

Me habría gustado despedirme de Hagar con alguna palabra amable, pues era muy desgraciada y había sido amable conmigo, pero aquel comportamiento y sus palabras me desconcertaron; cuando logré serenarme, ella ya había desaparecido, y *ma chère mère* me llamaba impaciente.

El magistrado Hök partió el primero en su *désobligeant* para dejar libre el camino. Luego, acompañada de Bruno, salió *ma chère mère* en su gran coche familiar, con Elsa en la delantera. Oso y yo, en nuestro birlocho, cerrábamos el cortejo.

Llegamos bien a nuestro destino. Fue hermoso ver la puerta festivamente adornada con ramas, a Jean-Jacques y Jane-Marie elegantemente ataviados, que salieron para recibir a los recién llegados. Fue hermoso ver cómo los criados y varios servidores se reunían con palmaria alegría y afecto en torno a *ma chère mère*, cuando se bajó del coche. En ella misma se apreciaba que una profunda emoción y una gran alegría dulcificaban su habitual actitud de orgullo, mientras subía los peldaños de la escalera de la mano de su hijo, seguida de un grupo de personas que elevaban sus voces con buenos deseos y bendiciones. Cuando *ma chère mère* llegó al final de la escalinata, se volvió e hizo una seña con la mano, como pidiendo silencio. Después de toser varias veces, con idea de aclararse la voz y recobrar de la emoción, pronunció *ma chère mère* el siguiente discurso:

—Queridos amigos, servidores y criados. Es para mí una gran alegría verlos aquí reunidos, pues quiero proclamar ante ustedes que el Todopoderoso ha tenido a bien restituirme a mi querido hijo Bruno Mansfelt, que ha pasado lejos un tiempo, y que ahora ha regresado, y al que pueden ver aquí a mi diestra, y que no ha mucho que me ha salvado la vida, con riesgo de la propia, sí, con riesgo de la propia, cuando quiso Dios que uno de sus rayos asustara a mis viejos caballos, suceso que puso mi vida en peligro, si bien la salvó este hijo mío, que recibió fuertes coces de los caballos, razón por la cual aún lleva vendada la cabeza, como todos pueden ver, amigos míos. Queridos amigos, servidores y criados, ante ustedes declaro que he reconocido y acogido a este hombre como mi unigénito Bruno Mansfelt, y les pido y exijo, amigos y sirvientes, que actúen en

consecuencia, y en toda circunstancia lo traten como a mi hijo y legítimo heredero, y en todo le muestren el mismo respeto y obediencia que hasta ahora me han mostrado a mí, al igual que espero y creo que mi hijo se mostrará digno de tal trato, y que será para todos un señor justo y bueno. Y ahora les ruego, queridos amigos, ¡pidan conmigo que descienda sobre su cabeza la bendición del Señor!

Un sentido «¡Viva Bruno Mansfelt!» siguió a este discurso, y todos se agolpaban alrededor de *ma chère mère* y de Bruno para estrecharles la mano, aunque ella interrumpió sabiamente tan agotadora escena, y dijo:

—Muchas gracias, queridos amigos, pero ahora tienen que disculpar a mi hijo por no quedarse más tiempo con ustedes, pues aún está débil por las heridas y necesita descansar. El domingo, en cambio, podremos seguir hablando. El domingo los invito a todos aquí a Carlsfors, a que nos visiten y se alegren conmigo. Correrán el vino y la cerveza, y a todo aquel que quiera participar de mi alegría y brindar por mi hijo, ¡le doy de corazón la bienvenida! Adiós, adiós, ¡queridos míos!

Y dicho esto, cogió a Bruno del brazo y entró en la casa.

Bruno parecía, en verdad, agotado y maltrecho, y *ma chère mère* se portó de maravilla y le dio cariño y cuidados. Parecía haber recuperado su juventud mientras preparaba personalmente la alcoba de Bruno y le hacía la cama con sus propias manos. Lo hizo con alegría, como una joven madre feliz.

Bruno pasó unas horas solo en sus aposentos. Cuando bajó a reunirse de nuevo con nosotros, lo vimos muy pálido, aunque fue mejorando poco a poco influido por la alegría de su madre, que, ciertamente, supo animarnos a todos. *Ma chère mère* nos rogó tan encarecidamente a Oso y a mí que nos quedáramos a cenar que tuvimos que acceder, aunque yo no me sentí del todo feliz hasta que, bajo los rayos de la luna, salimos camino de mi querida Rosenvik. Cuando por fin me vi en casa, en mis aposentos, me puse a dar saltos de alegría, y abracé y besé a la buena de Sissa, que me correspondió de todo corazón. Oso nos miraba y se reía.

Esta mañana, antes de dirigirse a la ciudad, fue a Carlsfors, y desde allí me mandó el bueno de Oso un mensajero con estas líneas:

Unas pocas palabras valen más que ninguna, y yo quiero que mi Fanny se alegre conmigo al saber que aquí todo está como debe ser. Bruno se encuentra hoy mucho mejor. *Ma chère mère* llevaba muchos años sin estar tan saludable y tan contenta. Yo también estoy contento, contento por los reconciliados, por el sol, por mi esposa, y lo estaré por siempre jamás.

Tu Oso

P. D.:

No te vayas esta noche, Fanny querida. *Ma chère mère* dijo que tenía intención de ir a buscarte, pero no permitas que te lleven. Me encantaría volver a pasar una noche tranquila contigo en Rosenvik.

¿Irme? No, mi Oso querido, ni aunque el mismísimo rey... ¡Chist! ¡Se oye un coche! ¡Es mi rey, mi Oso!

¿Recuerdas, Maria, una cancioncilla cuyas estrofas comienzan: «¡No confíes en la vida! ¡No confíes en la alegría!»? Pues es lo que me gustaría cantar hoy, si tuviera ganas de cantar; pero no tengo. Anteanoche dejé la pluma tan contenta y salí volando a recibir a mi Oso. Pero quedé muda e inmóvil al verlo. Venía pálido y parecía alterado, pese a que me tendió su querida mano tan amable como siempre.

—¿Qué tienes, Oso? ¿Estás enfermo?

—¡No!

—¿Ha ocurrido alguna desgracia? ¡Ay, dime qué es!

—¡Luego te lo diré!

«Luego» llegó enseguida, pues Oso veía mi preocupación y, cuando nos quedamos solos en el saloncito, se sentó en el sofá, me atrajo para que me sentara a su lado, me rodeó con su brazo y me dijo con cariñosa calma:

—Bien mirado se trata solo de un asunto mundano, Fanny querida. Una desgracia que, estoy seguro, tú sobrellevarás tan bien como yo, si no mejor. ¡Mira! ¡Léelo tú misma!

Y Oso me puso en las manos una carta. Era de Petter, y la había escrito con visible apremio y emoción. En ella informaba de que la casa L. & comp., donde Oso, por recomendación de Petter, había depositado toda su fortuna, estaba en quiebra, a tal extremo que no daban a los depositarios esperanza alguna de recuperar nada. También Petter había perdido sus magros ahorros. Cuanto Oso había reunido después de veinte años de esfuerzo se había esfumado de pronto.

«Mi hermano —así concluía Petter su carta—, ¡mi queridísimo hermano! Lo que yo he perdido es poco y bien empleado me está, por no haber sido más cauto. Pero tú... sobre ti ha caído la desgracia por mí, y eso me atormenta. Es la sensación más amarga que he sentido en mi vida. Si no me hallara aquí atrapado por el proceso de W., estaría ahora allí contigo, en lugar de esta carta, y me arrojaría a tus brazos y te pediría perdón.» Seguían unas líneas extremadamente difíciles de descifrar. Una mancha en el papel, a todas luces de una lágrima, volvía ilegible la última palabra.

En esa mancha había clavado Oso sus ojos.

—¡Mi pobre Petter! —dijo, mientras por sus pálidas mejillas empezaban a rodar también gruesos lagrimones. Apoyó la cabeza en mi pecho y lloró sin consuelo unos instantes. Yo no dije nada, pero besé su frente para que supiera que lo comprendía y que sufría con él. Se calmó y, al cabo de unos minutos, empezamos a hablar con tranquilidad de lo acontecido y de nuestra posición—. Hoy me encuentro —dijo Oso— en el mismo punto en el que me hallaba hace veinte años. La perspectiva de una vejez despreocupada ha desaparecido. Por mí no lo lamentaría, si estuviera solo...

—¡Oso! —exclamé—. ¿Querrías verte sin mí?

—¡Por nada del mundo! —respondió—. Pero yo quería que compartieras mi bienestar, no mi necesidad.

—¡En la suerte y en la desgracia, Oso! ¿No fue eso, la suerte y la desgracia, lo que prometimos que compartiríamos tú y yo cuando nos unimos en matrimonio? ¡Ay, Oso! Entiende, pues, que para mí la suerte es compartir contigo la desgracia cuando se presente, y que para mí no habrá desgracia ninguna mientras tú me quieras como te quiero yo.

No plasmaré nada más de esta conversación. Tú, Maria, te figurarás cómo continuó. ¡Ay! ¡Es tan natural, tan fácil y tan grato para una mujer casada dejar que, en momentos así, fluya un

torrente de amor y consuelo! Vergüenza debería darle a quien trate de convertir esta conducta en un mérito. Un placer, eso es. Esos momentos entrañan una gran riqueza. Los matrimonios nunca se quieren tanto como en tales circunstancias. También Oso parecía sentirlo así. Comprendía mi afecto, comprendía que, a su lado, la alegría y el valor nunca me fallarían. Fue conmigo más amoroso que de costumbre. Sí, parecía agradecido por mi ternura. Como fuere, no se le animaba el rostro. Tenía el ceño fruncido en pronunciados pliegues, mientras, con los brazos cruzados a la espalda, iba y venía por la estancia; aunque no iba escupiendo, esa costumbre la ha desterrado ya del todo.

—¡Pobre Petter! —exclamó al final con un hondo suspiro—. Comprendo cómo se siente, ¡y que no pueda venir! Me gustaría poder...

—¿Ir con él? —intervine yo enseguida, figurándome lo que angustiaba a Oso—. Pero ¿cómo podrías dejar a tus pacientes?

—No tengo muchos, y ninguno está gravemente enfermo. Mi amigo el doctor O. podría cuidar de ellos en mi ausencia. A ellos podría muy bien dejarlos, pero, en estos momentos, a mi mujer... no.

—¡Oh, sí, ve, Oso mío! Tu mujer es razonable. Ve y lleva calma a Petter y satisface tu corazón. Tu mujer pensará en ti, y se ocupará del hogar. No te preocupes por ella, Oso mío. No estará inquieta ni impaciente. Sabrá honrar a su marido.

Oso extendió sus brazos hacia mí. Por fin se despejaron las sombras de su frente. ¡Ah, qué hombre más bueno! El sufrimiento de su hermano lo había acongojado más que su propia pérdida. Una vez decidido el viaje, se calmó un poco, y hablamos hasta bien entrada la noche de nuestros asuntos y de cómo lo dispondríamos todo para el futuro. La alegría del festín que había preparado se esfumó por completo, eso ya te lo imaginas tú. Por primera vez desde que nos casamos, Oso no fue capaz de comer, y yo no podía ni pensar en la comida. El pato quedó intacto, pero mandé en secreto que lo pusieran en la cesta de la comida para el viaje del día siguiente.

Antes de dormirnos nos sentíamos tan bien, tan serenos en nuestro fuero interno, como si sobre nuestra casa no hubiera caído ninguna desgracia, y terminamos el día como habíamos terminado muchos otros, dando gracias por nuestra dicha a Aquel que es todo bondad.

Ayer partió Oso, primero a la ciudad, donde iba a pasar el día. La misma noche proseguiría su viaje. Estará fuera cerca de catorce días. ¡Se hará largo! Ahora que estoy aquí sola siento que el ánimo no es tanto como al recibir la noticia de la desgracia. Pero muy bajo no debe caer. Así me lo he propuesto.

El cambio en nuestro estilo de vida que más me cuesta es tener que dejar nuestra querida Rosenvik, e instalarnos para siempre en la ciudad. No podremos, en lo sucesivo, permitirnos una casa de campo solo para disfrutarla.

Para mis adentros he pensado en volver a dar clases de música. ¡Maldición! Maldita sea la lágrima que acaba de caer sobre esta carta. No puedo permitir que vuelvan a brotar. Ya sé yo que todo marcha y marcha bien, cuando uno tiene el alma animosa y paz en su corazón y en su hogar. ¿Qué ruindad no cometería yo angustiándome por el futuro, ¡yo!, que tengo una de las mejores cosas que pueden tocarnos en la vida, un hombre bueno y respetable?

Oso desea que, por ahora, no conozcan nuestra desgracia en el vecindario. Procuraré por ello que nadie pueda tener sospecha alguna. Cumpliré la promesa que le hice a Oso, quiero estar serena y buscar consuelo en mi trabajo. Tengo mucho que hacer en el jardín. Pienso plantar muchos rosales. ¡Y no podré oler sus rosas! Bien, ¡otra nariz las disfrutará!

El 23, por la noche

Estoy animadísima con el trabajo de jardinería. Serena ha pasado aquí el día y me ha echado una buena mano. Hemos puesto un fresal, hemos plantado grosellas y zarzales. Espero que crezcan bien. ¡Qué refrescante es un trabajo así! Pero lo que más bien me ha hecho, más que ninguna otra cosa, ha sido el que Serena me haya abierto su corazón, ese corazón bueno, amante, puro. Todo es como yo intuía. Serena ama a Bruno, Bruno a Serena. La relación parece ahora interrumpida pese a todo. Que esta situación se prolongue no lo creo, pero ¿debería desear que haya un vínculo entre ellos? ¡Ay, no sé! Serena está hoy pálida. Se nota que ha sufrido mucho. Ahora está preparando el té, y se ha quedado pensativa y hermosa delante de la mesa, con una expresión melancólica en los labios. Le he contado con detalle cuanto he vivido en Ramm últimamente, y la he visto palidecer, sonrojarse, llorar, sufrir y declarar el más radiante entusiasmo.

—¡El té está listo!

—¡Ya voy, ángel mío!

Buenas noches, dulce Maria. Yo pienso dormir bien hoy. Mañana pasaré el día en casa de *ma chère mère*. Estoy escribiendo una carta a Oso, le escribo a diario. Terminará siendo un grueso volumen de naderías importantes.

Más tarde

Me he llevado un susto y aún estoy horrorizada. Cuando Serena iba a marcharse a casa, la acompañé a la explanada. El aire era de una calidez poco común en esta época del año, y el paisaje, con su belleza otoñal, a medias melancólica, nos envolvía sereno, iluminado por la rosada luz crepuscular. Serena parecía sentir el momento con gran placer y, mientras dábamos unos pasos hacia el jardín, dijo:

—¿No te parece, Fanny, que hay a veces en el aire algo que se asemeja a la bondad, y que, al igual que ella, ejerce su influjo sobre el corazón? Nos hace buenos.

—¡Acabas de expresar lo que siento, Serena! Pero a mi vez debo preguntarte si, en la crudeza del tiempo otoñal, no se ha sentido tu espíritu inclinado también a la aspereza.

—¡Oh, claro que sí! —respondió Serena—. Pero en esas ocasiones hay que buscar un aire primaveral de más altura.

—Cierto, aunque no siempre resulta fácil. Y cabe incluso que sea imposible para quienes no aman.

—Sí, ¡afortunados aquellos que tienen algo que amar en la tierra o en el cielo! Pero ¿quién —añadió mientras su mirada se volvía más íntima y casi espiritual—, quién ha de añorar tal cosa? ¿No está el mundo lleno de objetos dignos de amor? ¿No es solo nuestra la tarea de permitir que nuestro espíritu los reciba? Incluso ahora, Fanny —dijo, mirando el hermoso paisaje que nos rodeaba—, ¿no estamos también aquí rodeadas de seres vivientes y dignos de amor? ¡Ay, a menudo tengo la impresión de que de los árboles y las flores, de los animales y las estrellas surgen voces que me hablan del gran creador bondadoso, y de la vida que Él les ha dado; en todas partes encuentro a un espíritu que se parece al mío, y al que puedo comprender y amar! Y ¿dónde, en qué situación de la vida no resuenan las voces de esas criaturas y objetos que nos rodean? ¡Lo

único que se nos pide es que tengamos un oído atento!

—¡Y un corazón puro! —añadí yo abrazándola—. ¡Sí! De este modo, la vida entera de los hombres sería una conversación constante con Dios, y no sentiríamos ya ni amargura ni tristeza. Pero...

—Pero... ¡yo pierdo la noción del tiempo cuando hablo contigo! —me interrumpió Serena—. El coche lleva ya un buen rato esperando. Tengo que irme. ¡Adiós, queridísima Fanny, adiós!

Serena partió, y apenas había desaparecido de mi vista cuando, de pronto, me encontré frente por frente con un par de ojos, de expresión muy distinta a la de Serena. Resplandecían como carbones en ascuas en medio de las lilas, donde su propietario parecía haberse escondido. Di un respingo, pensé: «¡Lucifer!», y clavé la vista en esos dos abismos en llamas. Entonces me miraron a mí, y Hagar salió corriendo del arbusto. Con un semblante al que salvajes sentimientos conferían una expresión aterradora, se acercó y preguntó vehemente:

—¿Era ella... era ella a la que él ama? Quiero saber, ¿era ella?

Yo me disponía a aclararle tranquilamente que ignoraba a qué se refería, pero alguien se acercaba en ese momento, y Hagar empezó a patear el suelo con violencia mientras se retorció las manos fuera de sí y decía entre dientes:

—¡Ay! ¡Ay de ella! ¡Y ay de mí! —Y desapareció enseguida.

Abatida y aterrada, entré de nuevo en la casa mientras me decía: «No todos los amores son iguales, no es lo mismo según qué y quién y cómo»...

Esta escena me ha sobresaltado y me ha llenado de preocupación. ¡Quiera Dios que Oso esté pronto en casa!

CARTA XVII



Rosenvik, 28 de septiembre

Algo extraño le ocurre a *ma chère mère* desde el día que volvió a Carlsfors. No parece la misma. Está particularmente callada y como ensimismada en un sueño. Sus pasos y su voz ya no atruenan los salones. No se oye ya ninguna «tormenta doméstica», ni se oyen reprimendas, pero tampoco ningún refrán ni animosas bromas. Según pasan los días parece ir participando menos en lo que sucede a su alrededor. El supervisor y el tenedor de libros vienen para consultarle asuntos de la hacienda: ella los remite a Jean-Jacques. Las criadas vienen para hablar de sus tareas: ella las remite a Tuttén. Tuttén viene para informarla y recibir órdenes, y se queda allí un buen rato hablándole y proponiéndole infinidad de cosas sin recibir respuesta. *Ma chère mère* parece en fin olvidar que se encuentra en la sala, y Tuttén, después de toser e indagar, de preguntar y esperar, se aleja llena de preocupación, aunque secretamente complacida ante la expectativa de quedarse sola con el gobierno y el servicio de la casa, pero se da de bruces con Jane-Marie, que poco a poco la va sometiendo a su tiranía. También con Bruno está cambiada *ma chère mère*, y cuando él está presente se queda muda mirándolo desde su asiento de hito en hito. Ayer vi cómo, mientras lo miraba, dos lágrimas le rodaban por las mejillas. Eran las primeras que le veía verter a *ma chère mère* desde el reencuentro con su hijo. ¿Qué le habrá dado a *ma chère mère*? ¿Qué puede significar este silencio, esta serenidad insólita? ¡Ojalá no sea un ataque de hipocondría, o de algo peor que se avecine! Estoy muy preocupada. Bruno también teme algo malo. Ayer me llevó a un aparte y me preguntó lleno de zozobra «cómo estaba su madre».

Yo nada pude responderle. Y Oso, ¡que no está! ¿Qué haremos sin él? Le he escrito contándole cómo están aquí las cosas, para que, siempre y cuando sea posible, adelante su regreso.

3 de octubre

Ayer tuve carta de Oso. Por carta es aún menos prolijo que cuando habla, pero sus palabras siempre tienen cierto jugo. Por lo que decía pude comprender, aunque no lo expresaba en palabras, que Petter había revivido con su llegada, y que su viaje había sido útil en varios aspectos. De Ebba decía: «Parece un pajarillo que, cuando cae la oscuridad, esconde la cabeza bajo el ala. Bien está que el ala sea ahora Petter». La carta de Oso ha surtido en general efecto benéfico y tranquilizador. Cree que podrá estar de regreso el día 6 de octubre. ¡Ojalá viniera

pronto! Su presencia es sumamente necesaria. Mi preocupación por *ma chère mère* crece por días. De fijo que se avecina un gran cambio en ella, y ahora que tan en serio temo por su salud, soy tanto más consciente de cuánto la aprecio. Desde hace unos días está más sosegada aún, más callada que días atrás, y parece embargada de cierta serenidad interior. En sus movimientos, sin embargo, en cuanto hace y aborda, reina una incertidumbre, una confusión y una torpeza muy distintas de su siempre tan firme y experto proceder. Se conduce ahora, además, con tan insólita dulzura y bondad que los criados de la casa están atónitos y a la vez conmovidos. Se miran y nos miran como si preguntaran: «¿Qué está pasando?». Y eso mismo me pregunto yo.

7 de octubre

¡Ay, Maria! Ya lo sé todo, y todo lo vas a saber tú también. Oso volvió anteayer por la noche. Yo lo recibí como si hubiera sido el único ser humano en el mundo, entiéndase, aparte de mí. Cuanto me refirió sobre su viaje, nuestros negocios, sobre Petter y Ebba, todo te lo contaré en otra ocasión. Ahora solo quiero hablar de lo que sucedió ayer.

Era domingo y fuimos a cenar a Carlsfors. Los ojos de Oso se centraban escrutadores en *ma chère mère*, y sus muecas no auguraban nada bueno, es decir, no hubo mueca alguna, lo cual es señal de que Oso está serio y triste de ánimo. A la mesa tenía *ma chère mère* a Oso a su derecha, a Bruno a su izquierda. Estaba callada y tranquila como era su costumbre de un tiempo a esta parte, aunque con una palidez de todo punto insólita. Tampoco era su porte tan orgulloso ni el atuendo tan cuidado como acostumbraba. El casco torcido y unos mechones de pelo blanco le caían sobre la grisácea palidez de las mejillas. Me dolía mirarla.

Después de tomar la sopa, *ma chère mère* le sirvió vino a Bruno. A chorros se desbordaba sobre el mantel, pero ella no se percató. Bruno quiso quitarle la botella de la mano, al tiempo que le decía:

—Madre, ¡está vertiendo el vino en el mantel!

—¿Es eso cierto? —dijo ella con una voz horrenda—. Bien, en ese caso, es mi fin. Sírvete el vino tú mismo, hijo mío. ¡Tu madre no lo hará nunca más! —Dejó entonces la botella en la mesa, apartó la silla y se levantó. Todos nos levantamos en un impulso unánime—. ¡Seguid sentados! —dijo *ma chère mère* con tono potente, imperioso—. Seguid sentados, que nadie venga conmigo.

Saludó con la mano y salió con paso lento y mayestático entre los perplejos criados, pero se dio con la puerta, con lo que Bruno y Oso se levantaron rápidamente de un salto. Ella se volvió enseguida y exclamó:

—¡Quien venga detrás de mí no es mi amigo! Que nadie se levante —añadió con más suavidad—. Pronto os mandaré llamar.

Demasiado bien conocíamos a *ma chère mère* para actuar contra su expresa voluntad, pero no te puedes figurar la tensión que nos dominaba a todos. Más de una hora pasamos en la más tortuosa espera. Yo sufría por ver sufrir a Bruno. Con el ceño fruncido y movimientos bruscos recorría la sala de un lado a otro, y se enjugaba de vez en cuando el sudor que la angustia extendía por su pálida frente. Al fin llegó Elsa. La discreta criada no parecía la de siempre. Con el desconcierto en el semblante y con voz insegura nos invitó a ¡«presentarnos ante la generala»!

Bruno se abalanzó el primero, los demás nos apresuramos a seguirlo, y temblando de miedo por dentro esperaba yo ver algo terrorífico. Pero ¡no! Ninguna visión horrenda nos recibió en los aposentos de *ma chère mère*. Estaba sentada en su gran mecedora al fondo de la sala, erguida y en

calma, pero sin la expresión marcial de generala, y solo en el pálido rostro, en los enrojecidos e inflamados párpados, se apreciaba la huella de una intensa aunque ya superada perturbación de los sentidos.

—¿Están todos aquí? —preguntó *ma chère mère* con voz firme. Dijimos que sí mientras nos juntábamos en torno suyo.

—¡Hijos míos! —comenzó, con una extraña mezcla de fortaleza y humildad—. He querido estar sola unos instantes a fin de prepararme para, como corresponde a un cristiano, presentar ante vosotros mi desgracia. Ya se cobró su parte la tristeza; ya es hora de que se cobre la suya la razón. Mis hijos queridos, nuestro Señor ha dejado caer sobre mí todo el peso de su mano. Ha inundado mis ojos de oscuridad.

Se oyeron apagados gritos de dolor, y sus ecos se elevaron sobre nosotros. Yo sujeté la mano de Oso, y en la cara le conocí que ya se había maliciado lo que ocurría.

—¡Mis hijos queridos! —comenzó de nuevo *ma chère mère*—. No sufráis por mi causa. Yo he dejado de sufrir. Al principio fue duro, lo reconozco, y por mucho tiempo no quise creer que mi condición sería la que es ahora. ¡No, no quería aceptarlo! Me negaba, me resistía en lo más íntimo. Era como una anciana contra la corriente. Pero todo fue tornándose cada vez más oscuro. La desgracia se me presentaba cada vez más cierta. Hoy se me ha revelado con toda claridad y ahora... me he resignado. ¡Ay, hijos míos! Lo primero, hay que considerar que no es posible luchar contra nuestro Señor, «si nosotros le arrojamus guijarros, él nos arrojará rocas enteras». Lo segundo, todos somos criaturas cortas de vista, y apenas sabemos muy poco de lo que es bueno para nosotros y para otros, y por eso, hijos míos, y aquí viene lo tercero, es bueno para nosotros plegarnos al mando de nuestro Señor y someternos a él, pues él sabe bien lo que hace.

Yo ya no pude contenerme más. Me arrojé al cuello de *ma chère mère* anegada en llanto, mientras gritaba:

—¡Oso ayudará a *ma chère mère*! ¡Él le devolverá la vista a nuestra madre!

—¡De verdad espero ser capaz! —dijo Oso, mientras se acercaba y cogía su mano y examinaba sus ojos con atención—. Son cataratas. Tiene cura. Dentro de un año o dos habrán evolucionado del todo, y podrá abordarse la operación.

—¡Lars Anders! —dijo *ma chère mère* apretándole la mano con fuerza—. Quiero creerte, y en esa creencia viviré feliz. Aguardaré paciente a que llegue el día en que pueda volver a ver el sol de nuestro Señor. Y, si no llegara nunca mientras estoy en este mundo, permaneceré sumisamente en mis tinieblas. Ya he estado antes inmersa en tinieblas peores. Ahora soy feliz, en comparación. Mis ojos han podido saciarse de una gran alegría. Y aunque ya no pueda verlo, ¡sí puedo oír a mi hijo! ¡Y a todos vosotros! —añadió, como temiendo cometer algún tipo de injusticia con nosotros.

Bruno estaba inclinado sobre su madre. Tenían las cabezas juntas y ella notaba su aliento en su frente.

—¿Eres tú, hijo mío? —dijo con ternura, y alzó levemente los ensombrecidos ojos.

—¡Sí, madre! —respondió él con voz conmovida y melodiosa.

—Dame tu brazo, pues, hijo mío, y llévame a mi salita —dijo *ma chère mère*—. Y vosotros, hijos míos, venid todos. Bruno tocará para nosotros alguna de sus hermosas piezas, y estaremos como siempre. Complacedme en esto, hijos míos. No dejéis que mi desgracia os perturbe, y no creáis que debéis compadecerme. Nadie deberá molestarse en atenderme, ayudarme o aliviarme. Lo haré yo sola. Y de necesitar alguna vez una mano ajena, un ojo ajeno, lo pediré y, estoy segura, no me faltarán. Por lo demás, no hagamos gran cosa de este asunto. «Lamentos y sufrimientos,

consuelos de vieja son», dijo nuestro gran rey Gustavo Adolfo, y os aseguro que a todo hombre sensato corresponde tener siempre a Dios presente, y llevar con paciencia la cruz que Él le haya mandado.

Dicho esto, se puso de pie y le dio su brazo a Bruno, pero él le rodeó la cintura y, mientras con una ternura infinita se llevaba su mano a los labios, la guió fuera del salón. La pálida mejilla de *ma chère mère* se sonroseó entonces débilmente, y con una sonrisa, que bien podía llamarse dichosa, apoyó su cabeza en el hombro de Bruno. Y así se fueron los dos. Los demás los seguimos.

Luego tocó Bruno, a petición de su madre, y tocó como un dios. Jamás he oído a nadie arrancar tonos así a un instrumento.

—¡No toca como un ángel, sino como un arcángel! —dijo *ma chère mère*. Pero cuando él se dejó llevar por melodías más lúgubres, añadió—: ¡Querido mío! ¡Toca algo más animado, eso es demasiado angustioso!

Como a la célebre reina Isabel, a *ma chère mère* en realidad solo le gusta la música alegre y bulliciosa.

Después de la música se animó la conversación general. Nos pusimos en círculo alrededor de *ma chère mère* y, haciendo caso omiso de sus palabras, cada uno se esforzaba, seguramente, por distraerla y animarla, pues nunca me había parecido una conversación tan vivaz y entretenida, y nunca había visto yo a *ma chère mère* tan llena de vida y tan alegre. Bruno se lució con interesantes relatos que contó fogosamente. *Ma chère mère* iba lanzando gritos ya de terror, ya de sorpresa y diversión. Y he de reconocer que yo hacía lo propio.

¡Extraño, incomprensible, interesante Bruno!

En estas conversaciones transcurrieron el mediodía y la tarde, sin saber ni cómo. A todos nos sorprendió el aviso de la cena. Mientras se ponía de pie, dijo *ma chère mère*:

—Queridos míos, esta noche están todos tan endemoniadamente animados e interesantes que podría pasarme aquí la noche escuchando. Pero «a quien come de la olla no le servirán en el plato», y no debemos tomar de lo placentero más que de otras cosas. Hoy no me he encontrado del todo bien, y lo mejor será que me retire a mi alcoba. Os doy las gracias a todos, queridos hijos, por tan amena velada, y deseo que la cena sea buena y la noche divertida.

Bruno acompañó a su madre a su alcoba y se quedó allí con ella un buen rato. Cuando volvió a reunirse con nosotros, venía taciturno, apenado, pero sereno. Después de la cena, estuvo hablando un buen rato con Oso sobre cataratas, y enterándose de los pormenores de su naturaleza, su desarrollo, su operación, etcétera, todo lo cual le respondió el bueno del doctor *con amore*.

Oso considera probable que la ceguera de *ma chère mère* tenga su origen en la fuerte conmoción sufrida al reconocer a su hijo. Pero de eso no ha de saber nada Bruno. ¡Qué extraño! Que esta madre y este hijo se reencuentren y se conviertan, como por cosa del destino, el uno en la desgracia del otro. Sea como fuere, ahora que se ha impuesto la oscuridad, esperemos que cese la lucha, y que el ángel reconciliador que ha descendido hasta sus almas extienda sus alas también sobre la vida de los dos.

Pero ¿cómo será por lo demás la vida de *ma chère mère* en lo sucesivo? ¿Conservará su fortaleza de ánimo? ¿No decrecerá su fuerza? ¿Qué hará a partir de ahora, a qué se dedicará? Ella, tan vigilante de todo, tan inquieta siempre, ¿no se sentirá oprimida por la inactividad, no se le deprimirá el ánimo, no se volverá regañona, una cascarrabias, un tormento para sí misma y para los demás?

—¡Dime, Oso! ¿Qué piensas tú?

—Mmm... Ya veremos.

El 9

Tratamos de organizar nuestros asuntos. Resulta más difícil de lo que pensamos en un principio. Pesarán sobre nosotros deudas enormes. La caridad de Oso con sus parientes pobres por parte de madre recae ahora sobre él como una pesada carga. Habrá que reducir en mucho el gasto de la casa y, con todo y con eso, ya veo yo que para el invierno sufriremos una falta absoluta de dinero. Pero Oso es fuerte y bueno, y yo daré clases de música en cuanto llegue a la ciudad. Pronto nos mudaremos allí. Oso ha alquilado un pisito de tres habitaciones con cocina.

Me resulta doloroso tener que alejarme ahora de *ma chère mère*. Se ha venido encontrando mal desde la última vez que estuvimos todos juntos. Yo tengo dolor de muelas y el corazón apesadumbrado. Es una época en la que todo resulta tedioso. No podemos olvidar, pese a todo, que hemos vivido alegrías, que hemos sido felices. Yo no lo pienso olvidar, y no quiero que mi mundo me resulte penoso por ser demasiado impaciente. Yo odio la pesadumbre tanto como la señorita Hellevi Husgafvel. Nos acarrea (y ahora lo siento en mí misma) obligaciones y cargas que ni podemos ni queremos apartar de nosotros. Habrá que procurar sobrellevarlas con ligereza.

El 14

¡Viva, viva *ma chère mère*! Nadie podría reconciliarse con su desgracia con mejor talante ni mayor sensatez, nadie podría «plegarse» con tanta dignidad bajo la mano de nuestro Señor. Ha dejado todo lo tocante al gobierno externo de la casa en manos de Jean-Jacques, el gobierno interno, en manos de Jane-Marie, y solo se ha reservado el derecho a que la consulten en determinadas ocasiones. Con este motivo ha pronunciado un largo y solemne discurso para servidores y criados. Tuttén dejará su puesto en primavera, ella y Jane-Marie no son precisamente amigas. Asimismo, ha mandado buscar a cierta persona del instituto B. de Estocolmo, quien, en el transcurso del invierno, le enseñará, pese a su ceguera, a llevar a cabo tareas diversas como escribir, jugar a las cartas, etcétera. Entretanto sigue anudando su red y practica el violín con muchísimo afán. De ánimo está tranquila, amable e incluso alegre. Debo decir, además, que Jane-Marie se porta ahora con ella divinamente, y por las tardes interpreta, con un espíritu de sacrificio digno de admiración, viejas sonatas de Steibelt y de Pleyel, *avec accompagnement de violon*, que *ma chère mère* se sabe de memoria. También *ma chère mère* tiene ahora una forma de ser mucho más cariñosa con Jane-Marie, y parece que eso le hace bien. Bruno se pasa los días en Carlsfors. *Ma chère mère* reconoce a distancia el galope de su caballo, y se pone colorada y exclama: «¡Ya viene!». En compañía de Bruno predomina en su ser un no sé qué mucho más femenino y agradable que de costumbre. Bruno comprará Ramm y se quedará a vivir allí.

El 15

Hoy habíamos efectuado muchos pagos que han acabado con todos nuestros ahorros. Yo ya no creía que nos quedara un céntimo. Entonces descubrí que aún teníamos una moneda de doce. Me

alegré tanto que no pude sino reírme de mí misma; pero luego me eché a llorar; luego volví a reír y abracé a mi Oso.

Pasado mañana nos mudamos a la ciudad. Me alegro al pensar que allí veré a Serena y a los excelentes ancianos Dahl. No haremos, por lo demás, nuevas amistades, sino que viviremos tranquilamente los dos solos. En invierno será llevadero, pero ¡en primavera...! ¡Ay, en primavera, cuando todo se pone tan hermoso en el campo, cuando aire y flores y mariposas y canto de aves...! ¡No! ¡No voy a sentirme desgraciada! ¡No quiero! Quiero que haya flores en mis habitaciones, y yo misma seré mariposa y ave cantora para ellas y para mi Oso.

CARTA XVIII



W., 20 de octubre

Tres días hace que estamos en la ciudad. El lunes por la mañana dejamos Rosenvik, no sin llanto por mi parte, debo reconocerlo, aunque puse buen cuidado en que Oso no las viera. ¡Ah, ya no volvería a llamar «hogar» aquel lugar tan precioso! Hacía una mañana gris y nubosa, volaba la nieve en el aire, el camino estaba irregular por la escarcha de la noche. El pobre Polle tiraba esforzadamente de Oso y su mujer. Tomamos el desayuno en Fågelbo, donde la señorita Husgafvel nos había invitado insistentemente. Su excelente café, acompañado de ricos manjares, su bello museo y la entretenida conversación me animaron y, cuando partimos hacia la ciudad, volvía a estar de buen humor.

Nuestras tres habitaciones eran bonitas y agradables, pero no les daba el sol, lo cual lamento muchísimo. ¡Adiós a mis flores! En fin, es posible vivir sin ellas. Estos días he estado muy atareada. Ayer colgué yo misma las cortinas de nuestras habitaciones. Serena vino a ayudarme. Ya te puedes figurar lo interesante que fue la conversación mientras duraba la tarea:

—¿Tienes tú las tijeras?

—¿Dónde está el cartón de los alfileres?

—¡Aquí!

—¿El martillo?

—¡Allí!

—¿Está torcido ese volante?

—Un poco... a la izquierda.

—Esa tachuela está roma.

—Toma, aquí tienes otra.

Y así sucesivamente; y alguna que otra broma y alguna que otra risa. Con Serena, las tareas se convierten en placeres. Todo lo hace fácil y bien. Para la cena lo teníamos todo terminado y, cuando Oso llegó a casa, lo llevé con cierto orgullo hasta su cuarto, que hasta entonces no había visto tan bonito.

—¡Oh, por todos los dem...! —exclamó boquiabierto y haciendo todo tipo de muecas.

Serena almorzó con nosotros. Se la veía contenta y estuvo bromeando con Oso. La comida estaba rica. Fue un almuerzo sencillo y agradable. Cuando Serena se marchó a primera hora de la

tarde, Oso cayó en una suerte de éxtasis al recordarla y exclamó:

—¡Es un verdadero ángel!

—Sí, Oso. Y por eso a ti no te convendría como esposa ni mucho ni poco, ¿verdad?

—No, no, ni mucho ni poco. Tan poco como yo le convendría a ella por marido. A mí solo me conviene una, ¡y es mi esposa!

—Pues ¡eso sí que conviene a las mil maravillas!

Todo está ya listo en mi hogar. ¡Si además tuviera sol...! Aunque, gracias a Dios, tengo el mejor sol que puede tener un hogar: paz.

1 de noviembre

Nuestra desgracia es ya de todos conocida. ¿Sabes por qué medio lo comprobamos? Porque una mañana llegó Bruno emocionadísimo y puso la mitad de su fortuna a disposición de Oso. Le dolió que Oso no quisiera aceptarlo sino como préstamo, y eso solo para poder saldar una deuda que lo tenía muy oprimido. El bueno del anciano Dahl acudió también en persona a Oso para ofrecerle su apoyo. Todos nuestros conocidos nos han dado muestras de amabilidad y compasión. Varias de las casas de las que Oso es médico han aprovechado la ocasión para abonar su cuota anual. Gracias a todo esto, nuestras preocupaciones presentes están, en su mayoría, resueltas, y estoy encantada de comprobar la bondad de la gente.

Ninguna visita, ninguna bondad me ha conmovido, pese a todo, como la de *ma chère mère*. Llegó ayer tarde, amable y cordial. Se dejó guiar por toda la casa, a la cocina, la despensa, se informó perfectamente de todos mis arreglos, y solo lamentó no poder ver mis cortinas, que, «según decían, eran particularmente bonitas». Acerca de nuestra pérdida, nada dijo, pero, después del té, exclamó de pronto enojada:

—¡Dime, Lars Anders! ¿Qué tonterías son esas que dice la gente de que estás pensando dejar Rosenvik? Excuso decirte. No quiero ni oír hablar de semejante cosa. Si no puedes pagar la renta en unos años, te quedarás en Rosenvik sin pagar renta, qué demonios. Sí, eso harás. Y no quiero oír ni una palabra en contra. Dicho está y dicho queda.

Oso, con su terrible sentido de la independencia, quería decir bastante en contra, pero a mí me entusiasmaron tanto las palabras de *ma chère mère* que al punto le besé las mejillas, las manos y el vestido, lo cual debilitó la oposición de mi marido. De modo que se limitó a refunfuñar por lo bajo diciendo que: «¡Demasiado...! No podemos aceptar lo que no... podremos restituir», pero *ma chère mère* lo interrumpió bruscamente y dijo, conmigo aún en las rodillas:

—¡Querido Lars Anders! No te quedes ahí refunfuñando como un escarabajo en un vaso. El exceso y el defecto todo lo arruinan. Ser independiente y hombre que responde de sí mismo es buena cosa, pero no querer aceptar un favor de un amigo es soberbia y no está bien. Has sufrido una pérdida. Tú no has sido el culpable. Pues bien, siendo así, tampoco debes avergonzarte. Acepta la mano que se te tiende, Lars Anders, y amóldate a las circunstancias. Quien más quien menos tiene que amoldarse tarde o temprano. Hoy por mí, mañana por ti. Lo que de corazón se ofrece no ha de rechazarse. Además, al haceros este favor, queridos míos, también me lo hago a mí, porque me gusta teneros de vecinos: no hay otros vecinos que me gusten tanto. Se hará como yo digo. Quedaos en Rosenvik sin renta por cinco años. Luego podéis seguir pagando como antes. Ya vendrán para vosotros tiempos mejores, hijos míos, pues sois diligentes y considerados; y,

después de la tempestad, quiere Dios que brille el sol. ¡No te empeñes en arreglártelas solo, Lars Anders! Sé un hombre bueno. Mira a tu mujer, es mucho más sensata que tú. ¡Vamos, ven aquí y bésame la mano y todo arreglado!

Le alargó la mano a Oso, que, a medias refunfuñando y a medias agradecido, la estrechó y la besó cariñoso. Quedó zanjado el asunto, ya no se habló más, y *ma chère mère* partió tan contenta y satisfecha como había llegado.

Yo me sentía tan feliz de haber recuperado Rosenvik y poder disfrutar allí de la primavera con sus flores y sus pájaros que Oso no pudo resistir ya más su inclinación por la solitaria independencia y se alegró conmigo. Así podré, en fin, oler mis propias rosas, recoger mis propias grosellas, cortar mi propia coliflor y, además, seguir cultivando y recogiendo el fruto de mi huerto. ¡Es divino!

14 de noviembre

Llevo una semana y media dando clases de música. Serena, a quien había confiado mi situación, me ha conseguido cuatro alumnos. Vienen por las mañanas, mientras Oso no está. Él nada sabe de mi negocio, y aún tendrá que seguir preguntándose por un tiempo «cómo puede ir tan bien la economía familiar, con lo que dura el dinero en el cofrecillo». Para un hombre tan bueno y tan poco exigente es un placer hacer estas cosas. De lo contrario sería una tortura. Las clases de música tienen un pasar, ¿qué no lo tiene cuando uno quiere que así sea? Pero entretenidas no son. Tres de mis alumnos son muy torpes, y vienen mal enseñados. Yo hago cuanto puedo por avivarlos. Machacamos *Bataille de Prague* con mucho sudor y mucho esfuerzo. El cuarto de mis alumnos es una niña muy aplicada con la que estoy satisfecha.

Mi relación con los viejos Dahl es cada vez de mayor confianza. Me reciben como si fuera una hija para ellos. En Serena tengo a la mejor y más adorable amiga que imaginarse pueda, Oso es tan bueno... ¡ay!, tengo tanto por lo que estar agradecida, y aun así... aun así me abruma la pesadumbre, y pende sobre mí una nube que se resiste a desaparecer. Tampoco puede decirse que esté del todo bien: aquí en la ciudad todo es muy oscuro; además... desde hace una semana se ha impuesto una niebla perpetua, a veces acompañada de lluvia; además... me rondan unos pensamientos que...

Claro que me pregunto qué diría *ma chère mère* de estas lamentaciones mías. Acaso: «A aquel que cantar quiere nunca le faltará un canto». *Ma chère mère* toca el violín y está alegre pese a su desgracia. ¡Ojalá fuera yo la mitad de sensata siquiera!

CARTA XIX



W., 17 de noviembre

Un mes llevamos ya en la ciudad. Esta niebla, la oscuridad de esta estación me aploma el ánimo. ¡Y esta sucia aguanieve que no acaba nunca! Es imposible respirar ni una bocanada de aire fresco. Y todo el mundo está acatarrado y febril. Oso anda tan ocupado que solo lo veo para el almuerzo y al caer la noche. El anciano Dahl ha sufrido un ataque de gota y Serena no puede apartarse de su lado. Yo no me encuentro lo bastante bien para salir mucho, conque no puedo verla a menudo. Procuro mantenerme ocupada en casa, pero con nada lo consigo. Hace unos instantes trataba de animarme con la preciosa cancioncilla *El canto al sol*[90], pero no tengo voz. Quería escribir un poema, pero para rimar con «corazón» solo se me ocurría «desolación», lo que casi me hace llorar. Luego he querido coser, pura y simplemente, pero el resultado ha sido pura y simplemente malo. Finalmente me he sentado junto a la ventana para ponerte al corriente de mi mal humor, con el ruido de los coches y con el goteo del tejado como acompañamiento. Mis pobres alumnos también me tienen abatida. Es imposible avanzar con *Bataille de Prague*. Habrá que intentarlo con otra pieza. Dime, ¿se te ocurre algo más fastidioso que el goteo incesante de los tejados?

El 19

Ayer quería ver a Serena. Necesitaba la amabilidad de su mirada y de sus palabras. Estaba abatida por muchas razones y en particular por mí misma. Mis alumnos me habían atormentado tanto por la mañana que, cuando me quedé sola, rompí a llorar. En el almuerzo, la sopa sabía a humo. Oso tuvo que dejarme enseguida después de comer. Todo se me hacía insoportable y, para espantar de mi casa el mal humor, me dirigí bajo el paraguas y por el lodo a casa de los Dahl.

Los encontré solos. La familia estaba reunida en la sala donde yacía postrado el anciano. Estaba sentado en una gran butaca con los pies envueltos en un paño de franela. La mirada y la bondad de Serena me habrían animado si su palidez no me hubiera dejado horrorizada, amén de indicarme que tampoco allí iban bien las cosas. El señor y la señora Dahl también estaban callados y serios de más. Vi, por otro lado, claramente, que la relación entre los ancianos y su querida niña era tan cariñosa como de costumbre.

Después del té, la señora Dahl se fue a su cuarto y me pidió que la acompañara, mientras

Serena iba a leerle a su abuelo, que esta noche no tenía fuerzas para charlar. Una vez solas la anciana y yo, tampoco se diría que entre nosotras quisiera fluir ninguna conversación. La buena mujer estaba pensativa y exhalaba hondos suspiros. Indagué discretamente y pude conocer su causa. Bruno había pedido la mano de Serena a sus abuelos unos días antes.

—Su petición—continuó la señora Dahl— me dolió el doble, ya que la formuló de un modo a la vez ardiente y caballeresco; pues yo siempre he apreciado a Bruno, y pese a todo, por muchas razones, no podíamos verlo de marido de Serena. Al menos no por ahora, con lo poco que lo conocemos. Circulan rumores de lo más extraños sobre su juventud y el porqué de su huida de la casa materna. Hace muchos años que no tenemos noticias suyas, e incluso ahora se oyen de él comentarios ambiguos, particularmente sobre una mujer que tiene en su casa. Mi marido es estricto en sus exigencias de honor y buen nombre de un caballero, y si alguien tiene derecho a ello es él, desde luego. Siente por Bruno un cariño sincero, igual que yo, y se alegra de las cosas buenas por las que ahora trabaja y se esfuerza, pero no desea que llegemos a llamarlo hijo. Serena es su ojito derecho, su alegría, su orgullo; no es de extrañar que no quiera entregarla a un hombre cuya vida y carácter están envueltos en sombras. Recibió, pues, con frialdad la petición de Bruno y, aunque no la rechazó de plano, sí le pidió que, por el momento, dejara de pensar en ella. Le habló del futuro, y de conocerlo mejor y cosas por el estilo y, con idea de concluir tan poco agradable conversación de un modo más amable, añadió en broma: «Por lo demás, al igual que cuenta la Biblia que Jacob hubo de trabajar siete años y otros siete aún para conseguir a Rebeca[91], no debe usted hallar desproporcionado aguardar unos años para poder merecer a una muchacha que, seguramente, es más buena y más bella que la pastora de aquel país de Mesopotamia». Esta broma sobre Jacob y Rebeca no pareció agradar a Bruno ni mucho menos. Con mirada sombría, cogió el sombrero, se inclinó y nos dejó sin decir palabra.

»Cuando se hubo marchado, sentimos un gran pesar, y decidimos contarle a Serena cuanto acababa de ocurrir, y escuchar lo que ella tenía que decir.

»Así lo hicimos, y la profunda alteración de su ánimo me confirmó lo que yo ya sospechaba y lo que ella misma, a una pregunta mía sin ambages, respondió: “¡Serena ama a Bruno!”. Ya de niña le tomó un profundísimo cariño, y ese cariño se ha convertido en amor. Sin embargo, cuando mi marido le expuso las razones que lo habían impulsado a dar a Bruno una respuesta tan poco alentadora, ella dijo, aunque entre lágrimas, que estaba del todo en lo cierto. Y, cuando él, conmovido, añadió que su cabeza cana acabaría triste en la tumba si Serena se unía a un hombre que no fuera digno de ella, y que él, incluso en vida, no alcanzaría ningún sosiego si estuviera tan encariñada con Bruno que creyera que sería degradingada si no se celebraba la unión, en ese momento Serena le rodeó el cuello con los brazos, le rogó que se calmara y le aseguró que a nosotros nos quería más que a Bruno, que ella nunca querría dar su mano sin nuestro completo consentimiento, que quería vivir con nosotros para siempre, y dijo unas cosas tan cariñosas sobre lo satisfecha que se sentía con la vida que llevaba, y lo feliz que la hacía nuestro cariño, que alivió mucho la pesadumbre de nuestros corazones.

»Desde esta conversación no hemos vuelto a hablar del asunto, pero ¡Dios sabe por qué!, nos sentimos todos algo desanimados. A Serena se le nota que tiene oprimido el corazón, aunque se muestra tan cariñosa como siempre. Mi marido hizo un esfuerzo inusitado durante la conversación del otro día, y le ha empeorado la gota. Tampoco hemos sabido nada de Bruno, ¡él, que tan a menudo nos visitaba antes! Quién sabe si no se habrá tomado tan mal el aplazamiento propuesto que ha vuelto a partir a las Indias.

—Pues ¡que vaya en paz! —dije yo—. De ser así, no es digno de Serena. En verdad que estoy de acuerdo con el señor Dahl: «Ella merece que la esperen y la sirvan». Aunque en verdad que siete años y otros siete más me parecen algo exagerado en estos tiempos en que los hombres no son ni la mitad de longevos que los santos patriarcas.

La señora Dahl se echó a reír y dijo:

—¡Tú siempre sabes animar con tus palabras, mi querida Fransiska! Y verás, precisamente lo mismo que tú he pensado y dicho yo. Pero mi marido, tan sensato y excelente en todo lo demás, es algo tozudo en las cuestiones matrimoniales. Y además, no le gusta que pidan la mano de Serena. ¡Ay, Fransiska! Más de una vez he pensado y presentido que en nuestro amor por ella bien podría haber cierta mezcla de egoísmo, y que quizá temamos perder su cuidado y compañía si se casa tanto como tememos que pudiera no ser feliz en su matrimonio. Me cuesta lo mío —añadió con un suspiro— aclarar para mí estas ideas. ¡Ay! La vida es una lucha hasta la tumba misma. La vejez también tiene, como la juventud, sus tentaciones que resistir, y puede que incluso más difíciles. La sangre de los ancianos se vuelve espesa, los sentimientos, muy rígidos, el frío que nos recorre el cuerpo quiere consumirnos hasta el alma. Sentimos que necesitamos toda clase de ayuda y nos volvemos exigentes. Sufrimos achaques sin cuento y, por culpa de ellos, olvidamos ser partícipes de los padecimientos y alegrías ajenos. En verdad que son tentaciones difíciles de resistir y, de no ser por el sostén y el calor del Evangelio, tengo por cierto que sucumbiríamos. Y cabe incluso pensar que nos dejemos esclavizar más de lo que somos conscientes.

Mientras conversábamos dieron las nueve. La señora Dahl y yo tomamos una cena ligera. Serena se quedó con el abuelo. Poco después de comer, nos unimos a ellos también nosotras, para sumarnos a la oración de la noche, que en este hogar rezan a diario desde hace cincuenta años. Al llegar a la puerta, oí a Serena leer en voz alta.

«¡Dios mío! —pensé—. ¡No habrá estado leyendo sin parar desde que nos separamos!» Entramos, cesó la lectura. Los criados se reunieron en la sala, y el viejo Dahl dirigió personalmente con mucha dignidad y fervor la breve pero hermosa oración. Terminado el rezo, los señores y los criados se dieron la mano deseándose amigablemente las buenas noches. Fue una escena apacible que hacía bien al corazón.

Una vez que nos quedamos solos, me percaté del aire de cansancio que se advertía en Serena. Tosió varias veces. No me gustó nada esa tos, pero al mirarla yo con extrañeza y preocupación, me sonrió tan alegre y amable como si quisiera borrar esa impresión.

Al despedirme le deseé al abuelo Dahl que «durmiera bien», a lo que él respondió:

—Hace ya un tiempo que no es amigo mío el sueño, pero soy muy afortunado y tengo junto a mi lecho a una joven Scherezade, que me acorta la larga noche con sus gratas historias. Y yo diría que lleva ya más de mil y una. Pero ¿no estarás cansada esta noche, preciosa mía? —añadió al ver a Serena.

—¡Aún puedo leer otro ratito! —respondió la joven con entusiasmo.

Estuve a punto de protestar, señalando el cansancio que reflejaba el rostro de Serena; sin embargo, a mi primer «pero», ella puso veloz su mano sobre la mía, tan terminante, tan persuasiva que volví a cerrar la boca que acababa de abrir.

Serena me acompañó al salón.

—¡Serena! —exclamé con tono de reproche—. ¿Por qué no le dices a tu abuelo la verdad? Sí que estás cansada, te lo conozco en la cara. ¿Tú crees que él estará satisfecho si te matas leyéndole solo para entretenerlo? ¡Es una insensatez, un disparate!

—¡Calla, calla, tú, la sensatez personificada! —dijo ella sonriendo y acariciándome, con una lágrima brillándole en los ojos—. Deja que esta noche siga mi intuición, otra noche seguiré la tuya. El abuelo está enfermo, y hoy lo veo muy decaído. Si creyera que no me siento del todo bien, se preocuparía muchísimo. Y tan mal no estoy; un poco cansada, nada más. Pronto volveré a estar cual luna nueva en invierno.

—Pues tienes que venir pronto a visitarme, que ando siempre con el ánimo decaído de unos meses a esta parte.

—¡Ah, ya me lo maliciaba, sí! ¿Qué tienes, Fanny? Mi dulce Fanny, ¿qué es lo que te oprime así? ¡Siéntate! Deja que te quite la capa. ¿No puedo saber nada ahora, ahora mismo?

—¡No, no, ahora no! Pero ven pronto a verme, Serena.

—¡En cuanto me sea posible!

El criado de los Dahl me acompañó a casa con un candil. Llovía, y densos, cual gotas de agua, se sucedían mis pensamientos.

«¿Habrá Serena de marchitarse en su juventud —me decían—, por serle tan querida a los ancianos y haber llegado a ser imprescindible para ellos? ¡Que la raptaran, eso querría yo! De lo contrario, se quedará anclada en esa lectura como por encanto. Bruno sería el hombre perfecto para hacer algo así. Pero ¿Bruno...? Ese espíritu inquieto y no del todo puro ¿sabría hacerla feliz? ¿No sería salir de un trance para entrar en otro peor? ¡Mi pobre y dulce Serena! ¡Como un nenúfar se diría que estás predestinada a ir a merced de las olas, ora tranquilas ora tempestuosas, y a vivir únicamente como adorno o presa de ellas!»

El 22

El nenúfar tiene raíz, por más que escondida en las profundidades; y aunque su flor se deje mecer obediente al albur de las ondas, cuenta con un punto de mira propio: el cielo. De él absorbe fuerza y luz. Y ahora, de la flor de las ondas a la flor del valle, a la flor de los Dahl, Serena.

Hoy, esta mañana nubosa y brumosa, Serena me ha sorprendido, lo confieso, entre lágrimas. Me avergoncé de ellas, y a sus delicadas preguntas y caricias solo pude decir:

—¡Bah, no te preocupes por mí, Serena! Ando hoy algo débil. Tendrías que haber venido otro día, me encuentras hoy tristona e infantil...

—No, precisamente hoy es bueno que haya venido —dijo Serena con sentida sinceridad—. Precisamente hoy me alegro de estar aquí. No he tenido sosiego desde que te vi la última vez y me hablaste con aquella tristeza, tan impropia de ti. Así que aquí me tienes ahora, y no me iré hasta que me digas qué es lo que así te llena de tanto pesar.

—¡Ojo, que puede haber represalias, Serena!

—¡Oh, muy belicosa te veo! Bien, eso me tranquiliza. ¡Vaya, te ríes! Gracias a Dios, entonces no será para tanto, pero dime, dulce Fanny, dime...

Nos acomodamos en el canapé, hablamos, lloramos, reímos... Y las palabras dulces y sensatas de Serena aliviaron un tanto mi corazón. Sin embargo, cuando ya me sentí más tranquila, empecé a acuciarla y a decirle:

—Bien, tu turno, Serena. Ahora tienes que confesarte tú. No, no, no puedes rehuirlo, no puedes marcharte sin haber resuelto este misterio. Vienes aquí a verme, a hablar conmigo, de mí, como si no hubiera otra cosa de que hablar en el mundo. Y algo en tu mirada parece decir que habita en tu

alma la paz eterna. Dime, ¿cómo lo has conseguido, cómo puede ser? ¡Serena! Sé que Bruno ha pedido tu mano. Sé también que se marchó después de serle, si no negada, al menos concedida con una perspectiva tan dudosa y lejana que parece hartamente improbable que la alcance. Sé también que se sintió herido... ¿Es posible que quedes indiferente ante todo esto?

—No... ¡indiferente no! —A Serena le costaba a todas luces hablar del asunto.

—¡Dulcísima Serena! —exclamé—. ¡Perdóname! Te atormento, ya me lo figuro, pero esta vez tienes que consentir que vea el fondo de tu corazón. Sé que Bruno te ama, y mucho. Tú misma me has reconocido lo que sientes por él. ¿Puedes, acaso, rechazarlo sin dolor?

—No sin dolor... aunque sin mucho sufrimiento.

—¿No te estarás engañando a ti misma? Dices «no sufro», pero aun así, estás tan pálida... Un buen día morirás mientras dices «No voy a morir».

Serena respondió con una sonrisa tristonosa al tiempo que se sonrojaba y decía:

—¡No, Fanny! De esta pena no voy a morir. Me he puesto a prueba a mí misma y sé que puedo soportarla. Dentro de un tiempo dejaré de estar pálida; dentro de un tiempo recobraré del todo la fuerza y el sosiego. Mis abuelos me han revelado las razones que los han inclinado a no avenirse a los deseos de Bruno. Creo que tienen razón y que en modo alguno podrían pensar o actuar en otro sentido. De ahí que haya decidido acallar mis sentimientos. Sí, he apartado de mí toda idea de una unión con Bruno. Quiero vivir sola con mis abuelos. Mientras ellos me quieran y sean felices merced a mis cuidados, no me sentiré desgraciada.

—¿Tanto puede, di, tu sentido del deber? ¿A tal punto colma tu corazón el amor que les profesas, que es capaz de imponerse a todos tus deseos, a toda la amarga añoranza que a buen seguro sientes pese a todo por aquel a quien amas?

—Sí, si no siempre, al menos la mayor parte del tiempo. Verás, Fanny, por más que, durante el día, se me despierte en el corazón cierta impaciencia, cierta añoranza, cierto «¡ay!», como tú lo llamas, una vez acabado el día y cuando ya me retiro a descansar y puedo decirme que ellos, que tan cariñosamente me cuidaron de niña, han pasado el día enteramente a su gusto y distraídos gracias a mí, cuando pienso que descansan satisfechos y que bendicen a su nieta, en esos momentos, Fanny, se me reconforta y apacigua de veras el corazón; en esos momentos callan todos los «¡ay!», y me siento en paz y agradecida por mi suerte.

—¿Y si tus abuelos vivieran diez o veinte años más? A cada año que pasara, más necesitarían de tus cuidados. Y esas lecturas... ¡Serena, te marchitarás prematuramente, te harás vieja en la flor de la edad!

—Y si se ajan las mejillas y pierden los ojos su brillo... ¿qué, Fanny querida, si se alcanza la paz de corazón? He pensado en el futuro al que aludes, y no lo temo. Cuando los padres no son enteramente buenos y dignos de respeto, puede ser duro, muy duro, vivir solo para ellos. Y puede, no sin razón, llamarse *sacrificio*. Pero ¡cuán distinto no es para mí! ¡Y cuántas satisfacciones no hallo en mi vida, las cuales nadie imagina siquiera! ¿Puedo manifestar algún deseo que mis abuelos no traten de satisfacer, no están siempre dispuestos a comprarme lo que necesite? ¡Cuánta alegría no me procura su bondad y su generosidad! En verdad que vivir para unos abuelos tan buenos y tan honorables como los míos es una suerte maravillosa y noble.

—¡Qué bien hablas, Serena, muy bien! —dije yo malhumorada—. Nadie puede admirar a tus abuelos más que yo, desde luego, pero no acabo de aceptar del todo que ellos nunca soporten a tus pretendientes, que siempre se opongan a tu matrimonio; y estoy por preguntar si no subyace a ese empeño una buena dosis de egoísmo. No te entregan a otro, porque quieren conservarte para sí

mismos, para que tú los cuides, leas para ellos, cantes para ellos hasta que...

—¡Fransiska! —me interrumpió Serena con un punto de horror en la voz—. ¡No hables así! ¿No es este el tipo de pensamientos que amargan el corazón y paralizan toda voluntad de hacer el bien? ¡Mi dulce Fanny! Debemos apartar esos pensamientos con todo el poder a nuestro alcance como malignos incitadores a caer en la tentación. Además, si los padres quieren algo a cambio de todo lo que han sacrificado; si, siendo ancianos, temen verse abandonados y desean conservar cerca a la criatura que criaron y cuidaron con amor... ¿tan extraño es? ¿No te parece ni más ni menos que justo? ¡Ay, me gustaría gritar a todos los que se hallan en una situación como la mía: «Tengamos esto bien presente, y amemos nuestro deber filial»!

—¿Y cuando este deber se acabe? Cuando tus abuelos se hayan ido y se hayan ido también tus mejores años, ¿no se te antojará vacía la vida? Por ellos te habrás separado de los jóvenes de tu edad y de sus aficiones, te habrás apartado de la vida alegre y mundana para acompañar y cuidar a la moribunda. Te verás sola de pronto. ¿No se habrá convertido también tu espíritu en el de una monja, que ve en el mundo un desierto y se retira muda a su triste celda?

—No lo creo —dijo Serena levantando la vista. Una lágrima le brillaba en los ojos, y el pecho se le agitaba como si quisiera liberarse de un peso, y continuó—: La vida es riqueza y belleza. La bondad de Dios da sin cesar, ¿por qué habría de dejar de recibir nuestro corazón? ¿Por qué habría de agostarse, mientras sigan manando ricas fuentes de placer? Debe ser por su culpa, en tal caso. Se angosta, se encoge y no quiere abrirse para alegrarse con las alegrías ajenas, para admirar la belleza del mundo. ¡Ay, eso es la pobreza de espíritu! Mi querida Fanny, no la quiero para mí. Quiero que mi alma esté siempre abierta... ¡La primavera y la amistad y el canto siempre habitan la tierra! Podrán venir tiempos duros y dolorosos, pero se irán igual que vinieron. E incluso en tiempos así, ¿no hemos de contemplar más los rayos del sol que iluminan nuestra vida que aquellos que miran en otra dirección? Y precisamente por eso, Fanny querida, ¡no hablemos más de lo que me oprime! Deja que ahora disfrute del sol, que ha salido a saludarnos después de tantos días de nublados. ¡Mira qué hermoso brilla sobre el tapete verde de la mesa! —Y Serena extendió a la luz del sol su blanca mano, como si la acariciara—. ¡Deja que disfrute de ti, de ver que me aprecias tanto, igual que yo a ti!

Y con el claro rostro humedecido por silenciosas lágrimas, Serena me abrazó y apoyó su cabeza en mi hombro.

—Pero ¿y Bruno, Serena? ¿Y Bruno? —Me comportaba como un demonio, no quería dejarla en paz—. Mientras tú te consuelas y disfrutas de la vida, él, que no posee tu fuerza, estará solo y será desgraciado.

No acababa de pronunciar tan duras palabras y ya lamentaba haberlas pronunciado. El amable resplandor que animaba el rostro de Serena se extinguió de pronto. Una nube, un dolor lo recorrió en su lugar, pero se recuperó enseguida y dijo con apacible sinceridad:

—¡No, Fanny! No, Bruno no será desgraciado. ¡No; él también hallará la paz!

—¿Y cómo...? ¿Y de dónde esa certeza? —dije sorprendida.

—¡Ay! Yo sé cómo acabará todo... Tengo un presentimiento, una fe que no me defraudará. Verás, pasará un tiempo... No será un tiempo feliz, pero pasará; y entonces volverá Bruno. Entonces todo será como en mi infancia y su adolescencia. Seremos como hermanos. Y ese vínculo nos hará felices a los dos. Veo con toda claridad que será así, y esa certeza me hace muy dichosa. Bruno elegirá otra esposa, pero yo seré siempre su amiga, su hermana. Tú misma podrás ver que así será. Os tengo a ti, a Bruno y a mis abuelos para amaros y dedicaros mi vida, ¡ay,

Fanny, qué bueno es Dios!

Los osos de Spetsbergen no caerían con más fiereza sobre la cabaña de «los cuatro marineros»^[92] que mi Oso sobre la puerta de la sala. Era la hora de la cena, y Serena debía dejarme a toda prisa y correr a su hogar. Yo estuve distraída durante la cena y por ello tuve que soportar las pullas de Oso. Pedí un segundo café para ganarme su aprobación y, mientras él bebía y echaba humo enteramente a su gusto, me senté yo a interpretar la letra y la música de una cancioncilla que había compuesto por la tarde, y que te mando aquí:

EL NENÚFAR

Del pie de las ondas surge,
blanca y hermosa, una flor,
contempla el sol y consagra
su vida a su adoración.

Fieles, se vuelven sus ojos
ya por siempre a las alturas;
para Dios, que está en los cielos,
son llama votiva pura.

Allá en las honduras flota
bella y dulce cual plegaria,
nada añora ni persigue,
pues su amor es su ganancia.

Cuando aúlla la tormenta
y, recia, la lluvia azota,
se mece triste el nenúfar,
tranquilo sobre las olas.

Y no abandona la orilla,
cuya onda su cuna era.
Mirando a lo alto piensa:
días mejores te esperan.

Ya la tempestad descansa;
la tarde purpúrea vierte
perlas de rocío al son
de unos acordes: ¡Atiende!

En hondas salas argénteas,
tañendo su arpa está Necken,

el poeta habla al nenúfar,
de un amor que nunca muere.

«Ven y verás los misterios
que me rodean aquí.
desde estos lechos de hiedra,
quiero cantar para ti.

»Qué frescor en el silencio
de la morada de nácar;
baja, tú, de sol bañado,
¡ven a este amor que te aguarda!»

Mas la blanca flor levanta
la mirada al cielo azul,
y al cantor así responde
desde su mundo de luz:

«¿Tú quieres ganar mi amor?
Sube, sube hasta mí,
solo bajo el sol divino,
puedo yo ser para ti.

»¡Ven, dios cantor del abismo;
ven, aquí se está mejor!
Y mira los cielos claros,
¡y canta la luz y el amor!».

Del sueño despierta Necken
(¡qué oscuro es todo allí abajo!).
Lo consume la nostalgia
de sus placeres de antaño.

El 26

¡Siempre igual y lo mismo! «Siempre igual y lo mismo, ¡qué amargura de vida!»[93] En particular, cuando ese «siempre igual» es niebla eterna y aguanieve. Nada prospera en este ambiente, solo las enfermedades. Apenas veo a Oso una hora al día. Y su amable mirada es ahora, pese a todo, para mí más que el sol mismo. Estos días está sumamente preocupado por uno de sus pacientes, un honorable padre de familia, y esta noche la pasará en su casa cuidándolo. ¡Qué distinta no puede presentarse la vida en distintas épocas! A veces tan saludable, tan clara y... ¡Mira, una pobre mujer se ha caído en la calle y se ha embarrado el abrigo! ¡Por allí se le ha

volado a un señor un paraguas vuelto del revés! ¡Allá una silla que pasaba ha salpicado toda de barro a una criada! A los tres se los ve muy compungidos. Gorjean los gorriones. ¡Ya quisiera yo ser gorrión!

El 28

¡Oso está desolado! El padre de familia ha fallecido. El hombre estaba en la flor de la edad, y deja una viuda con siete hijos, la mayoría pequeños. Para vivir solo contaban con el salario del padre. Acababan de mudarse aquí, no tienen familiares ni amigos que puedan ayudarles. ¡Pobres criaturas! Solo de pensar en ellos se me parte el corazón.

—¿Tienes algo negro que pueda valer de luto para los pequeños?

—¡Dios nos asista, Oso! Para mí que ahora mismo todo está negro, incluso este vestido rojo. Decías que Serena estaba allí, ¿cómo la has visto?

—Bondadosa y amable, ¡un ángel y un consuelo!

—¡La dulce Serena!

De Bruno nada se sabía. Pudiera ser que su horrible soberbia se haya sentido en verdad tan herida que haya dejado de pensar en Serena. De ser así, se ganaría mi desprecio.

¿Y Serena? ¿Es tan fuerte como quiere aparentar? ¿No consumirá este amor, este dolor, su vida como un secreto gusano? Todo me parece entristecedor. Veo palidecer a Serena, a Bruno lo veo ensombrecerse. Pienso en los pequeños que se han quedado sin padre, que necesitan pan y cuidados. *Ma chère mère* vive en la oscuridad. Oso vive en el desconsuelo, y yo...

¡Ay, tanto se atisba en la vida, sin salir a relucir! Tanto despunta sin llegar a clarear; tanto comienza sin nunca terminar que, si lo considerásemos, nos quedaríamos de manos caídas y abatidos de no ser por esta idea, fuente de consuelo: *¡Esto es el principio!*

CARTA XX



W., 4 de diciembre

Me dices, Maria, que «no parezco la misma». Reconoces un punto «de abatimiento, de melancolía» en mi forma de expresarme. Te preguntas por la razón. No puedo resistirme a tus dulces y amables palabras, y te lo contaré todo, aunque pueda parecerme extraña y pueril por demás.

Es verdad: hace ya un tiempo que veo la vida con desánimo. Me he sentido mal física y anímicamente, y sin ningunas ganas de vivir. ¡Ay, Maria! Siento que... soy madre. Y esa sensación me pone enferma. Ha despertado en mí un sinfín de pensamientos y sentimientos extraños. Creo que he empezado a contemplar el mundo con una mentalidad totalmente distinta, y he descubierto en él mil peligros y sufrimientos en los que no había pensado anteriormente, y que ahora se me antojan todos una amenaza para mi hijo. Cada paso que doy en la vida me parece rodeado de celadas e infortunios. Aprender a caminar, aprender a leer, aprender a pensar, aprender a comportarse, ¡qué penoso, qué difícil! Y además, todos los padecimientos, desde el primer dolor de muelas hasta la última angustia ante la muerte, todos los peligros para el cuerpo y para el alma, tropezar y caer por la escalera, tropezar y caer en el amor, tropezar y caer en el pecado, etcétera, ¡qué aterradoras, qué penosas no se han alzado en mi alma esas apariciones nocturnas! Y yo no podía decirles: «¡Apartaos, fantasmas engañosos!»; pues, al mirar a mi alrededor, al mirar la vida, veía que eran huéspedes auténticos, huéspedes cotidianos en las moradas de los hombres. Y cuando lo veía así, y cuando el cielo me miraba desde arriba tan oscuro y nublado, en esos momentos, Maria, cruzaba los brazos sobre la criatura que llevo dentro con el deseo de ocultarla al mundo, al sufrimiento. Temía que viera la luz de la tierra.

En cierta medida he logrado combatir estos sentimientos enfermizos, dolorosos; pero lo peor de todo, lo que me angustia sin cesar es que mi niño no sea bien recibido por mi marido. Y creo advertir muchos indicios, Maria. Nunca habla de los hijos, nunca expresa el deseo de tenerlos. Y un día en que hablábamos de alguien que tenía una familia muy numerosa, me lanzó una mirada que parecía decir: «No pensarás tú venir con esas, ¿verdad?». ¡Ay, Maria! Y con esas vengo, precisamente. Oso aún no lo sabe. Pese a todo, pienso que debe maliciárselo. Pero el hecho mismo de que nada haya dicho me roba el valor para revelárselo. ¡Ay! También debo confesar que mi estado de abatimiento de estas semanas me ha vuelto menos amable con él. Lo he estado evitando, me apartaba si sus brazos querían estrecharme cariñosos. Era consciente de que le dolía,

y pese a todo he seguido igual, aunque quien más ha sufrido por ello he sido yo misma. Oso no es joven ya. Él adora, en su hogar, la paz y el sosiego. No es extraño que el llanto y las voces de los niños y todo el alboroto que los pequeños ocasionan le vayan a parecer odiosos, ¿no crees? Y además, después de haber perdido su fortuna, será oneroso para él afrontar nuevos gastos, nuevos cuidados que siempre crecen en lugar de disminuir. Y si tengo dos niñas a la vez, y luego otras ocho (las diez que auguró Stellan), ¿qué creará Oso? ¿Qué pensará? ¡No te puedes figurar, Maria, cómo me oprimen estos pensamientos!

¡Pobre hija mía! No será ya bastante que te toque en suerte mucho sufrir y muchas amargas privaciones en este mundo, sino que además cabe la posibilidad de que tu padre ni siquiera te sonría cuando abras tus ojos a la vida. Cabe la posibilidad de que te estreche contra su pecho con un secreto suspiro de angustia. Y si perdieras pronto a tu madre, ¡quizá en el parto mismo!, pues ¿cuántas mujeres no mueren al dar la vida?, y yo fuerte no soy, entonces ¿quién, pequeñuela mía, se sentará fiel junto a tu cuna? ¿Quién hará de tu zozobra sosiego con una nana? ¿Quién, más adelante, te consolará en los contratiempos? ¿Quién te enseñará a amar y a soportar? ¿Dónde encontrarás unos brazos siempre abiertos? Mi llanto es un torrente y debo terminar.

El 5

Pero ya me seco las lágrimas y continúo. Ayer noche estaba yo sola cosiendo un gorrito de niño. Tenía el corazón apesadumbrado y un nudo en la garganta. Oso aún no había llegado. Soplaba fuerte el viento, y me desanimó más aún. Además, fue el culpable de que no oyera que Oso había vuelto a casa hasta que, con el estruendo habitual, abrió la puerta de la salita. Me apresuré a ocultar la labor bajo un chal, me sonrojé y no fui capaz de decirle «¡Buenas noches!» siquiera. Oso venía más contento de lo habitual y exclamó animoso:

—¡Buenas noches, mi querida mujercita! ¿Cómo te encuentras?

—¡Bastante bien! —respondí y, a fin de evitar más preguntas, me apresuré a preguntar yo—. ¿Qué traes en la mano?

—Una caja de cartón grande y fea —respondió Oso—. Una anciana me insistió para que la comprara. Ya veremos si puede servirte para guardar peinetas, horquillas... —Dejó entonces la supuesta caja encima de la mesa, retiró con una mueca horrible el envoltorio bajo el que venía oculta y, ante mis ojos, vi un cuadro con un lucido marco dorado. Dos figuras surgían de él como si estuvieran vivas. La más hermosa imagen de la madre de Dios flotaba sobre las nubes con el niño Jesús en sus brazos. Era una copia de la *Madonna Sixtina* de Rafael, ejecutada a carboncillo por la excelente *mademoiselle Röhl*[94]. Vi la paz celestial en el semblante de María; vi la divina mirada del Niño, que todo lo iluminaba, y me sentí tan bien, tan celestialmente bien... No podía hablar, y sin ser yo consciente, empezaron a caer sobre el cristal del cuadro dulces lágrimas de alegría. Había olvidado cuanto había a mi alrededor, no sabía si estaba en la tierra o en el cielo cuando, de repente, sentí los brazos de Oso y lo oí decir con voz dulce, conmovida, pero de reproche a un tiempo:

—¡Fanny! ¿Por qué no había de saber yo que soy... ¡padre!?

En este instante sentí un violento zarandeo en mi interior. Era como si el niño se hubiera movido en mis entrañas para levantarse hacia su padre. Apoyé la cabeza en su hombro y solo pude balbucir:

—¡Oh, Oso! ¡Temía que no te alegraras!

¡Maria querida! Cómo me sentí cuando vi a Oso caer de rodillas delante de mí, cuando besaba mis manos, mi vestido, al tiempo que, con grandes lágrimas en los ojos y la voz quebrada, me dijo:

—¿No había yo de alegrarme? ¿No había yo de estar contento? ¡Estoy contentísimo! ¡Mi Fanny querida, mi querida esposa! ¡Un hijo mío!

Así no lo había visto yo jamás, y mi corazón se deshacía en una ternura y una felicidad indecibles.

Fue un instante hermoso, divino. Solo uno así en esta vida terrenal y ya podemos darnos por satisfechos. Ya hemos entendido el cielo.

Una vez apaciguada la intensidad de nuestra emoción primera, Oso se sentó a mi lado y, bromeando a medias y a medias muy en serio, me riñó por mi comportamiento, por mi extraño afán de guardar el secreto. Le abrí mi corazón: ahí pudo él leer, pudo ver cuanto había ocurrido últimamente. Al principio sonrió, luego se puso más serio y finalmente dijo, casi descontento:

—Pero ¡esto es una insensatez, Fanny! ¿Qué se ha hecho de tu confianza en el Altísimo? ¿Cómo se explica este cobarde temor en alguien que cree en Él y en su bondad?

—¡Ay! —suspiré—. Claro que creo en Él, pero no por eso dejan los niños de rodar escaleras abajo o de caerse por la ventana y quedar lisiados o tontos de por vida.

—¿Y qué? —dijo Oso, y me clavó la mirada en los ojos con una expresión firme y clara a la vez. Nunca pensé que sus ojos pudieran llegar a ser tan grandes. Bajé la vista y dije despacio:

—¡Nuestro hijo también podría ser muy desgraciado!

—¿Y qué? —exclamó Oso, y volvió a mirarme como antes.

—¿Y qué, y qué? —repetí impaciente y a punto de enojarme, pero entonces volvió a dirigirme su mirada, que se me clavó en lo más hondo de mi alma. En este momento lo comprendí, comprendí su masculina fuerza espiritual, su amor y su piedad—. ¡Oso! —dije arrepentida—. Yo quiero confiar como tú. Y venga lo que venga, no pienso gruñir, no pienso desesperar, sino solo creer firmemente en Aquel cuya bondad es eterna.

Oso me apretó contra su pecho.

Sentí cierto temor al pensar en referirle acto seguido mis hasta entonces no mencionados miedos, pero él se había propuesto seguir preguntando, y no cambió de idea hasta haber obtenido todas las respuestas. Al mencionarle yo mis dudas sobre él, estuvo a punto de enfadarse, y dijo:

—¿Cómo pudiste tú, Fanny, pensar tan mal de mí? ¿Cómo pudiste creer que fuera un hombre tan ruin, tan antinatural? ¡Solo que estuvieras enferma puede disculparte!

—Pero Oso... Ahora que somos pobres, será sin duda preocupante la cuestión de alimentar y educar a los hijos. En particular, si tenemos muchos... si de verdad llegáramos a tener ¡diez hijas! —Dicho esto, me eché a reír, aunque con lágrimas en los ojos.

—Saldrá bien, ya lo verás —dijo Oso animado—. Algún remedio encontraremos. Los hijos recibidos con amor traen consigo la bendición. ¡Cuanto más hijos, más padrenuestros!

—Pero ¡y la educación, la educación! —suspiré yo—. ¿Qué dificultades no encontraremos, teniendo en cuenta las exigencias de estos tiempos?

—¡Al diab... con las exigencias de estos tiempos, en muchos sentidos! —dijo Oso refunfuñando, y añadió muy serio y con sincera amabilidad—: Querremos a nuestros hijos, Fanny. Les inculcaremos un temor de Dios claro y firme, les enseñaremos a ser diligentes y ordenados. Por lo que al desarrollo de sus capacidades y a una formación más esmerada se refiere, la tendrán

si podemos permitirnosla. Pero, de no ser así, no lo lamentaremos. Encontrarán su camino, tanto aquí como en la otra vida. Tú, mi Fanny querida, les enseñarás muy pronto lo que dice esa canción que tan de buen grado cantas siempre:

Quien bien sabe leer el padrenuestro,
al diablo no teme, ni teme al troll.[95]

Las palabras de Oso y su expresión dulcemente viril me envolvieron y me animaron el corazón.

—¡No! —exclamé—. ¡No quiero seguir sintiendo miedo y angustia! No es posible sentirse así estando contigo, mi Oso. ¡Fuera estos negros trolls! ¡Y tú, dulce profeta desterrado —dije sacando el gorrito—, sal a la luz y habla a las claras de este secreto!

¡Qué entusiasmo no despertó en Oso aquel gorrito! ¡Nunca había visto nada «tan pequeño», «tan bonito»! Yo terminé de coser el encaje alrededor. Oso se lo puso entonces sobre su grueso puño y sonrió al contemplarlo, como si ya lo viera adornar la cabecita de su criatura.

Toda la velada fue una sucesión de las más tiernas escenas y sentimientos. Y habría sido demasiado para mí si Oso no hubiera puesto cierto orden. Me animó a tomar dos tazas de té y quiso incluso animarme con algo de comer. Él, en cambio, apenas probó bocado. Me miraba, miraba el gorrito y se le saltaban las lágrimas. Éramos felices.

El 9

¿Qué se hizo de mi melancolía, María? ¿Qué se hizo de mis mareos, mis malos presentimientos? Me da la impresión de que se han esfumado de un plumazo, para nunca más volver. El bello cuadro está ya colgado en mi alcoba. Lo contemplo muchas veces al día, rezo mis oraciones matinales y vespertinas arrodillada ante él. Y el cuadro me habla, me habla de consuelo, belleza y divinidad. Ahora mismo te estoy escribiendo sentada delante del cuadro, y creo que la Virgen y el niño Jesús me dan la bendición con su mirada.

¡Oh, hijo mío, tú, que aún dormitas bajo mi corazón! Tu madre no lamentará ya más tu existencia. Sabe que no vela por ti en solitario. Un cuidador divino, que un día, al igual que tú, reposó en el vientre de una madre terrenal, está contigo, ¡está contigo! Posa su mirada sobre ti como los rayos del sol se posan sobre los capullos aún cerrados de las flores. Al igual que Él es eterno, también lo serás tú; al igual que Él llegó hasta Dios, así llegarás tú, bajo su guía, hasta el Padre Eterno. ¡Ven, pues, pequeño mío, ven a la luz! Lo que quiera que te toque en suerte en esta vida, no hay que dudar, no hay que desesperar, hijo mío. Queremos creer que Aquel que ha llamado a tu espíritu a ser también lo desarrollará tarde o temprano y volverá a llamarlo. ¡Oh, ven, hijo mío! Tu padre terrenal te abrazará contra su pecho con alegría; tu madre vivirá para hacerte feliz. Rodeará tu cuna de canto y de felicidad. De su pecho obtendrás tu alimento primero, y aprenderás también, hijo mío, a sentir el amor por primera vez; en su pecho te iniciarás para llegar a sentir y a comprender un día cómo ama Dios. ¡Oh, te abrazaré tan fuerte, tan cariñosamente que ninguno de los fríos vientos de la vida te helará por dentro! Tanto que, incluso cuando el hielo de la vejez te petrifique la sangre, seguirá caldeándote el recuerdo de mi amor maternal. Crece, divina planta celestial, crece en este hogar silencioso, crece en la noche callada y, llegado el momento, abre tus ojos a la luz y ¡bienvenido seas! ¡Bienvenido incluso al

sufrimiento, hijo mío, hijo de Dios!

CARTA XXI



W., 13 de diciembre

Según van el tiempo y las cosas, yo misma debería enamorarme un día de Bruno. En verdad que puede uno matar caballos, y perros también, cuando se es tan bueno con las personas. ¿Recuerdas lo que te conté de aquella familia tan digna de compasión, la viuda que tantos pequeños tenía? Pues ¡bien! Han encontrado consuelo y ayuda. Bruno le ha prestado a la viuda un capital, con el que la mujer se ve capaz de montar un negocio rentable, y de la educación de dos de los pequeños ha decidido hacerse cargo él mismo por completo. ¡Cuán afortunados son los ricos, que se hallan en condiciones de ayudar tan eficazmente! Bruno lo ha hecho todo con la mayor discreción, y ha exigido silencio a la viuda, pero, arrebatada de alegría, ella se lo ha contado todo a Serena, que vino a visitarme ayer de mañana. Una hermosa alegría animaba su dulce rostro mientras me contaba lo que había hecho Bruno.

Aunque encantada con el hecho en sí, no pude por menos de señalar que la buena acción tampoco fue ninguna hazaña, sino del todo natural viniendo de un hombre rico.

—Es verdad —respondió Serena—, y acciones así, como la de Bruno, ha llevado a cabo mi abuelo muchas veces, cuando sus circunstancias eran más halagüeñas que las de hoy.

No pude yo, sin embargo, ser testigo de la alegría de la señora E., sin bendecir con ella a aquel que era su causa.

Alguien llegó en ese momento. Se interrumpió nuestra conversación. Serena salió. El anciano Dahl está mejor. ¡Gracias a Dios, ya todo va mejorando! El tiempo mejora, los enfermos mejoran. Oso está contento. Mis alumnos también van perfeccionándose. En los hogares ya están embutiendo las salchichas para Navidad. Yo también las estoy preparando mientras canto cancioncillas con Sissa y Bengta.

Ma chère mère está aprendiendo a escribir y a jugar a las cartas, y se siente feliz con Bruno, que es excepcional con ella, aunque por lo demás, y a decir de Jean-Jacques, siempre se lo ve triste y consumido.

¿Por qué tiene que consumirse? ¿Por qué evita a quien puede y quiere llevar paz a su corazón?

El 19

Ayer fui temprano a casa de los Dahl. Serena estaba en el saloncito, entretenida con dos

jóvenes muchachas a las que estaba instruyendo en el bello arte de hacer flores. Sus mejillas tenían mejor color que de costumbre últimamente, lo cual me alegró. Me abrazó y me dijo en voz baja:

—¿Pasarás dentro y te quedarás un rato con la abuela, mientras termino aquí? ¡Trata de animarla, querida Fanny! Háblale de algo divertido, porque hoy está muy abatida.

Encontré a la señora Dahl en su alcoba. Estaba sola, en su gran sillón, y dejaba escapar hondos suspiros. Me recibió con maternal bondad, hablamos de mí, me dio buenos y sabios consejos y volvió a caer en un lúgubre silencio, que interrumpió con estas palabras:

—Dime con sinceridad, Fransiska querida, si no te parece que Serena está muy desmejorada últimamente. ¿No te parece que está adelgazando y que palidece por días?

Respondí que, a mi parecer, tenía hoy Serena un aspecto más saludable que la última vez que nos vimos.

—Sí, pero, en todo caso, ¿no la encuentras muy cambiada desde el verano? ¿No está, sobre todo, particularmente decaída desde hace un mes?

No pude negar que así me lo parecía, pero añadí que se recuperaría pronto, que eso creía la propia Serena.

—¡Ay, querida mía! —dijo la señora Dahl—. Serena se parece en todo a su difunta madre, mi querida, mi bendita Benjamine. Así, ni más ni menos, se encontraba ella unos meses antes de su muerte: idéntica palidez en las mejillas, idéntica mirada supraterrrenal. Si hasta sonreía igual y nos decía: «¡Me encuentro bien!»; o quizá: «¡Pronto estaré mejor!». Y jamás se quejaba, y jamás quería que nadie se preocupara por ella. Así fue hasta su último instante. ¡Ay, ay! Serena seguirá pronto a su madre, a menos que reciba ayuda.

La señora Dahl se enjugó las lágrimas, y otro tanto hice yo. Luego dije:

—Serena no padece ninguna enfermedad física: es solo su alma, su corazón el que ha sufrido. Y ¿no va a tener ella fuerza suficiente para superar ese sufrimiento y recobrar del todo el sosiego?

—Fuerza, sí, para sufrir sin quejarse, para resignarse por entero, pero no fuerza suficiente para no morir. ¡Ay, querida mía, hay algo en aquel amor de la infancia que ha arraigado muy hondo en su corazón! Ya de niña se encariñó con aquel muchacho salvaje con toda su alma menuda. Cuando él llegaba, ella se reía enseguida y le tendía los bracitos. Cuando él se iba, quedaba desolada y muda. Y he notado que ahora tiene por él los mismos sentimientos que entonces. Empiezo a temer que ese amor haya crecido a la par que crecía ella, y así se lo he dicho hoy a mi marido, aunque él no quería ni oír hablar de ello. Lamento haberlo enojado, pero después de lo que vi anoche, ¿me puede el desasosiego!

—¿Qué vio mi querida señora Dahl?

—Acabábamos de tomar el té. Serena estaba con nosotros. Mi dulce niña vio seguramente que me fijaba en ella con preocupación, porque enseguida se puso más parlanchina y animada que de costumbre. Nos contó algunas historias que nos hicieron reír de veras. Yo casi olvidé mi desazón y ya estaba por creer que todos éramos felices. Transcurrida ya una hora larga de risas y de conversación, salió y, acto seguido, sentí como si alguien me advirtiera: «¡Ve a ver!». Me llegué entonces discretamente a su cuarto y allí la encontré, sí, con la frente apoyada en la ventana. Le cogí la cabeza entre las manos y la obligué a que volviera hacia mí su rostro querido. ¡Ay, Fransiska! ¡Anegado en llanto lo vi! Ella quiso al principio ocultármelo, y al ver que no podía, lo achacó a un libro que estaba leyendo y que la había conmovido. Yo fingí creerla, pero comprendí entonces la situación y me fui de su lado con el corazón más abrumado de lo que podré sentirlo a

la hora de la muerte. Por la noche no quise decirle nada a mi marido por no perturbar su descanso. Además, Serena volvió enseguida y empezó a leerle con sus ojos enrojecidos como si tal cosa. Esta mañana, no obstante, le he dicho lo que me temía, aunque él piensa que me he dejado atemorizar por mi imaginación. ¡Ay! ¡Él tiene débil la vista y no ve lo que ven mis ojos!

—Pero si Bruno se muestra digno de Serena, ¡los abuelos de Serena no pueden seguir retrasando lo que puede hacerlos felices tanto a ella como a él!

—Claro, «si...». Es un «si» difícil, querida mía. Es, a mi juicio, bien extraño que no haya venido ni una sola vez desde el día en que se declaró a Serena. Y además, mi marido estuvo más que acertado en lo que le respondió a Bruno. Él mismo debería verlo así. Si de verdad quiere a Serena de todo corazón, esa negativa no tendría que haberlo alejado de nuestra casa. ¡Qué buena acción la suya con la familia E., por cierto...! Todo el mundo habla de él alabándolo. A mí siempre me ha parecido agradable y extraordinariamente interesante pero, según está ahora la situación, nosotros ni podemos ni debemos hacer nada por que vuelva. Todo depende de él y de su comportamiento.

En ese instante entró el señor Dahl. Me saludó amable, aunque no animado, como solía. Se acercó a su mujer y le dio una palmadita en el hombro. Creí advertir que tenía algo bueno que decirle, y que deseaban estar a solas, así que dije que iría a ver a Serena y allí los dejé.

Sin embargo, no quería interrumpir al consejo de floristas reunidas en el salón, sino que me dirigí a la habitación de Serena, con la idea de esperarla allí. Era una estancia bonita y alegre. Se aprecia bien que unos padres amorosos han procurado que su querida hija se encuentre allí enteramente a su gusto, y no sé qué aroma a paz, orden y gusto exquisito inunda la deliciosa habitación y nos hace experimentar una sensación del todo agradable. Adornaban las paredes varios cuadros. Algunos eran obra de Serena. Se distinguían por la sencillez temática y la fidelidad y cuidado en la ejecución. Después de haberlos observado, sentí curiosidad por una cortina de color verde. La corrí y, en unas estanterías bien ordenadas, relucían nombres de autores clásicos de Suecia y Dinamarca. ¡Dinamarca, pobre en habitantes, pero rica en talento; pequeña en extensión, pero grande en su ambición intelectual! Todos ellos eran viejos conocidos, y encantada al encontrarlos allí, recorrí con las yemas de los dedos el lomo de tan queridos volúmenes mientras decía:

—¡Gracias, oh, gracias, digo, por toda la fuerza, todo el bien y toda la luz celestial que me han brindado a mí y a tantos otros!

Sobre la mesa había un libro abierto. Eran las *Notas* de Kernell[96]. Entre las páginas del libro abierto había un lápiz. Vi que un párrafo estaba subrayado, y lo leí:

Luminosa debe ser la vida; si no, se transformará en un letárgico sopor, una muerte auténtica. En tan sombrío estado de ánimo no puede el ser humano prepararse para la inmortalidad, pues no la comprende y no se afana, por tanto, en ser digno de ella. Recordamos con más claridad los momentos de alegrías pasadas que las horas de duelo ya idas. Es una señal de que tenemos que amar la vida. No ha de tenerse la muerte por una liberación como de una cárcel; la muerte es solo un peldaño más alto, un paso para ascender del valle a la montaña, donde gozamos de una vista más amplia y donde se respira más fácilmente... Del valle al que también llegaban la luz y el calor del sol, donde también el amor de Dios nos abrazaba. ¡Aprende a comprender bien y a amar bien la vida, si quieres comprender y amar bien la eternidad! El buen cristiano debe ser feliz ya en la

tierra: este es el problema de la vida, que cada cual debe tratar de solucionar en su ámbito; el difícil problema, cuya solución tan pocos han hallado, pero que tanta lucha exige de la mayoría. Cuantas más dificultades, sin embargo, y cuanto mayores sean, ¡tanto mayor será el honor de la victoria! *En lo que a nuestras mayores expectativas se refiere, cabe sentirse traicionado por la vida, pero no por eso desgraciado.* Hace un tiempo que empecé a sospechar, y a diario me voy convenciendo, merced al curso del mundo y a mi propia experiencia personal, de que no se da ninguna desgracia verdadera más allá de esta sola: *el no tener a Dios por amigo.*

Yo también subrayé tan hermosas y reconfortantes palabras. Querría haberlas insertado en un marco de oro. En un papelito suelto, que había en aquel punto del libro, había unas palabras manuscritas de la propia Serena. No pude resistir la tentación de leerlas. Decían:

Sí, todo se puede soportar, todo se puede explicar, todo, en el corazón y en la vida, puede llegar a ser bueno mediante la oración y el trabajo.

«¡Gran verdad, Serena! —me dije—. Y tendré que discutirla más a fondo contigo.»

Pero Serena tardaba demasiado en venir, yo me impacienté y fui en su busca. No la vi en el saloncito, pero oí en la alcoba voces que hablaban. La puerta estaba entreabierta y fui testigo de la siguiente escena: Serena se había arrodillado en un taburete, a los pies de su abuela, y le rodeaba el cuello con un brazo; el anciano Dahl le cogía la otra mano y la miraba con una expresión indescriptible de dolor y de ternura en su venerable rostro, mientras ella, con una firme exaltación en la mirada y en el tono, les decía:

—¡No estéis preocupados, no estéis inquietos por mí, mis queridos, queridísimos abuelos! Creedme, estoy tranquila, estoy en paz, soy vuestra hija, feliz y llena de gratitud. He pasado un tiempo sufriendo, cierto es, y no fue posible evitarlo, pero ya estoy mejor y pronto habré recuperado toda mi fortaleza. ¡Vosotros estad tranquilos, no os preocupéis!

Volví a alejarme sin hacer ruido: ni quería escuchar ni quería molestar a aquellas criaturas amorosas. Volví al cuarto de Serena y ordené allí mis observaciones, retomé luego la cuartilla en la que Serena había escrito aquellas palabras y aún la sostenía en mis manos cuando ella entró. Se sonrojó, me llamó curiosa, pero me abrazó con cariño.

—No te enfades conmigo, Serena —le dije—. Al contrario, tendrías que ser muy buena y sumisa, pues hete aquí que estoy del todo resuelta a reñirte.

—¿A reñirme? —repitió Serena con una sonrisa—. ¡A ver, oigámoslo!

—No estés tan alegre y tan segura, Serena. Estoy muy seriamente enojada contigo.

Y entonces le conté lo que la señora Dahl me había dicho acerca de la escena de la noche anterior, así como lo que yo misma había presenciado minutos antes, y añadí acalorada:

—No es honrado por tu parte, Serena. Es un sacrificio innecesario e insensato. ¿Por qué mostrarte ante tus abuelos distinta de como eres? ¿Por qué infundirles una falsa seguridad mientras el dolor te consume, tanto más profundamente cuanto más te encierras en ti misma?

—¿Y qué querías que hiciera, Fanny? —dijo mientras se le anegaban los ojos de lágrimas—. ¿Debía permitir que mis ancianos abuelos supieran de un sufrimiento que ellos no pueden remediar? ¿Debía yo, con mi debilidad, amargar sus días? ¿Acaso iba a serme a mí de alguna ayuda ese proceder? ¿Acaso me haría algún bien? ¡Oh, no, Fanny! No puedes querer algo así; no

puedes creer tal cosa. Estoy convencida de que actúan así por mi bien, porque me quieren; convencida estoy, además, de que nosotros nada podemos ni debemos intentar. Se me ha hecho muy duro que Bruno haya sido capaz de ausentarse de nosotros tanto tiempo. Me parece frío, sí, y duro por su parte. A la postre, me he acostumbrado a esperar, y a partir de ahora esperaré con más paciencia, porque él volverá un día, lo siento, lo sé... Sin embargo, Fanny, no hablemos de esto, no pensemos en mí, más vale que pensemos en todo lo demás. Habrá mucho que organizar para las bodas de oro. Será un gran día, un día precioso, Fanny. ¡Imagina, medio siglo de virtuosa y feliz convivencia! Y ahora, además, se acerca la Navidad. Tú y tu bondadoso marido tomaréis con nosotros el arroz con leche de Nochebuena. También vendrán los hijos de la señora E. Les he pedido a mis abuelos prepararles unos regalos, un poco de ambiente navideño para ellos también. ¿Querrás participar? ¡Oh, qué maravilla! ¿Quieres que salgamos ahora mismo a comprar los regalos? Hace un tiempo espléndido. Yo seré tu tesorera.

Partimos. Fue espléndido ver a la gente en el mercado, y la curiosidad y la alegría de los niños mientras iban dando saltitos al lado de sus padres sobre la nieve recién caída. Serena estaba encantada con aquel cuadro. Intercambiamos pareceres, hicimos nuestras compras. Yo, una sorpresa para Oso. Transcurrieron dos horas deliciosas. Al entregarse a una actividad que beneficiaría a otros, parecía olvidar Serena que ella no era feliz.

El día de Navidad

La grata noche de Nochebuena en casa de los Dahl. La alegría de los niños alrededor de su árbol, lleno de luces y regalos y de bombones, el trato maternal que les dispensaba Serena, lo mucho que eso me agradaba, el arroz con leche, la caída de la noche, todo me lo salto apresuradamente para llegar al punto en el que Serena y yo habíamos acordado que iríamos con Oso, y adonde tú, dulce Maria, estás ahora invitada a acompañarme, es decir, al

Servicio religioso del día de Navidad

Estamos en la iglesia. Su hermosa bóveda resplandece con la luz de mil velas. El altar, las columnas, el coro, todo centellea, todo brilla con esplendor y alegría. El órgano no suena aún. Reina en el templo un solemne silencio, que refuerza más que estorba el lento murmullo de la multitud ondulante.

Nos sentamos en el coro. La fila de lámparas que hay enfrente proyecta sobre nosotras un fuerte resplandor.

—¡Irradias espiritualidad! —dijo Oso, mientras yo me sentaba. Otro tanto podía decir yo de Serena. Mi alma estaba imbuida de dulce devoción.

Cerca de nosotros, con la espalda apoyada en una columna y oculta por ella, había una alta figura sombría, a todas luces inmersa en hondos pensamientos. Era Bruno. Tenía un perfil hermoso, pero se me antojó inusualmente pálido. No nos veía, tenía la cabeza baja. El mundo exterior no existía para él. Sin embargo, al primer acorde del gigantesco órgano, se irguió y levantó la vista. Sus ojos se encontraron con los de Serena. Él no la saludó a ella, ella no lo saludó a él, se los veía del todo perdidos el uno en la contemplación del otro, y yo me quedé observándolos. Me parecieron como espíritus que tras largos padecimientos se encuentran y se unen de nuevo en un mundo de dicha. Sus rostros estaban pálidos, con una expresión innombrable

de amor y como si una suerte de dolor espiritual resplandeciera sobre ellos. Era una mirada de profundo reconocimiento mutuo. Los párpados de Serena se cerraron húmedos por el llanto. Bruno se acercó enseguida a su lado, e inclinándose sobre su banco, le dijo en voz baja, aunque no susurrando:

—¡Permita que rece con usted!

Serena sostuvo el libro de salmos de modo que él también pudiera seguirlo. Cuando sus voces se elevaron y se unieron en un hermoso y profundamente armónico acorde, me traspasó el presentimiento de que estaban destinados a ser un matrimonio, de que su unión se había decidido en el cielo, puesto que se cimentaba en la armonía de las almas, que es la condición y la fortaleza segura de una eterna felicidad conyugal. No acababa de formular para mis adentros esta idea cuando, súbitamente, se planteó la pregunta: «¿Gozábamos Oso y yo de esa armonía?». Ganas me entraron de preguntarle allí mismo cuál era su parecer, pero al verlo conmigo, sin apartar la vista ni a derecha ni a izquierda, sin sospechar siquiera lo que sucedía a su lado mismo, y cantando sus loas desde el fondo del alma con su potente voz de bajo, me avergoncé de mis necias ideas y me uní a él en el canto con el firme sentimiento de que lo respetaba y lo amaba con todo mi corazón.

Entre Bruno y Serena no se cruzaban ya ni palabras ni miradas, pero cuando ella inclinaba la cabeza para orar, inclinaba él la suya; cuando los dedos de ella le indicaban el verso que habían de entonar, él la seguía. Se diría que lo hacía feliz rezar con ella. Al salir de la iglesia, él fue caminando a su lado, abriéndonos paso entre la gente. Nos acompañó en el coche. Cuando nos detuvimos delante de la casa de los Dahl, se apostó en la puerta y nos dio la mano para ayudarnos a bajar. Los rayos de la luna le iluminaban el rostro, y se apreciaba en él la expresión de un sentimiento dulce y elevado.

—Pronto la veré otra vez—le dijo a Serena, y le besó la mano. Luego nos la estrechó a Oso y a mí, y desapareció. Nunca lo había visto tan animado y amable.

Tomamos el segundo café con los ancianos Dahl. Con sincera alegría, Serena contó a sus abuelos su encuentro con Bruno, así como la promesa de este de volver a visitarlos pronto, lo cual pareció agradar a los ancianos.

—¡Qué mañanita! —me dijo Serena cuando nos quedamos un instante a solas—. ¡Oh, Fanny, la vida nos trae momentos bellos, maravillosos! Cuando lo vi allí, en medio de aquel claro resplandor... cuando quiso cantar conmigo... ¡Ay, solo temo que mi devoción de entonces dejó de ser pura! ¡Todas mis plegarias las recé por él!

¡Ojalá nadie tuviera pecados mayores que confesar!

Debo dejarte ya, Maria, pues ha llegado el coche que nos llevará a la cena con *ma chère mère*.

2 de enero

Una riña hemos tenido mi Oso y yo. Recordarás mi secreto, el de las clases de música. Pues por ahí estalló la cosa. Oso llegó una mañana en plena *Bataille de Prague*. Quedó abatido. Concluida la batalla, ¡tocaron a rebato! ¡Ya empezaran y acabarán así todas las disputas matrimoniales! Se entonaría más a menudo el *Te Deum* en los hogares.

La velada de ayer noche vio reunirse y relacionarse con sumo placer a un selecto círculo. ¿Y quiénes eran los elegidos? Quiénes habían de ser, si no yo misma, ¡viva la modestia!, mi otro yo, Bruno y Serena, amén de los patriarcas, en cuyo hogar nos hallábamos. Había además un séptimo huésped, para completar la constelación, uno que a su cielo elevaba a todos los demás, y no era otro que la Poesía. Bruno leyó en voz alta pasajes de *Axel*[97], y el maravilloso y nunca bastante releído poema, ahora declamado por la espiritual voz de Bruno, me pareció más encantador que nunca. Las agujas de Serena soñaban entre sus dedos y hasta sus ojos parecían haberse transformado en oídos. Y todos nosotros, viejos, jóvenes, medianos, nos sentimos transformados en nuestro corazón. Nos volvimos dulces, cálidos, amorosos. Bella y elevada es la misión del poeta. Su lira es el mundo, y las cuerdas que tañe son las almas de los hombres. Cuando así lo desea, resuenan sus acordes y se funden en divina armonía.

Así ocurrió ciertamente en nuestro reducido círculo. Un placer luminoso e inexplicable se extendió sobre nosotros, como si todos formáramos una única familia amorosa. Los ojos de Bruno, ora sombríos ora llameantes, irradiaban un suave brillo, y se posaban sobre Serena con una expresión de amor profundo aunque melancólico. Serena estaba tan feliz, tan contenta, tan hermosa que parecía que todas las sombras del mundo iban a aclararse por donde ella caminara. Parecía que, en la dicha de su corazón, quisiera acoger y bendecir a todos los seres vivos.

Cuando me marchaba, me abrazó y, con lágrimas de felicidad en los ojos, me dijo:

—¡Ya ves que ha vuelto! ¡Ya ves que todo será como te dije! ¡Llegaremos a ser una familia unida, tranquila y feliz!

Sí, pensé yo, si el espíritu sagrado de la poesía estuviera siempre con nosotros y en nosotros... pero ¡ay!

CARTA XXII



W., 12 de enero

«¡Válgame, cuánta premura, qué incesante ir y venir[98]!» Por todos lados se ven preparativos para las bodas de oro. No sé si te lo había dicho: el gran día será el 20 de enero. Toda la villa, toda la comarca está participando en el acontecimiento. Es como si todos fueran parientes de los venerables ancianos Dahl. Se espera que sus ocho hijos y sus respectivas familias lleguen uno de estos días. Yo también ando atareada con la fiesta. Asisto a Serena en lo que puedo, y ensayo con Bruno una pieza coral que se cantará. Bruno ha compuesto la música. Es un auténtico maestro, y es un placer dejarse dirigir por él. Los miembros del coro se reúnen en mi casa dos veces por semana, y practican con nuestro estricto maestro, que a todos tiene un poquitín atemorizados. Serena está tan ocupada con la organización de la fiesta, y con todos los tíos, tías y primos que esperan recibir, que apenas se deja ver por mi casa. Un día se presentó y sumó su voz a las del coro, pero entonces desapareció toda la devoción de nuestra clase de canto. El cuerpo de Bruno estaba sentado ante el instrumento; su alma estaba con ella.

Bruno va a menudo a casa de los Dahl al caer la noche. Se esfuerza por conquistar a los ancianos, les habla, les lee. Serena descansa, cree que ha ganado un hermano y se siente feliz.

El 16

Vienen familiares del este y del oeste. Señores Dahl por aquí, señores Dahl por allá. ¡Personas encantadoras, niños adorables! ¡Ah, cómo prosperan ciertas familias! Se ha reunido aquí un enjambre de primos de todas las edades. Pasan al tuteo, traban amistad. Bulle agitada la ciudad entera. Se sucederán bailes y divertimentos con motivo de la celebración de las bodas de oro. También *ma chère mère* ofrecerá una gran recepción. Yo no llegaré a ver apenas tanta magnificencia, pues debo guardar reposo, pero llevaré siempre en el corazón el feliz aniversario.

Bruno se muestra ahora de un humor mudable y sombrío, y la alegría se ha extinguido en la mirada de Serena. ¡Ay!

La señorita Hellevi Husgafvel tiene un valor incalculable para la casa de los Dahl en estos momentos, para ofrecer consejo y ayuda. Se ha encargado de organizar unos cuadros vivientes con los que habíamos de dar una sorpresa a los ancianos. Se ha aliado con el magistrado Hök, y los dos cuelgan cortinas, departen, contrastan, discuten también de vez en cuando, colocan... Y estoy

convencida de que veremos algo hermoso. Será una gran multitud la que se reúna en casa de los Dahl para la velada del gran día. Y así es como debe ser. Las bodas de oro han de celebrarse tan notoria y solemnemente como discreta y modesta conviene que sea la primera boda. En esta subimos a bordo para surcar un mar donde pueden soplar vientos y levantarse olas de tormenta; en aquella, en las bodas de oro, ya hemos cumplido el viaje, hemos llegado a puerto y podemos izar tranquilos la bandera de la victoria.

Ma chère mère acudirá a la fiesta, y tendré el placer de acogerla en mi casa llegada la noche. Yo tostaré café, así tendré lista la bebida que más le gusta con el mejor sabor posible.

No es poco lo que podría contarte sobre los vástagos de los Dahl, pero lo reservaré para después de la celebración, entonces tendré más tiempo. Solo de pasada mencionaré que, de entre la multitud, he elegido una favorita. Se llama Mattea, es una joven altísima de veinte años, una muchacha fea de veras, de veras bondadosa, que se ha ganado mi corazón con su ser alegre y generoso, su ingenuo amor por Serena y su bella forma de tocar el piano.

21 de enero

Lo que quiera que te tenga ocupada, Maria, menguar la última vuelta de un calcetín, decir la primera palabra de un cumplido o tener los ojos puestos en un retrato o en una novela de Bulwer[99] o mantener con B. una conversación sobre la inmortalidad o preparar la trama de la urdimbre o cocinar una crema de limón o escribir la respuesta a la carta de un pretendiente, déjalo todo enseguida y siéntate a leer con suma atención el capítulo que me dispongo a escribir y que se titula:

LAS BODAS DE ORO

Si quieres llegar a comprender la belleza y el valor del matrimonio, si quieres comprobar lo que esta unión puede significar para dos corazones y para la vida, no contemples entonces a los esposos en la luna de miel, ni junto a la cuna de su primer hijo, ni en el tiempo en que la novedad y la esperanza arrojan un resplandor matinal sobre este mundo joven, recién nacido, del hogar. Mejor contéplalos más adelante, en la madurez, cuando hayan probado el mundo y se hayan probado mutuamente, cuando hayan superado muchos errores y muchas tentaciones, para terminar más unidos aún; cuando se presentan las penas, las preocupaciones; cuando, durante las fatigas del día, al igual que en el descanso nocturno, se dan apoyo el uno al otro y, con tenerse mutuamente, tienen bastante. Contéplalos, si no, en lo más bajo (¡en lo más alto!) de la vida; contéplalos en la época en que el mundo, lleno de movimiento, rico en cambios, se aleja de ellos mientras gira; cuando los objetos que los rodean se oscurecen a su vista; cuando su hogar está silencioso, cuando se quedan solos, pero aún van de la mano, aún lee cada uno la ternura en los ojos del otro, y con los mismos recuerdos y la misma esperanza se encuentran en la frontera de otra vida, a la que están preparados para llegar juntos, pues de cuantos deseos hay en la vida, les queda ya uno solo: poder morir el mismo día. ¡Sí, contéplalos así! Y vamos, pues, ¡a los patriarcas y a las bodas de oro!

«¡Desde luego, es algo muy digno de celebrar!», me decía yo al despertar esa mañana. El sol parecía de la misma opinión: replandecía claro sobre la nieve que cubría el tejado de la anciana pareja. Amanecí diligente, me envolví en la capa, besé a mi Oso y me alejé con paso leve para

felicitar a los dos ancianos, y para comprobar si podía ser de utilidad a Serena.

Los ancianos estaban sentados en la salita vestidos de fiesta, cada uno en su buen sillón. Había en la mesa dos cajitas de rapé, un libro de salmos y un gran ramo de flores frescas. El sol entraba a raudales por las cortinas blancas como la nieve. Reinaba un ambiente alegre y apacible allí dentro, y al resplandor del amanecer irradiaban los patriarcas una espiritualidad absoluta. Conmovida, les transmití mi felicitación, y ellos me abrazaron como unos padres.

—¡Hermoso día, señora Werner! —dijo el anciano con tono alegre, mirando por la ventana.

—¡Sí, de verdad que lo es! —dije—. Tanto que los ángeles de Dios deben de estar complacidos. ¡Es la celebración del amor y de la fidelidad en la tierra!

Los esposos sonrieron y se dieron la mano. Un vivo rumor se sintió entonces en la sala. Era la bandada de nietos y bisnietos que entraban en tropel, con ropa festiva y mirada alegre, para felicitar y honrar a los mayores. Era encantador ver a estos grupos de hermosas criaturas acercándose en racimos a los dos abuelos, como verdes brotes en torno a troncos añosos; era encantador ver esas boquitas rosáceas acercarse para besarlos y los bracitos extenderse para abrazarlos y oír el rumor de amorosas palabras y de voces jubilosas...

Aproveché esta oportunidad para salir a hurtadillas y buscar a Serena. La encontré en la cocina, rodeada de gente, distribuyendo saquitos de comida: en la casa de los Dahl tenía lugar este día un gran reparto de comida y también de monedas para los pobres de la ciudad. Serena acompañaba las dádivas de miradas y palabras amables, y cosechaba bendiciones para sus mayores. Terminado el reparto, vino conmigo a su cuarto. Una vez allí, examiné inquisitiva su amable rostro y dije feliz:

—Hoy se te ve feliz, Serena.

—¿Y cómo podía ser de otro modo? —respondió—. Todos los que me rodean son felices hoy. Se diría que mis queridos abuelos hubieran recobrado la juventud. Y tendrías que haberlos oído ayer, Fanny, cuando, sentados por la tarde al amor de la lumbre, repasaron toda su vida juntos y hablaron de la que aún les quedaba por vivir: ¡fue hermoso, tan solemne!

La señorita Hellevi Husgafvel nos interrumpió en ese momento, y hubimos de acompañarla al piso de arriba. Reinaban allí el trajín, el bullicio y la confusión. En un salón colgaban cortinajes y lo disponían todo para el baile, en otro se afanaban en preparar los cuadros. La señorita Hellevi, que en su imaginación veía cómo resultaría el conjunto, volaba leve cual pajarillo entre andamios y cordajes y mil providencias, mientras decía:

—Vea, mi dulce señora Werner, esto irá así y aquello quedará de esta manera. ¿Verdad que quedará bien? ¿No cree que hará un buen efecto?

—¡Señora Werner! —exclamó el magistrado Høk desde una escalera, a cuya cúspide se encaramaba con el aire de un don Quijote—. ¿No cree que esta iluminación realzará el amarillo de las cortinas?

—¡Extraordinario! ¡Excelente! —respondí con secreta angustia—. Querido magistrado Lagman, ¡la araña se descolgará sin duda! Querida señorita Husgafvel, ¡el andamio volcará seguro!

La ligera y ágil propietaria de Fågelbo rió al verme aterrorizada, y con los oídos aún zumbándome por los martillazos me apresuré a salir del desapacible purgatorio que conduce al paraíso de la estética. Sin embargo, no por ello alababa menos a quienes allí se esforzaban, pues prefiero gozar de la rosa sin haber probado sus espinas.

Después de haber prestado mi ayuda a Serena, me fui a casa, no sin antes prometer que volvería pronto aquella tarde.

Antes de partir, no obstante, fui testigo de una escena solemne. En nombre de la ciudad se presentó una delegación de ancianos y entregó a la venerable pareja una gran sopera de plata bañada en oro, como prueba del respeto y la gratitud de los ciudadanos. Lamenté que *ma chère mère* no ocupara el lugar del alcalde. ¡Qué magnífico discurso no habría pronunciado ella!

Me encantó, durante la cena, poder charlar a gusto de todo esto con Oso. Se le hacía la boca agua ante la sola idea de celebrar sus propias bodas de oro. A tanto no llegaremos, pero si no al oro, al menos a la plata sí... ¡ay! Me pregunto si nuestras diez hijas estarán entonces con nosotros. Sería una hermosa corona de boda. ¡Fíjate! La sola idea me ha arrancado unas lagrimitas.

A las seis de la tarde paseaban Oso y su osa del brazo camino de la casa donde tendría lugar la celebración. En su calle empezaban ya a encender una farola tras otra; ya se iban iluminando las ventanas una tras otra; en las esquinas de las calles llameaban antorchas, pronto quedó encendida como en pleno día la calle entera, y un grupo de hombres y mujeres de alegre semblante paseaba de aquí para allá en la apacible y serena noche invernal. La ciudad se iluminaba para sus patriarcas. La casa de los Dahl parecía oscura en comparación con las demás; pero la luz reinaba dentro.

Íbamos a cruzar la puerta entre un puñado de personas, que se habían reunido allí delante para ver a los que iban llegando, cuando mis ojos repararon en una figura mezclada entre las demás. Estaba envuelta en un gran chal negro pero, al ver sus grandes ojos ardientes, que asomaban por debajo como relámpagos, di un respingo y pensé: «¡Hagar!». En este mismo instante, la figura retrocedió ocultándose. Dudando de haber acertado en mi suposición, pero con un horrible presentimiento, entré en la casa de la celebración.

En la puerta del salón me recibió Serena, con una corona blanca sobre su pelo castaño claro, y al verla se esfumó todo pensamiento sombrío. ¡Ah, qué bonita estaba esta noche, con el ligero vestido blanco, con sus amables ojos azules, su frente despejada y su celestial sonrisa adornándole los labios! ¡Si hubiera podido dibujarla en este instante...! Al igual que toda flor goza de un momento de máxima belleza, también las personas tienen su momento, en el que lo más excelso y bello de su vida florece, en el que se aprecia lo que es de verdad, lo que es en el fondo de la idea de Dios. Esta revelación efímera (pues en la tierra nada permanece) es lo que trata de atrapar el verdadero artista. De ahí que sea injusto decir de un retrato logrado, en particular del de una persona que cultiva el intelecto: «Está embellecido». Pero ¡qué forma de divagar la mía! Yo quería hablar de Serena. Era tan amable, tan agradable con todos... y aun así —yo lo sabía— no era feliz en su fuero interno. Acudieron amigos y parientes. Llenaron a rebosar las salas. *Ma chère mère* llegó con gran revuelo. La guiaba Bruno y, aunque ciega, iba tan alta e imponente como siempre. Saludó cordialmente a la venerable pareja mientras, con voz potente, decía:

—Los viejos amigos y los viejos caminos no suelen fallar, por eso estoy aquí. He venido a felicitar a mis honorables amigos, en este honorable día. Cada cual su suerte se sabrá labrar, dice el dicho. Por tanto, si alguien pusiera en duda que vosotros dos, mis honorables amigos, seáis felices en este día, sería tanto como preguntar si el rey es noble. Es tan de cajón como el amén en la iglesia. ¡Dios os bendiga! —Y se estrecharon las manos calurosamente.

Jane-Marie estaba elegante y encantadora. Bruno estaba sombrío. Sus ojos oscuros seguían sin cesar a la clara Serena, pero no se le iluminaban. Se mostró taciturno y reservado.

A las ocho habían llegado todos los invitados. Habíamos tomado té, habíamos comido helado

y demás. Y entonces se hizo de pronto un hondo silencio. Los dos ancianos se acomodaron en sus sillones, que se encontraban uno junto al otro en el centro del salón, sobre una alfombra de ricos bordados. Sus hijos y nietos formaron un semicírculo a su alrededor. Un sacerdote de noble apariencia se adelantó y pronunció un discurso sobre la belleza y la santidad del matrimonio. Terminó remitiendo a la vida de la honorable pareja como un sermón mucho mejor que su discurso sobre el valor del matrimonio para la vida y para el corazón humano. Cuanto dijo fue hermoso y conmovedor. Ninguno de los presentes tenía secos los ojos. Oso y yo nos apoyamos el uno en el otro. Una emoción dulce y solemne nos había sobrecogido a todos, y entre los numerosos congregados reinó un buen rato un denso silencio, pero no el silencio del desconsuelo.

Mientras tanto habían preparado la segunda parte de la celebración, y una vez que todo estuvo listo, condujeron a los invitados a la planta alta, por una escalinata cubierta de alfombras. Representaron ahora los *tableaux vivants*, cuya belleza y amenidad superaron con mucho cuanto yo esperaba. Ya los describiré en otro momento. El último fue un grupo enorme pero excelentemente organizado con todos los descendientes de la familia Dahl. Durante su aparición cantó el coro y salió muy bien, en particular cuando lo interpretamos por segunda vez.

Toda esta representación causó gran placer general. Después de cantado por segunda vez el coro y bajado por última vez el telón, se abrieron las puertas de la sala de baile: un resplandor deslumbrante surgía del interior, y una animada música de baile puso en movimiento el corazón y los pies de los jóvenes.

Y ahora, Maria, saca tu frasco de *eau de cologne* y prepárate para una catástrofe tan sorprendente como antiestética. La realidad es en ocasiones algo prosaica.

El anciano Dahl había hecho su entrada en el salón de baile alegremente cogido de la mano de su nieta. Los invitados los seguían animados y jubilosos cuando, de repente, me percaté de un movimiento en la gran araña del techo, la misma que, aquella mañana, me había causado espanto. Serena, que iba del brazo de su abuelo y estaba hablando con un grupo de personas, se encontraba en ese momento precisamente debajo. Yo lancé un grito de socorro: «¡Cuidado! ¡La araña se desploma!». Todos miraron al techo boquiabiertos y aterrados, pero con la rapidez del rayo, Bruno se abalanzó y se llevó en volandas a Serena apartándola del peligro, en el preciso momento en que la imponente lámpara, con sus sesenta velas y mil cristales, caía al suelo con un estruendo ensordecedor. El propio Bruno recibió un fuerte golpe en la cabeza. Palideció y se tambaleó. «¡Bruno! ¡Bruno!», exclamó Serena con el tono inconfundible y desgarrador del amor, y sus brazos lo rodearon cuando el joven se dobló de dolor. Él también se le abrazó, la apretó contra su pecho... Una sonrisa beatífica brilló como un rayo de sol, y le recorrió el semblante al tiempo que se desplomaba y perdía el conocimiento.

Del efecto que el desmayo causó entre los allí reunidos... ni una palabra. En un minuto, accidente, declaración de amor y muerte, o algo que en todo se le parecía: puede uno perder la razón por menos. Confieso que poco sé de lo que sucedió hasta que, minutos después, me encontré en una sala silenciosa y solo vagamente iluminada.

Bruno estaba tendido en un sofá. Con una sangría suelta, yacía aún adormecido. Oso lo velaba y parecía de lo más desalentado. *Ma chère mèresostenía* la cabeza de Bruno en su regazo: estaba inmóvil, pero las lágrimas corrían de sus ojos engeguados, y le rodaban despacio por la pálida mejilla. Cerca de ellos se encontraba la señora Dahl. Serena se había arrodillado delante de ella y ocultaba el rostro en su pecho, unidas las dos en un abrazo. A su lado estaba el anciano, con los ojos clavados en su nieta. Y allí me encontraba también yo, diciéndole palabras de consuelo a una

Serena casi inconsciente.

—¿Dónde está? —dijo Bruno al despertar de su espectral estupor, aunque era patente que aún no había recobrado del todo la lucidez—. ¡Ay! ¿Dónde está? La tenía en mis brazos... Era mía... Era tan hermoso... ¡Dejad que muera así! ¡Serena! —exclamó más fuerte aún—. ¿Dónde estás? Mi esposa... ¿Permites acaso que el mundo nos separe...? El mundo, los hombres... ¿qué son ellos para nosotros? ¡Henos aquí, en el coro del templo, y los ángeles de Dios entonan la bendición que nos da el Altísimo...! ¿Por qué has huido? ¡Oh! ¡Contigo te has llevado mi corazón... mi pecho está ahora vacío...! ¡Serena, vuelve... dame de nuevo la vida... Serena!

—¡Oh, qué suplicio, qué suplicio! —susurró Serena, pero apretó con más fuerza a la señora Dahl, apoyándose en aquella a la que ella misma servía de apoyo.

Bruno se había incorporado, ya veía a Serena y a los demás, y con un ímpetu cuyo origen no supe si atribuir a un resto de su turbación o a su natural apasionado, que quisiera abrirse camino hasta su meta, exclamó:

—¡Ah, ya veo, ya veo cuál es el plan! Quieren ocultarla, quieren apartarla de mí. Pero ¿por qué quieren tal cosa? ¿Por qué desean separar a dos corazones que están unidos desde la infancia? No lo hagan. Antes bien, conviertan este día en un día de bendición. —Bruno había vuelto del todo a su ser—. ¡Oh, concédanme hoy a Serena por esposa...!

—No es momento de hablar de tales asuntos —lo interrumpió el anciano, en parte enojado, en parte conmovido—. En otra ocasión...

—¿Y por qué no ahora? —lo interrumpió Bruno más vehemente, más impetuoso, más irresistible—. ¿Por qué no, esta noche misma, hacer feliz a un ser humano? ¿Por qué no vincularme a ustedes con una gratitud eterna? ¡Hoy, ay, hoy mismo, concédanme a Serena! Nada más lejos de mi propósito que alejar de ustedes a su querida hija. ¡Sea mi casa su casa! ¡Sea yo quien comparta con Serena los cuidados de su vejez! ¡Madre de bondad! —continuó al tiempo que cogía la mano de la señora Dahl y la humedecía con una lágrima—. ¡Venerable madre de bondad! ¡No tema por su hija! Y si conoce por experiencia que el amor sincero, la fidelidad, la veneración de un marido, es la dicha de la mujer, ¡oh!, de ser así, madre buena, se lo ruego, ¡concédame hoy a Serena!

Los dos ancianos se miraron y miraron a Serena. La joven se encontraba entre los dos, blanca como las rosas de la corona que lucía, con los ojos bajos, deseando claramente arrodillarse, pero ante qué altar... esa era la cuestión.

Se hizo una pausa. Entonces se incorporó *ma chère mère*, pálida, solemne, pero no altiva, y así habló:

—Cada cual conoce sus asuntos mejor que nadie; acaso debería yo, por eso, abstenerme de hablar en este. No obstante, como su madre que soy, quiero decir unas palabras a favor de mi hijo. Poco he hecho hasta hoy por hacerlo feliz. Poco podré hacer en lo sucesivo, pues... —*Ma chère mère* se llevó la mano a los ojos, tratando de combatir la emoción que sentía. Enseguida prosiguió, con voz firme a la par que suave—. Sepan que no hablo para convencerlos, mis queridos amigos y vecinos, pero quiero dejar dicho que, en los últimos tiempos, mi hijo ha compensado con creces lo que contra mí cometió en su juventud. Tengo la creencia y también la convicción de que, de ahora en adelante, hará honor a su país, y que merece la mejor esposa, y que la hará feliz en todos los sentidos. Hace tiempo que me confió el secreto de su amor, y obtuvo mi beneplácito y mi bendición. En suma, queridos amigos y vecinos, solo quisiera decir que, si tienen por bueno entregar a su nieta a mi hijo, considero que actuarán con sensatez y en su beneficio. Y

por la felicidad que, de este modo, alcanzará mi hijo, le estaré yo, su madre, por siempre agradecida a nuestro Señor y, después de a Él, ¡a ustedes!

Los discursos de *ma chère mère* nunca quedaban sin efecto, y en el instante en el que así hablaba, ciega y casi suplicante, pues tal era la emoción que palpitaba en la insólita dulzura de su tono, en ese instante, causaron sus palabras una impresión más honda que nunca. Otra razón debió de influir también en los ancianos Dahl. Serena había dado, pública aunque involuntariamente, una prueba de su amor por Bruno. El abrazo en el que se fundieron correría al día siguiente de boca en boca por toda la comarca.

Bruno había retrocedido unos pasos. Cogió la mano de su madre y se la llevó a los labios. Los ancianos Dahl abrazaron a Serena y dijeron:

—¿Quieres, Serena, deseas pertenecer a este hombre? ¿Quieres, hoy mismo, ahora, darle tu mano?

—Sí —susurraron los labios de Serena—. ¡Oh, padres queridos...! Si quieren ustedes, si ustedes lo permiten... ¡Sí!

—¡Sea pues, en nombre de Dios! —exclamó el anciano—. Bruno Mansfelt, ¡aquí tiene la mano de su prometida!

—¡Serena, mía! —exclamó Bruno con un sentimiento que atravesaba huesos y médula, corriendo hacia ella.

Los ancianos la retenían aún.

—Tómala, pues... ¡Hazla feliz...! —dijeron con voz vacilante por la emoción—. Ella es nuestra nieta más querida... la alegría de nuestra vejez... Nunca actuó contra nuestros deseos... —Las lágrimas rodaban por sus ajadas mejillas, y sus temblorosas manos no dejaban de abrazarla—. No la lleves muy lejos de nosotros... ¡Permite que nos cierre los párpados! ¡Sé digno de ella! Ámala... hazla... ¡hazla feliz!

—¡Feliz! —exclamó Bruno mientras, con un gesto casi violento, arrancaba a Serena de los brazos de los ancianos y la apretaba contra su pecho—. ¡Feliz! ¡Tan seguro como que, por ella, espero merecer la gracia de Dios! —Condujo a Serena hasta su madre—. ¡Bendícenos, madre! —dijo.

Ma chère mère casi olvidó su imponente solemnidad de siempre y, con palabras temblorosas por la emoción, dio la bendición a sus dos hijos. Hecho esto, estrechó en sus brazos a Bruno con impetuosa ternura y retuvo su cabeza reposando unos instantes sobre su pecho. Era hermoso verlos así.

Se dieron luego las manos *ma chère mère* y los ancianos Dahl, y en ambos sentidos se cruzaron palabras afectuosas.

—¡Y ahora, la proclamación! —exclamó el anciano, como si quisiera distraerse de sus sentimientos—. Hoy debemos sentir todos una alegría común. ¡Ven, esposa mía! ¡Venid, hijos queridos! ¡Oíd, buena gente, amigos, familiares, escuchad!

Se adelantó a la zona de baile de la mano de Bruno y Serena. Al oír su llamada de atención, la consternación de los presentes se tornó en asombro y curiosidad.

—¡Queridos amigos! —exclamó el anciano con alegría—. Quiero anunciar un compromiso de matrimonio, ¡y pido vuestra bendición para mi nieta Serena y su prometido Bruno Mansfelt!

Fue como si una nueva araña hubiera caído del techo, pues a buen seguro que el pueblo de W. jamás se había visto tan abrumado con tantas sorpresas en el lapso de una hora. ¡Minutos antes,

declaración de amor y muerte! ¡Ahora, resurrección y compromiso de matrimonio!

Un denso rumor de sorpresa y parabienes recorrió la multitud, aunque vi que no todos los rostros expresaban buenos deseos. Vi caras largas, vi caras de descontento. Y diría que Bruno también se percató. Sus ojos oscuros llamearon un instante como rayos, recorriendo la concurrencia. El rayo de la sien se perfiló con claridad, se le juntaron las cejas amenazadoramente y le mudó el color del rostro. *Ma chère mère* dio un amplio paso al frente, dispuesta, creo, a pronunciar un discurso, pero yo sentí la necesidad de liberar de tal cosa a Bruno y a Serena; de ahí que me adelantara y, temerariamente, exclamara:

—¡Gracias a Dios! ¡Ya avisto en el horizonte otras bodas de oro y, así que pasen cincuenta años, espero poder felicitaros tan de corazón como lo hago ahora, Bruno y Serena!

Mi temeridad surtió el efecto deseado. *Ma chère mère* olvidó su idea, y fue tal la lluvia de felicitaciones que ya no volvió a recordarla.

Yo aproveché la ocasión para escabullirme. «¡Gracias a Dios!», eso había dicho, falsa de mí. No era eso lo que pensaba. Me sentía indignada, aterrada, llena de malos presentimientos. Busqué a Oso, él me buscaba a mí y nos encontramos.

—¿Qué tienes? —dijo mirándome con cara de terror.

—¡Ay, Oso! ¡Estoy preocupada, abatida, enferma! ¡Ahora están prometidos! ¡Ay! ¡No me hagas tus odiosas muecas de careta fea! ¡No tiene ninguna gracia!

—Si no me río de eso, me río de...

—¿De mí, acaso? Más te valdría darme algún remedio para estas palpitaciones que me atacan el corazón. ¡Oso! ¡Están prometidos! Ella, la bondadosa, la de angelical pureza, y él, que... ¡Ay, esto no traerá nada bueno! Serena no será feliz. ¿Cómo acabará todo? Bruno no es digno de ella. Es un ser humano a medias. ¿Alcanzará algún día la condición de ser humano completo?

Sin responder, Oso me llevó al gabinete donde Bruno acababa de conseguir la mano de Serena. Se sentó con gesto muy grave, arrancó una hoja de su cuadernillo, sacó el lápiz; y yo le dije:

—¿Vas acaso a escribir versos? Porque ¡entonces me muerdo de fijo!

—Voy a escribirte una receta —dijo Oso con el mismo aplomo.

Terminó de escribir y me dio a leer estas palabras:

Los hombres que no creen en la palabra serán ganados, sin palabra, por la conducta de sus esposas[100].

—¡Oso! —dije yo abrazándolo—. Eres el mejor médico y el más sensato del mundo.

—¡La distancia entre dos montañas nunca es tan grande que no se encuentren los trolls en algún punto del camino! —exclamó *ma chère mère* en la puerta—. ¡Escuchadme, hijos míos! Todavía no me habéis felicitado, y eso que yo creo que la ocasión lo merece. Acabo de ganar otra hija digna de todo mi amor: soy una madre afortunada. Sentaos cada uno a un lado y hablemos de esa joven pareja que pronto ha de ser matrimonio.

Eso hicimos. *Ma chère mère* se abrió camino con sus planes hasta un lejano futuro, y en verdad que era luminoso. Le pasaba a ella, como a muchos ciegos: cuando pierden la vista del cuerpo, la del alma se vuelve más clara y amable. Y así estuvimos hasta la hora de la cena.

La sirvieron en varias mesas medianas distribuidas por tres de las salas. A la mesa de los patriarcas estaban también Bruno y Serena, *ma chère mère*, el magistrado Hök, el pastor, Oso, yo

y algunas personas más. Estuvimos más bien callados la mayor parte de la comida, y ya empezaba a creer que la fiesta concluiría sin que *ma chère mère* pronunciara ningún discurso. Después del pavo, sin embargo, el magistrado Høk alzó su copa y quiso proponer un brindis. Todos prestaron atención y, con la voz pausada y la mirada dulce y firme puesta en los patriarcas, dijo el orador:

—Liras y flores se aprecian bordadas en la alfombra sobre la que nuestros honorables amigos han oído bendiciones en su honor. Unas y otras son símbolos de dicha y armonía, que son los penates del hogar y la familia. No podemos atribuir a la casualidad, mis honorables amigos, que os veáis rodeados de ellas en esta hora solemne. Tenía, en efecto, la sensación de entender su mudo lenguaje y oírlas decir: «Aquí nos sentimos en casa, nos habéis cuidado tan bien durante vuestros años de matrimonio que no podremos abandonaros nunca. ¡Vuestra vejez será como vuestra juventud!».

Todos secundaron felices el hermoso brindis y bebieron por los conmovidos y sonrientes ancianos.

—Pero ¡habrase visto, el pícaro Høk! —dijo *ma chère mère*, sin poder contenerse ya más. Como tocada por una descarga eléctrica, me dio una palmada en el brazo, y me dijo—: ¡Llena mi copa! —Acto seguido, retiró la silla ruidosamente, tosió y, en voz alta e intensa, habló como sigue —: ¡El amor es más que la flecha o la lanza! ¡El amor atraviesa corazas y escudos! ¡El amor halla el camino a todo trance! Unió a la primera pareja de seres humanos, y unirá a la última. ¡Amigos míos! ¡Dejemos que él nos guíe a todos a lo largo de la vida! Pues el buen amor no es ni alemán ni francés ni sueco; ni siquiera es terrenal, es celestial, y nos ofrece aquí su mano, para llevarnos un día al matrimonio principal que se celebrará allá arriba. El hombre y la mujer que se unan aquí y que caminen juntos en el amor verdadero estarán sentados uno junto al otro también allá arriba. Y bien puedo decir hoy con la madre del rey Lemuel: «¡Ay, tú, hijo de mi vientre, a quien le ha tocado en suerte una mujer virtuosa! Ella es más noble que las más finas perlas. Te hará bien todos los días de tu vida»[101]. Mis ojos se han oscurecido, pero mi corazón ve luz en el futuro de mi hijo, y por ello se regocija con inmensa alegría, ahora que puedo beber a su salud y a la de su prometida y, al mismo tiempo, a la de sus futuros padres. Mis honorables amigos y vecinos, ¡salud!

Bruno siempre parece algo inquieto cuando su madre empieza a dar un discurso, pero en esta ocasión se impuso a ese sentimiento, y miró a su madre con una de esas miradas llenas de amor que yo nunca he visto más que en sus ojos.

«¿Qué dirá Oso?», pensé después que hubimos bebido al brindis de *ma chère mère*. Ahora es su turno, ¡y él no es un gran orador!

Para mi estupefacción, Oso dijo:

—Ahora le toca el turno a mi esposa. Yo haré el brindis final.

«¡Horrible Oso!», pensé, del todo sorprendida, aunque me repuse al momento y dije:

—¡El amor no envejece jamás! ¡Un brindis por la pareja mayor entre nosotros, y por la más joven!

—¡Bravo, Fransiska! —exclamó *ma chère mère*.

Siguieron entonces una serie de brindis con tanta rapidez y diligencia que dejé de prestarles atención. Solo quería que le tocara el turno a Oso, pero tardaba, pues empezaron a llegar invitados de las otras mesas y salas, con las copas llenas de *champagne*, y pronunciaron discursos y brindis y hasta entonaron algunos versos improvisados bien hermosos, que complacieron mucho a los ancianos Dahl. Y así Oso y su discurso final cayeron en el olvido. En un «¡hurra!» general nos

levantamos todos de las mesas. Más tarde, le reproché a Oso su huida de los brindis, pero él me aseguró que llevaba preparado un largo y poético discurso, que quería reservar para el final para, de ese modo, poner el broche de oro a la ronda de brindis; y que lamentaba profundamente que la concurrencia y, en particular, yo nos lo perdiéramos. Le rogué entonces que me dijese el principio siquiera, pero respondió que detestaba empezar y no terminar y que, además, ya no había tiempo suficiente, y que no le parecía que mi actitud fuera lo bastante respetuosa como para escucharlo con la dignidad que merecía y...

Terminada la cena, comenzó la danza inglesa. Era animadísima, y nadie bailaba con tanto regocijo y vigor como la señorita Hellevi Husgafvel. Con la inglesa terminó el baile casi a medianoche, a raíz de la sensata indicación de Serena, pues temía que, de prolongar la vigilia, sus abuelos terminaran extenuados. La larga ceremonia de agradecimientos y despedidas ya les resultó bastante agotadora, pese a que la acompañaron muchas y muy sinceras muestras de cariño. En el instante en que el salón entero y el vestíbulo parecían un hormiguero de gente, de damas que se envolvían en sus capas y de caballeros que buscaban sus chanclos, *ma chère mère* tuvo uno de sus singulares impulsos. Ya con el Januarius puesto y calzadas las botas de piel de lobo, pidió un violín, e interpretó rauda una animada polca. Todos quedaron atónitos, pero un segundo después invadió a los presentes una suerte de locura danzarina. Bailaban ya enfundados en capas y abrigos, giraban de aquí para allá, todo eran risas, todo era alegría. Bailaban en el vestíbulo, en las escaleras; apenas conseguían parar en la calle siquiera.

En medio del ambiente de celebración y caos general, me alejé de allí sigilosa en busca de Bruno y Serena, pues no estaban entre los demás.

Fui de sala en sala y, en una de las más apartadas, allí donde el ruido del baile solo llegaba como un murmullo lejano, vi dos figuras, una sombría, otra luminosa. La sombría, que era Bruno, estaba arrodillada ante la luminosa, que era Serena, y ella se inclinaba despacio hacia él y le decía: «¡Tú!».

«¡Tú!» ¡Hermosa palabra! Por vez primera creí captar su profunda armonía, y no pude sino correr en busca de Oso para contárselo. Y se conoce que tan bien atiné con el tono y la expresión de Serena que Oso me comprendió enseguida y me dijo también «¡Tú!» a mí.

Ma chère mère había despachado a la última pareja de baile y me llamó al verme. En cuanto llegué al vestíbulo, que estaba lleno de gente, se cruzó mi mirada con la misma negra figura, los mismos ojos sombríos y ardientes que me habían aterrado al entrar en la casa. Una vez más se retiró, sin embargo, y cuando, en el impulso del momento, quise seguirla para cerciorarme de si mi intuición era o no acertada, me lo impidió Oso, que mira por mí como los israelitas por el arca, y que de ningún modo quería que me arrojara en manos de los filisteos. Con un ¡ay! en el corazón entré en el coche con *ma chère mère*. Aún ardían las luces a lo largo de la calle, aún llameaban las antorchas. *Ma chère mère* era capaz de apreciar el resplandor, e iba contenta y parlanchina. Abundantes y sustanciosos fueron los dichos que pronunciaron sus labios, en honor de tan señalado día. Un elogio que hizo de los ancianos Dahl lo concluyó con estos tres:

«No es tan fácil entrar alegremente en el reino de Dios»;

«Quien quiere cortar la rosa, no debe temer la espina»;

«Quien siembra virtud, cosecha buena fama».

CARTA XXIII



W., 8 de febrero

Ayer se celebró un gran baile en el salón del juzgado. Lo había organizado el consistorio en honor de los patriarcas.

—¡Tienes que ir! —le dije a Oso.

—¡No, no tengo que ir! —respondió—. ¡Pienso quedarme en casa y bailar un *pas de deux* con mi mujer!

Yo me resistí un poco al principio, sí, pero al fin no pude por menos de consentir y, en la alegría de nuestros corazones, sí que bailamos un minueto, que yo animé cantando mientras Oso acompañaba con el zumbido del bajo. Después me senté a coser mis... profecías (tú sabes lo que significa esa palabra). Oso abrió el cofre de la conversación, lo cual siempre me alegra muchísimo, y de su rico arsenal de experiencias de la vida y de las personas seleccionó muchos bocados succulentos. He puesto por escrito algunos de sus relatos, ya te los enviaré en otra ocasión. Es una dicha inmensa, Maria, hallar en un buen hombre, además, buena compañía.

En casa de los Dahl ya se prepara la boda. Bruno sigue y sigue y sigue adelante impulsado por su amor y su... perniciosa voluntad, que me perdone la expresión. Ya han decidido que la boda se celebrará en mayo, y que mi querida Mattea se quedará con los ancianos Dahl en lugar de Serena. Serena vivirá entre Ramm y la casa de sus abuelos.

Serena es la novia más adorable que imaginarse pueda y, al mismo tiempo, tan buena amiga, tan excelente hija y ama de casa como antes. Sigue siendo la mujer tímida que era antes de prometerse, y sin duda seguirá igual una vez casada. Pese a todo, su forma de ser con Bruno es tan encantadora que casi lo fuerza a adorarla sin remedio. Por lo demás, ¿qué podría decir de Bruno? Es bueno y no es bueno; es feliz y no es feliz; alternan en él constantemente día y noche, rayo de sol y nube de tormenta. Se me figura que es como el hombre que no se cree merecedor de su felicidad, y por eso en parte se debate consigo mismo, y en parte teme que se la arrebaten. ¡Ojalá me equivoque!

Hace unos días entró en el cuarto de Serena cuando yo, y no ella, estaba allí. Cruzó conmigo unas palabras, pero enseguida pareció olvidar mi presencia. Se puso a observar los libros de Serena, sus cuadros, sus enseres de costura, con cierta dolorida ternura. Miró a su alrededor y dijo despacio, como si hablara solo: «Inocencia... Pureza... ¡Paz!». Cogió un pañuelo de seda verde que Serena llevaba con frecuencia, lo besó y escondió en él la cara. Al cabo de unos

instantes, se levantó bruscamente y salió. Me fijé en el pañuelo: allí estaban sus lágrimas.

«¡Paz!», había dicho Bruno, y suspiró tan hondo, tan doloridamente... Pero, ¡ay!, que él paz no tiene. No puede estar apartado de Serena, pero tampoco puede estar con ella tranquilamente, va y viene y vuelve a partir, de dos a tres veces al día. Le da muestras de un amor cuya vehemencia solo aplaca por ella. La colma de regalos que ella recibe por no disgustarlo; pero es evidente que el desasosiego de Bruno solo hace mal a Serena.

—¡Qué dem... tanta carrera y tanto alboroto! ¡Me pregunto para qué! —protestó Oso disgustado hace un instante.

—Es mucho mejor quedarse sentado tan ricamente comiéndose sus gachas, ¿no? —dije yo poniendo un plato de humeantes gachas encima de la mesa.

—Sí, cuando lo degusta uno en compañía de su queridísima esposa.

Me satisfizo el detalle, por más que exhalaba el calor de las gachas; pero también ese calor merece atención y cuidados. No prospera sin él en nuestro norte el mirto del matrimonio.

12 de febrero

¡Terrible suceso en la casa de los Dahl! Una noche ha transcurrido desde que se produjo, pero aún me tiembla tanto la mano que no puedo coger la pluma con firmeza. ¡Oh, lo que yo barruntaba!

Anoche estuvimos Oso y yo en casa de nuestros amigos. Él se había sentado con los dos ancianos. Serena y Bruno se encontraban en la sala contigua. Y allí me encontraba también yo. Me había sentado al piano y estaba tocando unos salmos que me habían llegado no hacía mucho. Gradualmente fui tocando más bajo y haciendo largas pausas en cada nota final, pues oí pronunciar unas palabras que captaron toda mi atención. Esta noche Bruno tenía un estado de ánimo más sombrío de lo habitual, y oí que Serena, sentada a su lado en el canapé, le preguntaba cuál era la razón, con el tono de honda ternura, con las palabras dulces y delicadas que el amor inspira a una mujer. Bruno respondió:

—He tenido un sueño cruel. Su recuerdo aún me atormenta.

—¿Un sueño, Bruno?

—Sí, un sueño. ¿Quieres que te lo cuente?

—Sí, claro que sí.

—Bien, Serena, pues he soñado que eras... ¡mi esposa! ¡Eras mía, mi compañera, mi otra mitad, mi esposa! Y yo... no era feliz. Habían pasado los años. Eras mía. Yo te amaba como ahora o más si cabe. Habíamos vivido días tranquilos, habíamos visto el sol ponerse muchas veces, y las estrellas extenderse sobre el lago de Helgasjö. En las sombras de la noche te había estrechado entre mis brazos, había reposado junto a tu pecho; pero... no era feliz. He soñado que volvía a ser de noche. Las estrellas salían una tras otra y reflejaban sus rayos temblorosos en las serenas ondas, el cielo estaba despejado y el bosque silencioso y apacible. Tú eras mi esposa, estabas en mis brazos, pero yo no tenía paz. Sentía en el corazón un dolor sordo como de heridas inflamadas; pues el alma, Serena, también puede sufrir heridas así, pero tú no las conoces; para paliar mi tormento, te estreché contra mi corazón, ¡ay!, que dolían más si cabe, creo que todavía lo siento, pon aquí tu mano, Serena... ¡ay! —Guardó silencio un instante y continuó—: Se produjo un cambio en mi sueño. Me encontraba solo en los bosques de Ramm. Iba en pos de un corzo y mis perros lo perseguían ladrando con las fauces sedientas de sangre. Yo también estaba sediento: me

pareció que tenía sed de sangre. Por valles y montañas, por bosques y campos corrían los ladridos sin descanso. Era una cacería salvaje. De cañada en cañada, de escondrijo en escondrijo iba persiguiendo al corzo. Pasaban las horas, el corzo huía, yo lo perseguía, los perros ladraban en su desbocada carrera: parecía que no acabaría nunca la persecución. Los perros se cansaron, pero yo no; mi caballo estaba agotado, pero yo lo espoleaba; un demonio me perseguía a mí y perseguía al corzo: cada vez más ardiente era mi sed.

»Los ladridos callaron un instante. Había perdido de vista al corzo pero, al salir cabalgando de una arboleda, lo vi de pronto jadeando junto a un riachuelo. No estaba lejos de mí, me vio, pero la sed y el cansancio vencieron al miedo. Se quedó parado y empezó a beber. Yo disparé, él cayó. Al ruido del disparo se reanimaron los perros: salieron corriendo y sus fauces sangrientas atraparon las patas del corzo y tiraban del fino ramaje de su cornamenta. Descabalgué de un salto y corrí hasta ellos a fin de dar a mi víctima el golpe de gracia. Ya empuñaba el cuchillo contra su cuello cuando el animal volvió hacia mí sus bellos ojos llenos de lágrimas y me miró con una expresión triste de reproche. Sentí como una punzada en el corazón, y, mudo y sombrío, miré el fondo de aquellos ojos, que cada vez se volvían más humanos. Finalmente, ¡oh, qué espanto!, vi que eran... tus ojos, Serena. Era a ti a quien había matado. Eras tú quien me miraba. ¡Dios todopoderoso! Si alguna vez tu mirada...

—¡Bruno, Bruno! —lo interrumpió Serena, tierna y alterada a un tiempo—. ¿Por qué hablas así? ¡No era más que un sueño! Un sueño cruel e insensato. Mírame, Bruno, ¡no, no vuelvas la cara! ¡Oh, mírame, nunca recibirás de mis ojos una mirada así! ¡Ay! ¡Si supieras, si entendieras lo imposible que es...! Óyeme, Bruno, yo también tengo un sueño que contarte, y uno de significado más auténtico que el tuyo. He soñado, Bruno, que el mundo se había solidificado, se había convertido en hielo. Ya no había sol sobre la tierra, ni verdor ni cielo azul. Ocupaba su lugar un negro vacío. Grandiosos palacios, bosques y montañas seguían en pie, pero transformados en hielo. Se movían allí resplandores extraños y horrendos, cuyo origen no se apreciaba, y que no desprendían ningún calor, aunque sí proyectaban largas sombras terroríficas, deambulaban entre las figuras de hielo. Todos los seres vivos se habían extinguido; solo dos personas respiraban aún con el corazón tibio y palpitante en este mundo marmóreo. Y esas dos personas, Bruno, éramos tú y yo. Solos íbamos flotando a través de largas filas de columnas de hielo. No estábamos anclados a la tierra, pero tampoco éramos capaces de elevarnos por encima de ella. Nuestro destino sería congelarnos lentamente en último lugar, después de todos los demás seres vivos.

»Tenías el corazón amargo, ¡amigo mío!, y pálidas las mejillas. Cuando los resplandores nos alcanzaron y arrojaron sobre ti sombras amenazadoras, se alzó tu brazo, como dispuesto a luchar, y proferías gritos salvajes. Pero en medio de este mundo petrificado, en medio de esta noche de sufrimiento y de muerte, sentí en mi corazón un calor que ni el hielo ni el tiempo podían petrificar. Corría ahí dentro como un manantial de vida que se extendía por todo mi ser y me daba una fuerza mayor que la que tenía en los soleados días primaverales de la tierra. Te amaba más que nunca, Bruno, me complacía sufrir contigo, sufrir por ti; y cuando tu corazón se calmó y se caldeó junto al mío, cuando tu mejilla perdió algo de su palidez, ¡entonces tuve la certeza de que me había sido dado entregarte mi vida, protegerte del frío y de las aterradoras figuras de la oscuridad con el calor de mi corazón! Me sentía tan feliz, tan dichosa con esa idea que me desperté; había concluido mi sueño, pero yo sentía con claridad lo mismo que sentí cuando soñaba, y lo siento a menudo y lo siento ahora también: que querría sufrir por ti un gran dolor, Bruno, pues así podrías comprobar mucho mejor hasta qué punto te amo.

—¡Oh, Dios! —dijo Bruno en voz baja, aunque con un dolor angustioso en la voz—. ¡Oh, Dios, qué poco merezco yo un amor así... qué indigno...! Serena, ¡ángel adorable! ¡Tú, que vas a ser mi esposa...!

—¡Jamás lo será! —exclamó una voz horrenda, estridente y desgarradora.

Hagar, más semejante a una furia que a una persona, entró en la sala; en su mano resplandecía un puñal. Un instante después pareció que fuera a atravesar con él el corazón de Serena; sin embargo, con la velocidad del rayo, Bruno sujetó la mano de Hagar y el puñal solo le alcanzó el hombro. Con un movimiento de rabia prontísima arrancó Bruno el arma homicida de la mano de Hagar, la apartó bruscamente, la agarró del pelo con una mano y, con el acero brillando sobre su pecho, dijo con voz sorda, y sin color en los labios:

—¡Miserable! ¡Maldición de mis días... vas a morir!

—¡Bruno! ¡Oh, Dios mío! —exclamó Serena corriendo para agarrarse de su brazo.

Bruno se detuvo, su mirada salvaje se volvió más serena, sus labios murmuraron:

—¡Una mujer!

¡El puñal cayó de su mano! Miró a Serena, vio correr su sangre, la cogió desesperado en sus brazos y la llevó al sofá.

—¡Se hará tu voluntad! —gritó Hagar fuera de sí—. Mira, Bruno, ¡ve a tu víctima, que tan solo quería morir a tus pies! —Corrió hacia él, se clavó el puñal en el pecho y cayó a los pies de Bruno, bañada en su propia sangre—. ¡Bruno, por ti! ¡Por ti...! —balbucieron sus labios. Luego guardaron silencio y se cerraron sus ojos.

Fue todo cuestión de unos segundos. Un momento terrible, pero más aterrador aún fue el que siguió. La desesperación de Bruno era tétrica y muda. El anciano Dahl se arrancaba a mechones el pelo cano y gritaba:

—¡Mi niña! ¡Mi niña!

Solo Oso conservaba la calma. Solo él restableció el orden y la cordura.

—¡Si es solo un arañazo! ¡Por todos los dem..., no corre ella más peligro que yo! —gritó a los ancianos mientras se disponía a vendar la herida de Serena. Pero ella le apartó la mano y dijo señalando a Hagar, que yacía inmóvil:

—¡Socorredla a ella! ¡Socorredla a ella! ¡Lo necesita más que yo!

Sin embargo, Oso no la dejó hasta haberla vendado. Entonces me pidió que la llevara a otra sala, con los ancianos, que no paraban de llorar.

Hagar, a la que todos daban por muerta, dio pronto signos de vida, la acomodaron en una cama y la dejaron al cuidado de Oso. Con gran presencia de ánimo ordenó Serena todo lo necesario para su comodidad, y parecía haber olvidado que también ella estaba herida. Con las palabras más amorosas trataba de calmar a los ancianos, y les cerraba la boca con besos cada vez que querían lanzar sus reproches contra Bruno.

—Nada sabemos aún... —les decía suplicante—. No podemos juzgarlo, ¡no debemos! Guardemos un poco, demos tiempo al tiempo. Bruno podrá explicarse... Aún es posible que todo salga bien.

Se dirigió a Bruno, que estaba hundido en lúgubres cavilaciones, y le rogó:

—Vete a Ramm esta noche, Bruno, y vuelve mañana. Entonces estaremos todos más tranquilos. Y no te preocupes por esta noche. Ella tendrá el mejor de los cuidados. El doctor Werner se quedará con ella. Mi buen amigo, parte ahora, pero mañana... ¡vuelve y calma a mis abuelos, si

puedes, y a todos nosotros!

—Serena, ¿y tú...? ¿Y tú? —balbució Bruno, mirándola atormentado.

Serana volvió el rostro para ocultar el sufrimiento cuya manifestación trataba en vano de reprimir.

—Yo creo en ti —dijo dulcemente—. ¡Buena noches, Bruno! —Y se cubrió los ojos con una mano mientras le daba la otra.

—Apartas la vista de mí, ¿no quieres verme! —dijo Bruno quejándose amargamente.

Entonces Serena volvió el rostro hacia él, quería sonreírle, pero tenía los ojos llenos de lágrimas.

Acaso advirtió Bruno en esa mirada lo que había visto en su sueño, porque se volvió como un salvaje, se maldijo, se golpeó fuertemente la frente con el puño y se marchó a toda prisa.

Oso y yo no volvimos a casa esa noche. Él la pasó con Hagar, que había caído en un fuerte delirio y decía palabras ya de amor, ya de ira, pero siempre con idéntico desenfreno y con el sello de un alma alterada y desesperada. Yo me quedé con Serena, cuyo dormitorio se encuentra al lado del de los abuelos, y logré convencerla de que, por bien de ellos, se acostara y tratara de descansar. Hizo lo que le pedí, fingió dormir, pero yo la oía llorar en silencio cada poco. Varias veces tuve que ir a la sala donde se encontraba Hagar, para llevarle a Serena noticias de su estado. (Oso no cree que vaya a morir.) De vez en cuando se abría silenciosamente la puerta de la alcoba de los ancianos, susurraban ansiosas preguntas sobre el estado de su querida niña, y siempre recibían una respuesta consoladora. Oso entraba a ver a todos, a todos gruñía, a todos animaba y a todos administraba gotas calmantes. Tres veces volvió Bruno durante la noche, pero no quiso entrar, sino que pidió, y obtuvo, información sobre el estado de Serena, y también de Hagar, tras lo cual se alejaba precipitadamente como perseguido por las Furias.

Fue una noche larga y penosa. Serena preguntaba a menudo: «¿No llegará pronto el día? ¿No amanece aún?». ¡Ah, anhelaba el amanecer, pues creía que la luz y Bruno vendrían con él! Pero, cuando por fin llegó el día, no llegó Bruno, solo un billete suyo, con estas líneas salvajes, incoherentes:

Tenía que volver, tenía que explicar... así me lo pediste. ¡Ah, que un deseo que me hayas pedido haya de quedar alguna vez sin cumplimiento! Serena, no puedo explicártelo, no puedo ir... A ella no la quiero ver; a ti no puedo... Solo verte me consume. Ahora no puedo explicártelo. Honor pide, pero también prohíbe... Hagar puede, pero no podrá... Adiós, mi adorada... digna de compasión, sí, pues me amas. No puedo ir... pero estaré contigo, invisible e infausto. ¿No consistía el castigo del condenado en tener cerca el paraíso, y también la espada flamígera que le impedía entrar? Venganza, terrible venganza... ¡Ruega por mí, Serena, pues llevo el infierno en el corazón!

Después de leer estas líneas, Serena apoyó la cabeza entre las manos y permaneció así un rato, como apartada del mundo. Pero sin duda debió de rogar en silencio a la eterna fuente de consuelo, sin duda se elevó su corazón al Padre del amor, pues de lo contrario no habría podido su rostro, al levantar de nuevo la cabeza, tener, en medio del dolor, la expresión de una resignación tan elevada y dócil. Sus primeros pasos fueron en busca de sus abuelos; las primeras palabras que pronunciaron sus labios después de este golpe fueron un ruego: «que tuvieran paciencia; que, por ella, tuvieran paciencia, que no se precipitaran, que no juzgaran, que aguardaran el momento en

que se aclarase esta oscuridad, y Bruno se presentara a ellos bajo una luz más clara que ahora». Los puso al corriente de la carta de Bruno, supo interpretar sus palabras a su favor, insinuó la posible interpretación del misterio y... consiguió lo que quería. Los ancianos se tranquilizaron y dejaron en sus manos todo el asunto.

¡Ah, qué grata es tal confianza entre padres e hijos!

Dejé a Serena a la hora del desayuno, que con su habitual solicitud llevaba a los ancianos, mientras les aseguraba que no le dolía la herida, que no tardaría en recuperarse por completo.

Yo vine a casa a descansar. Estoy cansada, pero más preocupada e inquieta que cansada. A fin de serenarme te he escrito esta carta, mi querida Maria, pues confiarse al amigo del alma es un opio benéfico para el espíritu. Ya siento su efecto y quiero buscar el sueño.

Oso y Serena han decidido que Hagar siga en casa de los Dahl hasta que muera o sane. Era imposible mudarla sin peligro. Por lo demás, intentaremos mantener el terrible suceso tan oculto como sea posible y, en particular, de impedir que llegue a oídos de *ma chère mère*. ¡Ay! ¿Cómo evolucionarán los acontecimientos? Más te diré, Maria, cuando sepa más.

AL LECTOR, DE UNA DAMA DESCONOCIDA



Sin embargo, la señora Werner solo podrá saber más del desarrollo posterior superficialmente. A mí me familiarizó el destino con sus entresijos, y ahora voy a levantar el velo de las escenas que en aquel momento se desarrollaron en el cuarto de Hagar. Las llamaré siluetas, pues las crea una sombra potente proyectada sobre una potente luz. Pueden compararse a los contornos que, en las noches de invierno, dibujan las sombras de las personas al resplandor de las velas. Si el conocedor de este arte y de la persona en cuestión considerase estos bocetos demasiado apresurados, demasiado inacabados para merecer mayor atención, pero pensara que, pese a todo, poseen demasiados rasgos de verdad como para despreciarlos, me doy por satisfecha; así que comienzo tranquilamente por la

PRIMERA SILUETA

Celos llamaron
a la puerta de mi corazón
y gritaron: ¡Mata, mata!
SHAKESPEARE[102]

En una silenciosa estancia cuya ventana da a un jardincillo, con las mismas atenciones que si fuera la hija amada de la casa, la culpable Hagar. Un par de días habían transcurrido y ella se debatía entre el delirio y la conciencia. El doctor Werner velaba junto a su cama, observando casi con asombro aquella lucha de pasiones, que nunca había alterado su sereno espíritu. A excepción de él y una criada, que se ocupaba de ella, Hagar no veía a nadie; no obstante, un genio que le era invisible velaba fielmente por su persona. Los bálsamos que refrescaban su frente febril, el brebaje que paliaba el dolor de sus heridas se los daba Serena.

Una noche yacía en inquieto duermevela. Serena estaba a solas con ella y se le acercó silenciosa para observarla un instante.

—Gracias a Dios —susurraron sus labios—. ¡Gracias a Dios que puedes descansar, pobre criatura digna de compasión! Has destruido mi dicha, pero ¡ay, cuánto más desgraciada no eres tú...!

Hagar se despertó. Serena se apartó enseguida, pero la mujer la había visto.

—¿Quién anda ahí? —preguntó bruscamente. Serena guardó silencio, con la esperanza de que no la hubiera reconocido, pero Hagar continuó—: No responde, pero yo sé quién es. La he visto con anterioridad merodear cerca de mi cama, a usted, niña pálida, para chupar la sangre de mi corazón. No crea que conmigo podrá fingir. Sé que estoy a su merced, y sé lo que quiere. Torturarme, eso quiere, quitarme la vida envenenándome poco a poco. En castigo por mi delito, la falta de ganas de vivir me asfixiará lentamente, y por eso usted lo ha apartado de mi lado, para que no pueda verlo ni oír su voz nunca más, pues eso era mi aire, mi vida. Él mismo me ha abandonado en sus manos para torturarme. Sí, él y todos me odian y se alegran de mi desgracia, pero yo los engañaré a todos... ¡Me liberaré!

Y, al pronunciar estas palabras, quiso quitarse la venda de la herida, pero Serena se acercó rápidamente, le cogió las manos y las apartó con fuerza casi sobrenatural. Hagar miraba fijamente su dulce rostro, cubierto de lágrimas de compasión y dolor, y dijo:

—¿Quiere mantenerme con vida, para dejarme morir mucho más lentamente?

—¡Oh, no, no, Hagar! No me malinterprete, yo quiero que viva.

—¡No lo creo! Usted ama al hombre al que amo yo, al hombre que me pertenece. Sí, palidezca, tiemble... Que me pertenece, digo, pues a mí me hizo su promesa antes que a usted. Mis derechos sobre él son más antiguos, más sagrados... ¡Se han sellado con sangre! ¡Ja! ¡Qué vas tú a querer mi bien! ¡Fuera! Yo sé bien qué son los celos, esa pasión negra, negra, negra, que lleva al asesinato, a la locura... que en solitarias horas, en el silencio de la noche susurra con voz ronca y fantasmagórica: «¡Mata, mata!». ¡Ah, muchacha blanca, incluso tú estás ya ennegrecida, oh! Todo, todo a mi alrededor se vuelve negro... negro...

Hagar se desmayó. Serena llamó a la enfermera y, fuera de sí de dolor, se refugió corriendo en su dormitorio. Una vez allí, se arrodilló y gritó: «¡Oh, Dios mío! Entonces, ¡quería engañarme!». Todo se oscureció a su alrededor; pero no por mucho tiempo.

SEGUNDA SILUETA

El amor es paciente y dulce.

Hagar: ¿No desea usted, pues, mi muerte?

Serena: No, Hagar. ¡Ojalá viva y alcance la paz!

Hagar: Pero, si vivo, yo seré la ruina de su sosiego. ¡Si vivo, usted nunca será feliz!

Serena (*con callado abatimiento*): Ya he perdido tal esperanza.

Hagar: Se habría convertido en su amante. Y habría sido usted como yo, como muchas otras, pero su esposa jamás, jamás. Sara echa a Hagar de su casa[103]. ¿Quiere usted convertirse en su amante?

Serena (*tranquila*): ¡No, Hagar!

Hagar: ¿Es usted demasiado orgullosa para serlo?

Serena guardaba silencio.

Hagar: Usted no lo ama. No quiere sacrificar nada por él.

Serena: ¡Oh, sí! Mi vida, mi dicha terrenal... ¡de mil amores!

Hagar: Poca cosa es. Pero ¿sabe usted lo que yo he sacrificado por él? Riquezas, reputación, honor, patria, padre, salvación, ¡todo, todo, todo! En la casa de mi padre podía yo mandar sobre mil esclavos. Todo lo abandoné por ser suya, su... esclava. Y por eso tiene que amarme; ¡por eso tiene que ser mío! ¿Quién estuvo a su lado entre muertos empapados de sangre... quién desafió con él las leyes y la condenación, si no yo? ¡Muchacha blanca! Blanca y fría como la nieve de las montañas de tu patria, ¿cree que puede apartarlo de mi lado? No, él volverá a mí; mi fuego corre también por sus venas... ¡Débil muchacha, tema su beso! Es un beso que consume... Huya de él, pues es mío aquí y en el más allá... ¡Ay, la herida! ¡Dios, qué dolor! ¡Socorro, socorro...!

Serena corrió a su lado. Con las pomadas lenitivas que el doctor Werner había preparado, con manos hábiles y cuidadosas, Serena limpió y vendó la herida.

—¡Gracias! —dijo Hagar aliviada—. Gracias, ¡eres buena!

—¡Oh, Hagar! ¡Ámelo a él, pero no me odie a mí!

—¡No, ya no la odio! ¿Quién puede odiarla?

TERCERA SILUETA

Si alguien te obliga a caminar una milla,
recorre dos con él[104].

Hagar (*apasionadamente*): Si usted quiere que yo viva, haga que vuelva. Es mejor estar en el potro de tortura y gozar de su presencia que vivir sin él en el Paraíso. Usted ejerce mucha influencia sobre él, me han dicho. Haga, pues, que vuelva y, de ser posible, que me perdone. Los celos me volvieron loca, pero no merezco su odio, al menos no...

Hagar guardó silencio y quedó pensativa. Desde hacía ya unos días, se encontraba mejor. Los incansables cuidados y la dulzura de Serena actuaron como un bálsamo sobre la pobre desgraciada.

Más tarde, aquella misma noche, Serena escribía en la habitación de Hagar. El amor y la melancolía afloraban a sus labios, que se movían lentos, como si le susurraran las palabras a la pluma. En su hermosa frente reinaba, sin embargo, una claridad más honda que de costumbre. Se asemejaba a la paz victoriosa de la virtud y el amor.

Hagar se percató y, a su manera audaz y amarga, dijo súbitamente:

—Se siente usted muy satisfecha consigo misma, sin duda. —Serena se ruborizó y ella prosiguió—: Se ufana seguramente de ser tan pura y tan virtuosa. ¡De fijo que se siente muy por encima de una miserable como yo!

—¡En verdad que no, Hagar! —dijo Serena con una lágrima en los ojos.

—Y se equivocaría si lo hiciera —continuó Hagar—. Pues muy distintos son nuestros dones, y más distintas aún nuestras tentaciones.

—¡Cierto! —respondió Serena con humildad.

—Pues ¿de qué puede jactarse aquel que nunca ha sentido la tentación? ¡De haberla sentido, quién sabe, quizá no habría sido usted mejor que la mayoría!

Serena guardaba silencio.

—¡Feliz aquella cuyo pecho no agitan las pasiones, cuya sangre fluye lenta, cuyas primeras compañías se llaman virtud y paz! Si permanece sin mancha, si no cae, su mérito será escaso.

—¿Tiene usted razón! —dijo Serena tan humilde y tranquila como antes. Apoyó la cabeza en su blanca mano.

—El destino decide y el mundo juzga, ¡los dos igual de ciegos! —continuó la mujer con amargura—. Por eso llaman victoria y honor al camino de unos; caída y condena al de otros.

—Pero Dios, que ve lo que está oculto —dijo Serena con voz firme—, Dios, que es más poderoso que el destino y que el mundo, igualará un día lo que aquí era desigual. Entonces, Hagar, ocurrirá a menudo que aquel que solo trabajó la última hora recibirá el mismo salario que quien fue llamado a trabajar en la primera[105].

Hagar se incorporó un poco y observó a Serena con sorpresa.

—¿Qué Dios es el que habita en su espíritu? —dijo—. ¿Y por qué me dirige unas palabras tan benévolas a mí, a la que todos odian y condenan?

—¡No, condenable no es, ni condenada! —dijo Serena levantándose y acercándose a la cama de la enferma—. ¡Oh, no, Hagar! Sin duda la esperará un día un juez benévolo.

Con una expresión del mayor asombro, Hagar le preguntó con la mirada fija en el dulce semblante que aún tenía cerca de su cama, y que la miraba con la compasión de un ángel. Serena prosiguió:

—Los celos la han abocado a cometer una oscura acción, pero su amor es grande y verdadero. La he escuchado con atención, Hagar, mientras su alma desvelaba sus más hondos sentimientos. La he escuchado en los momentos del crepúsculo y de la noche en que creía estar sola; y he comprendido cuál es la naturaleza de su amor... Un alma vil, una mujer corriente no puede amar así. La pasión, las circunstancias, la negrura de su alma la han confundido incluso acerca de usted misma. No obstante, en momentos de más claridad, ahora mismo, Hagar, baje al fondo de su corazón y pregúntese: ¿hay algo que no esté dispuesta a sacrificar por la dicha de Bruno? ¿Existe algún sufrimiento que no esté dispuesta a afrontar por él? ¿No es su amor por él el sentimiento más fuerte, qué digo, incluso el único sentimiento profundo que alberga su corazón?

—¡Sí! —exclamó Hagar—. Sí, lo he amado ardientemente, lo he amado lo indecible. Aún lo amo, pero... este amor me ha llevado al crimen.

—Y, de haber alcanzado mi corazón, Hagar, si me encontrara yo ahora tendida a su lado moribunda, diría pese a todo: «¡La obra impulsiva del instante no debe condenar a un corazón que ama de verdad!».

Hagar respiró. Un sentimiento de frescor se apoderó de su desesperado corazón y apagó su amargo fuego. Con las manos juntas, cayó nuevamente en su lecho.

—Sí —susurró extenuada—. Tiene usted razón. ¡Ah, hay alguien capaz de comprenderme, de creer en mis palabras! Escúcheme pues, Serena, usted que tiene en su alma la dulzura de los ángeles, la serenidad de los ángeles, ¡escúcheme! ¡Yo no quería matarla! ¡No! Tanto daño no quería causar a Bruno. Mientras estaba sola en el negro bosque y los celos gritaban a mi alma pensamientos homicidas, los aparté con desprecio. Cuando supe del compromiso de Bruno, cuando vi que mi destino estaba irremisiblemente decidido, resolví matarme. Y a fin de reunir fuerzas para ello, tenía que verlo con usted, con su prometida... ¡Ay! En el instante mismo en que la vi por primera vez, sentí como si un frío acero me atravesara el corazón; sentí que él la amaría a usted de manera distinta a como había amado a otras; sentí que, para mí, estaba perdido sin remedio. Y yo tenía, con todo, su primer amor, su primera promesa. Pero ¡al asunto! Llegué una noche y los vi a los dos juntos. Vi su cabeza sobre el hombro de él; cuando oí que la llamaba a usted «su esposa», una furia me desgarró el corazón y el cerebro. Eran los celos. Mi alma se

volvió salvaje, y mi puñal estaba sediento de su sangre, Serena, antes de refrescarse en la mía. Fue, en fin, obra de un instante, la obra de un momento oscuro, muy oscuro, que ha perdurado desde entonces. Pero ahora, ahora... un rayo de luz atraviesa el velo de la noche. Y usted, usted, a quien yo he querido matar y que me está dando la vida, dígame, ¿quién es usted, prodigiosa muchacha? ¿Es una criatura del cielo, enviada para traer consuelo a la tierra, sin nada en común con sus pasiones y sufrimientos? ¿O es una de esas formas de encantamiento de las que he oído hablar, que atraen a los humanos con voz argéntea y bellas palabras, para luego convertirse rápidamente en criaturas del abismo que arrastran al desgraciado a la oscuridad eterna?

La fantasía desahogada y febril de Hagar pareció materializar ante ella en ese instante la brutal transformación. Con el desconcierto en el semblante, miró a Serena, que respondió con calma absoluta:

—Yo no soy más que una débil mujer, a quien Dios ha concedido, no obstante, la gracia de vencer las pasiones y el dolor de su corazón. Lea, Hagar, estas líneas, que pronto le traerán de nuevo a aquel a quien ama. ¡Léalas, y no desconfíe más de mí!

Serena puso en sus manos la carta que acababa de escribir, y Hagar leyó:

Me rehúyes, Bruno, evitas mi hogar. ¡Bruno, vuelve! No solo en mi nombre y por mí te lo ruego; te lo ruego por alguien que, según parece, antes podría prescindir de la luz y de la vida que de tu presencia. ¡Ven, Bruno, oh, ven con esta criatura digna de compasión! Al pie de su lecho te espero. Llamémosla juntos de nuevo a la vida, o demos juntos consuelo a sus últimos instantes. ¡Deja que estemos juntos, Bruno! ¡Oh, amigo mío! En la oscuridad que me envuelve en este momento, una cosa sé, pese a todo, con absoluta claridad, y es que yo te amo, que te quiero más que a mi vida, y que nada, nada en el mundo podrá arrancar de mi corazón este sentimiento. No podemos, ahora, decidir cómo serán nuestras relaciones futuras. ¡Sea! Aguardemos el momento, pues, y hallemos paz el uno en el otro. Y si algo impidiera que tú y yo nos unamos en matrimonio... ¡oh!, nada impedirá que estemos unidos como amigos. Hagar me ha hablado de unos derechos que ella tiene sobre ti... de lazos previos que te vinculan a ella. Si ha dicho la verdad, ¡oh, Bruno!, mi ruego sigue siendo el mismo: «¡Vuelve, Bruno! ¡Vuelve conmigo, con ella!».

¡Escúchame, Bruno! ¡Deja que volvamos a ser niños! ¡Que seamos como en aquellos días, qué días maravillosos, en los que saludábamos juntos al sol matinal en los bosques de Ramm, llenos de paz y de confianza mutua! Recuerda aquella ocasión en el bosque cuando, después de oscurecido, te dije: «¿No temes perderte en la noche?». Respondiste: «¡Contigo, el camino está iluminado para mí!». Y yo te dije a mi vez: «¡Y contigo no temo yo la oscuridad!». ¡Oh, amigo de mi infancia! ¿No puede volver a ser todo como era entonces? La vida es el bosque, y puede ser oscura, ¡sí!, así lo he sentido yo misma desde hace un tiempo; recorramos juntos su oscuro camino, Bruno. Tiéndeme tu mano como amigo, como hermano, y pudiera ser que, de ese modo, el camino vuelva a ser luminoso para los dos. Oye mi ruego, te lo pido con lágrimas en los ojos, ¡vuelve, Bruno, amado, amigo siempre amado, Bruno, vuelve!

Tuya,

Serena

Con mano temblorosa le devolvió Hagar la carta.

—Usted lo ama con un amor mejor que el mío —dijo. Una expresión de amargura sobrevoló sus rasgos, y se cubrió la cabeza con la manta.

Serena envió la carta. Pocas horas más tarde, Bruno estaba a sus pies. Nada dijeron, pero se abrazaron instintivamente, instintivamente se fundieron sus almas otra vez en un sentimiento sin nombre.

A partir de este instante, Bruno se sentaba a menudo junto al lecho de Hagar. La audaz y salvaje Hagar no era en su presencia más que una mujer débil y humilde, que él dominaba con su sola mirada. El perdón y la presencia de Bruno, la bondad y la delicadeza de Serena, sus cuidados constantes y atentos, todo surtía un efecto benéfico en la enferma. El doctor Werner dio esperanzas de que viviera. Fransiska iba a veces por las noches a visitar a su amiga. Bruno y estas dos señoras instruidas y amables entablaban conversaciones del más alto y noble interés, que el fogoso espíritu de Hagar absorbía con avidez. También acudieron los ancianos Dahl, y se unieron a los demás; y en esa estancia, en ese círculo, donde había materia para lo más aciago que ofrece la vida, en este círculo, gracias a la influencia de Serena, surgieron poco a poco paz, interés, sí, incluso bienestar, al menos momentáneo, y el hecho mismo que supuestamente debía amenazar con romper los lazos del amor y la confianza sirvió solo para ligarlos con más fuerza. ¡Hermoso poder el de la bondad que solo desea la reconciliación; el de la sabiduría que, como la de Dios mismo, solo responde a la discordia y la ruptura con una mayor armonía, con un orden y un amor más profundos!

Cuánta influencia ejercieron esas conversaciones, y la convivencia diaria con Serena, en la mente de Hagar y en el alma de Bruno, lo veremos a continuación.

CUARTA SILUETA

La lluvia gota a gota horada
el pecho de la roca dura.
Según SCHILLER

Fuera arrasaba la tormenta. Se aproximaba una de esas noches de invierno en que las sagas de tiempos remotos sobre la naturaleza de los trolls se hacen verdad; en que el pobre caminante que transita el norte se extravía. Su mujer o su anciana madre lo añoran junto al fuego de la cabaña al caer la tarde. Tiene la esperanza puesta en el día siguiente, pero entonces le cuentan: «Lo encontraron muerto en la nieve en medio del bosque».

El estado de salud de Hagar había sufrido un nuevo cambio. El vigor que habían cobrado las fuerzas de su cuerpo, que momentos atrás animaba a creer en su mejoría, cedió de pronto, dando paso a un estado de gran debilidad.

—No son sus heridas, sino su alma lo que le corroe la vida —dijo el doctor Werner.

Reinaba más silencio ahora en la alcoba, solo Serena pasaba el tiempo allí, cuidando solícita cuerpo y alma. La enferma también estaba más tranquila, entregada por completo a su fiel y dulce enfermera.

Gélidas ráfagas de lluvia azotaban los cristales de las ventanas, y la tormenta agitaba las ramas del árbol que se erguía fuera. Dentro, sin embargo, ardía una lámpara serena y clara, y una voz suave de mujer leyó estas palabras:

Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo». Y se levantó y acudió a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y lo besó.[106]

—¡Benditas palabras, benditas palabras! —exclamó una voz desde la cama—. Y si yo volviera a casa, como el hijo pródigo... ¿me recibirían? Grande, grande es mi falta...

—Pero ¡mayor aún es la misericordia de Dios! —respondió Serena—. El hijo pródigo había malgastado toda su herencia y, al volver arrepentido, lo recibieron con amor.

—¡Adelante, pues! —dijo la enferma con el corazón enardecido—. Yo también volveré. Con mi padre terrenal no podría volver. De él solo recibiría maldiciones. ¡Me levantaré e iré con mi padre celestial!

QUINTA SILUETA

El amor no conoce medida,
ni límite ni sepultura.
ST. SCHÜTS

Era de noche y la luna brillaba clara. La tierra se extendía inundada de sus rayos, tan amable y serena. Ni rastro quedaba ya del manto de nieve, y un viento de resurrección despertaba al durmiente a la vida de la primavera.

Vamos a seguir los rayos de la lámpara celeste hasta la estancia de Hagar, y a observar las figuras que estos rayos iluminan.

Inciden con fuerza sobre un perfil que ha sido hermoso. Ahora se ven los rasgos duros y afilados, tal como suelen labrarlos con su afilado cincel la pasión y el dolor. La mirada, de suyo extraviada sin control, reposaba ahora más tranquila. Emanaba del ajado rostro un halo de espiritualidad, y tenía las manos cruzadas como si rezara. Hagar estaba sentada en el lecho.

A su lado, y dándole apoyo, hay una niña. Acaso sean los rayos de la luna los que la vuelven blanca como la nieve mientras la vemos ahí, cual lirio rociado de luz. Acaso sea también esa pasión la que le ha robado el color de las mejillas. No ha podido, pese a todo, eliminar la serena gracia de su expresión, ni transformar la hermosa redondez casi infantil de su rostro, su cuello y sus brazos. Es suave, suave como la bondad, capaz de cautivar como ella. Su mirada es limpia, dulce; sagrada, se podría decir.

—Apóyese mejor en mí —le susurra a Hagar.

Es Serena.

A la sombra, y más oscuro que la sombra misma, se encuentra Bruno, con la tenebrosa mirada llameante clavada en ellas dos. Se le hincha el pecho lentamente, pero con intensidad. En su interior se debaten sus pensamientos.

A escasa distancia de la cama, a una suave luz grisácea, hay sentadas dos figuras ancianas quietas, pálidas, espectrales.

Seis semanas han transcurrido desde la noche en que Hagar atentó contra su propia vida. Al igual que una llama a punto de extinguirse ya se aviva, ya disminuye, así lleva ella un tiempo

vacilando entre la vida y la muerte. Los dolores de los últimos días, sin embargo, fueron enormes, y Hagar sentía que el final se acercaba rápidamente. Era de noche cuando, al despertarse de un largo estado de inconsciencia, solicitó hablar con los abuelos de Serena. Sin embargo, cuando ellos acudieron, ella no estuvo en condiciones de hablar por un buen rato. Apoyada en el pecho fiel de Serena, arropada entre sus brazos, fue recobrando fuerzas poco a poco. A su ruego, se acercaron los ancianos. Con frases breves pero expresivas, Hagar les dio las gracias por los cuidados que le habían dispensado, y les pidió que perdonaran tanta preocupación como les había causado.

—Ahora —añadió—, ahora ya no seré más causa de preocupación para nadie en la tierra; ya parto a mi juicio final. Antes de partir, sin embargo, permítanme que haga una ofrenda a la verdad, que repare parte de lo que he destrozado. ¡Oigan la confesión de una moribunda, y den crédito a mis últimas palabras! Nada tengo que reprocharle a Bruno. Yo misma he forjado mi destino. En la casa de mi padre nos amábamos y nos prometimos en matrimonio. Yo fui quien incumplió nuestra promesa. Mis excesos y mis pecados despertaron su aborrecimiento. Yo quería arrastrarlo en la caída, él huyó de mí. Entonces lo perseguí, y mi condena fue, aun despreciada y rechazada por él, verme forzada a amarlo, a no poder respirar más que en medio del fuego que me consumía. El amor que sentía por él se convirtió en mi castigo. Con él ha doblegado mi alma, pero también la ha hecho mejor. Bruno me soportaba cerca, aguantaba la tempestad que alteraba su vida con un desasosiego sin tregua. Ello me daba fuerzas para vivir, sí, aún confiaba en recuperar su corazón, que había perdido. Por esta razón lo seguí al país en cuya tierra pronto descansaré. Bruno se encariñó con Serena, y estaba dispuesto a separarse de mí. Me ofreció ricos presentes y me rogó que volviera a mi patria. No era solo un deseo lo que palpitaba en sus devastadoras palabras, sino también una orden. Fingí aceptarla, pero tomé la resolución de morir. Mis sentimientos enloquecieron. Fría era la noche de invierno en que decidí poner fin a mi existencia: Bruno estaba en casa de su prometida, yo estaba sola en el oscuro bosque; fría era la noche; por eso, sin duda, tenía la sangre tan densa, la mano tan dormida que no quería obedecer. Decidí entonces verlos a él y a ella; corrí, los vi a los dos, y los celos me enloquecieron el cerebro. ¡El resto ya lo saben! Una vez más, pues, perdónenme; una vez más, escuchen mis palabras: nada tengo que reprochar a Bruno, y sí mucho por lo que pedirle perdón. Merece a su nieta, y en ese espacio ignoto al que irá mi alma, los bendeciré a los dos. Si me perdonan, denme sus manos, que pueda besarlas. Si me perdonan, díganme que no impedirán esa unión que mi delito ha estado a punto de romper. ¡Concédanle a esta arrepentida, a esta moribunda, ese último consuelo!

Hagar guardó silencio. Los dos ancianos le ofrecieron sus manos y le respondieron con palabras de reconciliación. Luego, al ver que parecía extenuada, se marcharon despacio.

Un desvanecimiento momentáneo aquejó a Hagar, pero enseguida recobró la conciencia, volvió sus apagados ojos a Serena y dijo:

—Y ahora, permítame que le dé las gracias a usted, que es fuente pura y clara donde se refleja el cielo de Dios. A mis amargas palabras respondió con palabras buenas; al sufrimiento que le he infligido ha respondido mitigando y endulzando el mío. Me ha dado a beber caldos vigorizantes, y ha vertido en mi corazón el bálsamo de la misericordia. Me ha desvelado la sagrada doctrina del amor, ha conseguido que ahora imperen en mi alma los buenos sentimientos; que, a las puertas de la muerte, aún pueda tener esperanza... Serena, Bruno, denme sus manos para que yo, que aspiraba a separarlos, pueda ahora unirlos con una bendición antes de que mis labios callen para siempre.

Llorando en silencio, Serena le dio su mano, pero Bruno no se movió.

—¡No quiere! —exclamó Hagar con dolor—. Teme la bendición que pronunciarán mis labios, ¡siente por mí un odio mortal!

—¡No es verdad, Hagar! —dijo Bruno con voz suave, poniéndole la mano en el pecho, que se movía agitadamente—. Estate en paz conmigo, como yo lo estoy contigo. Has sido una persona querida para mí, y en estos momentos aún lo eres.

—¡Oh, gracias por tus palabras! —exclamó Hagar apasionadamente—. ¡Y dilas una vez más, di que me has perdonado!

—¿Y quién soy yo para perdonarte? —dijo Bruno sombrío—. ¿Qué derecho tendría yo a parecer mejor que tú? Los dos hemos errado: los dos estaremos ante los ojos del Eterno, por igual necesitados de perdón, ¡de gracia!

—¡No, no por igual! —exclamó Hagar—. ¿No fui yo, acaso, quien te sedujo en tu irreflexiva juventud, incitándote a actos en los que tu corazón no tenía parte? ¿No fui yo, acaso, quien se enroscó cual serpiente a tu árbol de la vida e inyectó veneno en su savia? Tú fuiste quien despertó en mí una chispa de humanidad: lo que me vinculó a ti no fue tu belleza, tu audacia, sino la llama de una vida superior que, una y otra vez, relampagueaba en la tempestuosa noche de tu ser. En vano quisieron reducir a cenizas tu fuerza. Como el ave fénix, te alzaste de la hoguera, sacudiste tus alas y te encaminaste a la luz. Y te apartaste volando de mi lado, mientras yo seguía en el polvo. Ahora, en cambio, ¡qué oscuro está todo!, ahora moriré satisfecha, pues sé que mi muerte es buena para ti. ¡Escucha, aún tengo otro ruego! En el bosque de Ramm hay una cueva. A menudo he descansado allí, pues es fresca y tranquila. ¡Haz que me entierren en ella! Y atiende, en tu casa hay un ataúd. Su madera ha absorbido el aire del hogar en el que respiras tú: enterradme en él. ¡Ah, cuánto bien me hace tu mano! ¡Déjala reposar ahí hasta que se haya detenido el corazón! ¡Adiós, Bruno! Ya me hundo en lo callado, en lo oscuro; y conmigo ¡el pasado! ¡Quédate tranquilo! ¡Sé feliz con tu joven esposa! Para mí esto es... ¡el fin!

Hagar calló. Sus manos se soltaron de las de Bruno. Su pecho se detuvo y la gran sombra de la vida, la muerte, extendió sobre su rostro ese velo que ningún mortal puede retirar. Había dejado de respirar.

Los rayos de la luna palidieron. La primera luz de la mañana de Pascua extendía su brillo incierto por la estancia y su resplandor rojizo quedó flotando sobre la palidez de la que allí yacía. Reinaba un solemne silencio.

—¡¿Muerta?! —exclamó Bruno por fin con voz sorda inclinándose sobre Hagar, sacudido por el arrepentimiento—. Muerta, porque... ¡porque me amaba! ¿Quién habrá sido feliz por amarme? ¿A quién traje alegría? La vida de mi madre ensombrecí; aquí yace la prometida de mi juventud... ¡Y vosotros, tristes víctimas cuya vida malogré, levantaos vosotros también para acusarme! ¡Sí, así! ¡Vosotras, pálidas sombras, venid y alzaos entre mí y la que iba a ser mi esposa, pues no soy digno de ella! No quiero traicionarla, ni robar su corazón con una mentira y envenenar su cielo. No, nadie me amará, nadie me seguirá, aparte de esta alma triste que me acompaña por la vida. Creía yo que Serena sería capaz de ahuyentarla. ¡Ay, su mirada angelical me oprime y me hunde más aún! Mi cielo usurpado será mi maldición. ¡No! ¡Quiero huir! ¡Huir! Quiero... —Un movimiento lo estremeció, y la inmovilidad de su mirada decía que ya no era dueño de sí.

—¡Bruno! ¡Bruno! —gritó Serena con dolorida ternura acercándose a él.

—¡Fuera! —dijo él dura y bruscamente—. ¡Fuera! Mi amor acarrea la desgracia. ¡No acerques tu ala al fuego del abismo! ¡Huye, huye!

—¡Bruno! —dijo Serena mientras, sin hacer caso de sus amenazadores gestos, se le acercaba y se abrazaba a su cuello—. ¡No hables con tanta vehemencia! Te lo ruego, cálmate. Estás enfermo, Bruno. Ven, tranquilízate. Siéntate a mi lado, apóyate en mí, mírame, ¡mi querido Bruno! Soy tu Serena, tu esposa, que te ama tanto que te seguirá en lo bueno y en lo malo.

La tensión cedió en el ánimo de Bruno, su mirada se dulcificó, empezó a respirar más pausadamente:

—¡Habla, voz angelical, habla! —dijo.

—Llevas demasiado tiempo en vela, estás extenuado —continuó Serena, tierna y cariñosa—. Ahora debes descansar. Yo te velaré mientras duermes, y luego saldremos juntos a contemplar el sol, el precioso sol primaveral, que a todo da vida y alegría. ¡Será un día maravilloso, Bruno querido!

La infantil dulzura de las palabras de Serena y sus muestras de cariño ahuyentaron al demonio que habitaba el espíritu de Bruno. Se serenó y fue como si hubiera despertado de un sueño tormentoso. Con una expresión de amor indecible, de indecible dolor, miró a Serena.

—¡Oh! —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Ni el arpa de David apaciguó tan dulcemente al espíritu enfurecido![107] Pero ¡dime, Serena! ¿Qué he dicho? ¿Qué he hecho? Y dime, ¿qué has pensado tú?

—Estabas enfermo, Bruno, pero ¡gracias a Dios ya te has recuperado, todo está como es debido!

—No, Serena, por lo que a mí se refiere, no todo está como es debido; sabe que el estado de locura del que has sido testigo no es un huésped insólito en mi vida. En el quehacer diurno y en el descanso nocturno me sorprende siempre y se convierte en mi señor, hasta que yo vuelvo a dominarlo. Y es que, desde el instante en que mi madre lanzó sobre mi cabeza su maldición, en ese preciso instante, algo se rasgó dentro de mí, una herida que no ha sanado desde entonces: locuras que cometí y ciertos recuerdos lo impidieron. ¡Oh, hace ya mucho que deseo postrarme a tus pies con mi secreto aterrador, pero me ha faltado la fuerza, la fuerza para quizá por siempre...! Como fuere, ¡ha llegado el momento! Aparta tu limpia mirada, Serena.

Con pinceladas veloces pero plásticas, Bruno comenzó a describir sus primeros errores.

—La bondad de mi hermano, el hecho de que fuera un hombre —añadió—, me apartó de un camino peligroso y censurable. Por un tiempo creí que podría empezar una vida nueva y mejor. Y acaso lo habría hecho, si no me hubieran arrastrado al fondo las consecuencias de mis primeros desenfrenos. Muy pronto y en secreto me convertí en jugador. Y al juego induje a un joven que se contaba entre mis amistades. Me convertí en la causa de su desgracia. Para salvarlo a él, hube de echar mano, una vez más, de medios prohibidos. Descubrieron mi robo: lo descubrió mi madre. Ella quiso castigarme con dureza; con demasiada dureza, quizá. Pero ¡no! Lo merecía. Pero no quise someterme. Respondí con violencia a la violencia. Me opuse a mi madre, y ella... ¡me maldijo!

Le tembló la voz al pronunciar estas palabras. Respiró hondo y continuó:

—Huí aquella misma noche, perseguida mi alma por las Furias, que no me han abandonado desde entonces. Huí de mi hogar y de mi patria. Puse un océano entre ellos y yo. Me alisté en el servicio activo de un ejército extranjero, coseché heridas y cierto honor. Finalizada la guerra, trabé ciertas amistades que cautivaron mi corazón y confundieron los conceptos del bien y del mal que aún conservaba del hogar materno. Bajo el yugo de la maldición materna, y con el pecho arrasado por pasiones indomables, intenté satisfacerlas y olvidar el pasado, olvidar que tenía un

hogar, una patria, una madre; olvidar que estaba maldito: ¡ay, precisamente aquella sensación gélida que dominaba mi vida fue la que más ciegamente me arrastró al fuego de los abismos! Sosiego no encontraba, ¡ay! Actuar, vengarme, dominar, esto perseguía. Las personas que en aquella época me rodeaban, el ansia de dinero y, sí, el peligro mismo que conllevaba la empresa me empujaron... a algo de lo que siempre me arrepentiré. Me convertí en... tratante de esclavos, ¡en vendedor de almas! Arrancaba de sus chozas a los hijos de África, separaba con violencia a los maridos de sus mujeres, a los hijos de sus madres, y los llevaba a las colonias de Portugal convertidos en esclavos. Vendía hombres, mis hermanos, por oro. Las personas que a la sazón habían adquirido poder sobre mi alma me habían pintado a aquellos desgraciados como criaturas carentes de todo valor humano, incluso inferiores a los animales irracionales. Un espantoso suceso me abrió los ojos cegados, permite que lo calle ahora... No podría contarlo con serenidad. A partir de aquel momento, en fin, abandoné mi sangriento mercadeo. Una vez más, cambié de nombre y de país.

»Olvidar y disfrutar eran por entonces y más que nunca las actividades más estimulantes de mi vida. Probé suerte jugando al faraón, y la suerte me sonreía. Una noche le gané a un joven una suma respetable. El oro lanzaba sus destellos a mi alrededor y me cegaba los ojos, pero la gris desesperación que tiñó el rostro de mi contrincante en el juego cuando abandonó la sala me movió a reflexionar. El joven tendría, acaso, una madre que... Corrí tras él. Quería devolverle cuanto había perdido. Iba a la carrera por la oscura calle, gritando el nombre del perdedor, que casualmente conocía. Un rayo y un estallido próximo respondieron a mis gritos. A mis pies volaron fragmentos del cerebro de aquel desgraciado. Se había pegado un tiro. Era el único hijo de una viuda sin medios.

»Abandoné la mesa de juego. Trataba de compensar de algún modo el mal que había causado. Trataba de aliviar las miserias de la clase de personas a las que habían perjudicado mis crímenes. Pero ¿qué es la beneficencia del jugador? Es como la limosna del bandido: dinero manchado de sangre, que no puede llevar consuelo a su corazón. Yo lo sabía. Así que busqué el amor. El amor, creía yo, me haría olvidar todo y disfrutarlo todo. Me arrojé, me hundí en los brazos del amor... ¡no, no del amor, perdón, llama sagrada! En los brazos de la lujuria se hundió mi vida. Me convencí de que amaba a alguien, me vi engañado; fui infiel yo también, y anduve dando tumbos de error en error... Pero, como el agua se aleja de los labios de Tántalo, así huían de mí el goce y el sosiego. Durante quince años he tenido, sí, instantes de desatada alegría, pero ninguna hora a la que quisiera decir: “¡Detente!”[108], ningún día al que quisiera rogar: “¡Vuelve”. Un infinito vacío, que nada parecía poder llenar; una agotadora sed de algo, no sabía bien de qué, poblaba mi alma. A veces, en momentos de sosiego, o sí, incluso en momentos del más salvaje disfrute, irrumpía en mi alma una visión de un aliciente y un tormento para mi corazón que no soy capaz de describir. Cuanto de bello e inocente tuvieron los años de mi niñez, cuanto de esplendor y de dicha tuvieron mis años de juventud, cuanto había soñado a veces sobre el cielo y la paz que en él reinaba, parecía, en aquellos momentos, fundirse en una única imagen; y aquella imagen... ¡tenía tus rasgos, Serena! Así nacieron en mi alma una añoranza indecible y una gran desesperación.

»Una vez más conseguí apartarme de una vida disoluta y desenfrenada. Traté de emplear mi vida, que me oprimía, en una actividad intensa y ordenada. Hice intentos en los grandes negocios de la especulación comercial. Tuve éxito, me hice rico, ¡ay!, pero seguía siendo pobre, y en medio de semejante abundancia mi alma moría de inanición. Por aquel entonces, mis viajes me llevaron a Inglaterra. Oí a Canning[109] un día en que, ante los representantes de unos nobles, hablaba de

abolir la trata de esclavos negros, de la libertad y el bienestar del ser humano. Vi en su frente el brillo de una belleza inmortal. Por primera vez comprendí el valor del ser humano, la nobleza humana, y la miseria de mi vida anterior. ¡Oh, Serena! ¡Entonces lamenté los días y las fuerzas malgastadas! Sin embargo, era joven aún, aún podía empezar... ¿qué? Un paria, un hijo maldito por su madre, ¿qué podría empezar de bueno, que pudiera bendecir el cielo? ¡Estaba maldito! Aquella era la marca de fuego que me ardía en la cabeza, la piedra que aplastaba mi vida y la condenaba a la oscuridad eterna. ¿Qué ángel podría retirar la piedra? ¡Oh, cuánto tiempo no luchó mi alma en sorda desesperación, pues la única persona a la que he temido en la vida es mi madre! Muchas veces, desde mi niñez, se enfrentaron nuestras almas, pero ella ganó siempre, siempre abatió a la mía. Abatir es la palabra justa, me abatió con su maldición. En mi corazón creció la amargura, pero pasaron los años y volvió el amor, más fuerte que la amargura. La idea de reconciliarme con ella era la única que ocupaba mi cabeza. Reconciliarme se convirtió en mi condición para poder vivir una vida nueva, una vida mejor. De lo contrario, el mundo entero no sería nada para mí. No abrigaba esperanzas, pero tenía que arriesgarme si quería vivir. Estos sentimientos se habían apoderado de todo mi ser con tal fuerza que me debilité físicamente. Ante la sola palabra “madre”, era capaz de llorar como un niño.

»Regresé. Volví a ver el hogar de mis antepasados. ¡Y te vi también a ti, Serena! Mi paraíso de la infancia, mi revelación del cielo, el objeto de mi deseo, la razón de mi vida, de mi existencia: todo esto veía yo en ti. No puede extrañarte, pues, que extendiera hacia ti mis brazos deseosos de retenerte; no puede extrañarte que, viendo cerrarse para mí el regazo materno, tratara de alcanzar la dicha de la vida y del amor a través de ti, ¡tratara de conquistar un ángel para mi alma enferma! En aquel instante se cernió sobre mí una sentencia. Era una cuestión más que de vida o muerte. Era una cuestión de reconciliación del alma o de perdición eterna. Sobre mi corazón y mi cerebro planeaban negros nubarrones: ni veía ni sentía con claridad. Fue entonces cuando traté de tentarte, Serena. Tú resististe, y yo creí que te amaba menos por ello. Me engañé. Al contrario, habías calado aún más hondo en mi alma, te habías fundido con su lado bueno, solo que en aquel momento no fui consciente. Tenía el alma ensombrecida.

»Pasó un instante de atroz desesperación y... me reconcilié con mi madre. Apoyé mi cabeza en su pecho, ¡oí cómo me bendecía! ¡Dios todopoderoso y misericordioso! Si me mandarás cien años de sufrimiento por un instante como este, elevaría mis manos como hago ahora y te daría las gracias, ¡te daría las gracias por un instante así! Su valor no puede expresarse con palabras. Ese instante me salvó en ese momento y para toda la eternidad.

»¿Qué más te puedo decir, Serena? Reconciliado con mi madre, aun amándola más que nunca, no sentía ningún sosiego en el corazón después de los primeros instantes de dicha celestial. A ti, a ti deseaba conquistarte si quería lograr la paz en este mundo, tenías que ser mi esposa. Quise conquistarte por el camino que tú misma me habías sugerido. Fui rechazado. No fue el orgullo herido, Serena, lo que me tuvo un tiempo apartado de tu casa, no, sino que me encerré en mí mismo y traté de renunciar a ti. ¡En vano! Un poder inenarrable, irresistible, me arrastraba hasta ti. Existía entre nosotros un lazo que se me antojaba atado por el mismo Dios padre. Y fuiste mía. ¡Oh, delicioso instante! ¡Oh dicha divina! Eras mía, la vida se presentaba renovada, y el pasado entero, olvidado, expiado, purificado. ¡Ay, pero solo por un instante! Pronto se revolvían de nuevo las furias en mi alma, las crueles diosas de la memoria. Y tu afecto, Serena, la pureza de tu mirada se convirtieron para mí en hirientes reproches. No era digno de ti, y así lo comprobaba a medida que pasaban los días. Y doblemente indigno por querer arrastrarte a una vida cuyas sombras tú no

conocías. Pues en vano quise engañarme a mí mismo: yo nunca alcanzaré la paz, nunca habitará en mi pecho la dicha de un corazón limpio. Lo hecho no se puede deshacer. Hay en mi vida sucesos que nunca olvidaré, recuerdos que me perseguirán hasta la tumba. Hay en mi alma oscuros indicios, sentimientos salvajes, que ni siquiera tu bondad angelical, tu pureza serán capaces de erradicar. El arrepentimiento de mis acciones pasadas me perseguirá incluso estando junto a tu pecho, ¡oh, Serena! Tu mano inocente no debería posarse en una mano manchada por muchos delitos. Tú, que eres pura y buena, no puedes unirte a aquel sobre quien secretamente descansa la maldición de la sociedad. Al menos, no deberías dedicar tu juventud, tu belleza, tu virtud femenina ¡a un embustero! Hace ya un tiempo que vengo viendo todo esto con suma claridad. He visto con claridad que, si abusara de tu confianza, si te hiciera desgraciada, porque feliz nunca será aquella que comparta conmigo sus días y sus noches, entonces sí me convertiría en un ser por siempre despreciable. Durante mucho tiempo me torturaron estos pensamientos, que he madurado gracias al delito de Hagar y a tu virtud, a tu victoria sobre mí y sobre ella. Hoy te amo tanto y tan limpiamente, Serena, como una vez te amé de un modo salvaje y egoísta, y he aquí la razón de que haya desnudado ante ti mi alma, como ante su eterno Creador. Aún no, Serena, aún no nos ha unido el altar; aún puedes separarte de mí y retirarte sin tacha ante el mundo y ante ti. En este momento eres libre. Si me rechazas, no te causará dolor ningún reproche ni queja de mis labios. Incluso aunque me des la espalda, yo te veneraré y te amaré, y recorreré mi solitario y desierto camino como pueda. Has hablado de amistad, de hermano y hermana. Perdóname si destruyo esta ilusión de un corazón angelical como el tuyo. Tal relación no puede darse entre nosotros. Dios creó las almas de naturaleza diversa. En la mía arden llamas que tú no conoces. Sea como fuere, he de tenerte o alejarme de ti. Pero si debo alejarme de ti, Serena, llevaré tu imagen en mi pecho. Ella hará de mí una persona mejor. No estoy solo en el mundo, tengo madre. Por ella quiero vivir, aunque por mí lo haga sin ganas, sin alegría. En todo caso, deja que añada unas palabras. He tenido esperanza, ¡oh, Serena, tú, la única a la que he amado de verdad...! De tu mano, junto a tu corazón angelical, he tenido la esperanza de empezar una nueva vida. Pensaba que, de las semillas que hay en mi corazón, las que son algo mejores crecerían bajo tus cuidados, y... ¿quién puede decir todo cuanto presiente el corazón? Y ¿quién mide la fuerza del amor? ¿Quién pone límites a la misericordia del Todopoderoso? ¡Contigo, contigo creía ver despejado el camino al perdón y a una vida mejor... sí, contigo! Sin ti... Pero ya he dicho bastante. Ya lo sabes todo, Serena: ¡dame tu veredicto! Ante ti inclino mi cabeza... y besaré tu mano adorada, ya me conceda la vida o la muerte.

Cuando, según refiere el noble cantor de *El Mesías*[110], el serafín Eloa descendió a los infiernos al lado del Salvador, y vio la oscuridad y el horror que allí imperaban, se apagó entre sombras la claridad de su mirada. Una sensación como la de Eloa se había apoderado de Serena durante la confesión de Bruno: un peso indescriptible se había posado sobre su corazón, entorpeciendo sus latidos. Pero el peso se aligeró, desapareció. Al igual que un viento fresco disipa la niebla, al igual que la aurora asciende y lo alumbra y lo desvela todo, así surgió en el corazón de Serena el amor eterno, fuerte, abundante, dulce y victorioso. Su alma se volvió más clara, más libre, más sabia que nunca: no había ya duda, no había más desazón. Y cuando Bruno terminó de hablar, ella se inclinó hacia él con silenciosas lágrimas de amor y dijo:

—Yo voy contigo, Bruno. ¡Oh, mi amigo, mi esposo, de otro modo no será! ¡Caminemos por el mundo juntos, y caigamos juntos de rodillas ante el trono del Misericordioso!

Muda, Serena lo apretó contra su pecho.

Entró de pronto la luz. Un canto se elevó dulce y solemne y envolvió en ondas melódicas a los que se abrazaban. Era el himno que, desde el templo, entonaban para celebrar al resucitado.

Las «siluetas» han llegado a su fin, y con ellas, mi tarea. De corazón dejaría ahora de nuevo la pluma en manos de la señora Werner, pero, como si se hubiera ofendido un poco por haberla interrumpido, precisamente en estos momentos, es decir, inmediatamente después de la muerte de Hagar, se produce en su correspondencia un salto, cuya verdadera razón no puedo indicar y que no me hallo en disposición de llenar. De modo, noble lector, que, si gustas, debes pasar a la...

CARTA XXIV



Rosenvik, 23 de mayo

¡Heme aquí de nuevo! Estoy sola. He enviado a Oso a Ramm, a que se distraiga y se entretenga un poco, y luego me entretenga a mí con los acontecimientos de la cerveza de bienvenida posterior a la boda. Yo no me encuentro bien, me siento pesada y torpe, dirijo la mirada hacia los grises muros de Ramm, pienso en Serena, echo de menos a Oso. Va cayendo la noche, ya no debería tardar. Desde el día de la boda de Serena, no me he encontrado muy bien. Me alteré demasiado. El desasosiego de Bruno, las preguntas casi brutales que hizo a Serena aquella mañana: «¿Me quieres? ¿Quieres ser mía en lo bueno y en lo malo, por siempre jamás?»... ¿Qué significan? «¡Te responderé esta tarde, vuelve esta tarde!», le respondía Serena con sus modales dulces y cariñosos. Estas palabras lo tranquilizaron. Y por la tarde, ya unidos en matrimonio y bendecidos los dos, Bruno cambió. Una gratitud inmensa pareció elevar y calmar todo su ser. Lo vi abrazar a Serena entre sus brazos... ¡y llorar! ¡Ay! ¿Por qué tal desasosiego, por qué tamaño dolor en medio de la dicha misma, si tenía la conciencia tranquila?

Pero ¿no yerro al sentir tanta angustia y preocupación, cuando tanto amor verdadero he advertido en Bruno, cuando siento en Serena un cariño, una fidelidad y una fuerza que todo ennoblece e ilumina? En el momento de la ceremonia había en ella algo que parecía elevar su unión por encima del poder de toda desgracia y de toda circunstancia adversa. Un resplandor celestial descansaba sobre su frente despejada: las palabras «amarte en la salud y en la enfermedad» las pronunció con tan hermosa y honda certeza que, en un impulso, se las repetí a Oso, apoyada como estaba sobre su hombro, bajo la protección de su brazo fiel. ¡Qué presentes tengo aún en mi alma las escenas de ese día! Me afectaron hondamente, ¡demasiado! Me he encontrado mal desde entonces. ¡Solo pido que mi niñita no sufra las consecuencias! Ya quiero a mi hijita. ¡Cómo tarda Oso! Las sombras de los árboles son ya alargadas y las aves inician ya su canto vespertino. Quiera Dios que no haya ocurrido ninguna desgracia en Ramm. Ese viejo y negro caserón parece, desde luego, un nido de infortunio. ¿Por qué había de ir allí Serena? ¡Alabado sea Dios! Ya veo acercarse a Oso. ¡Bajaré a recibirlo al embarcadero!

El 24

Fragmentos de nuestra conversación de ayer tarde.

—Muy bien, Oso, me alegra oír lo que dices de Serena, lo adorable que estaba; y los patriarcas, tan contentos. Pero dime, ¿cómo viste a *ma chère mère*?

—¡Soberbia! Aunque no alegre.

—¿No pronunció ningún discurso?

—No. Estuvo callada de más, pero parecía satisfecha y agradecida.

—¿Y cómo se portaba Bruno con ella?

—Como el más cariñoso de los hijos. Nunca había visto a Bruno conducirse así.

—¿Y con Serena? ¿Qué le decía? ¿La miraba mucho? ¿Cómo la miraba? ¿Estaba cerca de ella? ¿Le hablaba mucho? ¿Andaba muy atento, muy pendiente de ella?

—Querida mía, no estaría nada mal que derrocharas algo menos de tu *flux de bouche*. Así podría responder por orden. ¿Cuál era la primera pregunta? ¿Si Bruno se portaba con su mujer como corresponde a un marido?

—¡Ah, eres insufrible! ¿Serena lo tenía a sus pies?

—No exactamente. No creo que fuera adecuado en una reunión tan numerosa, pero podría decirse que en general parecía haber entre ellos una muy buena relación.

—¿Una buena relación? Pero ¡qué cosas más horribles dices! ¿Acaso pretendes que, finalmente, dé gracias a Dios por que no riñeran?

—No puedes, porque sí riñeron.

—¡Santo Dios! ¿Por qué?

—El cielo sabe cuál fue la razón. Pero él dijo: «Mi dulce Serena, mi esposa, ¡que se haga como tú quieres!». Y ella respondía: «No, Bruno, no, que sea como propones tú. ¡Es lo mejor!».

—¡Ay Dios mío! ¡Qué manera de asustarme...! ¿Y qué cara ponía Bruno cuando decía «mi esposa»?

—¿Qué cara...? Pues... la de un marido...

—¿... que adora a su mujer?

—¡Cierto! Y que con ella se sabe dueño de lo mejor que hay en la vida.

—¡Mira, ahora sí que has hablado bien, Oso mío! ¿Y de la comida, qué, Oso? Háblame un poco del banquete. Dime todos los platos por su orden. ¿¡No los recuerdas!? ¡Eres un miserable! ¡Seguro que algo recuerdas! Veamos, el primer plato, por ejemplo, que siempre es el que sabe mejor, ¿en qué consistía?

—Creo que era... ¡pollo!

—¿Pollo? ¡Imposible! Serena no ha podido poner pollo de primero. ¡Si el asado era de jamón! Es imposible, imposible de todo punto.

Oso reía al ver cuánta pasión derrochaba, y al cabo de varios intentos fracasados de averiguar en qué consistió el banquete, tuve que renunciar del todo. No obstante, le dije a Oso que era un invitado indigno, y que pensaba contárselo a Serena.

A fin de distraerme y de apaciguarme, Oso plantó en la mesa como por encanto, no sé cómo, una botella de *bischoff* y una cesta de exquisitas frutas confitadas, que me había traído de Ramm, «obligado a su pesar —dijo— por Serena».

Yo estaba encantada con aquel bocado, puse unas copas y nos sentamos a brindar. Brindamos por la joven pareja; brindamos por *ma chère mère*; brindamos por nosotros; brindamos por la criaturita aún invisible... Una auténtica fiebre por brindar. Luego nos sentamos junto a la ventana. Hacía una preciosa tarde, y el cielo se extendía radiante sobre Ramm. Un rayo del sol poniente

resplandecía en el oscuro bosque, y recordé entonces que, una vez, tiempo atrás, al verlo así pensé: «¡Serena!». Contemplé la playa, otrora lúgubre, hoy esclarecida, miré a Oso, que no apartaba de mí su cara de luna llena. Sentí que se me caldeaba el corazón, se me llenaron los ojos de lágrimas y, señalando a Ramm, dije:

—¡Ya está hecho, Oso! ¡Ya habitan allí corazones felices!

—¡No más felices que aquí! —dijo Oso reteniéndome sobre sus rodillas. Los rayos del sol fueron muriendo lentos. La playa quedó envuelta en sombras y, con un hondo suspiro, dije:

—¡Ay, pero quién sabe por cuánto tiempo serán felices allí! ¡Sabe Dios si Bruno, ese espíritu inquieto, podrá hallar la paz!

Un melódico temblor recorrió el aire como respondiendo a mi suspiro. Me sobresalté, y los dos prestamos atención junto a la ventana abierta. El órgano de Ramm atronaba el aire, pero no triste, como antes. Unas notas como las del *Aleluya* de Händel surgían de allí. Apoyé la cabeza en la de Oso. Un rato largo estuvimos así sentados en la cálida tarde de mayo, escuchando. Y ya bien entrada la noche, me pareció que el órgano empezaba a sonar cada vez más hermoso, más apacible, y recordé las últimas palabras de la leyenda de Necken: «Entonces Necken dejó de llorar, volvió a coger el arpa y estuvo tocando una música maravillosa hasta bien entrada la noche».

Pues bien sabía él que ya sí sería dichoso.

El 25

Jane-Marie me visitó ayer. Venía alegre y muy bien informada. Me contó más de una historia, alguna de las cuales me alegró oír. *Ma chère mère* se vuelve cada día más tranquila y amable, va a menudo a la iglesia, y sus dichos son cada vez más bíblicos. Se diría que su corazón aspira ahora más que antes a hacer feliz a la gente. Dona mucho a sus pobres, entre otras cosas, «ropa blanca ya vieja», preparando así, según la feliz expresión de una joven y amable señora, «su manto celestial». Jane-Marie también me refirió una entrañable escena ocurrida entre Elsa y *ma chère mère*, que me agradó muchísimo. *Ma chère mère* había volcado y roto unas tazas de porcelana que había sobre la mesa. Se irritó muchísimo, pues, en cosas sin importancia, aún se empeña a veces en fingir que ve y, en el calor del momento, lanzó sobre Elsa «demonios» y todo tipo de maldiciones, por haber colocado la porcelana «donde no debía». *Ma chère mère* no tenía razón, pero Elsa, que antes siempre era capaz de soltarle cuatro frescas y protestar contra todo tipo de injusticias, reconoció en esta ocasión que la culpa era suya. Un rato después estaba *ma chère mère* sentada con el ganchillo y dejó caer la aguja. Fue a parar debajo del sofá, y Elsa, que siempre encuentra la forma de estar disponible cuando se la necesita, se arrodilló para recogerla y dársela. Ella rodeó entonces suavemente con sus brazos a su fiel servidora y, emocionada, le dijo:

—¡Mi querida Elsa! ¿Qué haría yo si no te tuviera?

Elsa apoyó la frente sobre las rodillas de su señora, se abrazó a ellas y una lágrima de ternura y de alegría se deslizó lentamente por su huesuda mejilla. Jean-Jacques se pasa los días ordenando y mandando en Carlsfors a voluntad, elimina viejos usos poco productivos e introduce muchos procedimientos nuevos. Es un hombre activo y capaz, y habla menos desde que trabaja más. Él y Jane-Marie ejercen cada vez más influencia en Carlsfors, en tanto que *ma chère mère* parece mantenerse más al margen de los asuntos mundanos. La música la complace ahora más que nunca, y alguna vez ha dicho «que querría morir escuchando tocar a Bruno».

Ma chère mère pensaba dar la semana próxima una gran fiesta para los recién casados. Y se conoce que la señorita Hellevi Husgafvel también va a organizar para ellos una velada exquisita.

Cuentan que «arte y naturaleza» se disponen a unirse a través del joven Robert Stålmark y Adele v. P. Han descubierto las excelencias mutuas en las veladas que la señorita Husgafvel ha dado en el transcurso del invierno, se han enamorado y, de esta forma, se han convertido en dos seres mucho más amables.

El magistrado Hök, que tanto sufre del hígado en primavera, se ha visto forzado a no salir de casa, y vecinos y amigos han ido a visitarlo a menudo todo este tiempo. *Ma chère mère* iba a verlo dos veces por semana. Yo también he pasado algunas horas con tan interesante y apacible señor. Ayer, me contó Jane-Marie, volvió a salir por primera vez, y a visitar Carlsfors. *Ma chère mère* y él volvieron a ejecutar el «tralalán», durante el cual ella va agarrada a un cordel que hay tensado de un extremo a otro de la sala.

Parece que el primo Stellan tiene intención de partir rumbo a Italia este verano, por cuestiones de salud. (Seguramente, para disipar su *ennui*, ¡aunque me temo que este lo acompañará allí donde vaya!)

Este otoño esperamos a Petter y Ebba. Será una delicia volver a verlos, y no carecerá de interés ver cómo se llevan las cuñadas. Jane-Marie espera visita de unos conocidos de Estocolmo, y se prepara para un verano encantador.

Pero, mientras todo cuanto me rodea revive, ama, baila, prepara alegres reuniones y cosas por el estilo, tal vez me dirija yo con paso veloz hacia mi última hora. Sin embargo, ya no pienso más en eso con desazón. He organizado mis asuntos y me he preparado para todo. A Oso le he escrito una carta, que, si muero, le dirá lo mucho que lo quiero y lo feliz que me ha hecho durante nuestra breve vida común. ¡Mi pobre y buen Oso! Está tan preocupado, tan temeroso por mí, que es muy digno de lástima. Me he dado cuenta de que no vale para médico mío. En estos momentos he de tener valor por los dos. Tengo intención de seguir el ejemplo que una vez me dio una joven amiga. Se encontraba en una situación como la mía y, además, sola en el campo y rodeada de montones de nieve; pero conservó el buen ánimo, hasta el punto de que tradujo varias de las escenas más hermosas de Shakespeare. Yo no tengo a Shakespeare a mano, pero sí la idea de mis diez hijas. Me sentaré, pues, a escribir una epístola

A MIS HIJAS

Ante todo, hijas mías, ¡tened presente que sois seres humanos! Sed buenas, sed veraces. El resto vendrá solo.

En la medida de lo posible, sed buenas con todos los hombres, cariñosas con todas las criaturas. Y sedlo sin sensiblería, sin afectación. La afectación es un arte indigno, hijas mías. ¡Despreciadlo, si es que queréis ganar dignidad humana!

No os consideréis muy importantes, por muchos talentos y dones que tengáis. Contemplad la vida y la naturaleza y sed humildes.

No os sintáis humilladas si sois muy desafortunadas, enfermizas, feas... Aun así podréis acercaros al Altísimo.

No exijáis mucho a otros, hijas mías; en particular, no os exijáis mucho mutuamente, hermanas como sois. El arte de sentirse molesto con uno mismo y con los demás consiste en «mucho pedir, poco dar».

Si la tierra os resultara angosta, mirad al cielo, pero no como el pavo, sino como criaturas con fe. Si una de vosotras cayera, que piense enseguida en volver a levantarse. Siempre hay una mano tendida para el que yerra, al igual que para el que sufre. Coged esa mano.

¡Ay, hijas mías...!

Catorce días después

¿Qué se hizo de mis hijas? ¡Se han convertido en un hijo! Y el caballerecillo fue lo bastante descortés como para interrumpir la epístola a sus hermanas. Ahí está ahora, durmiendo en su cunita de mimbre, bajo un dosel de tafetán verde, tan orondo, rojo y gordezuelo. Y el Oso grande está arrodillado delante del Oso pequeño. De buena gana le habría hecho yo compañía en esa ceremonia de adoración, pero Oso padre encuentra más adecuado que el hijo espere a su madre. Estoy orgullosa de mi niño, pero, así es el ser humano, lo cierto es que esperaba una niña: casi la echo de menos. Sin embargo, «se retrasa, no se anula», como me dijo para consolarme *ma chère mère*.

—¿Qué voy a hacer con mi epístola, Oso? Para este hombrecito no es adecuada.

—Yo la guardaré para nuestras hijas. Y escribe otra para el niño.

Feliz es la esposa, Maria querida, que, como yo, con toda el alma y de todo corazón, puede exhortar a su hijo diciéndole:

—¡Sé como tu padre!

¡No, Oso! Tú no puedes ver lo que escribo. ¡No puedes llevarte la carta, tirano! Te prometo que terminaré enseguida, solo tengo que añadir unas líneas.

¡Estas buenas gentes, estos vecinos! De todos los rincones han enviado flores y tarros de jalea y exquisiteces. Serena ha cuidado de mí como una hermana todo este tiempo. Es tranquila, buena, comprensiva; en resumidas cuentas, como ella es, y parece profesar a Bruno un amor demasiado sincero, demasiado profundo para expresarlo con palabras. Querida Maria, te pido que seas la madrina del Oso pequeñín. Se llamará Lars Petter. *Ma chère mère* lo llevará personalmente a la pila bautismal. Vino al día siguiente de su nacimiento y dejó en su cuna un hermoso presente. Habló conmigo de los miedos que había pasado, y dijo alegremente:

—Claro, puede decirse aquí como en la vida: «¡Bien está lo que bien acaba!».

¡No, Oso! ¡Mi folio, mi pluma! ¡Ay, Oso horrible...!

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de

Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo xx), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña & Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es
Alba Editorial, S.L.U.
Baixada de Sant Miquel, 1 bajos
08002 Barcelona
T. 93 415 29 29
info@albaeditorial.es

NOTAS

[1] Inoportuna.

[2] Génesis, 1, 1, 5.

[3] Vals con letra de Karl August Nicander (1799-1839).

[4] Bonitas palabras.

[5] Apocalipsis, 2, 23.

[6] *Götz von Berlichingen* (1771), obra teatral de Goethe.

[7] Niñera.

[8] Mateo, 10, 29.

[9] Coche de un solo asiento.

[10] Tobías, 3, 8.

[11] En las *Bucólicas* de Virgilio, pastor enamorado de Alexis.

[12] De *Les Caractères de Théophraste* (1688), «Des Jugements», núm. 47, de Jean de la Bruyère. El original dice *tire* («se tire»), no *retire* («se retire»): «El necio no escapa jamás al ridículo, es su carácter: a veces cae en él con ingenio, pero sabe salir».

[13] Conocida sonata para piano del compositor bohemio František Kočvara (1750-1791).

[14] Obra del compositor francés Charles-Simon Catel (1773-1830).

[15] Carlos XII de Suecia, último rey del Imperio sueco, conocido como «el Alejandro del norte», lideró la Gran Guerra del Norte y venció al Imperio ruso en la batalla de Narva (1700), pero cayó en Poltava (1709) contra las tropas rusas. El sultán Ahmed II le dio refugio en el Imperio otomano, pero acabó enfrentándose a él y vencéndolo en la batalla de Bender (1713), hoy Tighina, en la actual Moldavia.

[16] Carlos XII estuvo en Bender con parte de sus tropas seis años, durante los cuales intentó ganar el apoyo del Imperio otomano en una nueva campaña contra Pedro I, y emprendió varias expediciones a Estambul, Egipto y Siria.

[17] Miguel I de Portugal (1802-1866), segundo hijo de Juan VI de Portugal, usurpó el trono en 1828 y reinó hasta su exilio en 1834, tras el fin de la guerra civil portuguesa.

[18] Se refiere seguramente al *San Juan Evangelista* del pintor barroco Domenico Zampieri, llamado Domenichino (1581-1641).

[19] Alusión a la novela *Corinne ou l'Italie* (1807), donde la escritora francesa Madame de Staël (1766-1817) defiende el libre desarrollo intelectual de la mujer.

[20] A orillas de Byfjorden, en Bohuslän, lugar de baño célebre desde 1814.

[21] Como es debido, ni más ni menos.

[22] Mi hermana vale más que yo.

[23] En París vivimos, en el resto del mundo vegetamos.

[24] Héroe de novela.

[25] Pero volvamos a nuestro asunto.

[26] María Felicia García Sitches (1808-1836), conocida artísticamente como María Malibrán, célebre mezzosoprano y compositora.

[27] Se refiere a «Blomplockerskan», pieza perteneciente a la obra *Sångstycken med accompaniment för Piano-Forte*, de 1834, balada de Erik Gustaf Geijer (1783-1847), académico, poeta, músico, filósofo e historiador, principal representante y teórico del romanticismo sueco. En 1847, unos meses antes de su muerte, viajó a Alemania por motivos de salud. Fredrika Bremer costeó ese viaje.

[28] Se refiere a la obra *Eddornas sinnebildslära för olärde framställd* [La simbología de las Eddas explicada para no iniciados] (1819), de Per Henrik Ling. Auðumbla es la vaca primigenia o gran vaca cósmica. Según la *Edda prosaica* de Snorri Sturluson, Auðumbla liberó, lamiendo el hielo, a Buri, el primer dios de la mitología nórdica, padre de Bor y abuelo de Odín.

[29] Pasmada.

[30] Se refiere al célebre túnel que se construyó bajo el Támesis entre 1825 y 1842 bajo la dirección del ingeniero franco-británico Marc Isambart Brunel.

[31] Lazo o adorno metálico con forma de lazada textil.

[32] El asedio de Copenhague, o solo *belägringen*, «el asedio», un popular juego de solitario.

[33] Edward Bulwer-Lytton (1832-1846), poeta, dramaturgo y novelista británico, autor de novelas de contenido fantástico y muy leído en Suecia en la década de 1830. Fredrika Bremer no consideraba sus obras moralmente recomendables.

[34] Harriet Martineau (1802-1876), escritora y activista social británica muy apreciada por Fredrika Bremer.

[35] De cara.

[36] Se refiere seguramente a John Howard (1726-1790), filántropo inglés reformador del sistema penitenciario.

[37] Henri Herz (1803-1888), compositor austríaco.

[38] En *La maravillosa historia de Peter Schlemihl* (1814), de Adelbert von Chamisso (1781-1838), Peter cambia su sombra por una saca mágica que da ducados de oro, pero deja así de pertenecer a la sociedad.

[39] «Rojo y negro», juego de cartas muy popular en la época, que se jugaba sobre un tablero con los campos en esos colores.

[40] Carl Czerny (1791-1857), compositor austríaco, célebre profesor de piano.

[41] Alboroto, expresión de descontento. *Le Charivari* fue una revista francesa de sátira política que se publicó en París entre 1832 y 1932.

[42] *Libro de la Sabiduría de Jesús, hijo de Sirá*, uno de los libros deuterocanónicos que se incluían en las Sagradas Escrituras desde 1541, año de publicación de la Biblia de Gustavo I Vasa, primera Biblia en lengua sueca.

[43] Se refiere a Vincenzo Bellini (1801-1835), el compositor italiano autor de *Norma*.

[44] La subsiguiente efusión de sentimientos no figura aquí. Nos hemos tomado la libertad de eliminar de la carta de la joven casada todo aquello que va dirigido a Maria en exclusiva, y no le pedimos al lector perdón por ello. Asimismo, hemos eliminado en general aquellos finales de carta que nos han parecido más tristes y menos instructivos. [N. de la A.]

[45] Segunda estrofa del salmo 305, que Bremer atribuye a Esaias Tegnér (1782-1846), catedrático de griego, académico, obispo de Växjö y uno de los grandes poetas del romanticismo sueco. El salmo es, no obstante, obra del arzobispo de Upsala y también poeta Johan Olof Wallin (1779-1839), que para la edición de 1819 del *Libro de los Salmos* compuso, tradujo y adaptó 279 poemas, 141 de los cuales eran originales. (Era uno de los salmos favoritos de Ingmar Bergman, que recurrió a él en dos de sus películas, *Fresas salvajes* y *Saraband*.)

[46] Pedro I de Brasil y IV de Portugal (1798-1834), cuñado de Josefina de Leuchtenberg, esposa de Óscar I de Suecia y de Noruega (1799-1859).

[47] En alusión al *Cantar de los cantares* 2,1: «Yo soy la rosa de Sarón y el lirio de los valles». Dahl, el apellido de la familia, significa «valle».

[48] Assar Lindeblad (1800-1848), poeta romántico gran admirador de Esaias Tegnér.

[49] Angelica Catalani (1780-1849), soprano italiana, actuó en Estocolmo en 1827. Gertrud Elisabeth Mara (1749-1833), célebre soprano alemana. Dulcamara es un personaje de *L'elisir d'amore* (1832) de Donizetti.

[50] Verborrea.

[51] Ángel caído, figura diabólica, personaje de la celeberrima ópera *El cazador furtivo* (1821) de Carl Maria von Weber, que se estrenó en Estocolmo en 1823.

[52] Los nombres de Tarleton y Gascoyne no se han podido verificar. Es probable que Bremer quiera bromear poniendo de relieve lo anticuado de las ideas de Jean-Jacques: Richard Tarlton fue el bufón de la corte de Isabel I de Inglaterra, fallecido en 1588; y George Gascoigne, poeta inglés del siglo xvi.

[53] William Wilberforce (1759-1833), político, filántropo y abolicionista británico, impulsor de la ley británica que prohibió el tráfico de esclavos. William Ellery Channing (1780-1842) fue un pastor norteamericano autor de *On Slavery* [Sobre la esclavitud]. La grafía «Canning» puede proceder de una confusión con George Canning (1770-1827), estadista y orador inglés.

[54] Caballero, pienso exactamente igual que usted.

[55] «La difunta señorita Rönqvist» es la gobernanta y narradora de dos novelas de Bremer, *Presidentens döttrar* [Las hijas del presidente] (1834) y *Nina* [Nina] (1835). Murió a raíz de «la maldita cólera».

[56] *El viejo Noé*, poema armonizado de Carl Michael Bellman (1740-1795), uno de los poetas más conocidos y queridos de Suecia, perteneciente al libro *Fredmans sånger* [Canciones de Fredman] (1791). La obra de Bellman, con su temática de los bajos fondos y su galería de personajes (por lo general los desfavorecidos de la sociedad: borrachos, prostitutas, ladronzuelos, pillastres...), ha gozado siempre de una enorme popularidad. Es también el caso de esta cancioncilla que, pese al tema, se consolidó en Suecia como canción infantil.

[57] Aburrido de la vida.

[58] Ópera de Daniel-François Auber, estrenada en 1830.

[59] Probablemente, *La biondina in gondoletta*, canción popular veneciana.

[60] *La vigie de Koatven*, de 1833, novela de Eugène Sue (1804-1857). La traducción sueca,

del lingüista, lexicógrafo y traductor Anders Fredrik Dalin (1806-1873), se publicó en 1835.

[61] El capitán y cartógrafo británico James Cook descubrió en 1770 la ensenada de Botany, en la costa sudeste de Australia. En 1787, Inglaterra decidió construir allí una colonia penal, que, finalmente, terminó por establecerse en la cala de Sidney.

[62] *Der Jude* (1827), novela de Karl Spindler (1796-1855), escritor alemán muy apreciado en la época, que destacó en el género de la novela histórica. Bremer cita la traducción al sueco de Carl Netherwood (1787-1834).

[63] *Être aux petits soins*: «cortejar».

[64] De Götz von Berlichingen (1480-1562), apodado Mano de Hierro, caballero imperial franco sobre el que Goethe escribió un drama en 1773.

[65] Louise Françoise de La Baume Le Blanc (1644-1710), duquesa de La Vallière, que fue amante de Luis XIV, pero que ingresó en la orden de las Grandes Carmelitas de Saint-Jacques en 1674.

[66] Para mis adentros.

[67] Lucas, 2,14.

[68] Juan, 5, 4: «Porque un ángel descendía de tiempo en tiempo al estanque y agitaba el agua; y el que primero descendía al estanque después del movimiento del agua quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese».

[69] Se refiere a los 46 volúmenes de los *Relatos de la Historia de Suecia*, que el pastor, pedagogo e historiador Anders Fryxell (1795-1881) escribió entre 1823 y 1879, y en los que se recoge la citada historia de Erik Gustafsson Stenbock (1538-1602), barón de Tofta, sobrino de Gustavo I Vasa y hermano de su tercera esposa, Katarina Gustavsdotter, reina de Suecia entre 1552 y 1560.

[70] Svante Sture el Joven contrajo matrimonio en 1538 con Märta Eriksdotter, hermana de Margareta Eriksdotter Lejonhufvud, esposa del rey Gustavo I Vasa.

[71] El 24 de mayo de 1567, Enrique XIV de Suecia asesinó a Svante Sture y a sus hijos Nils y Erik, acusados de conspirar contra él.

[72] Laurentius Petri Nericius (Lars Petersson, 1499-1573) fue el primer arzobispo luterano de Suecia y artífice, junto con su hermano, el también sacerdote Olaus Petri, y el rey Gustavo I Vasa, de la implantación de la Reforma en su país.

[73] Job, 38, 22 y ss.

[74] Job 39, 37. Job 21, 5.

[75] Potencia.

[76] Un péndulo entre una sonrisa y una lágrima.

[77] Tanto Sara como su sierva egipcia Hagar tuvieron descendencia con Abraham. Cuando Sara tuvo a Isaac, exigió que Hagar y su hijo Ismael fueran expulsados al desierto. Génesis, 1, 16 y 1, 21.

[78] Alusiones a Job, 15, 8 y Jeremías, 23, 18.

[79] Proverbios, 24,16.

[80] «No solo el mérito, también la fidelidad hace que recordemos a una persona», Goethe, *Fausto*, II, 3.

[81] John Ross (1777-1856), contraalmirante inglés que emprendió tres expediciones polares, y que fue cónsul británico en Estocolmo entre 1833 y 1847.

[82] El sillón modelo Emma, muy célebre en Suecia desde principios del siglo xix, era un sillón tapizado en estilo neorrococó con respaldo redondeado y brazos cortos.

[83] Mateo, 6, 20.

[84] «El necio con cada verso a sí mismo se admira»: parece una paráfrasis imperfecta de la tercera estrofa de *Satires*, II, de Nicolas Boileau (1636-1711):

*Un Sot en écrivant fait tout avec plaisir:
il n'a point en ses vers l'embarras de choisir:
et toujours amoureux de ce qu'il vient d'écrire,
ravi d'étonnement, en soi-mesme il s'admire.*

[85] Anna-Christina Warg, más conocida como Cajsa o Kajsa Warg (1703-1769), ama de llaves de varias familias de la nobleza sueca, autora del libro de cocina *Hjelpreda I Hushållningen för Unga Fruentimber* [Guía doméstica para jóvenes amas de casa], del que se publicaron catorce ediciones en sueco, y varias más en alemán, finés y estonio.

[86] Poema de Anna Maria Lenngren (1754-1817), erudita, escritora y traductora sueca de latín y de francés, defensora del derecho de la mujer a la educación. El título completo del poema, escrito en 1798, es *Några ord till min kära dotter, ifall jag hade någon* [Unas palabras a mi querida hija, si la tuviera].

[87] También llamado Bor, en la mitología nórdica, hijo de Bure, el primer hombre, padre de los dioses æsir, que surgió de las rocas salobres cuya escarcha lamía la vaca Auðumbla.

[88] A tamaño natural.

[89] De muy buen ánimo.

[90] Poema de Esaias Tegnér que armonizó Bernhard Crusell (1775-1838).

[91] Rebeca era la madre de Jacob, el cual tuvo que servir a Labán siete años para poder casarse con su hija Lía, y otros siete más para conseguir a su hermana, la bella Raquel. El anciano Dahl confunde a los dos personajes. Génesis, 29.

[92] En la revista *Svenska Familj-Journalen*, núm. 13, pp. 76-78, 1874, en un reportaje sobre el observatorio de Mosselbay (en Spetsbergen, la mayor de las islas Svalbard), el punto habitado más septentrional del planeta, se hace referencia a «cuatro marineros rusos» que fueron abandonados allí sin víveres en 1743, año del Tratado de Åbo, que firmaron el Reino de Suecia y el Imperio ruso.

[93] «Siempre igual y lo mismo, ¡qué amargura de vida! Con variedad se embellecen la noche y también el día», es un pareado que figura en *Hemmen i den nya verlden* [Los hogares en el Nuevo Mundo], que Bremer publicó en forma de diario epistolar después de pasar dos años (1849-1851) viajando por Estados Unidos, Cuba y el Caribe.

[94] Maria Röhl (1801-1875), célebre artista sueca, retratista oficial de la corte y miembro de la Academia de las Bellas Artes de Suecia desde 1843.

[95] Versos de la última estrofa de *Den lilla kolarpojken* [El carbonerito], de Erik Gustaf Geijer (1783-1847).

[96] Per Ulrik Kernell (1797-1824) fue un escritor romántico cuya obra *Anteckningar under en resa i det sydliga Europa* [Notas de un viaje por la Europa del sur], publicada en 1825, conoció varias ediciones. Pertenecía al círculo literario de la escritora Malla Silfverstolpe (1782-1861), cuyo salón frecuentaba con Gustav, Tegnér, C. J. L. Almqvist, P. D. A. Atterbom, Jenny Lind o H. C. Andersen, que leía allí sus *Cuentos*. Silfverstolpe leyó en su salón *Los vecinos*, con

cuya moderna visión femenina estaba en desacuerdo.

[97] Se refiere a *Axel* (1822), poema épico de Esaias Tegnér que gozó en su época de una popularidad extraordinaria.

[98] Primer verso del poema *Grevinnans besök* [La visita de la condesa], de Anna Maria Lemngren (1754-1817).

[99] Véase nota núm. 33.

[100] 1 Pedro, 3, 1

[101] Proverbios, 31, 10; 31, 12.

[102] Cita no documentada en Shakespeare.

[103] Véase nota núm. 77.

[104] Mateo, 5, 41.

[105] Mateo, 20, 12.

[106] Lucas, 15, 18 y ss.

[107] Samuel, 1, 16, 23.

[108] Alusión al *Fausto* de Goethe. Si Fausto grita al instante: «¡Detente!», Mefistófeles habrá ganado la apuesta y, con ella, el alma de Fausto.

[109] George Canning (1770-1827), estadista inglés, célebre orador.

[110] Se refiere al poeta alemán Friedrich Gottlieb Klopstock (1724-1803).